

Catherine
ANDERSON



Luna comanche

Lectulandia

Una historia de amor inolvidable nacida del más puro odio entre las razas blanca e india.

Loretta es una joven blanca que fue testigo de la masacre de su familia a manos de los indios; desde entonces tiene terror a que estos vuelvan a interferir en su vida. Hunter es un guerrero comanche que desprecia a los blancos por la misma razón: masacraron a su tribu y él fue testigo de lo ocurrido. Sin embargo, una antigua profecía comanche advierte que su unión con una mujer de raza blanca y cabellos dorados marcará un nuevo destino que lo involucra tanto a él mismo como a su raza. Un destino que Hunter teme, una mujer que se convertirá en su vida, una pasión que estremecerá todo su ser.

Lectulandia

Catherine Anderson

Luna comanche

Comanche - 1

ePub r1.1

Titivillus 28.05.15

Título original: *Comanche Moon*
Catherine Anderson, 1991
Traducción: Diana Delgado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Queridos lectores:

Desde hace unos años vengo recibiendo cartas vuestras en las que me preguntáis sobre mis novelas románticas históricas ya descatalogadas: «¿Dónde pueden encontrarse?, ¿por qué cuestan tanto?, ¿cuándo volverán a publicarse?». Os prometí que algún día volverían a editarse, aunque iba pasando el tiempo y hasta yo llegué a desconfiar de esta promesa.

Pues por fin ha ocurrido. La editorial New American Library/Signet decidió comprar los derechos de tres de esos libros descatalogados, y *Luna comanche*, publicado por primera vez en 1991, es el primero en ver la luz. ¡Estoy tan contenta! A los que esperaron pacientemente, muchas gracias. A los que me conocen más por mis libros actuales, les pido que consideren hacer este viaje al pasado conmigo. Las grandes historias de amor trascienden todas las épocas y estoy segura de que *Luna comanche* os llegará a lo más profundo y se quedará en vuestra memoria.

Escribí *Luna comanche* con todo mi amor, y el libro salió directamente de mi corazón. Cuando quisimos publicarlo por primera vez a finales de los ochenta, fue rechazado una y otra vez por los editores, que veían que la historia rompía con demasiadas convenciones del género romántico. Me recomendaron hacer algunos cambios para poder vender el libro, pero yo me negué. En muchos sentidos, *Luna comanche* es un tributo a un pueblo maravilloso, la nación comanche, y después de cuatro años de investigaciones, no podía traicionarles cambiando la historia para que se ajustase a un molde. Estaba convencida de que los lectores eran más sofisticados de lo que los editores pensaban, y que por eso amarían el libro tal como estaba, siempre y cuando se les diera la oportunidad de leerlo.

¡Y así fue! Cuando por fin *Luna comanche* estuvo en las librerías, los lectores alabaron su honestidad y singularidad, y yo siempre he pensado que este libro sentó las bases del estilo que después ha prevalecido en toda mi carrera literaria. Mis lectores esperan ahora que mis libros se salgan de las convenciones, historias llenas de emociones profundas que describan el milagro del amor verdadero en situaciones sacadas de la vida real.

Lamento que este libro haya sido tan difícil de encontrar durante tanto tiempo. La primera tirada fue pequeña y muchos lectores guardaron sus ejemplares porque les parecía bien escrito, lo que negó a otros la posibilidad de conseguirlo. Esta vez podréis comprar todos los que queráis.

Espero que disfrutéis leyendo *Luna comanche* tanto como yo disfruté en su día escribiéndolo. Ojalá llegue a ocupar un lugar destacado en vuestras estanterías y se convierta en uno de vuestros libros favoritos para siempre.

Con cariño,

*Este libro es un tributo a la nación comanche, un pueblo orgulloso, noble y a menudo incomprendido, cuya población fue prácticamente aniquilada a manos de los hombres blancos que invadieron sus tierras. Mientras lo escribía, me entristecí al pensar que una forma de vida tan maravillosa haya tenido que desaparecer y espero que algún día la humanidad empiece a aprender de sus errores: es decir, que podamos aprender que todos somos hermanos y hermanas en este mundo. Al escribir esta historia sentí una gran afinidad con los verdaderos antepasados de este pueblo, pues no en vano me unen lazos ancestrales a la tribu Shoshone, antepasados de los comanches. Nunca volveré a recorrer los bosques de pino ponderosa del centro de Oregón, los extensos cotos de caza, sin oír sus voces susurrando al viento: *suvate* (todo se ha cumplido).*

La profecía

Del lugar de donde nace el sol vendrá un gran guerrero que se levantará por encima de las cabezas de sus hermanos y mirará lejos, hasta el más allá, con ojos como el cielo de medianoche. Este comanche portará la señal del lobo en su escudo, aunque nadie le llamará jefe. A su pueblo le embargará una gran tristeza, y los ríos se teñirán de rojo con la sangre de su nación. Montañas de huesos blancos marcarán el lugar en el que una vez pastó el gran búfalo. En el cielo, un humo negro alejará los llantos de muerte de las mujeres y los niños indefensos. Él hablará con desprecio de los Ojos Blancos y su cruel guerra, pero las batallas se sucederán ante él sin horizonte.

Cuando el odio por los Ojos Blancos sea caliente como el sol en verano y frío como la nieve de invierno, vendrá a él una dulce doncella de la tierra de los *tosi tivo*. Aunque su voz habrá sido silenciada por una gran pena, sus ojos le hablarán de nuevos despertares. Será dorada como el nuevo día, su piel tan blanca como la luna, el pelo como miel rizada, y sus ojos como el cielo de verano. El pueblo la llamará Pequeña Sabia.

El comanche levantará su arma para matarla, pero el honor detendrá su mano. Ella dividirá en dos su corazón de comanche, por lo que su odio que quema como el sol peleará con su odio que es frío como la nieve de invierno, y el odio se derretirá al fin y se escurrirá hasta un lugar lejano en el que no podrá volver a encontrarlo. Del mismo modo que el amanecer rompe el cielo nocturno, él atrapará el dolor de su corazón y le devolverá la voz.

Cuando todo esto suceda, el guerrero y su doncella caminarán juntos hacia un lugar elevado en la noche de la luna comanche. Él se quedará en la tierra de los comanches y ella en la de los *tosi tivo*. Entre ellos se interpondrá un profundo barranco de sangre. El guerrero lo cruzará para ir a buscar a su doncella, y ella le cogerá la mano. Juntos recorrerán una gran distancia hacia las tierras del oeste, donde concebirán un nuevo mañana y una nueva nación en la que los comanches y los *tosi tivos* vivirán juntos para siempre.

Prólogo

Texas, agosto de 1859

Pálida como la crema fresca, la luna llena brillaba contra el cielo de media noche, envolviendo con un aura plateada la inmensa oscuridad salpicada de estrellas. Los gritos de las mujeres y los niños moribundos habían dejado de oírse, como si, como el viento, hubiesen llegado a este lugar solo un momento y ahora se hubiesen ido.

Un coyote aulló a lo lejos, con un sonido que se elevaba en triste *in crescendo* para acabar después con un gemido. Cazador de Lobos se estremeció. Arrodillado junto al acantilado, sus ojos de azul índigo miraban absortos el terreno pisoteado bajo el promontorio. A juzgar por la hilera de huellas de cascos, los casacas azules habían huido hacia el sureste después de atacar su poblado a primera hora de la mañana.

Cerró los puños. El nombre de su mujer se repetía como una letanía en su cabeza, pidiendo venganza. Sauce Junto al Río llevaba a su hijo en el vientre. Deseó poder reunir sus armas de guerra y empezar inmediatamente la persecución de los asesinos, pero él y los otros jóvenes debían quedarse aquí para atender a los heridos y enterrar a los muertos. Muy pronto, sin embargo, podría luchar como nunca antes lo había hecho. Daría caza a los casacas azules como los animales que eran y les devolvería el dolor que ahora le causaban multiplicado por cien.

No era la primera vez que Cazador sufría la muerte de un ser querido, pero nunca había experimentado antes este horrible sentimiento de vacío. Ya desde niños, él y Sauce habían jugado como pareja, oyéndose su risa por toda la pradera. Ninguna otra mano se había posado sobre la suya. Ninguna otra sonrisa le había hecho cantar feliz en su interior. Pensó que siempre la tendría a su lado. Y ahora se había ido, dejando en él un abismo tan extenso como las llanuras que se funden para siempre en el horizonte. A pesar de todo lo que había hecho para intentar salvarla, había perdido a su hijo y ella se había ido desangrando lentamente en sus brazos. Sus heridas, fruto de la perversión y las repetidas violaciones, se habían quedado en su interior, para que nadie pudiera verlas. Hasta el final, él había esperado poder salvarla.

Casi podía sentir el espíritu que la dejaba, casi podía ver su alma corriendo grácilmente por los escalones hechos de estrellas que la llevaban a la tierra de los muertos. Se le encogía el corazón al contemplar el camino que debía seguir. Ella nunca se había orientado bien y siempre había dependido de él para guiarla. Rezó a los antepasados para que la cogieran de la mano y le dijeran adónde debía dirigirse. Si la dejaban sola, estaba seguro de que se perdería. Lágrimas indeseadas salieron de sus ojos ante este pensamiento.

El viento de la noche había secado la sangre que aún quedaba de ella en sus manos y en sus pantalones de piel de ante. Elevando sus anchos hombros, dejó

escapar un potente lamento que hizo eco en el aire que le rodeaba. Sacó el cuchillo y se cortó el pelo de caoba hasta casi el cuero cabelludo. Después levantó la afilada hoja de su arma y se cortó desde la parte exterior de la ceja derecha hasta la barbilla, para mostrar a su gente que Sauce Junto al Río viviría para siempre en su corazón. Su sangre manchó la hoja de rojo carmesí. Deseó que hubiese sido la sangre de un *tabeboh*, de cualquier *tabeboh*.

Un movimiento a la izquierda llamó su atención y al volverse vio que era su madre que se acercaba. Sus mocasines tocaban apenas el suelo que pisaba, como si con ello pudiese amortiguarle del algún modo el dolor. Él se limpió rápidamente la cara, avergonzado de que su madre viera el reflejo de su sufrimiento.

En sus ojos traía una mirada de disculpa.

—Mi *tua*, sé que no debería acercarme a ti ahora —susurró Mujer con Muchos Vestidos—, pero tengo que hablar contigo.

Se arrodilló junto a él. Un dolor tenso y asfixiante le aprisionó la garganta. Su olor le era familiar y querido, reminiscencia de la niñez, cuando aún podía dejar que sus suaves manos le curasen las heridas. Deseó poder hundir su cara entre sus pechos, llorar como solo un niño podía hacerlo.

—Ella confiaba en mí para protegerla —susurró con un hilo de voz entrecortada—. Así se lo prometí en la canción que cantamos juntos. Nunca debí abandonarla.

Mujer con Muchos Vestidos chasqueó la lengua, del mismo modo que solía hacer cuando de pequeño venía a ella a contarle estúpidas historias.

—Quieres volver atrás, *tua*, y eso es imposible. Sé que es difícil de aceptar, pero tu mujer se ha ido porque la canción que cantaste con ella tenías que haberla cantado con otra.

—¿La sangre de mi mujer sigue fresca en mis pantalones, y usted todavía menciona la Profecía? Toda mi vida ha estado cantándome la misma canción, y yo la he escuchado como un buen hijo. Pero no lo haré esta noche.

Ella miró a lo lejos. Una nube tapó la luna y oscureció su rostro.

—En unas horas cabalgarás lejos. Pero antes tengo que decirte algo: tú eres el comanche de la Profecía. Viniste a mí del lugar de donde nace el sol, de las entrañas de un casaca azul hace ya veintiséis inviernos.

El aire escapó de su pecho como si ella le hubiese estrujado.

—¡No! Se lo he preguntado a mi padre muchas veces. ¡Y él siempre dice que yo soy su hijo! Deja de decir mentiras.

Él hizo ademán de levantarse, pero ella le cogió del brazo.

—No es ninguna mentira. Tus ojos son índigos, no negros, y eres una cabeza más alto que tus hermanos. —Con la otra mano, le sujetó el medallón, girando la piedra para que él pudiera ver la imagen que había grabada—. Llevas el símbolo del lobo, pero nadie te llama jefe.

Por un momento, solo pudo mirarla en silencio.

—¿Usted, la madre que yo amo, y un casaca azul?

—No hice nada malo. Sucedió durante un ataque, muy parecido al de hoy. Nuestros hombres estaban cazando. Intenté huir, y casaca azul me vio —su voz se hizo débil—. Me violó y me dejó pensando que moriría. Cuando descubrí que iba a tener un hijo, tu *ap* reclamó la criatura como suya y cantó conmigo en el fuego central.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Para que no venga la muerte de mi mujer? —Su voz se volvió espesa por la rabia, y de un manotazo le quitó el medallón de las manos—. Reclamaré su honor. Debo hacerlo.

—Encuentra a sus asesinos, sí, pero no formes parte del derramamiento de sangre que he oído que se está planeando. —Sus ojos llenos de lágrimas le imploraron—. Tu vida no te pertenece. Llevas sobre los hombros el destino de tu pueblo. Debes encontrar a la mujer de cabello de miel que no tiene voz, traerla con nosotros, y honrarla como nunca lo harás con otra.

—La honraré con una muerte rápida.

—No hables así, porque podría suceder como dices.

La madre suspiró y se puso en pie. Con las manos en las caderas, miró hacia el horizonte durante un momento. Después, acarició la cabeza inclinada de su hijo.

—No voy a pedirte que hagas desaparecer el odio que guarda tu corazón, porque también esto está escrito en la Profecía. En cuanto al amor, llegará como la primavera, de un lugar escondido, y nadie puede pedirte que lo sientas. Pero, *tua*, por el bien de tu pueblo, encuentra a la mujer de cabello de miel y tráela con nosotros.

Mantuvo un tenso silencio como respuesta.

—Sé que es difícil. Por eso fuiste elegido, porque eres fuerte. Nuestro pueblo recorrerá el camino del viento muy pronto. Los antepasados te han elegido para que cantes nuestra canción y nos mantengas vivos.

La miró sin poder creer lo que oía.

—¿Acaso parezco débil como una mujer? Soy un guerrero, no un narrador de historias.

Ella sonrió con tristeza.

—Hay muchas maneras de librar la gran batalla. El guerrero más valiente es el que no tiene escudo. Tu pueblo necesita que luches la última batalla, la más dura de todas. Y debes hacerlo solo. Cuando llegue el momento, verás el camino que los antepasados han elegido para ti y lo emprenderás con valentía.

—El comanche de la Profecía debe abandonar a su gente. Yo nunca haría eso, mucho menos por una mujer blanca. Me temo que ha subestimado mi odio, *pia*.

—Recuerda una cosa. Yo también odio a los *tosi tivo*. Me siguen persiguiendo las mismas pesadillas sobre el casaca azul. Pero cogí a un *tosi tivo* entre mis faldas de búfalo. Lo sostuve contra mi pecho y le llamé hijo. Y mi amor por él me ilumina como la estrella más brillante del firmamento. Tú eres ese *tosi tivo*. Sácalo de tu corazón, niégalo si quieres, pero existe un lugar dentro de ti que no es comanche.

Capítulo 1

Texas, junio de 1864

*E*l sol de media tarde caía sobre las hojas verdes de la solitaria pacana, extendiendo por el suelo sus haces de oro brillante. En opinión de Loretta Simpson, este árbol era la única cosa bonita en la granja de Henry Masters. Mientras echaba el cerrojo de la puerta del secadero de carne y miraba por encima del hombro lo que era su propiedad familiar, todo lo demás le pareció lóbrego y descolorido. La pequeña casucha y su jardín desnudo eran una mancha en la ondulante pradera, como una cicatriz desfigurando la cara de una hermosa mujer. Al desaliñado rosal que había junto al porche le faltaban más de la mitad de las hojas y sus ramas parecían las sombras de un esqueleto sobre las paredes de tronco de la vivienda. Abrasados por el sol diario, los arbustos terminarían por morir un día, víctimas de la interminable y fútil guerra que libraba el marido de su tía con la tierra.

El hecho de que Henry Masters hubiese elegido este lugar para levantar su casa y sus cercas decía mucho del tipo de persona que era. Si hubiese colocado su granja más cerca del río Brazos, donde la maleza de robles, pacanas y sauces formaban una oscura y baja línea, la sombra y la brisa les hubiese hecho la vida más agradable. En vez de eso, había elegido un espacio abierto para ahorrarse el trabajo de desenraizar los árboles.

Tratando de mantener las manos ensangrentadas lejos de su falda, Loretta observó las pequeñas nubes de polvo que iba creando con los pies conforme caminaba desde el secadero hasta el pozo. No quería pensar en el ciervo que acababa de despellejar y trocear, pero era misión imposible teniendo al lado a su prima de doce años, Amy, que caminaba dando brincos junto a ella.

—Con toda esa leche en la ubre, seguro que estaba amamantando al menos a una cría —dijo, furiosa, la chica—. Pero ¿crees que a padre le importó? Claro que no. Tenemos que hacer algo, Loretta. Si los dejamos ahí fuera para que mueran de hambre, seremos tan culpables como él.

Loretta caminó más deprisa. Siendo la mayor de las dos, era su obligación ser la más práctica. Dos chicas solas en el campo, en busca de cervatillos perdidos, podía ser motivo de problemas, y Loretta ya tenía bastantes problemas de los que preocuparse. Hacía menos de un mes que la granja del vecino había sido atacada. La sangre que encontraron después aún aparecía en sus sueños. Además, esos cervatillos debían de ser demasiado grandes como para dejarse domesticar.

Amy exhaló un suspiro de derrota.

—Supongo que serán demasiado grandes para llevárnoslos a casa. Por no hablar del síncope que le daría a padre si nos viera llegar con ellos. ¿Crees que son

suficientemente grandes como para buscarse solos la comida? Es casi verano. Seguramente son ya grandes, ¿verdad?

Tragándose el enfado, Loretta asintió con una convicción que en realidad no sentía.

—Padre podía haber ido a cazar más días —declaró Amy, con voz temblorosa—. ¡Con todos los ciervos que hay en estos bosques! Lo que pasa es que es un maldito vago.

Haciendo como que no había oído sus palabras, Loretta extendió el brazo para coger la cuerda del cubo del pozo. Amy necesitaba desahogar su rabia, y era mejor que lo hiciera aquí que en la granja. Ya había bastante tensión en casa, sobre todo entre Amy y su padrastro.

Amy miró a Loretta por el rabillo del ojo.

—Madre debía de estar desesperada tras la muerte de mi padre para casarse con un tipo como él.

Loretta levantó el cubo y trató de concentrarse en lavarse las manos. No tenía sentido dejar que Amy la hiciera enfadar. Había ciertas cosas que una persona no podía cambiar, y Henry Masters era una de ellas. Y de no ser así, tendría que ser alguien más grande que Loretta. Cogiendo el cubo por el borde, le dio una fuerte sacudida y tiró el agua rosada al suelo con tanta vehemencia que hubiese derribado a Henry de estar allí.

—Llena otra vez el cubo, ¿lo harás? —Amy se pasó la punta de la lengua por el labio superior—. Estoy tan seca como la cecina de venado.

Loretta apoyó el cubo en el borde del pozo y, metiendo los dedos en el agua, salpicó a la niña en la cara dedicándole una sonrisa.

—Es estupendo. Si este cubo fuera más grande, me metería en él ahora mismo. Si no fuera por esos estúpidos indios, me iría a nadar. —Levantando el cazo, dio un buen sorbo de agua haciendo sonar la garganta de forma estrepitosa. Después se detuvo para coger aire—. ¿Quieres un poco?

Loretta negó con la cabeza. Se apoyó contra el pozo y se secó el sudor de la frente con la manga. Amy tenía razón: les vendría bien un baño. Estaba a un punto de alcanzar la ebullición embutida en ese vestido de paño basto. Sin embargo, sabía que era demasiado arriesgado aventurarse mucho más lejos de la casa. Unos cuantos días atrás, ella y Amy habían visto a algunos comanches junto al río. Uno de ellos había cogido la trenza de Loretta y le había arrancado algunos mechones. Podía muy bien haberle dejado sin cabellera. No sabía muy bien por qué no lo habían hecho, pero no pensaba tentar a la suerte de nuevo. Tío Henry había visto huellas de caballos sin herrar en sus tierras estos días, por lo que los indios podrían seguir aún por los alrededores.

Loretta miró las mejillas sofocadas de Amy y se sorprendió de ver que metía el cazo otra vez en el cubo. En lugar de bebérsela, sin embargo, Amy volcó el cazo del cubo sobre su cabellera dorada. El agua le mojó las pestañas y corrió en un reguero

por su nariz pecosa. Loretta vio en ella a la niña delgaducha que un día fue, toda brazos y piernas, y en su cara unos ojos azules grandes como dos galletas.

Amy suspiró y volvió a colocar el cazo en su sitio.

—¿Vas a volver a meter el cubo dentro o te vas a quedar ahí todo el día para que el viejo cara de sapo no pueda verte? —Miró con los ojos cerrados por el sol, tratando de ver la cara de Loretta—. Me alegro mucho de no tener aún los veinte. Padre es un auténtico inútil buscando maridos. Ese Bartlett de la nariz grande sería mejor que Tom Weaver.

Loretta dirigió la mirada a la casa de madera. Un hilo de humo salía de la chimenea de arcilla, ascendiendo por la parte más alta del techo hecho de tablones de madera. Lo más seguro es que Rachel estuviese ya guisando la carne en estos momentos, preguntándose si su vecino se quedaría para la cena. Solo de pensarlo se le hizo un nudo en el estómago. No culpaba a tío Henry por querer buscarle marido. Alimentar a una esposa y a su hija ya era carga suficiente. Pero ¿Tom Weaver? Amy tenía razón: a su lado, el chico de los Bartlett parecía un príncipe. De la boca de Weaver siempre caía saliva de mascar tabaco que le llegaba hasta la barba, y la peste de su cuerpo sucio invadía toda la casa. Imaginar cómo sería besarlo le revolvía el estómago.

—No tienes que casarte con él —dijo Amy—. Puedes ganarte el quedarte aquí. Algunas veces, cuando tú no le miras, padre pone los ojos en ti con cariño. ¡De verdad! Nunca le importó que estuvieras aquí antes. ¡Eres tan guapa! Algún atractivo vaquero vendrá pronto a buscarte.

«¿Qué atractivo vaquero?» Loretta miró la franja infinita de campo abierto que rodeaba la granja y levantó la ceja incrédula.

Un brillo travieso se instaló en los ojos de Amy.

—Podríamos escaparnos —se echó hacia atrás, con la cara iluminada—, volver a Virginia, solas tú y yo. ¡Trabajar como cocineras en un tren! Una vez allí, podríamos encontrar un trabajo y ahorrar para mandar dinero a madre.

»¡Imagínatelo! Tú y yo, en Virginia. Vida social, bailes, y misa los domingos, como madre nos ha contado tantas veces. ¡Podríamos hacernos nuestros propios vestidos! ¡Estaríamos tan guapas! Tú te casarías antes de lo que canta un gallo. Con alguien rico. Alto y guapo, con sombrero de copa y zapatos relucientes.

Dio una vuelta más y después se inclinó en una elegante reverencia.

—Vamos, Loretta, hagamos como que ya estamos allí... Enséñame a bailar. Tú recuerdas cómo es Virginia, pero yo no.

Imágenes de frondosos bosques y colinas aterciopeladas pasaron rápidamente por la mente de Loretta. Era demasiado mayor para fantasear, pero algunas noches se quedaba despierta en la cama recordando, deseando...

Dando un brinco, Amy gritó:

—¿Y bien? ¿Vas a jugar o no?

Incapaz de resistirse, Loretta se levantó la falda y dio un paso de vals, imaginando

que tenía un acompañante. Intentó imaginar cómo sería y decidió que el que fuera alto y guapo no era tan importante, sino solo que ella se sintiera feliz a su lado. Alguien como su padre, fuerte pero amable, firme pero considerado, un hombre que pudiera verla bajo su silencio y amarla a pesar de ello.

Entusiasmada con el juego, Amy dejó de bailar y empezó a aplaudir.

—Hagamos que es rico, ¿de acuerdo? Tan rico como para comprarnos una pizarra grande donde puedas escribir todos los mensajes que quieras. Él no sería tan miserable como padre.

Los pies de Loretta se pararon en seco. El recuerdo de Henry le hizo volver a la cruda realidad que las rodeaba. Los pololos de Amy asomaban cubiertos de polvo por debajo de su falda descolorida. No estaban en Virginia, nunca volverían allí, y aunque lo hicieran, ningún hombre que pudiera permitirse un sombrero de copa se fijaría en una mujer muda con vestido de paño.

—¿Qué pasa?

Alarmada por el tono crispado de Amy, Loretta miró por encima de su hombro. Una nube roja se elevó sobre el cielo azul. Entrecerró los ojos deslumbrada por el sol. Caballos, y debían de ser muchos, a juzgar por la polvareda que levantaban. Debía de ser la patrulla fronteriza del fuerte Belknap, pero no estaba segura. La guerra había pasado factura. No había tropas en el condado de Palo Pinto, por lo que el regimiento fronterizo se había quedado bajo mínimos para intentar controlar a los indios.

Amy se puso rígida, agarrada a la falda azul de Loretta.

—¿Qué pasa? Ay, Loretta, no serán los indios, ¿verdad?

Loretta pasó el brazo por los hombros de la muchacha en un gesto protector. Los indios era la primera idea que se le había pasado por la cabeza.

—¿Y si son ellos? Quizá les gustó nuestro pelo rubio y vuelven a por nosotras... Son indios —gritó Amy—. Los veo.

Dando un autoritario empujón a Amy, Loretta se arremangó la falda para correr. «Dios quiera que no sea un grupo de guerreros.» El corazón le latía cada vez con más fuerza conforme azuzaba a Amy para correr hacia la casa. Podía oír el sonido atronador de los cascos. Le hubiese gustado poder avisar con un grito a tío Henry y a Tom Weaver. Pero su garganta estaba seca, sus pulmones doloridos. Nunca se había sentido tan frustrada por no poder hablar. Aunque trató de apartarlas de su mente, las imágenes de la granja de los Samuelson se arremolinaban en su cabeza, y no podía dejar de ver al viejo Bart lleno de lanzas indias, clavado en la pared del granero, y los cuerpos de sus hijos desperdigados por el suelo como muñecos de trapo.

Amy empezó a gritar.

—¡Indios! ¡Vienen los indios!

Un revuelo histérico sonó en el interior, un movimiento de muebles y botas rascando el suelo. Rachel gritaba. Loretta subió las escaleras de un salto, tirando del brazo de Amy para que no se quedara atrás. Era como si todo estuviera sucediendo en un sueño, y cada segundo se alargaba hasta la eternidad. Golpeó la puerta con el

hombro y entró precipitadamente en la casa con Amy cogida por el brazo. Después cerró la puerta detrás de ellas, atrancándola con la barra horizontal.

—Tom, ponte en la ventana de la izquierda —gritó Henry—. Rachel, deja que Loretta se ocupe de Amy. Agarra el rifle que sobra y cubre la parte trasera.

Arrastrando a Amy por la habitación, Loretta empujó la cama para moverla. Debajo estaba la trampilla que conducía al sótano. Excepto en caso de incendio, Amy estaría segura allí. Loretta levantó la trampilla y un olor a rancio y cerrado le golpeó en la nariz.

—¡No quiero! —Amy lloró—. Por favor, Loretta, ven conmigo.

Durante un segundo, fue como si Loretta hubiese vuelto atrás en el tiempo. Volvía a tener trece años y se aferraba al brazo de su padre mientras él le enseñaba el sótano convertido en refugio ante las tormentas para esconderla de los comanches. «Por favor, papá, deja que me quede contigo y con mamá. Por favor, papá».

Su padre había cerrado la trampilla y le gritó desde el otro lado: «No grites, hija, y obedece. No hagas ningún ruido, ¿me oyes? Pase lo que pase, no hagas ningún ruido».

Loretta, con los ojos pegados a los breves intersticios de las tablas de madera del suelo del refugio y los dientes apretados para no gritar, fue testigo de las atrocidades. Pero obedeció a su padre y no emitió ni un sonido. Siete años más tarde, aún seguía en silencio.

El rugido de los caballos acercándose la devolvió al presente. Cogiendo a Amy por el brazo, la forzó a entrar en el interior y bajar las escaleras. Amy la miró con la cara blanca de terror. Loretta cerró la trampilla y volvió a colocar la cama en su sitio. Si había un ataque, que Dios no permitiese que esos animales pusieran las manos en el cuerpo de una niña de doce años.

El recuerdo del cuerpo violado de su madre le golpeó en el cerebro.

El polvo se filtraba por las ventanas y le quemaba la garganta. Los comanches habían rodeado la casa. Podía sentirlos, olerlos. «No a Amy. Por favor, Dios, no a la pequeña Amy.»

—Por Dios bendito —exclamó Henry—, ¡debe de haber cientos!

Weaver asintió con una mueca, arrodillado en la otra ventana. Se abrió el cuello de su camisa marrón, tratando de encontrar un poco de aire. Después colocó el rifle.

—No disparéis.

—Dios mío —chilló Rachel desde la ventana de atrás—, ¡son demasiados! No tenemos nada que hacer.

Loretta se quedó inmóvil en el centro de la habitación. El aroma del guiso de venado flotaba en el aire. Todo parecía tan normal, la tapadera a medio cerrar sobre el bote de sal, el saco de harina desatado, las dos tazas utilizadas por los hombres aún en la mesa de la cocina. La costura de tía Rachel a los pies de la mecedora. ¿Cómo podían las cosas estar bien un momento y después oler a muerte en el siguiente?

Moviéndose hacia la ventana, echó un vistazo al exterior por encima del hombro

de su tío. Un grupo de guerreros se organizaba a lomos de sus nerviosos caballos. El rostro del asesino de su madre era oscuro y anguloso, con la nariz larga y la línea del pelo bastante subida. Siempre que veía indios trataba de encontrar ese rostro. ¿Estaría ahí fuera? Había muchas caras, todas oscuras, todas con el nacimiento del pelo bastante alto sobre la frente. Una piel de color canela y brillante. Músculos bien pronunciados. Plumas al viento y lanzas llenas de veneno. Cerró los ojos y después volvió a abrirlos. Un halo de silencio lo cubría todo, roto solo por el tintineo de las campanillas que colgaban de los mocasines comanches. La piel de ciervo que cubría la ventana se levantó de forma inesperada.

—No disparéis —volvió a recomendar Tom—. Ese indio de delante lleva una lanza con una bandera blanca. Sea lo que sea lo que buscan, no es una pelea. ¿Hablas algo de comanche?

—Ni una palabra —contestó Henry.

—Yo no sé mucho. Si están acostumbrados a comerciar, hablarán algo de inglés, pero si no es así... Esperemos que mi indio sirva de algo. —Tom escupió una bola de tabaco en el suelo limpio de Rachel. Después, les gritó:

—¿Qué queréis?

Loretta estaba tan tensa, que dio un brinco al oír la pregunta. Al ver el negro líquido de tabaco en el suelo, tuvo ganas de vomitar. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Acaso era importante que se manchara el suelo? Antes de que esto terminase, la casa podría muy bien arder entera. Oyó el llanto de Rachel, un lamento suave y entrecortado. Era terror. El gusto metálico del miedo le secó la lengua.

—¿A qué venís? —volvió a gritar Tom.

—¡Hites! —le respondió una voz profunda—. Venimos como amigos, Ojos Blancos.

El guerrero jefe se adelantó unos pasos con la lanza en alto, para que la polvorienta tela blanca pudiera verse bien. Montaba orgulloso en su semental negro, con unos hombros oscuros y relucientes bien erguidos, las piernas embutidas en piel presionando la montura con fuerza. Una ráfaga de viento levantó su pelo color caoba, y lo hizo volar en mechones que enmarcaban su rostro bronceado y finamente labrado.

Lo primero que pensó Loretta es que parecía diferente a los otros. Cuando pudo verle más de cerca supo por qué. Era sin duda un mestizo, más alto que los demás, y de piel más clara. Si no fuese por su complexión morena y por el pelo largo, hubiese podido pasar por un hombre blanco. Todo lo demás en él era salvaje, desde el gesto cruel de su boca hasta la manera experta que tenía de balancearse en su caballo, como si él y el animal fueran una misma cosa.

Tom Weaver se contrajo.

—Por todos los... Henry, ¿sabes quién es?

—Esperaba estar equivocado.

Loretta se acercó más a la ventana para ver mejor. Entonces lo vio. Cazador.

Había oído susurrar su nombre con temor en algunas historias. Pero hasta entonces no había creído que fueran ciertas. Un mestizo de ojos azules, uno de los adversarios más sanguinario y peligroso con el que el ejército estadounidense había tenido que enfrentarse. Ahora que la guerra había enfrentado al Norte con el Sur, los granjeros no tenían caballería para controlar a Cazador y a sus secuaces, y su gente hacía incursiones cada vez más frecuentes en los asentamientos de granjeros, avanzando hacia el este. Algunos decían que era mucho más peligroso que un comanche de pura cepa porque tenía la inteligencia del hombre blanco. Como despiadado que era, se decía que se ensañaba con las mujeres y los niños. Si era coincidencia, estrategia o una mentira que algún amante de los indios había inventado, nadie lo sabía. Los indios eran todos unos animales, unos asesinos.

—¿Qué queréis? —gritó Henry—. La vaca da buena leche. Hay dos mulas y un caballo en la parte de atrás.

Un hedor de miedo salió de la camisa sudorosa de tío Henry, un hedor penetrante y pegajoso. El indio se tocó el cinturón y sacó algo. Levantándolo en el aire, miró fijamente a la ventana donde Loretta estaba colocada. Ella tuvo el desconcertante presentimiento de que podía verla. Algo dorado caía de sus dedos, brillando a la luz del sol.

—*Pe-nan-de* —gritó—. Miel, vosotros llamáis. Envíame a la mujer que tiene este pelo.

—Dios bendito —suspiró Tom.

Incapaz de apartar los ojos del mechón de pelo que se mecía entre los dedos del mestizo, Loretta se llevó la mano a la garganta. Esto no estaba pasando en realidad, pensó medio mareada. En un minuto se despertaría. Solo era una pesadilla.

—Ellos nos superan por cincuenta a uno —dijo Henry—. ¿Qué demonios vamos a hacer?

Tom miró por la ventana.

—Me da igual que sean cien contra uno; no puedes darles a la chica.

—Mejor que sea ella sola que no todos nosotros. —Un hilillo húmedo cayó de la nariz de Henry, que secó con la manga de su camisa blanca—. Tengo que pensar en Rachel y Amy. Ya sabes lo que estos salvajes harían con Amy, Tom.

—¿Y qué me dices de Loretta?

Loretta se apoyó en la pared. ¿La quería a ella? Las piernas le temblaban. «No, no iré», pensó. Entonces recordó la cara pálida de Amy. Y supo sin ninguna duda que la muerte de la niña no sería rápida. Tío Henry tenía razón: mejor una vida que cinco.

Loretta se giró hacia su tía. La piel de Rachel se había vuelto blanca como el alabastro. Sus ojos azules se encontraron. Entonces, Rachel miró hacia la cama. Fue el impulso que Loretta necesitaba. Dio un paso hacia la puerta, envuelta en una nube de irrealidad. Los últimos siete años había estado andando en un círculo que se cerraba ahora. Esta vez no sería una cobarde. Haría por Amy lo que sus padres habían hecho por ella. Una segunda oportunidad. ¿Cuántas veces en sus pesadillas había

encontrado el coraje para abrir la puerta de la bodega, salir y ayudar a su madre? ¿Cuántas veces había despertado de ellas pidiendo a Dios que la perdonase por ser valiente solo en sueños? Ahora podría redimirse.

Al ver que Loretta se acercaba a la puerta, Tom gritó:

—¡No! Eres un miserable y un cobarde, Henry. Si envías a esta chica ahí fuera, nunca volverás a dormir tranquilo en lo que te queda de vida.

Loretta tocó la puerta de madera y se quedó helada. A través de las rendijas, oyó el tintineo de las campanillas, un sonido navideño tan fuera de contexto como la música de baile en un funeral. Santiguándose, entrecerró los ojos e intentó recordar cómo se hacía un acto de contrición. Las palabras se enredaban en su cabeza.

—Henry, no —pidió Rachel—. Loretta, no abras la puerta. Si quieren una mujer, iré yo.

—No es a ti a quien esperan —le espetó Henry—. Uno de ellos vio a Loretta en el río el otro día, y han vuelto a por ella. Te dispararán si sales ahí fuera.

Rachel se volvió hacia su marido.

—Esta chica es la hija de mi hermana. ¡Nunca te perdonaré si dejas que salga!

—No tienes que hacerlo, Loretta —le dijo Tom—. Hay cosas peores que morir, y esta es una de ellas.

Loretta dudó. Entonces, las bisagras de la puerta chirriaron al ser abierta por completo. Un rayo de luz le dio en la cara. Cruzó el umbral. «Mejor solo yo que todos los demás.» Dio un paso. «Mejor que los comanches me lleven a mí y no a Amy.» No era tan difícil, ahora que estaba haciéndolo. Respiró hondo y cruzó el porche. La puerta se cerró a su espalda, y la barra del cerrojo dio un golpe definitivo.

Observándola con unos ojos azul oscuro impenetrables, el guerrero de negro hizo avanzar su montura unos pasos. Con un contacto visual desconcertante, la dejó inmobilizada. Él la estudió durante lo que pareció una eternidad, sin moverse, sin hablar, con la lanza aún en el aire.

La valentía de Loretta se desintegró, y un temblor violento la sacudió de la cabeza a los pies. Él notó su estremecimiento, y le miró el cuerpo con ojos penetrantes. Se fijó sobre todo en sus caderas, deteniéndose allí con un desprecio insultante, y después levantó los ojos hasta sus pechos. La humillación coloreó sus mejillas.

—*Keemah*. —La palabra salió con un silbido de su boca, con un tono tan agudo como el sonido de un disparo en el aire. Loretta dio un salto, confundida y aterrorizada. No entendía el comanche y no tenía ni idea de lo que le pedía. Solo sabía que la mataría si le hacía enfadar. Las rodillas se le abrían y cerraban, fuera de control. Los labios de él se torcieron en una mueca—. Ven aquí, para que este comanche pueda ver.

Demasiado asustada para sentir los pies, Loretta se tropezó en las escaleras y a punto estuvo de caer. Le ardía la piel al sentir los doscientos ojos que la miraban. Cuando se acercó al comanche, él dirigió su montura a un lado. Unas campanillas doradas brillaron junto a las tiras de piel de sus mocasines. Su mirada era difícil de

olvidar, podía casi sentir que le llegaba a la piel.

—Levanta la cara, mujer.

Ella levantó la cabeza, con una expresión cuidadosamente ausente. Él parecía una torre sobre su caballo, los hombros desnudos enormes, los músculos de sus brazos perfectamente dibujados. La brisa retiró el mechón oscuro de su mejilla, dejando al descubierto una cicatriz que le marcaba la cara desde la ceja derecha hasta la barbilla. Al hablar, descubrió unos dientes blancos brillantes.

—¿Cómo te llaman?

Loretta prolongó el silencio, la boca abierta.

—Responde, mujer, o muere. —Levantando la punta de la lanza, le cogió la trenza, aflojándosela de la diadema. El pelo le cayó suelto por los hombros.

—¡Loretta! —Rachel gritó desde el interior de la casa—. Se llama Loretta. Por favor, no le haga daño, por favor. —Una congoja de terror matizó su súplica.

El indio apretó la punta de su lanza contra la garganta de Loretta.

—¿No tienes lengua, *herbi*?

—Nooo —aulló Rachel—. ¡No puede hablar! ¡Es la verdad! Por favor. Es una chica dulce y buena. No le haga daño.

A la izquierda de Loretta, un indio montado en un caballo pinto empezó a balbucir excitado señalándola con el dedo. El brazo del comanche jefe se puso rígido, haciendo que la lanza se clavara aún más en su garganta.

—¡Ka! —rugió el indio del pinto. Después volvió a balbucir otra sarta de palabras.

Loretta cerró los ojos y se preparó para morir. Fuera lo que fuese lo que el otro indio estaba diciendo, el mestizo estaba claramente intercediendo por ella. El aire llegaba cargado de ansiedad e incertidumbre, sensaciones que le penetraron las terminaciones nerviosas de tal forma que, por un momento, tuvo un extraño sentimiento de unicidad con el hombre que estaba encima de ella, al ser capaz de percibir el túmulo de sentimientos que le invadían, su indecisión, como si fuera parte integral de él. Quería derramar su sangre con ferocidad, pero algo, quizás el mismo Altísimo, detenía su mano.

Interpretando esto como un aplazamiento, se agarró a ello con ansiosa incredulidad. Levantó los ojos y vio confundida cómo sus ojos cobalto reflejaban las mismas emociones que las suyas.

Él empezó a temblar, como si la lanza le pesase una tonelada. Y de repente supo que por mucho que deseara matarla allí mismo, una parte de él impedía que tirase la lanza. No tenía sentido. Ella no veía sino el odio escrito en su bien cincelado rostro. Había sin duda matado cientos de veces y volvería a hacerlo otras tantas.

Lentamente, bajó el brazo y la miró fijamente, como si le hubiese ganado en cierto sentido. Entonces, tan rápido que no podía estar segura de haberlo visto, el dolor pasó como un rayo por su cara.

—¿Así que eres dulce? —Su sonrisa era como el hielo—. Lo veremos, mujer, ya

lo veremos.

Dijo mujer como si estuviera escupiendo bilis, y le pasó la punta de la lanza por la barbilla. Había oído de mujeres a las que los indios les habían desfigurado la cara y esperaba que él también lo hiciera al recorrerle la boca y la nariz con el arma. Un sudor frío le caía de la frente. Tenía la visión nublada con pequeños puntos negros que danzaban frente a ella.

Guiñó los ojos y trató de fijar la vista en él. La risa tintineaba en sus ojos. Se dio cuenta de que, puesto que había decidido no matarla, quería, por alguna razón desconocida, jugar a algún juego cruel con ella con el que poder probar su temple. Loretta cogió la punta de la lanza y la apartó de su cara. Después levantó la cabeza, desafiándole. Él se rio por lo bajo, se inclinó sobre el caballo y le cogió el pelo con el puño. Tiró de ella para obligarle a echar la cabeza hacia atrás. El tirón hizo que le brotaran las lágrimas.

Cazador se acercó para poder verle mejor la cara y dijo:

—Tienes más coraje que fuerza, pelo amarillo. No es sabio luchar cuando no se puede ganar.

Levantando solo levemente la mirada, pudo ver las facciones que cincelaban su rostro y la arrogancia dibujada en su boca. Deseó tener fuerza para tirarle del caballo. No solo estaba burlándose de ella, estaba retándola.

—Te rendirás. Mírame y conoce la cara de tu señor. Recuérdalo bien.

Sintiéndose cada vez más humillada, Loretta olvidó a Amy, a tía Rachel, a todos. En su cabeza apareció la imagen de su madre. Nunca, mientras le quedase un soplo de vida, se rendiría ante él. Tragó saliva e hizo ademán de escupir. Nada salió de su boca, pero el mensaje estaba claro.

—¡*Nei mah-heepicut!* —La soltó y le dio un ligero empujón en el brazo. Se puso a dar vueltas con el caballo, con la mirada puesta en la ventana de la casa. Después se dio un puñetazo en el pecho—. ¡La reclamo!

Loretta se tambaleó. Lo observó, incrédula, mientras hacía un círculo a su alrededor. «¿La reclamo?» Se giró con recelo, sin perderle de vista, sin saber muy bien lo que iba a hacer después. Él cabalgó erecto, con los ojos fijos en su vestido, su cara, su pelo... Era como si todo en ella le interesase.

Su boca se curvó en una sonrisa burlona. Se había detenido en su falda, y ella casi podía ver las preguntas que le rondaban la cabeza. Volvió a poner la mano en la lanza. La determinación que llevaba escrita en la cara le resultaba inquietante.

Cabalgó directamente hacia ella, y ella se echó a un lado. Él hizo virar la montura y volvió a acercarse. Al pasar, se inclinó y cogió con la punta de la lanza los bajos de su falda. Loretta se volvió, apartándole con los brazos, pero el indio se movió con mayor agilidad y condujo al caballo hacia el objetivo fijado con la precisión de sus piernas. Estaba tan interesado en verle la ropa interior como ella lo estaba en esconderla.

El final de esta batalla solo podía ser uno, y Loretta lo sabía. Sus amigos le

animaban, aullando y riéndose cada vez que descubría los pololos. Loretta le quitó la sucia bandera blanca y la tiró al suelo, pisoteándola con el tacón del zapato.

Después de unos cuantos pases más, Loretta se sintió agotada y reconoció la estupidez de su resistencia. Entonces se detuvo, de pie con el pecho agitado, la mirada perdida y la cabeza erguida. El guerrero la rodeó, acercándose tanto a ella que le temblaron los dedos de los pies al notar la proximidad de los cascos del semental. Al ver que no se movía, el indio detuvo el caballo y se quedó estudiándola unos segundos antes de inclinarse a tocarle con el dedo el corpiño del vestido. Loretta se quedó sin respiración: notó cómo la palma de su mano se deslizaba por la parte que separa el pecho del talle.

—*Ai-ee*—susurró—. Aprendes rápido.

Subió los ojos llenos de lágrimas y le escupió otra vez en la cara. Esta vez la saliva sí le llegó a la cara. El indio la miró con una expresión que parecía esconder una sonrisa, aunque esta vez parecía hasta amistosa.

—Quizá no tan rápido. Pero soy buen profesor. Aprenderás a no luchar contra mí, pelo amarillo. Es una promesa que te hago.

En ese momento, lo que sintió por él fue mucho más que odio: una repulsión negra y horrible que le hacía desear coger la lanza y clavársela hasta lo más profundo de sus entrañas. «La reclamo.» Planeaba llevársela, ¿verdad? Sus ojos se movieron desde el fajín de lana azul hasta los músculos marcados en su estómago. La empuñadura del cuchillo sobresalía de una funda de piel que llevaba en la cadera. ¿A cuántos soldados habría matado? ¿Uno, un centenar, quizás un millar?

El mechón de pelo que le había cortado le caía del cinturón, una nube dorada que contrastaba con la piel oscura de sus pantalones. Estaba segura de no haberlo visto antes. Los indios que encontraron en el río debieron de habérselo dado, y él había venido, solo Dios sabe por qué, a buscarla.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que el guerrero había extendido una mano hacia ella. Una cinta ancha de cuero cubría su muñeca. Miró la oscura palma y los fuertes dedos que se abrían ante ella, y negó con la cabeza.

—*Hi, tai*—dijo él en voz baja. Se acercó un poco más y se agachó para tocarle la barbilla. A Loretta le temblaron las pestañas al ver que él le secaba una lágrima de la mejilla—. *Ka taikay, ka taikay, Tohobt Nabituh*—susurró.

Las palabras no le decían nada. Desconcertada, le miró a los ojos.

—*Tosa ehr-mahr*.—Levantó la mano y le mostró el brillo mojado de sus dedos—. Lluvia de plata, *tosa ehr-mahr*.

¿Comparaba sus lágrimas con la lluvia plateada? Buscó un poco de humanidad en sus ojos y no encontró nada. Después de un rato, se estiró y levantó la lanza en lo que parecía un saludo.

—¡*Suvate!*—gritó, recorriendo con los ojos la línea de guerreros que le rodeaban. Le respondió un murmullo ronco de voces:

—¡*Suvate!*

El indio pareció satisfecho con la respuesta y, con un golpe violento, clavó la lanza en el suelo. Una vez más, le extendió la mano.

—Cógela, pelo amarillo, para amistad.

Ella tenía miedo de que la subiera a su montura si la tocaba, pero sus ojos le dijeron que no había peligro. Además, si esa fuera su intención, podría hacerlo con o sin cooperación. Levantó un tembloroso brazo hacia él, esperando lo peor, y le colocó los dedos sobre la palma. El guerrero le apretó la mano y la calidez del apretón le llegó hasta el hombro.

—Volveremos a encontrarnos. Vendré a por ti como el viento, que viene de la nada. Recuerda la cara de este comanche. Soy tu destino.

Con esto, le soltó la mano y guio a su caballo para que hiciera un círculo por el jardín, con una mano en alto. Echando atrás la cabeza, emitió un grito que le puso los pelos de punta. En poco rato, el jardín se convirtió en un polvorín, con cuatrocientos cascos tocando un ensordecedor *staccato* de retirada.

Capítulo 2

Después de marcharse los indios, Rachel salió de casa y fue a abrazar a su sobrina. Loretta devolvió con rigidez el abrazo, sin poder aún quitar los ojos de la nube de polvo que se movía hacia el río, y con las palabras del comanche resonando en su cabeza: «Soy tu destino». A pesar del calor, un sudor frío le cubría la espalda.

—Estás bien —canturreó Rachel—. Estás bien.

Apretándose contra su tía, Loretta cerró los ojos. Se había enfrentado cara a cara con un guerrero comanche y aún podía contarlos.

Dentro de la casa se oyó movimiento de muebles y a continuación Amy salía disparada al exterior, con su pequeña cara aún pálida por el miedo.

—Pensé que iban a matarte.

Loretta se separó de Rachel y cogió a la pequeña en brazos, apretando la mejilla contra sus trenzas.

—Nunca volveré a esconderme —suspiró Amy, aún temblando—. Nunca. Ay, Loretta, ahora sé cómo tuvo que ser para ti cuando mataron a tus papás, lo enferma que debiste de sentirte por dentro. Nunca volveré a bajar ahí. Lo prometo.

Loretta la meció entre sus brazos, tratando de aliviar la tensión de la niña con un masaje en la espalda. En su mente apareció el persistente olor a moho de su propio escondite en la bodega.

Solo ella sabía la agonía por la que Amy acababa de pasar, y la chica tenía razón, era como estar enferma por dentro. Pero por muy doloroso que hubiese sido para Amy, Loretta sabía que volvería a hacerlo de nuevo, que volvería a proteger a su prima, sin importar el precio.

Con repentina claridad, Loretta comprendió por fin por qué sus padres la habían escondido durante el ataque comanche. En aquella ocasión, ella solo era seis meses mayor que Amy. Si hubiese tenido el valor de abrir la puerta de la bodega, ¿en realidad, qué hubiese podido hacer? Nada, salvo morir. Rebecca Simpson no hubiese querido que Loretta saliese. Saber que su hija estaba a salvo fue tal vez la única alegría que tuvo en esos últimos minutos de su vida. Darse cuenta de esto, redujo un poco la culpa que Loretta sentía por la muerte de sus padres, una culpa que la había acompañado en los últimos siete años. Cogió aire para limpiar los pulmones y dejó que las lágrimas, que nunca antes había dejado salir, le quitasen el polvo de la cara. Un sollozo resonó en su garganta.

Amy se estiró y levantó la cabeza para verle la cara.

—¡Loretta, estás llorando! —Abrió mucho los ojos—. Madre, Loretta está llorando.

Rachel pasó los brazos por los hombros de las dos chicas.

—Y sí, debería. Si alguien tiene todo el derecho a hacerlo es...

Amy sacudió la cabeza.

—No, madre, está llorando de verdad. La he oído...

Rachel, nerviosa aún por la cercanía de los indios, no parecía comprender lo que su hija le decía.

—Vamos, entremos en casa. Nunca se sabe con esos salvajes. No me extrañaría que volvieresen solo para cogernos desprevenidos.

La puerta de la casa estaba abierta, y Loretta los siguió al interior. Al encontrárselos de frente, sus ojos se llenaron de preguntas. Henry puso el rifle contra la pared.

—El comportamiento de estos cretinos es de lo más descabellado. Supongo que no volverán.

Tom, aún de pie junto a la ventana, arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza con la mirada puesta en la lanza que se erguía en el jardín.

—No estoy tan seguro. Un comanche no deja su marca así porque sí. No pudo haberlo dicho más claro. Loretta acaba de prometerse en matrimonio.

Amy se rio, una carcajada aguda y terrorífica que reflejó a la perfección la sensación de irrealidad que estaba viviendo Loretta.

—¿Quieres decir que quiere hacer de Loretta su esposa india? Pero eso sería peor que casarla con el señor Weal... —Amy cerró los ojos, con las mejillas coloradas—. Quiero decir... bueno...

—¡Calla, Amy! —preocupada por su reacción, Rachel clavó los ojos en Tom—. ¿Qué te hace pensar así?

—Todos hemos oído cómo la reclamaba y cómo decía que volvería. —Tom evitó la mirada de Loretta—. Los comanches no hacen falsas promesas. Si no me equivoco, volverá con un par de mantas y un caballo o dos para cerrar el trato. Así es como ellos hacen las cosas cuando compran una esposa. Y ni que decir tiene que no será tan amable después si ella no se ajusta a sus deseos y la desprecia.

Rachel se agarró el pecho con una mano.

—Por el amor de Dios, entonces tenemos que sacar a Loretta de aquí; llevarla al fuerte Belknap, quizá.

—No servirá de nada, Rachel —dijo Tom suavemente—. Habrán puesto centinelas. Si intentas salir con ella te seguirán y no pararán hasta encontraros. Nadie puede llevarse a la mujer de un comanche.

Oír cómo se referían a ella como la mujer de un comanche hizo retroceder a Loretta. Caminó hacia atrás hasta quedarse de pie junto a la mesa.

—Ningún indio se va a llevar a la hija de mi hermana. He dicho —gritó Rachel—. Antes prefiero verla muerta.

Henry rodeó a su mujer con el brazo.

—Vamos, mujer, no adelantemos acontecimientos. Puede que Tom se equivoque y que no vuelvan. No tiene ningún sentido. ¿Por qué iba a preocuparse un comanche en ser educado? Si tuviese en mente llevársela, estaría ahora mismo pataleando en la

grupa de su caballo.

—¿Se te ocurre una explicación mejor? —le retó Tom.

Henry sacudió la cabeza.

—No, pero como dije, lo que estos animales hacen no siempre tiene sentido.

Rachel se apoyó débilmente sobre su marido.

—Ay, Henry. Creo que Tom tiene razón. Él volverá para llevársela.

A Loretta le temblaron las piernas. Se apretujó en el banco de madera y se abrazó los codos poniéndolos encima de la mesa. El miedo estaba adentrándose en su estómago, un sentimiento que le subía hasta el pecho. ¿Estaban todavía ahí fuera los comanches, escondidos pero al acecho? ¿Era esa lanza un mensaje de Cazador para su gente?

«Vendré a por ti como el viento. Soy tu destino.» Visualizó al indio volviendo con una o dos mantas sucias, un caballo escuálido que no quería y quizás una cazuela abollada. Y el cobarde de su tío Henry no tardaría en entregarla. Loretta Simpson, comprada por un comanche. Y no por cualquier comanche, sino por el propio Cazador. Se hablaría de ello con horror a lo largo del Brazos y el Navasota. La mujer de Cazador. Nunca podría volver a caminar con la cabeza alta. Ninguna mujer decente la miraría siquiera. Si es que vivía...

Con una dolorosa inhalación de aire, Loretta se puso en pie y corrió hacia la puerta. Antes de que nadie pudiera detenerla, había cruzado el porche y bajado las escaleras. Ella enseñaría a ese pagano. Si esta era su señal de que le pertenecía, no tenía más que destrozarla. Cogió la lanza y la arrancó de la tierra.

—¡Loretta, no seas tonta! —Tom la siguió, cogiéndole el brazo—. Lo único que conseguirás será enfadarlo.

Librándose de su brazo, se dirigió hacia la verja de la entrada. Por mucho que se enfadase, si ella no rechazaba la petición del comanche, sería como si en verdad la aceptase. Tal vez volviera a por ella, pero si estaba ahí fuera mirándola, al menos sabría que no era bienvenido.

Salió del recinto de la granja y golpeó la lanza contra el palo superior de la valla. La madera no cedió. Volvió a golpearla una y otra vez, sin éxito. La lanza parecía estar viva, capaz de resistirlo todo, riéndose de ella. Entonces imaginó la cara arrogante del comanche y la aporreó otra vez, con todo su odio. «Por mamá, por papá.» Nunca pertenecería a un sucio piel roja. Nunca.

El sudor empezó a caerle por la cara, quemándole los ojos y salando su boca, pero no dejó de aporrear la lanza. Tenía que romperse. Cabía la posibilidad de que él estuviese ahí fuera mirándola. Si su arma ganaba, sería como si él mismo hubiese ganado. Empezaron a dolerle los hombros. Cada vez que levantaba los brazos, sentía un dolor de agotamiento en el cuerpo. Como en un halo de irrealidad, vio a su familia de pie, rodeándola, mirándola con cara horrorizada como si hubiese perdido el juicio.

Y tal vez lo hubiese perdido. Loretta clavó las rodillas en el suelo. La lanza seguía intacta. Sauce, sauce verde. Con razón la maldita lanza no se partía. Furiosa, arrancó

las plumas que adornaban la parte de arriba y las partió en mil pedazos, escupiendo cuando los trozos se le volvieron sobre la cara. Después se arrodilló allí, en busca de respiro, tan cansada que toda la furia parecía haberse quedado en la tierra.

Él había ganado.

Las hojas de sauce caían ante los ojos de Cazador, pero su mirada estaba fija en un punto más lejano, en la delgada chica que intentaba romper su lanza. Con cada movimiento de brazos, él apretaba los labios, cada vez más enfadado. Lo absurdo de la situación también le afectaba, y una sonrisa involuntaria apareció en sus labios. Ella sabía que estaba allí. Hombres hechos y derechos temblaban de miedo con solo oír su nombre, ¿y una mujer frágil se atrevía a desafiarle? Pensó en su aspecto cuando había salido ahí fuera para enfrentarse a él, con la cabeza dorada bien erguida y sus grandes ojos azules dispuestos a desafiarle. ¿Cómo se atrevía a escupirle, no una sino dos veces? No podía dejar de sentir una mezcla de rabia, asombro y admiración. Tal vez no fuera muy guapa, pero tenía que reconocerle su coraje.

Su hermano, Guerrero, se agachó junto a él y dejó escapar una carcajada, disfrutando claramente de la situación. Su voz se levantó sobre el murmullo del río:

—Si supiera quién eres, no se atrevería a desafiarte de esta manera.

Cazador siguió con los ojos puestos en la chica.

—Cuando sepa a quién se está enfrentando, este sinsentido terminará. Si hay algo en lo que me considero un experto es en las mujeres, Cazador. Solo luchan cuando creen que pueden sacar algo con ello. No debiste dejar que te escupiera. La próxima vez, pégala.

Cazador arqueó las cejas. Teniendo en cuenta que la mujer de su hermano era la más mimada de todo el poblado, el consejo de su hermano le sorprendió. Estudió su expresión solemne.

—¿En serio?

—Confía en mí. Nunca volverá a intentarlo.

—¿Cuántas veces has pegado tú a Doncella de la Hierba Alta?

—Nunca. Ella sabe quién tiene el brazo más fuerte.

Cazador le miró divertido.

—Sí, claro que sí.

Al volver su atención a la chica, frunció el ceño. Le enseñaría algo de respeto o la mataría intentándolo.

Al final, la fuerza de la chica pareció ceder, y vio cómo caía de rodillas, derrotada. Una nube de plumas voló a su alrededor. Cuando las plumas blancas se esparcieron sobre la tierra, los hombros de la chica cayeron con ellas. *Suvate*, todo se ha cumplido. Tendría que afrontar su destino y aprender a aceptarlo, como él. El destino no tenía enemigos.

—¡No es demasiado tarde! —El primo de Cazador, Búfalo Rojo, cabalgó hasta el

pequeño claro. Saltó del caballo y caminó hacia ellos, con el arco y las flechas en una mano—. Es la mujer a la que has estado buscando. Mátala, Cazador, mientras puedas. Ya sabes lo que piensa tu madre de la profecía. Cuando ella la vea, será demasiado tarde.

Cazador miró en dirección al arma que se le ofrecía y después sacudió la cabeza.

—No. Debo recordar mi deber. Sería una locura matarla. La maldición de los antepasados caería sobre nosotros. No puedo pensar solo en mí.

—¡La desprecias! Si la profecía se cumple, un día dejarás a tu gente. —La cara marcada de Búfalo Rojo se retorció de disgusto—. ¿Cómo puedes soportar la idea de llevarla contigo? Después de lo que los casacas azules hicieron a tu mujer y a tu hijo. ¿Hace ya tanto tiempo que lo has olvidado?

El rostro de Cazador se endureció y un brillo frío apareció en sus ojos.

—Nunca lo olvidaré.

Loretta no tenía apetito para cenar. Se unió a los demás en la mesa, pero el aroma a venado y pan de moras le revolvía el estómago. Amy buscó sus ojos por encima de la mesa. Henry golpeaba con los dedos la jarra de mezcal. Se volvía insoportable cuando bebía, y la pobre Amy solía ser la primera en sufrirlo.

Loretta solía compadecerse de ella cuando esto ocurría, pero esta noche estaba preocupada. El plan de escapar seguía en su cabeza, aunque en un momento parecía convencida de hacerlo y al siguiente se convencía de lo contrario. Recordó las praderas que les rodeaban, sintiéndose tan encerrada en este espacio infinito como si estuviera en una celda.

Trataba de mantener las manos ocupadas para que no le temblaran, así que cogió un trozo de pan y se lo metió en la boca. Al masticarlo, se fue haciendo más grande y más seco en su boca. Tom Weaver se movió nervioso junto a ella. Entonces, vio que le rozaba rápidamente la barbilla con la mano. Loretta bajó los ojos y miró fijamente la rebanada de pan con mantequilla que quedaba en el plato. Después él le dedicó una sonrisa breve, y sus labios secos se curvaron en una tímida mueca.

—Creo que uno de nosotros debería cabalgar hasta Belknap y conseguir escolta para Loretta —dijo suavemente—. Es mejor que vaya yo, Henry, ya que no tengo familia. Me llevará tiempo, pero la patrulla fronteriza está allí, y he oído decir que varias familias han construido casas con vallas puntiagudas. Loretta estaría segura allí si pudiéramos llevarla.

—La pregunta es cuántos hombres puedes conseguir. —Henry tenía los carrillos hinchados. Masticó y tragó—. La mayor parte del tiempo se lo pasan persiguiendo a los indios. Además, ¿qué pasaría si esos indios volvieran y no encontraran aquí a Loretta? Se volverían locos.

—¡Por el amor de Dios, Henry! —gritó Tom—. ¿No estarás diciendo en serio que piensas dejarla aquí?

Un sudor frío se apoderó de Henry.

—Desde luego que no.

Rachel miró incómoda a su marido, y después a Tom.

—¿Cuánto tiempo te llevaría reunir a los hombres y volver?

—Puede que un día, si cabalgo rápido y no hay contratiempos. Tendríamos una oportunidad de luchar, Henry. —Tom se encogió de hombros—. Ella no tendría que quedarse allí por tanto tiempo que le fuera insoportable. Antes o después, Cazador tendría que buscar a otra india para hacerla su mujer y olvidaría a Loretta. Solo es una cuestión de tiempo.

—¿Y si los indios vuelven antes de que tú regreses? —Los labios de Rachel se habían quedado sin color.

Henry puso su plato en el centro de la mesa.

—Tú ocúpate de sacar el rosario, mujer, y rezar para que eso no pase. De ninguna manera podría protegeros yo solo frente a un centenar de indios.

Tom dio una palmadita a Loretta.

—No te preocupes. Volveré. Eres casi mi prometida. Un hombre cuida de su rebaño cuando merece el esfuerzo.

—Lo de que sea tu prometida aún está por decidir —intervino Henry—. Todavía no he hablado de eso con ella. Si hay indios ahí fuera (y no estoy tan seguro de que los haya), no arriesgues el cuello pensando que con eso vas a ganarte mi favor. No estoy tan descontento con que Loretta viva con nosotros como para casarla en contra de su voluntad. Ella tiene aquí su casa, si la quiere.

Loretta miró fijamente a su tío. Durante semanas había estado viviendo con el corazón encogido, pensando que la obligaría a casarse con Tom. Ahora que sabía que no lo haría, se sintió confusa. Centró su atención en el desagradable perfil de Tom. Si salía en busca de escolta y los indios se enteraban, su vida estaría en peligro. Hasta esta noche solo había visto su fealdad y suciedad, pero había muchas otras cosas en él. Era un buen hombre, demasiado bueno como para terminar muriendo por una mujer a quien no importaba. Pero ella sabía que Tom era su única esperanza. Sería la mujer más estúpida del mundo si le desanimara a ir a Belknap.

Como si pudiera leerle los pensamientos, Tom balanceó las piernas en el banco y se levantó de un salto, evitando su mirada.

—Bueno, debería irme a casa si quiero salir al amanecer.

Loretta se levantó con él, frotándose las manos en la falda. Tom arrastró los pies hacia la puerta y cogió el sombrero de la percha. Colocándose en un estiloso ángulo en la cabeza, le sonrió rápidamente y cogió el rifle que había dejado junto a la puerta.

—Buenas noches, señora Masters. Buena comida la que sirven aquí. —Con un rápido saludo de cabeza, se despidió—. Amy, Henry.

Sabiendo lo que tenía que hacer, Loretta siguió a Tom al porche, cerrando la puerta detrás de ella. Él la ignoró por un momento, ajustando las cinchas del caballo y guardando su rifle. Cuando se volvió para mirarla, el ala del sombrero le sombreaba

la cara, por lo que ella no pudo leer la expresión de su rostro, por mucho que la luna estuviera iluminándolo todo. Tom clavó una bota en el escalón superior y apoyó los brazos sobre la rodilla levantada.

—Me gustaría pensar que has venido a decirme adiós, pero tengo el presentimiento de que no es así. ¿Me equivoco?

Un centenar de palabras se agolpaban en la garganta de Loretta.

—Cariño, si lo que quieres decirme es que no me amas, eso ya lo sé. Te llevo unos cuantos años, pero todavía no estoy senil. —Se rio y se echó el sombrero para atrás para que ella pudiera verle—. Y si has salido para decirme que no debería ir a Belknap, que no vas a casarte conmigo de todas formas, no hace falta que te molestes. Iría aunque fueses tan fea como un palo y tuvieses trescientos maridos. ¿Lo entiendes?

Loretta sintió que las lágrimas le nublaban los ojos. Enfadada, se limpió la humedad de las mejillas.

Tom suspiró, y antes de saber lo que iba a ocurrir, se adelantó un paso y la cogió en sus brazos.

—Vamos, Loretta, chiquilla, no llores. Tengo una piel más gruesa que la del búfalo y soy dos veces más feo. Ningún indio de piel quemada va a hacerme daño. Voy a Belknap porque alguien tiene que hacerlo. Cuando vuelva, lo retomaremos donde lo dejamos, yo siendo un pesado, y tú sin ninguna obligación con respecto a mí. Así es como yo lo entiendo y voy de todas formas, ¿está claro? Haría falta una manada de caballos para detenerme.

Loretta arrugó la nariz. El olor de su camisa le repelía. Al menos la mano que le había puesto en la espalda era reconfortante, como cuando su padre la abrazaba. Movié la cabeza a un lado para coger algo de aire, sin apartar la mejilla de su pecho.

Tom la abrazó con fuerza, después la cogió con firmeza por los hombros y la apartó un poco para estudiar su rostro. Había un brillo extraño en sus ojos que le resultó incómodo. Cogiéndole la barbilla, le alzó un poco la cabeza hacia él. Como si leyera su mente, le dijo:

—No temas nada, Loretta Jane. Nunca te haría daño.

Había tanta sinceridad en su voz que Loretta se relajó. Y en ese mismo momento vio cómo Tom agachaba la cabeza. Aquí estaba, el temido beso...

Capítulo 3

Loretta cerró los labios. Un segundo después, la barba de Tom tocaba su piel, basta como un cepillo de alambre, y desde el centro boscoso y caliente, surgieron unos labios húmedos que se pegaron a los suyos como un dardo en la diana. Sus brazos se hicieron más fuertes y la atrajeron contra él. Fue entonces cuando él buscó su lengua y le lamió los dientes. ¿Así era como la gente se besaba? Él sabía a tabaco, y se le revolvió el estómago. Por la manera tensa en que la sostenía, supo que estaba buscando una respuesta. No quería herir sus sentimientos pero no podía pretender que le gustara nada de lo que estaba haciendo. La poca cena que había podido tragar esa noche estaba a punto de volver a su garganta.

En el momento en el que más miedo tenía de vomitar y humillarles a los dos, Tom le dio una palmadita en la espalda y la soltó, sonriendo como si se sintiese orgulloso de sí mismo. Sus ojos brillaban de cariño.

—Te lo agradezco, Loretta. Ha estado muy bien, e incluso si nunca llegas a casarte conmigo, tendré esto para recordar. —Le dio un pequeño empujón hacia la puerta—. Será mejor que entres en casa ahora.

Por muy vomitivo que hubiese encontrado su beso, Loretta dudó. A veces, su silencio la rodeaba como un muro.

—Tendré cuidado, y no tienes por qué agradecermelo —le sonrió—. No te quedes ahí como una tonta. Crees que no puedes hablar, chiquilla. Pero esos ojos tuyos nunca se callan. Ahora, venga, vete. No puedo irme si sigues ahí fuera.

Con un movimiento de faldas, se volvió hacia él y se colgó de su cuello con los brazos, sorprendiéndose tanto ella como él. Antes de que le flaquearan las fuerzas, le dio un beso en la mejilla. Después, corrió hacia la casa, con el corazón como un tambor. A través de las rendijas de la puerta, pudo oír la risa de Tom. Con el reverso de la mano se limpió los labios para deshacerse del olor a tabaco que le había dejado en ellos. Solo entonces pudo sonreír.

Después de lavar los platos, Loretta subió las escalinatas que conducían al altillo donde Amy y ella compartían cama. La luz mortecina del fuego del salón se filtraba por las rendijas del suelo de madera, dibujando formas de colores sobre las vigas. En la penumbra pudo oír la respiración suave y acompasada de Amy. Dormía hecha un ovillo, con el edredón gris echado a los pies de su cálido cuerpo y las faldas del camisón levantadas casi hasta la cintura, mostrando sus delgadas piernas. Loretta fue a los pies de la litera y desató la cortina de piel que cubría la ventana para que entrase un poco de aire. La niña suspiró en sueños y murmuró algo.

Un sentimiento de frescor recorrió los muslos de Loretta al desnudarse. Le hizo

tan bien que levantó los brazos y giró sobre sí misma, dejando que el aire de la noche la cubriera antes de poner el vestido en la percha y sacudirlo para que se le quitaran las arrugas. Este tipo de vestidos de tela sencilla se arrugaba más que ningún otro. Recordó entonces tiempos mejores, sobre todo en Virginia, o aquí en Texas, cuando sus padres aún vivían. Loretta suspiró y se acercó a la mesilla de noche. Echó agua de la jarra en la palangana, añadió un poco de lavanda y después cogió la jofaina y la toallita de lavar y las llevó al alféizar de la ventana.

Con la cabeza hacia atrás, empezó su ritual nocturno de restregarse la toalla húmeda impregnada en agua de lavanda por el cuello y el pecho. En verano, el intervalo semanal entre baño y baño parecía una eternidad. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación que producía la friega en su cuerpo. Maldita tierra, hacía tanto calor. Una mujer podía cocerse en esta tierra, con todas esas ropas.

Había terminado de lavarse y se dedicaba a enjuagar los calzones en el agua restante, cuando oyó el aullido de un coyote. Sacó la cabeza por la ventana para ver la luna llena. Una pequeña nube cruzaba la cara lechosa de la luna, dibujando sombras fantasmagóricas en el suelo. Una luna comanche. Tío Henry decía que se llamaba así porque los indios solían hacer sus correrías en noches de luna llena. Buena luz para matar, se creía.

Comanches. Se retiró un poco de la ventana y se cubrió el pecho con los calzones mojados. ¿No era una insensatez revolotear por ahí desnuda?

—¡Loretta Jane Simpson! —gritó Henry—. ¡Maldita sea, muchacha, está cayendo agua del techo como si estuvieses cribando el río!

«¡Maldición!» Sobresaltada, Loretta volcó la palangana que salió rodando y dando brincos por el suelo del altillo. Se detuvo justo en el borde.

—¿Qué demonios? —se oyeron unos pasos—. Como no os calléis ahí arriba tendré que subir a daros unos azotes.

Loretta tragó saliva. El extremo del tejado estaba muy inclinado. ¿Cómo podría coger la palangana sin decírselo a Henry? Se pondría furioso si se enteraba. Sabía que sería así. Amy gimió y murmuró en sueños. Mañana encontraría la forma de recuperarla.

Después de ponerse el camisón, colgó la ropa interior en el alféizar para que se secara y se sentó en el borde de la litera a cepillar y peinarse el pelo. En la mesilla de noche había un portarretrato de Rebecca Adams Simpson, su madre. Con la débil luz, sus facciones apenas se veían, pero Loretta conocía cada curva de ese rostro de memoria. Con tristeza, trazó el borde del marco con la punta del dedo. Si su padre le hubiese gritado por el agua que caía del techo, Rebecca le hubiese dicho: «Vamos, Charles, no seas tan cascarrabias». Aunque Charles Simpson no le hubiese gritado. Era un hombre pequeño de costumbres sosegadas.

Loretta abrió el cajón de la mesita de noche. Dentro, cuidadosamente colocada sobre la ropa de cama, estaba la peineta de diamantes de su madre y la hoja de afeitar de su padre. Dos recuerdos y un retrato, era todo lo que le quedaba de ellos. Apretó la

boca. La peineta formaba pareja con otra, y era el tesoro máspreciado de su madre. Ahora, solo le quedaba una, ya que la otra se la había llevado el mismo comanche que cortó la cabellera a su madre. Las lágrimas se agolparon una vez más en los ojos de Loretta. ¿Qué había cambiado en ella, tras la visita de Cazador, para llorar de ese modo? Se había pasado siete años sin derramar una sola lágrima y ahora parecía no poder dejar de llorar ni un momento. No tenía sentido. El momento del duelo había pasado hacía tiempo, y Loretta no era una gran amante de los llantos.

Cerró el cajón con un sonido y se limpió las mejillas con el reverso de la mano. Al acercarse a Amy, cogió el rosario que tenía debajo de la almohada. Besó la cruz y susurró unas plegarias en su mente, reconfortada al saber que Dios podía oírla.

Pareció pasar mucho tiempo hasta que el dolor del pecho remitió y pudo por fin conciliar un sueño bastante perturbador. Poco después despertó de repente, sin saber muy bien por qué pero feliz de haber puesto fin a su pesadilla. Se quedó tumbada en la cama, rígida, con el camisón empapado y la garganta dolorida por haber gritado sin voz. Recordó al indio de la pesadilla. Con dedos temblorosos, agarró el rosario y miró a la ventana. ¿Había visto una sombra allí o era parte de su sueño?

El viento nocturno silbaba haciendo crujir la madera del tejado. Aguzó el oído. ¿Había sido eso un paso? ¿Un roce de pieles? Apartó el rosario y se acercó gateando a la ventana. La luz plateada se filtraba por los agitados árboles que había junto al río, y sintió una brisa fría.

¡Ay, señor, sus calzones habían desaparecido!

Se agarró al alféizar y sacó un poco la cabeza por la ventana. Lo que vio no le sorprendió. Cazador estaba ahí fuera, en su caballo, orgulloso y desafiante. El viento le levantaba el pelo y lo hacía azotar contra su rostro cincelado. Levantó un poderoso brazo hacia ella en señal de saludo. En su puño alzaba los calzones mojados. En lo que parecieron unos segundos interminables, se miraron el uno al otro. Después él azuzó a su caballo, con la mano aún en alto y su ropa interior ondeando como una bandera de gloria detrás de él. Loretta lo observó hasta mucho después de que él se hubiera perdido en la distancia.

«Estoy soñando. No ha estado realmente aquí. Solo ha sido un sueño.» Se había casi convencido a sí misma cuando su mirada recayó en el borde del tejado. ¿Dónde estaba la palangana? ¿Había ese maldito pagano robado eso también? Entonces la vio colocada debajo de la ventana. Supo entonces que el comanche había estado allí y la había mirado mientras soñaba con él. No podía tocar la palangana. Él la había tocado. ¡Ay, señor! Y ahora tenía sus calzones. ¿Había estado espiándola mientras se lavaba? La idea le hizo sentir indecentemente desnuda.

Empezó a temblar. Se echó hacia atrás en la cama y se abrazó a sí misma. Temblaba tan violentamente que temió despertar a Amy. Su pesadilla volvía para perseguirla. Miró fijamente la ventana y se preguntó si no sería mejor echar la cortina de piel y las contraventanas. Imaginó su gran cuchillo y rechazó la idea. Si quería entrar, no habría madera suficiente para detenerle.

Su pensamiento voló hasta Tom Weaver. Tenía que volver a tiempo. Era su única esperanza.

Loretta se despertó a la mañana siguiente con el rostro de Amy sobre el suyo. Los ojos azules de la muchacha se abrían llenos de preguntas, la boca también más grande de lo normal. Estaba apenas amaneciendo, ese momento inquietante y silencioso en el que el sol se esfuerza por clavarse en el horizonte. Unos rayos de luz azul grisáceo penetraban por la ventana del altillo, pero más allá de su anémica luz, todo lo demás permanecía a oscuras. Loretta se acurrucó aún más dentro del edredón.

—Me has despertado —le acusó Amy con un susurro convencido—. Has hablado en sueños y me has despertado.

Loretta contuvo un bostezo y parpadeó.

—¡Has hablado! ¡Que me lleven los demonios si no has hablado!

«¿Que me lleven los demonios?» Si tía Rachel supiera el lenguaje que Amy utilizaba, probablemente le lavaría la boca con jabón. Despertándose por completo, Loretta rodó hacia su lado de la cama. Amy saltó sobre sus rodillas, poniéndole la cara tan cerca que los ojos de Loretta mostraron cierto enfado.

—Hazlo otra vez —insistió—. Di algo. Sé que te oí ayer haciendo un ruido. ¡Rayos, a madre le va a dar un ataque! Habla, Loretta. Di mi nombre.

Desconcertada, Loretta decidió que no era la única que había estado soñando.

—Vamos, Loretta, ni siquiera lo estás intentando. Di mi nombre. —Un brillo de determinación crepitaba en los ojos de Amy—. Di algo, o iré a buscar el alfiler de madre y te daré con él en el culo.

Siguió un tenso silencio. Después, con un susurro ronco y lleno de terror, Amy exclamó:

—¡Por las barbas de Cristo! ¡Los indios están en el jardín!

Loretta se incorporó como una catapulta y cayó a cuatro patas en mitad de la cama. A hurtadillas desde el alféizar de la ventana, miró hacia el jardín, para ver eso... el jardín. Ni un indio a la vista. Amy se echó hacia atrás, con los ojos como platos. Loretta la traspasó con la mirada.

—Bueno, podría haber funcionado.

El alivio la hizo sentirse mareada. Se dejó caer sobre la cama y se abrazó a la almohada. Era como si se le hubiese subido el corazón a la garganta. Cazador. Cuando Amy había dicho que los indios estaban ahí fuera, Loretta le había visto en su mente con la postura del día anterior, altivo en su caballo, cientos de guerreros respaldándole, amplios pectorales y brazos musculosos tensados a la luz del sol. Nunca había visto unos ojos tan fieros y abrasadores.

—Esto... Loretta, lo siento. No fue mi intención hacerte pasar un mal rato, de verdad. Solo quería divertirme un poco.

Loretta apretó los dientes y hundió más la cara en la almohada. Quería estrangular

a Amy por su estupidez.

—Loretta, por favor, no te enfades. Nunca pensé que me creerías. ¿Dónde está tu sentido del humor? ¿No pensarás de verdad que los indios van a volver? ¿Qué iba a querer un indio de una renacuaja delgaducha como tú? A ellos les gustan las chicas gordas que se embadurnan de grasa de oso por todo el cuerpo. Tú eres seguramente muy fea para ellos, la mujer más pálida que hayan visto jamás. Una baratija. Apestosa, también, con ese olor a lavanda que te pones. Y sin un solo insecto en el pelo.

Loretta siguió con la cabeza hundida en la almohada, determinada a no reír.

—¿Y dice que le gustas? No existe algo así como un comanche educado. ¡No te compraría! Se limitaría a robarte. Vino a mirarte, eso es todo. Quizá pensó que le gustabas y cambió de idea una vez aquí.

Girando la cabeza, Loretta entreabrió un ojo, reprimiendo una sonrisa.

—Piensa en ello, das un poco de pena —bromeó Amy—. Por eso es probablemente por lo que salió corriendo. Te vio y se llevó tal impresión, que aún no habrá dejado de correr.

Poniéndose de rodillas, Loretta cogió la almohada y se la tiró a Amy en la cabeza. Amy, que sabía que Henry vendría a fastidiarles la diversión si le despertaban, ahogó una risita chillona en su propio almohadón y se preparó para la lucha. Durante varios minutos se enzarzaron en una pelea de almohadas formidable. Después, el cansancio les pasó factura y cayeron desplomadas en la cama, con el camisón mojado de sudor y las mejillas coloradas de la risa.

Cuando Amy recuperó el aliento, susurró:

—Tal vez soñé que estabas hablando, ¿no?

Con la mejilla apoyada sobre el edredón, Loretta sonrió y asintió. Amy parecía un ángel, con la luz del sol mañanero reflejándose en su pelo, los ojos grandes e inocentes. Sin duda una ilusión.

Amy jugueteaba con la esquina de la almohada, mientras arrugaba su nariz pecosa.

—¿Has oído alguna vez hablar de la liberación bendita? —preguntó suavemente.

Ahora fue Loretta la que tuvo que arrugar la nariz. ¿Sacar ese tema de repente? ¿Quién le había hablado a Amy de algo así?

—La semana pasada, después de ver a los indios en el río, madre estaba hablando con la vieja señora Bartlett, y decían que una mujer decente haría mejor en buscar la liberación bendita que en ser cogida por los comanches. ¿Qué significa eso? Es algo malo, ¿verdad?

Por un momento, Loretta pensó en mentir. Después, hizo un esfuerzo para asentir con la cabeza. Esta era una tierra dura y cruel, y por muy joven que fuera, Amy debía saber ciertas cosas.

—Si los comanches vuelven y te roban, ¿es eso lo que harás, buscarás la liberación bendita? —El terror se apoderó de los ojos azules de Amy—. Significa que

te matarás, ¿verdad?

El cuello de Loretta se quebró un poco esta vez al asentir.

Por una vez, se sintió contenta de no poder hablar. Amy le pediría respuestas si pudiera dárselas, y Loretta no estaba segura de que las palabras pudieran describir los horrores que había visto.

—Sé que hicieron cosas horribles a tu madre. Mi madre nunca me lo ha dicho, pero puso una cara extraña cuando le pregunté. Tú lo viste, ¿verdad? —Era más una afirmación que una pregunta—. Por eso tienes pesadillas. No sobre la muerte de tu madre, sino de lo que le hicieron antes de que muriera. —Amy pareció considerar esto por un momento—. Me pregunto por qué hicieron esas cosas tan malas. ¿Acaso les gustaría que nosotros les hiciéramos lo mismo?

Loretta cerró los ojos, horrorizada con la idea. Los hombres blancos nunca tomarían represalias de esa manera contra los indios. Y ahí estaba precisamente la diferencia entre los seres humanos y los animales. La imagen del rostro oscuro de Cazador pasó por su mente, sus ojos color índigo brillando. Por un momento, el miedo que sintió fue tan intenso que no pudo respirar. Ay, Dios, ¿qué era lo que quería de ella?

El sol empezaba a ponerse esa misma tarde cuando Henry entró pisando fuerte en la granja anunciando que Loretta se ocuparía del caballo y de las mulas esa noche. Loretta dio un golpe con la tapa de la cazuela de alubias que estaba cocinando y se dio media vuelta. No tenía miedo al trabajo, pero tendría que volver a oscuras si empezaba a trabajar tan tarde. Esa mañana había escrito una nota en la pizarra de Amy sobre la visita nocturna de Cazador. ¿Se había olvidado Henry?

—No puedes mandarla ahí fuera sola —gritó Rachel—. Esos indios podrían estar cerca.

Loretta se agarró la falda con los puños cerrados y tiró fuerte de la tela en dirección a la parte trasera de sus piernas.

—Si hubiese indios ahí fuera —silbó Henry—, ya se habrían hecho notar. Tom os ha hecho preocuparos por nada, chicas. Loretta tuvo una pesadilla anoche, eso es todo. He registrado el jardín por la parte que mira a su ventana y no he visto ninguna huella de caballo allí. Estoy derrengado. No sabéis lo que es trabajar estos campos quemados bajo un calor semejante.

Rachel echó un vistazo por la ventana, incómoda.

—¿No podríamos dejar por hoy los animales en el pasto?

—¿Y que nos los roben? —protestó Henry con disgusto—. Eso sería una insensatez, sobre todo ahora que *Ida* está por fin preñada. ¿Y qué haría sin las mulas? ¿Creéis que puedo arar esas tierras yo solo? A esta chica no le hará ningún mal coger un poco de agua y airear el heno. Esa yegua puede ponerse de parto en cualquier momento y quiero que tenga un establo limpio cuando lo haga.

—Yo iré a ayudarla. —Amy, que estaba haciendo sus deberes de escritura, levantó los ojos de la pizarra con una sonrisa impaciente—. Soy casi tan buena como Loretta con la horquilla. Y si vemos algo, puedo gritar y ella no.

—Alguien que le ayudase pidiendo auxilio estaría bien —dijo Rachel—, pero esos indios caerían sobre vosotras como osos sobre la miel.

—Acabo de decir que no hay indios ahí fuera —gruñó Henry—. ¿Es que no escuchas, mujer? Por las barbas del Altísimo, ¡llevo ahí fuera todo el día! Si hubiese habido algún comanche en un kilómetro a la redonda, sería hombre muerto. Yo también me preocupo por Loretta, ¿sabes? No la mandaré ahí fuera si pensase que corre peligro.

No queriendo ser la causa de una disputa conyugal, Loretta se dirigió a la puerta. Su tía Rachel se llevaría la peor parte si Henry se enfadaba. No había nada que temer. El establo no estaba tan lejos de la casa. Además, si Cazador hubiese querido matarla, había tenido la oportunidad de hacerlo la noche anterior mientras dormía. No, él le había reservado otros planes. Probablemente, algo mucho peor que la muerte, aunque no pudiese saber muy bien aún de lo que se trataba.

—Loretta, espera —la llamó Rachel—. Cogeré el rifle e iré contigo.

—¡Ay, diantres! —exclamó Henry—. Condenada mujer, terminarás por llevarme a la tumba. —Cogiendo el sombrero de la percha, lo sacudió en la pernera del pantalón y se lo puso en la cabeza, siguiendo a Loretta que ya salía por la puerta—. Me gustaría tener la cena antes de medianoche, si no te importa. Iré yo con ella. Por lo menos, todo se hará más rápido con su ayuda.

—Ah, gracias, Henry.

Henry gruñó y se dio la vuelta para cerrar la puerta.

—Asegúrate de tener la cena lista cuando vuelva. Si no es así, lo pagarás caro.

Consciente de lo rápido que se escondía el sol, Loretta cruzó el porche y descendió las escaleras. Mientras cruzaba el jardín, buscó el rastro de las huellas que los indios habían dejado el día anterior. Nada. El viento las había enterrado todas. Lo que explicaba por qué Henry no había podido encontrar evidencias de la visita nocturna de Cazador. Su tío podía ser muchas cosas, pero desde luego no era inteligente. «Una pesadilla, ¡por el amor de Dios!» ¿Desde cuándo había sido ella una persona con tendencia a alarmar por nada? Le irritaba que Henry la tuviese por alguien tan estúpida.

Como solo había dos cubos en los que cargar el agua, la oferta de Henry a acompañarla le pareció sospechosa. Él era el hombre más vago que conocía para trabajar y un verdadero cobarde como para ofrecerle protección. Le miró por el rabillo del ojo. Parecía inofensivo, pero aún le parecía más peligroso cuando actuaba con amabilidad. Se fue detrás del gallinero a coger los cubos y volvió después para llenarlos con el agua del pozo.

Para su sorpresa, Henry se ofreció a llevar uno. Su leve cojera hacía que el agua se derramase mientras caminaba con ella por los surcos de carromato que llevaban al

establo. Loretta mantuvo levantada la cabeza y lo miró para ver cómo abría la puerta del corral. *Ida*, la yegua preñada, gimió y pegó la nariz a la baranda de la verja. Como Henry había estado dándole grano cada noche, estaba mucho más ansiosa de lo habitual ahora que había sido apartada del pasto. Las mulas, *Bessy* y *Frank*, no parecían compartir su entusiasmo y continuaron pastando.

Después de vaciar los cubos en el abrevadero, Henry dijo:

—Iré yo solo a por el segundo viaje de agua. Tú quédate aquí y empieza a sacudir el heno.

Loretta soltó el cubo y levantó los ojos hacia él mientras caminaba hacia la puerta y rodeaba el establo. Parecía que le había juzgado mal. Se estremeció y se frotó las manos.

Una de las mulas resopló, y el sonido le cogió tan por sorpresa que dio un brinco. *Bessy* tenía las dos orejas caídas y miraba fijamente a un matorral que había en el lado izquierdo de la valla. Loretta cogió la horquilla que estaba apoyada sobre el carro de heno. Escudriñó la ribera del río. Para evitar tener que transportar el agua de las bestias, Henry había colocado la valla en un ángulo, la parte de atrás más cerca del río que la del frente, y el terreno de pastos bordeando el río. Esto hacía que el establo estuviese a menos de un tiro de piedra de la espesa arboleda. Con la poca luz de la noche, no podría ver si alguien se acercaba hasta que no estuviese encima de ella. Con la ayuda de la horquilla, saltó sobre el carro para ver mejor.

No había nada fuera de lo normal entre las sombras. Con un suspiro, cogió algo de heno y lo tiró haciendo un gran arco sobre su hombro. Para conseguir que el heno cayese dentro del carromato había necesitado muchas horas de práctica. Las mulas se relajaron y bajaron la cabeza para comer de nuevo. Un momento después *Ida* se unió a ellas. El sonido de sus mandíbulas mascando era suave pero continuo, e hizo que a Loretta se le erizara el vello de la nuca. Se detuvo un momento para echar un vistazo a los árboles. Tenía la sensación de que alguien la observaba. Al no poder detectar ningún movimiento, decidió que mejor sería dejar de elucubrar y volver al trabajo.

Henry tardó tanto en coger el agua que Loretta había casi terminado de airear el heno cuando volvió. Vacío los cubos en el abrevadero, los puso en el suelo y después caminó hacia el carromato y sonrió a Loretta. Quitándose el sombrero, lo tiró sobre el portón y preguntó:

—¿Te echo una mano?

Loretta se sintió incómoda. Al subir junto a ella, vio que le brillaba un diente en su amplia sonrisa. Miró extrañada la cara cubierta de sombras de su tío mientras le cogía la horquilla. Para su sorpresa, la tiró a un lado del carromato.

—Desde luego que necesitas ayuda, preciosa, desde luego que sí.

El tono de su voz le hizo estremecerse. Era el mismo tono empalagoso que utilizaba cuando intentaba atrapar un pollo para la cena. Loretta le había visto hacerlo cientos de veces, andando de puntillas por el corral y moviendo sus dedos como si estuviese sembrando el campo. Cuando un pollo desprevenido corría a sus pies para

coger lo que creía que había caído en el suelo, él lo cogía por la cabeza y le partía el cuello. Loretta refuló hacia atrás. Fuera lo que fuese lo que tenía en mente, estaba segura de que era algo desagradable.

Henry la miró de arriba abajo lentamente, y después se detuvo en la cara.

—Estás madura para la cosecha, eso está claro —dijo con esa misma voz de asesino de gallinas—. Lo estás desde hace una buena temporada. Ayer cuando esos indios vinieron, no podía dejar de pensar que debía de haberte tenido mientras pude. Que Tom te llamara anoche su prometida lo confirmó. ¡Que me aspen! No me he partido el espinazo criándote para que luego venga otro a coger el fruto. La única razón por la que dejé que te rondase fue para que vieras lo bien que estás aquí.

Incluso en la oscuridad de la noche, Loretta pudo ver el brillo malvado de sus ojos. Miró horrorizada en dirección a la casa. El establo se interponía. Aunque tía Rachel mirase por la ventana, no podría verlos. Henry aprovechó ese momento de distracción para estirar el brazo y rodearla por la cintura.

Ella se retorció para deshacerse de él, pero él le susurraba algo en una especie de canturreo.

—Nadie vendrá en tu ayuda. Le dije a Rachel que habíamos encontrado un trozo de valla caída y que nos llevaría una hora o así arreglarla.

Loretta se sintió como si alguien le hubiese puesto una almohada sobre la tráquea. Él emitió una risa ronca y apretó la mano que le quedaba libre sobre su caja torácica, justo debajo del pecho, la palma y los dedos avanzando hacia arriba en busca de una adquisición más suave.

—Me alegro tanto de que no puedas hablar... Así no empezarás a gritar llamando la atención de Rachel. Me dará tiempo a disfrutarte como te mereces. Ah, sí, Loretta, siempre que quiera y por el tiempo que quiera.

Volviéndose a reír, acercó sus caderas hacia ella, haciéndole sentir una extraña dureza contra el cuerpo. Las imágenes de los indios violando a su madre cruzaron por su cabeza, y supo exactamente lo que significaba esa dureza.

Capítulo 4

Loretta echó hacia atrás la cabeza. Por un momento, sintió como si fuera a gritar. Entonces la boca de Henry apesó la suya y cualquier sonido que ella hubiese podido hacer fue acallado por sus avariciosos labios. Tenía ganas de vomitar, y cuando consiguió deshacerse de su abrazo fue directa al suelo del carromato. Ella cayó espantada, él la cogió por las muñecas y se tumbó sobre ella, atrapándole las caderas con los muslos. Loretta se salió de la paja y fue a parar al suelo desnudo y duro con él subido a horcajadas.

Él se rio entre dientes, mientras avanzaba lentamente. Entonces, con una facilidad que le horrorizó, le clavó los brazos en el suelo con sus piernas. El dolor le llegó hasta los hombros mientras sus puntiagudas espinillas se le clavaban en los huesos de las muñecas. Loretta utilizó las piernas como cuchillos y le golpeó la entrepierna, pero él consiguió librarse de los golpes moviéndose de un lado a otro y cayendo sobre su estómago de un modo tan brutal que pensó que iba a partirle la espina dorsal.

Forzó la garganta, pero con el poco aire que tenía, no hubiese podido gritar aunque hubiese tenido voz. Él siguió botando sobre ella incluso después de que ella dejase de luchar. Tenía la boca hinchada y le daban arcadas. Unos puntos negros aparecieron ante sus ojos.

Cuando ella se quedó quieta, él se sentó en su estómago y sonrió, acariciando la fila de pequeños botones que cerraban el corpiño de su vestido. Loretta apartó la cara y buscó algo de aire que le despejase la garganta.

—He estado mirando estos hermosos pechos demasiado tiempo —susurró, abriéndole lentamente el vestido. Ella podía sentir sus manos arrugadas maniobrando torpemente con los lazos de la combinación. Un aire frío se colaba por la fina tela. «Dios mío, ayúdame. Por favor, que venga alguien a ayudarme.»

De repente una mano apareció y bloqueó parcialmente la visión que tenía de Henry. Ella se quedó mirando a la mano, preguntándose de dónde provenía y a quién pertenecía. Desde luego no a Henry. Era demasiado cuadrada y morena. La mano se movió ligeramente, y dejó al descubierto un cuchillo pegado a la barbilla de Henry. Henry echó hacia atrás la cabeza y se puso de pie de un salto. Retrocedió, estupefacto. Una sombra amenazadora saltó encima del carro.

Loretta rodó hacia un lado en busca de aire y se quedó allí acurrucada. Cuando por fin sintió que la cabeza empezaba a despejarse, dobló el cuello para ver a Henry. El muy cobarde se deslizaba de puntillas hacia atrás para escapar de su atacante, haciendo un surco en la paja con sus pesadas botas. Mientras retrocedía lentamente hacia el borde del carro, levantó la barbilla y bajó los ojos hacia el cuchillo que le amenazaba.

—No me mates —suplicó—. Sé que la has reclamado, y tuya será. Llévatela,

vamos, pero no me mates, por el amor de Dios, no me mates.

Con los ojos puestos en su rescatador, Loretta se esforzó por incorporarse. ¿Cazador? ¿Había pedido ayuda, y Dios le había enviado a un indio?

Henry se agarró a la gran muñeca del indio.

—Por favor, tengo mujer e hija. —Mirando hacia abajo, gritó—. ¡Haz algo, chiquilla estúpida! Está claro que va a matarme. Haz algo. ¡La horquilla, coge la horquilla!

Loretta se miró, mareada, las rodillas y después echó un vistazo a su alrededor. ¿La horquilla? Ah, Dios, ¿dónde estaba? Henry, que seguía retrocediendo, dio demasiados pasos de una vez y se salió del carro. Revoloteó un instante en el aire con los brazos, dio un grito y cayó. Cazador apretó la punta del cuchillo mientras este caía y la hoja dibujó una hendidura en su barbilla. Henry aterrizó en el polvo, y se puso de pie como un rayo. Tapándose la herida sangrante de la barbilla con la mano, corrió hacia la casa gritando como un cochino. No miró hacia atrás ni una sola vez.

Loretta se arrodilló y se abrazó el estómago, entre incrédula y aterrorizada. Cazador se dio la vuelta lentamente. Llevaba solo un taparrabos, unos mocasines de caña alta y un cinturón de lana azul, por lo que tuvo una gran vista de sus muslos y caderas antes de verle la cara. Ella nunca había visto a un hombre desnudo, y este estaba tan desnudo como ella podía imaginar. En todos los sitios en los que ella y tía Rachel eran blandas y redondas, él era plano y duro, y donde ellas eran delgadas, él estaba lleno de músculo. Sus piernas eran tan duras y morenas como el tronco de los árboles, sus muslos dos montículos de gruesos tendones.

Los ojos del comanche brillaban tan negros como la obsidiana pulida. Se encontraron con los de ella. El toque de su mirada le hizo estremecerse. Nunca antes había visto una ira tan ardiente. Él avanzó hacia ella con pasos pausados, y ella se encogió, con la vista clavada en el cuchillo ensangrentado que tenía en la mano.

Loretta buscó a tientas el borde del carro. Si pudiese saltar por él y echar a correr, tal vez tuviera una oportunidad. Su mano solo encontró aire. Miró fijamente al cuchillo e imaginó cómo sería tenerlo clavado en el cuerpo. El comanche miró hacia abajo. Cuando vio lo que ella estaba mirando, tiró el arma y mantuvo las manos vacías a ambos lados de su cuerpo. El gesto no dejaba lugar a dudas, pero ella no podía sentirse segura.

Avanzó otro paso, y ella se deslizó en retirada, pegando la espalda contra la pared del carro. Él estaba demasiado cerca como para poder escapar, y seguía acercándose, con los mocasines resonando en el suelo. Entonces puso una rodilla en el suelo de paja revuelta que había frente a ella. Loretta se apretujó contra la madera. Él se acercó un poco más y ella se retorció hacia la esquina. Loretta escuchó un ligero jadeo y se dio cuenta de que era su propia respiración. Él le introdujo la mano por el vestido desabrochado y le palpó las costillas. El calor de su mano traspasó la tela fina de la combinación y le hizo perder el aliento de una forma tan contundente como cuando había sentido la mano de Henry. Se apartó, tapándose con ambos brazos, y

dejó caer los hombros. Él susurró algo, una palabra comanche, y sus ojos se encontraron. Desde esta posición, tenía bloqueada cualquier vía de escape. Loretta empezó a temblar.

—*Toquet* —volvió a susurrar.

No tenía ni idea de lo que significaba esa palabra, pero era un sonido inexplicablemente suave, que en nada se correspondía con la dureza de su expresión. Una cabellera oscura le caía despeinada por los hombros, como si fuera una cortina. Como única decoración llevaba una trenza delgada y larga en el lado izquierdo de la cabeza. Solo la longitud de su pelo era suficiente para hacerle parecer aterrador y extraño. La cicatriz que cruzaba su mejilla, con toda seguridad producida por un cuchillo, enfatizaba aún más esa ferocidad.

La cogió por las muñecas y le apartó las manos del estómago, obligándola a ponerlas a un lado antes de soltarla. Después, tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar, le puso la mano en el hombro para inmovilizarla. La otra mano la usó para palparle el cuerpo. Cuando ella empezó a retorcerse, él gruñó algo en comanche que sin duda quería decir que se estuviese quieta. El terror podía ser de lo más persuasivo. Trató de no moverse mientras sus dedos recorrían cada una de sus costillas, presionando y probando, desde el centro del pecho hasta el camino longitudinal de la espina dorsal. Cuando se quiso dar cuenta de que solo quería ver si había resultado herida, él ya había terminado y la había dejado libre.

El indio se sentó en cuclillas, apoyó los brazos sobre las rodillas dobladas y dejó caer los hombros hacia delante. Por muy relajado que pareciera, un gran poder emanaba de su cuerpo, electrificando el aire que les rodeaba como la intensidad creciente del rayo antes de una tormenta. El olor a humo de madera, almizcle y piel se mezclaba con el heno, rodeándola.

La estaba observando...

A Loretta se le secó la boca como si hubiese tragado polvo, e hizo la única cosa que sabía hacer, que era devolver la mirada. Sus ojos se fijaron primero en el pelo. Por el desprecio que leyó en sus ojos, tuvo el presentimiento de que él la encontraba tan vomitiva como él a ella. Después, estudió su cara. El orgullo le hizo elevar un poco la barbilla. Tal vez ella no fuese una belleza, pero tampoco él era ningún galán. Loretta siguió examinándolo, en busca de una imperfección que desmereciese sus facciones. Horrorizada, no pudo encontrarle ninguna. A excepción de la cicatriz, su rostro hubiese podido ser hasta guapo, si hubiese pertenecido a un hombre blanco.

Después de lo que pareció una eternidad, Cazador sacó un pequeño cuchillo que tenía metido en la parte trasera del cinturón. Loretta se olvidó del orgullo y se encogió asustada. Él le levantó la falda y le frotó el tobillo derecho. Por un momento, pensó que trataba de robarle el único par de calzones que le quedaban (esta vez, con ella dentro). En vez de eso, le metió el cuchillo en la bota. Loretta sintió un cosquilleo allí donde Cazador la había tocado. Miró asombrada el puño tallado a mano del arma que descansaba sobre sus calzones. ¿Para qué demonios le había puesto eso ahí?

Cazador se levantó con un movimiento ágil y se agarró con una mano al lateral para saltar del carro. Después se dio la vuelta y le extendió los brazos. Loretta se levantó, sintiéndose aún bastante débil, y dio un paso atrás. Él echó un vistazo a la casa por encima del hombro, y volvió a mirarla después, sin ocultar su impaciencia. Antes de que ella pudiera reaccionar, él la cogió por la cintura y la colocó en el suelo, sujetándola hasta ver que recuperaba el equilibrio. Era al menos una cabeza más alto que Henry, tan alto que, de pie junto a él, ella tenía que estirar el cuello para verle la cara. Sus ojos se encontraron un momento. Después, como si él estuviera hecho de sombras, salió corriendo por la cerca, saltó la valla como si no estuviera allí y desapareció entre los árboles.

Atontada y aturdida por lo que acababa de pasar, Loretta empezó a correr. Al moverse, sintió el frío metal del cuchillo haciéndole cosquillas en el tobillo. Se levantó la falda y sacó esa cosa desagradable de su bota. Con un escalofrío, lo tiró junto al carro y caminó hacia atrás por un momento hacia la casa, restregándose los dedos en la falda.

—¡Loretta!

Al girarse vio que tía Rachel corría rodeando el establo, con las faldas en volandas y un rifle en la mano. Rachel se detuvo deslizándose junto al carro y se puso la culata de la carabina Sharp en el hombro, examinando el bosque.

—Henry me lo ha contado. ¿Dónde diablos están? Ponte detrás de mí, Loretta. Rápido.

Loretta dudó, pero solo un instante. Como tío Henry había dicho, los indios eran impredecibles. Cazador podía dejarla con vida un momento, y matarla poco después. Se puso detrás de su tía, y las dos caminaron cruzando de espaldas la cancela y siguiendo los rieles del carro hasta la casa.

Una vez dentro, encontraron a Henry tendido en la cama, gimiendo. Loretta se detuvo junto a la puerta para abrocharse el vestido, con la atención fija en la sangre que manchaba la camisa de su tío. Estaba segura de que un corte en la barbilla no podía sangrar tanto. La postura que tenía era la de alguien a quien hubiesen rajado el cuerpo. Loretta se acercó un poco más, sin dar crédito a lo que veía. El lado izquierdo de la camisa colgaba hecha jirones. A través de la tela rota, pudo ver cortes superficiales a la altura de las costillas. Amy estaba en la cocina, humedeciendo un trapo con agua de la tetera. Tenía la cara contraída y pálida cuando miró a Loretta.

—¿Estás bien? No te han... —Amy fijó los ojos en la camisa a medio abotonar de Loretta—. ¿Qué te han hecho?

—Calla, Amy, y tráeme ese trapo. —Rachel puso la Sharp contra la pared, al lado de la cama, y se puso de rodillas junto a su marido. Con manos temblorosas, le cogió la parte delantera de la camisa y se la apartó, jadeando al ver las heridas—. Ah, Henry, podían haberte matado.

Henry le pasó la mano por el pelo despeinado.

—Vamos, vamos, estoy bien, y Loretta está bien. Eso es lo que cuenta.

—Gracias a ti —la voz de Rachel se quebró—. Ah, Henry, ¿podrás perdonarme alguna vez por cómo me comporté ayer? Solo un hombre valiente podría enfrentarse solo a esos comanches.

—No he hecho sino lo que cualquier hombre debe hacer. —La mirada azul de Henry cayó sobre Loretta, sonriente. Ella sintió un frío profundo—. En realidad no he sido valiente. Cuando los indios llegaron, me enfrenté a ellos porque no me quedaba otra opción. En la primera oportunidad que tuve, salí corriendo como alma que lleva el diablo. No valemos nada sin un arma. Para salvar a Loretta tenía que llegar a la casa. No fue hasta que estaba a medio camino cuando me di cuenta de que me habían herido. Me dio mucho miedo. Te lo digo, tres viniendo hacia mí y yo sin otra cosa que mi pequeño cuchillo para defenderme.

—Bueno, agradezcamos a Dios que los cortes no son profundos. Es una especie de milagro.

Era más como una especie de fantasía, pero Loretta no podía decirlo.

Henry se miró sus maltratadas costillas.

—Por toda esta sangre, pensé que era más grave. —Levantó la mirada—. ¿Estás bien, chiquilla? ¿Llegó tu tía Rachel a tiempo para detenerles...? —Echó un vistazo a su cuerpo—. No llegaron a violarte, ¿verdad?

Loretta sacudió la cabeza y apartó la cara. ¿Henry se había cortado las costillas con su propio cuchillo? Conociendo a Henry, los cortes serían superficiales, pero aún así era un acto de auténtica desesperación. Si no hubiese sido tan horrible, habría podido reírse.

Amy se acercó a Loretta y se abrazó a su cintura. Loretta intentó devolverle el abrazo, pero después de lo que Henry acababa de hacerle, cualquier roce, aunque fuera el de Amy, hacía que le temblase la piel. Apartándose de ella, subió las escaleras del altillo y se dejó caer en la litera. Hundiendo la cara en la almohada, aporreó la tela con los puños. Odiaba a Henry Masters, lo odiaba, ¡lo odiaba! La vida en esta maldita granja ya era lo suficientemente dura como para tener que estar continuamente cubriéndose la espalda. Ahora ni siquiera se atrevería a dar un paseo sola por temor a que él pudiera seguirla.

Ya más calmada, se puso de lado para mirar por la ventana. Pasaron unos minutos antes de que se diera cuenta de que había algo en el alféizar. Se sentó para ver lo que era. No se lo podía creer. El cuchillo del comanche. Rodeó la empuñadura con los dedos. La madera tallada le transmitía calidez, como si la mano de él aún estuviera en ella. Recordando la mirada perversa que había visto en los ojos de Henry, Loretta apretó el cuchillo contra su pecho. No volvería a tirar el arma otra vez. No se atrevía a hacerlo.

A la mañana siguiente, el nuevo día fue anunciado por la llegada de un grupo de jinetes, y cada miembro de la casa Masters puso pies en polvorosa en un sálvese

quien pueda desesperado. No habían tenido tiempo de vestirse cuando una voz profunda resonó fuera.

—Ojos Blancos, venimos como amigos. —Las palabras dejaron clavada a Loretta en el sitio, el pulso retumbándole en las sienes. Tom no había llegado a tiempo.

—¡Ay, Dios mío! —graznó Henry—. Rachel, ¿puedes ver mis botas? Maldita sea, carga los rifles.

Loretta bajó las escaleras tambaleándose, tan asustada que ni siquiera pensó en que Henry iba a verla con el camisón de verano. Solo quería llegar a la trampilla para esconder a Amy. Pero cuando estuvo junto a ella, supo que no serviría para nada. No había tiempo.

Henry gruñó al verla luchar con la base de la cama.

—Olvida eso. Vete a la otra ventana, chica. ¡Rachel! Tú ocúpate de cargar.

—Sal, Ojos Blancos —gritó la voz—. Traigo regalos, no sangre.

Henry, que no llevaba otra cosa que los calzones y las vendas que tía Rachel le había enrollado en el pecho la noche anterior, saltó a la pata coja para ponerse una de las botas. Para cuando quiso llegar a la ventana, ya tenía las dos botas puestas, los cordones sin atar. Rachel le dio un rifle. Él tiró del postigo de las cotraventanas y metió el cañón por debajo de la piel que hacía de cortina.

—¿Qué te trae por aquí?

—La mujer. Traigo muchos caballos para comerciar.

Loretta corrió hacia la ventana izquierda, abriendo las cotraventanas y separando las cortinas para ver lo que estaba pasando. El comanche se giró para mirarla con unos ojos azules inexpresivos y penetrantes. Se los había perfilado con pintura de grafito negro, por lo que parecían aún más luminosos. Las manos de Loretta se agarraron al duro alféizar, las uñas clavadas en la madera.

Tenía que admitir que su aspecto era magnífico. Salvaje, aterrador... pero extrañamente hermoso. Llevaba unas plumas de águila que ondeaban al viento prendidas en la corona de su cabeza, las puntas pintadas hacia abajo. En la fina trenza que colgaba por su oreja izquierda, se iban ensartando otras plumas más pequeñas. La camisa de cazador color crema ensalzaba el ancho de sus hombros, el pecho decorado con un intrincado abalorio hecho de patas de animal pintadas y tiras blancas de piel. Llevaba dos colgantes: uno era de patas de oso, y el otro, un medallón de piedra plano. Los sujetaba al cuello con cintas de cuero duro. Los pantalones de ante los llevaba metidos por debajo de los mocasines de media caña.

Loretta observó la fila de ponis que traía detrás de él. No podía creer el número. ¿Treinta? ¿Tal vez cuarenta? Por detrás de los animales había al menos sesenta guerreros semidesnudos a caballo. ¿Por qué Cazador venía tan bien vestido, con los ojos pintados imitando a un lobo, mientras los otros no llevaban ni camisa ni plumas y traían la cara limpia?

—Vengo a por la mujer —repitió el comanche, sin dejar en ningún momento de mirarla—, y he traído mis mejores caballos para consolar a su padre por la pérdida.

Cincuenta, todos domados. —Su montura negra dio un paso hacia delante y relinchó. El indio lo mantuvo bajo control sin problema—. Dame a la mujer, y no tengas miedo. Ella seguirá mis pasos y nadie le hará ningún daño, porque soy fuerte y rápido. Nunca pasará hambre, porque soy un buen cazador. Mi tipi la cobijará siempre de la lluvia en invierno, y mis pieles de búfalo la protegerán del frío. He hablado.

Tía Rachel se santiguó.

—Jesús, María y José, rezad...

—Nosotros no vendemos a nuestras mujeres —respondió Henry.

—Tú me revuelves las tripas, *tosi tivo*. Después de que te hayas acostado con ella, la venderías a ese hombre sucio. —Con una mueca de disgusto en los labios, levantó la manta de montar de lana de Tom Weaver de la grupa de su caballo y la tiró al suelo—. Mejor que me la vendas a mí. Soy joven. Puedo darle muchos hijos buenos. No tendrá que llorar por mi muerte durante muchos inviernos.

—Preferiría dispararle, bastardo asesino —contestó Henry.

—Hazlo y habrás entonado tu canción de muerte. —El comanche hizo girar al caballo, cabalgando cerca de la ventana en la que estaba Loretta—. ¿Dónde está la *herbi* de gran coraje que salió a enfrentarse a nosotros una vez? ¿Está aún dormida? ¿Te esconderás detrás de tus paredes de madera y dejarás que los que amas mueran? Sal, Pelo Amarillo, y sigue tu destino.

Loretta empezó a sudar por la espalda. ¿Su destino? Sus ojos volaron a la manta de Tom. Lo habían asesinado. Volvió a cerrar la cortina de piel con las manos temblorosas, recordando lo amablemente que Tom la había abrazado la noche antes de partir.

El rifle que tía Rachel había cargado para ella descansaba contra la pared. La tentación de usarlo le resultaba casi insoportable. Con el corazón en un puño, Loretta miró a su tío, sabiendo antes de que hablara que la mandaría ahí fuera.

—Nos matarán —fue la respuesta de Henry a su mirada suplicante—. Tengo que pensar en mi familia. En realidad, tú no eres de los nuestros. Mis prioridades son Rachel y Amy.

¿Rachel y Amy? Mirando a los ojos de su tío, Loretta leyó el miedo frío y rastrero que sentía y supo que no era por sus mujeres. Una cosa era sacrificar su vida para salvar la de otros, y otra muy distinta ser vendida. Morir, al menos, era rápido. «Muchos inviernos.» Por el amor de Dios, pertenecer a ese comanche significaría una vida de esclavitud, significaría pedir clemencia a un animal que no sabía el significado de esa palabra.

Loretta sacudió la cabeza y captó la mirada suplicante de su tía. Estaba claro que si el comanche estaba dispuesto a pagar cincuenta caballos por ella, buscaría una compra en paz, no una batalla. Él no podía estar seguro de que sus flechas no fueran a caer sobre ella.

Henry apoyó el rifle en la pared.

—Tienes que ir. No tenemos otra alternativa —caminó hacia ella—, y que no se te meta en la cabeza montar un espectáculo, o tendrás que vértelas conmigo, ¿entendido?

—¡No! —Rachel se arrojó a su marido—. ¡No te atrevas a mandarla ahí fuera! Ayúdame, voy a...

Con un movimiento de brazo, Henry echó a Rachel a un lado. Ella se cayó hacia atrás, golpeando el suelo con tal fuerza que su cabeza hizo sonar la madera. Loretta reculó, sin perder de vista a su tío, buscando a tientas la mesa que había detrás de ella. Tenía pensado echarla ahí fuera como si fuera una maleta demasiado pesada. El pánico bloqueó cualquier pensamiento racional que hubiese podido tener sobre la seguridad de su tía y su prima. Al verle avanzar, se dio la vuelta para correr, pero él alargó la mano como una serpiente y la agarró por el brazo. Al segundo siguiente, tenía unos puntos brillantes frente a sus ojos y le explotaba la mejilla de dolor. Se tambaleó, apenas consciente de los dedos que Henry le clavaba en el brazo mientras la arrastraba. A lo lejos oyó a tía Rachel gritar el nombre de Amy. Entonces sintió que el apretón de Henry se aflojaba. Dio un traspié y entrecerró los ojos, tratando de ver claro frente a ella. Cuando por fin enfocó la habitación, se quedó paralizada. La puerta estaba abierta.

Amy estaba de pie en el porche. Tenía apoyado el rifle de Henry sobre su pequeño hombro.

—¡Vosotros, indios, largaos de aquí! —gritó—. No podéis llevaros a Loretta. Fuera de aquí o disparo. ¡Os prometo que disparo!

Frente a Amy, Loretta pudo ver a Cazador. Le pareció ver un brillo de admiración en sus ojos, pero desapareció tan rápido que no pudo estar segura. Estaba sentado cómodamente sobre el caballo, con la cara tan indescifrable como la de una máscara, tranquilo y mortal.

—Aquí estoy —la retó.

La descarga del arma hizo tambalear a Amy. Un reguero de polvo se elevó por encima de su altura. Cazador se inclinó sobre el cuello de su caballo, tratando de no perder el equilibrio y el semental arremetió contra el porche, en un estruendo sordo de cascos. El comanche se agachó y rodeó a Amy con el brazo al pasar. Ella gritó y tiró el arma. El indio la subió a la grupa y le dio un manotazo cuando trató de golpearle.

No había tiempo para pensar. Loretta corrió hacia la puerta, cogiendo el arma que descansaba contra la pared al salir. El vestido se le enredó en los tobillos mientras corría por el porche y descendía las escaleras. El comanche hizo un círculo alrededor de los asustados caballos que se apretujaban sin jinete. Después entregó a Amy a un joven indio que esperaba en la fila. Los gritos de indignación de la pequeña traspasaron el aire. Loretta levantó la carabina Spencer y se la puso sobre el hombro, apuntando al comanche que venía hacia ella. Las campanas de sus mocasines tintineaban alegremente con cada movimiento del caballo.

—¡Deja que me vaya! —gritó Amy—. ¡Apestoso salvaje!

Loretta miró a la niña. Un joven valiente luchaba por mantener a Amy en su caballo. Se rio con gran estrépito al ver que trataba de arañarle. La chica le cogió un mechón de su cabello negro y tiró de él con todas sus fuerzas.

—¡Ayyy! —exclamó el muchacho—. Quiere quitarme la cabellera.

Los otros indios rieron como si formasen un coro. Loretta clavó los ojos en Cazador. Había detenido su montura a unos metros de ella.

—¿Dónde vas a gastar tus cartuchos? —preguntó—. Si la quieres, dispárale. Es sabio.

El grito de Amy se convirtió en un desconsolado llanto. El objetivo de Loretta se movió, y miró a los otros indios en busca de su prima. ¿Qué hacía Henry? ¿Por qué no venía a cubrirla? ¿Cuánto tiempo podía llevar cargar un rifle? Era un cobarde miserable.

—Solo tienes tiempo para un disparo —continuó diciendo Cazador—. Si lo desperdicias conmigo, mi amigo cogerá a tu hermana y me vengará. Tu padre se esconde detrás de las paredes de madera. Estás sola.

El sudor le caía por la frente. Se giró levemente y levantó el cañón del rifle hacia Amy. Cerrando un ojo, metió el dedo en el gatillo. Las lágrimas le cayeron por las mejillas al recordar las preguntas de Amy acerca de la liberación bendita. «Es algo malo, ¿verdad? Es matarse a uno mismo, ¿verdad?» «No siempre», pensó Loretta. Algunas veces, era morir a manos de alguien que te quería.

—Piénsalo bien, Pelo Amarillo —le advirtió Cazador—. He venido en paz a comprar una mujer, no a robar una niña. Ella es demasiado delgada para dar placer a este comanche. Tú no. —Se inclinó hacia delante, alargando un brazo, con la mano abierta hacia ella—. Ven conmigo y tu hermana volverá a los brazos de tu madre.

Loretta lo miró fijamente. ¿Lo decía de verdad? Él le devolvió la mirada. La cicatriz de su cara brilló al apretar los músculos de su mandíbula. Si las historias sobre él eran ciertas, dejaría libre a Amy. Por otro lado, podía muy bien llevárselas a las dos. Recordó lo amable que había sido la noche anterior, y su confusión fue aún mayor.

—Tira el arma y ven —la instó—. Es un cambio justo, ¿no? Ella será libre. He hablado.

A lo lejos, Loretta podía oír aún el coro de risas. Los indios estaban divirtiéndose de lo lindo a costa de la pequeña Amy. La niña volvió a chillar.

—Lo harás, ¿verdad? Tienes coraje. Lo dicen tus ojos. Si luchas la gran lucha, no puedes ganar. Es mejor mantener la cabeza alta y rendirse con dignidad. Baja el arma.

Capítulo 5

Loretta dejó caer los hombros. Se sentía derrotada. Las manos le temblaron al poner el rifle en el suelo.

Una sonrisa desagradable se dibujó en la boca de Cazador.

—Entonces, ¿es un trato? ¿Eres mi mujer?

Por una vez, se alegró de no poder hablar.

—Puedes hacer lengua de signo, *herbi*. —Sus ojos se encontraron con los de ella, brillantes, observadores.

Amy gritó.

—No, Loretta, ¡no lo hagas!

Con la ceja levantada, el comanche esperó. La tensión era cada vez mayor, recordando a Loretta la calma que precede a la tormenta, ese silencio extraño, pesado y espeso. Se mordió la pared interior de la boca e hizo un esfuerzo por asentir con la cabeza. Los ojos del indio centellearon de satisfacción.

Dando un golpe con el codo a su montura, recorrió la distancia que había entre ellos y se inclinó para cogerla por la cintura con mano de acero. La levantó sin ningún esfuerzo hasta el caballo, y la sentó de lado por delante de él. De esta forma su hombro rozaba el pecho de él y su trasero se movía entre él y la cruz del caballo. Nunca antes había sentido un temor tan incontrolable. Iba a llevársela. La realidad tomó forma ahora que él la tenía en el caballo.

—*Tani-har-ro* —dijo suavemente.

Ella volvió la cabeza y descubrió que él estaba oliéndole el pelo, con una expresión burlona. Loretta se puso rígida cuando sus ojos se encontraron. De cerca, su rostro parecía aún más duro que la noche anterior, sus facciones cinceladas, los labios estrechos en una línea intransigente, su piel bronceada por el sol. Ella pudo estudiar hasta el más mínimo detalle de su pintura, la gruesa extensión de sus pestañas, la cicatriz de cuchillo que le atravesaba la mejilla. Sus ojos eran sin duda del azul más oscuro que ella hubiese visto jamás y parecían cortarle en dos cuando la miraban. Si había acariciado la idea de pedir clemencia, la descartó por completo en ese momento. Recordó lo que le había dicho el primer día. «Mírame y conoce la cara de tu señor.» Supuso que, según sus estándares, él tenía derecho a olerle el pelo ya que había pagado justamente por cada uno de sus mechones.

El rubor le recorrió el cuello. Cubierta solo por un camisón, se hubiese sentido avergonzada ante cualquier hombre. Con Cazador, la humillación era diez veces mayor. Él la miró sin ningún signo de culpabilidad, sin dudarle un momento, centrando su atención en todo aquello que le parecía interesante. Cuando trazó la línea de su clavícula con un dedo y le dio un apretón en el brazo, se sintió como un ternero en la subasta.

—Estás demasiado delgada. Tu padre debería alimentarte mejor. —Cogiéndole la barbilla, le echó la cabeza hacia atrás y la obligó a abrir la boca para revisar sus dientes—. Ejem —gruñó, volviendo a poner la mano en su cintura—. Este comanche ha pagado demasiados caballos. Sin tu *pitsikwina* para cubrirte, eres toda huesos.

Loretta lo miró un segundo, y vio que solo estaba riéndose de ella. Él deslizó una mano por su costado, los dedos firmes y cálidos mientras tocaban la curva de sus costillas. Ella se puso tensa al notar que la mano le llegaba hasta la parte inferior del pecho, pero no se resistió a la caricia.

—Quizá no todo sean huesos. ¿Qué tienes aquí, *herbi*? ¿Estás tratando de esconder los dulces lugares que tu madre me prometió? —La observó por un momento, como si tratase de predecir cuál iba a ser su reacción ante tanta vergonzosa familiaridad. Entonces torció la boca en una sonrisa burlona—. No escupes cuando el destino de tu hermana está en mis manos. Creo que debería quedármela. Es un guerrero valiente, ¿no?

El corazón de Loretta se encogió. «¡Estúpida!» Sus ojos volaron hasta Amy. Debería de haber disparado a su prima cuando tuvo la oportunidad.

—Ah, pero he dicho que volvería con su madre, ¿no? Y tú has dicho que eres mi mujer. —Poniéndole la mano en el pecho, se inclinó y acercó tanto su boca a la de ella que un temblor frío le recorrió la espalda—. Te late el corazón, mujer. ¿Es una mentira lo que dices? ¿Lucharás contra este comanche cuando tu hermana esté a salvo?

Ella sabía que la estaba probando, invitándola a ofrecer resistencia, disfrutando del poder que tenía sobre ella. Saber esto le dio la fuerza necesaria para estarse quieta. Sacudió la cabeza como contestación, rezando para que los comanches utilizasen el mismo gesto para decir no.

—¿Es una promesa que haces?

Recorrió con el dedo pulgar su vestido, jugando con el pezón. El efecto de sentir ese remolino que pasaba de su pecho al centro de su estómago la dejó casi sin aire. Trató de mantener la cara neutral y asintió.

—Este comanche cree que mientes.

Con un movimiento de cabeza, Loretta lo miró con cara suplicante.

Pasaron unos segundos interminables en los que pasó la punta de sus dedos por el mismo camino que había seguido su pulgar, cada una de sus caricias más humillante que la anterior. Ella apretó los dientes. Entonces su cara se hizo borrosa, y se dio cuenta de que estaba mirándole con lágrimas en los ojos.

De repente, él se empezó a reír y le puso la mano en las costillas.

—No mientes tan bien, Pelo Amarillo. Tus ojos hablan mucho contra ti. Pero está bien. Hemos tenido este momento juntos, ¿no? Y no me has escupido.

Riéndose, movió la cabeza y le rodeó la cintura con tanta fuerza que sintió que no podía respirar, mucho menos resistirse. Después, él hizo girar su caballo, mientras gritaba en un idioma irreconocible. El joven que sostenía a Amy se salió de la fila y

galopó hacia la casa. Haciendo derrapar el caballo y levantando una gran polvareda, la puso en el suelo no con el suficiente cuidado y se fue como había venido. Amy trató de guardar el equilibrio moviendo los brazos.

—Loretta, no... Loretta, por favor...

Para alivio de Loretta, Rachel salió corriendo de la casa, agarró a Amy y la hizo subir a rastras los escalones. Después de meter a la niña en casa, reapareció con un rifle en las manos. Colocando la culata sobre el hombro, apuntó con determinación. A Loretta...

Todo fue tan rápido que hasta al comanche le cogió por sorpresa. Su cuerpo se puso rígido. En el espacio que dura un latido, Loretta sintió un extraño sentimiento de traición, de temor también. Después lo entendió. Tía Rachel prefería matarla antes de ver cómo se la llevaban los comanches.

El estallido del arma y el rugido del comanche se oyeron casi al mismo tiempo. Él echó el cuerpo hacia delante, pegando a Loretta al cuello del semental. Sintió un dolor explosivo en su pecho, un dolor abrasador y penetrante. Por muy insensato que fuera, se le pasó por la mente que el comanche no se había salido con la suya después de todo.

El caballo se puso a dos patas, golpeando el aire, y después dio un salto hacia delante que a punto estuvo de tirar a los dos jinetes. Loretta se encontraba encerrada entre la larga cruz del animal y el pecho del comanche. Sentada de lado como estaba, tenía doblado el cuerpo en un ángulo de lo más extraño. De forma instintiva, se agarró a las crines del animal para no caerse. Porque iba a caerse. Los cascos de los otros caballos tronaban a su alrededor. Si caía, los otros jinetes la pisotearían.

Estaba a punto de rendirse, se escurría. En el último momento, cuando sus dedos no podían sostenerla más y sentía que iba a dejarse caer, el brazo de su captor la rodeó por las costillas y tiró de ella para incorporarla sobre el caballo. Después la sujetó con el peso de su cuerpo, tan fuerte que apenas podía respirar. El viento le sopló en la cara. Con la boca abierta, trató de encontrar algo de aire, ya que la presión estaba aumentando la intensidad de sus pulsaciones.

Los indios se alejaron de la casa cabalgando hasta una distancia segura y después se detuvieron. Cuando Cazador tiró finalmente de las riendas y saltó del caballo, Loretta cayó con él, hecha una bola a sus pies. Todo era polvo a su alrededor. Los hombres desmontaron, gritando, corriendo en todas direcciones. Por un momento, pensó que iban todos a caer sobre ella, pero en vez de eso rodearon a su captor, hablando atropelladamente y tocándole el hombro. Había muchas piernas, algunas desnudas. Mirase donde mirase, veía nalgas morenas. Cazador gruñó algo y se quitó la camisa. Tenía una herida en el hombro derecho.

Poniéndose una mano en el pecho, Loretta bajó los ojos incrédula. Había estado tan segura... La risa brotó de su garganta. ¿Tía Rachel había fallado? Ella nunca fallaba cuando podía apuntar con tiempo a un objetivo inmóvil. La garganta de Loretta se endureció. El comanche. Miró hacia arriba, confundida. ¿Había utilizado

su propio cuerpo como escudo para salvarla?

Apartando a sus amigos, Cazador se agachó, cogió un puñado de barro, y se lo puso después en el corte de su hombro. Loretta miró la sangre que le caía del brazo. Si no hubiese sido por él, esa sangre sería la de ella. El instinto de supervivencia y el sentido común luchaban en su interior. Ella sabía que la muerte hubiera sido preferible a lo que le esperaba, pero no podía evitar sentirse feliz de estar viva.

Como si hubiese notado su mirada, el comanche levantó la cabeza. Cuando sus ojos se encontraron, la furia y el odio que encontró en los de él la hicieron estremecer. Cazador se puso en pie y tiró de las plumas de su tocado, envolviéndolas en su camisa. Sin dejar de mirarla, metió la bola en la talega que colgaba de la cincha.

—*Keemah* —gruñó.

Sin saber muy bien lo que quería y con miedo a hacer algo mal, Loretta se quedó donde estaba. Él la cogió por el brazo y tiró de ella para ponerla de pie.

—¡*Keemah*, ven! —La sacudió con fuerza, los ojos brillantes—. Escucha bien, y aprende rápido. Tengo poca paciencia con las mujeres estúpidas.

Cogiéndola de la cintura, la sentó en el caballo y la puso en la parte de atrás de la manta que hacía de silla. El movimiento hizo que se le levantara el camisón. Podía sentir los ojos de todos los hombres en ella. ¿No tenía decencia? Con manos temblorosas, se bajó el camisón y trató de cubrirse los muslos. No había tela suficiente de donde tirar. Y era tan fino, de tantos años que lo había usado, que era casi transparente. La brisa de la mañana le puso la carne de gallina en los brazos y en la espalda desnuda.

Con una sonrisa en los labios, su captor abrió una segunda talega y sacó una cuerda de lana y una correa de cuero. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ató la cuerda a uno de sus tobillos, la pasó por debajo de la barriga del caballo y se la ató con fuerza al otro pie.

—¡Tenemos que cabalgar como el viento! —gritó a los otros—. ¡*Meadro!* ¡Vamos!

Los otros corrieron a por sus caballos. Agarrándose a la crin del animal, Cazador saltó a la grupa y se colocó delante de ella. Cuando le cogió los brazos y le obligó a rodearle la cintura, no pudo emitir ni un gemido de protesta. Sus pechos presionaban directamente contra su espalda.

—A tu mujer no le gustas, primo —dijo alguien en inglés. Loretta se volvió para ver quién era y reconoció inmediatamente al guerrero que había animado a Cazador a matarla el primer día. Su cara llena de cicatrices era inconfundible. El indio le dedicó una rápida sonrisa, que era más una mirada lasciva recorriendo con insolencia las partes desnudas de su cuerpo. Después se rio e hizo avanzar a su caballo castaño—. No se merece el esfuerzo que haces por ella.

Cazador la miró por encima del hombro. El calor de su odio brillaba como brasas encendidas en sus ojos.

—Aprenderá. —Con la experiencia que da la práctica, le ató las muñecas con la

correa de cuero que había sacado antes—. Aprenderá rápido.

Detrás del gran grupo de guerreros quedaba una alfombra interminable de hierba verde moteada de florecillas azules. Hacia delante se extendía una densa arboleda de pacanas y sauces. Los hombres llevaban cabalgando catorce horas sin detenerse, y habían hecho un gran círculo para volver al Brazos, cerca de la casa de Loretta. Si los *tosi tivo* habían intentado seguirles, la táctica de evasión iba a ponérselo sin duda muy difícil. Al día siguiente, cuando estuviesen seguros de que no les habían seguido, podrían dirigirse directamente hacia su poblado.

Hacia el oeste, el sol era una bola de fuego que golpeaba el cielo de la tarde con volutas de color gris oscuro y rosa. Loretta había dejado de tratar de sentarse en el caballo para mantener alejados sus pechos de la espalda del comanche. Desplomada sobre él, sujetaba su cabeza sobre la línea musculosa de su espina dorsal. Tenía las piernas doloridas del roce de la cuerda de lana que rodeaba sus tobillos. El cuero que ataba sus muñecas se había ceñido a su piel con fuerza. Y le quemaba la lengua. Unos kilómetros más y estaba segura de que moriría.

Se imaginó a sí misma hundiéndose en la negrura, huyendo. Se estaría más fresco y habría más oscuridad en el cielo. El agua brotaría luminosa y fría. No habría comanches crueles con ojos azules de medianoche.

La voz de Cazador rugió dentro de su espalda, y le vibró a ella contra el pecho. Loretta sintió que el caballo aminoraba la marcha. A su alrededor todo el mundo parecía hablar en un idioma desconocido: alto, bajo, con gruñidos, estridente. Parpadeó un poco, demasiado dolorida como para preocuparse de lo que los hombres decían, y agradecida por el descanso. Sintió que Cazador echaba el peso de su cuerpo hacia atrás, y luego sintió sus duras manos manejando las tiras de cuero que apresaban sus muñecas. Al segundo siguiente, tenía los brazos libres, y cayeron como pesos muertos a ambos lados de su cuerpo. La fuerte espalda de Cazador desapareció. Ella se desplomó en el caballo, sin preocuparse de otra cosa que no fuera descansar.

Algo frío tocó su tobillo izquierdo. En algún lugar lejano de su mente, se dio cuenta de que alguien estaba cortando la cuerda de lana que ataba su pie izquierdo. Mantuvo los ojos cerrados, la mejilla recostada contra el cuello sudoroso del caballo, los brazos caídos. Poco después notó que también le habían liberado el pie derecho.

Y entonces sintió un tipo de dolor nuevo. No era fuego, sino miles de agujas que le pinchaban las piernas, en una agonía que golpeaba sus caderas. Gimió y trató de incorporarse. Al hacerlo, cayó hacia un lado. El mundo se puso del revés. Unos brazos la cogieron. El cielo giró sobre ella. Alguien gritó.

Una tortura. La tenían cogida en brazos, pero eran brazos hechos de puro fuego, ya que le quemaban allí donde la tocaban. No creía que pudiese existir un dolor tan espantoso. Entonces unas manos crueles la pusieron sobre una mata suave de hierba, pero las briznas se convirtieron en afiladas puntas que le pinchaban la carne.

Loretta cerró los ojos, rendida al dolor. Alguien la sostuvo y la acunó; alguien fuerte, con una voz profunda que susurraba como si fuera seda en su cabeza. Las palabras eran a veces extrañas, pero las pocas que entendía hacían que el significado de las otras adquiriese claridad. Estaba a salvo allí, claro que estaba a salvo, y era para siempre.

Hielo. Loretta aspiró una bocanada de aire al sentir la conmoción del agua sobre su cuerpo.

Un brazo cálido rodeaba su cintura. Una mano grande le agarraba por el talle. Ella giró el cuello para ver, después se quedó helada. El comanche.

De forma instintiva, le golpeó y se retorció en sus brazos. Intentó alejarse de él. Pero no era posible. Cazador le sujetaba el hombro con un brazo y la hundió en el agua hasta la barbilla. Un temblor convulsivo le recorrió el cuerpo. Frío. Ah, dios mío, estaba tan frío.

Él le puso una mano bajo el estómago. La tocó lentamente, sin esfuerzo, dejándole claro que podía explorar cada parte de su cuerpo cuando quisiera.

—Ay, *mah-tao-yo*, estás tan caliente. Incluso donde no estás quemada. *Toquet* —susurró—. No lucharás.

Algo en su voz le resultaba familiar, extrañamente familiar. Su padre, pensó, algo en su voz le recordaba a su padre. Ella trató de contener las lágrimas. Seguía temblando. Estaba tan frío. El dolor frío anuló todo lo demás. Empezó a castañetear los dientes. Cuando no pudo soportarlo más, hizo un último intento de liberarse.

—Pasará —prometió—. Estarás quieta. Estás quemada, ¿no? Del sol. Tienes fuego dentro. El frío hará que salga. ¿Entiendes?

Ella trató de asentir con la cabeza. Al hacerlo, la boca se le llenó de agua y se atragantó. Él ahogó una exclamación y la giró para que su barbilla descansase sobre su hombro. El contacto de su cuerpo caliente contra sus pechos y estómago la hizo gemir. A la luz de la luna, el corte de la herida que le había hecho la bala de Rachel era una línea negra.

—*Toquet, mah-tao-yo, toquet.* —Le rodeó el cuerpo con más fuerza, un abrazo duro, potente, pero extrañamente dulce—. Cierra los ojos, ¿sí? Confía en este comanche. Mañana haremos la guerra.

El tiempo dejó de existir. No había nada más que la noche, el agua y el indio. Loretta flotó en un mundo de sueños. Se sentía enferma, muy enferma. Tanto, que todo lo demás no le importaba. Ni siquiera luchar.

Capítulo 6

Cazador metió la mano bajo la tela del vestido de la mujer y se quedó observando el contorno que dibujaba su dedo. Por increíble que pareciese, el sol había atravesado el delgado material y quemado su frágil piel. Los comanches se quemaban a veces, pero nunca de esta manera. Con un gruñido de disgusto, hizo una bola con el vestido y lo tiró al fuego. A partir de ahora, vestiría como una india con pieles.

El material ardió en una explosión, y la luz de las llamas jugó con el cuerpo de la muchacha, parpadeando en sus pechos pequeños y sombreando las curvas. Él la observó fijamente, más enfadado de lo que había estado nunca consigo mismo. Por mucho que no intentase pensar en ello, su cabeza hacía círculos para volver al comportamiento que había tenido esa noche, inmediatamente después de parar para acampar, cuando habían bajado al río. ¿Cómo podía haber tratado a una Ojos Blancos con tanto cariño?

Cogerla en sus brazos ya había sido bastante imperdonable, pero después se había descubierto a sí mismo llamándola *mahtao-yo*, pequeña, un nombre que había utilizado en otro tiempo para llamar a su esposa, Sauce Junto al Río. Era la última traición, no solo a Sauce Junto al Río, sino a sí mismo. Por mucho que tratara de justificarlo, no tenía ninguna excusa.

Era incapaz de imaginar lo que le había ocurrido. Lo que más le molestaba era que le resultaba imposible olvidar, incluso en la oscuridad, que esa mujer era su enemiga. A diferencia de algunos de los de su raza, esta ni siquiera se parecía a los comanches. Su pelo era dorado como la miel, tan cegador como el sol cuando la luna lo empujaba, su piel relucía tan blanca como la plata lavada por el sol. Cada vez que la miraba, la incredulidad le hacía arrugar la cara. ¿La mujer de la profecía? ¿Su mujer? A él le gustaban las mujeres orondas y robustas, de hermosa piel canela y largas cabelleras negras y brillantes. Esta, sin embargo, tenía la piel del color de la grasa del búfalo, estirada sobre sus huesos delgaduchos, y el pelo era del mismo amarillo oscuro que la hierba seca.

Los gritos de la chica durante sus delirios le habían convencido de que era en realidad la mujer de la profecía. Tal como los antepasados habían vaticinado, su voz no había desaparecido, sino que había sido silenciada por una gran tristeza... la masacre de sus padres. Mucho tiempo atrás, Cazador había conocido a otra chica cuya voz le había sido robada de la misma forma. Después de examinarla durante un tiempo, el *puhakut* del poblado aseguró que su corazón yacía sobre la tierra tras haber visto el asesinato de su familia, y que un día, cuando la alegría volviese a ella, volvería a hablar. Muchos inviernos más tarde, la mujer muda se casó con un hombre bueno, y después de dar a luz a su primera hija, algo que supuso una gran alegría, la mujer recuperó la voz tal y como había dicho el *puhakut*. Esta mujer blanca también

la recuperaría. El cómo o el cuándo no podía decirlo, pero sabía que pasaría. Más allá de esto, no quería pensar más. Según la canción de los antepasados, él tendría que ser el instrumento de su recuperación.

Con un suspiro tembloroso, cogió la talega de grasa y desató el cordel. Le gustase o no, tenía que cuidar de ella. Si moría, los antepasados se enfadarían. Si hubiese dependido solo de él, le hubiese vuelto la espalda y la habría dejado allí. Después de todo, ¿qué otra cosa podrían hacerle los antepasados peor que esto? Pero debía pensar también en su gente, en cómo sus acciones podían afectarles.

La llama cálida de la ira que tenía dentro se condensó en un nudo duro en el centro de su estómago. Hundió la mano en la grasa y se dispuso a untar con ella la maltratada piel de la muchacha. La mano se le quedó suspendida encima de su pierna. No pudo evitar recordar lo celosamente que había escondido sus calzones con volantes ese primer día o lo dolorosamente avergonzada que se había sentido esa mañana cuando el borde de su *pitsikwina* se le había levantado sobre los muslos. Si supiera que ahora yacía desnuda ante él, estaba seguro de que su cara enrojecería más de lo que el sol se la había quemado. ¿Y si supiera que estaba a punto de recorrerle el cuerpo con la mano? Solo podía imaginar su reacción. Terror, seguramente. Y una buena dosis de escupitajos, a juzgar por lo que ya había podido ver en ella. Mujer estúpida. Hombres hechos y derechos habían muerto a manos suyas por mucho menos. Quizá su hermano tuviese razón y no supiese con quién estaba tratando. Cazador sabía perfectamente el temor que inspiraba en los *tosi tivo*. La mayoría de los blancos lo reconocían en el momento en que veían la cicatriz de su cara y sus ojos color índigo.

Una sonrisa involuntaria provocó un rictus nervioso en la comisura de sus labios. Quizá fuese mejor no decirle quién era. Por mucho que le desagradasen sus escupitajos, el pensamiento de que fuera obediente y manejable le atraía aún menos. Algo en ella —no tenía ni idea de lo que era— le provocaba emociones confusas en su interior. La ira cubría estas emociones, le evitaban tener que enfrentarse a ellas. Y, sí, le gustaba mucho más cuando escupía. Muchísimo más. Enferma y vulnerable como estaba ahora, sabía que corría el riesgo de sentir pena por ella.

La untó de grasa desde el muslo a la cadera, comprobando lo caliente que tenía la piel y lo frágil que parecían los huesos salientes de sus caderas al contacto con la palma de la mano. Ella movió la cabeza y gimió, con las pestañas revoloteando sobre sus coloradas mejillas. Él estudió su rostro un momento, después dirigió la mirada hacia los pechos. Las puntas eran del rosa delicado de las flores de cactus. En toda su vida, nunca había visto unos pezones como aquellos. La rabia de su intestino se contrajo en un nudo, feroz y agitado. Deslizó la mano por la escalera de sus costillas y llenó la cuenca de su mano con la parte inferior de su pecho, acariciando después con sus dedos los bordes y observando la reacción instintiva que provocaba en ellos. Ella volvió a gemir y mover la cabeza, con la frente arrugada y una expresión de reproche y desconcierto. Con toda seguridad era la primera vez que la tocaban allí.

Cazador sonrió abiertamente. No era tan arrogante cuando dormía, pensó. Su cuerpo, el cuerpo por el que había pagado tantos caballos, la traicionaba y le seguía a él. Se sintió perversamente satisfecho.

La sonrisa desapareció muy pronto de su cara al darse cuenta de que el suyo no era el único cuerpo traicionero allí.

El amanecer llegó con un cielo azul grisáceo salpicado de nubes rosadas. Unos tímidos rayos de sol traspasaban los árboles y formaban luminosas motas en el río. Los pájaros cantaban. Las ardillas cotorreaban. El agua corría en un murmullo incesante. Loretta se despertó lentamente, consciente aun antes de abrir los ojos de que algo no iba bien. Amy no era tan grande. El brazo que la rodeaba era duro y pesado, la cálida mano que tocaba su pecho era sin duda masculina. Arrugó la frente y se preguntó de dónde provenía la manta de pelo que tocaba sus mejillas. ¿Dónde había ido a parar su edredón gris? ¿Por qué le dolía todo el cuerpo? A través de las pestañas, observó la raíz retorcida del árbol que estaba junto a ella. La brisa hacía crujir las hojas por encima de su cabeza. El olor a musgo del suelo se mezclaba con un tentador y rico aroma a café. Entonces percibió voces de hombre que llegaban a ella desde no muy lejos, especie de conversaciones que se interrumpían ocasionalmente con alguna risa. Voces amistosas. Voces normales... excepto por una cosa. No podía entender el idioma en el que hablaban.

De repente, se acordó. El respingo asustado que dio despertó al comanche que la tenía en sus brazos. Supo sin mirarle que se trataba de Cazador, el más horrible de todos. Él apretó de forma instintiva la mano que cubría su pecho, y su brazo se endureció como el acero alrededor suyo. Gruñó algo y estiró el cuello.

El primer instinto de Loretta fue cogerle la mano, pero al intentarlo descubrió que tenía las suyas atadas. Él apretó la cara contra su pelo y respiró hondo. Se podría decir que estaba medio despierto por la forma lenta y perezosa en la que se movía. Rozó con el pulgar su pezón, jugando con la punta sensible y provocando una respuesta involuntaria. El cuerpo de Loretta se endureció también, agitándose con cada movimiento de sus dedos. Él bostezó y presionó más fuerte.

Ay, Dios, ayúdame.

La mano siguió deslizándose hasta su estómago, se apretó contra sus convulsos músculos y le amasó la rigidez. Ella se sentía como las cuerdas sensibles de un arpa a quien tocaba un experto músico. Horrorizada por la reacción de su cuerpo, trató de deshacerse de sus caricias, pero él puso una contundente pierna sobre las de ella y la inmovilizó contra las pieles. Le dolía la espalda cada vez que se movía, y el dolor era tan fuerte que hacía que le brotaran gotas de sudor en la frente. Los muslos le quemaban como si les hubieran prendido fuego.

—Vaya, todavía estás caliente —murmuró él. Deslizó la mano por su barriga—. No está tan mal donde el sol no te ha tocado. Eso significa que la fiebre ha bajado.

Ningún hombre se había atrevido nunca a tocarla así. Movi6 la cabeza de un lado a otro, tratando de liberar sus brazos y sus piernas. Despu6 se estremeci6 derrotada.

—No luches. —Su voz venía de tan cerca, que parecía salir de su propia mente—. No puedes ganar, ¿lo sabes? Descansa. —Sus susurros invadieron todo su ser... lentos, hipn6ticos, persuasivos. 6l la rozaba de forma circular, deteniéndose en un punto, y reanudando el movimiento en otro—. Quédate tranquila. Confía en este comanche. Es para las quemaduras, ¿eh? Para curar tu piel.

Al bajar la mano lentamente por su cuerpo, se dio cuenta de que la tenía embadurnada de alg6n tipo de aceite. Su coraz6n toc6 un sensual contralto, ajeno a los gritos de temor emitidos por sus terminaciones nerviosas. No, por favor, no.

6l coloc6 la mano en el breve hueco de sus muslos, buscando la suavidad lateral, dibujando c6rculos con sus dedos en una sutil manipulaci6n que enviaba sensaciones desbocadas al centro de su cuerpo. Hundiendo otra vez la cabeza sobre su pelo, suspir6, y su c6lida respiraci6n le puso la carne de gallina en el cuello.

—Ah, Ojos Azules, tu madre no minti6. Eres dulce.

Despidiéndose con una 6ltima caricia del centro de sus muslos, traz6 la curva de su cadera con una mano y roz6 tan suavemente su piel dolorida por el sol que apenas lo sinti6. La presi6n de la palma de su mano se increment6 al alcanzar las costillas, una de las pocas partes del cuerpo donde el sol no había llegado. Allí la mano se cerr6, estruj6 su caricia y despu6 se abri6 en un movimiento rítmico que parecía seguir el tiempo del extraño latido de su sangre. Era como si 6l hubiese empezado el ritmo dentro de ella, como si conociese los golpes, las pausas, mucho mejor que ella.

Su cautiverio iba más allá de ataduras y brazos fuertes. Loretta se volvi6 para estudiar su cara, fascinada por la inocencia dormida que nublab a sus ojos semicerrados. El asesino sin piedad había desaparecido, y en su lugar había aparecido un chiquillo dormil6n y travieso que le acariciaba como si fuera una mascota nueva. Una breve sonrisa curvaba su boca, una sonrisa soñolienta que le indicaba que estaba más dormido que despierto. Se acerc6 más a ella y le susurr6 algo ininteligible sobre las mejillas. Los labios de ella temblaron, despu6 se abrieron. Se vio preguntándose cómo sería un beso suyo, y despu6 rechaz6 el extraño pensamiento. Los comanches no besaban, solo fornicaban. Y su tiempo se estaba acabando.

Con la punta de la lengua, Cazador traz6 el borde de su oreja.

—*Topsannah, tani-har-ro*. —Arrastr6 tanto las palabras, que ella dud6 incluso de que supiera que estaba diciéndolas—. Flor de la pradera —murmur6—, en primavera.

Se qued6 callado. El brazo que rodeaba su cintura se qued6 como sin vida, flácido. Le cambi6 la respiraci6n, que se hizo más medida y profunda. El largo caoba de sus pestañas cay6 sobre sus mejillas. Loretta lo mir6, incrédula. Se había quedado dormido del todo. Y ella estaba clavada bajo su brazo y su pierna. Loretta arrug6 la nariz. La piel de búfalo le hacía cosquillas, y olía a humo y grasa de oso. Estaría seguramente llena de pulgas y piojos, pens6 con disgusto, y de repente empez6 a picarle el cuerpo, una verdadera tortura para su piel que no podía rascar.

Él dejó anclada la mano en su costilla. Aunque escapar era imposible, atada como estaba, estar tan cerca de él le provocaba claustrofobia. Lentamente, aunque solo fuera lentamente, trató de salir de debajo de su cuerpo, pero él se puso tenso y tiró de ella y volvió a colocarla en el recodo de su cuerpo.

—Duerme —murmuró—. Mañana haremos la guerra, ¿no?

Loretta estiró el cuello para ver por encima de la piel. A cierta distancia, los otros indios formaban grupos alrededor de pequeños fuegos, algunos bostezando, otros completamente despiertos con tazas de latón en la mano. Un hombre miraba en dirección suya. Metió rápidamente la cabeza bajo la piel, pero no lo suficientemente rápido. Segundos después oyó un débil susurro de mocasines acercándose. El frufrú de la piel. Sintió la presencia de alguien junto a ella y entrecerró los ojos. A través de las pestañas, vio unos ojos color obsidiana que miraban hacia abajo. Los ojos pertenecían a una cara oscura rodeada de una cabellera negra azulada. Reconoció al indio. Era el que había hablado en su favor el primer día, el que no había querido que la mataran. No hizo que se sintiera menos asustada.

Aterrada, vio cómo el hombre levantaba el borde de la tela para mirarle el hombro. Frenética, se retorció en la piel que le ataba las manos a su espalda. Era su peor pesadilla. Comanches. Y no uno, sino dos. Y ni siquiera podía luchar contra ellos. Si él le quitaba la tela que la cubría, no podría hacer otra cosa que quedarse allí, avergonzada.

Cazador se desperezó y bostezó. Después se incorporó, apoyándose en un codo, y ladró en comanche.

—¿Qué es esto, *tah-mah*? ¿No ves que intento dormir?

—Solo he venido a ver a la mujer.

Cazador se deslumbró con el sol y suspiró.

—Y, ¿qué te parece? —Se sentó y apartó la tela mucho más allá de su hombro, sin importarle que su pecho quedase al descubierto y riéndose suavemente al ver la expresión horrorizada de su cara. De todos los hombres, su hermano, Guerrero, sería el menos dispuesto a hacerle daño. Era un valiente luchador pero también amable, más dispuesto a defenderla que a atacarla.

—La veo mejor. La grasa, quizá. Ya no está tan roja. El Hombre Viejo tenía razón cuando dijo que el agua fría le bajaría la fiebre. Sigue caliente, pero no tanto como antes.

Guerrero le tocó la piel con la palma de la mano.

—El Hombre Viejo dice que si no la mantienes fría, la fiebre volverá a subir.

—¡Otro baño no! —Cazador apoyó el codo en la rodilla que tenía doblada y se rascó la cabeza. Cualquier conato de risa desapareció de su cara. No le hacía ninguna gracia la perspectiva de tener que luchar con ella otra vez—. No me despiertes con noticias como esta. Tráeme una taza de café primero.

—Tal vez no otro baño, pero tampoco viajar con este calor. Tendremos que quedarnos aquí unos días.

—¿Estáis dispuestos a arriesgaros así? ¿Qué pasa con los *tosi tivo*?

Guerrero rompió una hoja de verbasco y se lavó los dedos con el jugo medicinal de la planta, aplicándolo después sobre las mejillas de la chica. Ella se encogió, acercándose a Cazador, lo que le hizo sentirse aún peor.

—Estamos quizá más seguros aquí, enfrente de sus narices, que si estuviésemos a kilómetros de distancia. Cuando volvimos dando un rodeo, cubrimos bien nuestras huellas. Ya sabes lo estúpidos que son los *tosi tivo*. Seguirán huellas que otros han dejado y ni siquiera pensarán en buscarnos aquí, tan cerca.

—Sí, pero...

—Es tu mujer. Si fuera al contrario, tú harías lo mismo.

Cazador se impacientó con los movimientos de su cautiva y le agarró del pelo para hacer que se quedara quieta.

—Mira, yo la sujeto. La nariz es lo peor. Ahí donde se curva. Su frente, también, *tah-mah*.

Guerrero la frotó con el jugo y sonrió.

—No le gusto. Y si lo piensas, tampoco parece estar muy contenta contigo.

Acercándose más a ella, Cazador le echó otra vez un vistazo a la cara. Sus ojos eran tan grandes como los de un ciervo asustado. Un brillo divertido encendió los de él.

—No parece que quiera escupirme hoy, ¿verdad? Dame una semana, y estará lista para ser montada.

—Tú vuelas como el viento. —Guerrero levantó una ceja sarcástica y tiró al suelo las hojas de verbasco—. Me has enseñado todo lo que sé para ser un guerrero, *tah-mah*, pero en lo que se refiere a mujeres reacias, eres tan torpe como un lobežno.

—Eso es porque nunca son reacias.

—¡Ajá! —exclamó Guerrero con una carcajada—. Creo recordar otra cosa. Sauce Junto al Río no corrió precisamente desde el fuego central a tu tipi la noche de tu boda. La hiciste bailar hasta estar tan cansada que no tuviese ganas de discutir contigo. —Un silencio tenso los separó, un silencio cargado de recuerdos—. Lo siento, *tah-mah*. He dicho su nombre sin pensar.

—Han pasado muchos inviernos. Mi corazón ya no yace sobre la tierra. —Cazador puso una mano pesada en el hombro desnudo de la joven, con una expresión pensativa—. Entonces, ¿vamos a acampar aquí? ¿Alguien ha explorado la zona? ¿Estáis seguros de que estamos a salvo aquí?

—Antílope Veloz y Búfalo Rojo salieron en busca de rastreadores anoche y esta mañana. Por muy loco que parezca, Búfalo Rojo asegura que el *ap* de la mujer ni siquiera ha ido a buscar ayuda todavía.

—Es un cobarde, seguramente quiere estar seguro de que nos hemos ido. Me sorprende que sus mujeres no hayan cabalgado al fuerte a buscar ayuda. Ellas son con mucho, mejores luchadoras.

Casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, Cazador acarició con el pulgar el

brazo de la chica, con cuidado de no presionar demasiado fuerte y hacerle daño en la zona quemada. Era tan suave como la piel de un conejo. Mirando hacia abajo, vio que su piel estaba cubierta de un vello fino y dorado, perceptible solo ahora que el sol había formado una capa oscura en la parte dañada. Fascinado, pasó la punta del dedo por la pelusa. A la luz del sol, relucía como si alguien hubiese espolvoreado polvo de oro sobre ella.

—Antílope Veloz no deja de hablar de la pequeña —dijo Guerrero—. Su coraje le ha impresionado tanto, que creo que se ha enamorado. Tengo que admitir que una vez que te acostumbras a mirarlo, ese vello dorado y esos ojos azules dejan una huella en ti. Tal vez deberías cruzar con ella el río y venderla, ¿no te parece?

—Podría ganar el doble de lo que he invertido. —Con una mueca, Cazador volvió a cubrirla con la piel. Ella reaccionó alejándose y él emitió un gruñido de disgusto—. Debe pensar que vamos a comer y que ella va a ser nuestro desayuno.

—Hablando de eso, ¿piensas alimentarla?

—En una hora o así. Si vamos a quedarnos hoy, puedo volver a dormir. —Sacó el cuchillo y cortó las tiras de piel que ataban las muñecas de Loretta—. Despiértame si el sol la alcanza, ¿de acuerdo?

—Será mejor que la tengas atada.

—¿Por qué? —Un bostezo desfiguró la cara oscura de Cazador.

—Porque parece muy huidiza.

—Está desnuda. —Enfundó el cuchillo y se protegió con la mano los ojos del sol—. No se irá. No sin ropa. Nunca he visto una criatura tan tímida.

—Los *tosi tivo* cubren a sus mujeres con tanta ropa, que les debe llevar toda una semana desnudarlas. Después, les ponen esos calzones bajo la falda. ¿Cómo hacen para tener tantos hijos? Yo estaría tan cansado para cuando hubiese visto la piel que no tendría ganas de hacer nada más.

—Ya pensarías en algo —rio Cazador.

—Ya sabes, en cuanto te quedes dormido, ella podría querer ir a por tu cuchillo. ¿Quieres despertarte con la garganta rajada?

—Creo que está más dispuesta a matarse a sí misma que a matarme a mí. Ya sabes cómo son. —Cazador hizo una mueca—. Ha perdido el honor. Un hombre la ha visto desnuda. Por muy *boisa* que suene, así es como piensan.

—¿Quieres que la vigile mientras duermes?

Cazador echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Limítate a despertarme cuando se vaya la sombra, viejo verde. Acércate y se lo diré a Doncella de la Hierba Alta. Te quemará la cena durante un mes.

Loretta vio que el otro indio se iba y respiró aliviada. Fue por poco tiempo. Cazador se giró hacia un lado y le pasó un brazo por debajo de la piel de búfalo, agarrándola por la cintura. Estaba totalmente despierto, y Loretta no tenía ni idea de lo que podía esperar de él ahora que tiraba de ella para acercarla. Apenas se atrevía a respirar, del miedo que tenía. Él le puso la mano bajo el pecho y le pegó la cara a la

nuca.

—Ahora, duerme, Pelo Amarillo —susurró—. Debo descansar. El viaje a casa será largo.

A casa. Loretta escuchó el zumbido del río y pensó, con la mirada perdida, en el bosque. Ah, cómo echaba de menos su casa. El fuego de la mañana estaría ya calentando la casa. Ella estaría acurrucada en el altillo con Amy, despertando con el olor a café y vetas de cerdo en la sartén. Reconocía el río Brazos. Estaban tan cerca de la granja. Los indios eran listos, eso tenía que reconocerlo. Los guardas nunca pensarían en buscarlos allí, ni en un millón de años. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Trató de detenerlas, pero ellas corrían como ríos por sus mejillas. Le dolía el estómago. El pecho le pesaba.

El comanche se apoyó en un codo para mirarla y después le tocó la mejilla. Después de mirar fijamente la humedad que mojó sus dedos, suspiró y se tumbó de espaldas, rodeándola con el brazo una vez más.

—Deja de hacer esto.

Loretta contuvo el aliento. Pero solo pudo hacerlo por un tiempo. En el momento en el que tuvo que expulsar el aire, un sollozo ahogado le raspó la tráquea.

—Deja de hacerlo —le silbó—. Este comanche te golpeará fuerte como el viento.

Loretta cerró con fuerza los ojos. Pensó en sus padres. Se preguntó si alguno de estos hombres le habría arrancado la cabellera. Piedad, Dios, tenía que salir de aquí...

Como si él adivinase sus pensamientos, apretó con más fuerza el brazo con el que le rodeaba la cintura.

—No puedes volver. Ahora eres mi mujer. *Suvate*, todo se ha cumplido. Te quedarás quieta y dormirás.

Un hipido salió de su garganta. Él gruñó y le dio un ligero empujón.

—¿No me has oído? Detén esas lágrimas. Ya te lo he dicho. No pruebes mi paciencia, Pelo Amarillo. Es una advertencia que te hago, ¿lo entiendes? Desobedeces y lucharemos la gran lucha.

Loretta intentó una vez más contener la respiración. No tenía ni idea de lo que significaba la «gran lucha», pero estaba claro que él ganaría. Al expirar, eructó con un temblor. Se tapó la boca con la mano.

Cazador le gruñó algo y se puso en pie. Pasándose la mano por el pelo, la rodeó para ponerse frente a ella y se quedó observando la expresión retorcida de su cara con una mirada de fastidio.

—Dejarás esto cuando vuelva. ¿Entiendes?

Ella asintió, escondiendo la cara para no mostrar su vergüenza. «¿Su mujer?» En el momento en el que la tocara, estaría perdida para siempre. Nunca podría volver a casa. La gente la miraría y susurraría a sus espaldas. Cazador se fue en busca de los otros hombres. Así Loretta pudo llorar a gusto. Todo el miedo, el cansancio, la tensión de las últimas veinticuatro horas salió en ese momento. Después cayó en un sueño reparador, y la necesidad de escapar fue el último pensamiento que le pasó por

la mente.

Capítulo 7

Conversaciones aisladas y olores tentadores a carne asada despertaron a Loretta de su sueño profundo. Parpadeando al sol abrasador, intuyó por la posición sobre los árboles que debía de ser casi mediodía. El dolor le latía con fuerza alrededor de los ojos. Una sensación continua de calor le torturaba la piel. Tenía la lengua pegada a la parte superior de la boca, hinchada y seca. Hubiese dado un ojo de la cara por un sorbito de agua.

Plenamente consciente de que algunos de los comanches se reunían no muy lejos de allí alrededor del fuego, Loretta tenía miedo de llamar la atención si se movía. La piel de búfalo le pesaba sobre el cuerpo, caliente y falto de ventilación. Podía oír el crepitar del fuego, el sonido silbante de la panceta asándose en las llamas. De tanto en tanto, se levantaba un poco de brisa que hacía sonar las hojas por encima de su cabeza. Los pájaros canturreaban, las ardillas cotorreaban y, como fondo, estaba el sonido rápido y continuo del agua. Si cerraba los ojos, podía casi creer que estaba junto al río con Amy, a solo unos pasos de la seguridad de la granja.

Sintió unos calambres en las espinillas y un desagradable peso que crecía por momentos en el centro de su estómago. Incapaz de permanecer ni un segundo más en la misma posición, se movió para ponerse de espaldas, apretando los dientes al sentir el dolor del roce de las pieles sobre su piel quemada.

Las voces guturales parecieron subir de volumen, en un tono de discusión, pero amigable. De vez en cuando alguien reía. Si los indios hubiesen estado hablando en inglés, podrían muy bien haber pasado por hombres blancos, contando historias y haciéndose bromas unos a otros. Pero no eran hombres blancos. Loretta vio un escudo de guerra apoyado en un árbol. Estaba pintado con símbolos diabólicos. Había cabelleras colgando de la brida de un caballo cercano, unas trenzas de color pelirrojo, sin duda de alguna mujer blanca.

El sudor se le agolpó en las cejas y le resbaló por las sienes. Tenía que salir de allí.

El sonido de unos pasos acercándose aceleró los latidos de su corazón. Loretta cerró los ojos y se hizo la dormida. Podía sentir a alguien mirándola. El calor se agolpó en sus mejillas. Se hizo más caliente, y más caliente aún. Entonces sintió un picor en la piel sensible de las ventanas de su nariz. ¿Humo?

Abrió los ojos. Tenía un trozo de leño ardiendo frente a la cara. Loretta se apartó, pasando aterrorizada los ojos de la brasa roja a la mano morena que lo sostenía.

—¿No escupes, Pelo Amarillo?

Unos hombros anchos eclipsaron el sol, y la cabeza que se sostenía en ellos era un tejido grotesco lleno de marcas. Loretta reconoció al indio que había pedido a Cazador que la matara ese primer día. Sostenía el leño como si fuera un arma de

guerra, a solo unos centímetros de su nariz. Agarrándose con los puños a la piel y agitando los pies, trató de deslizarse hacia los lados, sin prestar atención al dolor que esto producía en su espalda quemada. El indio gruñó y le puso un pie en el pecho.

Torció su rostro marcado para dibujar una horrible sonrisa.

—Eres buena escupiendo. Escupes rápido, ¿verdad? Ahoga tu ira, antes de que te llene de cicatrices y te conviertas en alguien feo como yo.

Loretta contuvo la respiración y fue soltándola en gemidos entrecortados. Empezaba a sentir el calor en el vello del labio superior, y el olor acre se le metía por la nariz. Los ojos negros del indio brillaron de satisfacción.

—¿Tu valentía ha volado? ¿No encuentras ningún rifle para defenderte? —Se inclinó aún más de modo que la mayor parte de su peso descansara sobre ella—. Pondré mi marca en ti, ¿eh? Cuando mi primo se canse de ti, me ha prometido que serás para mí. Es justo, ¿no? Te haré lo que tus amigos *tosi tivo* hicieron conmigo.

Agitó la madera hacia delante. Loretta la esquivó justo a tiempo.

De repente apareció otro indio. Era mucho mayor, con el pelo grasiento y cubierto de canas. Vestido solo con el taparrabos, lucía un torso moreno tan duro como el cuero curtido, las nalgas firmes y las piernas musculosas. Con unos movimientos agitados y unas palabras que ella no podía comprender, señaló hacia el río. Loretta se sintió profundamente aliviada al ver que cogía el trozo de madera de la mano de su torturador y lo tiraba al suelo.

El indio joven gruñó una protesta. Al quitar el pie del pecho de Loretta, metió el pie entre la piel de búfalo y la apartó con una sacudida. Ella se apretujó tratando de cubrirse, avergonzada al sentir el aire frío que llegaba hasta su pecho.

Lanzándole una mirada lasciva le dijo:

—Hombre Viejo ha estropeado la diversión, pero jugaremos otro día. Muy pronto, ¿verdad?

Loretta tiró de la piel de búfalo hasta arriba. Aunque tenía el cuerpo cubierto de sudor, no paraba de temblar. Incluso mucho después de que los indios se hubiesen ido, su cuerpo seguía temblando. Animales. Eran todos unos animales.

Solo unos segundos más tarde, oyó una vez más el sonido de pasos acercándose. Unos dedos morenos y largos atraparon la piel y se la quitaron de la cara. Esperando lo peor, se puso tensa y entrecerró los ojos cegada por el sol. La oscura y corpulenta silueta de un hombre se puso en cuclillas junto a ella. Deslumbrada, no pudo al principio reconocer su rostro, pero el brillo de su pelo color caoba y la amplitud de sus hombros eran inconfundibles.

Le entregó una taza de latón, como las que tía Rachel tenía en la cocina. Tom Weaver tenía razón. Estos comanches trataban a menudo con los hombres blancos. ¿Cómo si no podrían conseguir café y vajilla? Eso explicaba que pudieran hablar tan bien en inglés.

—Beberás.

Su voz profunda y suave no mostraba expresión alguna, y eso le asustaba más que

su ira o las amenazas que pudiera hacerle. El sol se reflejaba en su amplio pecho y en sus poderosos brazos, y los músculos se cincelaban bajo su piel morena cada vez que se movía. Loretta se quedó prendada del medallón de piedra que colgaba de su cuello y de la cabeza de lobo que mostraba en una de las caras. Otros grabados decoraban la banda de cuero que rodeaba su muñeca, como una serpiente entrelazada de dos cabezas que parecían el sol y la luna.

Ella se apoyó sobre el codo, con cuidado de que la piel siguiera cubriéndole el cuerpo desnudo. Con mano temblorosa, cogió la taza, tratando de que sus dedos no tocaran los de él. Al beber, el agua le resbaló por el cuello. Agua fría y maravillosa. La terminó en cinco tragos. Se pasó la lengua por los labios ajados, saboreando cada gota, y después le devolvió el recipiente abollado. Le hubiese gustado beber un poco más, pero no se atrevió a pedirselo.

Cazador puso la taza en la tarima que hacía las veces de cama y se inclinó sobre una rodilla. Emanaba de él una mezcla de olores a humo, aceite de castor, piel y salvia. El olor indio. Se clavaba en las mantas, en su piel, en su pelo. Ni una pastilla entera de jabón con un cubo lleno de agua de lavanda podrían quitarle ese olor.

Sus ojos azul oscuro se encontraron con los de ella al tiempo que le ponía la palma de la mano en la mejilla. Bajó los dedos hasta el cuello y el miedo le secó la garganta. Él la tocaba con la misma naturalidad con la que habría tocado a su caballo. Con posesión, con arrogante superioridad.

Volviendo la mirada al grupo de hombres que estaban detrás de él, gritó:

—*¡Cho-cof-pe Okoom! ¡Keemah, cah boon!*

Loretta no pudo evitar dar un brinco. Cazador volvió a mirar hacia ella, y en la comisura de los labios dibujó una mueca de desprecio. El viejo indio que había venido en su auxilio solo unos minutos antes se acercó hacia ellos con grandes zancadas.

—*¿Hein ein mah-su-ite?*

—*He-be-to. ¿Heep-et?* —Cazador asintió hacia Loretta—. *Cona.*

El anciano dio un codazo a Cazador para apartarlo de su camino y luego se arrodilló y fijó sus grandes ojos oscuros en Loretta. Aunque trató de mantenerse serena, la boca le temblaba y un músculo de su mejilla le hacía tic. Señalándola con un dedo en el pecho, el indio anciano dijo:

—*Nei nan-ne-i-cut Cho-cof-pe Okoom.* —Su boca arrugada se abrió en una sonrisa, mostrando unos dientes negros y decadentes—. En comanche esto quiere decir que mi nombre es Hombre Viejo. ¿Entiendes? *Cho-cof-pe Okoom*, Hombre Viejo.

Aunque Hombre Viejo le había salvado antes y parecía inofensivo, Loretta no podía confiar en él. No confiaba en ninguno de ellos. Se encogió cuando trató de tocarla. Cazador gruñó algo y le cogió del pelo con el puño cerrado. Ella trató de recordar una oración, cualquier oración. Para su tranquilidad, el viejo solo le tocó la frente.

—*¡Te-bit-ze!* —exclamó a Cazador. Dirigió una mirada acusadora al sol, y después señaló al río, balbuciendo otras palabras incomprensibles que concluyeron con una orden—. *¡Namiso!*

Fuera lo que fuese lo que Hombre Viejo hubiese dicho, Cazador no pareció muy contento. Mientras el anciano se alejaba, Cazador soltó el pelo de Loretta y se puso de pie, haciéndole una señal para que se levantara también. No podía creer que quisiera que se pusiera de pie desnuda como estaba. No podía ser cierto...

—*¡Keemah! ¡Namiso!* —silbó. Al ver que su única respuesta era una mirada fija en él, gritó—: *¡Keemah, vamos! ¡Namiso, rápido!* No pongas a prueba mi paciencia, Ojos Azules.

Loretta se apretó la piel de búfalo al pecho y sacudió la cabeza. De ningún modo iba a pasearse por allí desnuda ante todos esos hombres. No lo haría.

Un brillo peligroso salió de sus ojos.

—Obedecerás a este comanche.

El tono amenazador de su voz hizo que un miedo frío le recorriese el cuerpo, pero ella se mantuvo firme.

Con un gruñido, el indio se inclinó y la cogió en brazos, pieles incluidas. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que hacía, se la puso sobre el hombro, sosteniéndola con un brazo debajo de las rodillas y la otra mano agarrada a la piel para que no se cayera.

—Estúpida mujer blanca. No aprendes muy rápido.

Unos momentos después, Cazador llegó al río y se metió hasta el centro de la corriente. Con otro gruñido, la bajó del hombro sin soltar la piel que tenía agarrada, por lo que fue a caer en el agua completamente desnuda. No era momento de sentirse avergonzada. El cambio de temperatura fue tan brusco en un cuerpo febril como el suyo, que no pudo pensar en nada más. El agua le quemó la nariz y descendió por la tráquea. Todo estaba oscuro. Por un momento no estuvo segura de qué era arriba o abajo. Entonces vio un poco de luz. Se precipitó a la superficie, tosiendo y ahogándose, agitando los brazos con desesperación.

Con un movimiento rápido, Cazador tiró la piel sobre la orilla y se acercó a ella. No podía hacer pie y, a pesar de los desesperados movimientos de brazos y piernas, volvió a hundirse de nuevo, bebiendo otro buche de agua.

Cazador la cogió de los pelos y tiró de ella hacia la superficie. Después la llevó más cerca de la orilla, donde pudiera hacer pie. Acercando la cara a la de ella, apretó el puño en el mechón por la que la tenía agarrada.

—Me obedecerás —pronunció cada palabra con una claridad venenosa—. Siempre. Eres mía, la mujer de Cazador, para siempre sin horizonte. La próxima vez que me niegues con la cabeza, te pegaré.

El agua que acababa de tragar salió de su garganta en ese momento. Incapaz de detenerla, se atragantó y después tosió. El líquido despedido con fuerza le dio en los ojos. Él parpadeó y se echó hacia atrás, sin creerse lo que acababa de ocurrir. Loretta

se cubrió la boca con las manos, cubriéndose los pechos con los brazos y dejando caer los hombros hacia delante.

Parecía tan enfadado, que Loretta pensó que iba a pegarle un puñetazo. En vez de eso, le soltó el pelo y le sujetó los brazos. Cuando por fin ella recuperó la respiración, la soltó y volvió a la orilla abriendo un reguero de gotas de agua a su paso. Antes de secarse la cara con la piel de búfalo, se dio la vuelta para mirarla.

Cazador se sentó en cuclillas, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Mirando a su alrededor, dijo:

—Tus paredes de madera están lejos, Pelo Amarillo. Si tratas de escapar, este comanche te encontrará.

Hasta ese momento, la idea de nadar no se le había pasado por la cabeza. Lanzó una mirada a la corriente. Si tuviese la ropa...

—No sabes muy bien hacer de pez. No des más problemas a este comanche, ¿entendido?

Creyó detectar un tono de burla en su voz, pero cuando se volvió para mirarle, su mirada era más azul e impenetrable que nunca. Él la examinó durante unos segundos interminables. Loretta se preguntó qué era lo que estaría pensando y decidió, por el brillo en sus ojos, que prefería no saberlo.

—Tus ojos dicen que miento cuando te llamo mi mujer. Eso no es bueno. Es nuestro acuerdo, ¿vale? —Cogió un puñado de hierba y se lo pasó lentamente por los dedos, observándola de una manera que indicaba que iba a tocarla pronto, y con la misma lentitud—. Fue una promesa que me hiciste, ¿y ahora es mentira? Así son los de tu pueblo, dicen palabras vacías. *Penende taquoip*, palabras de miel, ¿es eso? Pero los comanches no son así. Si mientes, te cortaré la lengua y daré de comer con ella a los cuervos.

La brisa removió su melena y algunos mechones de pelo enmarcaron su rostro cincelado. Por un instante, la cicatriz de la mejilla quedó escondida, y de algún modo pareció menos impresionante. Loretta se quedó prendada de sus labios, bien definidos y angulosos, duros, tal vez por la rígida expresión que siempre tenía. Unas arrugas profundas rodeaban su boca, líneas de expresión seguramente de reírse. Ah, sí, podía imaginarlo cortándole la lengua y sonriendo mientras lo hacía.

—No te gusto mucho. Es triste, ¿eh? —Con un movimiento de la mano, señaló al mundo que les rodeaba—. El cielo está arriba y la tierra abajo. El sol muestra su rostro solo para ser ahuyentado por la Madre Luna. Estas cosas son para siempre, ¿entiendes? De la misma forma que tú eres mi mujer. La canción fue cantada mucho tiempo atrás, y la canción debe suceder. Debes aceptarlo, Ojos Azules.

Loretta hubiese querido dejar de mirarle, pero no podía. Los lazos suaves de su profunda voz se entretejían a su alrededor. ¿Debía aceptarlo? Él estaba ya pensando en entregarla a su horrible primo. Se hundió en el agua, con los brazos cruzados para esconder los pechos. ¿Podría verla en el agua?

Siguió estudiándola con la misma desconcertante intensidad.

—Cuando sopla el viento, los árboles jóvenes se doblan, las flores se mantienen a ras del suelo, la hierba se inclina. —Se golpeó el pecho con el puño—. Yo soy tu viento, Ojos Azules. Inclínate o rómpete.

Inclínate o rómpete. En toda su vida, nunca se había sentido tan impotente. Entonces se fijó en el puñal que tenía en la cadera. ¡Si él bajase la guardia aunque solo fuera un momento!

Como si supiera lo que estaba pensando, le sonrió con otra de sus sonrisas burlonas y bajó los ojos hasta su pecho, donde el agua la tocaba, justo debajo de sus dedos abiertos. Ella se abrazó con más fuerza. Él no dijo nada más, pero las palabras no eran necesarias. No podría quedarse en el río para siempre y, cuando saliese, él estaría esperando. Estaba atrapada. Siempre, para siempre, sin horizonte.

Los segundos se convirtieron en minutos. Loretta empezó a sentir frío. El comanche se cansó de su posición en cuclillas y estiró las piernas en la arena de la orilla. Puso una rodilla en el suelo y apoyó el codo en la otra, inclinado para poder seguir viéndola. Loretta estaba segura de que la sangre se le había congelado. Empezó a temblar y a castañetear los dientes. Y él seguía observándola, con la boca torcida en esa expresión burlona que ella empezaba a conocer tan bien.

Cuando por fin se levantó, ella dio un paso hacia atrás, levantando la barbilla para que el agua no le llegara a la boca. Él se inclinó para coger la piel de búfalo y la llamó.

—*Keemah*.

Loretta sabía ya que esta palabra significaba «ven». Ella se estremeció y miró con deseo la piel que él sujetaba.

—*Keemah* —repitió él. Al ver que ella no se movía, suspiró.

Hundiéndose aún más en el agua, Loretta tragó agua, se atragantó y tosió.

Él la miró extrañado, al límite de su paciencia.

—Este comanche no es estúpido. Saldrás corriendo como el viento si dejas de mirarte.

Ella sacudió la cabeza. Con el ceño fruncido, la estudió un momento.

—Esto no será *pe-nan-de taquoip*, palabras de miel. ¿Es una promesa que haces?

Ella asintió, castañeteando los dientes.

—¿Y no mentirás?

Cuando ella volvió a sacudir la cabeza, él tiró la piel al suelo y se dio media vuelta sobre sí mismo. A Loretta le costó creer que de verdad iba a quedarse de espaldas. Se quedó observando el ancho de sus hombros, la curva de su espina dorsal, sus largas piernas enfundadas en ante. Como los animales salvajes que cazaba, era ágil y esbelto, con un cuerpo cubierto de poderosos músculos. Si tratase de huir, él la alcanzaría antes de que hubiese dado unos cuantos pasos.

Abriéndose camino por el agua hasta la orilla, mantuvo los ojos fijos en su espalda. Al alcanzar el borde, se cortó la planta del pie con una roca. Se mordió el labio y siguió andando, con miedo a dudar ni siquiera un segundo. El corazón le latía

a cien por hora cuando llegó a donde él estaba. Cogió la piel y se la puso por los hombros, agarrando con fuerza los bordes contra su pecho.

Estando tan cerca de él como estaba, pudo fijarse mejor en el lustre aceitoso de su piel y el pelo oscuro que caía del pliegue de sus axilas. No quería tocarlo, pero los segundos pasaban. ¿Era su oído tan fino como para saber que ella seguía detrás de él? Sintió que estaba de alguna forma esperándola, probándola de una forma que ella no comprendía, demostrando su poder sobre ella. Sacó una mano de debajo de la manta que la cubría y con tanta rapidez que apenas notó su piel, le tocó el hombro y volvió a meter la mano donde la tenía.

Él se giró para mirarla, fijando la vista un momento en la desnudez de sus piernas y sus pies. La humillación sonrojó las mejillas de Loretta. Él dio un paso hacia ella y se agachó para volver a cargarla sobre el hombro. Al agarrarse a su cinturón para no caerse, Loretta se dio cuenta de que, por un lado, el agua fría le había aliviado el dolor de cabeza y, por otro, la empuñadura del cuchillo del comanche estaba a su alcance...

Sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, alargó la mano imaginando cómo sería hundir la hoja en su espalda y volver a ser libre. Cuando sus dedos empezaban a rodear el mango del puñal, él dijo:

—Mátame, Pelo Amarillo, y mis amigos vengarán mi muerte. La sangre de tus seres queridos se derramará tan lentamente como la savia gotea de un árbol herido. — Siguió andando y no hizo ningún intento de cogerle la mano—. Mis amigos conocen el camino hasta tus paredes de madera, ¿entendido? No siembres dolor detrás de ti. Es sabio.

Loretta alejó la mano del cuchillo, horrorizada por lo que había estado a punto de hacer. Su familia. Ellos volverían y matarían a su familia...

Los otros indios les rodearon riéndose cuando Cazador apareció en el campamento con ella en el hombro. Aunque los pelos sueltos de su trenza le cubrían la cara, aún pudo ver el rostro desfigurado del primo de Cazador. Él le dirigió una sonrisa grotesca y se metió la mano bajo el taparrabos para acariciarse. Los ojos le brillaban de lascivia. Otros hombres se quedaron de pie junto a él y empezaron a reírse y a mover las caderas. Tanta obscenidad la perturbó. Y el hecho de que Cazador no dijese nada al respecto la llenó de terror. Estaba claro que no tenía ningún reparo en compartirla con sus amigos.

Después de que Cazador la pusiera en la tarima cubierta de pieles, un lugar que ella empezaba a ver ya como prisión, agarró con fuerza la piel de búfalo que la cubría y se puso tumbada de lado. «No siembres dolor detrás de ti.» Se sentía como un animal en una trampa, esperando al trampero y a una muerte segura.

El sol le quemaba los párpados cerrados, rojos y calientes. Loretta oyó que Cazador se alejaba a corta distancia, y oyó que murmuraba algo. La respuesta llegó en forma de relincho. Levantó las pestañas y vio que el comanche metía las manos en unas alforjas. Sacó sus calzones con volantes, la camisa de piel de ante que había

llevado a la granja el día anterior por la mañana y una talega de las que se cerraban con un cordón fruncido. De vuelta ya a donde ella estaba, se acercó los calzones a la nariz para olerlos.

Sus ojos se encontraron cuando Cazador apartó la ropa de olor a lavanda de su cara. Por primera vez, sonrió de verdad. Suavizó su expresión por tan poco tiempo que Loretta hubiese pensado que solo lo había imaginado, si no hubiese sido por el centelleo que quedó en sus ojos oscuros.

Se puso de rodillas junto a ella y tiró la ropa sobre las pieles, enseñándole la talega.

—Grasa de oso para las quemaduras. Te pondrás de espaldas.

Sus miradas coincidieron, y en la de él aún persistía una expresión divertida. Los segundos se medían por el salvaje golpeteo de su corazón. ¿Quería frotarle el cuerpo? Ah, Dios, ¿qué podía hacer ella? Sostuvo la manta con todas sus fuerzas.

Cazador se encogió de hombros, como si su resistencia no le importase lo más mínimo, y abrió la talega.

—Desde luego no eres muy lista, Ojos Azules. Te pondrás de espaldas.

Loretta imaginó a sesenta guerreros cayendo sobre ella. Como si él necesitase que alguien lo animase. El odio y la impotencia la hicieron temblar. Cazador la observó, con una expresión indescifrable mientras esperaba. Ella quería tirarse sobre él, arañarle y morderle. En vez de eso soltó un poco la piel de búfalo y se dio media vuelta sobre el estómago.

Al apoyar la cara en la apestosa piel, las lágrimas rodaron por sus mejillas, agolpándose y haciéndole cosquillas a ambos lados de la nariz. Bajó las manos junto a las caderas y se quedó rígida, esperando a que él tirara de la manta. La vergüenza le subió caliente hasta la cara, al imaginar a todos esos hombres horribles mirándola.

Sintió la ausencia de las pieles y respiró hondo. Una palma grasienta le tocó la espalda y se deslizó hacia abajo con tanta lentitud que su piel tembló y sus nalgas se contrajeron. Estaba tan centrada en su contacto, en lo vergonzoso que resultaba, que tuvieron que pasar varios segundos antes de comprender que seguía cubierta, que él había deslizado el brazo por debajo de la manta, de forma que nadie, ni siquiera él, pudiese verla.

El alivio, si es que podía llamarse así, duró poco, ya que él empezó a embadurnar cada palmo de su cuerpo con la grasa y después le separó los brazos para poder llegar a las partes quemadas de la piel que había en sus costados. Ella se resistió, pero al final la fortaleza física pudo más. Cuando sus dedos rozaron la ondulación de su pecho izquierdo, los pulmones le dejaron de funcionar y su cuerpo se quedó paralizado.

Él dudó, pero después continuó con la friega, hundiendo sus dedos entre la manta y ella para alcanzar el pezón. El sol no había llegado hasta allí, y ella sabía que con esta caricia solo pretendía dejar clara cuál era la situación. Ella le pertenecía, y la tocaría cuando quisiera y donde quisiera. Loretta no pudo reprimir un sollozo. Una

vez más, sintió que su mano se detenía. Su mirada le quemaba en la espalda, tangible en su intensidad.

Al fin sacó el brazo de debajo de la manta y se echó hacia atrás. Loretta dobló el cuello para mirarle la cara oscura, sin preocuparse de secarse las lágrimas, demasiado derrotada como para intentar que no las viera. Él puso la talega de cuero en la tarima, junto a ella. Por un instante creyó ver un destello de piedad en sus ojos.

—Tú pones el resto, ¿de acuerdo? Y ponte la ropa.

Con esto, se levantó, dándole la espalda. Se alejó para sentarse junto al único fuego que quedaba. Loretta pegó la manta de piel a sus pechos y se sentó, bastante extrañada de ver que la había dejado sola para vestirse.

Capítulo 8

Cazador se sentó de cuclillas junto al fuego. Con una taza de café en las manos, fijó la vista en las llamas. Podía ver a su pelo amarillo por el rabillo del ojo y percibía cada uno de sus movimientos, cada una de sus miradas. De alguna forma había conseguido mantenerse cubierta con la piel mientras se ponía la camisa y los calzones.

Su hermano Guerrero estaba agachado junto a él y había empezado a tirar trozos de madera al fuego, para ver cómo ardían.

—Los *tosi tivo* deben de ser malos amantes.

Cazador levantó la vista, algo más que extrañado por la observación de su hermano. Guerrero era así, lanzando palabras como dardos, como hojas de otoño atrapadas por el viento.

—¿No estás de acuerdo? —continuó.

La voz de Guerrero y la cadencia musical de la lengua comanche sonaba dulcemente en los oídos de Cazador. Hablar con la pelo amarillo en la lengua *tosi tivo* le había dejado un mal gusto en el paladar.

—Los *tosi tivo* son malos en todo.

Guerrero echó un vistazo a la pelo amarillo. Una nube de humo le hizo cerrar los ojos.

—Sigue escondiéndose debajo de la piel de búfalo. Tu camisa y los calzones no son suficientes.

Cazador buscó los ojos oscuros de su hermano.

—Creo que los *tosi tivo* enseñan a sus mujeres esas tonterías porque tienen miedo.

—Vaya. ¿Y de qué habrían de tener miedo?

Guerrero sonrió.

—Una mujer que no es bien amada buscará consuelo en los brazos de otro.

A Cazador no le gustó la idea.

—Con todos los niños que tienen sus mujeres, ¿cómo puedes pensar que necesitan consuelo? El problema con los *tosi tivo* es que no tienen honor. Llamarán a un hombre amigo, y después tomarán prestada a su mujer cuando se den media vuelta. Todas esas ropas hacen que la mujer que tomen prestada sea más interesante, ¿no te parece?

Guerrero arrugó el entrecejo. Tiró al fuego lo que quedaba de la madera recolectada. Las llamas crepitaron hambrientas y aumentaron su resplandor.

—¿Es verdad eso? ¿Y qué pasa con las mujeres? ¿No rechazan a los hombres que tratan de avergonzarlas?

—Las mujeres tampoco tienen honor.

Frotándose las manos en los pantalones, Guerrero lanzó una mirada preocupada a la mujer blanca.

—Tienes que enseñarla, ¿sabes? Si caes en la batalla y tengo que llevarla a mi hogar quiero saber que sus hijos son los tuyos.

—Aprenderá. Le enseñaré lo que es el honor aunque tenga que matarla.

Guerrero arrancó una brizna de hierba y empezó a mordisquearla, con una expresión ausente. Cazador reconoció las señales. Los pensamientos de su hermano se habían desviado ya a otro lugar. Después de un rato, Guerrero escupió y dijo:

—Hombre Viejo me dice que deberías golpear a la mujer para hacer que obedezca. Esa es su manera. No entenderá ninguna otra. Eso me preocupa. Tu mano es dura cuando te enfadas. Normalmente, no me preocuparía, pero con la pelo amarillo tengo miedo de que tu paciencia la parta como una cuerda mojada.

Cazador cogió unas virutas de madera y las tiró a las llamas. El golpe de calor iba muy bien con su ánimo.

—Ella es mi mujer, *tah-mah*. Deja que sea yo el que me preocupe.

—Pero sus huesos son como los de un pájaro. Si pierdes el control con ella y utilizas los puños podrías rompérselos.

Cazador frunció el ceño y se quedó callado.

Hombre Viejo, que estaba de pie a poca distancia y pendiente de la conversación, se les unió junto al fuego para echarse un poco más de café. Después de llenar la taza, se alejó un poco de las llamas.

—*Ai-ee*, Cazador, ¿tienes pensado ser nuestra cena? Hace tanto calor en este bosque que estoy a punto de ahogarme.

Cazador había elegido sentarse junto al fuego porque esperaba que nadie se le uniera allí, pero no pensó que fuera una buena idea decir esto a Hombre Viejo y a su hermano.

—Un guerrero puede encontrar grandes verdades si busca entre las llamas.

—Tienes problemas con tu mujer, ¿eh? —El anciano sonrió—. ¡Estos jóvenes valientes! Demasiado orgullosos para pedir consejo. He vivido con *tosi tivos* durante muchos inviernos, recuerda. Sé cosas de ellos que tú no sabes. —Una sonrisa de picardía iluminó la cara arrugada de Hombre Viejo—. Sobre todo de las mujeres.

Cazador no estaba como para consejos.

—La chica es la mitad de grande que yo. Creo que puedo controlarla sin tener que pedir consejos.

—Me decepcionas, Cazador. ¿Dónde está la paciencia que demuestras cuando domas caballos salvajes? ¿Se la ha llevado el viento?

—Un caballo merece la pena. Una pelo amarillo, no.

—Conozco a hombres que darían una fortuna por tener a una mujer de cabello dorado. Quizás acabe por gustarte.

—Prefiero un caballo. Uno negro.

—Mujeres, caballo, hay poca diferencia, ¿sabes? Cuando están domados, ambos

dan al hombre buenas cabalgatas y mucho placer. ¿Qué ocurre cuando pones por primera vez las riendas a un cimarrón?

Cazador sabía adónde les llevaría esta conversación y no entró en ella. Guerrero contestó por él.

—Cada vez que corre en dirección contraria a la cuerda, tira del extremo una y otra vez.

—¿Y qué es lo que aprende? A no desafiar a tu cuerda, ¿verdad? Después de esa primera lección, sabe que tú eres su señor y te deja acercarte a él con suavidad. La mujer blanca es igual. Tiene miedo y tira de la cuerda. En el momento en el que aprenda esto, habrás ganado la batalla, ¿entiendes?

Cazador deseó que todo fuera así de simple. Cuando un caballo aceptaba la caricia de su mano, se sentía el hombre más feliz del mundo.

Después de remover los posos del café, Cazador vació la taza en el fuego. Se puso en pie y dijo:

—Los dos sois muy sabios, y os agradezco el consejo. Sin embargo, domaré a la mujer a mi manera. Por algo es mi mujer, ¿de acuerdo?

—Ten cuidado —le advirtió Hombre Viejo—. Los *tosi tivo* son impredecibles. Sobre todo las mujeres. El Más Sabio tuvo una vez una pelo amarillo. Después de una noche en sus pieles de búfalo, se tiró al río de Agua Habladora y se ahogó. Ni siquiera el Más Sabio podía ser tan mal amante.

Cazador se encogió de hombros y caminó con desgana hacia su campamento. Había algo diferente en su mujer. Al acercarse a la tarima, se dio cuenta de que era la expresión de sus ojos. Había un brillo febril en ellos. Se detuvo a unos metros de distancia y se tomó un tiempo para observarla. Muy a su pesar, se sentía incómodo. Ella tenía la loca mirada del guerrero que quiere luchar hasta la muerte.

Se cruzó de brazos y la miró. Vestida con su camisa de cazador, no parecía más grande que un niño, con unos hombros que apenas sobresalían unos centímetros de su cuello y las mangas arremangadas para acomodarse a la longitud de sus brazos. Parecía tan desvalida junto a él como un polluelo en el nido incapaz de volar, demasiado pequeño para luchar.

—Daremos un paseo ahora, para encontrar algo de sombra. *Keemah*.

La chica no se movió.

Él chascó los dedos.

—¡*Keemah!* ¡*Namiso!*

Solo movió la comisura de los labios con un ligero temblor. El resto del cuerpo permaneció inmóvil, con la vista puesta en las rodillas de él. Cazador sabía que le había oído y que entendía. Una oleada de odio endureció su pecho. Ya tenía suficiente con tener que cargar con ella. Pero no estaba dispuesto a soportar su testarudez. Inclinandose sobre ella, la agarró por la camisa de cazador y tiró de ella tan fuerte que la cabeza le cayó hacia atrás.

La suavidad de sus pechos tocó sus nudillos. Ella trató de alejarse, pero toda la

tela sobrante de la camisa se hizo un gurrño en su puño, haciendo imposible la retirada. Loretta le agarró las muñecas, con las pupilas en llamas. Sus mejillas habían pasado del rojo al escarlata fuerte. Él la empujó.

—Me obedecerás.

Los ojos de la mujer se oscurecieron como el cielo de una tormenta. En ese instante de tensión, y solo por un instante, Cazador tuvo que admirarla. Lo hubiera matado si hubiese podido.

Fue pensarlo y ver en ese mismo momento un brazo que se elevaba contra él. Pero hasta que no sintió la conexión entre el puño y su mejilla, no pudo creer lo que estaba pasando. Ella no tenía suficiente fuerza y mucho menos corpulencia como para hacerle daño, pero aun así sus nudillos golpearon su cicatriz con toda la intensidad del mundo.

Una *tosi* cautiva y asustada nunca hubiese pegado a su captor. Se retorció, lloraba, se arrastraba, pero nunca atacaba. No le hubiese sorprendido más si el cielo y la tierra hubieran cambiado de lugar. Se quedó ciego un momento, pero cuando recuperó la visión, la mejilla aún le escocía y los ojos azules de su mujer aún hablaban de muerte.

—¿Te atreves a pegarme? —Las palabras se quedaban entre ellos, dando crédito a lo que parecía imposible. Él la agarró aún con más fuerza de la camisa y la levantó del suelo—. Te...

Antes de poder repetir la pregunta, Loretta le asestó un segundo puñetazo, esta vez en la comisura de la boca, seguido de un rodillazo en la entrepierna. El dolor fue tan intenso que se le contrajo el estómago y pareció quedarse sin aire en los pulmones. La rabia le nubló la visión y todo pareció teñirse de rojo, incluido ella.

Con un gruñido, la empujó a un lado. Ella se tambaleó y cayó sobre las pieles. Él la siguió al suelo, poniéndole las piernas a ambos lados de las caderas y cogiéndole las dos muñecas con una mano. La otra mano la utilizó para apoyarse en el suelo y poder inclinarse mejor sobre ella. Loretta lo miró con los ojos muy abiertos y después se ladeó un poco y dobló la cabeza. Sin saber muy bien qué era lo que pasaba, Cazador la vio hundir los dientes en su brazo. El dolor le llegó hasta el hombro.

Antes de darse cuenta, ya tenía el cuchillo en la mano. El miedo de ella llenó el aire que él respiraba, de una forma tan intensa que podía olerlo, incluso degustarlo. ¿Y aun así seguía mordiéndole el brazo? Sintió otra sacudida. Ya no estaba seguro de cuál era el cuerpo que temblaba, si el suyo por la rabia o el de ella por el miedo.

Y entonces lo supo. Quería que él la matase. Los comanches lo llamaban *habbe we-ich-ket*, «buscar la muerte». Su polluelo había encontrado una forma de luchar.

Tomar conciencia de esta realidad le hizo temblar aún más. Los nudillos se le pusieron blancos mientras sujetaba la empuñadura del cuchillo. Con un movimiento de muñeca, hubiese podido cumplir su deseo y librarse de ella para siempre. El sudor empezó a cubrirle la cara y el pecho. La respiración resonó como un silbido en su garganta.

Poco a poco, la frágil tensión de su cuerpo fue cediendo, dando paso a un estado

de dejadez e impotencia. Luchando consigo mismo, retiró el cuchillo de su garganta. Como si ella hubiese notado el reflujó de su rabia, volvió a morderle otra vez, más fuerte, en un último intento de hacer que la matara. Tal vez los *tosi tivo* no fueran tan estúpidos como él había pensado. A partir de ahora, trataría de recordar que la hoja de su genio tenía un doble filo, y que uno de ellos podía volverse en su contra.

A pesar del dolor que le estaba provocando, Cazador fijó los ojos en ella, sin saber muy bien cómo apartar el brazo sin pegarle un puñetazo. De repente se dio cuenta de lo absurdo de la situación: él, un guerrero comanche, de rodillas ante una mujer blanca, incapaz de hacer nada mientras ella le clavaba los dientes. Cazador, el guerrero fiero, el asesino sin piedad, ¿acaso no iba a ser capaz de controlar a una chica que apenas le llegaba a la cintura?

Entonces una carcajada involuntaria brotó de su garganta. Y después otra. Y lo siguiente que supo fue que estaba riéndose con todas sus fuerzas y que no podía, ni quería, parar.

Su risa fue como un jarro de agua fría para ella. Le sorprendió tanto que se olvidó incluso de mantener apretada la mandíbula. Él consiguió mover el brazo y rodó lejos de ella hasta tumbarse de espaldas. Durante días, Cazador había tratado de contener sus emociones. Ahora, todos esos sentimientos, la tensión constante y siempre presente, el odio, el resentimiento... todos esos sentimientos salieron de él, entrelazados en una madeja de confusión tan difícil de separar como dos perros luchando por un mismo hueso.

La chica se incorporó para sentarse. Él sabía que no era divertido, y sin embargo lo era. Una broma enorme para ambos. Se cubrió la cara con el antebrazo. Oyó la respiración entrecortada de Loretta a su lado. Y entonces, con un gruñido que solo podía ser fruto de la rabia, se lanzó sobre él. Sus golpes no estaban bien dirigidos y fueron a parar a las partes de su cuerpo más musculosas, allí donde unos puños de mujer tenían poco que hacer. Tenía la cara descompuesta, los dientes apretados, los ojos llenos de lágrimas. Cazador envainó el cuchillo, soltando una risa ahogada mientras se levantaba para librarse de ella.

En ese momento sintió unos dedos que llegaban hasta su cinturón. El honorable metal relampagueó a la luz del sol. ¡Había cogido su cuchillo!

Por un instante pensó que iba a matarlo. Hasta que se dio cuenta del verdadero propósito. Iba a clavárselo en el estómago. Con la misma rapidez que tan bien le había servido en la batalla, Cazador alargó el brazo y le quitó el cuchillo de la mano con un golpe. El arma cayó inofensiva al suelo, a unos cuantos metros de distancia.

Se quedó mirándola boquiabierto, la respiración entrecortada. Hasta ese instante no se había dado cuenta del odio tan profundo que sentía por él o de lo fuerte que era su miedo. Ella se hundió de rodillas, los brazos en la cintura, la cabeza baja. Un llanto sobrecogedor e inmenso brotó de su pecho. Si había algo que él entendía bien, era la importancia del honor, incluso para sus enemigos. No había de qué avergonzarse cuando uno había luchado bien y había perdido.

Cazador quería decírselo así, pero no encontró las palabras. El sonido de su llanto se le metió en lo más profundo de su alma. Había oído llorar así antes... en una noche lejana y, sin embargo, no tan lejana.

Por un instante se vio transportado a ese momento, y el dolor del recuerdo casi le hizo tambalear. Era la imagen de Sauce la que nadaba por su mente, su inocencia destrozada, la sangre de su vida escapándosele entre las manos. «No me dejes, Cazador. Los casacas azules podrían volver. Por favor, no me dejes.» El dolor que aquejaba su pecho se hizo más intenso. Había prometido esa noche que nunca lucharía contra los desprotegidos. Y hasta ahora, había cumplido la promesa.

El pasado se tornó en sombras y se fundió con el presente. Cazador observó la cabeza dorada de la chica, aún en posición vencida. ¿Eran tan diferentes ella y Sauce? Si Sauce estuviese en su lugar, buscaría también la muerte para escapar. Y temblaría ante la idea de ser violada. ¿Cómo podía el odio haber endurecido de tal manera su corazón? ¿Se había convertido en alguien tan ciego como Búfalo Rojo?

Cuando Cazador alargó el brazo para tocar el pelo de la mujer, intentó arreglar las cosas de la única manera que sabía. Fue como alargar el brazo en aquel otro tiempo, como le hubiese gustado que los casacas azules se hubiesen comportado con Sauce.

La mano de Cazador tembló al contacto con la parte superior de la cabeza de la chica. Al sentir el peso de su mano, ella se encogió y trató de alejarse de él. Cazador se puso de pie y retiró el cuchillo, metiéndolo con rabia en la funda. Esta vez, una rabia que iba dirigida hacia él mismo.

—Vamos, Ojos Azules, debemos dar un paseo y salir del sol —le dijo suavemente.

Ella lo ignoró. Cazador se salió con la suya subiéndosela al hombro, como había hecho otras veces. Como medida de precaución, volteó el cinturón para que la funda del cuchillo se situase del lado de su estómago.

Ella no se resistió. Había dejado de llorar, aunque las lágrimas siguieron resbalándole por la espalda y quemándole la piel mientras caminaba con ella. Se sentía aliviado de que ella hubiese sacado todo lo que tenía dentro. Si lo hubiese hecho delante de sus hombres, no le habría quedado más remedio que castigarla.

Frunció el ceño. *Habbe we-ich-ket*, buscar la muerte. Era un negro deseo el que llevaba en su corazón. Un deseo que no podía concederle. Solo le quedaba rendirse a él, era la única opción que él podía ofrecerle.

El ambiente de la noche era tan espeso como el sirope, caliente y dulce con los olores del verano, y no soplaba ni un poco de brisa que moviese los árboles. Loretta estaba sentada con la espalda dolorida apoyada en un roble y miraba el resplandor, oscurecido por el humo, que desprendían los fuegos de los indios. Aunque ya habían pasado algunas horas de la confrontación con Cazador, no podía dejar de pensar en ello. Se dio cuenta ahora de que nunca hubiese podido hacer que la matara.

Se sentía vacía, seca, exhausta. La presión y el miedo eran cada vez más fuertes, como el vapor en una cacerola cerrada. El indio de la cara marcada —el primo de Cazador— había estado merodeando toda la tarde a cierta distancia, como un buitre a la espera de su carroña. Cada vez que Cazador la dejaba sola, él la miraba, con un desagradable brillo en los ojos, recorriéndole el cuerpo de arriba abajo. Una vez, incluso llegó a desenvainar el cuchillo, sonriéndole mientras probaba la hoja con el pulgar. Sabía lo que estaba pensando. Hacer que él la matara hubiese sido muy fácil. El problema era que ella quería morir rápidamente, y no a merced de ese indio rabioso.

Durante siete años Loretta había tratado de ir un paso por delante de sus recuerdos. Siete años huyendo. Siete años aterrorizada cada vez que veía polvo en el horizonte. Ahora, todos sus temores se habían materializado. Esta era la realidad, y de alguna forma tenía que enfrentarse a ella. Ya no valía huir. No había escapatoria.

A punto de llorar, Loretta se abrazó con más fuerza a sus rodillas, dispuesta a no derrumbarse. No le daría esa satisfacción. Bastardo. Se había reído de ella. Había necesitado de todo su coraje para golpearle. Nunca en su vida se había sentido tan humillada. Ríndete con dignidad, le había dicho. ¿Por qué no la dejaba morir con dignidad?

Los comanches no tenían sentimientos como los blancos. No tenían compasión. Eran infrahumanos, y esto ya era decir mucho. Destripaban a la gente. Estampaban la cabeza de los niños contra las rocas. Robaban y violaban a las niñas, quemándoles lentamente la nariz y los oídos con carbón caliente. Solo los monstruos podían hacer cosas así.

Cazador y ella eran enemigos, eso era lo único que sabía. Él la odiaba, esto también lo sabía. Pero por muy enemigos que fueran, por mucho que lo odiase, Loretta nunca se hubiera reído de él si la situación hubiera sido al contrario. Ella le hubiera estado agradecida y le hubiera cortado el cuello, que dios le ayudase, pero nunca se hubiese reído.

Lo odiaba más de lo que nunca había odiado nunca a nadie, tanto que durante el transcurso de la tarde, se imaginó asesinandolo de una docena de formas. Sabía, sin embargo, que no lo haría aunque tuviera la ocasión. «No siembres dolor detrás de ti.» Tenía que pensar en su familia. No haría nada que pusiese en peligro a Amy o a tía Rachel.

Por el momento, Cazador se había ido, tal vez al río a por más agua. Como había pasado antes, los demás la miraban durante su ausencia. Algunos preparaban la cena. Otros se visitaban unos a otros o jugaban a los dados. Pero hiciesen lo que hiciesen, no le quitaban el ojo de encima ni un momento. Supuso que vigilar a los cautivos era una rutina para ellos. Los pocos a los que no asesinaban los utilizaban para comerciar con los comancheros a cambio de comida y armas. Los comancheros vendían esas pobres almas al otro lado de la frontera o los devolvían a sus familias por una buena recompensa.

Loretta suspiró. Aunque sabía que la suerte no podía durarle, tenía que admitir que por el momento había recibido mejor trato de lo esperado. Las friegas de grasa y el zumo de verbasco que le había suministrado en repetidas ocasiones había mejorado mucho sus quemaduras. Ahora, en vez de dolerle todo el cuerpo, solo le picaba. Debido seguramente a las pulgas.

Volvió a abrazarse las rodillas y tembló, una señal clara de que la fiebre no había desaparecido por completo. La risa flotaba a su alrededor, un sonido que la hizo sentir muy sola. Echaba de menos a Amy y a tía Rachel. ¿Habrían ido a buscar ayuda? ¿O tío Henry se habría quedado esperando a que una patrulla pasara?

Si una patrulla fronteriza estuviera buscándola, lo haría seguramente a lo largo de la ruta del río Colorado, siguiendo las pistas falsas que habían ido dejando los comanches. Cazador sabía que la patrulla pensaría que habían tomado el camino hacia el oeste o hacia el noroeste, adentrándose en tierra de comanches. En vez de eso se encontraban junto al río Brazos, justo en frente de sus narices.

Una sombra se movió a la izquierda de Loretta, que dio un brinco sobresaltada. Mientras se acercaba, se permitió mirarlo con detenimiento. La herida que tía Rachel le había hecho con el rifle estaba casi curada, tal vez debido a lo bien curtida que tenía la piel. Las tetillas de su pecho eran tan oscuras como su pelo. Y estaba segura de no haber visto nunca tantos músculos.

Él se puso de rodillas y le ofreció una taza. Tenerle tan cerca le producía claustrofobia, le hacía parecer más grande. Juntó con fuerza las rodillas. Al ver el agua recordó el dolor de estómago. No podía beber una gota más. ¿Pero cómo podía explicárselo? Levantó la mano izquierda y, ayudándose de los dedos índice y corazón de la mano derecha, simuló caminar por su mano izquierda. Después señaló en dirección al bosque.

Cazador la miró y gruñó.

—¿Qué?

«Estúpido comanche.» Apuntó la taza con el dedo, y después se puso la mano en el estómago y sacudió la cabeza, tratando de parecer dolorida, algo que no era muy difícil de conseguir. Además de la incomodidad fisiológica que padecía se dio cuenta con humillación de que este indio era responsable de cada uno de sus movimientos.

—¿Quieres dar un paseo? —Levantó el hombro para darle a entender que no le importaba y después le acercó la taza—. Beberás primero.

Ella negó otra vez con la cabeza. Los ojos de él mostraban un brillo de determinación. Ella suspiró y le cogió la taza. Con un movimiento de muñeca, lo derramó en el suelo.

Podía ver por el tic del músculo de su mandíbula que estaba furioso. Ella puso la taza en el suelo y volvió a señalar al bosque.

Con lo que se le antojó un suspiro de impotencia, Cazador se levantó y le tendió la mano. Como prefería no tocarlo, echó todo el peso de su cuerpo sobre las rodillas y se ayudó del tronco para levantarse. Tenía las piernas entumecidas por haber estado

tanto tiempo sentada, y los músculos seguían doliéndole tras la gran cabalgata del día anterior. Por un momento pensó que sus piernas iban a ser incapaces de sostenerla.

Él la cogió del brazo y, sin prestar atención a sus pies desnudos, la guio solo unos metros dentro del bosque hasta llegar a un claro. Después de soltarla, se cruzó de brazos y señaló con la cabeza hacia el suelo, indicándole que debía hacer sus necesidades allí. Ella le pidió que se diera la vuelta.

Con otro suspiro de impaciencia, miró a su alrededor.

—¿Es una promesa que me haces? ¿No correrás?

Loretta asintió. Le habría prometido cualquier cosa con tal de que le dejase un poco de privacidad.

Él la observó durante lo que pareció una eternidad y después se volvió de espaldas.

—No mientas, Ojos Azules. Si lo haces los cuervos serán unos pájaros muy felices, ¿de acuerdo?

Loretta caminó hacia el borde del claro y se escondió detrás de un arbusto. Tan rápido como pudo, hizo lo que tenía que hacer, deseando con todas sus fuerzas estar en casa en la habitación destinada para ello.

Mientras se subía los pantalones, vio moverse algo en el bosque. El caballo de Cazador llevaba suelto toda la tarde, pastando libremente, y su olfato le había llevado hasta los matorrales.

Loretta ahogó un gemido. El caballo solo estaba a unos metros de ella. Debido a la espesa vegetación, Cazador no podía verlo desde el claro. El animal no llevaba puesta la cincha, pero sí el ronzal. Podría cabalgar a pelo.

Loretta estiró el cuello para ver por encima de su hombro. Cazador seguía de espaldas. Había aceptado su palabra y se veía por tanto obligado a confiar en ella.

Por un instante se quedó allí, paralizada por la indecisión. No había olvidado la amenaza recibida en caso de que rompiera su promesa. Le picaba la lengua, pero esa razón no era suficiente para detenerla. Arriesgaba mucho más que la lengua si no se iba de allí enseguida. Además, la aparición del caballo solo podía deberse a la Providencia. Sería una estúpida si no aprovechase lo que parecía ser su única oportunidad de escapar.

Loretta se acercó al caballo casi de puntillas. Dos pasos, tres. Las ramas y las ortigas se le clavaban en la planta de los pies, pero apenas las sentía. Cinco pasos, diez. Echó un vistazo por encima del hombro. El comanche seguía de espaldas. Dos pasos más, ya estaba...

Entonces el semental dio un relincho. El sonido pareció tan fuerte como un cañonazo. El miedo revoloteó en su interior. Trató de coger al animal por el ronzal. Al poner los dedos en la cuerda, el caballo negro dio un paso atrás y resopló con ojos salvajes. Por un momento temió que pudiera golpearla con los cascos delanteros, pero al oler la camisa que llevaba se tranquilizó de inmediato.

—¡Kiss! ¡Mah-cou-ah, kiss! —gritó Cazador.

Loretta supo que el indio venía detrás de ella. Cogiendo carrerilla desde atrás, Loretta saltó sobre la grupa del animal sin pensar en el dolor de sus quemaduras. El caballo tembló al notar la presión de sus piernas. Cazador estaba a solo unos metros de distancia. Su expresión asesina fue el impulso que necesitaba. Dando una fuerte palmada en la grupa del semental, salió disparada adentrándose en el bosque.

No se atrevía a volver a casa. Cazador la seguiría allí. Su única esperanza era el fuerte Belknap. La ruta más directa era siguiendo el río, pero el comanche se le anticiparía. Se dispuso a alejarse del río. Los gritos eran cada vez más numerosos a su alrededor, y supo que los hombres corrían a por sus monturas. Si quería salir de allí tendría que poner toda la tierra posible de por medio, antes de que ellos empezaran a perseguirla.

El caballo negro era magnífico. Nunca antes había sentido un poder así bajo sus piernas. El viento le cogió el pelo, deshaciéndole la trenza por completo y haciéndolo volar como una cinta dorada detrás de ella.

Entusiasmada y algo mareada por el miedo, se acostó sobre el cuello del caballo, instándole a ir más deprisa con todo su cuerpo y su corazón. «Por favor, Dios. Por favor, Dios.» Las palabras se repetían en su cabeza una y otra vez. Si Cazador lograra alcanzarla... No lo haría, ¡no lo haría! Dios no le hubiese dado una oportunidad así de escapar si no supiera que podía tener éxito.

Cazador le había dicho el día anterior que él cabalgaba como el viento, pero a Loretta le parecía que ella y su caballo eran el viento. El negro animal corría glorioso con la cabeza hacia delante, cortaba su propia estela, saltaba obstáculos como si no estuvieran allí, daba giros violentos, tan lejos del suelo que Loretta no pudo imaginar a nadie alcanzándoles. Las ramas de los árboles pasaban por encima de su cabeza como en una nube. ¡Libre! Iba a salir de allí. Iba a hacerlo de verdad.

Justo en el momento en el que ese pensamiento empezaba a tomar forma, Loretta escuchó a otro caballo detrás de ella. Giró el cuello para mirar atrás y vio a Cazador persiguiéndola en un caballo ruano. Los demás venían detrás de él. Fue como si algo le golpeara el pecho. Otra vez el miedo. Hundiendo los talones con más fuerza en los flancos del animal, lo azuzó para que corriera más rápido, rezando para que aún le quedase potencia y para que el cada vez más inestable suelo no les detuviese.

«¡Qué animal más maravilloso!» Loretta casi lloró al sentir cómo contraía sus poderosos músculos y daba otro empujón hacia delante dando todo lo que le quedaba. Tenía más corazón que ningún otro animal que hubiese conocido.

Al mirar por encima del hombro, vio a Cazador soltando riendas a su montura. El polvo se elevaba a su alrededor cuando los cascos del animal se clavaban en la tierra.

—¡No! —gritó—. ¡*Suvate!* ¡Todo se ha cumplido!

Loretta estuvo a punto de saltar de alegría. ¡Se estaba rindiendo! ¡Iba a dejar de perseguirla! Se rendía...

De repente, el semental cabeceó hacia delante y emitió un gemido horrible. Poco después, se vio volando por el aire. El tiempo pareció suspenderse, los segundos se

alargaron hasta la eternidad mientras ella caía al suelo con el cuerpo arqueado. El mundo se volvió negro.

Cuando Loretta recobró el sentido, se vio rodeada de una cacofonía de atronadores cascos, gritos y alaridos. Unos alaridos horribles. Sabía qué era lo que hacía ese sonido... un animal agonizando. Entrecerró los ojos y miró hacia arriba, tratando de enfocar el mundo que tenía enfrente. Cazador se inclinaba sobre ella y le pasaba las manos por el cuerpo. Después se fue.

Cuando la tierra dejó de dar vueltas, Loretta se apoyó sobre los codos, con la mirada fija en los gritos y en la imagen borrosa del movimiento circundante. Lentamente, fue comprendiendo lo que pasaba. El semental. La pobre bestia luchaba frenéticamente por ponerse en pie. Incluso desde donde ella estaba, se podía ver el extraño ángulo que formaba su pata derecha, completamente rota en dos. Fue como si le hubiesen puesto un pie en el pecho. ¿Había metido la pata en una trampa?

«¡Dios mío, el caballo no!» El sentimiento de culpa le golpeó como un puño gigante. Se sentó a duras penas. A unos cuantos centímetros del animal, Cazador esperaba de pie, con la cara desfigurada y los puños apretados. Su primo se acercó y le ofreció un rifle, pero Cazador rechazó el arma de un manotazo. El bosque guardaba un silencio reverencial, y solo se oían los sonidos del animal, agudos y penetrantes.

Después de un momento, el cuerpo de Cazador se relajó un poco. Utilizando la lengua suave de los comanches, se acercó al enloquecido caballo. Loretta oyó varias veces a los otros hombres murmurar algo en señal de desaprobación, pero no hicieron ningún intento por detenerle. ¿Se había vuelto loco Cazador? El caballo estaba cegado por el dolor, era peligroso. Loretta no podía moverse, no podía pensar en nada más. Los otros comanches tampoco se movían. En realidad, era como si nadie respirase.

—*Pamo* —susurró Cazador—. *Nei Pamo*.

Los gritos del caballo se hicieron más agudos, en un tono como de súplica. Dejó caer la cabeza y pareció concentrarse en su dueño, gimiendo. Cazador se puso de rodillas frente a él.

—Ah, mi buen amigo.

El semental se calmó, gruñendo y rozando la barriga de su dueño. Entró una ráfaga de viento y levantó el largo pelo del hombre y la crin sedosa del caballo. Con la cortina de árboles y mezquites al fondo, formaban una imagen que Loretta sabía se quedaría grabada para siempre en su memoria. Las dos eran criaturas salvajes, de piel bruñida como el ébano.

El comanche bajó la cabeza para besar el hocico del animal, expirando e inspirando. El caballo inhaló, probando, y fue como si dejara de tener miedo. Con un gran estremecimiento, dejó de luchar por ponerse en pie y se dejó caer sobre la grupa.

Loretta no necesitaba entender comanche. El lenguaje corporal del amor era universal. Hombre y bestia estaban unidos de una forma que ella nunca había experimentado, que nunca creyó pudiese existir. El comanche se acercó más a él,

susurrando, a veces sonriendo, como si le hablase de momentos pasados que él y su amigo habían compartido. Le acarició el cuello, el pecho, incluso la pata malherida, pronunciando una especie de encantamiento. El animal confiaba tanto en el comanche que terminó por bajar la cabeza ante él y emitir un suspiro.

Cazador se encorvó y se arrodilló allí durante un buen rato, sin dejar de hablarle suavemente. Después, sin cambiar la voz para no advertir a nadie lo que iba a hacer, dijo.

—*Erth-pa, pa-mo*. Duerme. —Al tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó el cuchillo y lo clavó hasta el fondo en el pecho del semental. El gran animal se retorció, y con un movimiento de cabeza, exhaló su último suspiro.

El bosque se quedó en silencio. Cazador no se movía, no hablaba. Loretta nunca había visto tanto dolor en el rostro de un hombre. Se sentía como si fuera a marearse, deseaba morir. Si hubiera sabido que algo así pasaría, nunca hubiese elegido ese momento para escapar. Y nunca con el caballo de este hombre.

Al fin Cazador levantó los ojos. En la penumbra no podía estar segura, pero creyó ver lágrimas en su cara. Utilizó todas sus fuerzas para levantar la cabeza del caballo de su regazo y la colocó dulcemente en el suelo. Le temblaba la mandíbula al coger el mango del cuchillo y tirar de él para sacarlo del corazón del animal.

Poniéndose en pie, volvió los ojos hacia Loretta. Eran unos ojos casi negros. Con la mano izquierda levantó el arma ensangrentada para que ella pudiera verla.

Sin quitarle los ojos de encima, el comanche utilizó el arma para cortarse el antebrazo derecho, desde el codo hasta la muñeca. Loretta se estremeció al ver que la hoja entraba hasta dentro. Se quedó mirando la sangre, observando cómo caía del brazo de Cazador y enrojecía el suelo. No pudo dejar de pensar que si era capaz de hacerse esto a sí mismo, qué no podría hacerle a ella.

Se le acercó el primo y le puso una mano en el hombro. Cazador se apartó, con la vista aún fija en Loretta. Con el corazón en un puño, ella miró al primo de Cazador. La expresión torcida del hombre parecía solemne. No había duda de que la muerte del caballo le afligía, pero en sus ojos vio algo más... algo que no tenía nada que ver con la tristeza o el pesar. Era satisfacción.

Cuando Loretta volvió a mirar a Cazador, supo por qué su primo parecía satisfecho. Por fin había conseguido hacer que Cazador se enfadara lo suficientemente con ella como para matarla. Y, a juzgar por la calma mortal de su gesto, no sería una muerte rápida.

Capítulo 9

Mientras Cazador se acercaba a su pelo amarillo, distintas emociones se mezclaban en él: dolor, rabia, pesar, pero lo que más le quemaba por dentro era la necesidad de venganza. Había confiado en su promesa, y ella le había mentido. Todos los *tosi tivo* eran iguales, escupían palabras de miel y ninguna de ellas quedaba escrita en sus corazones. Su hermoso *Humo* había pagado por ello.

A lo largo de los años, los *tosi tivo* se habían llevado a muchos de sus seres queridos: su hermano Búfalo Corredor, por quien Cazador llevaba una cicatriz en la palma derecha; su hermana Lluvia, por quien tenía otra cicatriz en la palma izquierda; y su amada esposa, por quien se había marcado la cara. Se habían llevado a otros en el poblado, amigos, parientes, niños. Ahora, incluso a su querido caballo *Humo*.

La chica se echó hacia atrás cuando él se acercó a cogerle el brazo. No podía sentir sino desprecio hacia ella. Todo en ella era una ofensa, el olor a flores, su pelo dorado, sus grandes ojos azules, su piel rosada y lisa, sus ridículos pololos. Incluso el contacto de su muñeca le hacía apretar los dientes. *Hoos-cho-Soh-nips*, Huesos de Pájaro, así la llamaría.

Tiró de ella para ponerla en pie y la empujó contra su pecho con tanta fuerza que hizo que se tambalara. Sabía que los otros hombres lo miraban, que esperaban ver el castigo que iba a imponerle. Si Cazador era demasiado blando con ella, dejarían de respetarle. Pero tendría que ser así. Al menos por ahora. Si la castigaba cuando tenía el corazón tan dolido, podría llegar a matarla.

El camino de vuelta al campamento se le hizo interminable a Loretta. Cazador cabalgó en silencio, con un brazo sujetando firmemente su cintura y la otra mano cerrada en un puño en la crin del ruano. Ella trató de imaginar cuál sería el destino que le tenía reservado.

El terror le resbalaba por la espalda como agua helada. Empezó a estremecerse, y después a temblar. Cuando había contemplado la muerte como forma de escape, había esperado algo rápido. Se había dado cuenta tarde de que Cazador no hacía nada a la desesperada.

Cuando llegaron al campamento, condujo al caballo hasta el roble en el que ella había estado sentada todo el día. Después de desmontar, la bajó a rastras y tiró de ella para mantenerla a su lado mientras sacaba rápidamente unas estacas y tiras de cuero que tenía en una bolsa. Agarrándola del brazo, rodearon el campamento hasta encontrar una roca. Su próximo destino era la tarima que hacía de cama. Con un gruñido, dio una patada para apartar lo que había empezado a considerar como su piel de búfalo. Después, la hizo caer sobre la otra piel.

Loretta se puso a cuatro patas. Con miedo a moverse o a respirar, le observó mientras cogía la primera estaca. Él levantó los ojos hacia ella, como si fuera a

fulminarla. Cuando se movió para ir a coger otra estaca, estuvo a punto de salir huyendo.

Entonces vio que los indios la rodeaban. Todos la miraban, con unos rostros oscuros que no escondían la rabia que sentían hacia ella. El primo de Cazador estaba solo a unos metros de ella. Solo él sonreía. Sabía que él y los otros esperaban para verla morir. Si trataba de escapar, no podría moverse ni dos metros.

Cuando Cazador hubo colocado la última estaca, se levantó y dijo.

—Te pondrás mirando al cielo. Te lo advierto, mujer, no luches conmigo. Si lo haces, te aseguro que te mataré. Es una promesa que te hago, y no tus palabras de miel *tosì tivo*.

Loretta pensó que iba a matarla de todas formas, pero no creyó que fuera el momento de ponerse a discutir por eso. Era una mujer contra sesenta hombres. Ya no le quedaba ni más coraje ni más plegarias. El miedo le ancló las manos y las rodillas a la piel de búfalo. Necesitó de toda su voluntad para moverse. Los brazos le temblaron cuando trató de tumbarse. Poniendo la espalda en el suelo, apretó los dientes y cerró los ojos.

Cazador le cogió la muñeca izquierda y se la ató con crueldad a la estaca. «Su madre.» Trató de poner la mente en blanco. Apenas se dio cuenta de que Cazador le ataba la otra muñeca y le estiraba las piernas para asegurarle los tobillos. Cuando hubo terminado, sintió su rodilla detrás de ella. Levantando las pestañas, vio que había sacado el cuchillo. Se inclinó hacia ella y lentamente acercó la hoja manchada de sangre a su cara.

Iba a cortarle la lengua. Un sabor metálico cubrió el techo de su boca y le secó el paladar. La rabia chisporroteaba en sus ojos azul índigo, brillante y brutal. El borde afilado de su cuchillo le rozó el cuello.

—Hiciste una mentira de tu promesa, Ojos Azules. Te dije lo que haría. Creías que volaba como el viento, ¿verdad? —Sus dientes blancos brillaron en una mueca—. Los cuervos serán unos pájaros muy felices y volarán lejos con tu lengua para que nunca más vuelvas a poner mi corazón sobre la tierra. Esto será bueno, ¿no? Lo haremos, ¿eh? ¿Cuando la luna enseñe su cara? No te vayas. Espera aquí a este comanche.

Enfundó el cuchillo y se alejó de ella. Loretta giró la cabeza y vio que los otros hombres seguían allí de pie: observando, esperando. Oyó a Cazador hablar junto al roble, y oyó que alguien le respondía. Después oyó un sonido de cascos que hacía retumbar la tierra, y se dio cuenta de que su captor se iba cabalgando en el ruano. Los otros indios juntaron sus caballos y se dispersaron, bastante desilusionados de que el entretenimiento hubiera acabado.

Cuando el último de ellos se hubo ido, Loretta miró fijamente al cielo cada vez más oscuro. La luna enseñaría su cara pronto. ¿Cuánto tiempo retrasaría Cazador su tortura? ¿Una hora? ¿Dos? Debería estar rezando, pero que Dios la perdonase, no podía encontrar las palabras. Imágenes de Amy y tía Rachel pasaron por su cabeza,

los buenos y los malos momentos que habían compartido. Tío Henry no parecía tan terrible ahora. Movi6 las muñecas para ver si podía librarse de las cuerdas. El grueso cuero le cort6 la piel pero no cedi6 ni un cent6metro.

El tiempo pasaba, aunque no ten6a ni idea de en qu6 medida. Se hizo tan oscuro que un aura de rojo dorado cubri6 las hogueras. Cazador volver6a pronto. «Reza, s6 fuerte, haz las paces con Dios.»

Cazador no volv6a.

Loretta no estaba segura de cu6ndo ocurri6, pero poco a poco el miedo que sent6a se centr6 menos en lo que Cazador pudiera hacerle y m6s en lo que podr6a ocurrirle antes de que volviese. Serpientes, osos, lobos, pumas. Quer6a morir... pero, por favor, Dios, no como cena de cualquier animal. Ni tampoco lentamente, por el veneno de una serpiente.

La oscuridad... ¿por qu6 no se hab6a dado cuenta antes de lo oscuras que eran las noches? Algo cruji6 en el bosque. Estir6 el cuello. Las sombras se movieron. ¿Un animal? ¿O hab6a sido solo el viento? Se revolvi6 para librarse del cuero, ajena por completo al dolor que las tiras produc6an en su piel. Ten6a la cara cubierta de sudor. Oy6 algo desliz6ndose por la hierba. ¿Una serpiente? Concentr6 la vista en el campamento, tratando de encontrar a Cazador. ¿Por qu6 no hab6a vuelto todav6a?

Entonces le sobrevino una necesidad desquiciante de re6irse. ¡Claro! Hab6a elegido la peor tortura posible... La espera. Sola en la oscuridad, en espera de la muerte, o bien a manos de 6l o a manos de alguna otra bestia. Para cuando volviese, ella ya habr6a muerto miles de veces en su cabeza.

La luz de la luna se reflejaba en el r6o, formando remolinos plateados, convirtiendo la superficie intocable del agua en una capa negra brillante. El viento de la noche susurraba con tanta tristeza como las almas perdidas en busca de consuelo. Como la de Cazador.

Le dol6an las manos de haber ido a buscar rocas para la tumba de *Humo*. Dobl6 los dedos y apoy6 los brazos cruzados sobre las rodillas. Suspir6 y mantuvo los ojos cerrados para que sus pensamientos pudieran recorrer el camino de la memoria, para que pudieran volver a *Humo*, a los momentos que hab6an compartido durante todos estos a6os. Era doloroso recordar, pero sab6a que el dolor le cortar6a en lo m6s hondo y dejar6a una herida que empezar6a a curar pronto. Un hombre no podr6a huir del dolor. De todos modos, siempre terminaba por alcanzarlos. Era mejor enfrentarse a 6l ahora.

Los m6sculos de la garganta se le tensaron. Como le hab6a ocurrido otras muchas veces en la vida, el dolor ten6a que ir siempre detr6s de las responsabilidades, como una mujer detr6s de su marido. Solo podr6a llorar a *Humo* durante unos pocos minutos. La mujer de pelo amarillo esperaba, y Cazador ten6a que volver al campamento.

Miró la oscuridad de las parpadeantes sombras. Por encima de la copa de los árboles que había al otro lado del río, el cielo estrellado se extendía hacia el infinito. ¡Cómo le hubiese gustado estar en casa, donde las praderas se extendían hacia donde la vista no alcanzaba, donde el viento suspiraba en las gargantas de los ríos, dulce con el olor a hierba y a mezquite! ¡Ojalá sus amigos no hubiesen visto a la mujer muda de pelo amarillo y hubiesen venido hasta él a decírselo!

Loretta oyó algo. Un crujido. Pegó la barbilla al pecho y escudriñó la oscuridad, con el corazón a mil por hora. Una sombra negra se movió. Sabía que esta vez no era su imaginación. Tiró frenética de las tiras de cuero que ataban sus manos. Entonces la sombra se movió entre ella y las luces parpadeantes de los campamentos, convirtiéndose en la silueta de un hombre, un hombre alto que se movía con ágil fortaleza. Se sintió débil y aliviada.

Reunió leña para hacer una hoguera y se puso a encender la yesca con un molinillo de hacer fuego. Era un proceso largo y tedioso. A la luz de la luna, ella podía ver el constante juego que hacían los músculos de su espalda al mover atrás y adelante el torso. Por fin, la fricción consiguió sacar chispas, la yesca empezó a arder y los trozos de madera se encendieron en unas llamas amarillas que brillaron en la oscuridad. Loretta hubiese deseado estar más cerca del fuego.

Cazador se limpió las palmas de las manos en los pantalones y se giró para mirarla a conciencia. Ella tenía tanto miedo que se quedó sin respiración.

La luz del fuego se proyectaba sobre él y dibujaba su silueta en la oscuridad. Parecía más la escultura de un artista que un hombre de carne y hueso, con el pecho y los brazos bruñidos como el cobre, los pantalones y los mocasines dorados. El parpadeo de las sombras bailaba en su rostro y oscurecía sus facciones.

Se acercó a ella con la gracia de una pantera, los pies pisando apenas la tierra. Sacó el cuchillo de la funda y Loretta dio un respingo. Cuando se arrodilló junto a ella, tiró de las cuerdas hacia un lado. Sus ojos azul oscuro se encontraron con los de ella.

Sin darle ninguna explicación, se inclinó y le cortó las ataduras de cuero que dañaban sus muñecas. Después, con la misma precisión, rajó las cuerdas que aseguraban sus pies y guardó el cuchillo, sin decir una palabra, sin mirarla otra vez. Incapaz de creer que no fuera a hacerle algo terrible, Loretta se sentó lentamente y se frotó las muñecas, sin dejar de mirarlo. Él caminó hacia las bolsas de piel y buscó algo en ellas. Cuando volvió, le tiró un trozo de carne salada en el regazo y guardó otro para él.

Con la carne en la mano, dejó caer la cabeza y trató de contener las lágrimas. Era consciente de su presencia cuando se puso de cuclillas junto al fuego. El aire de la noche pellizcaba su enfebrecida piel, pero no se atrevía a sentarse con él junto al fuego para buscar calor. Cazador partió un trozo de carne con los dientes y empezó a

masticar. Al menos sabía que la carne no estaba envenenada. No tenía ni idea de qué tipo de carne sería.

Las tripas le rugieron al pensar en comida. Parecía una eternidad desde la última vez que había comido. Abrió la mano y estudió la carne. Se parecía mucho al venado seco que comían en casa. Se le hacía la boca agua. Cazador tenía la vista fija en el fuego, ignorándola o pretendiendo que lo hacía. Mordió un pedazo. Un delicioso sabor a ahumado le llenó la boca mientras palpaba las duras fibras con la lengua. Lo miró y creyó ver una especie de sonrisa en su cara, pero cuando volvió a mirarlo su expresión volvía a ser tan seria como siempre, y solo los músculos de la mandíbula se le movían al masticar.

Loretta mordió otro pedazo. Esta vez más grande. La carne estaba buenísima. No podía tragársela todo lo rápido que hubiese querido. Le volvió a rugir el estómago, tan alto que Cazador tuvo que mirarla. Ella apartó la cara y dejó de masticar, arrepentida de dejar que él viera que estaba disfrutando de algo que le había dado él. En cuanto dejó de mirarla, se comió de un bocado la carne que le quedaba.

Terminada su porción, Cazador cogió la piel de búfalo de donde la había tirado antes y se estiró boca arriba junto a ella. Con un chasquido de dedos, señaló al espacio que había junto a él. Loretta se enroscó de lado, tan cerca del borde de la tarima como pudo. Entonces dio un respingo al notar que le pasaba la mano por el pelo. Al descubrir que acababa de enrollarse en la muñeca uno de sus mechones, se sintió frustrada y furiosa de impotencia.

Se sentía la persona más miserable del mundo, allí enroscada, abrazada a sí misma, muerta de frío. El orgullo y el miedo le impedían buscar cobijo bajo la piel de búfalo. Él suspiró y bostezó, cubriéndole con una esquina de la manta de piel. ¿Lo hizo accidentalmente o a propósito? No podía estar segura.

El calor que irradiaba su cuerpo empezó inmediatamente a calentarle la espalda. Loretta luchó contra el deseo de acercarse más a él y se abrazó más fuerte. En realidad no hacía tanto frío esa noche. Solo se sentía así por las quemaduras. Ah, pero estaba helada. Tan helada que iba a marearse: caliente en el interior, con escalofríos en el exterior. Cuando cerró los ojos, la cabeza le dio vueltas. Ojalá Cazador echase más leña al fuego.

Los segundos pasaron y se convirtieron en minutos, y Loretta seguía tiritando echa un ovillo. El comanche seguía tumbado, inmóvil, junto a ella. El calor que desprendía su cuerpo era como una llamada para ella. Aguzó el oído, tratando de averiguar por el ritmo de su respiración si aún estaba despierto.

Sería una locura acercarse a él si no estaba dormido. Si lo estaba, no se daría cuenta, ¿verdad? Y ella podría entrar en calor y dejar de tiritar. Tenía que estar dormido. Nadie podía estarse tan quieto si no fuera así.

Movió el trasero solo un poco y contuvo la respiración. Él no se movió. Al principio se quedó allí escuchando, esperando. Nada. Se movió otro centímetro. Él seguía inmóvil. Loretta se relajó un poco y con cuidado de no tocarle, se acercó más a

él. En unos minutos entraría en calor y podría descansar un poco, y él ni siquiera se habría enterado.

Sin avisar, Cazador se dio media vuelta. Dejó caer su pesado brazo sobre ella, extendiendo la mano por la parte baja de su pecho. Con una naturalidad que la asustó, ajustó su cuerpo al de ella y le hizo rozar el muslo quemado con la piel de búfalo. El contacto de su pecho contra su espalda era tan cálido como el fuego. Él dobló las rodillas de manera que sus muslos acunaran los de ella. Por unos segundos, Loretta contuvo el aliento, sin saber muy bien qué esperar, dispuesta a lo peor.

Él pegó la nariz a su pelo, y su aliento cálido le acarició la cabeza. ¿Estaba dormido? Se quedó mirando al fuego, con los nervios a flor de piel cada vez que él respiraba, cada vez que sus dedos se doblaban.

Pero poco a poco el calor de su cuerpo fue templando el de ella. Loretta sentía los párpados cada vez más pesados. El viento susurraba entre la copa de los árboles en lo que parecía ahora un sonido tranquilizador, y no amenazante. Las sombras que le habían aterrorizado antes se convirtieron precisamente en eso, en sombras.

Oyó una rama que crujía en la oscuridad. Seguramente, algún animal. No le importaba. Lobo, oso, coyote o puma. Cazador el terrible estaba junto a ella. Nada se atrevería a desafiarlo.

Entonces sus pensamientos se volvieron borrosos. Una gran tristeza la invadió al pensar en el caballo. Se relajó y se apoyó contra el cuerpo de su captor. Un manto negro de agotamiento la cubrió.

Loretta oyó el zumbido de una mosca en su cara. Reconoció débilmente el sonido, consciente de que había llegado el día y de que el comanche dormía junto a ella. En otra parte de su mente, esa oscura parte en la que las pesadillas campaban a sus anchas, el zumbido se magnificó y la transportó a otro lugar en el tiempo, a otra mañana bochornosa, al zumbido fuerte de otras moscas, al horror.

Estaba en el refugio antitormentas...

Todo estaba extrañamente silencioso. Las vacas no mugían. Las gallinas no cacareaban. Los cerdos no gruñían. Solo se oía el pesado silencio, y el zumbido incesante de las moscas. Tal vez por eso sonaban tan alto, porque no había ningún otro ruido para hacerles la competencia. Algo era seguro, los comanches se habían ido. Habían cesado los gritos de júbilo, las risas. A papá no le importaría si salía ahora, ¿verdad? Incluso aunque no hubiese vuelto a por ella como le prometió.

Loretta empujó la trampilla de madera con la palma de la mano. Las bisagras rechinaron y el sol le dio directamente en la cara, con una luz cegadora. Se tambaleó al subir las escaleras y salir al jardín. Se había levantado viento y se había llevado algunas telas azules que descansaban ahora en el suelo a unos metros de distancia. Loretta no les prestó atención.

En vez de eso caminó hacia la casa. Subió al porche, cruzó la puerta y entró en la

cocina. Tenía la planta de los zapatos caliente, pero tampoco prestó atención a esto. Se había pasado la hora de hacer las tareas de casa. No había ordeñado todavía, no había dado de comer ni a los cerdos ni a las gallinas. Papá se sentiría muy molesto si se levantaba y la veía holgazaneando.

Porque se despertaría. En breve. Él y mamá, los dos. Ella reanudaría sus tareas como de costumbre. Y se despertarían muy pronto. Claro que lo harían.

El asa del cubo de leche levantó ampollas en la mano de Loretta al sacarlo de la cocina y cruzar con él el jardín hasta el establo. Al principio no se dio cuenta por lo inmersa que estaba en sus propios pensamientos. Finalmente, sin embargo, el dolor empezó a abrirse paso en los bordes de su memoria, devolviéndola a la realidad. Entonces oyó a las moscas. El zumbido era tan fuerte que le hizo aminorar la marcha y girarse. Las moscas. Un enjambre de ellas rodeaba su cuerpo, posándose en ella, mordiendo la ropa de su vestido, tocando cada parte de su piel que no estaba cubierta.

A unos tres metros de ella, la tela azul seguía ondeando al viento, llamándola. Desconcertada, forzó la vista en dirección a la casa... para descubrir que solo quedaban las cenizas. El humo se elevaba al cielo desde las débiles brasas que aún quedaban por el suelo.

Loretta percibió un olor horrible y supo de dónde provenía. No miraría a la tela azul. Mantendría los ojos en el cielo, despreciando todo lo demás. Si lo deseaba con todas sus fuerzas, desaparecería. ¡Tendría que desaparecer! Mamá decía que cualquier cosa podía hacerse realidad si alguien lo deseaba con la suficiente fuerza. Y Loretta estaba haciéndolo como nunca antes. Tenía que ser así. Porque si no todo sería real. Y sus padres habrían, habrían...

A pesar de haberse propuesto no mirar, Loretta bajó los ojos a la tela azul. El suelo pareció moverse. Se quedó sin respiración. No. Esto fue lo que intentó gritar. ¡No!

Loretta se despertó de un sobresalto y se puso las manos en los oídos. Moscas. Durante varios segundos se quedó atrapada en ese desconcertante limbo entre la realidad y los sueños. Después sintió una mano callosa bajo el pecho, y unos dedos que le acariciaban. El comanche. El sueño y la realidad se mezclaron. Las moscas, los indios, la sangre. No podía respirar. Trató de sentarse, trató de retirar la mano de su cuerpo, pero la tenía metida por debajo de su camisa. Y aún le tenía agarrado el pelo. Jadeando, trató de soltarse.

—Fuiste al lugar de los sueños, ¿verdad? —Apretó los dedos, enrollándolos como cálidas cintas alrededor de sus brazos. Tenía los ojos clavados en ella, interrogándola, leyéndola. Ella trató de mirar para otro lado, pero no pudo—. Un lugar malo, ¿no?

Loretta sintió que el cuello se le ponía rígido. No podía asentir, no quería hacerlo. Él sentía curiosidad por lo que había soñado, pero incluso aunque hubiese podido hablar, no se lo hubiese dicho. Ni lo habría intentado.

Por fin, él dejó caer las manos y miró al cielo.

—*Nei te-bitze utsa-e-tah*, estoy bastante seguro de que tengo hambre. Daremos un paseo para lavar el sueño de nuestra cara, ¿de acuerdo? Después cogeré carne para poner en nuestro fuego.

Se puso en pie. No quería que la tocara, así que hizo un esfuerzo para levantarse antes de que él le ofreciese la mano. El esfuerzo fue en vano. En cuanto ella se puso en pie, él la cogió del codo y tiró de ella para que caminaran juntos. Al pasar por el círculo principal de campamentos, Cazador gritó algo. Varios de los otros hombres levantaron la vista y le contestaron en comanche.

Sin aflojar la mano con la que le cogía el brazo, Cazador la condujo al río.

—Mi primo ha cazado esta mañana. Hay carne fresca. Tienes hambre, ¿verdad?

Lo cierto era que no, pero ella asintió, por miedo a enfadarle. Asustada aún por la pesadilla, el peso de su mano sobre su brazo le resultó vomitivo. Cabía la posibilidad de que hubiese estado presente el día en el que su madre fue asesinada. Tenía una cara inolvidable, pero su conmoción aquel día fue tan grande que podía muy bien haberle olvidado.

Pensó que debía de tener poco más de treinta años, edad suficiente como para haber estado en el asalto y tal vez en cientos antes de ese. Los niños comanches se hacían guerreros muy pronto, algunos participaban en esos baños de sangre cuando no eran mayores que Amy.

Le pitaban los oídos. El mundo que les rodeaba parecía extrañamente luminoso. Se sentía a disgusto consigo misma por estar siguiéndole tan dócilmente. Mientras caminaban, podía sentir las piedras y las ortigas que le pinchaban la planta de los pies. Perdió el equilibrio una vez, cuando trataba de saltar sobre una pierna para quitarse una espina que se le había clavado en el pie. No esperaba que él se detuviera, pero lo hizo. Después de sacarse la espina, siguieron andando, pero esta vez parecía como si él estuviera eligiendo con más cuidado el camino.

Cuando llegaron al río, él giró hacia la izquierda.

—*To-hobt Pah-e-hona*, río Agua Azul. Vosotros lo llamáis Brazos, ¿no es así? — Señaló hacia delante—. *Pah-gat-su*, corriente arriba —le puso un dedo en el hombro—, *Te-naw*, corriente abajo. Escucharás bien, Ojos Azules, y aprenderás. El habla *tosi tivo* es como tierra en mi boca.

El tono que utilizó hizo a Loretta perder el equilibrio. ¿Tierra en su boca? Si tanto odiaba a los blancos, ¿por qué demonios se la había llevado? Corriente arriba, corriente abajo, no podría recordar esas palabras. No quería hacerlo. Era la lengua de los asesinos. Todo lo que quería era verse libre de toda esa sucia banda.

Otra piedra se le clavó en el pie y la hizo estremecerse de dolor, perdiendo el equilibrio. Él le soltó el codo y la cogió en brazos. Fue tan inesperado que si hubiese podido gritar, lo hubiese hecho. Sus ojos se encontraron: los de él, burlones y los suyos, sorprendidos.

Aunque él cargaba con todo el peso, la posición la obligaba a cogerle del cuello si

no quería romperse la espalda. Él se quedó de pie allí, mirándola y esperando. Se le puso la boca seca. Hubiese preferido que la cogiese a hombros como otras veces y que acabase de una vez. Ir cogida como un saco de grano no era muy digno, pero al menos no tenía que rodearle el cuello con los brazos.

Ese brillo de determinación en sus ojos, que ella empezaba a conocer tan bien, crepitó en sus ojos. Entonces le dio un pequeño empujón, lo justo para que se decidiera. De manera instintiva puso los brazos alrededor de su cuello. Él apretó los labios con satisfacción, dibujando una sonrisa que decía claramente que como siempre, él tenía la última palabra. Empezó a caminar de nuevo.

Los músculos de su cuello se ondulaban bajo sus dedos y su piel era tan cálida y suave como el ante más fino. Su pelo, sedoso y fuerte, le rozaba los nudillos. Bajo la muñeca, podía sentir la postilla del hombro, resquicio de la bala de tía Rachel. Al recordar la herida que se había provocado en el brazo la noche anterior, se preguntó cuántas otras cicatrices tendría. Era extraño, pero cuanto más tiempo pasaba a su lado, menos apreciaba la cicatriz de su cara. La suya era de esas caras a las que las imperfecciones le iban bien. Una cara esculpida, con una piel curtida en un moreno de ébano, tan resistente como los abruptos barrancos y las interminables praderas de la tierra en la que se crió.

La llevó hasta un espacio de piedras planas al lado del río, y la puso con suavidad en el suelo. Se estiraron uno al lado del otro en el lecho de piedras. Loretta se lavó la cara y disfrutó del frescor del agua sobre su piel quemada. Determinada a ignorar la proximidad del comanche y dispuesta a aprovechar las pocas concesiones que le hacía, se echó hacia delante en la roca. Bajó la cabeza y trató de quitarse con los dedos las ramas y la suciedad que había cogido al caerse del caballo. Después de sacudir el agua de sus largas trenzas lo mejor que pudo, suspiró y metió la palma de la mano en la corriente, para beber un sorbo. Al bajar las manos, se fijó en el reflejo de su rostro en el agua, pálido y dorado en contraste con el hombre bronceado y moreno que tenía al lado. Al verse así, junto a él, de esta manera, pensó que toda la pesadilla que estaba viviendo cobraba aún más fuerza.

Se giró para mirarle, y en ese mismo instante él la miró a ella. Durante unos segundos, se quedaron sencillamente así, observándose.

—Incluso el agua canta nuestra canción. —Suspiró y se puso de rodillas para ver mejor la imagen que proyectaban en el agua.

Loretta se puso de pie, demasiado incómoda como para poder dar una explicación a las cosas. Sus canciones y sus dioses no tenían nada que ver con ella. Él se levantó de un salto, y una vez más Loretta tuvo que sufrir la mano en su brazo mientras caminaban de vuelta al campamento.

El primo de Cazador estaba en cuclillas junto al fuego desollando un conejo. Con cautela, Loretta fue a sentarse en la que por ahora era su cama. Fingiendo indiferencia, se puso a desenredar los nudos de su pelo. Cazador se unió al otro hombre y los dos empezaron a hablar en comanche mientras terminaban de preparar

la carne y la clavaban en el asador. Después de reducir un poco las llamas del fuego, clavaron el asador en el suelo, en forma de ángulo para que el conejo quedase suspendido sobre las llamas y se asase lentamente.

Cuando terminaron de colocar la carne, los dos hombres se volvieron para mirarla. Por su tono de voz, se diría que estaban discutiendo. Ella siguió peinándose con los dedos y desenredándose los mechones mojados, deseando poder entender lo que estaban diciendo y rezando para que sus manos temblorosas no la delatasen.

Un reguero de agua le cayó por la nuca hasta la espalda, tan frío como sus pensamientos. Después de desatarla la noche anterior, Cazador no había retirado las estacas. ¿Planeaba volver a atarla? Escondiéndose detrás de la cortina que formaba su pelo suelto, echó una mirada rápida hacia él. La estaba mirando. Su primo dejó caer las manos, golpeó el suelo y se alejó de allí a grandes zancadas.

El silencio que siguió le puso los nervios de punta. Sintió una sombra a su lado y supo que Cazador se había acercado. Después de unos segundos interminables, se atrevió a levantar la cabeza. No pudo ver ni un rastro de enfado en su cara. De hecho, parecía divertido. Se agachó frente a ella, analizándola con sus ojos azul índigo.

Loretta no sabía qué pensar, así que se quedó con la vista fija en el medallón de piedra. Él tocó uno de sus mechones rizados, aún húmedos, y lo frotó entre sus dedos para probar su textura. Después le levantó la barbilla. Le puso el pulgar y los demás dedos a ambos lados de la boca, acariciándole los labios. Cuando ella levantó los ojos se encontró con su mirada. No dijo una palabra. Se limitó a mirarla con curiosidad, con una expresión de seriedad esta vez.

El olor dulce y penetrante del conejo asado llegó hasta ellos. Loretta trató de apartarse, asqueada. Como si tuviese una pluma en los dedos, él le rozó el labio superior, con la cara tan cerca de la de ella que sus respiraciones se entremezclaron, la suya, rápida y entrecortada, la de él lenta y comedida.

Por muy difícil que le resultara admitirlo, Loretta sabía que con unos días más como cautiva de Cazador, se olvidaría de todo lo demás y solo pensaría en sobrevivir. Casi podía verse a sí misma, corriendo para hacer lo que le pedía, sufriendo sus caricias sin rechistar y arrastrándose para obtener su perdón cuando se enfadase. Si dejaba que esto ocurriese, ¿cómo podría volver a mirar a la cara a su gente si alguna vez conseguía escapar?

O peor aún, ¿cómo podría mirarse a sí misma?

Como si adivinase lo que estaba pensando, vio una expresión de burla en la cara del comanche. Se echó hacia atrás sobre sus talones y bajó los ojos para deleitarse en su cuerpo, con una lentitud insolente que ruborizó a Loretta.

No era más que una posesión para él, algo para lo que se creía en su derecho de acariciar y mirar, como si fuera una baratija que hubiese comprado. ¿Cuándo se cansaría de mirar solo? Sus quemaduras estaban mejor, y la fiebre casi había desaparecido. Si se había contenido porque estaba enferma, el tiempo se le estaba acabando.

Después de un momento, se puso en pie, le hizo una señal con el dedo y dijo:

—*Keemah*.

Loretta empezó a levantarse y entonces se dio cuenta. Se le formó un nudo en la garganta. Si le obedecía con tanta facilidad ahora, se encontraría haciéndolo aún más diligentemente la próxima vez, y muy pronto corretearía detrás de él como si fuera su esclava. ¿Era esto lo que quería, sobrevivir a cualquier precio? No.

La negación tomó forma justo antes de sentir que le clavaba la mano en el brazo izquierdo. Al instante siguiente notó que tiraban de ella para levantarla. Se tambaleó y echó la cabeza hacia atrás, mirándole. Como respuesta, él la atrajo hacia sí.

—No pongas a prueba mi paciencia, Ojos Azules. Mi caballo está muerto por tu culpa. No es demasiado tarde para castigarte, ¿eh? *Keemah*, ven. Conoces la palabra.

Su voz la rodeó como una soga, gruesa e implacable. Pronunciaba las palabras con tanta lentitud y claridad que se sentía como un perro al que estuviesen enseñando a obedecer. Cuando él se dio la vuelta y trató de tirar de ella hacia el lugar donde tenía apiladas sus pertenencias, ella clavó los talones en el suelo. Con una fuerza inimaginable, él consiguió moverla apenas sin esfuerzo. No había forma de hacer que le quitara los dedos del brazo, por mucho que lo intentara.

Cuando llegaron a las bolsas de cuero, la soltó y rebuscó entre sus pertenencias hasta encontrar una talega. Después de aflojar el cordel que la cerraba, le cogió la mano y le vertió un puñado de frutos secos. Por un instante, Loretta se sintió avergonzada por haberle causado tantos problemas cuando lo único que él quería era darle de comer. Sin embargo, este sentimiento duró poco.

Por mucha hambre que tuviese, tenía pocas opciones, y conformarse no era una de ellas. Tenía pocas vías de escape. Preparada para su reacción, volteó la mano y tiró la comida al suelo. Él podía obligarle a hacer muchas cosas, pero no podría conseguir que comiese.

Capítulo 10

Para cuando el conejo estuvo listo, Cazador estaba muy confuso por cómo debía manejar a su prisionera y tenía serias dudas de que hubiese sido acertado no castigarla la noche anterior. Había tirado la comida al suelo. Al ofrecerle agua, la había apartado de un manotazo. Antes o después se vería obligado a castigarla.

Cuando Búfalo Rojo y dos de sus amigos se acercaron tranquilamente al fuego para coger la porción de carne que Búfalo Rojo había cazado, Cazador echó una mirada a la chica, con la esperanza de que tuviera la prudencia de comportarse.

Búfalo Rojo sonrió al arrodillarse junto al fuego. O se había olvidado de la discusión que habían tenido sobre la chica o estaba preparándose para otro asalto.

—Huele bien, Cazador —dijo Búfalo Rojo—. ¿Quién necesita una mujer, eh?

—Lo único que hacen las mujeres es fastidiar. —Fabricante de Flechas, uno de los amigos de Búfalo Rojo, se inclinó para coger un trozo de la pata del conejo. Tan delgado como las armas que pulía, Fabricante de Flechas apenas proyectaba una sombra cuando se ponía de lado y tenía más necesidades de una mujer que cualquiera de los otros valientes que Cazador conocía—. Prefiero circular por los tipis. ¿Para qué atar una cuerda y ver a la misma arpía cada noche?

—Solo ten cuidado de que ningún marido celoso te descubra. —Cazador quitó el conejo del asador, sacudiendo la mano cuando la carne caliente le quemó los dedos—. Me gusta pensar que tengo una mujer en mi hogar. Los inviernos pueden ser muy largos sin alguien que caliente tu piel de búfalo.

Búfalo Rojo examinó a la pelo amarillo.

—Si es por eso por lo que la quieres, entonces eres un estúpido. Las mujeres blancas se acuestan a tu lado como un bloque de piedra.

Cazador colocó la carne carbonizada en un trozo de cuero. Con la mirada puesta en la mujer de pelo amarillo, se encogió de hombros.

—Incluso la piedra puede ser trabajada para que sirva a las necesidades de un hombre. Quizá con un buen profesor, termine por ser pasable.

Búfalo Rojo escupió en el fuego y dirigió una mirada provocativa a la mujer.

—Eres demasiado blando con ella. Lo que necesita es mano firme. Déjamela unos días. Yo la enseñaré.

Poniéndose en pie, Búfalo Rojo empezó a caminar hacia el jergón. Aunque Cazador se quedó junto a la carne, era consciente del miedo de la muchacha. Búfalo Rojo la cogió por el pelo y le obligó a bajar la cabeza.

Le dijo en inglés:

—¿Lo pasaremos bien juntos, eh, mujer? —Con una risa baja, le puso la mano en el pecho, sobándose con crueldad por encima de la camisa de Cazador—. ¿Mientras te enseñó cómo jugar nuestros juegos?

Aún en cuclillas, Cazador se giró sobre sus talones, con el cuchillo en una mano. Si alguien iba a tratar mal a la chica, ese sería él.

—Déjala.

—¿Que la deje? —le dio un tirón del pelo—. Primo, ¿no estarás pensando en retarme por una apestosa pelo amarillo?

Los ojos de la chica se abrieron tanto que parecía que iban a salirse de la cara. Estaba sentada, con los hombros caídos y los brazos cubriendo sus pechos para protegerse. Había torcido el cuello para que el tirón de Búfalo Rojo no le hiciese más daño.

—Si quieres una pelo amarillo para jugar, Búfalo Rojo, ve y roba una. Esta me pertenece.

Los ojos de Búfalo Rojo se fijaron en el cuchillo que Cazador tenía en la mano.

—¿Estás buscando pelea? Siempre lo hemos compartido todo.

—Nuestras mujeres, no.

—Ella es una esclava, no una mujer.

—La mujer de la profecía.

—¡Ai-ee! —Ishatay, Boñiga de Coyote, se levantó del fuego y se puso entre los dos primos—. ¿Acaso habéis estado bebiendo del agua de la estupidez? Déjala en paz, Búfalo Rojo. No merece la pena.

Cuando Búfalo Rojo soltó a la chica, le dio un empujón que la hizo rodar por el suelo. Cazador fijó la mirada en su cara y vio las lágrimas que nublaban sus ojos, lágrimas involuntarias, estaba seguro de ello, por el tirón tan perverso de pelo que había sufrido. De otra forma, era demasiado orgullosa para llorar por tan poco. Cazador sintió un nudo en el estómago.

Búfalo Rojo gruñó mientras volvía hacia el fuego:

—Ponme mi comida. Quiero salir de aquí. La peste me pone enfermo.

Al recordar cómo Búfalo Rojo había tocado el pecho de la mujer, Cazador empezó a temblar. La reacción le resultó tan inexplicable que no podía concentrarse en otra cosa que no fuera en desenfundar el cuchillo y coger un trozo de conejo.

—Coge tu parte y vete a comer a otro lado.

—¿La eliges a ella en vez de a mí?

Sin hacer caso a la pregunta, Cazador caminó hasta el jergón para dar a la chica su ración. En el momento en que extendió la mano hacia ella, lo golpeó con el brazo y tiró por el suelo el trozo humeante de conejo. El sonido que hizo al caer pareció resonar en el suelo. Cazador se quedó mirando la carne, y después miró a la chica, sin poder creer lo que veía.

—Si no la castigas por esto, ¡lo haré yo! —gruñó Búfalo Rojo.

Cazador oyó que su primo se dirigía hacia ellos. La chica se encogió, con los ojos muy abiertos al ver la mano de Búfalo Rojo cerca de su brazo. Cazador cogió a su primo de la muñeca.

—Es mi mujer. Yo me encargo.

—¿Como hiciste anoche?

Cazador estaba a punto de perder la paciencia. Tiró de Búfalo Rojo para hacerle perder el equilibrio y lo amenazó acercándole el puño a la cara.

—¡He dicho que yo me encargo!

Búfalo Rojo se encogió de hombros y dio un paso atrás.

—Es mi carne la que ha tirado al suelo.

—Y ella es mi mujer. Por consiguiente, me corresponde a mí enseñarle. No a ti.

Cazador cogió a la chica por la muñeca y tiró de ella para ponerla en pie. Se dirigió hacia un tronco que había allí cerca, y la obligó de un empujón a ir con él. Ella le impidió el paso y trató de abrirle los dedos con los que le sujetaba el brazo. Cazador le dio otro empujón, poco dispuesto a aguantar su insolencia.

En el momento en que iba a sentarse en el tronco, ella volvió a intentar alejarse de él. Esta vez estuvo a punto de conseguirlo. Aunque era pequeña, era tan rápida y escurridiza como una sabandija. Se enzarzaron en una trifulca, en la que Loretta le golpeó la cabeza con el codo haciéndole ver las estrellas.

Centrado en darle una lección, Cazador olvidó todo lo demás: las quemaduras, Búfalo Rojo, sus amigos... Se sentó bruscamente en el tronco y de un tirón la sentó en su regazo. La obligó a tumbarse sobre sus rodillas. La respiración de Loretta se hizo entrecortada.

—Aprenderás a no luchar conmigo.

Ella arqueó la espalda, con la vista fija en su brazo izquierdo. Cazador sabía lo que estaba pensando, y esto le hizo enfadar aún más. Cogiéndola por la nuca, le tiró de la cabeza hacia atrás antes de que pudiera hundirle los dientes. Con la pierna izquierda, inmovilizó las de la chica entre sus muslos. Ella se puso a dar puñetazos al aire, tratando de golpearle, pero Cazador la tenía justo como quería, atrapada y con el trasero hacia arriba.

—¡*Samos*, uno! —empezó a contar mientras le pegaba con la palma de la mano —. ¡*Wahat*, dos! ¡*Pihet*, tres!

Búfalo Rojo y sus amigos se acercaron a ellos, riéndose. Los castigos de este tipo no eran muy habituales en su poblado.

—¡*Ai-ee*! —Boñiga de Coyote puso los brazos en jarras y se dobló por la cintura. Fue contando los azotes con Cazador y en el cuarto gritó—. ¡*Hi-er-oquet*!

El delgado cuerpo de la muchacha se agitó tan violentamente que Cazador hizo un gesto de dolor. ¿Por qué no dejaba de enfrentarse a él? Nunca antes había pegado un trasero tan suave. Podía imaginar lo mucho que debía picar su azote. ¿Y aun así ella movía las piernas y trataba de escapar?

Volvió a darle otro azote.

—¡*Mau-vate*! Van cinco, Ojos Azules. Deja de luchar, y dejaré de castigarte.

Ella le respondió clavándole los dientes en el muslo. Cazador gruñó y la cogió por el pelo para quitársela de encima. ¿Pensaba que podía permitirle algo así delante de su gente? Volvió a azotarle en el culo. Inclinandose para verle la cara, le dijo entre

dientes:

—¡No lucharás contra mí!

Por un instante, sus ojos azules, brillantes de odio, dolor y orgullo, se encontraron con los de él. Para escupirle. El líquido dio de lleno en la cara del comanche. El sexto azote fue más fuerte que ningún otro. Inclinandose a un lado otra vez, miró sus ojos azules y dijo:

—¿Quieres luchar? ¿Eh? ¡*Kerwhack!* Bien. Eso es bueno. Lucharemos. —Y volvió a azotarla—. ¿Sigues queriendo escupirme? ¿Eh?

A juzgar por el número de voces que oía a su alrededor, imaginó que se habría congregado una multitud. Había dejado de importarle. Todo lo que le importaba era hacer que la mujer cediera. Nadie antes se había atrevido a ponerle furioso y vivir para volver a cometer el mismo error. Excepto esta chica. No volvería a andar el mismo camino. Él se ocuparía de ello.

Estaba tan concentrado en hacer que dejara de desafiarle que olvidó la cuenta de los azotes. Aun así ella siguió luchando, agitándose, pataleando y pegándole en las piernas con los puños. ¿No se daba cuenta de que no podía dejar de castigarla si los hombres seguían mirando? A través de la fina tela de sus calzones, podía ver la piel enrojecida de sus nalgas. Entonces supo que no iba a ceder.

Al levantar la mano para volver a pegarla, dudó. Su cuerpo delgado se agitó y tensó esperando el golpe. Entonces le sobrevino una sensación de desprecio por sí mismo. Había luchado y matado a muchos hombres. En ello, veía al menos un sentimiento de victoria, incluso de honorabilidad cuando se trataba de un duro adversario. ¿Pero en esto? La victoria, cuando la consiguiera, si es que alguna vez sucedía, sería como tierra en su boca. Como si estuvieran a mucha distancia, oyó la risa de sus amigos, sus voces animándole.

Con un gruñido de disgusto, Cazador apartó a la chica de sus rodillas. Ella cayó al suelo y se puso a cuatro patas, con el pelo dorado convertido en un amasijo de rizos, su cara quemada y cubierta de lágrimas, sus ojos llenos de impotencia y rabia. Aunque el número de contrincantes le superaba con creces y tenía poca fuerza con la que luchar, seguía sin rendirse. Los hijos que tuviese serían grandes guerreros. Por primera vez, Cazador se preguntó si los dioses no estarían riéndose de él.

Con más furia que dolor, Loretta apretó los puños y se quedó mirando fijamente a su captor. La risa de los otros hombres era como un rugido en sus oídos, y el sonido hacía que la humillación fuera completa. La rabia la invadía. Trató de ponerse en pie. Alejarse. Era en lo único en lo que podía pensar. Alejarse de Cazador.

Girando sobre sí misma, echó a correr con todas sus fuerzas. En lo único que podía pensar era en poner un pie delante del otro. No se preocupó de saber si Cazador estaba siguiéndola. Ni si los otros hombres iban a rodearla. Cuando notó su cara estampada en un sólido pecho y sintió las manos que le cogían por los brazos, parpadeó para ver mejor y después se desplomó. Lo siguiente que notó fue algo duro que le tocaba la cabeza por un lado, y luces que refulgían frente a ella. Se tambaleó y

cayó al suelo con las piernas abiertas, cegada por una negrura cubierta de estrellas.

Trató de ponerse de rodillas. El cuerpo le pesaba como si fuera un paño mojado. Podía oír las voces enfadadas que subían y bajaban de volumen a su alrededor. Volvió a intentar ponerse de pie pero no pudo. Alguien la agarró por los hombros y le dio la vuelta. Una sensación de ingravidez la invadió. Trató de abrir los ojos para ver quién estaba tocándola. Por favor, Dios, que no fuera el primo de Cazador.

Recogió a su mujer de pelo amarillo de la tierra, atontada y finalmente derrotada. Sentía una rabia profunda de que Boñiga de Coyote se hubiese atrevido a pegarla. También temía que el puño del otro hombre le hubiese hecho algo serio.

Cazador bajó la vista en busca de los ojos desorientados de la muchacha, con el corazón en un puño. Por fin la veía rendida. Solo unos momentos antes, ese había sido su propósito, pero ahora, deseaba que volviera a escupirle y a darle patadas. Estos últimos días sus sentimientos habían sido tan resbaladizos y frágiles como los copos de nieve. Tal vez se parecía más a su hermano Guerrero de lo que había imaginado.

Gruñó a los otros hombres para que se apartasen y llevó a la chica al jergón de pieles, donde la tumbó suavemente. Se arrodilló junto a ella.

—¿*Hah-ich-ka ein*, dónde estás, Ojos Azules?

—Cazador, ¿se encuentra bien?

Cazador levantó los ojos y vio a su joven amigo, Antílope Veloz, inclinado sobre ellos. El chico parecía preocupado.

—Creo que sí. ¿Déjanos a solas, amigo mío? Si se despierta y ve otra cara extraña va a asustarse.

Antílope Veloz asintió y empezó a alejarse.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Te traigo agua o algo?

—No, solo déjanos.

—Es muy valiente, ¿verdad? Como su hermana.

Cazador asintió e hizo un gesto para que los dejara solos. Las pestañas de la muchacha parecieron sombrear sus mejillas. Aletearon débilmente, en un intento por levantarse. Cuando por fin lo hicieron, Cazador vio unos ojos mucho más azules de lo que la profecía había vaticinado. Eran azules como el cielo de verano, sí, pero mucho más brillantes. Las lágrimas húmedas reflejaban la luz del sol, recordándole olas de calor lejanas. Le temblaba la comisura del labio y se vio incapaz de incorporarse sobre los codos.

—Te quedarás quieta —le ordenó en voz baja.

Ella frunció el ceño y parpadeó. Con miedo a lo que pudiese encontrar, Cazador se inclinó sobre ella y empezó a palparle la frente y la mandíbula. Aunque parecía hacer muecas de dolor, no pudo detectar ningún hueso roto, ni ninguna muestra de moratón. El puño de Boñiga debía de haberle golpeado la cabeza. Esto le había mareado un poco, pero no parecía que hubiese sufrido ningún daño grave.

Aliviado, Cazador retiró con suavidad los mechones dorados de sus mejillas,

fascinado por la manera en la que los cabellos, libres ya de la trenza, se enroscaban en sus dedos sin oponer resistencia. La espiral dorada encendió al mismo sol y pareció prender fuego. Ya no le parecía del color de la hierba seca, sino que vio por primera vez lo que parecían rayos de sol. Entonces se fijó en su cara, y recorrió lentamente la delicada línea de sus cejas y la curva de su pequeña y bronceada nariz. Un vello suave brillaba en la sombra de su labio superior y recorría la línea de sus mejillas. No supo por qué, pero de repente sintió ganas de sonreír.

Cuando Loretta empezó a recobrar la visión, se sorprendió del contraste que suponía la dureza de la cara del comanche con la dulzura de su caricia. Y aún le sorprendió más la expresión de preocupación que vio en sus ojos. Apartándose el pelo con la mano, volvió a parpadear. Este indio debía de haberla golpeado tanto que ya no sabía lo que veía. Era la única explicación. Había hecho todo lo posible por enfurecer a Cazador, le había insultado, lo había mordido, le había escupido. ¿Y lo único que conseguía a cambio eran unos azotes y esta expresión de preocupación en su cara? Tío Henry le habría pegado mucho más fuerte y durante más tiempo por mucho menos.

Cazador le puso una mano en el pelo y se lo acarició con sus cálidas y encallecidas manos. Cuando alcanzó un lugar más sensible, Loretta hizo una mueca de dolor, pero sin tener fuerzas para resistirse.

—No es sabio luchar cuando no puedes ganar, Ojos Azules. Te he dicho estas palabras antes, ¿verdad? No escuchas muy bien. —Al echarse hacia atrás sobre sus talones, pudo ver una leve sonrisa en sus labios—. Cuando nadie nos vea, lucha la gran lucha con este comanche, ¿de acuerdo? Solo cuando nadie nos vea. Si no tendré que castigarte, ¿lo entiendes? —Dejó de sonreír—. Conmigo, nunca con Boñiga de Coyote. —Se dio un puño en el pecho—. *Che kas-kai*, corazón malo. ¿Entiendes? Él es *mocho-rook*, cruel.

Loretta había dejado de escucharle para centrar su atención en los otros indios congregados no muy lejos de allí. Se quedó paralizada al darse cuenta de que su destino podía haber sido muy diferente si hubiese ido a parar a manos de algún otro que no fuera Cazador. La cabeza le daba vueltas. ¿Cuántas veces había oído hablar de Cazador con terror? Despiadado, malvado, una amenaza para la frontera. Estas eran solo algunas de las cosas que se oían de él. Y sin embargo, estaba aquí recomendándole que luchara sus batallas solo con él para que nadie le hiciese daño.

Después de concederle unos minutos para que recuperase el equilibrio, Cazador se levantó y volvió de dos zancadas al fuego para coger su ración de conejo. Ya de vuelta al jergón, sacó el cuchillo y partió una buena tajada de carne para ofrecérsela. Loretta sabía que el indio debía de estar hambriento, y que el trozo que tenía no era tan grande como para compartirlo. Después de la forma en la que había estado comportándose, le pareció increíble que aún siguiese ofreciéndole comida. Si hubiese sido al contrario, ella le hubiese dejado morir de hambre, ¡así se pudra! Hizo un esfuerzo por apoyarse sobre un codo. Él se inclinó y le acercó la carne.

—Comerás —una risa inconfundible transformó su cara—, para que estés fuerte. No podemos luchar la gran lucha si estás muerta de hambre.

Loretta bajó los ojos. Se vio inundada de una maraña de sentimientos contradictorios. Por un lado, detestaba a este hombre. No tenía por qué preocuparse de si tenía o no suficiente comida para él, ni tenía por qué sentirse culpable por haber tirado su estúpida carne. Pero al mismo tiempo, sí que se sentía avergonzada. Y por su vida que no podía aceptar la carne para después tirarla al suelo. Se odiaba por eso y le odiaba por provocar en ella unos sentimientos tan contradictorios.

Al ver que no cogía la carne, se agachó a su lado. ¿Por qué no la dejaba en paz? Estaba tan cansada, tan horriblemente cansada. Cansada de tener miedo. Cansada de enfrentarse a él. Cansada de luchar consigo misma.

—¿*Hein ein mah-su-ite*, qué quieres? —le preguntó en voz baja—. El pequeño conejo es bueno. Los *tosi tivo*, los hombres blancos, comen conejo, ¿no?

Loretta apartó la cara.

Él suspiró.

—Ojos Azules, verás en mi interior, ¿eh? —Como sujetaba aún los dos trozos de carne, no le quedaban manos libres, así que tuvo que tocarle el hombro con la frente—. *Nabone*, mira.

Por primera vez, pudo detectar un tono de súplica en su voz, apenas irreconocible entre toda su arrogancia.

Cuando ella levantó los ojos para mirarle, sus miradas se encontraron durante un momento.

—Tú eres *to-ho-ba-ka*, el enemigo. Es así, ¿eh? ¿*Tosi mahocu-ah*, una mujer blanca? Y yo soy el enemigo de tu gente, un *Te-j-as*, un comanche. —Extendió un brazo e hizo un movimiento ondulatorio con él—. Serpientes que regresan, ¿eh? —Una sonrisa transformó su rostro. Por un momento, no solo parecía humano, sino hasta apuesto—. Te gusta esto, ¿eh? El comanche y las serpientes, ¿todas iguales?

La risa le hizo perder el equilibrio, y ella volvió a apartar la cara. Él le puso un trozo de carne bajo la nariz.

—El conejo no es *to-ho-ba-ka*, el enemigo. Él es *tao-yo-cha*, hijo de la Madre Tierra, ¿eh? Puedes comerlo. No es rendirse cuando comemos los frutos de la Madre Tierra.

El olor del conejo embriagó las fosas nasales de Loretta, haciéndole la boca agua. Contra su voluntad, puso los ojos en la jugosa y rosada carne. Le dolía el estómago del hambre que tenía. Pensó que iba a desfallecer de un momento a otro. ¿Qué era lo que intentaba probar, de todas formas? Y aunque así fuera, ¿quién iba a saberlo? Ella lo sabría, por supuesto, pero el orgullo no iba a llenarle el estómago.

Cazador acercó aún más su oferta.

—¿Lo comerás? No pertenece a nadie.

El olor era casi irresistible. Pero, haciendo una mueca de dolor al notar sus nalgas doloridas sobre el jergón, se sentó y rechazó la carne.

Él gruñó con desaprobación y se sentó junto a ella en la piel. Siguió un silencio sepulcral en el que pudo oír el sonido de su mandíbula masticando la carne. Nunca nada en este mundo había olido tan bien como ese conejo.

—¿Comerás frutos secos y bayas?

Loretta le miró y después dirigió la vista hacia el montón de talegas de piel que tenía, recordando la mezcla que había tirado al suelo con anterioridad. El orgullo se le quedó atrapado en la garganta.

—¿Vas a caminar sobre tus pasos, eh, para volver por un camino diferente? *Miner-be-ahr*, mi madre, cogió las bayas y las nueces. Guerrero, mi hermano, encontró el árbol de miel. Son frutos de la Madre Tierra, ¿eh? Como el conejo.

El olor de la carne le entraba por la nariz. Miró hacia el frente. No podía permitirse claudicar.

Como si él sintiese lo cerca que estaba de rendirse, se puso en pie y fue a buscar la talega en la que tenía los frutos secos y una cantimplora de calabaza. Ya de vuelta, aflojó la cinta que cerraba la talega y la puso sobre las pieles, en medio de los dos. Después de coger un puñado de frutos secos para él, le hizo un gesto para que hiciera lo mismo.

Al ver que ella no hacía ningún movimiento, dijo:

—Es bueno, ¿eh? Cogerás un poco. No hará mal a tu estómago.

Loretta empezó a llorar. ¿Quién había dicho que la carne era débil? No era cierto. La necesidad de la carne mandaba. La sed bebía. El frío buscaba abrigo. Y el hambre comía.

Podía casi saborear la dulzura de las nueces en su boca. Deseaba devorar todo el contenido de la bolsa. Le ofreció la cantimplora con agua. Ella dudó y después negó con la cabeza. Sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que descubriera que se había propuesto ayunar. No comería ni bebería. Ni esta mañana, ni nunca. Sabía que se iba a enfadar, y le daba miedo. Pero había cosas que ni siquiera él podía obligarle a hacer.

Mientras él terminaba su comida, Loretta trató de consolarse acurrucada sobre sí misma. Sabía que la observaba. Se concentró en los sonidos y trató de olvidarse de la existencia del comanche. Era imposible. Las hojas de los árboles danzaban encima de ellos, y la luz del sol se reflejaba en el suelo como motas de oro a través del manto de hierba. Ella estudió las distintas formas que dibujaban y deseó que él se fuera. Deseó estar en otro sitio, en cualquier otro sitio.

Incapaz de soportar el silencio del hombre que tenía al lado por más tiempo, se obligó a mirarle. Unos ojos de color azul índigo atraparon los de ella, y reflejaron sombras y luces, una expresión cambiante e imposible de descifrar. Sus facciones, esculpidas en cobre bruñido, tampoco daban ninguna pista. El viento elevaba su pelo, que se movía en ráfagas oscuras sobre su rostro y se enredaba con sus pestañas. Él seguía observándola con intensidad, y aunque su expresión era de lo más seria y circunspecta, tuvo la impresión de que estaba burlándose de ella.

Entonces él se levantó de repente, haciéndole dar un brinco de sorpresa. Se acercó

a la silla de montar y puso en su sitio la talega de comida. Cuando volvió, traía una cuerda en la mano. Sin mirar siquiera lo que estaba haciendo, hizo un nudo y le rodeó el cuello con la cuerda.

Apretó un poco el nudo junto a su garganta y dijo:

—Daremos un paseo.

Loretta lo miró horrorizada.

—No te rindes bien, Ojos Azules. La cuerda es sabia. No lucharás la gran lucha en el bosque, no dirás palabras de miel, no mentirás, no habrá gente contenta, ni caballos muertos. —Tiró de la cuerda—. *Keemah*, vamos.

Loretta se preguntó si sería capaz de estrangularla si ella tirase demasiado. Echando un vistazo al extremo de la cuerda que él sostenía, se dio cuenta de que no tenía valor para comprobarlo. Se puso en pie con desgana y caminó obedientemente junto a él hacia el bosque.

Excepto por los paseos vigilados que tuvo en el bosque, Loretta pasó el resto del día sentada a la sombra del roble, siempre bajo la mirada atenta de su captor. Sufrió los cuidados para sus quemaduras con estoica pasividad, sabiendo que no le quedaba ninguna esperanza de escape. Él la trataba con intachable amabilidad, algo que, lejos de tranquilizarla, hacía que se sintiera más miserable. Debía de estar jugando con ella. No sabía qué podía esperar de él en ningún momento.

Al anochecer, la monotonía se vio interrumpida por un estruendo de caballos. Una docena de guerreros se acercó al campamento y desmontó en medio de una nube de polvo. Loretta los observó con indiferencia. Rodeada como estaba de tantos salvajes, unos pocos más no le parecían interesantes. Pero uno de los jinetes se había quedado en el caballo. Lo miró con más detenimiento y entonces se le aceleró el pulso. ¿Tom Weaver? Clavó los ojos en Cazador, que estaba echando más leña al fuego. Después de devolverle la mirada con esa expresión indescifrable tan característica de él, se levantó y fue a dar la bienvenida a los recién llegados.

Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Loretta. ¿Por qué no estaba Tom muerto? Si estos otros indios le habían tenido prisionero todo este tiempo, ¿dónde lo habían retenido? ¿Y por qué lo traían aquí? ¿Para matarlo? Se agarró las rodillas, clavándose las uñas en la piel. No podría soportar ver cómo le torturaban. ¿Pero qué podía hacer para detenerles? Ni siquiera podía salvarse a sí misma.

Después de conversar con los otros indios, Cazador agarró la brida del caballo de Tom y lo condujo hasta el campamento. Loretta examinó a su amigo. Tenía un moratón en la mejilla, por encima de la barba, y una cuerda rodeaba su enrojecido cuello. Tenía la camisa rasgada a la altura del hombro y los bordes manchados de sangre. Parecía aterrorizado, una expresión que ella conocía demasiado bien.

Cazador le cortó las ataduras de los pies y tiró de él para que bajase del caballo. Tom se tambaleó y estuvo a punto de caer. Cazador lo observó, y después lo llevó

hasta el fuego, donde le tocó en el hombro para que se sentara. Tom se volvió hacia Loretta.

—¿Estás bien, chica? ¿Te han...?

Cazador le dio una patada en la parte baja de la espalda. Tom se quedó sin palabras, sus ojos azules buscando los de ella. Loretta sabía lo que estaba preguntándose. Empezó a hacerle señas para responderle, pero Cazador puso los ojos en ella. Aunque sabía que Tom iba a pensar lo peor, bajó la cabeza. Si enfadaba al comanche, podría pagarlo con Tom.

—¡Eres un sucio bastardo! —gritó Tom.

Sin creer lo que estaba oyendo, Loretta levantó los ojos justo a tiempo para ver el brillo del metal. Cazador puso el cuchillo en la garganta de Tom y se agachó junto a él. No hacían falta más palabras. Un sonido más de Tom, y Cazador lo mataría.

Ella se puso de rodillas. Ese mínimo sonido suyo fue suficiente para desviar la atención del comanche hacia ella. Levantó las manos en señal de súplica. El aire vibró por la tensión. Entonces, lenta y deliberadamente, Cazador alejó el cuchillo de la laringe de Tom y se lo metió en la funda.

Aliviada, Loretta volvió a sentarse en el jergón. Cazador tiró otro trozo de madera al fuego, levantando una nube de chispas en el aire. Algunas alcanzaron a Tom, que trató de quitárselas de encima con sus torpes manos atadas. Al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó hacia un lado.

Cazador se agachó junto al fuego y se cruzó de brazos, con la vista fija en las débiles llamas mientras Tom trataba de volver a sentarse. Sus ojos irradiaban ese brillo de burla que Loretta había llegado a conocer tan bien. Después de un rato, dijo:

—Cuando salga el sol, nos marcharemos. Serás libre, hombre viejo.

Tom le miró sin creérselo.

Cazador seguía mostrando esa expresión divertida que tanto odiaba Loretta. Después la miró:

—Yo no siembro dolor detrás de mí.

Los músculos de la garganta de Tom se tensaron cuando intentó hablar. Por fin lo consiguió, pero las palabras salieron de su boca en forma de graznido.

—¿Y ella qué?

—Ella viene conmigo.

—Te la co... compraré. Ri... rifles, puedo conseguir rifles. Y cartuchos.

Sin duda esta información pareció interesar al comanche. El corazón de Loretta se llenó de esperanza.

—¿Tienes rifles?

—Eh, ...no. Pe... pero puedo conseguirlos.

Cazador estudió a Tom durante un rato, y después bajó los ojos hacia Loretta.

—Por favor —susurró Tom—. Hay otras mujeres que puedes robar. No te lleves a esta. Deja que vuelva a casa con su familia. —Se le quebró la voz—. Ella no te ha hecho ningún daño.

Después de un buen rato, Cazador volvió a centrar su atención en el fuego.

—Este comanche no vende a su mujer. Ni siquiera por rifles. Ella va conmigo.

—¿Por qué esta chica?

Cazador tiró un trozo de madera a las llamas.

—Otra no lo hará.

El silencio cayó sobre los tres, tan pesado como la oscuridad que pronto les rodearía. Loretta apoyó la espalda contra el árbol y miró a través del claro. La desesperanza se apoderó de ella. Mirase a donde mirase, solo veía indios. Ni Tom ni ella podían hacer nada frente a ellos. Y estaba igual de asustado. Al verle temblar de miedo confirmó su creencia de que los comanches no solo eran traicioneros, sino imposibles de esquivar. Se necesitaría un ejército para rescatarlos, y ese ejército estaba luchando en el norte.

Desataron a Tom el tiempo suficiente como para tomar parte de una frugal comida consistente en agua y carne seca. Después de que los dos hombres terminaran de comer, Cazador arrastró a Tom hasta el árbol en el que estaba Loretta. Le puso los brazos detrás para que abrazase de espaldas el árbol y le ató las muñecas con una tira de cuero. Los dejó juntos mientras él se dedicaba a preparar el fuego para la noche.

—Solo tendremos unos segundos, chica, así que escúchame bien —susurró Tom con una urgencia casi febril—. Son los quohadis, la tribu más fiera y cruel de todas estas tierras. Te llevará a las llanuras Staked. Y una vez allí... bueno, sabes lo que esto significa.

Loretta asintió. Muy pocos hombres blancos se aventuraban por aquellas tierras. Pocos se atrevían. Cuando Cazador la llevase lejos de la civilización, no habría esperanza de rescate. Aunque tampoco parecía haberla ahora.

—Mañana, cuando se vayan, seguramente me matarán. Si no lo hacen, me dejarán sin caballo. Estamos demasiado cerca de Belknap y no van a arriesgarse a que pueda ir cabalgando a pedir ayuda. —Se inclinó sobre el roble y suspiró—. Ojalá tuviese un arma.

Loretta sintió una acidez en la lengua. Sabía lo que Tom estaba pensando y lanzó una mirada asustada al fuego para ver si Cazador los estaba escuchando.

Tom hizo un pequeño sonido metálico al tragar.

—Parece tener una fijación contigo. Y diablos que no hay nada que yo pueda decirle para hacerle cambiar de idea. —Hubo un breve momento de silencio entre ellos—. Sabes lo que tienes que hacer, chica.

Loretta no quería mirarle.

—Nunca dejará que te acerques a un arma a menos que lo hagas rápidamente. Eso no entra en los juegos que a ellos les gusta jugar. No tienes otra opción, muchacha. Ninguna. No comer ni beber es otra salida. Sabes cómo odio tener que decirte esto, pero es mejor que... —Soltó un suspiro—. Ahí fuera, en sus praderas con este calor, no durarás más de tres días sin agua, quizá menos. Si me dejan vivo, trataré de reunir ayuda e ir a buscarte antes de que... —La miró fijamente en la oscuridad—.

¿Entiendes lo que estoy diciendo, Loretta Jane?

Una risa histérica luchaba por salir de su garganta. ¿De verdad creía Tom que era tan estúpida? ¿Que no había pensado ya en sus penosas opciones y tomado medidas?

—No te queda otra opción, chica. No creas que la tienes. Él no te está tratando tan mal ahora, pero tan seguro como que Dios nos está viendo ahora, lo hará. —Volvió a tragar saliva—. No sé por qué se está conteniendo. Quizá te lleva a su poblado para algún tipo de ceremonia o algo... con sus mujerzuelas. O quizás es solo que se ha encaprichado de una mujer de cabellos dorados. Sea como sea, créeme cuando te digo que morir de sed es mucho mejor.

Loretta se abrazó las rodillas. Lo entendía, lo entendía todo muy bien.

Unos minutos después Cazador volvió y quitó a Tom las pieles de búfalo que le cubrían las piernas. Con su habitual arrogancia, hizo un gesto a Loretta para que le siguiera y se alejó caminando entre las sombras hasta llegar al otro lado del fuego. Loretta se sonrojó al levantarse e irse con él. Tom estaba mirando. Esto hizo que dormir con el comanche fuera mucho más vergonzoso. Sin embargo no se atrevía a desobedecer. Tom podría pagarlo con su vida.

Cazador extendió el jergón y le hizo un gesto para que se tumbara a su lado. Dándole la espalda, se estiró fuera de la piel, tratando de poner entre los dos la mayor distancia que le permitía el jergón. Notó que se enrollaba un mechón de su cabello en la muñeca y jugueteaba con él. Rezó para que no la tocara, no frente a Tom.

Dios no pareció darse por enterado. Un segundo después, el brazo de Cazador le rodeaba la cintura y su larga mano recaía justo sobre sus pechos. La piel de búfalo le rozó el muslo quemado cuando la atrajo hacia sí, pero el picor no era nada comparado con la humillación. ¿Qué pensaría Tom? Loretta sabía muy bien lo que pensaría, y no pudo culparle. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Capítulo 11

Mucho antes de que amaneciera, los comanches levantaron el campamento y se prepararon para cabalgar. A pesar de que Cazador le había asegurado lo contrario, Loretta sabía que iban a matar a Tom antes de irse. Una vez más Cazador la sorprendió. Le quitaron las botas y el caballo, pero lo dejaron con vida. A Tom le quedaba una dura caminata hasta casa, pero no estaba herido. A Loretta incluso le permitieron despedirse de su amigo, con Cazador observándolos en la distancia.

Al acercarse a él entre la niebla matutina, Loretta pudo ver que Tom tenía los ojos llenos de lágrimas. Él le tocó el pelo, y después dio un gruñido y la atrajo hacia sí en un fuerte abrazo.

—Ah, Loretta, lo siento mucho. Si fuera más hombre, hubiese hecho algo...

Loretta se agarró a él y deseó no tener que dejarle ir. Olía incluso peor que los indios, pero era su único vínculo con su casa, con la gente a la que amaba. Nunca había tenido tanto miedo como entonces.

—Recuerda lo que te he dicho —susurró Tom—. Ni comida ni agua.

Loretta empezaba a sentirse débil por la abstinencia que venía practicando desde hacía unos días y se preguntó por qué Tom no se había dado cuenta de ello. Sin embargo, asintió con la cabeza. Supuso que sería el miedo. Era la forma que tenía de consumir a las personas.

—Intentaré venir a buscarte. —Su voz se hizo más grave y sus brazos empezaron a temblarle—. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Ella volvió a asentir con la cabeza, aunque los dos sabían muy bien que había pocas probabilidades de que llegase a tiempo.

La voz de Cazador fue como un látigo.

—*Mea-dro*, vamos.

Loretta se abrazó por última vez al cuello de Tom. Al soltarse, trató de sonreír pero no pudo. Cazador la cogió del brazo y tiró de ella hacia el caballo de Tom, que iba ahora guarnecido con riendas comanches. Mientras la levantaba sobre la grupa del animal, se preguntó si le ataría los pies como había hecho otras veces. No tuvo que esperar mucho para saberlo. Cazador se montó en el caballo detrás de ella y le rodeó la cintura con un brazo.

Loretta dobló el cuello para no perder de vista a Tom mientras Cazador ponía al trote al caballo. Las lágrimas se agolpaban en su garganta. Esto era todo, su último contacto con casa.

—No mires detrás de ti, Ojos Azules —murmuró Cazador—. Vamos a un lugar nuevo, ¿de acuerdo? Será bueno.

Loretta lo dudaba.

Los comanches cabalaron sin parar hacia el norte, vadeando las dos

bifurcaciones del río Brazos en cinco horas. Pasaron tan cerca del fuerte Belknap por el lado de arriba, que Loretta apenas podía creer que tentasen tanto a la suerte. El paisaje pronto se convirtió en altas praderas que se extendían hacia el infinito, sin nada que rompiera la monotonía salvo algunas colinas suaves. Cazador le ofrecía de vez en cuando agua, y ella siempre la rechazaba.

A juzgar por la posición del sol, Loretta pensó que debía de ser alrededor de mediodía cuando los indios pararon por fin a descansar. Mareada del cansancio y de la sed, Loretta se tambaleó al bajar del caballo. Cazador la cogió justo antes de que cayera y la llevó a un lugar a la sombra de un arbusto. Los efectos de las quemaduras del sol, la falta de comida y agua y el calor empezaban a pasarle factura. Se sentó con la cabeza baja, y trató de recuperarse al ver que Cazador le ofrecía agua.

—Ojos Azules, ¿beberás?

Loretta le dijo que se fuera con la mano. Hubo un momento de silencio. Después, Cazador le cogió la barbilla y la obligó a mirarle.

—*Habbe we-ich-ket*, buscar la muerte no es sabio. —Sujetó la cantimplora con las rodillas y le cogió la mano, poniéndosela sobre su musculoso brazo—. *Ein mah-heepicut*, es tuyo. No te pasará nada si caminas conmigo. Confiarás en este comanche, ¿eh? Es una promesa que te hago.

Loretta miró fijamente sus ojos color índigo, notando con los dedos el poder que emanaba de sus músculos. Por un instante, creyó que lo decía de verdad, que él la protegería siempre. Después sus ojos repararon en la cicatriz de su mejilla, en su medallón, en las imágenes grabadas en el cuero de su brazalete. Por muy mestizo que fuera, no podía confiar en este hombre.

Él suspiró y le soltó la mano para dar un sorbo largo de la cantimplora, un sorbo calculado, Loretta lo sabía, para hacerle perder la voluntad. Se secó los labios y dijo.

—Lo veremos, ¿eh? Es un camino difícil tener sed bajo el sol. Cederás.

Con esto, le puso el corcho a la calabaza y la colocó junto a ella en la sombra, para que pudiera cogerla si flaqueaba. Echándose hacia atrás sobre sus talones, le pasó un dedo por la mejilla.

—Debo protegerte del sol, ¿entendido? Para que no te quemes.

A continuación cogió un puñado de tierra y la mezcló con un poco de agua de la cantimplora formando una pasta de barro. Para Loretta fue una maravilla sentir el frescor del barro en sus mejillas. Después de cubrirle toda la cara se sentó y se quedó observándola, los ojos oscuros a punto de echarse a reír, con esa expresión burlona que tanto le irritaba. Debía de parecer un espantajo de ojos azules con la cara manchada y el pelo alborotado. Bueno, tampoco él era ningún adonis.

Mucho antes de lo que Loretta hubiese querido, el tiempo de reposo pasó y volvieron a montar en los caballos. Sobre sus cabezas, el sol quemaba como un disco de fuego, abrasando sus pestañas, chupándole las preciosas reservas de humedad que le quedaban en el cuerpo. Incluso las horas parecían girar en una espiral vertiginosa e infinita.

A primera hora de la tarde, los comanches se tomaron otro breve descanso en uno de los afluentes del Little Wichita. Después de tirarse del caballo, Loretta se metió en la orilla del arroyo para lavar el barro reseco que tenía en la cara. Todo su cuerpo le pedía a gritos beber un sorbo del río, pero sabía que no debía hacerlo.

Cuando Cazador le dijo una vez más que era hora de montar, Loretta hubiese llorado si le hubiese quedado algo de agua en el cuerpo para hacerlo. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas. Se sentía débil. Todo lo que quería era dormir. ¿Cómo podían cabalgar de esta manera? ¿Cómo lo soportaban los caballos?

No habían pasado ni diez minutos desde que dejaron el arroyo cuando Loretta empezó a dar cabezazos y a sentirse sin fuerzas. Trató de mantenerse erguida y parpadeó con fuerza. Cazador apretó el brazo con el que le rodeaba la cintura y le pasó una mano por la parte baja de la rodilla para pasarle una pierna por encima de la cabeza del caballo. Sentada de esta forma, la atrajo sobre su pecho y la acunó junto a él.

—Duerme, *nei mah-ta-yo*, duerme.

Su voz profunda traspasó el agotamiento que le nublabla la mente. *Nei mah-taoyo*. No tenía ni idea de lo que significaba, pero sonaba tan suave en sus labios que parecía un encantamiento. El hueco de su hombro era una almohada perfecta. Se recostó en él y apoyó la mejilla sobre su cálida piel. Olía a salvia, humo y cuero, olores de la tierra que empezaban a resultarle familiares, y de algún modo, reconfortantes. Mientras se adentraba en sus sueños, dejó de pensar en él como en un indio y lo vio como un hombre. Un hombre maravillosamente fuerte que podía sostenerla con toda comodidad mientras dormía.

Los sueños la atraparon. Sueños estúpidos sobre Amy, tía Rachel y Tom Weaver. Sueños maravillosos. Bailando con Amy junto al pozo. Corriendo por un campo de margaritas rojas y amarillas. Sentándose a la mesa con Rachel mientras ojeaban la última moda en el anuario femenino que tío Henry les había comprado en Jacksboro.

Entonces, una vez más, se vio sentada fuera en el porche a la luz de la luna diciendo adiós a Tom. Sabía que quería besarla y abrazarla. Sus labios húmedos y sus bigotes le tocaron la boca.

Después, sin saber muy bien por qué, el sueño cambió y la boca que reclamaba la suya se volvió como de seda húmeda, capaz de presionarla de una forma tan firme como suave. Unos mechones de pelo negro le peinaron las mejillas y le cubrieron los hombros como si fueran una cortina. Puso la mano en la superficie cálida del musculoso pecho de un hombre y se dio cuenta de que unos brazos fuertes la sostenían. Unos brazos fuertes y maravillosos.

—*Mah-taoyo* —le susurró una voz.

Loretta trató de fijar la vista en el rostro oscuro que tenía frente a ella, dándose cuenta de que sueño y realidad se habían mezclado. La humedad sedosa de sus labios eran los dedos de Cazador mojados con el agua de la cantimplora. La cortina de pelo que rozaba sus mejillas era real, como lo eran el pecho musculoso y los brazos. Ella

se puso tensa.

—Hemos llegado al Oo-e-ta, el Big Wichita —le dijo en voz baja—. Descansaremos aquí. Ahora estarás despierta, ¿de acuerdo?

Ella se estiró y echó una mirada desorientada a su alrededor. A un lado pudo ver la sombra de unos árboles raquíticos y el reflejo de la luna llena haciendo de sus hojas lágrimas de plata. El murmullo del agua indicaba que estaban muy cerca del río. Los grillos y las ranas cantaban serenata, una cacofonía amable que se elevaba desde la orilla y llegaba hasta ellos con la brisa. El ambiente estaba lleno de un popurrí de olores embriagadores a hierba de verano y flores de la pradera. Echó la cabeza hacia atrás para olerlo y se sintió desfallecer. Tuvo que agarrarse a la crin del caballo para no caer.

Cazador desmontó y extendió los brazos para ayudarle a bajar. Cuando le rodeó la cintura con las manos, Loretta lo miró fijamente, desconcertada por la sensación de vértigo. El Big Wichita estaba a un buen centenar de kilómetros de su hogar. No podía creer que hubiesen cabalgado tan lejos. Incluso aunque Tom consiguiese ayuda y tratase de seguirla, nunca cogería a los comanches antes de que llegasen a las praderas Staked.

Cazador la puso en tierra con un balanceo. Le temblaron las piernas y estuvo a punto de caer. Él la cogió del brazo y los condujo, a ella y al caballo, a un lugar llano cerca del río. Loretta se sentó en una roca mientras él deshacía el amasijo de bolsas que tenía atadas a la silla del caballo y lo desensillaba. Antes de llevar el caballo junto al río para que bebiera, extendió las pieles para que Loretta se tumbara. Ella se sintió incapaz de cubrir a pie la distancia que la separaba de las pieles. En vez de eso se sentó en el borde de la roca y se dejó caer hasta abrazarla como si fuera un cálido amante, con la mejilla puesta en la superficie suave.

En esta postura se quedó adormilada. Un momento después oyó pasos que se acercaban. Imaginó que sería Cazador. Intentó abrir los ojos, preguntándose por qué no había traído el caballo con él. A través de las pestañas vio unos mocasines y unas piernas desnudas. ¿No era Cazador? El cansancio hacía mella en sus pestañas obligándole a cerrar los ojos. ¿Qué diferencia había? Un indio, una docena... Siempre y cuando la dejasen tranquila, no le importaba lo que hiciesen.

Loretta se despertó con el chisporroteo del fuego, preguntándose cuánto tiempo habría pasado mientras dormía. Seguramente, más de unos minutos, pero podrían haber sido horas. La luz dorada caía sobre el pequeño claro. Parpadeaba en los árboles y dibujaba unas sombras espeluznantes. El olor a mezquite quemado estimuló sus orificios nasales. Cazador estaba en cuclillas junto a las llamas, avivándolas con leña y soplando las brasas. Cuando Loretta se sentó, él volvió la vista hacia ella.

—¿No te gusta la cama?

Dirigió los ojos hacia el jergón que había hecho para ella. Aguardaba como una pila desordenada, como si ella hubiese levantado las pieles y las hubiese apartado sin cuidado. Un escalofrío le recorrió la espalda al ver que Cazador se acercaba y recogía

las pieles para colocarlas. Si ninguno de los dos había tocado la cama, ¿quién lo había hecho entonces? Entonces recordó los mocasines y las piernas desnudas.

En el momento en el que Cazador levantaba una de las pieles, Loretta vio algo moviéndose debajo. Se quedó sin respiración, ¡era una serpiente ratonera! El comanche no podía verla desde esa posición porque había otra piel de búfalo que la tapaba. Por si esto fuera poco, este tipo de serpientes no hacían ningún sonido. Cazador no podía darse cuenta de que la serpiente estaba allí. Loretta se puso en pie de un salto, con la garganta contraída.

En esa fracción de segundo, pareció como si el indio y la serpiente se moviesen tan despacio como la miel que cae de una cuchara. Ella se fue hacia su captor, con la atención fija en su muñeca, en la vena que sobresalía de su brazo. Una mordedura tan cercana al corazón sería mortal. La serpiente levantó la cabeza, con los colmillos reluciendo a la luz del fuego. No tuvo tiempo para pensar. El instinto reaccionó antes.

—¡Serpiente! —gritó—. ¡Una serpiente!

Cazador reaccionó a su grito, no saltando como hubiese hecho ella, sino poniéndose instintivamente a la ofensiva. Utilizando la piel que tenía en la mano como escudo, esquivó el primer ataque de la serpiente y arremetió después contra ella con la otra mano, cogiéndola por la cabeza antes de que pudiera retroceder y atacar de nuevo. La serpiente se retorció y siseó mientras Cazador la levantaba del jergón. Por un momento la mantuvo en el aire. Después, miró a Loretta. Pasó lo que le pareció una eternidad antes de que cogiera el cuchillo, cortara la cabeza al animal y la tirara entre la maleza.

Loretta cayó de rodillas al suelo, agarrándose la garganta. ¡Serpiente! La palabra resonaba aún en las paredes de su mente, aguda, sonando una y otra vez. Había gritado...

No podía creérselo. Estaba claro que sus oídos la habían traicionado. No podía haber gritado, simplemente no podía ser así, después de siete años de silencio. Y nunca para salvar a un comanche.

Cazador enfundó el cuchillo y caminó hacia ella, dubitativo. Loretta lo miraba fijamente: su pelo largo, sus mocasines de flecos, sus pantalones de ante, su medallón, los dioses de su brazalete. Un comanche.

Se sentía como si se le hubiesen roto las entrañas en mil pedazos, como si la hubieran partido en dos. Recordó a sus padres, a su madre muerta en medio de un charco de sangre seca, los ojos en blanco y la boca rodeada de moscas negras, su padre atado a un árbol, con el cuerpo mutilado, irreconocible, preparado obscenamente para la muerte. Estas imágenes estaban grabadas en su mente y nunca podría olvidarlas, nunca. ¿Cómo podía haber traicionado a sus padres de esta manera? ¿Cómo podía...?

—No —graznó—. No.

Cazador se arrodilló frente a ella. Mientras lo miraba, se fue convirtiendo en una masa difusa de músculos, dioses paganos y cuero apestoso. Un sentimiento sofocante

de claustrofobia la invadió.

Antes de que él pudiera agarrarla por los hombros, ella se balanceó a ciegas y le estampó un puño en la mejilla, el recuerdo de sus padres impulsándola como la bilis.

—¡No me toques! ¡No me toques!

Apretando la mandíbula para contener el dolor, Cazador sujetó a la chica por los hombros. Aunque solo la luz del fuego iluminaba su rostro, pudo ver la conmoción de su expresión, el dolor de la traición en sus ojos, el sufrimiento que suponía saber que se había traicionado a sí misma. Para salvar a alguien que odiaba...

Llorando, volvió a golpearlo, y después otra vez, hasta ponerle la cara roja, la suya desencajada por la histeria. Le había salvado la vida. Cazador se estremeció, pero no hizo ningún movimiento para detenerla o para defenderse. Él podía ver la mirada perdida de sus ojos y ese dolor que había guardado por demasiado tiempo. Sabía que no era realmente a él a quien golpeaba, sino a sí misma.

Al final la atrajo hacia su pecho, y ella se aferró a él como si fuera a tirarla por un precipicio. Cazador se preguntó si eso no hubiera sido mejor.

—Eres un asesino —lloró—. Te odio, ¿no lo entiendes? ¡Te odio!

Él la abrazó con más fuerza, invadido por el dolor de sus propios recuerdos. Ella no le odiaba, había dejado de hacerlo. Y por eso lloraba. La sangre de su pueblo le exigía venganza, como el suyo se lo pedía a él. Y su corazón la había traicionado.

—*Toquet*, está bien.

—¡No! —gimió ella—. Mis padres... ¡ah, Dios, mis padres! Tú los mataste, los descuartizaste. —Él le pasó la mano por la espalda. Estaba temblando—. Tú los mataste.

—No, no. No fui yo. Es una promesa que te hago, Ojos Azules. Yo no los maté. —Más allá de la luz que proyectaba la hoguera, Cazador vio algunas sombras moviéndose. Algunos hombres se habían acercado atraídos por los gritos y permanecían a cierta distancia del campamento. Reconoció a Antílope Veloz y a Guerrero, y creyó ver a Hombre Viejo. Búfalo Rojo y sus amigos se apiñaban a la izquierda, casi invisibles en la oscuridad. Cazador les dijo que se fueran con la mano. La chica ya tenía bastante con lo que tenía.

Entendía tan bien cómo se sentía..., mejor de lo que ella pudiera imaginarse.

Cogiéndola en brazos, la llevó hasta el jergón. Fue dejarla tumbada y hacerse un ovillo. Los sollozos le hacían agitar los hombros. Cazador se arrodilló junto a ella. ¿Cómo podía consolarla cuando ni siquiera podía consolarse a sí mismo? Eran enemigos acérrimos, pero de alguna forma su odio se había fundido en la ola de emociones que los invadía como un único hilo en una tela de araña.

Ella hundió la cara en el hueco de su hombro. El sonido de su llanto le angustiaba. Se levantó y caminó lentamente alrededor del jergón, tratando de encontrar alguna huella. Nada. ¿Se había metido la serpiente ella sola entre las pieles? ¿Y si no era así, quién la había puesto allí? Alguien que odiase a pelo amarillo. Alguien que pensase que se metería en la cama sin mirar. Cazador suspiró y levantó

la mirada para escudriñar la oscuridad. La desconfianza le corroía. La serpiente podía haberse colado por sí misma en la tarima, ¿no? No sería la primera vez.

Se tumbó y atrajo a la chica contra la curva de su cuerpo. Ella se acurrucó de espaldas a él, sin dejar de temblar y llorar. Él le cogió un mechón de cabello y lo enredó en su muñeca, cubriéndola después con las pieles.

—No me toques, por favor. Por favor, no lo hagas. No puedo soportarlo.

Su voz le dejó helado. Él la soltó y se tumbó de espaldas para mirar al cielo estrellado. Pensó en la familia de la mujer, en su padre, en su madre, en los horrores que debían de haber pasado. Sabía muy bien las atrocidades que se cometían en los ataques de los de su propia sangre. Era cierto que había hecho un pacto consigo mismo para hacer la guerra solo contra hombres, pero había cabalgado con muchos otros que no tenían tantos escrúpulos.

Después de un buen rato, el llanto de la chica remitió, y su respiración se hizo más acompasada. Al dormirse buscó con su cadera el calor de su cuerpo.

Él se giró junto a ella y la rodeó con el brazo. Deslizó una mano por debajo de la camisa y le tocó el estómago. Después le masajeó las costillas con los dedos. Era tan blanda como la piel del armiño. Podía sentir los latidos de su corazón, la calidez de su piel. Cerró los ojos. El sonido de su voz resonó tan claro en su cabeza como el canto mañanero de un pájaro. «Te odio, ¿no lo comprendes? Te odio.»

Con la salida del sol, ella tendría aún más razones para odiarle. Si no bebía pronto, moriría. Y él no podía dejar que se pasara otro día sin beber. Cazador respiró hondo y dejó salir el aire lentamente. ¿Dónde había ido a parar su odio? ¿Su enfado? No estaba seguro de cuándo había sucedido ni cómo, pero la pequeña mujer que yacía a su lado había dejado de ser una cautiva y había pasado a formar parte de él.

Loretta se despertó mucho antes de que los primeros rayos del sol traspasasen el horizonte. Estaba tumbada de espaldas y la mano del comanche le tocaba el pecho. La calidez de su mano traspasaba la tela de la camisa. Su camisa. No trató de moverse. ¿Para qué? Había pasado ya una semana, y antes o después él la haría suya.

Al tratar de tragar notó un picor en la garganta, pero incluso así, sintió algo diferente, como si algo hubiese revivido en su interior. Podía gritar si quería. Esto la asustó, y no supo muy bien por qué.

El comanche se agitó a su lado. Ella se concentró en el cielo, con los sentidos entumecidos e incapaces de reaccionar a nada de lo que hiciese. La muerte se acercaba a ella, tentadora y llena de paz. En el cielo no habría indios. No sería el cielo si los hubiese. Cazador se sentó y se apartó el pelo de la cara. Había ya columnas de humo provenientes de uno o dos fuegos cercanos. La mañana era fría y seca. Dejó viajar la vista por el horizonte azul, aliviado al ver que ya no se encontraban rodeados por árboles y altibajos del terreno. Aquí afuera, un hombre podía ver llegar a su enemigo.

Miró por encima del hombro. Los ojos de la chica tenían una mirada profunda, y parecía no saber que él estaba a su lado. Le pasó una mano frente a la cara y respiró al ver que parpadeaba. Cazador se puso en pie. Los otros habían empezado a moverse. Si quería conseguir que bebiese un poco, tenía que empezar ya.

Cogió la cantimplora y se acercó a ella.

—¿Beberás, Ojos Azules?

Ella negó con la cabeza. Las quemaduras habían empezado a sanar, y ahora que no estaba ruborizada, podía apreciarse la palidez de su cara. Muy pronto se pelaría por completo.

—Debes beber.

Su voz era como un susurro ronco.

—No.

Cazador se puso de rodillas junto a ella. No quería hacer esto... Puso la cantimplora sobre el jergón y se lanzó sobre Loretta. Antes de que pudiera darse cuenta de sus intenciones, la cogió por las muñecas y se puso a horcajadas sobre ella.

—¿Qué...? ¡Déjame! —graznó.

Se agitó todo lo que pudo, pero era imposible luchar contra el peso de su cuerpo. Cuando intentó darle una patada con la rodilla en la espalda, él recordó la noche en la que Ojos Blancos había tratado de atacarla en el carro. Le inmovilizó los brazos con las rodillas y se odió por tener que hacerle daño.

—Beberás. —Cogió la cantimplora, le quitó el corcho y la inclinó hacia ella—. ¿A mi manera o a la tuya?

Ella se revolvió, tratando de evitar su mano.

—¡No!

Cogiéndola de la barbilla, le clavó los dedos índice y pulgar en las mejillas. Cuando por fin consiguió abrirle la boca, empezó a volcarle el agua lo menos bruscamente posible.

Para su sorpresa, no se movió. En vez de tragar, mantuvo el agua en la boca y siguió respirando cuidadosamente por la nariz. Cuando ya no tuvo sitio para más agua, empezó a salirse por la comisura de los labios, mojándole las mejillas y el pelo. Y cuando le soltó la cabeza, escupió el agua que aún le quedaba en la boca.

—¡Guerrero! —gritó.

Varios fuegos más allá, Guerrero se incorporó del jergón en el que había estado durmiendo. Después de mirar a su alrededor medio aturdido, fijó la vista en Cazador y empezó a correr. En unos segundos se encontró junto a su hermano. Se quedó embobado mirando el espectáculo de la mujer de pelo amarillo.

—*Tah-mah*, ¿qué intentas hacer con ella, ahogarla?

—Sí. Apriétale la nariz.

—¿Qué?

—¡Hazlo!

Guerrero se arrodilló junto a la cabeza de la mujer.

—Cazador, ¿estás...?

—¿Voy a tener que llamar a Antílope Veloz?

Guerrero cerró la nariz de la chica.

—Si muere, será culpa tuya.

—No va a morir. Intento hacer que beba. —Cazador vio que la cara de la chica se ponía roja por la falta de aire. Después de unos segundos, los músculos de su garganta empezaron a ceder. Después tragó algo de agua y empezó a toser—. Afloja. ¡Guerrero, afloja!

Guerrero, que siempre parecía ir un paso por detrás de los demás, le soltó por fin la nariz y se echó hacia atrás sobre los talones. La chica jadeó y se atragantó con el agua. Con un gesto de preocupación, Cazador la observó mientras ella trataba de recuperar la respiración.

Cuando por fin dejó de toser, dijo:

—¿Beberás?

En su expresión había tanto odio que un escalofrío le atravesó la espalda. Cazador volvió a cogerle de la barbilla.

—Su nariz, Guerrero. Y esta vez, suéltala cuando empiece a tragar o la ahogaremos.

—Tú la ahogará. Yo solo estoy ayudándote.

Repitieron la misma operación. Cuando empezó a asfixiarse por segunda vez, Cazador le ofreció una vez más la opción de beber por sí misma. Ella se negó. Dos tragos de agua no eran suficientes, y Cazador lo sabía.

Después de diez tragos, Cazador estaba mojado de sudor, Guerrero parecía mareado y Loretta estaba exhausta por el esfuerzo. Aun así, seguía resistiéndose y la admiración de Cazador hacia ella no hacía sino crecer. Tenía mucho coraje —un corazón comanche— como se decía en su lengua.

El indio esperaba que diez sorbos fueran suficientes. Pararían otra vez a media mañana y trataría de darle más agua entonces. Solo de pensarlo le daban escalofríos. Ella se resistiría de nuevo. Y siempre. Quizá cuando llegasen al poblado y viera que no iba a dejar que nadie le hiciese daño, se rendiría. Su madre, Mujer de Muchos Vestidos, tenía una mano cariñosa y dulce. Si alguien podía ganarse la confianza de la chica esa era ella.

Eso si llegaban a tiempo.

Como si oyese sus pensamientos, Guerrero dijo:

—Morirá si no bebe. Ha escupido la mitad del agua que le has dado.

—No va a morir —dijo entre dientes Cazador—. No dejaré que eso ocurra. La obligaré a beber a menudo. Lo que le dé será suficiente.

Guerrero no parecía tan seguro.

—Cazador, ¿y si no es la mujer de la profecía? ¿Has pensado en eso? No parece sentirse muy atraída por ti.

—Es la mujer de la profecía. Estoy seguro de ello. —Cazador se apoyó en las

rodillas para ponerse en pie—. Dejará de luchar pronto. Nadie puede luchar eternamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿De que ella es la mujer, quiero decir?

Cazador puso el corcho a la cantimplora.

—Lo sé, eso es todo.

La chica se puso de lado y se abrazó el estómago. Guerrero la miró fijamente, con una expresión indescifrable.

—Tendremos que cabalgar rápido si quieres que llegue a casa viva.

—Sí —suspiró Cazador—. Ve a decírselo a los otros, ¿de acuerdo?

A Cazador le pareció que el tiempo se medía ahora por el sonido incesante de los cascos del caballo. El sol se había quedado suspendido en un lugar, como un círculo abrasador que bruñese el cielo azul de plata. La chica montaba acurrucada en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro y las manos enredadas en su regazo. Tan quieta como la muerte... Hubiese arreado a su caballo para llegar antes al afluyente norte del río Pease. Esta vez se asegurarían de que bebía lo suficiente como para no temer por su vida.

Guerrero cabalgaba a la derecha de Cazador y Antílope Veloz a la izquierda. Parecían comprender la preocupación y hablaban en raras ocasiones. Cazador tampoco animó la conversación. Las dudas le torturaban. ¿Debía volver atrás? ¿Qué esperaban de él los dioses? ¿Y si la chica moría por seguir adelante? ¿Y aunque la llevara a donde los suyos, qué tenía que hacer después? ¿Qué pasaba con la profecía? ¿Y con su gente?

Como si leyese sus pensamientos, Guerrero acercó su montura a él para decirle:

—Debes confiar en los dioses, *tah-mah*. Si estás seguro de que ella es la mujer de la profecía, entonces todo irá bien. La canción no puede cumplirse si se muere.

Cazador agachó la barbilla para estudiar la cara llena de barro de la muchacha y se descubrió preguntándose cómo había podido pensar una vez que era fea. ¿Podía un rayo de sol ser feo? ¿Y el reflejo de la luna sobre el agua?

—Estoy seguro, Guerrero. Es la mujer. Ya se ha cumplido parte de la profecía, ¿verdad? La voz ha vuelto a ella.

—Y ha robado tu corazón comanche, ¿no es así?

—Tiene gran coraje para ser tan pequeña, pero mi corazón sigue siendo mío. Y siempre será así.

Guerrero se inclinó a un lado para ver por encima del hombro de Cazador la cara de la mujer de pelo amarillo.

—Sí, tiene algo, ¿verdad? El barro, quizá. Le da cierto carácter.

Cazador no pudo evitar una sonrisa.

—Tiene el mismo aspecto que tendría si La Que Tiembla le hubiese puesto las manos encima. ¿Recuerdas cuando Ki-was dejó que le hiciera las pinturas de guerra?

Guerrero se rio.

—¿Cuando no mezcló los colores lo suficiente y las tres franjas rojas de su

barbilla se corrieron y él entró en la batalla como un Comedor de Gente? Sí, lo recuerdo.

Cazador trató de doblar su espalda rígida. La risa de Guerrero le relajaba.

—Duerme como un niño, Cazador. Eso es buena señal, ¿no? Debe de estar empezando a confiar en ti. Empezará a comer y a beber pronto.

—Está demasiado cansada y débil como para sentir la sed. Demasiado agotada como para sentir miedo. O para causarme problemas.

Guerrero suspiró.

—Nos detendremos pronto. Te ayudaré a darle algo de agua. Ya verás como se pondrá bien.

Antílope Veloz soltó riendas para poner su montura al galope y pasó una pierna por la tira de la cincha del caballo y se inclinó a un lado hasta cabalgar en horizontal junto a la tripa del animal. De esta forma pudo arrancar del suelo un manojito de retama de escoba. Después se enderezó y agitó en el aire su trofeo al tiempo que gritaba en dirección a Guerrero.

Cazador volvió a sonreír.

—Ve y enseña a tu amigo cómo se monta, ¿eh? Parece aburrirse.

—Necesitas compañía, Cazador.

—Estoy bien, ve.

El caballo de Guerrero partió en una nube de polvo blanco hacia Antílope Veloz. Cazador se rio al ver cómo su hermano se doblaba para cabalgar bajo la barriga del caballo. Antílope Veloz aceptó el desafío e hizo lo mismo, tocando el suelo con el trasero solo una vez. Cazador recordó la vez que de pequeño se había caído al cabalgar de esta forma y el caballo le había arrastrado por el suelo durante un buen rato. No le quedaba ya mucho para poder hacer una reverencia perfecta desde esta posición.

Para que no le superara, Guerrero saltó en la silla y se sentó de espaldas mientras el caballo cabalgaba a toda velocidad. Muy pronto, otros valientes se unieron a la competición, con ejercicios cada vez más difíciles conforme el número de participantes iba aumentando. El sonido agudo de los chillidos resonó por toda la pradera.

Cazador sintió que la chica se movía y al bajar la mirada descubrió que tenía los ojos abiertos. La algarabía la había despertado. Como si notase su mirada, levantó los ojos con una expresión de incompreensión. Cazador se preguntó cuánto tiempo le llevaría acostumbrarse al hecho de que podía hablar.

—Están jugando, ¿no? No hay árboles para esconder al *to-ho-ba-ka*, al enemigo. Nuestros corazones están alegres.

Ella lanzó una mirada dubitativa a los hombres.

Cazador cogió la cantimplora.

—¿Beberás?

—No —susurró.

Aun así, le quitó la tapa de corcho y le puso la cantimplora frente a la cara.

—Debes beber, Ojos Azules.

—No.

Cazador volvió a atar la cantimplora a la cincha del caballo, tratando de contener su ira.

—No morirás. Este comanche ha hablado. Tanto sufrimiento no servirá de nada.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos. Cazador apretó la mano en las riendas, cada vez más frustrado y lleno de miedo. La noche anterior le había salvado la vida. ¿Cómo podía quedarse impasible mientras ella se mataba de sed?

Cuando los comanches llegaron al río, los juegos tuvieron que suspenderse. Vadearon la corriente para pasar por la ribera rocosa de un afluente que discurría hacia el norte. Loretta se sentía algo mejor después del agua que le habían obligado a beber, y se sentó a horcajadas en la montura lamentando el omnipresente brazo del indio alrededor de su cintura y la familiaridad de su mano entre sus pechos. El amplio torso del indio era un respaldo perfecto para su espalda. No pasó mucho tiempo antes de que se apoyara en él y dejase que su cuerpo se ondulase al ritmo del caballo.

Después de unos cuarenta minutos de silencio, él acercó la cabeza a la de ella.

—*Mah-tao-yo*. Mi brazo es fuerte, ¿verdad? —La abrazó con fuerza para demostrárselo—. ¿Un brazo fuerte en el que recostarse, un escudo contra todo lo que pueda hacerte daño? Confiarás en este comanche. Bebe y come. Donde vamos es un buen lugar.

Loretta agarró con el puño un trozo de su camisa y lo estrujó hasta que le dolieron los nudillos. No quería morir. Sería tan fácil, tan terriblemente fácil, creerle.

—¿Estarás caliente en mi tienda? Tengo muchas pieles de búfalo. Y mucha comida. Carne, ¿sí? Y mi brazo fuerte te protegerá, siempre en el horizonte. No hay nada que temer. —Él apretó la mano con la que le tocaba el pecho—. Mi lengua no miente. Es la verdad lo que digo, no es *penende taquoip*, palabras de miel, sino una promesa. Te he dicho las palabras, y ellas se van con el viento y siempre me susurran. ¿Confiarás? Cuando salga a hacer batallas o a cazar, el brazo fuerte de mi hermano será tuyo. No sufrirás ningún daño.

Loretta tragó saliva. ¿Su hermano? Supuso que hablaba del hombre que le había ayudado a darle agua. Al que llamaba Guerrero.

—Puedes buscar la muerte en otro momento. *Te-bit-ze*, de verdad. Pero primero, verás lo que trae el horizonte. Es sabio.

—Quiero... —la tensión y la falta de costumbre tensaba sus cuerdas vocales como las cuerdas de un arpa— quiero volver a casa.

—Eso no puede ser. Tú vienes conmigo, a un lugar nuevo. Eres mi mujer, ¿lo sabes? Tú lo has dicho, yo lo he dicho. *Suvate*, todo se ha cumplido.

—No soy tu mujer —gritó—. Me robaste de mi familia.

—Pagué muchos caballos buenos.

—Me compraste entonces. Y eso es... —Loretta dobló el cuello y se quedó

mirando las facciones cinceladas de su rostro—. Soy una persona, no una cosa.

—Los hombres blancos tienen esclavos, y eso está bien, ¿no es así? Vuestros casacas grises luchan la gran batalla para que podáis tener hombres negros. ¿No es por eso? Este comanche tiene un esclavo también. Y está bien.

—¡No, no está bien! Es monstruoso. —Se cubrió los ojos con una mano—. Moriré antes de dejar que me toques, ¿me has oído?

—Ah, pero Ojos Azules, ya te estoy tocando ahora. —Le puso la mano en las costillas y abarcó suavemente la curva de su pecho—. ¿Ves? Te toco, y no estás muerta. No hay nada que temer.

La rodeó con el brazo y mantuvo la mano quieta en ese sitio. Durante varios segundos no la movió.

—¿Es esto lo que temes? ¿Que te toque? —Su tono era de incredulidad—. ¿Por esto es por lo que no beberás?

Loretta se puso tensa, tratando de escapar de su abrazo pero sin soltarle la muñeca.

—Responderás a este comanche. —Le pasó el pulgar por la piel, una táctica coercitiva que ella no pudo ignorar, y se puso a jugar con su pezón, provocando una repentina erección que la dejó sin aliento—. ¿Buscas la muerte para escapar de mi mano?

Un sollozo se le quedó suspendido en la garganta.

—Por favor, por favor, no.

Él bajó la cabeza de forma que sus labios rozaron sus oídos como si fueran una pluma.

—¿Por esto luchas la gran lucha? Ojos Azules... —Se le quebró la voz, como si no pudiera pensar lo que decía. Entonces quitó la mano de su pecho y la volvió a poner en sus costillas—. Mis caricias no te han hecho ningún daño. No acumulo vergüenza sobre ti. No puedo ver dentro de ti y entenderte. Harás una pintura para mí, ¿sí?

¿Una pintura? La pintura que Loretta tenía en la cabeza era demasiado horrible para ponerla en palabras.

—¿Crees que no sé lo que vosotros, monstruos, hacéis a las mujeres blancas? ¡Lo sé! Mi madre... yo... —Tragó saliva—. ¡Tu brazo fuerte! Estará a mi servicio hasta que se vuelva contra mí.

Sus labios se movieron y le alcanzaron la frente, transmitiéndole una cálida humedad al inicio de su pelo. Se quedó callado un momento, y después dijo:

—Mi brazo estará a tu servicio siempre. Hasta que la nieve llegue a tu pelo, ¿me oyes? Para siempre, hasta que me convierta en polvo que lleva el viento.

Parecía tan sincero.

—No voy a escuchar esto, no pienso hacerlo. ¿Crees que soy tan estúpida como para creerme tus engaños, tus... tus palabras de miel?

—No es un engaño. —La sujetó más fuerte con los brazos—. No lo necesito, ¿me

oyes? Si mi corazón habla de matar, mato. Si quiero jugar con mi mujer, juego. No necesito engaños. Lo que quiero, lo cojo. Es muy sencillo.

Guerrero cabalgó hasta ellos en medio de una nube de polvo. Loretta se fijó en las cabelleras que colgaban de su brida y en la tira de calicó que llevaba atada a la cincha. Lágrimas de desconsuelo llenaron sus ojos.

Capítulo 12

*E*l viaje pasó como una nube ante sus ojos: desmontar por la noche, cabalgar sin descanso bajo el sol diurno y luchar inútiles batallas con Cazador por el agua. Cada hora que pasaba, su orgullo decaía un poco más y su desesperanza se hacía más grande. «Yo soy tu viento. Dóblate o rómpete. Lo que quiero, lo cojo.» Su imagen aparecía ante ella constantemente, arrogante, poderosa y siempre implacable. Su único consuelo era que por fin podría escapar de él introduciéndose en los brazos aterciopelados del sueño, para no despertar jamás.

Cuando llegaron al poblado, Loretta había perdido cualquier noción del tiempo y no podía decir el número de días que habían pasado. En los momentos de mayor lucidez, estaba segura de que habían viajado en círculos para dejar pistas falsas. Una tarde, ya de anochecida, subieron por una ladera desde donde se contemplaba el valle de un río, los prados suaves que contorneaban, de un verde brillante, el cauce, y algún punto aquí y allá del color del cactus y la yuca roja. En las márgenes del río, la brisa mecía los majestuosos álamos, y sus troncos y hojas servían de camuflaje para las incontables tiendas que se erigían entre ellos. ¿No eran las praderas Staked? Desilusionada, Loretta comprobó que su captor no solo había cabalgado mucho más rápido de lo que cualquier hombre blanco podría hacerlo, sino que la dirección que había tomado era diferente a la que Tom esperaba, lo que frustraba cualquier esperanza de que pudieran seguirlos.

Le pesaban tanto los párpados que apenas podía observar con detenimiento el poblado que se mostraba a sus ojos. No tenía ni idea de cuál era el río en el que se encontraban y tampoco le importaba. El poblado estaba ahí abajo; eso era todo lo que importaba. Y había más comanches congregados en un mismo lugar de lo que nunca antes hubiese visto. Cazador le rodeó la cintura con el brazo y la ancló junto a su pecho. Inclinandose hacia ella, susurró:

—No tengas miedo, *mah-tao-yo*. Yo estoy a tu lado, ¿de acuerdo?

Los otros indios echaron hacia atrás las cabezas y empezaron a dar largos y estremecedores gritos, como coyotes trastornados aullando a la luna. En unos segundos, fueron respondidos desde abajo por un centenar de voces. Unas figuras como hormigas salieron disparadas de un lado a otro por entre las casas en forma de cono. Cazador arreó el caballo y se inclinó para distribuir su peso en el animal al galopar cuesta abajo. Loretta estaba aterrorizada. El momento que tanto temía había llegado.

Los otros caballos aceleraron hacia el poblado como vacas hacia la avena. El caballo de Tom Weaver, menos entusiasmado, trotaba tranquilamente con las orejas erguidas para captar todos los nuevos olores que se mezclaban en el aire. Loretta se dio un momento de respiro y se puso a observar a la gente que se congregaba para dar

la bienvenida a los guerreros. El corazón empezó a latirle muy rápido al imaginar a esos mismos cuerpos arremolinándose junto a ella. Los aullidos, las risas y el burbujeo de voces desconocidas resonaban a su alrededor.

Los hombres se abrieron paso hacia el campamento, cabalgando por los senderos que había entre las tiendas y saludando a todo el mundo. Una fila de niños sucios y a medio vestir los seguía, gritando con alborozo. Con la excitación, dos perros famélicos se pusieron a luchar y a punto estuvieron de tirar por tierra un secadero de carne. Una mujer pequeña y flaca salió detrás de ellos con un palo.

Loretta nunca había visto tanto revuelo. La gente salía de los porches de los tipis saludando y riendo. Las mujeres indias que habían estado cocinando quitaban las ollas de los fuegos para ir corriendo a recibir a sus hijos, hermanos, maridos y amantes.

Allí donde mirase, todo le recordaba al lugar en el que estaba. Los jergones de pieles fueron colocados alrededor de las hogueras. Los escudos de guerra, pintados de manera estridente, fueron colgados en unos trípodes que se situaban en la parte exterior de casi todos los tipis. Los cazos de latón pendían de los espetones. Los estómagos de búfalo llenos de agua colgaban en fila. Todo era muy comanche, la pesadilla de cualquier mujer blanca.

Cazador se adentró directamente en la multitud, cubriendo a Loretta con el brazo y tensando el cuerpo. Al ver que la gente tocaba su caballo, Loretta sintió que los hombros de él se cerraban sobre los de ella, en un gesto protector. Solo veía rostros asexuados por todos lados, una nube marrón, hostil y diabólica. Las manos se alzaban y unos dedos crueles le agarraban los bombachos, pellizcando no solo la tela sino también su piel. Horrorizada, se encogió contra su captor.

—¡*Ob-be mah-e-vah*, fuera de aquí! —gruñó Cazador. De un solo brazazo, apartó varios cuerpos—. *Kiss! Mah-ocu-ah, kiss!* ¡Parad, mujeres, parad!

Entonces Loretta sintió un dolor agudo en la cabellera. Dio un grito al sentir que tiraban de ella hacia un lado. Una mujer le había cogido un mechón de pelo y parecía determinada a arrancárselo. Con un rugido, Cazador se movió hacia atrás y plantó un pie en el pecho de la mujer, haciéndola caer espatarrada sobre la tierra. Algunos de los pelos de Loretta fueron con ella.

Entonces Loretta escuchó una enérgica voz femenina abriéndose paso entre la multitud. El grupo de gente se dividió para admitir a una mujer alta y voluminosa. Blandía una cuchara larga de madera y con ella iba pegando en la cabeza a unos y otros. Parecía muy enfadada. Cuando llegó a donde estaba Cazador, se quedó allí de pie con las piernas abiertas, los brazos en jarra y la mirada fija en Loretta. El caos que les rodeaba empezó a remitir.

Loretta presintió que iba a ocurrir algo importante, algo que tenía que ver con ella. Bajó los ojos hacia la mujer, con miedo a moverse e incapaz de tragar. Las facciones clásicas de la india le resultaron de algún modo familiares. Unos cabellos espesos le caían por los hombros, mechones plateados entremezclados con otros de

color ébano. Era hermosa, aunque sin serlo, con la cara demasiado afilada y arrogante para ser enteramente femenina. El traje de ante recto que llevaba escondía las sólidas formas de su figura, revelando que el suyo era un cuerpo generosamente redondeado pero en forma. Y sus ojos... Directos, escudriñadores, extrañamente familiares... Miraron a Loretta y le pareció que no daba la talla. ¿Cuántas veces la había estudiado Cazador de esa manera?

Entonces se dio cuenta. Las facciones cinceladas, los labios carnosos y bien delimitados, la barbilla fuerte y la expresión orgullosa. Era la madre de su captor.

La mujer se encontró con la mirada de su hijo y sonrió. Después volvió a centrar la atención en Loretta.

—¿*Ein mah-suite mah-ri-ich-kett?*

—Mi madre, Mujer de Muchos Vestidos, pregunta si quieres comer.

Loretta sacudió enérgicamente la cabeza, apretándose contra su pecho. Si tenía que elegir entre los dos, prefería quedarse con Cazador. Él se inclinó sobre ella para que le viera los ojos.

—No tendrás miedo. Mi madre romperá cabezas. Buenas amigas, ¿eh? Confiarás.

Loretta examinó la pared de cuerpos cubiertos de pieles y, por primera vez, cogió el brazo de su captor para que la atrajera con más fuerza junto a él. La oscuridad profunda de sus ojos se hizo más cálida al encontrarse con los de ella. Una especie de sonrisa asomó a su rígida boca, y sus dedos se pegaron con fuerza a sus costillas. Levantó los ojos y dijo algo en comanche.

La mujer asintió y se dio la vuelta para apartar a los mirones a golpe de cuchara. Cazador se rio al ver la energía con la que sus madre utilizaba el arma de cocina, y su pecho vibró contra los hombros de Loretta al hacerlo. La multitud abrió camino para que pasaran y solo se retiró del todo cuando Cazador se paró delante de una de las tiendas. Al verle desmontar, Loretta se agarró a él, aterrorizada al pensar que iba a dejarla allí.

—¡*Yo-oh-hobt pa-pi! ¡Yo-oh-hobt pa-pi!* —gritó una niña que bailaba alrededor del caballo, los ojos brillantes como dos botones. Sacudía su pequeño trasero con tanta fuerza que parecía iba a perder los pantalones de un momento a otro—. ¿*Ein mah-heepicut?*

Cazador se deshizo de los dedos como garras con los que Loretta se aferraba a su brazo y bajó del caballo. Sonriendo a la niña, se inclinó sobre ella y le ató la correa de los pantalones.

—*Huh*, sí.

Después miró a Loretta y dijo:

—Es una pelo amarillo y es mía.

La niña pareció estar a punto de caerse y después corrió hacia la madre de Cazador.

—¡*Kaku*, abuela! ¡*Yo-oh-hobt pa-pi*, una pelo amarillo! ¿*Hah-ich-ka po-mea*, dónde va a ir?

Cazador levantó a Loretta del caballo y la cogió en brazos, retirando con el hombro la piel que cubría la entrada de la tienda. Su madre y su sobrina se pusieron junto a él mientras reconocía la habitación antes de acercarse a una cama elevada que había al fondo. Un lecho de pieles, blando y acolchado, se hundió bajo su cuerpo al ser colocada allí.

La abertura de la tienda se oscureció por el grupo de gente que se agolpaba para curiosear. Loretta se sentía demasiado exhausta como para pensar o fijar la vista en todo lo que la rodeaba. Parpadeó y trató de sentarse. Temía que Cazador pudiera abandonarla allí. Si lo hacía, todos esos cuerpos se abalanzarían sobre ella.

Él le puso una mano firme en el hombro.

—Te quedarás quieta. —Dándose la vuelta hacia la puerta, gritó—: ¡*Mea*, ir! —Loretta daba un brinco cada vez que oía su voz.

La niña se subió a la cama, acercándose a ella a cuatro patas, y le sonrió.

—¿*Hein nei nan-ne-i-cut*?

—¿Cuál es tu nombre? —le tradujo Cazador mientras alborotaba el pelo de diablillo de la pequeña—. *Loh-rhett-ah*, ¿eh? *Tohobt Nabituh*, Ojos Azules —le respondió Cazador y luego dijo a Loretta—: Es la hija de Guerrero, *To-oh Hoos-cho*, Mirlo.

Mirlo se rio y miró a su abuela, que los miraba de pie desde el otro lado de la habitación.

—¡*Loh-rhett-ah*!

Loretta se escabulló hacia el cabecero de la cama y apoyó la espalda contra la pared de cuero de la tienda. La niña la siguió y estiró una manita de color canela para tocarle los volantes de los calzones. Loretta se quedó mirándola. Por fin, un comanche a la que no detestaba mirar. Estuvo tentada de agarrarla y no dejarla ir nunca. Le echó unos tres años, tal vez cuatro.

Mientras Mirlo satisfacía su curiosidad y examinaba a Loretta de la cabeza a los pies, Cazador se enfrascó en una conversación incomprensible con su madre. A juzgar por los gestos que hacían, Loretta adivinó que hablaban de por qué su prisionera se negaba a comer y a beber y del hecho de que hubiese recuperado la voz. Una expresión de preocupación cruzó el rostro oscuro de la mujer. Cazador se levantó y a modo de visera, se puso la mano en la frente para mirar por el hueco para el humo que había en el centro de la tienda.

—¡*Ai-ee*! —Mujer de Muchos Vestidos cruzó el suelo cubierto de hierba y barro y se acercó a mirar a Loretta. Después de murmurar algo unos segundos, canturreó sin dejar de agitar la cuchara—: *Nei mi-pe mah-tao-yo*. —Y colocó la mano suavemente sobre el pelo de Loretta.

—Mi madre dice que la pequeña mujer no debe tener miedo.

Mujer de Muchos Vestidos miró con suspicacia a su hijo. Cuando pareció evidente que no tenía que decir nada más, levantó la cuchara hacia él.

No sin cierta resistencia se aclaró la garganta y miró a la gente que se agolpaba en

la puerta. Después dijo en voz muy baja:

—No tendrás miedo de mí, ¿eh? Si levanto la mano contra ti, seré un *caum-mom-se*, una cabeza calva, y ella me golpeará con la cuchara. —Dudó y pareció como si le resultase difícil no sonreír—. Ella hará la gran *na-ba-dah-kah*, batalla conmigo. Y al final, ganará. Es una mujer mala.

Mujer con Muchos Vestidos acarició el pelo de Loretta y asintió, añadiendo algo. Antes de que acabara, Mirlo estaba riéndose a carcajadas. Dio una vuelta alejándose de Loretta y se puso la mano en el estómago. Fuera lo que fuera lo que hubiese dicho la anciana, a la niña le había parecido divertido.

—Debes comer —tradujo Cazador— y beber. Pronto te sentirás mejor, ¿de acuerdo? Y ella comprará a los comancheros una cuchara para ti. Si alguna vez causo miedo en tu corazón, puedes pegarme con ella.

Loretta estaba de acuerdo con Mirlo. Necesitaría mucho más que una cuchara para luchar con Cazador. Se apoyó con la mano para enderezarse en la cama. Era como si su espina dorsal se hubiese vuelto líquida.

Como si se diese cuenta de que Mirlo no estaba ayudándole a convencer a la mujer de pelo amarillo, Cazador sacó a la niña de la cama y la colocó debajo del brazo. La llevó a la puerta de la tienda y la puso suavemente en el suelo, pidiéndole que saliese y, a continuación, cerró después la tela de la entrada para que los demás no pudieran verlos. Mirlo asomó una vez más la cabeza y gritó.

—¡*Kianceta*, comadreja!

Cazador dio un gruñido y arremetió contra ella. La inesperada ferocidad sorprendió a Loretta, pero Mirlo se columpió de la tela como un pequeño armiño, riendo y chillando, sin asustarse lo más mínimo. Su tío la soltó y, dándole una palmada en el trasero, la sacó de allí. El silencio se instaló en el interior de la tienda. Un silencio incómodo.

Loretta recorrió la habitación con los ojos, esperando encontrar... bueno, no estaba segura de qué era lo que podía encontrar, pero al menos no había sangrientas cabelleras ni parafernalia guerrera, tampoco vio pieles o pilas de alforjas, cazuelas o cucharas, ni siquiera perchas para la ropa. Solo había una línea ordenada de camisas de ante hermosamente bordadas, junto a pantalones y taparrabos. Toda ropa de hombre. Este debía de ser el tipi de Cazador, pensó, y no el de su madre.

—*Ein mah-suite mah-ri-ich-ket, Tohobt Nabituh?* —preguntó Mujer de Muchos Vestidos.

Cazador le dio la espalda a la entrada.

—¿Comerás? Mi madre te traerá comida, ¿de acuerdo?

Loretta levantó las rodillas y se abrazó a ellas. Más allá de las paredes de cuero se oían voces extrañas hablando en un idioma extraño. Mujer con Muchos Vestidos parecía amable, pero Loretta no podía olvidar a las mujeres de afuera que la habían atacado, ni al hecho de que Cazador la considerase su posesión. Sacudió la cabeza, tan cansada que quería hundirse entre las pieles y echarse a dormir.

La expresión de Cazador se nubló. Su madre pareció afligida. Se pusieron a hablar durante un rato y después Mujer de Muchos Vestidos salió de la tienda. Habían tomado una decisión, y Loretta tenía el presentimiento de que no iba a gustarle. Cazador aseguró la tela de piel de oso de la entrada para que nadie pudiera entrar y después se acercó lentamente a la cama, con la mirada clavada en ella y los brazos cruzados.

Se puso a examinarla de tal forma, que Loretta hubiese querido hundirse en las pieles y no salir más. Después se sentó a su lado.

—Te obligaré a comer y a beber, y no morirás. ¿Todo este sufrimiento, solo para perder al final? Es *boisa*. —Estiró el brazo y le pasó ligeramente la mano por el pelo—. ¿Comerás, de acuerdo, Ojos Azules? ¿Un poco?

—No.

El músculo de su mandíbula se puso tenso. Sus ojos no le dejaban escapatoria.

—No puedes escapar de mí. Estás aquí. Así son las cosas.

Mirando en dirección a la puerta y conociendo los horrores que le esperaban al otro lado, susurró:

—No tengo otra opción.

—Tú eliges el lugar en el que pones tus pies, Ojos Azules. Este camino que sigues es malo, muy malo. Este comanche te enseñará, ¿eh? —Se acercó—. Aprenderás que mi mano sobre ti no es algo terrible.

Los ojos de Loretta se abrieron.

—¿A... ahora?

Enredó los dedos en sus cabellos, haciendo un suave nudo con ellos.

—No comerás. Temes mi caricia. Morirías primero. Esas son tus palabras, ¿no?

Loretta vio que los sentidos empezaban a fallarle. Ajustó los ojos para tratar de enfocar y trató también de apartarle la mano.

—Incluso aunque comiese y tú me dejaras por esta noche, no lo harías la siguiente, o la siguiente. —Se puso colorada—. Y... después de ti, todos tus amigos. ¿Crees que soy estúpida?

Él había soltado su pelo y trazaba ahora con el dedo el borde del escote de su camisa, un dedo que quemaba a su paso y le recorría la clavícula, el hueco del hombro y la garganta. Cerró los ojos, demasiado débil como para impedirse.

—No los amigos, Ojos Azules. Tú perteneces a este comanche.

—Lucharé contigo hasta mi último aliento. —Se balanceó y trató de ponerse firme—. ¿Por qué te molestas conmigo? ¿Por qué no te buscas una mujer india?

—Es a ti a quien quiero. —Rozó con los nudillos el hueco de su pecho—. Tú piel es como la luz de la luna. Yo soy oscuro como la noche cuando estoy a tu lado. —Deslizó la mano por detrás de su cuello y la atrajo hacia sí—. Luz del sol en el pelo, luz de luna en la piel. Este comanche brilla, ¿no?

—No —contestó ella con voz dura.

—¿Comerás?

—No.

Se inclinó para saborear la piel del hueco de su garganta. Loretta se estremeció al notar la suavidad de sus labios y la calidez de sus dientes al rozarla.

—Como el armiño, *mah-tao-yo*. Tan suave. Y tan dulce como las flores.

Ella levantó los puños entre los dos y le golpeó el pecho con los nudillos. Al abrir los ojos, todo le dio vueltas.

—Por favor, no. Ni siquiera estoy segura de cuál es tu verdadero nombre. Por favor, no.

—Cazador —le susurró él al oído—. Cazador de Lobos, *Habbe Esa*. Túmbate boca arriba y cierra los ojos. Deja que te quite ese miedo. Si no tienes miedo, ya no necesitarás morir, ¿entiendes?

—No —trató de apartarle—. No.

Él la cogió por las piernas y la tumbó de espaldas suavemente. Ella se impulsó para apoyarse en los codos, tratando de escapar a sus labios que avanzaban implacables desde su cuello hasta su escote. Y aún más abajo. Empezaba a sentirse aterrorizada. No podía luchar contra él. No cuando temblaba de esta manera. Él deslizó la punta de su lengua por debajo de la camisa de ante y trazó círculos húmedos en su escote, solo un poco más arriba de sus pechos. Sintió que sus pezones se ponían rígidos al notar la piel suave que los rozaba cuando ella se movía.

Nunca antes había sentido Loretta que la sangre no le llegase a la cara como hasta ahora. Cogiendo un soplo de aire, trató de ponerse de lado pero su brazo se enredó a ella como una cuerda tensa y le bloqueó cualquier movimiento. Al intentar cambiar de posición, Cazador encontró una nueva parte de su cuerpo para explorar y mojar con sus labios: el oído. Utilizando lengua y dientes al unísono, saboreó su textura, su forma y se detuvo en las partes que creyó más sensibles. Loretta se estremeció al notar su cálido aliento.

—*Habbe...* —Su voz se quebró. Quería distraerle a toda costa, pero en vez de eso descubrió que era ella la que no podía concentrarse—. Tu nombre, ¿cómo... cómo te llamas? ¿*Habbe* qué más? ¿Qué significa?

—*Habbe Esa*, Camino hacia el Lobo, Cazador de Lobos. Mi hermano el lobo se me apareció en el sueño de mi nombre.

—¿El sueño de tu nombre? —Se retorció hacia un lado y apoyó la mano en su barbilla para poder sentarse—. ¿Qué es eso?

Bajó la cabeza para mirarla, con un destello en los ojos.

—Un sueño que el hombre busca cuando se convierte en guerrero. En el sueño, conoce su nombre. Una mujer no lo necesita. Ellas son nombradas por los demás.

Hundió la cabeza y le cogió el dedo pulgar con la boca. Hipnotizada, Loretta sintió la lengua del indio moviéndose rápidamente por sus nudillos. Dios mío, iba a perder el conocimiento. Y cuando pasara, él podría, él... Sintió que se caía hacia un lado. Él la cogió en sus brazos justo a tiempo.

—¿Ojos Azules?

Loretta se mordió el labio superior, tratando desesperadamente de recuperar el control sobre su cuerpo y permanecer consciente. No podía dejarse ir, no podía... Se puso colorada. Y su voz parecía tan distante.

—*Hah-ich-ka ein*, ¿dónde estás Ojos Azules?

Loretta parpadeó, pero no sirvió de nada. ¿Era así como se sentía cuando uno moría? ¿Como flotando y lejos de todo?

—¿*Hah-ich-ka ein*, dónde estás, Ojos Azules?

Intentó contestar, pero no pudo.

«¿Caldo de carne?» Se suponía que en el cielo había ángeles con alas, cánticos gloriosos, calles asfaltadas de oro y nubes esponjosas de color rosa. Loretta tragó saliva y fue volviendo al mundo de la consciencia progresivamente. Una mano enorme le sujetaba la mandíbula. Algo cálido y grueso cayó en su boca y voces humanas resonaron en sus oídos. Se contrajo para librarse de la mano que la sostenía. No debía comer. Unos trozos de carne se le metieron por debajo de la lengua. Le tembló la garganta. Y después se atragantó.

Alguien le sostuvo la cabeza mientras vomitaba. Unas manos duras. Le pasaron un trapo húmedo por la frente. Alguien pronunció su nombre. Era una voz profunda. Loretta volvió a adentrarse en la oscuridad.

—Si no la llevo de vuelta a sus paredes de madera, morirá. —Cazador miró a su padre a los ojos a través del fuego—. Y entonces, ¿qué pasará con la profecía? Vomitó todo el caldo de carne y el agua también. Está claro que morirá si sigue así.

Soat Tuh-huh-yet, Muchos Caballos, chupó de su pipa y arrojó el humo hacia el techo de la tienda primero y después hacia el suelo. Después de dar otra calada, exhaló al este, al oeste, al norte y al sur. Con la mano derecha, le pasó después la pipa a Cazador, que fumó lentamente antes de devolverla a su padre con la mano derecha para hacer un círculo completo, el cual no debía romperse nunca.

—Mi *tua*, pero si acabas de llegar. Dale un poco de tiempo.

—Morirá en uno o dos días. —Cazador escupió para quitarse el sabor a tabaco. Aunque no se lo dijera, detestaba el sabor de la pipa de su padre—. Lo he intentado todo, padre. He sido amable con ella. Le he prometido que mi brazo sería suyo para siempre en el horizonte, hasta que me convirtiese en polvo movido por el viento. Y he intentado negociar con ella.

—¿Cómo?

Cazador miró incómodo a su madre, que les escuchaba desde la oscuridad.

—Después de que mi madre saliera de la tienda, le dije que sería un comanche cansado cuando la luna saliese si aceptaba comer y beber algo.

—Y si no lo hacía, ¿no estarías cansado? —Muchos Caballos se rio. Él también

miró hacia la oscuridad—. ¿Ese trato no le gustó?

Cazador sacudió la cabeza.

—Tal vez no sea la mujer que te conviene —dijo Muchos Caballos con dulzura.

—Es ella. Estoy seguro de ello.

—¿La voz de los espíritus te ha hablado en sueños?

—No, padre. —Con los ojos fijos en las llamas, la expresión de Cazador se volvió circunspecta—. Nadie siente un odio más encarnizado por los *tosi tivo* que yo. Ya lo sabes. Mi corazón estaba lleno de rabia cuando fui a recoger a la mujer de pelo amarillo. Quería matarla.

Mujer con Muchos Vestidos se inclinó y sus facciones danzaron con el reflejo de la luz del fuego. Sus ojos se encontraron con los de Cazador. Respetaba las costumbres y mantenía silencio cuando los hombres hablaban, pero cuando lo hacía, solo los necios ignoraban sus palabras.

Cazador esperó por si quería compartir sus pensamientos con ellos. Al ver que guardaba silencio, se aclaró la garganta, que se le había secado con la pipa, y continuó:

—Pero ahora no podría matarla. Me ha conmovido. Mi odio por ella se lo ha llevado el viento. Me salvó la vida. —Contó rápidamente la historia de la serpiente y cómo había roto su silencio para salvarle.

—¿Preferirías que viviese lejos de ti para siempre?

A Cazador se le encogió el corazón. Fue entonces cuando supo lo mucho que quería que la mujer estuviese con él.

—Preferiría no volver a ponerle los ojos encima antes de ver como muere. —Torció la boca—. Tiene un gran corazón para ser tan pequeña. Hace la guerra con nada, y gana.

Muchos Caballos asintió.

—Sí, Guerrero y Antílope Veloz me han dicho lo mismo.

—Llevaré a mi mujer de vuelta a su tierra —dijo Cazador—. Conozco las palabras de la profecía, ¿recuerdas? Y no contrariaré a los espíritus. Sin embargo, no veo otro camino.

La madre de Cazador se levantó para ponerse de rodillas.

—Marido, pido permiso para hablar.

Muchos Caballos miró a las sombras.

—Entonces hazlo mujer.

Se acercó al fuego y sus ojos se volvieron del color del ámbar al ser iluminados por las llamas.

—Solo cantaré una parte de la canción, así que debemos escuchar las palabras y recordarlas. —Echó la cabeza hacia atrás y se cogió las manos. Con una voz cantarina recitó:

—Cuando su odio por los Ojos Blancos sea caliente como el sol en verano y frío como la nieve de invierno, vendrá a él una dulce doncella de la tierra de los *tosi tivo*.

—Sí, mujer, conozco las palabras —dijo Muchos Caballos con impaciencia.

—¿Pero no escuchas? —Mujer de Muchos Vestidos fijó su mirada de anciana en el mayor de sus hijos—. Cazador, ella no vino a ti, como dice la profecía. Te la llevaste por la fuerza.

—*Pia*, ¿qué estás diciendo? ¿Que debía haber venido por su propia voluntad? —Cazador dejó escapar una carcajada—. ¿La pequeña de ojos azules? Nunca.

Su madre levantó una mano.

—Digo que tenía que haber sido así y lo será. Debes llevarla a su casa de madera. Los dioses la guiarán de vuelta hasta ti.

Cazador miró a su padre. Muchos Caballos puso la pipa a un lado y miró durante un rato a las llamas.

—Puede que tu madre tenga razón. Quizás hemos hecho mal por haberte enviado a cogerla por la fuerza. Quizás estaba escrito que ella vendría hasta ti libremente.

Cazador se guardó lo que pensaba de esto. Aunque no creyese que la pequeña ojos azules pudiese volver nunca al poblado de los comanches por su propio pie, sus padres habían aceptado que la llevase a casa, y eso era lo importante.

—¿Qué la guiará hacia mí, *pia*?

Mujer con Muchos Vestidos sonrió.

—El destino, Cazador. Guía nuestros pasos y guiará los suyos.

Loretta se acurrucó en la suavidad de las pieles para intentar escapar a la voz persistente que le sacudía el hombro y la llamaba. No por su nombre, sino por el nombre de Ojos Azules. ¿Qué clase de nombre era ese?

—Ojos Azules, despertarás ahora. Tu casa... ¿quieres ir a tu casa?

Casa. Amy y tía Rachel. Su edredón gris. Panceta y huevos para desayunar. Café en el porche cuando el sol apunta hacia el horizonte y tiñe el cielo de un intenso color rojo. Casa. Reír y amar, estar a salvo. Ah, sí, claro que quería ir a casa.

—Despierta, pequeña. Este comanche te llevará a casa. ¿*Loh-rhett-ah*? Despierta, *Hoos-cho Soh-nips*, Huesos de Pájaro, debes comer y ponerte fuerte para volver a casa. A tu gente y a tus paredes de madera.

Loretta abrió los ojos. Se dio la vuelta para ponerse mirando al techo y parpadeó. Un rostro oscuro se lo tapaba. Era curioso, pero parpadear no le hizo enfocar mejor. Se incorporó, curiosa, aunque volvió después a tumbarse sin muchas esperanzas.

—¿Me dirás palabras de miel? Haremos un pacto, uno sin *tiv-ope*, hablado. Comerás y te pondrás fuerte, y yo te llevaré de vuelta con tu gente.

Palabras de miel. Mentiras, según Cazador. Loretta miró hacia arriba. Se pasó la lengua por los labios y trató de tragar.

—¿A... a casa? —graznó.

—*Huh*, sí, Ojos Azules. A casa. Pero debes comer para que vivas y regreses. Debes beber también. Durante tres días, hasta que vuelvas a estar fuerte. —Le cogió

las mejillas con los dedos y después masajeó suavemente su pelo—. Después, este comanche te llevará.

—¿Lo harás? —gimió.

—Es una promesa que te hago. ¿Comerás y beberás?

Loretta cerró los ojos. Debía de estar soñando. Pero ah, qué sueño tan hermoso. Volver a casa. Que Cazador se hubiese ofrecido a llevarla. No tener que preocuparse de que el destino de su familia estuviese en sus manos.

—Sin trucos. ¿Lo prometes?

—No trucos.

La voz del indio resonó una y otra vez en su cabeza, alta primero, después como un susurro. Trató de abrir los ojos. La oscuridad los rodeaba de nuevo.

—Entonces comeré.

Caldo de carne. Cazador la sujetaba con un brazo y con el otro le acercaba la taza humeante. Loretta le dio un sorbo. Sugarganta se resistía a tragar. Volvió a poner la cabeza en el hombro de su captor, y después se concentró para poder beber. El caldo le golpeó el estómago, como una bola.

—Ya no más. Voy a vomitar.

—Una más —le pidió—. Después dormirás.

Loretta trató de concentrarse. El borde de la taza le rozaba los labios. Dio otro sorbo al caldo y se obligó a tragar. Después sintió como si flotase entre las pieles. Dormir. Unas manos fuertes la movieron y la cubrieron con una manta muy pesada. Unas manos fuertes y cariñosas.

—Mi casa... ¿me llevarás?

—*Huh*, sí, pequeña. Te llevaré.

Loretta se dejó ir. La llevaría. Solo era un sueño después de todo. Pero en sus sueños, podía confiar en sus promesas.

Capítulo 13

Loretta se despertó poco a poco con un sonido parecido al cacareo de las gallinas. ¿Un gallinero? Al darse media vuelta y tratar de abrir los ojos, sintió la piel de búfalo contra su mejilla. Los recuerdos se agolparon en su mente como un torbellino borroso.

El poblado, Mujer con Muchos Vestidos golpeando a la gente en la cabeza con una cuchara, Cazador mordisqueando su cuello. Y la oscuridad. En algún rincón lejano de su mente, recordó que alguien había estado despertándola varias veces para darle agua y caldo de carne.

El cacareo parecía más cercano ahora y poco a poco empezó a reconocerlo como risas. Loretta se despertó por completo, sobresaltada. Al abrir los ojos, encontró la cara traviesa de Mirlo a solo unos centímetros de la suya. Poco después se dio cuenta de que la pequeña no estaba sola. Otros dos pequeñajos, un niño de unos cinco años y una niña de quizá dos, estaban también en la cama, con los ojos abiertos como platos.

Loretta se apoyó sobre el codo. Ya no se sentía mareada, aunque seguía notándose muy débil. Escudriñando las sombras, echó un vistazo rápido a la tienda, pero no vio a ningún adulto. Los niños, fuesen de la raza que fuesen, siempre le habían intimidado.

El pequeño le pasó la mano por el pelo haciendo un «ohhh» de admiración. Olía como uno de esos chicos que había pasado la tarde jugando, un poco sudoroso, pero de alguna forma también dulce, un olor pegajoso como de perro y caballo. Mirlo se concentró en los ojos azules de Loretta, mirándola con resuelta intensidad. La chiquilla recorría los rizos de Loretta con los dedos mientras decía «*Tosi wannup*» una y otra vez.

Loretta no pudo evitar sonreír. Ella era tan extraña para ellos como ellos lo eran para ella. Deseó que se acercasen más y nunca se fueran. Caras amigas y calor humano. Sus risas le hicieron pensar en su propio hogar. Con una garganta que no parecía muy habituada a responder a los deseos de su cerebro, Loretta murmuró:

—Hola. —El sonido de su voz le pareció irreal, un eco del pasado.

—Hola, *hites*. —Mirlo enzarzó sus dedos en una señal inequívoca de amistad—.
¿Hah-ich-ka sooe ein conic?

Loretta no supo lo que la chica le preguntaba hasta que Mirlo hizo una figura con las manos.

—Ah, ¿mi casa? —Loretta se puso una mano encima de los ojos, como si estuviera escudriñando en la distancia—. Muy, muy lejos.

Los ojos de Mirlo brillaron de entusiasmo y estalló en una ristra interminable de palabras impronunciables y risas acompañado todo de un movimiento exagerado de manos. Loretta la miró, fascinada por el brillo de felicidad que detectó en sus ojos, la

inocencia de su pequeño rostro. Siempre se había imaginado a los comanches, tanto jóvenes como viejos, con sangre cayendo de sus dedos.

Detrás de ella se escuchó una voz profunda.

—Pregunta que cuánto tiempo comerás y te sentarás a la hoguera con nosotros.

Extrañada, Loretta vio por encima del hombro de la chica a Cazador, sentado en el jergón de pieles. Estaba tan a ras del suelo que no había podido verlo antes al inspeccionar la habitación. Apoyado sobre un codo, escuchaba hablar a su sobrina. En sus ojos se reflejaba la luz que provenía de la puerta de la tienda.

—Se lo dirás, *pihet tabbe*.

A Loretta le resultaba difícil confiar.

—¿Qué significa?

Sus labios dibujaron una sonrisa juguetona.

—*Pihet*, tres. *Tabbe*, el sol. Tres soles. Fue nuestro trato.

Aliviada al ver que no había soñado lo de su regreso a casa, repitió «*pihet tabbe*» a Mirlo. La pequeña pareció consternada y cogió la mano de Loretta:

—*Ka* —lloró—. *Ein mea mon-ach*.

—*Ka*, no. Te vas muy lejos —tradujo Cazador, poniéndose de pie al hablar—. Creo que le gustas. —Se acercó a la cama y, con una sonrisa indulgente en el rostro, pidió a los niños que salieran de allí como hacía tía Rachel con las gallinas—. *Poke Wy-ar-pee-cha*, Niña Pony —dijo, mientras cogía a la osada chiquilla de las pieles y la ponía en el suelo. Al hacerlo, le acarició el pelo con la mano, un gesto de cariño que sorprendió a Loretta por parecer completamente fuera de lugar para un comanche guerrero. La fragilidad de la niña junto a la fortaleza y la rudeza del guerrero. El contraste era fascinante.

—Es la hija de mi hermana, que está muerta. —Asintiendo hacia el muchacho, añadió—: *Wakere-ee*, Tortuga, hijo de Guerrero.

Loretta no quería que los niños la dejaran a solas con su tío. Se quedó mirándolos mientras salían por la puerta. El sonido de su risa se fue flotando con ellos por el aire. Entonces notó la mirada de Cazador y tragó saliva, tratando de poner en orden sus pensamientos. Aunque la había tratado con mucha amabilidad durante el viaje y había sido extremadamente paciente con ella, no podía olvidar las amenazas veladas que le había dirigido a su llegada allí.

—¿Dónde están tus niños?

Por un instante creyó ver un brillo de dolor en su expresión. Después sonrió.

—Juegan *Nainpka*, escondidos detrás de la colina.

—Entonces... ¿no tienes hijos?

—No. —Se inclinó sobre una pila de talegas y cajas de piel, y con cada movimiento, los tendones y los músculos de su brazo se dibujaban poderosos—. A mi mujer la mataron *mauvate taum*, hace cinco años. Nuestro hijo estaba en su vientre.

—Ah... —Loretta dejó caer la barbilla y miró hacia abajo con tristeza mientras enredaba un dedo en un trozo de la piel de ante de su camisa—. Lo... lo siento.

Él la miró, con el entrecejo fruncido, sin saber muy bien qué era lo que había querido decir. Loretta notó su asombro y levantó la vista.

—Es muy... triste.

Su entrecejo se hizo aún más pronunciado, pero la confusión de su rostro desapareció.

—*Huh*, sí, muy triste.

—¿Cómo murió? —susurró la pregunta sin estar muy segura de que él fuera a contestarla, pero sintiendo de repente la necesidad de saberlo.

—Es un recuerdo en el viento. —Después de rebuscar algo en una de las talegas, sacó un saquito atado con una cuerda. Volvió a la cama y se sentó junto a ella. Sus gestos eran despreocupados, como si intentara que ella se sintiera cómoda—. Frutos secos. Dejarás que un poco de comida diga hola, *hites*, a tu estómago, ¿verdad?

Hola, *hites*. Loretta reconoció las palabras que eran como las que Mirlo le había dicho y entrelazó los dedos haciendo la señal de amistad.

—¿Hola?

—Sí, así se dice en comanche «¿Cómo estás, amigo?».

Él puso el saco entre los dos y lo abrió bien para que pudiera coger ella misma del contenido. Loretta se quedó mirando las nueces doradas y las bayas secas. La noche anterior, cuando había accedido a comer y a beber, se había sentido demasiado enferma y cansada como para pensar con claridad. A la luz del día, y a pesar de lo que acababa de decirle, parecía bastante probable que la hubiese mentido acerca de lo de volver a casa.

Se hizo una rápida composición de lugar de lo que le rodeaba. Su escudo de guerra descansaba sobre un trípode cercano, las plumas que formaban el tocado se mecían con la brisa que entraba por la puerta. Podía oír una multitud de voces provenientes del exterior, palabras atropelladas e incomprensibles para ella. Su poder sobre ella era absoluto. Él podía mantenerla allí todo el tiempo que quisiese. O matarla si se le antojaba.

—Cazador de Lobos, ¿dijiste de verdad...?

—Cazador, si a tu lengua se le hace difícil.

Se chupó los labios.

—Cazador... ¿dijiste de verdad lo de que ibas a llevarme de vuelta a casa?

—Lo he dicho.

Ella estudió la oscuridad de sus facciones, en busca de algo que pudiera decirle lo que estaba pensando. «Lo he dicho». Ninguna inflexión en la voz, ninguna expresividad. ¿Qué tipo de respuesta era esa?

—Sé lo que has dicho, ¿pero lo has dicho de verdad?

Él apretó los labios.

—Lo he dicho.

Loretta se abrazó las rodillas. Por el tono de su voz, se diría que no le gustaba que cuestionaran sus palabras.

—Yo... —Se clavó las uñas en las manos—. ...Me gustaría tanto irme a casa.

Loretta fijó la mirada en el medallón de su captor. Todo a su alrededor le hablaba de él y se adentraba en sus sentidos, el olor a cuero, humo, polvo y comida desconocida. Debía de estar loca por confiar en él. Pero, ay, lo deseaba tanto. Volver a casa. Con tía Rachel y con Amy. Era verdad que hasta ahora nunca la había mentido: excepto aquella vez que había prometido cortarle la lengua y luego no lo hizo. Y esto no era en verdad algo que pudiera reprocharle.

Cogió un puñado de frutos secos y se llevó una pequeña cantidad a la boca. El sabor dulce de la miel le rozó la lengua y activó sus glándulas salivares. La respuesta de su estómago fue instantánea. Cazador oyó este sonido y levantó la ceja.

—¿Es bueno?

—Sí —dijo Loretta metiéndose otro bocado y limpiándose la palma de la mano en los calzones—. Delicioso.

—¿De-li-ci-o-so?

Por un breve espacio de tiempo, Loretta olvidó que le tenía miedo y le sonrió abiertamente, antes de darse cuenta de que había bajado la guardia. Cuando él le devolvió la sonrisa, sintió una calidez extraña que le recorrió el cuerpo. No era la primera vez que le veía sonreír, pero nunca de esta manera.

—Delicioso —repitió ella—. Significa muy bueno, mucho mejor que solo bueno.

Su sonrisa no se desvaneció, y de repente ella pensó que era fascinante. Si se hubiese tratado de un hombre civilizado, esa mueca le hubiera robado la respiración. Sus labios perfilados se levantaban de forma perezosa y dejaban al descubierto unos dientes blancos immaculados. Unas líneas de expresión rodeaban su sonrisa. Desde luego, no era la cara de un asesino.

El sueño se desvaneció en el momento en que él alargó el brazo para tocarle la mejilla. Este movimiento repentino la hizo retroceder y recordar quién era él y lo que era. Que la consideraba de su propiedad. Al ver que ella se apartaba, le cogió un mechón de cabello y lo enredó entre sus dedos.

—Tú eres de-li-ci-o-sa. Como los rayos del sol.

Desconcertada por el brillo que veía en sus ojos, Loretta le cogió la mano y se la desenredó del pelo. El hecho de que no hubiera cabelleras en su tienda no significaba que no pudiera hacerse con una si le cambiaba el humor.

—Solo las cosas que pueden probarse son deliciosas.

En el momento en el que las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que él estaba ya mordisqueándole el cuello. El calor le subió por la nuca. Como si adivinase sus pensamientos, bajó la mirada hasta su garganta. Loretta deseó haber llevado un vestido de estar en casa, con mangas de lana y cuello alto.

Vio un brillo pícaro en sus ojos. ¿O era solo un engaño de la luz?

—Este comanche no es ningún tonkowa, un comedor de gentes.

—¿Los tonkowa comen gente? —El año pasado un grupo de tonkowa se habían quedado en Belknap. Loretta había visto a algunos un día que visitó el fuerte. Le

habían parecido unos indios amables e inofensivos. Incluso se habían ofrecido como escoltas a la patrulla fronteriza para ayudarles a rastrear a los comanches. ¿Había estado a solo unos centímetros de unos caníbales?—. Dios mío —susurró.

Él se golpeó la frente con la mano.

—No, dios mío. Se comen a los enemigos valientes para robarles el coraje. Es bastante *boisa*. Son *to-ho-ba-ka*, enemigos del pueblo.

Se levantó de la cama y cogió la cantimplora. Loretta bebió del agua que él le dio y después se la devolvió con un murmullo de satisfacción.

—Beberás más.

—No, gracias.

De repente se sintió cansada y deseó que él se fuera para poder dormir. En vez de eso, puso el tapón a la cantimplora y se volvió a sentar en la cama. Ella levantó las rodillas y lo miró fijamente. Él le devolvió la mirada. El silencio se hizo pesado, como la pesadez que cerraba sus párpados.

—Pareces cansada —dijo él suavemente, echándose hacia delante para dejar la cantimplora y el vaso en el suelo—. Te acostarás, ¿de acuerdo?

Entonces se le ocurrió que él podría estar pensando en tumbarse con ella, como había hecho durante el viaje.

—No, no, estoy bien... de verdad.

Cazador le cogió el tobillo. El calor de su mano le sacudió la pierna. Tanta familiaridad la dejaba sin aliento. Por muy acostumbrada que estuviese ya a sus caricias, seguían sin gustarle y mucho menos podía aceptarlas. De donde ella venía, una mujer ni siquiera enseñaba los tobillos, mucho menos permitía que un hombre se los tocara. Y este hombre tocaba todo lo que quería, sin dudar. Tiró de ella suavemente.

—Te acostarás boca arriba. Sin daño, ¿vale? Te vigilaré.

—¿Tienes que hacerlo?

—¿Hein?

¿Hein? Loretta no tenía ni idea de lo que esto significaba.

—¿Debes mirarme? Me pone nerviosa. No tengo escapatoria.

—¿Nerviosia?

—Nerviosa —Loretta encogió un hombro y después trató de quitarle los dedos de su tobillo—. Nerviosa... incómoda. —Sacudió la pierna. Su mano se movió con el pie, sin soltarla—. ¿Podrías soltarme? Es indecente, que me toques así.

—¿In-de-sen-te?

—Indecente. Vergonzoso. ¿Podrías soltarme, por favor? Es mi pie, no sé si lo sabes.

—Y tú eres mi mujer.

Ella echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Su mano era como el acero y la superaba con al menos cuarenta quilos de peso en cada uno de sus músculos. Su mujer. Por un momento había conseguido olvidarse de esto y se había dejado enredar

por una falsa sensación de seguridad.

Él la cogió de la pierna y la deslizó hacia él hasta que tuvo que tumbarse de espaldas. Después le soltó el tobillo para ponerse sobre ella, colocando una mano a cada lado de su cuerpo. Loretta miró su cara oscura y su corazón palpó con fuerza. Se le secó la boca.

Después de todas las veces que había luchado contra él, sabía lo fácil que le resultaba inmovilizarla con su peso, lo rápido que podía capturar sus manos y dejarla completamente indefensa. El brillo de deseo que vio en sus ojos la horrorizó. ¿Qué podría detenerlo esta vez? Por mucho que gritase, nadie vendría en su ayuda.

¿Dónde estaba su madre y su cuchara ahora que la necesitaba?

—Dormirás. —El timbre bajo de su voz le atravesó el oído—. Te vigilaré.

Con esto, la dejó y se sentó sobre el jergón. Al momento oyó unos golpes secos y al levantarse para mirar, vio que Cazador se dedicaba a pulir una piedra con un punzón de hueso. Al observarlo más de cerca, vio que había dos puntas de flecha de piedra junto a él, flechas que sin duda utilizaría un día para matar a los blancos. Se acurrucó poniéndose de lado y lo miró fijamente. Incluso a esa distancia la intimidaba. Y sin embargo, dependía por completo de él. Nunca podría dormir tranquilamente teniéndole al lado.

Un poco más tarde, una sombra oscureció la tienda. El primo de Cazador estaba de pie en medio de la puerta. Se estremeció al ver las facciones desfiguradas del hombre. Casi desnudo, las únicas prendas que le cubrían eran el taparrabos y los mocasines.

Le dedicó apenas una mirada, como para dejar claro que no le importaba demasiado su presencia. Una vez dentro, fue como si el aire se llenase de maldad, una frialdad terrible y evidente. Miró a Cazador. Para sorpresa de Loretta, se dirigió a él en inglés:

—Tu padre me dice que llevarás a la mujer de vuelta. Primo, es *boisa*. Mátala. Si no puedes derramar su sangre, yo lo haré.

Loretta cerró la mano en un puño y se golpeó el pecho con ella.

Cazador la miró, y después se levantó.

—No hablarás de matar, Búfalo Rojo.

Búfalo Rojo gruñó disgustado.

—Haré más que hablar. Te pido que la llesves al fuego central.

¿El fuego central? Loretta sintió que le faltaba el aire en los pulmones. Casi podía oír el crepitar de las llamas.

Cazador estiró las piernas y se cruzó de brazos.

—Ella es mi mujer. Se queda en mi tienda.

—¿Y aun así la devuelves a su gente? Pégalala. Comerá. Si no puedes conseguirlo, yo lo haré.

Búfalo Rojo avanzó hacia el jergón. Loretta miró a Cazador, aterrorizada. Fuera o no su captor, era el único que podía protegerla, la única persona que la separaba de la

muerte. Sus ojos azul oscuro se encontraron con los de ella. Búfalo Rojo se abalanzó y trató de cogerle el brazo. Loretta se encogió, respirando entrecortadamente.

En el último segundo, Cazador dijo:

—No la toques, primo. Mi corazón yacería sobre la tierra si tuviera que levantar mi mano contra ti.

Loretta cerró los ojos, aliviada. Después volvió a abrirlos.

—¿Te atreves a desafiarme? —Búfalo Rojo se puso tenso y se retorció—. ¿Por una mujer de pelo amarillo? ¡Somos de la misma sangre! ¿Me traicionarías por una mujer que te odia?

Las venas del cuello de Cazador se hincharon, único signo visible de su enfado.

—¿Yo te he traicionado? ¿Crees que mis ojos no ven? ¿Que no sé cómo llegó la serpiente a su cama?

Loretta se apretujó contra el cuero tirante de la pared, mirando primero a un hombre y después al otro. Búfalo Rojo había empezado a temblar, con las manos como garras a ambos lados del cuerpo.

—¿Dices que yo puse la serpiente allí?

—Eso es lo que me susurra mi corazón. *Mea*, ve. Hasta que tu lealtad hacia mí sea mayor que tu odio.

—¡Me he puesto en medio de ti y los rifles del enemigo!

—Y ahora quieres hacer la guerra con mi mujer. No vuelvas a ponerme a prueba, primo.

Los músculos de la espalda de Búfalo Rojo se encogieron y se movieron con nerviosismo. Se quedó allí de pie un momento, temblando de rabia, y después se dio la vuelta y escupió en dirección a Loretta, los ojos negros lívidos de odio.

—Tu mujer —rugió—, me revuelve el estómago. ¿Has olvidado a tu mujer muerta en manos de un pelo amarillo?

Con estas palabras, salió de allí como alma que lleva el diablo.

Un silencio tenso se apoderó de la tienda. Loretta se estremeció. ¿Alguien había puesto allí la serpiente? Miró fijamente a Cazador, que miraba en dirección a la puerta. Cuando por fin la miró, sus ojos se revolvían de emoción. Volvió a su jergón y se sentó con las piernas cruzadas. Con un suspiro, recuperó el pedernal y el perforador y volvió a trabajar sobre la roca plana que estaba utilizando.

—Dormirás. Yo vigilaré.

La máscara de odio que acartonaba su cara no conseguía esconder el miedo que sentía. Amaba a su primo y aun así la había defendido contra él. Loretta se tumbó, pero sabía que no sería capaz de dormir. Los segundos se convirtieron en minutos, y el silencio seguía pesando entre ellos, roto solo por el golpeteo de la piedra.

Loretta tragó saliva.

—¿Cazador?

Su mirada color índigo se encontró con la de ella.

—Gracias. Por... defenderme.

Casi de manera imperceptible, él inclinó la cabeza.

—Duerme, Ojos Azules. Está bien.

—Si... siento mucho haber provocado esta trifulca, esta gran lucha, entre vosotros. Lo siento de verdad. —Con miedo a que no la entendiese, se colocó una mano en el pecho—. Mi corazón yace sobre la tierra.

Cazador apretó la boca y miró hacia fuera.

—Deja que tu corazón vuelva a estar contento. El odio está sobre él desde hace mucho tiempo.

Algo dentro de Loretta se contrajo. Se abrazó y trató desesperadamente de no pensar, de negar una realidad que no podía aceptar, que Cazador, el asesino legendario, era un hombre que pensaba, y sentía, y amaba... como cualquier otro. Incluso guardaba luto por su esposa muerta.

También era un hombre de palabra. Había prometido defenderla, y lo hacía.

Los siguientes tres días pasaron como en una nube. La mayor parte del tiempo Loretta dormía bajo la vigilante mirada de Cazador. Cuando se despertaba, siempre le veía cerca, o dentro de la tienda o siempre a la vista aunque estuviera fuera. En vez de sentirse incómoda, empezó a notar cierta tranquilidad de saberle cerca. Cuando tenía sed, le traía agua. Cuando tenía hambre, la alimentaba. Cuando la noche era fría, la cubría con las pieles de búfalo. En los momentos en los que tenía que hacer sus necesidades, la acompañaba y a pesar de las miradas hostiles que recibía de los otros indios del poblado, ninguno se atrevía a acercarse porque él estaba a su lado. Terminó por depender de él para todo.

En la tarde del tercer día, Cazador la llevó a dar un paseo. Desconocía el motivo y cuando vio que se alejaban bastante del campamento empezó a sentirse incómoda. El azul claro del cielo había empezado a volverse de color metálico y parecía empujar la tierra en el horizonte. A su izquierda, río abajo, podía oír el canturreo de los pájaros que se preparaban para pasar la noche. Estaba a punto de anochecer.

Empezó a imaginarse cosas. ¿Habría cambiado Cazador de idea sobre lo de llevarla a casa? ¿Le habría convencido su primo para que la matara? Él era un hombre de pocas palabras, y cuando aceptaba hablar, su inglés básico solía dejarla con más preguntas que respuestas.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Ya lo verás.

Miró con nerviosismo el cuchillo que llevaba en la cintura. Después sus ojos recorrieron la musculatura de su torso hasta terminar en su cara. La brisa le agitaba el pelo y se lo quitaba de la cara, lo que le dejaba ante sí una buena vista de sus facciones.

Había terminado por acostumbrarse a la cicatriz de su mejilla y apenas la notaba. Descubrió sin embargo la altivez de su barbilla cuadrada, la línea elevada de su

mandíbula, el perfil cincelado de su nariz y su frente. Al examinarle de esta manera, se convenció de que por muchos defectos que tuviese, la mentira no era uno de ellos.

A Loretta le sudaban las manos. Le apartó la cara y trató de seguirle el paso sin resbalar o golpearse los pies desnudos con alguna piedra. Se rozó el pecho con un arbusto lleno de flores rosas y dejó que el delicado perfume inundara sus fosas nasales.

Cazador le agarró de un brazo para ayudarle a pasar por unas rocas mojadas que zigzagueaban hacia el río. El peso inesperado de su mano le hubiese quitado la respiración una semana antes. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo había podido llegar a mirar a un comanche como alguien en quien podía confiar? Era una locura.

Pero no podía negar la realidad.

Ah, tampoco es que confiara en él plenamente. Eso hubiese sido estúpido. Provenían de mundos diferentes, y su definición de hacer daño era seguramente muy diferente a la suya. Loretta sabía que podía forzarla y que lo haría de una forma brutal. Si le contrariaba, podía golpearla. Pero su vida no estaba en peligro. Al menos no en manos de él.

El relincho de un caballo fue la pista que necesitaba Loretta para saber dónde iban. Habían llegado a lo alto de una loma y la vista era magnífica. Una extensa pradera de hierba amarilla se extendía ante ellos, y estaba llena de todo tipo de caballos —alazanes, ruanos, pintos, grises y cualquier otro color que uno pudiese imaginar—. Cazador la instó a que se quedara en el sitio mientras él se acercaba a la manada. Unos cuantos minutos más tarde regresó con un pura raza negro. El caballo se parecía mucho a aquel otro al que ella había roto la pata.

Cazador aminoró el paso conforme iba acercándose y le dio el cordel para que cogiera al caballo, mirándola con esa expresión que tan perturbadora le había parecido antes. Ahora le conocía lo suficiente como para saber que ese brillo era solo una sonrisa que aún no había aflorado a sus labios. Cuando sus dedos apresaron la cuerda, Loretta levantó los ojos:

—Es precioso.

—Cuando el sol salga, cabalgaremos a tus paredes de madera. Él te llevará. —Cogiéndole la mano, Cazador se acercó a la cabeza del animal y le puso la palma bajo el hocico—. Dale tu olor.

El caballo resopló y mordisqueó sus dedos con un gruñido de bienvenida.

—Es muy bonito, pero después de todo lo que ha pasado... No puedo montarlo. Nunca me perdonaría si le pasase algo. Estoy tan arrepentida... —Se calló y se mojó los labios. Se dio cuenta ahora de que nunca le había pedido perdón por matar a su caballo. Debería hacerlo ahora, pero había pasado demasiado tiempo, y no estaba segura de qué era lo que podía decir—. Mi corazón yace sobre la tierra por tu caballo muerto. No quisiera que le ocurriera nada malo a este.

—Está cumplido. —Su rostro se contrajo al hablar—. Este caballo dice «hola, hites», ¿cómo estás, amigo? —Le pasó por el cuello negro su brazo musculoso y se lo

acercó hasta el hombro—. Es el hijo de mi amigo que murió. Respira junto a él para que conozca tu olor y te recuerde sin horizonte.

La idea de besar a un caballo no le atraía demasiado, pero después de ver la relación que tenía Cazador con su otro caballo, no podía negar que sabía mejor que ella como comunicarse con ellos. Se inclinó y respiró cerca del hocico del animal. El caballo resopló y le rozó la cara, relinchando y soplando. Loretta no pudo evitar sonreír y dio un paso hacia atrás para secarse la cara con la manga. Levantó los ojos y vio que Cazador sonreía. Su risa se apagó al darse cuenta de la situación. Él aún la tenía cogida de la mano, y el contacto con su piel le aceleró el corazón.

Él apretó los dedos.

—¿Te gusta?

—Pues... sí, es maravilloso. No tiene la oreja izquierda rajada como los otros, ¿por qué?

—La oreja rajada indica que el caballo es dócil. Este no lo es. Si otro le pone la mano encima, luchará la gran batalla.

—Entonces, ¿cómo voy a poder montarlo?

—Serás su amiga. Acércate.

Sin embargo, Loretta dio un paso hacia atrás.

—Pero está sin domar.

Apretándole la mano, Cazador tiró de ella hacia delante.

—Él es amigo mío y de nadie más, ¿entiendes? Me lleva porque quiere. Ahora, él te llevará.

Con esta explicación, que para nada consiguió tranquilizarla, recuperó la cuerda y la cogió en brazos para subirla al caballo.

Loretta miró hacia abajo.

—No... no estoy segura de que esto sea una buena idea.

—Está bien. Confiarás, ya verás. Le he hablado y lo acepta. Túmbate sobre su cuello y susúrrale tu corazón a la oreja. Pásale las manos por encima. Aprieta las piernas en sus costados.

Con el corazón en un puño, Loretta hizo lo que le pedía y le susurró:

—Por favor, caballo, no te vuelvas loco y me mates. —El caballo relinchó y le olió los pies desnudos. Cazador se rio:

—Puede oler tu miedo y pregunta si hay peligro, ¿eh? ¿Debe correr como el viento? ¿Debe quedarse quieto? Está *nervosio*, como la pequeña ojos azules está *nervosia* cuando cree que yo voy a comerla y clavarle los dientes en los huesos. Le dirás lo que yo te digo a ti, que todo está bien.

Loretta retiró el pie, con miedo a que el caballo pudiera morderla.

—Tal vez no me entienda. Es un caballo comanche, ¿no?

—*Toquet*, está bien. Susúrrale tu corazón. Las palabras están en tus manos. Si tú estás tranquila él estará tranquilo.

Le pasó las manos por su sedoso pelaje y sus dedos recorrieron los poderosos

músculos del cuello y la espalda. Cuando se convenció de que no iba a encabritarse se relajó. El semental bajó la cabeza y empezó a pastar. Cazador le pasó la cuerda.

—Deja que te lleve, ¿de acuerdo? Susúrrale. Enséñale que tus manos no le traerán nada malo, solo cosas buenas. Encontrará hierba dulce y escuchará.

—Es tan bonito, Cazador.

—Díselo a él.

Loretta lo hizo. El caballo levantó las orejas y relinchó. Mientras pastaba, ella le acarició. Justo cuando empezaba a sentirse cómoda, Cazador la bajó del caballo. Al quitarle la cuerda, capturó también su mano y se la cubrió con sus largos dedos.

—Ahora es tu amigo. —Pasó el brazo que tenía libre por la espalda del animal—. Si respiras cerca de él a menudo, puedes pintarte la cara o ponerte hojas en el pelo, pero él siempre te reconocerá. Para siempre.

—Bueno, al menos hasta que llegue a casa. —Tragó saliva—. Porque aún me voy a casa, ¿no?

Algo brilló en sus ojos, algo peligroso. De repente, a Loretta empezaron a pesarle las piernas. Le observó impotente mientras le llevaba la mano a la mejilla él.

—¿Deseas irte?

Tenía la mandíbula dura y cálida.

—Sí, quiero irme.

Él le quitó la mano de su cara y se la llevó al pecho, obligándola a presionarle el músculo. Sus miradas se encontraron, la de él inquieta y penetrante. Loretta deseaba alejarse pero sabía que poco podía hacer para soltarse. Podía sentir el corazón del indio, un latido constante y robusto que contrastaba con los latidos entrecortados de su propio corazón.

—¿Desandarás tus pasos y tomarás un nuevo camino?

—Yo...

Le subió la mano y se la puso en su hombro, obligándola a acercarse más. Era tan alto que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Si hubiese sido un hombre blanco, hubiese pensado que iba a besarla. Pero no era un blanco. Y dudaba que lo que tuviera en mente fuera una caballerosa seducción. Podía ver el calor en sus ojos al mirarla, un calor que no había estado allí antes.

—Te tendría junto a mí —le dijo con voz ronca.

—Pero prometiste llevarme a casa.

El semental relinchó y se movió hacia un lado, tirando de ellos hasta casi hacerles perder el equilibrio. Cazador soltó al caballo para cogerla, rodeándole la cintura con el brazo. Loretta se puso tensa al ver que unos muslos duros se pegaban íntimamente contra ella.

Él inclinó la cabeza para olisquearle el pelo y Loretta pudo sentir su aliento en la cabeza. Sintió un escalofrío. Al principio luchó por separarse de él pero después sintió como si una red invisible fuera tejiéndose alrededor de ella, y los hilos de plata le impidieran moverse o pensar.

Cerró los ojos, terriblemente asustada de él y de todo lo que pudiera hacerle sentir. Trató desesperadamente de recordar la imagen de su madre, cualquier cosa con tal de romper el hechizo. Quizá sí que era un seductor después de todo. Sabía que debía apartarse, pero una fuerza desconocida la paralizaba. Él le tocó el hueco del cuello con la boca, provocándole un escalofrío por todo el cuerpo. Una languidez traicionera se extendía por su vientre. Por un instante, quiso tumbarse sobre él, dejar que sus maravillosos brazos la cubriesen.

Y entonces sintió una mano en la espalda desnuda, y fue suficiente para hacerle recuperar la cordura. Abrió los ojos y dio un pequeño grito. Trató de arquearse para separar su cuerpo del de él y solo consiguió darle un mejor sitio para su boca. Él presionó los labios sobre el hueco de su garganta, allí donde el pulso se precipitaba como un río caudaloso. Una mano encallecida se deslizó lenta pero inexorablemente por su costado, y debajo de su pecho sintió el roce suave de su pulgar. Horrorizada, le cogió por la muñeca, aunque sabía que sus dedos eran una débil resistencia a su voluntad.

—Ah, *nei mah-tao-yo* —susurró—. Tiembblas.

La boca siguió descendiendo y unos dientes como la seda le mordisquearon la nuca. Consciente de que su generoso escote era poca barrera para él, dejó de cogerle la muñeca y le cogió la cara con las dos manos. Le obligó a levantar la cabeza y se enfrentó a su mirada, aún más desconcertada al ver el deseo que brillaba en sus ojos.

—Me estás asustando.

—Es *boisa*, este miedo. —Colocó su mano cálida sobre sus costillas—. Eres mi mujer.

—Y eso es precisamente lo que me da miedo. No puedes comprar a una mujer. —Loretta se retorció hacia un lado y le presionó con el brazo la laringe. No estaba engañándose. Sabía que si él insistía, ella no tendría forma de defenderse—. ¿Por qué no puedes entenderlo? Una mujer debe acercarse libremente.

Soltándole la muñeca, Cazador se alejó de ella, mirándole con ojos inquisitivos y preocupados.

—Y cuando te acerques libremente, ¿no tendrás miedo?

—Yo... —le miró fijamente—. Supongo que si viniera, y esto no significa que vaya a hacerlo, no me malinterpretes, que si me acercara a ti libremente, entonces no, no tendría miedo. —Loretta sabía que estaba balbuceando. Él parecía confuso, y no podía culparle por ello. Guardó silencio y apartó la vista—. Es del todo imposible que lo haga, pero si lo hiciera, creo que no tendría miedo. No vendría si lo tuviera.

Él relajó el brazo con el que rodeaba su delicada cintura. Después de estudiarla durante lo que le pareció una eternidad, dijo:

—Entonces este comanche esperará. Hasta que los espíritus te guíen en un gran círculo de vuelta a mí.

El viaje de vuelta duró cinco días. Aunque estaba impaciente por llegar, tenía que reconocer que estaba disfrutando del viaje. Los cuarenta valientes comanches que los acompañaban parecían aceptarla, y ya no se sentía amenazada cuando su captor se acercaba. Volvía a casa. La pesadilla casi había acabado.

Loretta estaba preocupada por cómo iban a recibirla. La gente no iba a creer que su comanche no había abusado de ella. Pero se enfrentaría a ello cuando ocurriera. Por ahora, le bastaba con saber que iba a ver a Amy y a tía Rachel de nuevo.

Cazador hacía que el tiempo pasase más rápido enseñándole cosas mientras cabalgaban: cómo encontrar agua por la observación de los pájaros y los caballos salvajes, también con la ayuda de los tipos de hierba que solo crecían alrededor de las fuentes de agua; cómo rastrear huellas; y, lo más fascinante, cómo leer las señales dejadas por un comanche para saber la dirección que habían tomado.

—Cazador, si dejáis señas para otros grupos de comanches, ¿por qué a los blancos les resulta tan difícil seguirlos?

—Ellos no son inteligentes.

Loretta se rio.

—Creo que debería sentirme ofendida. ¿Crees que soy estúpida?

Él la miró de una manera que le hizo reír otra vez.

—Un poco lista. Porque yo te enseño.

—Ah, ¿así que soy una ignorante y no una estúpida? Supongo que puedo aceptarlo. —Recorrió con la vista la inmensidad de las colinas doradas que se extendían ante ellos, alineadas como hogazas de pan sin levadura. Esta tierra áspera era la tienda de abastos de Cazador, el lugar que cubría todas sus necesidades. Para ella era un lugar extraño y espantoso, tan inmenso que le provocaba claustrofobia. Se sentía vulnerable allí fuera, horriblemente vulnerable—. En mi mundo, tú tampoco serías inteligente.

—Eso está bien. Las costumbres *tosi tivo* son *boisa*.

—¿Y eso?

Señaló con la cabeza hacia un árbol mezquite raquítico que había crecido en medio de un montículo de rocas.

—Ellos plantan árboles muertos en la tierra, y los árboles se caen. Este árbol no se cae.

El caballo de Loretta se movió inquieto. Ella cambió el peso del cuerpo y tiró de las riendas para sujetarlo, acariciándole el cuello mientras alcanzaba a ver en medio de una nube de polvo a otros caballos que los rodeaban.

—No, no se cae, pero tampoco está donde debería estar para sostener una valla.

—¿Una valla dice que la tierra pertenece a un *tosi tivo*? Él se convertirá en polvo que se lleva el viento, la valla se estropeará y la tierra seguirá allí. Otro *tosi tivo* vendrá y plantará más árboles muertos. Es bastante *boisa*.

—Pero los *tosi tivo* compran la tierra. Les pertenece. Ponen los árboles muertos para que otros sepan dónde están sus fronteras, para que su ganado no se escape.

—No se puede comprar la tierra. La Madre Tierra pertenece a su verdadera gente. Loretta miró a los otros guerreros, silenciosa y pensativa.

—Su gente, ¿los de tu pueblo?

—Sí.

—Eso es lo que creéis vosotros. Pero según nuestro pueblo, la tierra puede comprarse. Y se le puede poner vallas. ¿Lo entiendes? Nadie quiere robársela. Ellos solo están cogiendo lo que el gobierno les da o aquello por lo que pagaron. Debéis aprender a ser más abiertos. Hay mucha tierra, muchísima.

Cazador gruñó.

—Deja que sean los *tosi tivo* los que encuentren esa muchísima tierra y planten árboles muertos en ella. Esta es la tierra comanche, y no se puede dar o comprar.

—Y nosotros decimos que sí se puede. Como tanto te gusta decir, no es sabio luchar cuando no se puede ganar. Nosotros somos más fuertes. Tenemos mejores armas. Cuando os veáis superados en número y rodeados, deberéis abandonar vuestras creencias y aceptar las nuevas.

Él la miró fijamente.

—¿La fuerza tiene la razón?

—Bueno, sí. Supongo que se puede decir que así es.

—Tú dices que una mujer no puede comprarse. Yo digo que sí se puede. Yo soy el más fuerte, así que tengo la razón.

Ese momento de confianza que empezaba a tener junto a él se desvaneció.

—Eso es diferente.

—Yo digo que no. —Un brillo pícaro parpadeó en sus ojos mientras la miraba desde el tobillo hasta la cintura. La forma en la que fijó la atención en sus caderas la hizo sonrojarse—. Tú piensas diferente, pero yo soy fuerte y tú no. Puedo coger aquello por lo que he pagado. Te rendirás, ¿no? ¿A mis creencias?

—Nunca. —Tiró del escote de la camisa, dándose cuenta una vez más de que solo unos pololos le cubrían las extremidades inferiores—. No es para nada lo mismo.

—Claro que lo es. Tu corazón grita no. Nuestros corazones gritan no. La fuerza no es siempre buena, Ojos Azules. No pidas a este comanche que haga lo que tú no puedes. Es sabio.

Se le hizo un nudo en la garganta. Nunca había analizado la situación desde el punto de vista de los indios. ¿Su tierra? De alguna forma tenían derecho a pensar así. Ellos estaban allí primero. Se mordió el labio superior, resistiéndose a admitir lo que le costaba tanto aceptar.

—Siento mucho que os hayan quitado vuestra tierra, Cazador.

—Yo lo siento, tú lo sientes. Ellos cogen la tierra. Matan a los búfalos. Nuestro dolor no sirve para nada.

Loretta se inclinó para peinar con los dedos la crin de su caballo, aún incómoda

de ver el giro que había tomado la conversación. Estaba impaciente por cambiar de tema.

—Mi buen amigo está algo inquieto. ¿Vamos a parar pronto para hacer un descanso?

—Sí.

—Tu buen amigo también está cansado. —Miró al caballo que él montaba, una réplica casi exacta del suyo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Cazador torció la boca.

—Si digo que no, ¿te quedarás callada?

—¿Estás diciendo que hablo demasiado? —Loretta dudó, dándose cuenta de que era cierto. El silencio había sido su cárcel durante demasiado tiempo. Y ahora que tenía la oportunidad, quería saber todo lo que pudiera sobre él, para hacer descansar a sus propios fantasmas—. Me preguntaba solo que, de estos dos caballos, ¿por qué elegiste a este como tu buen amigo? ¿Es superior al tuyo por algún motivo?

—¿Sup-eri-or?

—Mejor.

—No mejor. Tiene las pezuñas delanteras curvas, como mi buen amigo que murió. —Se detuvo y pareció buscar las palabras correctas—. Es su cara en el agua, ¿no? ¿Cómo decís esto vosotros?

Loretta se inclinó a un lado para ver las huellas que dejaba el animal. Su pezuña delantera derecha dejaba una huella en forma de luna creciente en el suelo.

—¿Reflejo?

—Sí, él es su reflejo.

—La viva imagen de... ¿cómo se llamaba tu amigo?

—No se puede decir. Está muerto, ¿no? Decir su nombre sería faltarle al respeto. ¿Qué tiene esto que ver con los vivos?

—Solo es una forma de decirlo. Cuando alguien o algo se parece a otra cosa, se dice que es la viva imagen. No sé por qué.

—¿No lo sabes, pero dices las palabras? Las palabras que salen de tu boca dicen quién eres, Ojos Azules. Si digo una mentira, soy un *easop*, un charlatán. Si hablo de odio, mi corazón arde de odio. Mi pueblo no habla si no conoce las palabras. Si se ha dicho, debe ser así. Un hombre es lo que habla. ¿No es así con los *tosi tivo*?

Loretta se encogió de hombros y dejó escapar una sonrisa.

—No creo, de todas formas, que por ser la viva imagen el caballo pudiese revivir. Es solo algo que la gente dice.

—Aprenderás lo que significa «ser la viva imagen de algo», ¿no? Y me lo dirás. ¿Cuando volvamos a vernos?

La miró, con una expresión, de repente, solemne.

—Volvemos atrás en nuestros pasos, ¿eh? Quizá tú también lo hagas un día cuando estés en tus paredes de madera. Podrías ser un poco feliz siendo mi mujer, ¿verdad?

Loretta fijó los ojos en el horizonte que se extendía ante ellos. Estaban solo a un día y medio de camino de casa. Un día y medio de su ropa, de poder lavarse el pelo, de comer su propia comida. Sí, él había sido bueno con ella. Aunque le costase admitirlo, estaba incluso empezando a gustarle. Pero no lo suficiente como para ser suya. Eso nunca.

—Para ser feliz, debo estar en mis paredes de madera —dijo ella de forma no muy convincente—. Esa es mi casa y allí es donde está mi gente.

Solo le quedaban dos noches antes de llegar a casa. *Suvate*. Casi había terminado.

Para desconsuelo de Loretta, cuanto más se acercaban a casa, menos ganas tenía de llegar. El tiempo pasaba tan deprisa... Al anochecer del día siguiente, se detuvieron para pasar la noche a los pies de la montaña Whiskey. Durante el viaje, los hombres habían recogido finas ramas de sauce y ahora se sentaban en pequeños grupos para hacer lanzas, que marcaban con las plumas correspondientes. Loretta se asustó en un principio, pero cuando Cazador le aseguró que no tenían la intención de atacar la granja, se sentó junto a ellos a mirar cómo trabajaban. Le fascinaba ver los largos y esbeltos dedos de Cazador, delicados y fuertes a la vez. Recordó cómo eran sobre su piel, cálidos y suaves, capaz de hacer daño pero sin embargo, siempre cariñosos. Un cosquilleo extraño le subió por la garganta.

Se dio cuenta de que cada pluma tenía una pintura diferente.

—¿Qué es lo que dicen tus plumas?

—Llevan mi marca. Y dicen un poco sobre la canción de mi vida. —Hizo una mueca con los labios—. Mis marcas dicen que soy un hombre bueno, un buen amante, un buen cazador, con un brazo fuerte para proteger a la pequeña pelo amarillo.

Ella se abrazó las rodillas y le dedicó una sonrisa burlona.

—Apuesto a que tus marcas dicen que eres un valiente guerrero al que las pelo amarillo deberían tener miedo.

Él se encogió de hombros.

—Lucho la gran lucha por mi gente. ¿Es eso malo?

Loretta cogió un puñado de hierba y se la llevó a la nariz. Su olor era penetrante.

—¿Vais a hacer una incursión mañana después de dejarme en casa?

Él levantó los ojos de lo que estaba haciendo.

—¿Con esto? —Sus ojos oscuros sonrieron mientras estudiaba la curvatura de la lanza—. Ojos Azules, un *tse-ak* curvo como este mataría al amigo que está junto a mí. Este *tse-ak* dice «hola, *hites*, hola, amigo mío».

—¿A quién?

—A todos los que pasen. Ya lo entenderás, ya verás.

—¿Estás seguro de que no vais a atacar mi casa?

—No habrá lucha. Tranquila.

Después de terminar la lanza, ella y Cazador encendieron fuego lejos de los otros y después se sentaron junto a las llamas para comer de la provisión que su madre había preparado cuidadosamente para el viaje. La boca se le quedó seca al masticar la cecina de búfalo. La bola de carne se fue haciendo cada vez más grande, un nudo gigantesco que no podía tragar.

Esto era todo, era la última vez que comerían juntos. La última vez. Era estúpido sentirse triste, pero así era como se sentía.

Poco después de terminar de comer, prepararon los jergones cerca de las brasas del fuego y se retiraron a dormir. Loretta se tumbó mirando al cielo estrellado. A poca distancia de su brazo, Cazador dormía. Al menos, eso es lo que parecía. Nunca podía estar segura de ello. Él podía quedarse quieto como una roca un momento y al momento siguiente ponerse en pie, completamente despierto. Quizá él también estaba un poco triste. Al día siguiente tendrían que decirse adiós.

Una palabra que se le antojó bastante solitaria. Y definitiva. Por algún motivo, Dios sabría por qué, había terminado por cogerle cariño. Lo suficiente como para desear que se encontrasen de nuevo algún día. Era una locura. Lo mejor sería que sus caminos no volviesen a encontrarse. Ella tenía su mundo, él el suyo, y los dos no deberían mezclarse. Nunca podrían hacerlo, ni en un millón de años.

Recordó a su madre golpeando las cabezas con la cuchara, la risa alegre de Mirlo. Los comanches. Esta palabra había dejado de aterrorizarla. ¿Lo haría otra vez después de que se separaran? Loretta suspiró. Cuando él se hubiese ido, volverían a ser enemigos. La tregua era solo provisional. Si él volvía a la granja, tío Henry le dispararía. Esta idea hizo que se le encogiera el corazón.

—¿Cazador? —susurró—. ¿Estás despierto?

Silencio. Ella se cubrió hasta la barbilla con la piel de búfalo y tembló, aunque no tenía frío. Los recuerdos de esos primeros días la invadieron. El recuerdo de su brazo rodeándola mientras dormía, el calor de su pecho contra su espalda, el miedo que había sentido.

De repente, las estrellas que tenían ante sí se hicieron borrosas, y se dio cuenta de que las miraba con lágrimas en los ojos. Trató de cerrar los ojos, y un chorro caliente de lágrimas resbaló por sus mejillas. No estaba llorando, no podía estar llorando. No tenía sentido.

Su garganta emitió un sollozo y ella trató de ahogarlo cubriéndose la boca con la mano. Se sentía furiosa consigo misma. ¿Cómo era posible que le hubiese terminado por gustar un comanche? ¿Cómo podía olvidarse tan fácilmente de sus padres? Era inconcebible. Imperdonable.

—¿*Mah-tao-yo*?

Loretta dio un respingo y abrió los ojos. Cazador estaba de rodillas junto a ella, una sombra oscura que contrastaba con el cielo estrellado.

—¿Estás llorando?

—No... sí. —Su voz era apenas un gemido—. Me siento un poco triste, eso es

todo.

Él se sentó junto a ella y se abrazó las rodillas, con los ojos puestos en la oscuridad infinita.

—¿Te quedarás junto a mí?

—No. —La idea resultaba tan absurda que le provocó una carcajada—. Solo estaba pensando que cuando llegue a casa, volveremos a ser enemigos. Mi gente te disparará si te acercas. Y eso... —se sorbió la nariz y se limpió los ojos con la mano—, eso me pone triste. Y me da miedo. ¿Qué pasará si hay un ataque de los indios? ¿Qué pasará si...? —Movi6 la cabeza para mirarle—. Tal vez un día tenga que apuntar con un arma y me encuentre con que eres tú el que está al otro lado.

—No levantaré mi arma contra ti.

—¿Pero y si no lo sabes? ¿Qué pasaría si en un ataque yo estuviese allí, luchando para proteger a mi familia y amigos? ¿Qué pasaría si apuntase a algún salvaje asesino para hacerle caer del caballo, y resultase que fueras tú?

La miró con unos ojos negros intensos y perturbadores. Después de un momento de silencio dijo:

—¿Dispararías?

Loretta le miró con un nudo en el pecho.

—Ah, Cazador, no. Creo que no podría.

—Entonces deja que tu tristeza se la lleve el viento, ¿de acuerdo? —Sus dientes brillaron blancos a la luz de la luna—. Si nos encontramos en la batalla, sabré la canción que tu corazón canta, ¿de acuerdo? Y tú sabrás la mía.

Ella tragó saliva, tratando de leer la expresión de su rostro, frustrada por la oscuridad que los rodeaba.

—¿Qué pasa si eso sucede? ¿Y si estás atacando una granja, y me ves en la ventana? ¿Qué harías?

—Te saludaría. No habrá guerra entre nosotros.

—Pero hay guerra entre nosotros, Cazador. Nuestra gente se odia, ¿no lo ves?

Él suspiró y la buscó en la penumbra con los ojos.

—*Ob-be mah-e-vah.*

—¿Qué?

—Haz espacio para mí. —Levantó la piel y se tumbó junto a ella.

—¿Cómo... vas a dormir conmigo?

—*Nei che-ida-ha,* tengo mucho frío.

Loretta podía ver que estaba mintiendo, pero se echó a un lado, contenta en el fondo de tenerle allí mientras trataba de no pensar en lo que eso significaba. Él se puso de lado y le rodeó la cintura con el brazo. Sus caras estaban a solo unos centímetros de distancia. Sus miradas se encontraron. Volvió a ver sus dientes blancos en la oscuridad.

—¿Estás triste? ¿Porque tenemos que decirnos adiós mañana?

—No. Volverás a mí haciendo un círculo. Los dioses me lo han dicho.

—¿En tu canción? —Se sorbió la nariz—. Esta canción me ha hecho ya bastante daño.

Él la abrazó más fuerte y la atrajo hacia sí.

—Duerme, *mah-tao-yo*. Esta última vez, a mi lado.

A mediodía del día siguiente, los comanches alcanzaron la colina que miraba a la granja de los Masters y desmontaron de sus caballos, aún fuera de la distancia de tiro. Loretta tiró de las riendas de su caballo con tanta fuerza que le dolieron los nudillos. Cazador cabalgaba a su lado, rozándole las rodillas. Loretta no podía mirarle. En vez de eso se quedó absorta mirando la pequeña casa que pensó no volvería a ver nunca más. Todo parecía seguir igual. Se preguntó qué habría hecho tío Henry con los cincuenta caballos que Cazador le había dado. No estaban en la cerca trasera pastando.

Un remolino azul cruzó el jardín. Amy. Corría hacia la casa para advertir a tía Rachel y a tío Henry de que los indios habían llegado. Le pareció que habían pasado siglos desde que ella hiciera lo mismo la última vez.

Por el rabillo del ojo vio que Cazador se acercaba a ella. Lo miró y él le pasó el colgante con su medallón por la cabeza. La piedra plana estaba aún caliente del lado que había tocado su pecho. Ella lo cogió con la mano.

—¿Lo llevarás siempre? ¿Y recordarás a Cazador de Lobos? ¿Es una promesa que me haces?

—Lo llevaré. —Rodeó el medallón con sus dedos—. No tengo nada que darte.

Sus ojos se nublaron de calidez.

—Tus pololos.

Ella apretó los labios.

—Los llevo puestos. Si los quieres, tendrás que venir y robármelos.

La miró de arriba abajo.

—Tal vez lo haga. Serán bonitos como flores, ¿sí?

Ella suspiró y bajó la cabeza. Sabía por qué le hacía daño ese recuerdo. Se habían hecho amigos. Y decir adiós tenía un lado doloroso.

—Bueno, supongo que esto es todo.

—Por este pequeño momento de tiempo.

Ella levantó los ojos.

—Cazador, no debes...

Él se inclinó hacia ella y le tapó los labios con un dedo.

—Puedes leer mis pasos, ¿eh? Puedes seguirme y volver a mí. Te dejaré señales.

Asintiendo con la cabeza, Loretta se bajó del caballo y le entregó las riendas. En vez de cogerlas, Cazador desmontó y rodeó a su caballo para colocarse junto a ella. Ella echó la cabeza hacia atrás, tratando de sonreír. Su canción no tenía nada que ver con ella. ¿Por qué no podía entenderlo así?

—Gracias por traerme a casa. Mi corazón cantará una canción de amistad cuando piense en ti, Cazador, para siempre en el horizonte.

Él hizo un gesto hacia el caballo.

—Te quedarás con él. Es fuerte y rápido. Él te llevará a la tierra de los comanches, ¿de acuerdo?

—¡Ah, no! No puedo. ¡Es tuyo!

—Ahora tiene un nuevo camino. Tú eres su buena amiga.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nunca volveré con los comanches, Cazador. Por favor, quédate con el caballo.

—Es para ti. Es mi regalo, Ojos Azules.

Loretta se quedó sin palabras. Sin darse cuenta de lo que hacía, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios en lo que pretendía ser un beso rápido de despedida.

Cazador sabía algo de esta extraña costumbre de los *tosi tivo* llamada besar. La idea de dos personas juntando sus bocas siempre le había desagradado. Sin embargo, Loretta era otra cosa. Antes de que ella pudiera retirarse, él le cogió la cara entre las manos y le echó la cabeza hacia atrás para poderle morder levemente los labios. Para conocer cómo era su sabor. Y para recordarlo.

En su inexperiencia, un escalofrío ardiente le recorrió el cuerpo al rozar sus labios contra los de ella. Tenía unos labios blandos y carnosos, tan dulces como la *penende* caliente, la miel. Ella gimió y al hacerlo, él introdujo la lengua entre sus dientes para saborear la humedad, que era incluso más dulce y que le hizo pensar en otros lugares mucho más dulces que le gustaría probar. Cazador entendió por fin por qué a los *tosi tivo* les gustaba besar.

Ella le sujetó las muñecas y se apartó de él. Cazador se retiró también y sonrió, sujetándole aún la cara con las manos. Sus grandes ojos brillaban tan azules como el cielo que estaba en lo alto, con una expresión asustada y desconfiada, la misma que había visto tantas veces aquellos primeros días. Ella era como los abalorios de su madre, hermosos por fuera y una madeja confusa en el interior. ¿Llegaría alguna vez a comprenderla?

—Adiós, Cazador.

A regañadientes, la soltó y la vio conducir el caballo colina abajo. Al llegar al llano, se giró y miró hacia atrás. Sus ojos se encontraron durante un momento. Después emprendió el camino a casa y se puso a caminar deprisa, con el caballo trotando tras ella. Cazador sacudió la cabeza. Solo una Ojos Blancos caminaría cuando tenía un buen caballo para cabalgar.

Fijó la vista en la casa de madera. Solo podía confiar en los dioses para que cuidasen de ella a partir de ahora. Temía que su padre adoptivo quisiese abusar de ella, pero no podía protegerla si no estaba a su lado. Se le contrajo el pecho. ¿Y si la canción no sucedía? ¿Y si el gran círculo del destino no la llevaba de vuelta a él?

Cerró las manos en un puño, conteniéndose para no ir detrás de ella. Ella era su

mujer, y al mismo tiempo no lo era. ¿Sabía que se llevaba con ella un trocito de su corazón? Suspiró profundamente y saltó sobre su caballo.

—¿Estás listo? —preguntó Hombre Viejo.

—No. Espera a que llegue a sus paredes de madera, ¿de acuerdo? Para que no tenga miedo.

Capítulo 14

*E*staba en casa. Loretta traspasó la puerta y empezó a gritar.

—¡Tía Rachel! ¡Amy! ¡He vuelto! ¡He vuelto a casa!

La casa parecía tan silenciosa como una tumba. Loretta se detuvo en seco al llegar al porche. Había visto a Amy en el jardín. ¿Por qué no salía nadie a recibirla? Estaba segura de que no era su intención darle la espalda. Tío Henry, quizá. Pero nunca tía Rachel.

Con las manos temblorosas, Loretta ató las riendas del caballo al poste del porche y avanzó con indecisión. La realidad de su mundo y toda la dureza de sus prejuicios la sobrevinieron de repente. Era una mujer mancillada. Tía Rachel nunca le volvería la espalda, pero Henry podía ser muy convincente. Sus puños lo eran.

Loretta se sintió aterrorizada. No podía haber pasado por semejante infierno para encontrarse ahora con que no tenía casa a la que volver. La piel de ciervo de la ventana izquierda se movió. Loretta echó un vistazo al interior por la estrecha apertura.

—¡Por dios, chica, nos has traído la muerte a nuestra puerta! —gruñó Henry.

Loretta miró por encima del hombro al grupo de comanches que esperaban en lo alto. Avanzó rápido por el porche.

—No van a haceros daño. Cazador me lo ha prometido. Deja que entre, tío Henry.

Se sintió aliviada al oír el sonido de la barra que se levantaba. Después la puerta hizo un crujido al abrirse, apenas lo suficiente como para poder colarse dentro. En cuanto lo hubo hecho, Henry la volvió a cerrar de golpe como si el mismo demonio estuviese ahí fuera. Loretta se giró y miró a tía Rachel agachada ante la otra ventana, lista para disparar. Loretta corrió por el suelo de tablas.

—No necesitáis disparar —le dijo a su tía, quitándole el arma de las manos y poniéndolo contra la pared. Rachel se puso de pie lentamente—. Dichosos los ojos que te ven tía Rachel. Y hueles como el mismo cielo. ¡A agua de rosas! —Loretta se arrojó para abrazar a la mujer mientras la mecía con felicidad—. Ah, gracias a Dios, ha habido veces en los que hubiese dado mi brazo derecho para poder hacer esto.

En lugar de corresponder el abrazo, Rachel se apartó y se quedó allí de pie mirándola con unos ojos azules tan grandes como platos. A Loretta se le encogió el corazón. Tía Rachel, no. Podía soportar el rechazo de todos los demás, pero esta mujer era como su madre.

—Estoy bien, tía Ra... —Loretta se mojó los labios, determinada a solucionar esto, a confiar en la bondad de su tía—. Ya sé que estoy hecha un desastre, ¿pero no te alegras de verme?

Rachel aún parecía paralizada.

—¿Pensabais todos que estaba muerta?

Rachel se mojó los labios.

—Ha... hablas.

Loretta se tocó la garganta y asintió.

—¿No es maravilloso?

Rachel sonrió levemente, y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Que Dios me perdone, pero te di por perdida. Es un milagro.

—Más bien increíble —gruñó Henry.

Loretta le ignoró.

—¿No te dijo Tom que me había visto?

—Dijo que estabas matándote de hambre, que con toda seguridad no durarías más de unos cuantos días. —Rachel cogió la cara de Loretta entre sus manos—. Pensamos que... —Su voz se quebró, y su garganta se puso tensa al tratar de hablar—. Creímos que estabas muerta. Tom y los otros fueron a buscarte. No pudieron encontrar ni una huella. Perdí las esperanzas. —Le temblaba la boca. Como si se avergonzara, se encogió y parpadeó—. No sé por qué lloro. Debería de estar feliz.

Conteniendo el llanto, Rachel empezó a examinar a Loretta para ver si estaba herida, y pasó las manos temblorosas por la ropa de su sobrina.

—¿Estás... te han hecho algún corte por algún lado? ¿Te han quemado? ¿Estás bien? —Al ver el medallón, lo atrapó con la mano y se quedó mirándolo con fijeza—. Por Dios bendito, ¿qué es esto?

—Es de Cazador. Me lo ha dado como recuerdo.

—¡Como recuerdo! —ladró Henry—. Que Dios nos ayude, esta chica está completamente mal de la cabeza. ¿Un recuerdo?

—Sí. Nosotros, bueno... pues... —Loretta se mojó otra vez los labios y echó un vistazo a su alrededor, incapaz de encontrar las palabras para explicarlo. «Ten cuidado, Loretta. Si dices algo inconveniente, podría perjudicarte.»— Me parece increíble estar aquí. En casa. En casa de verdad.

—¿Estás herida? —preguntó Rachel.

—Ni un rasguño. Solo un poco dolorida de cabalgar.

—Madre mía, estás hecha un desastre. ¿Es que esos indios no tienen jabón?

—Ni un pedazo. —Loretta se rio, sintiéndose un tanto mareada y sin poder creerse aún que Cazador la hubiese traído de vuelta a casa como prometió—. Imagino que debo oler a perros muertos.

—Como el pescado ahumado. —Rachel la agarró para darle otro de sus inmensos abrazos—. ¡Y hablando como una cotorra, Henry! ¿No es maravilloso?

Henry, que se había retirado a su puesto junto a la ventana, escudriñó el exterior y maldijo en voz baja.

—¡Dios bendito, aquí vienen! —Se puso la carabina sobre el hombro—. ¡Rachel, coge tu rifle! ¡Loretta Jane, haz la carga!

—¡No! —Loretta se soltó de Rachel y cruzó la habitación corriendo para quitarle el rifle a Henry—. ¡No dispaes!

—¿Que no dispare? ¿Acaso has perdido la cabeza, muchacha? ¡Nos van a atacar!

Loretta se agachó para mirar por la rendija de la ventana. Allí estaban, cuarenta comanches, todos gritando y ululando, con las lanzas levantadas. Ciertamente, era un espectáculo aterrador. Olvidando por un momento que debía tener cuidado con lo que decía, gritó.

—No van a atacarnos. Él me lo prometió.

—Entonces, ¿qué demonios están haciendo? ¡Quítate de aquí! —Henry la apartó y volvió a coger el rifle—. ¿Él te lo prometió? ¡Se ha enamorado, Rachel! Le han sorbido la cabeza, después de pasar tanto tiempo con ellos.

Loretta corrió hacia la puerta.

—¡No va a atacarnos! Sé que no es así. ¡Por favor, no disparéis! —La barra de la puerta no quería moverse. Los latidos de su corazón se aceleraron al intentar levantarla. La imagen de Cazador muerto en el jardín pasó por su cabeza. Esto era exactamente lo que había intentado explicarle la noche anterior—. ¡Por favor, tío Henry, él no lo haría, sé que no lo haría! —Por fin consiguió levantar la barra—. ¡No le dispaes!

Loretta abrió la puerta de par en par y salió corriendo al porche. Los comanches rodeaban la casa. Ella corrió hasta el final del porche y vio una lanza clavada a unos cinco metros de distancia.

—Hola, *hites*, hola, amigo mío.

Le temblaron las piernas, aliviada.

—Tío Henry —gritó por encima de su hombro—, están marcando la finca. ¡Protegiéndonos! ¡Si disparas vas a provocar un baño de sangre inútil! —Corrió hacia la ventana y miró a su tío a través de la rendija—. ¿Me has oído? Si quisiesen matar a alguien, yo estaría muerta.

Se giró y miró a los comanches que abrían un círculo para marcar los bordes de la propiedad de Henry. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cazador estaba dejando un mensaje a los otros indios del territorio: los que viven en esta granja no deben ser atacados.

En unos minutos, los bravos guerreros habían clavado todas las lanzas en el suelo y cabalgado a lo alto del cerro. Loretta se puso la mano a modo de visera, tratando de ver a Cazador entre la multitud. Reconocerle a esta distancia era imposible. Después, desaparecieron detrás del montículo. Loretta se quedó con la vista clavada en el horizonte vacío, el pecho sin aire y las rodillas aún temblorosas.

—Adiós, amigo mío —susurró.

Como si la hubiese oído, Cazador reapareció solo en lo alto del cerro. Deteniendo al caballo, se estiró y levantó la cabeza, formando una silueta oscura, la aljaba y las flechas sobre el hombro, el escudo apoyado en el muslo y la larga cabellera revoloteando al viento.

Olvidándose de que su familia podía verla, Loretta bajó los escalones del porche y salió al jardín para asegurarse de que Cazador podía verla. Después le saludó con la

mano. Él se quedó allí unos segundos, y Loretta se quedó quieta, tratando de memorizar su imagen. Cuando él hubo dado la vuelta al caballo y desaparecido, Loretta aún se quedó allí un momento.

«Reconoceré la canción que tu corazón canta, ¿eh? Y tú conocerás la mía.»

La alegría de Loretta por estar de vuelta en casa se vio ensombrecida por el odio de Henry. ¿Así que ahora era la amiga de un asesino salvaje? La puta de un comanche, eso era ella, besándolo a plena luz del día, volviendo a casa para avergonzarlos con su caballo indio y el collar de cuero. Su tierra parecía un maldito alfiletero con todas esas lanzas clavadas. Iba a deshacerse de ellas, de la misma forma en la que se había deshecho de los caballos. ¡La mitad de ellos eran robados a los blancos! ¡Menudo negocio! Loretta le dejó hablar sin decir una palabra.

Cuando vio que se callaba le preguntó:

—¿Has terminado?

—¡No, aún no! —Le levantó un dedo—. Entiende una cosa, jovencita. Si ese bastardo te ha dejado preñada, me las va a pagar. ¡Si das a luz a un bastardo indio, le machacaré la cabeza sobre una roca!

Loretta se estremeció.

—¿Y nosotros los llamamos animales?

Henry le dio una bofetada con el revés de la mano. Loretta se tambaleó y se agarró a la mesa para no caerse. Rachel gritó y se interpuso entre los dos. Los sollozos entrecortados de Amy provenían del suelo.

—Por el amor de Dios, Henry, por favor... —Rachel retorció el delantal con las manos—. Contrólate un poco.

Henry apartó de un manotazo a Rachel. Volvió a levantar un dedo contra Loretta y gruñó.

—No me provoques, niña, o me pondré a sacudirte hasta el próximo domingo. Un poco de respeto, por Dios.

Loretta se tocó la mandíbula con los dedos, mirándolo fijamente. ¿Respeto? De repente todo le pareció de lo más absurdo. Un grupo de salvajes la habían secuestrado y arrastrado por medio Texas. Y ni una vez, ni una sola por muchas razones que tuviera, Cazador la había golpeado lo suficiente como para hacerle daño, y nunca en la cara. Se hundió en el banco de madera y empezó a reírse con una risa aguda y medio histérica. Tía Rachel pareció desconcertada y esto solo hizo que le dieran aún más ganas de reírse.

Henry salió de la casa como una exhalación para deshacerse de «esas malditas lanzas indias» antes de que pasase algún vecino y empezase a llamarles «amigos de los indios». Loretta no podía parar de reír. Quizá se había vuelto loca. Loca de remate.

Tía Rachel movió la cama para que Amy pudiese salir por la trampilla. Loretta

consiguió recuperar el control sobre sí misma a tiempo para abrazar a la chiquilla, que cruzó la habitación corriendo y se echó en sus brazos.

—¡Loretta! ¡Loretta! —Amy se colgó de su cuello, llorando y riendo—. No te han matado. ¡Sabía que no lo harían!

—¿Cómo podías saberlo?

Amy se echó hacia atrás y sonrió.

—Porque no lo hubiese resistido, por eso. Y porque recé para que volvieras a casa. ¡Dos rosarios al día, de verdad! Pregunta a madre.

—¿De verdad? No te creo. Siempre te saltas las avemarías.

—Ni una sola vez. —Amy pasó el dedo por la mejilla de Loretta—. ¡Ese viejo sapo! Seguro que te va a salir un moratón. Lo odio.

—¡Amy! —la riñó Rachel.

Loretta revolvió el pelo de su prima.

—Ni siquiera pareces sorprendida de que esté hablando.

—Porque no lo estoy. Te oí hablar una noche cuando dormías, ¿recuerdas?

Loretta se acordaba. Aquella vez no había creído a la muchacha. Ahora sí. Con un suspiro, soltó a la muchacha y miró con cariño a su alrededor. La costura de Rachel, el libro escolar de Amy, el anuario femenino, la vieja mecedora rota. El hogar. Incluso aunque tío Henry estropease las cosas, era una maravilla estar de vuelta.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Loretta. ¿Cómo había llegado Tom Weaver a casa? ¿Cuántos hombres habían ido a buscarla? ¿Dónde estaban los caballos que Cazador les había dado? ¿Cómo estarían los pollos? ¿Se habría secado bien la carne que Loretta había puesto en conserva o estaría demasiado dura?

Rachel respondió a estas preguntas de una en una, incapaz de dejar de tocar a Loretta mientras hablaba. Tom estaba bien. Alrededor de treinta hombres habían salido a buscar a los comanches, pero los indios se habían dividido en grupos para dejar huellas falsas.

—Lo que explica por qué Tom no estaba en el mismo grupo en el que yo estaba —caviló Loretta—. ¿Quién podía imaginárselo? Estos indios tienen más cerebro de lo que nosotros pensamos.

—El primer día había al menos un centenar de ellos —contestó Rachel—. Calculo que había unos sesenta cuando volvieron. Los otros cuarenta se dividieron en grupos y llevaron a la patrulla fronteriza de cacería, haciéndoles seguir por un lado todo el río Colorado y por el otro, las praderas Staked. El otro grupo cabalgó en círculos.

—Vaya, pues mientras ellos estaban dando vueltas por ahí, ¡yo estaba aquí al lado, junto al Brazos! —Loretta subió los ojos al cielo—. Recé y recé para que alguien se tropezara con nosotros, pero nadie lo hizo.

Loretta bajó la cabeza para rozar con la mejilla la mano de su tía, obligándose a apartar los recuerdos que le venían a la cabeza.

—Tengo tanta hambre, podría comerme una mula entera. ¿Qué tenemos para

cenar? Y por favor, no me digas que hay frutos secos o carne de búfalo.

Rachel se rio y la soltó.

—¿Y un baño?

Loretta estiró una pierna y sonrió al ver lo sucios que tenía los pololos. Ahora entendía por qué Cazador le había dicho que «los hiciera bonitos como las flores». Debían de oler a perros muertos.

—¿Un baño caliente? ¿Crees que puedo? No es sábado, ¿no? Tío Henry se va a enfadar.

—Es martes, y no se va a enfadar. —Rachel entregó a Amy un cubo para que empezase a calentar agua—. Un baño y un buen desenredado de cabellos. —Levantó uno de los mechones de pelo de Loretta—. Si no podemos desenredar esto tendremos que cortarte el pelo.

Loretta bajó los ojos para fijarse en la madeja de rizos que le caía por el hombro, antes dorado y ahora convertido en una bola polvorienta. Arrugó la nariz. Agua de lavanda. Sería maravilloso poder sumergirse en agua caliente y restregarse hasta que la piel le enrojeciera. No veía el momento de hacerlo.

Esa noche, mucho después de que Henry y Amy estuviesen dormidos, tía Rachel subió al altillo y se sentó en el borde de la litera en la que se acostaban Amy y Loretta. Loretta se puso de lado y cogió la mano de su tía, pensando en lo maravillosa que parecía. Frágil, como la porcelana, brillante a la luz de la luna, como el oro y la plata, el pelo rubio y la piel blanca.

Rachel suspiró y acarició la muñeca de Loretta, sonriendo pero sin sonreír, con una expresión preocupada e inquieta.

—Loretta Jane, tenemos que hablar.

A Loretta se le contrajo el pecho.

—Tía Rachel, no me ha violado, lo juro.

—Y si así fuera, ¿me lo dirías? —Rachel le acarició el pelo—. Es una cosa horrible esto que te ha pasado, querida. Pero no es culpa tuya. Te quiero, ya lo sabes, como si fueras mi propia hija. No tienes que ocultarme la verdad.

—No lo hago.

Rachel suspiró.

—Loretta Jane, soy la primera en creer en el poder de la oración, y Dios sabe lo mucho que Amy y yo hemos rezado por ti. ¡Pero, cariño, los comanches no pasean a una mujer por medio Texas y la dejan sin mancillar! O me estás mintiendo o es que has preferido borrar ese horror de tu mente.

Loretta miró hacia la ventana. Los recuerdos se agolpaban en su cabeza, algunos tan malos que le hacían temblar, pero otros eran extrañamente dulces.

—Él no es como pensáis. Él... —Arrugó la nariz—. No es cruel, tía Rachel, solo es diferente.

—Uno de los hombres del regimiento fronterizo que cabalgó con Tom cuando fueron a buscarte nos contó historias horribles sobre Cazador, historias que te pondrían los pelos de punta. Por lo que dijo, ese hombre es un monstruo. Rajó a un hombre con su lanza... de arriba abajo. Lo acuchilló, Loretta Jane, y colgó sus... sus —Rachel se pasó una mano por los ojos— colgó su orgullo en la punta de su lanza.

—¡No te creo! —gritó Loretta—. ¿Cómo puede estar tan seguro de que era la lanza de Cazador?

—Él nos dijo que la lanza llevaba su marca. Que fue una especie de represalia o venganza por un ataque que algunos desertores del ejército estadounidense y unos civiles habían propiciado en un poblado indio unos años atrás. El hombre asesinado había tomado parte de ese ataque. Él se llevó el collar de una mujer india y lo utilizaba como correa para el reloj. Lo tenía como recuerdo, según él, algo que quitó a una de las chicas del poblado. Cuando encontraron su cuerpo, la cadena del reloj había desaparecido. Es solo una conjetura, pero este tipo dijo que Cazador debía de haber conocido a la chica del collar y que enloqueció de odio al verlo.

—No puede ser Cazador. Confía en mí, tía Rachel, él no es así. ¡Estuve en su tienda durante tres días! Hubiese visto alguna prueba, ¡pero no vi ni una sola cabellera!

Rachel echó la cabeza hacia atrás y se mantuvo en silencio un rato. Cuando por fin habló, su voz sonó tensa.

—Solo quiero que sepas que, sea lo que sea, te quiero y siempre te apoyaré. Si... bueno, resulta que llevas algo en tu vientre fruto de la experiencia que acabas de vivir, no tienes por qué preocuparte. Todo hijo que venga de ti tendrá siempre un lugar aquí. No me importa la sangre que tenga. Henry tendrá que aceptarlo o irse al infierno.

Aunque sabía que la promesa de tía Rachel era más una bravuconería que otra cosa, Loretta se levantó y abrazó a la mujer.

—Te lo agradezco, tía Rachel. Me alegra saber que me amas hasta ese punto. Pero confía en mí, no estoy embarazada. No podría estarlo.

Rachel le devolvió el abrazo.

—Si en algún momento necesitas hablar de ello, sabes que estoy aquí para escucharte y que puedes contarme lo que sea. No voy a juzgarte por nada.

Loretta se puso tensa.

—¿Por qué tendrías que juzgarme? —se separó de ella.

Rachel apartó la cara.

—Vamos, tía Rachel, ¿también tú? ¿Es un crimen pasar por una experiencia así y salir airosa? Intenté matarme de hambre. Elegí la muerte, como cualquier mujer con respeto por sí misma hubiese hecho. Pero entonces él me prometió que me traería a casa, y yo pensé... —Loretta se calló. Estaba claro como el agua que tía Rachel no la creía—. Por el amor de Dios, ¿acaso preferirías que estuviese muerta?

Amy gimió y sacudió la cabeza.

En voz más baja esta vez, Rachel contestó:

—¡Claro que no prefiero que estés muerta! —Le acarició la cara con unas manos temblorosas—. Dios, no. Yo..., Loretta Jane, claro que no. Te quiero, lo que pasa es que no termino de entenderlo. Vuelves a casa más sana que una manzana y dices que no te han tocado. Te vi besándole con mis propios ojos. Y Tom dijo que dormías con el comanche, y que parecía que te estaban tratando bien. No puedo sino pensar en todo lo que habrás tenido que hacer para sobrevivir y para poder estar aquí esta noche con nosotros. Es impresionante todo lo que las mujeres podemos resistir, las cosas que estamos dispuestas a dejar a un lado para seguir adelante. Mírame a mí. Encerrada aquí en esta tierra imperdonable con un hombre al que detesto. ¿Crees que me gusta que me toque? Pero le dejo hacer y finjo que me gusta. ¿Qué sería de nosotras tres sin él?

Loretta no pudo responder. Por un momento fue como si volviese a ser muda. La garganta se le quedó rígida. Podía entender que tío Henry no la creyese. Él era solo un peón en el tablero de su vida, de todas formas, y cualquiera podía ver lo imbécil que era. ¿Pero tía Rachel? Esto sí le dolía, un dolor profundo que tardaría mucho en desaparecer. Incluso aunque hubiese podido ser más elocuente, no tenía por qué defenderse. Ella sabía la verdad, y esto debería haber bastado.

Tía Rachel se levantó y se sacudió las manos en el vestido.

—Estoy aquí por si necesitas a alguien que te escuche. Cuenta conmigo.

Con esto, se fue de allí. Loretta se abrazó las rodillas y miró la luna llena que se colaba por la ventana. Recordó aquella otra noche, lejana ya, en la que Cazador apareció en el jardín montado en su caballo, con el brazo levantado para saludarla y sus calzones en alto en señal de triunfo. ¿Cómo era posible que un comanche entendiese lo que cantaba su corazón y su propia tía no pudiera?

Tres días más tarde, Loretta aún se sentía herida por la conversación mantenida con tía Rachel. Inclineda sobre la tabla de lavar, lavaba los sucios pololos, tan absorta en sus pensamientos que no se percató de lo fuerte que el sol le estaba quemando la espalda. Ahora que había vuelto a casa, sentía como si nada hubiese cambiado. Y sin embargo, eran demasiadas cosas las que habían cambiado.

Amy sacudía la ropa mojada en el barreño de lavar con una pala, sin dejar de hablar, respirando solo cuando se paraba para secarse la frente sudorosa con la manga.

—¡Creo que es una locura, eso es lo que creo! —La pala golpeaba rítmicamente los laterales del barreño, haciendo un ruido tan ensordecedor que hacía casi inaudible las palabras de Amy—. Si te casas con ese viejo, acabarás llorando por las esquinas, acuérdate de lo que te digo.

—Tom no es tan malo —murmuró Loretta.

—¿Que no es tan malo? ¡Es un apestoso! Supongo que es bastante bueno. Pero,

Loretta, ¡podría ser tu padre! Por muy buen corazón que tenga, ¿cómo podría criar a tu hijo? Él estará ya en la tumba antes de que empiece a andar.

Loretta se quedó paralizada, con los brazos sumergidos hasta el codo en el agua de lavar. Miró fijamente a Amy.

—¿Qué hijo?

La cara de Amy se puso roja escarlata y miró nerviosamente hacia la casa, sacudiendo la ropa de manera compulsiva.

—No... no me hagas caso. Estoy diciendo tonterías.

—¿Qué hijo? —repitió Loretta con frialdad.

Amy se encogió de hombros.

—Bueno, he estado escuchando a escondidas un poco. —La pala siguió dando trompetazos—. Escuché a madre y a padre hablar con el señor Weaver. Él dijo que no le importaba de quién fuese el hijo que ibas a tener, aunque fuese indio. Que lo amaría como si fuera su propio hijo.

A Loretta le dieron ganas de vomitar. Agachó la cabeza, mirando sin ver el agua enjabonada. Nunca, en los siete años que había vivido con tía Rachel, le había dado un motivo para que dudase de ella. ¿Por qué no podía creerla ahora? Tal vez el pueblo de Cazador no fuera el más noble de todos, pero al menos no habían cuestionado ninguna de sus palabras. «Las palabras que salen de tu boca dicen quién eres, Ojos Azules.» Que forma de pensar tan sencilla. El único problema era que no todo el mundo se regía por esa regla y era esto lo que hacía que la gente sospechara cuando una verdad parecía absurda para serlo.

Amy continuó con su ruidosa tarea.

—Ah, vamos —dijo suavemente—. He metido la pata. No quise ofenderte, Loretta. No dejes que esto te afecte, ¿sí?

Loretta intentó hablar pero no pudo. Sacó un brazo del agua y se apartó el pelo de los ojos. Después se inclinó sobre lo que estaba haciendo otra vez, determinada a apartar de su mente todo aquello que le hacía daño. Amy siguió golpeando con la pala y el sonido resonó en los oídos de Loretta. Era como si el ritmo de los golpes marcara sus pensamientos. «Todo se solucionará. Todo se solucionará.» La experiencia le había enseñado que el tiempo terminaba por solucionar los problemas de la mejor manera. Solo que esta vez el problema era más grande de lo normal, con Tom Weaver como solución.

—Por favor, güeritas —dijo una voz con un marcado acento mexicano—. ¿Podría este caballero y sus amigos pedirles que compartieran con nosotros un poquito de agua? Solo un poquito, ¿vale? Para una garganta seca como la nuestra.

Loretta se giró. El corazón empezó a golpearle en las costillas y después se quedó sordo, sin vida. Junto a ellas se alzaban los diez hombres más sucios y desagradables que había visto en su vida. El hombre de complexión oscura que había hablado tenía aspecto mexicano. Llevaba unos pantalones vaqueros ennegrecidos de mugre y de su cintura le colgaban cartucheras con una pistola a cada lado de las caderas. En las

botas, las afiladas espuelas de plata española relucían terroríficas al sol. Tenía las uñas negras y los nudillos grises.

Los hombres que iban con él no eran muy diferentes, algunos gringos, otros hispanos, pero todos con esa mirada de toro en celo en los ojos, vidriosos y furtivos. Cada uno de ellos llevaba revólveres de seis tiros, y Loretta supo por la forma en la que les caían las cartucheras en las caderas, que eran de los que disparaban rápido. Un silencio artificial se instaló en la finca.

Loretta se fijó en que habían dejado los caballos atados en la puerta del secadero. El hombre que había hablado se bajó el ala del sombrero en señal de saludo y dio un paso adelante. Las espuelas tintinearón con cada uno de sus pasos. Los amigos se movieron con él. Chin, chin, chin... Loretta tragó saliva, lamentándose por no haberlos oído llegar. La pala de Amy. ¡Que Dios les ayude!

Loretta nunca había visto comancheros antes, pero había oído historias, y estos hombres encajaban perfectamente con la idea que tenía de ellos: gente sin escrúpulos y de malos modales. Su presencia era siempre sinónimo de problemas, y problemas importantes. Supo enseguida que no estaban allí por el agua; no, cuando había un río entero a solo unos metros de distancia.

Levantando la voz tanto como pudo, Loretta dijo:

—Sírvanse todo el agua que quieran del pozo.

La cara oscura del hombre se partió en una sonrisa.

—¿No vas a dar a estos caballeros un vaso de su casa? No me parece que esté siendo muy hospitalaria, güerita.

Loretta se levantó y dio a Amy un pequeño empujón, rezando para que la niña corriese hasta la casa, pero Amy se abrazó a la cintura de Loretta y se quedó allí parada.

—No pienso dejarte —susurró con determinación.

Sin hacer caso de ella, Loretta miró de frente al hombre que había pedido el agua y dijo:

—Tiene razón. ¡Qué desconsideración la mía! Amy, querida, vete dentro y dile a tío Henry que traiga a este buen hombre un vaso de agua. —Y en voz más baja, con un tono que prometía represalias si no era obedecido, le susurró—. Hazlo, Amy. Ahora.

Loretta dio un empujón a Amy para que se moviera. El hombre estiró la mano y cogió a Amy del brazo justo cuando esta empezaba a correr. Al ver la expresión aterrorizada de la pequeña, el hombre empezó a reír y a tirar de ella para acercársela.

—No tan rápido, muchachita. Ay, te ves tan bonita... Con ese pelo güerito. ¿Serás amable con nosotros, verdad, preciosa? No somos tan pendejos como parecemos.

Loretta intentó mantenerse tranquila. Todo menos mostrarles lo asustada que estaba.

—Dejad que se vaya.

Por el rabillo del ojo vio que los otros hombres empezaban a rodearles. Chin,

chin, chin. Aunque sentía que iban a fallarle las piernas, el miedo por Amy le hizo reaccionar. Avanzó unos pasos y cogió a la chica por los hombros.

—Vete dentro, Amy. Este buen hombre no pretendía asustarte. ¿Verdad que no, señor?

El hombre sonrió y entregó a Amy a uno de sus amigos.

—No, esto está feo, güerita. Venimos de muy lejos y estamos cansados, ¿entiende? Y tenemos hambre. Pero sobre todo lo que necesitamos es una güerita jovencita como esta y a otra no tan jovencita como tú para jugar un ratito. Cuando las vimos de lejos, no nos quedó otro remedio que parar, ¿entiende? Nos dijimos que no volveríamos a ver a dos preciosidades como vosotras en mucho tiempo.

Loretta abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir nada, el hombre arremetió contra ella. Gritó y trató de echarse hacia atrás, tropezando. Al segundo siguiente se vio cayendo de espaldas sobre el barreño de lavar, las piernas hacia arriba y los pololos al aire. Se golpeó la rabadilla con el asa del barreño y vio las estrellas. El agua caliente le quemó el pecho y le hizo perder la respiración. El comanchero puso las manos en jarras y echó atrás la cabeza, riéndose y caminando hacia ella. Era evidente que estaba bastante bebido.

—Ay, así está mucho mejor. ¡Me gustan las mujeres limpias!

Loretta se quitó el jabón de la cara y lo miró fijamente. Tío Henry estaba fuera trabajando el campo, pero solo Dios sabía dónde y si vendría en su ayuda si por un casual los oía. Era más probable que se escondiese detrás de un árbol.

—¡Tía Rachel! ¡Tía Rachel, trae el rifle!

Amy gritó. Loretta apartó la vista del jefe para ver qué era lo que pasaba. Fue como si la rabia le hirviera la sangre. Dos hombres estaban atacando a Amy, uno le cogía por debajo de los brazos mientras el otro rebuscaba bajo sus faldas. Amy tiraba y pataleaba al hombre que tenía en frente, acertándole en las espinillas. Pero el hombre llevaba botas altas y apenas podía notar el golpe. Amy emitió un grito angustiado al ver que el hombre le metía la mano por debajo de los pololos. Después le soltó una sarta de insultos que hubiesen hecho enorgullecer al mismo tío Henry.

—¡Quítame las manos de encima, cerdo verrugoso hijo de puta!

El comanchero pisó los pies de Amy con las botas y le golpeó los tobillos hasta hacer que abriera las piernas como él quería. Las mejillas de Amy se pusieron rojas como el carmín al ver que el hombre encontraba un lugar donde descansar entre sus muslos. Entonces gritó de dolor. El hombre que sostenía a Amy por los brazos la agarró con más fuerza para que no se moviera. Amy consiguió levantar una rodilla y golpear al otro en la entrepierna. Él dio un gruñido y se retiró un poco, blanco como la pared.

—¡Maldita putita! —Abofeteó a Amy con tanta fuerza que la cabeza se le dobló a un lado y colgó sobre su hombro—. Vuelve a hacerlo, y te dejaré atada en medio del desierto para que los buitres puedan llevarse tus huesos.

Antes de que Loretta se diera cuenta, estaba en pie y fuera del barreño. Una rabia

más poderosa que el miedo le hacía actuar con determinación.

—¡Quítale las manos de encima, maldito animal!

El comanchero jefe cogió a Loretta por la cintura y la tiró al suelo. El cielo giró. Vio que otros hombres caían sobre ella. Al segundo siguiente tenía las muñecas y los tobillos fuertemente atados. Le habían abierto las piernas y los brazos y subido la falda hasta los muslos. El jefe se agachó junto a ella, riéndose de su inútil forcejeo. Oyó a Amy gritar y se sintió impotente. A Amy no.

Entonces oyó la voz potente de tía Rachel.

—¡Parad, miserables bastardos!

Loretta giró la cabeza para ver a tía Rachel en el porche, con la falda alborotada y el rifle sobre el hombro.

—Moveos y os vuelo la cabeza. Soltad a las chicas, coged vuestros caballos y salid de aquí.

El hombre que tenía a Amy cogida por los brazos sacó el cuchillo y lo pegó sobre la laringe de la niña.

—Dispara, mamita, y rajaré el precioso cuello de tu hijita.

Los labios de Rachel se pusieron blancos.

—Vamos, baja el rifle. Despacio, muy despacio... Eso es, mucho mejor. Porque no quieres verla muerta, ¿verdad?

Loretta movió la cabeza, tratando desesperadamente de levantarse.

—No, tía Rachel, ¡no lo hagas! ¡Dispárale! ¡Dispárale!

El comanchero jefe le dio un bofetón en la boca.

—¡Silencio! —susurró.

Loretta saboreó el gusto de la sangre con la lengua.

Rachel bajó lentamente el rifle y lo puso en el suelo, con unos ojos enormes y de color azul brillantes. En cuanto estuvo desarmada, uno de los hombres subió hasta el porche, dio una patada al rifle para alejarlo y cogió a Rachel por el pelo. Tirando de ella y arrastrándola por el jardín, gruñó:

—¡Tres! ¡Es nuestro día de suerte, Santos! Para ser vieja no está mal. Tiene buenas tetas.

—¿Acaso no te dije que lo pasaríamos bien? —El comanchero jefe sonrió y se inclinó sobre Loretta. Abriéndole el escote del vestido con los puños dijo—: Y ahora, veamos qué es lo que tienes aquí, preciosidad.

De un manotazo abrió el vestido de Loretta desde el cuello a la cintura, dejándola sólo con la combinación. Al mirarle a los ojos comprendió que nada podría impedir que cogiese lo que quería. Los gritos de Amy penetraban el aire. Loretta se retorció entre las crueles manos que le sujetaban las muñecas y los tobillos, recordando aquella vez en la que Cazador había hecho lo mismo, aunque sin duda, con muchísima más suavidad.

Cuando el comanchero le cogió los pechos con las manos, su atención se quedó fija en el medallón que le colgaba del cuello y que ella llevaba siempre bajo la ropa

para que tío Henry no lo descubriese. Entrecerró los ojos y después los abrió sin poder creer lo que veía. Apartó las manos con nerviosismo y se santiguó.

—¡Jesucristo! —Retrocedió con la vista fija en el pecho de Loretta—. ¡El Lobo! —gritó—. No la toquéis.

Como por arte de magia, Loretta se encontró libre de repente. Parpadeó medio mareada, sin poder comprender muy bien lo que estaba pasando. De hecho, todo el jardín pareció sepultado en el silencio. Se sentó lentamente, arreglándose el corpiño. Los hombres que sostenían a Amy se quedaron paralizados, con una mirada de temor en los ojos. Loretta bajó los ojos. ¿Qué demonios pasaba?

Miró fijamente al medallón de piedra que caía sobre su pecho. Y entonces lo comprendió. El Lobo, Cazador. Cazador de Lobos. Su amigo no solo había querido protegerla con las lanzas clavadas en el jardín. Le había dejado también una marca en su persona. «¿Lo llevarás siempre?»

Una risa histérica resonó en su garganta. Aliviada. La mujer de Cazador. ¡Tenían miedo de que pudiera hacerles daño! Se puso de rodillas. Los comancheros la miraban como si se encontrasen frente al mismísimo diablo.

El comanchero jefe se santiguó otra vez y después se puso de pie y corrió hacia el caballo, las espuelas tintineando. Loretta se puso furiosa al ver que tipos como él pudiesen rezar.

—Dejad a la vieja. No merece la pena —ladró uno de los hombres.

Loretta se giró a tiempo para ver cómo tiraban brutalmente a tía Rachel al suelo. Después se dio cuenta de que dos de los hombres sujetaban aún a Amy y se la llevaban con ellos. Ella se puso en pie.

—¡Traedla aquí! —gritó Loretta—. ¡El Lobo os matará si os la lleváis! ¡Os lo advierto!

Mientras arrastraban a Amy cerca de los caballos, el valor intachable de la pequeña se quebró por fin y empezó a llorar el nombre de Loretta.

—¡Apartaos de mí! ¡No, no me llevéis, mamá! —Su voz se convirtió en un chillido agudo—. ¡Maaamaaa! ¡Loretta! ¡Detenedles!

Con la falda mojada pegada a sus piernas, Loretta corrió hacia el porche. Cogió el rifle, se lo puso sobre el hombro y trató de apuntar, horrorizada al pensar que pudiese herir a Amy.

—¡Os lo advierto! ¡Soltadla o disparo!

Sin hacerle caso, los hombres subieron a Amy a un caballo. Uno de ellos montó rápidamente detrás de ella. Loretta apuntó con cuidado a su cabeza. Sabía que podía derribarle de la silla.

—¡Os lo advierto!

—¡Dispárame y podrás enterrarme junto a tu hermana!

Loretta vio el brillo del cuchillo y supo que el hombre presionaba la hoja contra la garganta de Amy. La pequeña lloraba.

—Por favor, no me mates, no me mates.

Rachel gritó.

—Loretta, no. Lo hará. La matará.

—Por todos los diablos que lo haré.

Las piernas de Loretta se volvieron de agua. Los sollozos de Amy mostraban lo horrorizada que estaba, y a Loretta se le encogía el corazón de saberlo. Amy no era de las que lloraban fácilmente. Metió el dedo en el gatillo.

—¡Santos! Si te llevas a la niña, enviaré al Lobo en tu busca. —Pensar en Cazador, saber lo enfadado que estaría si estuviese en estos momentos allí, le dio valor—. Él y sus hombres marcaron cada palmo de esta propiedad con sus lanzas, para advertir a todos que los que vivimos en esta tierra gozamos de su protección. Te lo juro, te buscará y te matará.

Santos sonrió.

—Creo que mientes. No veo ninguna lanza aquí.

—Porque mi tío las quitó.

—Güerita, no soy yo quien se lleva a la niña. Son los otros. Y no sabes cómo se llaman. A mí no puedes culparme, ¿eh? El Lobo entenderá esto. Entenderá también que no quise hacer daño a su mujer. Llevabas la piedra escondida bajo el vestido, ¿no? ¿Cómo hubiese podido verla?

Los comancheros azuzaron los caballos y se alejaron cabalgando en medio de una nube de polvo. Loretta los miró un momento, tratando de pensar con rapidez, y después corrió hacia el granero para coger el caballo. Tenía que encontrar a tío Henry. No había tiempo que perder. Alguien tenía que reunir a un grupo de hombres para ir en busca de Amy.

Capítulo 15

Loretta sujetaba las riendas de su caballo mientras escuchaba en un silencio helado como Tom Weaver y tío Henry discutían la difícil situación de Amy. Cabalgar hasta la casa de Weaver les había ya hecho perder treinta preciosos minutos. Ahora, los dos hombres divagaban sobre la situación como solo los sucios granjeros tejanos podían hacerlo: con más lentitud que dos moscas en un papel pegajoso. Loretta quería gritar de frustración y miedo. ¿Por qué no hacían algo? Cada minuto que pasaba ellos se llevaban a Amy un poco más lejos.

—No hay manera de que un pequeño grupo de hombres pueda seguirles. —Tom se frotó la bota contra el borde del porche de piedra para limpiar los restos de boñigas que se habían quedado pegados en la suela—. Se dividirán y tomarán varias direcciones. Si no tenemos un gran grupo, tendremos también que dividirnos. Y si nos dividimos en pequeños grupos, no habrá manera luego de enfrentarnos a esa gente. Esos comancheros son condenadamente buenos con las armas, Henry. Nos habrán matado antes incluso de poder sacar el arma.

Henry se pasó la mano por el pelo.

—Tenemos que hacer algo, Tom. Se han llevado a Amy. Tenemos que encontrarles antes de que... —Se calló—. Primero Loretta, y ahora Amy. ¿Qué pensará la gente? Que no puedo proteger a mi familia. Además, Rachel cada vez me tiene atado más de cerca. Si no encuentro a Amy, nunca volveré a vivir en paz. Ya has oído las historias que se cuentan de Santos. Es el más mezquino de los de su clase. No le detendrá el hecho de que Amy tenga solo doce años.

La cara de Tom se oscureció. Apoyó el hombro sobre el poste del porche y se rascó la desaliñada barba, con la mirada puesta en el pura sangre de Loretta. Loretta podía medir los segundos por el latido descontrolado de su corazón y al ver que no hablaba, le dieron ganas de agarrarlo por la camisa y sacudirle. No podía quitarse de la cabeza la imagen del sucio comanchero metiendo la mano en los pololos de Amy.

—No conozco a ningún hombre que pueda encontrar el campamento de los comancheros —dijo Tom incómodo—. He oído decir que a veces se asientan en el barranco de Palo Duro, pero nos llevan mucha ventaja si se dirigen hacia allí. En primer lugar, está muy lejos de aquí y, en segundo, es un camino muy largo para emprender una cacería a ciegas.

Loretta se abrazó la cintura, consciente de que la camisa que le había dejado tío Henry estaba llena de sudor. Al menos, ella tenía algo con lo que cubrirse. ¿Y Amy? Esos hombres le debían de haber roto ya el vestido. Tal vez... Trató de no pensar y gritó.

—Andar un camino largo es mejor que no hacer nada.

Tom sacudió la cabeza.

—No. Podríamos perder muy bien dos semanas cabalgando en condiciones muy duras, quizá tres, si queremos ir al barranco de Palo Duro. Para cuando lleguemos, ya habrán cruzado el río con Amy y la habrán vendido antes de que volvamos aquí y nos reagrupemos.

—¿Vendido? —graznó Loretta.

—En México. —Tom no quería mirar a Loretta a los ojos—. Hay hombres allí que pagarían una fortuna por una rubia de ojos azules. Me sorprende que no te llevaran a ti también. Gracias a Dios que no lo hicieron.

Loretta no tenía intención de explicar por qué la habían dejado libre. Tío Henry le arrancaría el medallón del cuello. Nunca volvería a verlo y era la única cosa que le había salvado.

Henry se golpeó la palma con el puño.

—Tiene que haber alguien que pueda encontrarla.

—Un comanche, tal vez.

Henry gruñó.

—Esos ya nos han hecho bastante.

Loretta se acercó a ellos.

—¿Los comanches los encontrarían?

—Demonios, sí. —Tom se lamió los dientes y después escupió el jugo del tabaco cerca de la parte baja de la escalinata—. Ellos comercian con los comancheros, cariño. ¿Cómo crees si no que consiguen los rifles y la munición?

El pulso de Loretta se aceleró, y un sonido de tambores resonó en sus oídos.

—¿Comercian con ellos? ¿Quieres decir que los comanches con los que yo estuve pueden encontrar a Amy? ¿Que Cazador puede encontrarlos?

Tom le clavó la mirada.

—Ni siquiera te atrevas a pensarlo.

Sin hacerle caso, Loretta rodeó el caballo y le cogió la crin para ayudarse a subir.

—Es Amy la que está ahí fuera, Tom.

Tom saltó del porche y trató de coger el caballo de Loretta por la brida antes de que ella le diera riendas. El negro animal se echó hacia atrás y evadió la mano de Tom.

—Por el amor de Dios, usa el cerebro que Dios te ha dado.

—Es lo que estoy haciendo. ¡Por eso voy a ir!

—No irás —gruñó Tom—. Vuelve, Loretta Jane, o no volveremos a verte nunca más.

—Eso no lo sabes. —Loretta tuvo que enderezarse para no caerse del nervioso animal. Cazador no había exagerado. El caballo no dejaría que nadie más lo tocara—. Él me trajo una vez de vuelta, ¿no?

—No lo hará por segunda vez. No puedo permitir que hagas algo tan estúpido.

—No te corresponde a ti impedírmelo —le espetó Loretta.

—Tal vez sabe lo que hace, Tom —intervino Henry—. Él parece estar enamorado

de Loretta. Tal vez no le haga daño.

Tom estiró el brazo y cogió las manos de Loretta para que no pudiera sujetar las riendas.

—Baja de ahí, muchacha, o te juro que te bajaré a la fuerza.

Loretta le miró a los ojos.

—No puedes detenerme, Tom. Si él puede encontrarla, iré con él.

—¿Estás loca? ¿Crees que va a ir a buscarla por ti? ¿Qué es peor, chica, los comanches o los comancheros?

Henry se pasó una mano por los ojos.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no dejas que se vaya? De todas formas, el futuro de Loretta ya está perdido.

—¿Perdido? —Con la mano puesta en la muñeca de Loretta, Tom se giró hacia su vecino—. He conocido a muchos bastardos en mi vida, pero te juro que tú eres el peor de todos. ¿Tienes idea de lo que harán con ella después de un tiempo? ¿Una mínima idea? Eso sí puede encontrarlos. Lo más seguro es que se pierda por esos caminos.

Loretta se puso tensa. No había tiempo para hablar. Observó a Tom y esperó el mejor momento para esquivarle. Cuando vio que aflojaba la mano, apretó los talones con determinación en los flancos del animal. El semental se echó hacia delante en un poderoso salto, haciendo caer a Tom al suelo.

—¡Loretta Jane, vuelve aquí!

Loretta se abrazó al cuello del animal, animándole para que fuera más rápido. Tenía que ir a casa, coger algunas cosas para el viaje y salir antes de que tío Henry y Tom pudieran montar y tratar de impedirselo.

Después de reunir algo de comida para su sobrina, Rachel siguió a Loretta hasta el altillo, frotándose las manos y llorando. Deseosa de empaquetar y salir de allí lo antes posible, Loretta echó un vistazo a la pequeña habitación y metió las cosas en una cartera. «Nunca me traerá de vuelta. Nunca.» Estas palabras llenaban su cabeza, una advertencia que se negaba a escuchar. No se permitiría pensar en nada que no fuese Amy.

Loretta abrió el cajón de la mesilla de noche y cogió la peineta de diamantes de su madre y la cuchilla de afeitar de su padre. La peineta era demasiado delicada para un viaje tan duro, pero ya estaba sacrificando demasiadas cosas como para dejar atrás también sus objetos queridos.

Rachel se puso delante de ella con las manos en jarras, los ojos azules clavados en Loretta.

—No pienso dejar que vuelvas con él. No puedes hacerlo. No te lo permitiré.

—Tía Rachel... —Loretta cerró el cajón—. Cazador nunca me trató mal cuando estuve con él. Eso es más de lo que puedo decir de esos comancheros que tienen a

Amy.

Rachel se puso blanca y se tambaleó como si fuera a caer.

—¿De verdad? Él es un comanche, Loretta. No puedes saber cómo se comportará. ¿Cómo podrías saberlo? No se puede predecir el comportamiento de un animal. No estás pensando con claridad.

—¡Tal vez no! Pero es algo que tengo que hacer. Tú harías lo mismo. No te quedes ahí y dime que no lo harías.

Rachel miró a Loretta a los ojos.

—Di que lo encontrarás...

—Lo encontraré. Me enseñó a seguir sus pistas.

—Será demasiado tarde para Amy.

—¿Demasiado tarde para qué? —gritó Loretta.

—Nunca volverá a ser la misma. Ya sabes lo que le harán. Nunca lo olvidará, nunca. Incluso aunque la traigas de vuelta, su futuro quedará destrozado. Ningún hombre temeroso de Dios querrá casarse con ella.

Loretta cerró la tapa de la cartera y se abrazó a ella, mirando incrédula a su tía. Una imagen de su tía de pie en el porche le pasó por la cabeza, con el rifle preparado para disparar. ¿Liberación bendita? ¿O estupidez? ¿De verdad vale tan poco una mujer para que toda su vida gire en torno a su castidad? Estaban hablando de Amy, por Dios, la dulce y valiente pequeña de ojos brillantes.

—Tú eres la que no piensas con claridad, tía Rachel.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Rachel. Se puso la mano alrededor de la mejilla.

—Es mi niña. Nadie la quiere más que yo. Es solo que... primero te perdí a ti. Y como una bendición de Dios, volviste a casa. Ahora es Amy. Es más de lo que puedo soportar. Si te dejas salir por esa puerta, os habré perdido a las dos.

—Vamos, tía Rachel, ten fe. —Loretta sujetó a su tía por el hombro—. Las dos volveremos.

—Ese animal no volverá a traerte a casa otra vez. Lo sabes tan bien como yo. Puedo verlo en tus ojos.

Loretta no pensaba discutir, así que se quedó callada.

—Tienes razón —susurró Rachel—. Si pudiera ir, iría. Es mi hija.

—Y es mi hermana pequeña. Tal vez no de sangre, pero sí de la manera que importa. Cazador... tal vez sea demasiado tarde para salvarla completamente, pero él puede encontrarla antes de que crucen la frontera. —El estómago de Loretta se retorció de miedo, un miedo que se negaba a analizar—. Él está a solo tres días de aquí. El poblado no puede haberse movido tan rápido. Puedo encontrarlos y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Llévate al menos a algunos hombres para que te protejan.

—¿Contra un ejército de comanches? Los matarían a todos. Y Cazador creería que le he traicionado. Él me ha dejado pistas para que le siga. Si se las enseño a sus

enemigos... —Loretta empezó a bajar las escaleras del altillo—. No, esto es algo que debo hacer sola. No puedo perder más tiempo discutiendo, tía Rachel. Tom llegará en unos minutos y tratará de detenerme.

Rachel siguió a Loretta escaleras abajo, llorando cada vez más fuerte.

—¡Al menos cámbiate de vestido. Piensa bien lo que vas a hacer!

—Me cambiaré en el camino. —Cogiendo la bolsa de comida de la mesa, Loretta se la colgó del hombro y cruzó la habitación de tres zancadas—. Ya lo he pensado bien.

—¡Esos animales mataron a tu madre! ¿Puedes olvidar eso?

Loretta se quedó fría, con la mano en el pomo de la puerta. Por un momento volvió a sentir ese antiguo temor que la paralizaba. Se volvió lentamente para mirar a su tía.

—Nunca lo olvidaré. Y nunca lo perdonaré. Pero eso no tiene nada que ver con Amy.

—Vas a tener que enfrentarte a un ejército... tú misma lo has dicho. Deja que algún otro lo haga. ¿Por qué tienes que ser tú?

—Porque —Loretta buscó las palabras adecuadas— me he pasado media vida odiándome por ser una cobarde. Ahora Amy me necesita. Si le doy la espalda... bueno, simplemente no puedo. No lo haré. Por favor, intenta entenderme, tía Rachel. ¿Acaso no es mejor arriesgar tu vida que no tenerla?

Con esto, Loretta salió corriendo por la puerta y fue a buscar a su caballo. Al mirar en dirección a la granja de Weaver, vio una nube de polvo que se acercaba en el horizonte. Tom avanzaba en esta dirección y cabalgaba rápido. Loretta aseguró la alforja y el paquete de comida en la silla y después montó. Rachel salió corriendo al porche sacudiéndose las manos.

—Adiós, tía Rachel —dijo Loretta con voz ronca—. Te quiero.

Loretta hizo girar al caballo y le clavó las botas con fuerza en los flancos. El pura sangre salió disparado en un galope armonioso. Sabía que ninguno de los caballos de Tom podría cogerle. Como su dueño, el animal corría como el viento.

El viaje se convirtió pronto en una pesadilla para Loretta. Las noches eran solitarias y aterradoras; los días, incluso peores. Cuando Cazador le enseñó a seguir pistas, todo parecía muy fácil. Pero no lo era. Él le había dejado marcas en las rocas, en los árboles, trozos de piel escondidos y marcas en las cortezas. Pero encontrar estos mensajes en la inmensidad de la tierra que le rodeaba era poco menos que imposible. Kilómetros y kilómetros de praderas, y el sol como única guía. Loretta se pasaba la mitad del tiempo aterrorizada pensando que se había perdido, y la otra mitad preocupada por Amy.

El segundo día de viaje, perdió el rastro de Cazador por completo. Después se quedó sin una gota de agua. Muy pronto empezó a sentir la sequedad de la garganta.

Tenía miedo de alejarse demasiado del camino para ir a buscar agua, y ninguna de las señales que Cazador le había dicho que buscara parecían evidentes. No veía hierba que indicase una fuente. Ni caballos salvajes a los que seguir, ni avispa de las que cogen barro con la boca para hacer el nido.

Hubo un momento en el que Loretta estaba tan desesperada que se arriesgó a seguir a un coyote durante varios kilómetros con la esperanza de que la guiara hasta una fuente. No tuvo suerte. El coyote solo estaba cazando y vagabundeaba tan perdido como ella. Loretta empezó a perder toda esperanza de sobrevivir. Y fue entonces cuando la voz de Cazador le susurró al oído, con tanta claridad como si estuviera junto a ella. «Si no puedes encontrar agua, Ojos Azules, deja que sea tu buen amigo el que piense. Él la encontrará para ti.»

Limpiándose el sudor de la cara con el brazo, Loretta miró embrujada las olas de calor que vidriaban el espacio como plata fundida en la distancia. La noche anterior había pasado frío con la manta ligera que llevaba. Hoy se estaba asando. Ni ella ni el caballo durarían mucho con este calor si no encontraban agua. Las situaciones desesperadas siempre necesitaban soluciones desesperadas. Amy estaba ahí fuera, y cada día perdido, era una oportunidad menos para poder salvarla.

No le resultó nada fácil poner sus vidas en manos de un caballo, pero no tenía otra opción. Dio a *Amigo*, como había terminado por llamarle, rienda suelta. Él se quedó parado al principio, como si no supiese qué era lo que se esperaba de él.

—Agua, busca agua —le susurró Loretta.

Amigo la miró, poniendo los ojos en blanco. Hubiese deseado conocer la palabra comanche para agua, pero no era así. Estaba segura de que el caballo entendería mejor el comanche.

«Las palabras están en tus manos, Ojos Azules.»

Loretta suspiró y se acostó sobre el cuello del animal, obligándose a relajarse y parecer confiada.

—Ahora te toca a ti, *Amigo*.

El caballo estuvo unos minutos sin moverse, pero al ver que Loretta seguía en la misma postura y no terminaba de darle ninguna instrucción, se puso lentamente a caminar. Loretta rezó para que la decisión de dejarse llevar fuera la correcta. No solo por ella, sino también por el animal.

Tres horas más tarde, *Amigo* bajó la cabeza para beber en un pozo de agua. A lo lejos, Loretta pudo ver una manada de caballos pastando. Mientras desmontaba, vio pasar una avispa con la boca llena de barro. El abrevadero estaba rodeado de mezquites y hierbas altas de color verde oscuro. Todo lo que Cazador le había dicho que buscara se le apareció de repente.

Después de saciar su sed y llenar la cantimplora, tuvo aún que enfrentarse a otro problema. ¿Dónde estaban? Se quedó mirando la interminable extensión de terreno que se ondulaba dorado y marrón ante sus ojos. Mirase donde mirase, todo le parecía igual, y no podía encontrar nada que le sirviera de punto de referencia. Se le retorció

el estómago. Sabía que iba al norte, que era la buena dirección, pero si se desviaba aunque fuera solo unos pocos grados, perdería el nacimiento del río y se pasaría del poblado de Cazador. Se encontraría cabalgando hacia ningún lado... cientos y cientos de quilómetros hacia el infinito.

Asustada y frustrada, Loretta se hundió sobre una roca y se abrazó las rodillas. «Piensa. La vida de Amy depende de ello. Y también la tuya.» Perdida. Esta palabra tomaba forma en su cabeza, fría como un témpano. Cazador había hecho que todo fuera más fácil, pero él era un comanche y ella solo una estúpida *tosi tivo*. ¿Cómo podía esperar encontrar las huellas de un comanche cuando algunos de los mejores rastreadores del país no lo habían conseguido?

Loretta suspiró y se puso en pie. No podía echarse atrás. Los comancheros tenían a Amy. Admitir su derrota sería como firmar la sentencia de muerte de Amy.

Amigo se había movido hasta el extremo más lejano del charco de agua y pastaba allí tranquilamente. Loretta rodeó la tierra empantanada para cogerlo. Había caminado quizás unos diez metros cuando miró hacia abajo. La tierra de este lado del charco estaba llena de marcas de pezuñas. Señales de caballos sin herrar. Una de las huellas le resultó familiar, por su forma en luna creciente.

—¡Han pasado por aquí! —gritó.

Amigo levantó la cabeza y clavó sus sorprendidos ojos en ella. Loretta empezó a reírse. No solo era una *tosi tivo* estúpida. Era una *tosi tivo* estúpida con el caballo comanche más maravilloso del mundo. Se pasó la mano por el pelo y cerró los ojos, para dejar que el miedo se alejara de ella. Cazador nunca le hubiese dicho que fuera a buscarle si no creyese que podía hacerlo. Entre ella y *Amigo* lo conseguirían.

Loretta montó en el caballo, sin sentirse ya tan profundamente sola. Por loco que pareciese, sentía como si Cazador cabalgase con ella.

Seis días más tarde, dos días completos después de que se le acabasen las provisiones de comida, Loretta llegó al montículo que se alzaba sobre el poblado de Cazador. Tiró de las riendas para que su montura se detuviera y miró hacia el valle. Había llegado tan lejos y había pasado por tantas cosas, rezando solo por llegar a tiempo para salvar a Amy, que no había pensado en el peligro al que tendría que enfrentarse a su llegada. Los comanches. Cientos de ellos. Una mujer blanca cabalgando hasta allí era un suicidio. Esta vez no tenía a Cazador a su lado para protegerla.

Amigo la olió y le mordisqueó el pie. Loretta sabía que estaba sintiendo su temor.

—¿Y si uno de ellos me mata? —susurró.

El caballo relinchó y le golpeó suavemente con el hocico.

—¡Para ti es fácil! ¡A ti no van a hacerte nada!

El caballo se movió de lado y resopló.

—Ay, *Amigo*, tú no lo entiendes. No puedo.

Tres Ave Marías después, Loretta y *Amigo* seguían aún inmóviles sobre la loma, sus siluetas dibujadas contra el cielo. Empezó su tercer Ave María, sin apenas oír lo que decía, mientras recorría con los ojos el puñado de tiendas que se extendían en el valle. Por favor, Dios. Tenía la esperanza de que Cazador la viese y viniese a su encuentro.

Cazador estaba sentado bajo una empalizada, jugando a los dados con algunos hombres. De repente, Mirlo llegó pasando como una exhalación por los senderos que había entre las tiendas, gritando:

—¡Es la pelo amarillo! ¡Ha vuelto, tío! ¡Ha vuelto!

Acostumbrado como estaba a las travesuras de su sobrina, Cazador la ignoró mientras terminaba su partida. Después, sentó a la niña en su regazo y rugió como un oso, mordiéndole suavemente la barriga. Supo que algo pasaba cuando vio que Mirlo no empezaba a reírse a carcajadas como solía hacer.

—¡La pelo amarillo! ¡Ha vuelto! —Mirlo le cogió la cara entre sus pequeñas manos para que no le quedase más remedio que mirarla—. No se mueve. Creo que está esperándote.

A Cazador le dio un brinco el corazón.

—Si no es más que otra de tus travesuras, pequeña sabandija, te prometo que esta vez te tiraré a una chumbera.

Mirlo movió rápidamente los ojos.

—¡Está aquí! La abuela me mandó para que te lo dijera. ¡*Nabone*, mira!

Cazador dejó a la niña en el suelo y salió de allí en busca de un sitio desde el que ver la meseta. Se puso una mano en la frente a modo de visera. En lo alto del cerro pudo ver la inconfundible silueta de una mujer blanca montada a caballo. Mientras recorría el camino que llevaba de vuelta a las tiendas, vio cómo la brisa levantaba el pelo de la mujer. Dorado bajo los rayos del sol.

Se le hizo un nudo en la garganta. A punto estuvo de tropezarse con Mirlo, que bailaba excitada a su lado. Le inundó una mezcla de alegría y miedo, sin poder determinar cuál de las dos emociones prevalecía. Su pequeña ojos azules había venido a él, como la profecía vaticinó. No podía evitar pensar si esto significaría que un día tendría también que dejar a su pueblo.

Movió pesadamente los pies, uno delante del otro. Llegó hasta el borde del poblado y levantó la vista hacia la meseta. Incluso a esa distancia reconoció la manera en la que montaba a caballo, la inclinación de su cabeza. No podía creer que hubiese llegado tan lejos y con tanta rapidez. El destino había de verdad hecho un círculo para que volviese a él.

Después de ordenar a Mirlo que se fuese a la tienda de su madre, Cazador aligeró el paso, sin pensar ya en las implicaciones del final de la profecía. El destino. Un mes antes había despotricado de él. Ahora estaba seguro de sus sentimientos. Resentimiento, pero también agradecimiento. Y alivio. En lo más profundo de su corazón, sentía que todo estaba bien.

El destino. Hoy le había traído a una mujer, una mujer distinta a todas las demás, con la piel tan blanca como la luna, el pelo como la miel y los ojos como el cielo de verano. Su mujer, y esta vez había venido a él por su propio pie.

Desde lo alto de la colina, Loretta vio al hombre que se acercaba a ella desde el valle. Se llenó de alivio al reconocer su elegante forma de caminar y sus caderas caídas. Se santiguó rápidamente y dio gracias a la Virgen por haber intercedido. Emocionada, azuzó a *Amigo* para que bajase por el barranco.

Cazador la encontró a medio camino. Loretta no podía dejar de mirarle mientras avanzaba hacia él. Aunque solo hubiese estado lejos unos pocos días, había olvidado ya lo indio que parecía. Su aspecto salvaje. Se movía con la fuerza fluida de un animal musculoso, sus hombros, sus brazos y su pecho estaban siempre en movimiento, con un juego bronceado de tendones y carne. El viento le agitó el pelo y le cubrió la cara.

Dios Santo. No llevaba pantalones, solo el taparrabos y los mocasines. Detuvo a *Amigo* y tragó saliva. Tía Rachel tenía razón. Era un comanche y siempre lo sería. Aun así, había ido a buscarle.

—¿Ojos Azules?

Él caminó con más lentitud al acercarse. Avanzaba con sus ojos color índigo clavados en ella, recorriendo cada detalle de su vestido, desde el escote hasta la combinación y los botines que sobresalían por debajo de su falda larga. En los ojos pudo descubrir esa cálida y familiar expresión divertida que una vez le había enfadado tanto.

Ella mantuvo la mirada fija en su cara, resistiéndose a la tentación de contarle sus problemas inmediatamente y buscando las palabras de saludo apropiadas en comanche. Quería asegurarse de que este encuentro empezaba con buen pie.

—Hola, *hites* —dijo, levantando la mano derecha.

Él cogió la brida del caballo y se acercó a ella. Era tan alto que tuvo que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Con una sonrisa en los ojos, contestó:

—Hola.

Loretta se mordió el labio superior para que dejara de temblar. Le pareció maravilloso que él recordara su forma de saludar. Él era su amigo. Había hecho lo correcto viniendo aquí. Si alguien en el mundo podía encontrar a Santos, era este hombre.

—Necesito tu ayuda, Cazador.

Sus ojos dejaron de sonreír. Le cogió la barbilla y le giró la cara, con la vista puesta en el moratón que tenía en la mejilla. Se le endureció la mandíbula.

—¿Te ha pegado?

Loretta se había olvidado por completo del bofetón de Henry.

—No, no, eso no importa ahora.

Le cogió con fuerza.

—Te ha pegado.

—Sí, pero no es por eso por lo que... —Le sujetó los dedos que seguían inspeccionándole la cara—. No es nada, Cazador.

—Le mataré por esto.

—¡No! No estoy aquí por eso. —Le quitó la mano y se tocó la sien con la parte delantera de la muñeca—. Y no deberías hablar de esa forma. No puedes matarle.

—Sí, muy rápido.

—No, no quiero que hagas eso. Es Amy, Cazador. Por eso estoy aquí. ¡Los comancheros se la llevaron! —levantó la voz. Había practicado lo que diría una y otra vez. Pero todas esas palabras bien pensadas desaparecieron de su mente—. Ellos... solo es una niña. Y se la han llevado. Yo llevaba tu medallón, ¡y por eso dejaron que me fuera! ¡Pero se llevaron a Amy!

Levantó la ceja sorprendido.

—¿Aye-mee?

—Amy, mi prima pequeña, mi hermana. Tienes que acordarte.

—Ah, la *herbi* que dispara agujeros en la tierra.

—Sí. Y los comancheros se la llevaron, un hombre llamado Santos. —Loretta bajó del caballo y le cogió la mano. Lo que sintió al volver a ver a Cazador, su cansancio, los indios que había ahí debajo, nada de eso importaba ya—. Nunca encontraremos su campamento; no, si no nos ayudas. Cazador... no sabía a quién más podía acudir.

Sus ojos brillaron con un destello peligroso.

—¿Santos? ¿Se atrevió a pasar los *tse-aks*?

—Tío Henry quitó las lanzas y las enterró. Tenía miedo de que la gente nos llamase «amigos de los indios».

Enredó con cariño sus dedos entre los de ella. Bajó los ojos al medallón, que ella había llevado por fuera del vestido desde que entraron en territorio comanche.

—Santos no te hizo daño. Es un mexicano listo.

—¡Se llevó a Amy! —Loretta se tocó el pecho con la mano que le quedaba libre—. Mi corazón yace sobre la tierra, Cazador. Mi tío no puede encontrar a Santos. Dice que nadie que no sea comanche puede encontrarlo. Por eso vine aquí, por eso vine a buscarte.

—Es bueno que hayas venido. Estaba en la canción, ¿eh?

—No... no, no lo entiendes. Vine a pedirte un favor. —Cogió su mano con las dos suyas, mirándole a los ojos con expresión de súplica—. Por favor, ¿irás a buscar a Santos y traerás a Amy a casa?

Los músculos de su cara se endurecieron.

—¿A tus paredes de madera?

—Sí, a mi casa. Por favor.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Por esto has venido? ¿Para pedir este favor?

—Por favor, Cazador, no digas que no. Haré lo que quieras, cualquier cosa que

me pidas.

Sus ojos se volvieron fríos.

Loretta lo miró fijamente. Había llegado tan lejos... No podía permitir que dijera que no. Amy estaba ahí fuera.

—Por favor, Cazador. Haré lo que me pidas.

Él no dijo nada. Se limitó a observarla, con una expresión de dureza en la cara.

El cansancio y la desesperanza hicieron a Loretta ponerse de rodillas. Colgada aún de su mano, bajó la cabeza.

—Por favor, Cazador, por favor. No te lo pediría si hubiese tenido a alguien a quien recurrir. Pensé que eras mi amigo.

Cazador estudió su pelo rubio, peinado en una trenza y enrollado como una serpiente en lo alto de su cabeza. Unos tirabuzones largos le caían hasta la espalda. Él había caminado hasta ella pensando que volvía a él. Y ahora descubría que solo había vuelto para pedirle ayuda, que no tenía intención de quedarse junto a él. Se sentía como un chiquillo estúpido, humillado y furioso. Pero no tanto como para querer tenerla de rodillas.

Era la primera vez que veía cómo dejaba a un lado su orgullo. Solo por esto comprendió lo mucho que amaba a la niña que había perdido. «Pensé que eras mi amigo.» Estas palabras le herían en lo más profundo. Quizá debería sentirse honrado. Había viajado una gran distancia hasta su tierra, confiándole su vida y la de la niña a la que amaba.

—Ponte de pie, Ojos Azules —le dijo con suavidad.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Las lágrimas humedecían sus mejillas.

—Haré cualquier cosa, Cazador. Te serviré de rodillas. Seré tu leal esclava para siempre. Besaré el suelo que pisas, lo que sea.

Él le soltó la mano y la cogió por los hombros, poniéndola de pie.

—Te quiero en mis pieles de búfalo, no besando el sucio suelo.

Sus ojos se oscurecieron.

—Haré lo que quieras.

Cazador estuvo a punto de decirle que encontraría a Amy, que no necesitaba suplicárselo, pero sus últimas palabras le detuvieron. No era estúpido. Buscó su cara pálida.

—Seré tu mujer. Es eso lo que quieres, ¿no? Me quedaré contigo. Libremente. Si encuentras a Amy y me la traes de vuelta. Te lo prometo, Cazador.

Su desesperación le avergonzaba. Había venido hasta él en busca de ayuda; no podía negársela. No necesitaba que le recompensara por encontrar a su hermana. Pero quería a esta mujer. Y estaba allí, ofreciéndose.

Pasó la mirada una vez más por el moratón de su mejilla. Si le mandaba de vuelta con su padre adoptivo, ¿cuántos golpes recibiría?

—Tus promesas se convierten en mentiras, Ojos Azules.

—Esta vez no. Te lo juro, Cazador. Lo juro por Dios, seré tu mujer. Cualquier

cosa por Amy.

Él le cogió la barbilla.

—¿Estás haciendo una promesa a Dios? ¿Dormirás conmigo en las pieles de búfalo?

Loretta cerró los ojos. Las palabras le golpeaban la garganta. Iba a sacrificar el respeto que sentía por sí misma. Su gente la repudiaría para siempre si se enteraba. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—Sí, dormiré contigo.

—Me mirarás cuando hables.

Levantó las pestañas. Él tenía una intensidad en sus ojos que no había visto nunca antes.

—Dormiré contigo. Lo juro por Dios.

—¿No lucharás la gran lucha cuando ponga mis manos sobre ti?

—No.

—¿Y comerás? ¿Te quedarás a mi lado? ¿Para siempre en el horizonte?

—Sí.

Le rozó la boca con el pulgar, recordando lo dulce que le habían parecido sus labios. Lentamente, su cara oscura dibujó una sonrisa.

—Lo dirás delante de tu Dios.

Loretta parpadeó y le devolvió la mirada.

—Lo juro por Dios: comeré y me quedaré para siempre a tu lado, siempre en el horizonte.

—¿No lucharás la gran lucha?

—No, no lucharé.

Le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia él.

—Ah, Ojos Azules, este comanche acaba de hacer un buen negocio.

—¿La encontrarás?

—La encontraré, y la traeré hasta ti, ¿de acuerdo?

Loretta no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Respiró por fin, tan aliviada que se sintió flaquear. Cazador inclinó la cabeza y puso su cara contra el pelo de ella. Un instante después ella sintió sus labios en la nuca. También sintió que le pasaba la mano por detrás. Frustrado por su cuello alto y sus faldas, agarró con el puño el pedazo de tela.

—Demasiada *wannup*. ¿Dónde estás, Ojos Azules?

Empezó a levantarle el vestido. Loretta le cogió la mano.

—¿Qué... qué estás haciendo?

Él levantó la cabeza, con los ojos encendidos y llenos de picardía.

—Busco a mi mujer. Estás ahí dentro.

—Aún no soy tu mujer. ¿No tienes decencia? A plena luz del día. La gente puede vernos.

—Verán que eres mi mujer.

—¡Verán mis calzones, eso es lo que verán!

Le soltó la falda para pasarle la mano por la espalda.

—No huesos. Eso es bueno.

Loretta se sonrojó al darse cuenta de que se refería a los huesos de ballena del corsé. Ningún hombre decente diría algo así.

—Aún no me has traído a Amy —le recordó—. Nuestro trato no empieza hasta que lo hagas.

—Lo he dicho. Está hecho.

—Primero Amy.

Antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, la levantó en brazos y la puso en el caballo. Después se sentó detrás de ella. Rodeándole la cintura con un brazo, bajó la cabeza y dijo.

—Este comanche la encontrará rápido.

Capítulo 16

Mujer de Muchos Vestidos venía corriendo de la tienda de Cazador con los brazos llenos de armas, justo en el momento en el que él detenía a *Amigo* frente a la puerta. Mirlo corría detrás de su abuela, arrastrando un gran canasto. Asombrada, Loretta miró las cosas que Mujer de Muchos Vestidos llevaba. Flechas de guerra, lanzas, cuchillos. Su vista se detuvo en el cesto de Mirlo. Un trozo de paño de algodón sobresalía por debajo de la tapa.

La mujer y la niña parecían nerviosas. Loretta sintió la tensión en el cuerpo de Cazador. Dijo algo a su madre y bajó del caballo. La mujer se dio la vuelta y volvió a entrar en la tienda de Cazador, instando a Mirlo a que hiciera lo mismo. Una expresión de consternación se dibujaba en la cara de Cazador cuando levantó a Loretta de la silla.

Rodeando el escudo de guerra que había en un trípode cercano a la puerta, Loretta empezó a sentirse incómoda. Tenía el presentimiento de que la madre de Cazador había intentado sacar ciertas cosas de la tienda de su hijo antes de que ella llegase. Cuando cruzó la puerta, le llevó un momento acostumbrarse a la falta de luz.

Mujer de Muchos Vestidos y Mirlo estaban de pie a un lado de la habitación, y en sus caras había una expresión de culpa. Detrás de ellas Loretta vio un palo largo lleno de cabelleras y plumas. Las rodillas se le hicieron agua. Miró a Cazador por encima del hombro. Él la rozó al pasar y evitó su mirada.

—*Mea* —ladró.

Su madre y su sobrina se movieron hacia la puerta, mirando a Loretta en señal de disculpa. Cuando estuvieron fuera, Loretta se acercó al poste de las cabelleras... y se quedó allí mirándolo con mórbida fascinación. Las cabelleras eran demasiado numerosas como para poder contarse. Tampoco lo intentó. Una ya le hacía suficiente daño. Examinó las armas que su madre había intentado quitar de allí. El cesto contenía probablemente recuerdos que Cazador había recogido de las víctimas.

—Mi madre quería evitarte la tristeza —dijo Cazador con voz ronca—. Llegaste sin avisar.

Loretta recordó la noche en la que tía Rachel le había hecho una visita en el altillo. Loretta había defendido a Cazador esa noche. Qué estúpida había sido.

—¿Por qué me escondiste estas cosas, Cazador?

Él avanzó unos pasos para acercarse a coger el palo y tirarlo al suelo. Sabía que intentaba sacar de la tienda el botín ensangrentado, pero ella lo cogió por la muñeca.

—Por favor, no lo hagas. Quitarlo es mentir tanto como decir palabras falsas.

Él la miró con sus ojos oscuros.

—Ojos Azules...

Loretta le soltó y se puso la mano en la muñeca. El sonido preocupado de su voz

le ponía enferma. Quería caerse allí mismo. Dios mío, ¿qué había hecho? Era un animal, como había dicho tía Rachel. Todas esas cabelleras. ¿A cuántos de su gente había mutilado? Y ella había venido corriendo hasta él para pedirle ayuda.

—¿Irás a buscar a Amy? ¿Eso no es mentira, verdad?

Volvió a poner el palo en el sitio con tanta fuerza que las paredes de piel vibraron. Loretta cerró los ojos. Amy. Tenía que controlar su lengua, tenía que mantener la calma.

—Lucho la gran lucha por mi gente. Nunca te he mentado sobre eso. Mi madre escondió estas cosas para no hacerte daño.

Loretta quería darle la espalda. Él le había hecho creer que era un hombre bueno, y le había ocultado su lado más cruel. Había funcionado. Había roto siete años de silencio por él. Y había confiado en él más de lo que nunca creyó poder confiar en alguien.

—¿Importa lo que yo piense?

—Sí. —Hizo un círculo para colocarse frente a ella. Cruzando los brazos, dijo—: Tus pensamientos no pueden cambiarme la cara, pero...

Loretta le interrumpió.

—No te pido que cambies, Cazador. Lo único que te pido es que traigas a Amy.

—La traeré junto a ti.

—Eso es lo único que me importa.

Él la observó durante un rato.

—Tu corazón parece tener un gran amor hacia ella.

—Sí. Esos hombres horribles... Es solo una niña. Hace ya ocho días que la tienen. No puedo pensar en nada más. Incluso cuando duermo sueño en lo que puede estarle pasando, oigo su voz llamándome. Intento encontrarla, pero no puedo.

Él le cogió la barbilla, con la misma caricia dulce de siempre.

—Esta noche dormirás sin pesadillas. He dicho que la encontraré. *Suvate*, todo se ha cumplido.

Con esto, salió de la tienda.

Volvió unos minutos más tarde. Después de hacerse con unos pantalones de ante, que se puso encima del taparrabos, cogió las armas, haciendo varios viajes fuera de la tienda para preparar el caballo. Cuando hubo reunido todo lo que necesitaba, se sentó en el jergón de pieles, sujetó con las rodillas un pequeño espejo de afeitarse, y se puso a pintarse la cara, perfilándose los ojos con una barra de grafito negra y haciéndose tres rayas rojas en la barbilla.

Loretta se sentó en el borde de la cama para verle. Al terminar la miró. Ella veía a Cazador el asesino por primera vez. Por un lado, parecía tan fiero que le daba miedo; por otro, se sentía extrañamente a salvo. Solo un hombre tan brutal y resuelto sería capaz de encontrar y rescatar a Amy.

—¿Qué quiere decir la pintura? —preguntó.

—Que este comanche cabalga en son de guerra.

—¿Guerra? —susurró.

—Santos sabrá por la pintura que estoy contrariado.

—¿Lucharéis? Amy podría resultar herida.

—Tu Aye-mee no sufrirá ningún daño. —Se levantó y apartó las pinturas, limpiándose las manos en un pedazo de tela. Volviéndose frente a ella, dijo—: Mi hermano, Guerrero, y mi buen amigo Antílope Veloz se quedarán junto a ti. Sus fuertes brazos son tuyos. —Le hizo una señal para que se levantara—. Te llevo con Guerrero ahora. Dormirás en el hogar de su tienda. No te hará daño, ¿de acuerdo?

Cuando Loretta salió de la tienda, se agarró al brazo de Cazador.

—Mi caballo, ¿dónde está? Necesito cuidar de él, y... quiero mi alforja. —Tenía miedo de que robaran la peineta de su madre—. Tiene cosas dentro que necesito.

Cazador no cambió el paso.

—Tu buen amigo está en la pradera. Tu bolsa la tiene Doncella de la Hierba Alta, en su tienda.

Al final del poblado, Loretta vio a un grupo de hombres pululando, con los caballos listos para salir de viaje.

—¿Van esos hombres contigo a buscar a Amy?

—Sí. Debo darme prisa. —Cazador aminoró el paso conforme se acercaban a la tienda de Guerrero. En la puerta se paró por completo y agarró a Loretta por los hombros, obligándola a mirarle—. ¿Seguirás los pasos de Guerrero como una mujer sigue los de su marido? ¿Hasta que vuelva a estar a tu lado?

Loretta asintió, mirando con miedo la oscuridad de la tienda. Alrededor de ellos, la gente del poblado se dedicaba a hacer sus quehaceres diarios. Podía oler carne asándose en el fuego. Un grupo cercano de mujeres se habían detenido para hablar y miraban por encima de su costura a Loretta, recorriendo con ojos oscuros sus ropas de arriba abajo. Pasó un grupo de niños corriendo, riendo y susurrando algo mientras se tapaban la boca con las manos. Al otro lado del camino, había un anciano sentado bajo una empalizada, observándola sin pestañear.

—¿A Guerrero no le importa que me quede aquí? ¿Qué dirá su mujer?

—Ella te da la bienvenida. Está bien. Tranquila, Ojos Azules. Mi madre está cerca. Puede venir con su cuchara. —Condujo a Loretta dentro de la tienda—. ¿Guerrero? Está aquí.

Guerrero emergió de las sombras, con una piel y un pelo tan oscuro que por un momento Loretta no pudo reconocer sus facciones. Estaba comiendo algo, y antes de hablar masticó la comida que tenía en la boca. Loretta se tranquilizó al ver que llevaba pantalones y se preguntó si se los habría puesto para honrar su llegada.

—Mi corazón cabalga contigo, *tah-mah*.

Cazador movió las manos y acarició ligeramente el brazo de Loretta. Después la soltó.

—Y el mío se queda contigo. *Nei meadro*, me voy.

Loretta sintió que se separaba de ella. En el último segundo se dio la vuelta hacia

él.

—Cazador...

Él se detuvo en la puerta para mirarla.

—Está bien, Ojos Azules.

Oyó el roce de pieles detrás de ella y supo que Guerrero se había acercado. Estaba tan tensa que le dolía el cuello. Echó una mirada por encima del hombro. Él estaba tan cerca que podía tocarla. Pero no lo hizo. En vez de eso sonrió. Fue una sonrisa amable, tranquilizadora. Fuera, Loretta oyó pasar al caballo de Cazador.

Guerrero dio un rodeo para acercarse a la puerta y decir algo en comanche. Unos segundos más tarde aparecía una mujer joven ataviada con una falda de piel suave y una blusa de ante bordada. Dobló su oscura cabeza y se dirigió a Loretta con voz sedosa.

—Mi mujer, Doncella de la Hierba Alta, te invita a compartir su fuego —tradujo Guerrero—. Irás. Yo vengo pronto.

Loretta tenía los pies clavados en el suelo. Le aterrorizaba dejar la tienda de Guerrero sin Cazador. La mujer murmuró algo, tirándose nerviosa de una de sus largas trenzas y poniendo sus finos dedos sobre la tira de armiño que le ataba el pelo. Después de un rato, cogió la mano a Loretta para que fuera con ella.

—*Mea*, vamos —le animó Guerrero—. Está bien.

Una vez fuera, Loretta trató de mirar a su alrededor, pero el sol la cegaba y tuvo que ponerse una mano sobre los ojos en forma de visera. Hasta entonces, los comanches nunca se habían atrevido a acercarse a ella porque iba con Cazador. Pero ahora él se había ido. «Se había ido.» Cuando decidió venir aquí, no había pensado en todo esto. Quedarse abandonada en un poblado lleno de salvajes era más de lo que hubiese podido imaginar. Las mujeres aquí no hablaban inglés. Esto hacía que solo pudiese hablar con Guerrero. Guerrero, el de las cabelleras colgadas en la brida.

Doncella de la Hierba Alta agarró con más fuerza a Loretta, con unas facciones suaves y unos ojos oscuros llenos de compasión.

—*Keemah, Yo-oh-hobt Papi. Toquet.*

Loretta reconoció las palabras. *Keemah*, ven. *Yooh-hobt papi*, pelo amarillo. *Toquet*, está bien. Luego trató de buscar en su mente la palabra para enemigo.

—Tengo miedo. Tu gente son mis *to-ho-ba-ka*.

Las mejillas de la muchacha se redondearon al sonreír.

—¡*Ka to-ho-ba-ka!* —dijo una palmadita en el hombro a Loretta—. *Hites*.

«No son enemigos, son amigos.» Loretta le devolvió la sonrisa, sintiéndose reconfortada mientras seguía a la mujer india hasta una tienda cercana. Quizá no estuviese tan sola después de todo. No es que fuera mucho, pero era lo único que tenía hasta que Cazador volviese.

Cazador detuvo el caballo y miró la inquietante llanura, una extensión de terreno

infinita que los rodeaba. Un manto de hierba dorada se extendía hasta más de lo que la vista podía alcanzar. El hogar. Este verano, la caza había sido mejor hacia el este, pero aun así, Cazador había echado de menos las praderas Staked, sobre todo la segura fortaleza natural del barranco de Palo Duro. Este era territorio quohadie, y todo aquel que se atrevía a entrar en él, incluidos los comancheros, estaban en peligro. Su gente no se sentía tan despreocupada cuando tenían que acampar en los terrenos de los *tosi tivo*.

Se giró en el caballo para mirar al grupo de guerreros que cabalgaban detrás de él. Sus caballos estaban tan cansados que avanzaban con las cabezas caídas. Los hombres iban encorvados, como si cargasen el cansancio en los hombros. Cazador les había impuesto un ritmo muy rápido en los últimos días y empezaba a pasar factura.

—Santos no puede estar muy lejos —dijo a Hombre Viejo—. Las boñigas de caballo son frescas, y en esta parte la hierba está más oscura, como si hubiese sido pisoteada. Aquí han puesto a pastar animales.

—¿Entonces por qué te detienes?

—Descansaremos un momento.

Cha-na, Cerdo, detuvo su caballo junto al de Hombre Viejo. Escudriñó el terreno rápidamente, con unos ojos agudos y calculadores.

—¿Por qué vamos a descansar ahora? Estamos casi sobre ellos.

—Una noche más no supondrá mucha diferencia —contestó Cazador—. Si tenemos problemas, será mejor que estemos descansados.

Hombre Viejo bufó.

—Nos has traído aquí a todo correr, ¿y ahora te preocupa que estemos cansados? No me asustan un puñado de comancheros. Podría terminar yo solo con diez de ellos. Vayamos primero a por la niña, y después descansaremos, ¿de acuerdo?

Cazador oteó un momento el horizonte. La voz de Loretta seguía susurrándole: «No puedo pensar en nada más. Incluso cuando duermo sueño en lo que puede estarle pasando, oigo su voz llamándome. Intento encontrarla, pero no puedo.»

Cazador no estaba seguro de por qué encontrar a Amy se había convertido en algo tan importante para él y tampoco tenía intenciones de analizar sus sentimientos. ¿Pretendía acaso consolidar un trato con una mujer que ya había comprado? ¿Por qué debía pagar dos veces para tenerla? ¿Tan importante era que ella estuviese feliz? ¿Por qué estaba dispuesto a arriesgar su vida y la de sus amigos para conseguir que esa sombra de angustia desapareciese de sus ojos? No tenía respuestas a todas estas preguntas. Y esto le inquietaba.

Ya era bastante molesto que sus amigos advirtieran su ansiedad. Debían de pensar que era un *boisa*. Ningún comanche se obsesionaría tanto por el bienestar de una niña *tosi*.

—*Mea-dro*, vamos —insistió Cerdo.

Cazador apretó la mandíbula. Había hecho bien pidiendo a estos hombres que le acompañaran. No solo porque eran sus más fieles amigos, sino porque eran de los que

no preguntaban.

—Está bien, seguiremos —accedió—, pero de vuelta a casa, nos lo tomaremos con más calma.

Cerdo frunció el ceño.

—No nos quedará más remedio. La pelo amarillo estará muy débil después de haber estado con Santos todo este tiempo.

A Cazador se le encogió el corazón. Solo deseaba que la chica estuviese aún viva.

Una hora más tarde, el grupo de comanches alcanzó un alto desde el que se avistaba el campamento de Santos. Lo había instalado cerca de un arroyo subterráneo. Los tres carromatos de suministros estaban colocados en forma de media luna hacia el oeste, bloqueando el paso del plomizo sol.

Los comancheros yacían en los escasos trozos de sombra. Su olor, combinado con el olor de las reses muertas y el de boñiga fresca de caballo, se mezclaba con la brisa. Una extraña quietud los invadió al ver llegar a los comanches. Uno de los hombres, que había estado rascándose la entrepierna, se quedó como petrificado con la mano posada en sus partes. Otro tenía un pitillo a medio terminar entre los labios. Cuando la parte encendida empezó a quemarle los dedos, dio un aullido y agitó el brazo. Este sonido repentino puso a los demás en movimiento. Se pusieron en pie y empezaron a gritar por el campamento como si buscasen a su jefe.

Los treinta comanches, hombros erguidos y expresión endurecida, pusieron al paso sus monturas. Cazador se fijó en el tercer carromato que tenía a su derecha. Algo azul y blanco colgaba de la rueda trasera. Al acercarse, vio que era la niña, a la que tenían con los brazos atados a los radios de la rueda y la cabeza colgando. Todo lo que quedaba de su vestido azul era una falda hecha jirones. El reflejo blanco era su piel y los restos de la blusa de muselina.

Santos salió a recibirles, con la mano derecha levantada y la palma hacia delante en señal de saludo. Cazador avanzó hacia él, los ojos encendidos y la boca apretada.

—Hola, *hites* —saludó Santos enlazando sus dedos en señal de amistad. Después, dijo en comanche—. Es bueno que hayas venido, mi amigo, el Lobo. Tengo rifles y municiones. Y baratijas para vuestras mujeres.

Cazador no le devolvió la señal de amistad. Vio que Santos reparaba en su pintura de guerra.

—No hemos venido a comerciar. Tienes a mi hermana de ojos amarillos.

A Santos se le puso la cara blanca.

—¿La hermana de tu mujer? No, yo no. Yo soy buen amigo del Lobo.

Cazador apretó las riendas. Por irracional que pareciese, le dieron ganas de matar a Santos. Todo, por una pelo amarillo a la que ni siquiera conocía. Sin embargo, estaba allí para salvar a Amy, y era esto lo que tenía que hacer primero.

—He venido a por ella.

—Lo juro por la tumba de mi madre, Lobo. No tengo ni idea. Esto es algo terrible.

Santos estaba representando de manera magistral el papel de arrepentido. Si no hubiese sido por su palidez, Cazador hubiera llegado a creerle. El comanche se movió en su caballo. Miró a Cerdo y a Hombre Viejo. Sabía que contaba con ellos para cubrirle las espaldas. Los comancheros, que eran alrededor de veinte, se mostraron respetuosos y se apartaron cuando pasó dando grandes zancadas hasta el tercer carromato. El pecho se le encogió al ver más de cerca el estado en el que se encontraba la niña.

Estaba furioso. Era como si le hubiesen dado un golpe en el estómago y no pudiese respirar. Cerró los puños y dio un traspíe, tragándose el rugido de odio que luchaba por salir de su garganta. ¿Esta era la valiente niña que se había enfrentado a él con un rifle? Unos dedos crueles habían dejado moratones negros y azulados a lo largo de sus delgados brazos. Tenía la blusa desgarrada, y a través de la cortina de oro que era su pelo sobresalían los pechos desnudos, hinchados y morados. La falda era una tela hecha jirones que le habían levantado por encima de la rodilla; los muslos los tenía manchados de sangre y semen seco.

Cazador puso una rodilla en el suelo, rozando con la punta del otro pie los pies desnudos de la niña. En la tierra pudo ver que otros hombres se habían arrodillado allí. Muchas veces, a juzgar por las huellas.

—¿Aye-mee? —Ella no se movió. Cazador le puso la mano en el pelo, tan parecido al de su mujer—. Aye-mee, despierta. He venido a sacarte de aquí.

Con una rapidez que le pareció sorprendente, la muchacha levantó la cabeza. Lo miró aterrorizada. Cazador la miró fijamente a los ojos, en busca de un atisbo de cordura. No encontró ninguna. Ella lo miró un momento y empezó a gemir, luchando con las cuerdas que le ataban a la rueda. Tenía las muñecas llenas de heridas y ensangrentadas. Esta no era, con toda seguridad, la primera vez que se había despertado para encontrar a un hombre frente a ella.

—Aye-mee —susurró, tratando de ser dulce con ella—. *Toquet*, está bien.

Empezó a desatarle uno de los brazos, pero sus gritos le detuvieron: eran agudos y cortos, y entre uno y otro jadeaba de una manera tan profunda que helaba la sangre. Se encogió contra la rueda del carromato, hundiendo los talones en la tierra para poner distancia entre ellos. Cazador se dio cuenta de que creía que él quería violarla o matarla, o tal vez ambas cosas.

Se echó hacia atrás y apartó las manos para que ella pudiera ver que no tenía ningún arma. Amy miró a su alrededor fuera de sí, como si buscase ayuda. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Cuando volvió a mirarle, su expresión era desesperada.

Cazador mantuvo las manos en alto.

—Loh-rhett-ah me ha enviado. A buscarte. Loh-rhett-ah, tu hermana que te quiere.

Por un instante sus desorientados ojos parecieron centrarse en él.

—¿Loretta?

Cazador asintió.

—Mira dentro de mí, ¿de acuerdo? ¿Recuerdas la cara de este comanche?

Ella lo miró fijamente, y por un momento pensó que podría estar creyéndole. Muy lentamente, se levantó para tratar una vez más de desatarla. En el instante en que se movió, ella volvió a enloquecer, gritando y moviendo hacia atrás la cabeza.

Cazador sabía que debía darse prisa. Cuanto antes se llevase a la muchacha de allí, más segura estaría. Sus hombres no se moverían, pero no estaba tan seguro de los comancheros. Si empezaban a pensar, aunque solo fuera durante un instante, que los hombres de Cazador se vengarían por lo ocurrido, podrían dejar de ser cautelosos y empezar a disparar.

Sacando el cuchillo, cortó rápidamente las cuerdas que rodeaban las muñecas de Amy. El cuchillo la asustó aún más. La niña cayó al suelo y se hizo un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza escondida. Al sentir que la tocaba, se retorció y empezó a gemir.

Tenía que separarle las rodillas del pecho para poder levantarla. Ella no ofreció resistencia, pero siguió temblando mientras él la cogía en brazos. Apoyó la cabeza en su hombro. Al mirarla, se le encogió el corazón. Era la viva imagen de Loretta. La misma cara pequeña y los mismos labios sensibles. El mismo pelo. Los mismos ojos, como trozos de un cielo de verano.

Cazador caminó hacia su caballo, sin mirar a izquierda ni a derecha, consciente de que los comancheros lo rodeaban. De la forma más delicada que pudo, puso a Amy en el caballo y se montó detrás de ella. Ella gimió y se abrazó al caballo. Con mucho cuidado, la sentó con las piernas hacia un lado y la espalda apoyada en su brazo.

Santos se acercó.

—Lobo, te lo prometo, no sabía que tuvieras en tanta estima a esta mujer. No les hubiese dejado que la tocasen.

—¿Mujer? —bufó Cazador.

Santos se encogió de hombros, con la mirada nerviosa.

—No es la primera vez que se pierde una mujer en una incursión. Vosotros habéis hecho lo mismo muchas veces.

—Nosotros hacemos la guerra contra los hombres.

Santos escudriñó al grupo de comanches que le esperaban antes de responder.

—Eso no se aplica a todos vosotros.

—Este comanche deja un par de huellas —dijo Cazador suavemente—. Los otros caminan sus propios pasos.

Con la atención puesta en la chica, Santos empezó a hablar en inglés.

—No quise hacerte daño, pequeña güerita. —A Cazador le dijo—: Soy tu buen amigo, Lobo. Lo que digo es la verdad.

Con una mueca de disgusto, Cazador hizo girar al caballo y salió cabalgando de allí. Sus hombres cerraron filas para cubrirle la espalda. Amy se acurrucó en el regazo de Cazador, le castañeteaban los dientes, tenía los brazos cruzados

cubriéndose el pecho, y había cerrado los ojos. Él aprovechó para examinarle el cuerpo. Tenía un par de arañazos profundos en las piernas que necesitaban atención. Esperó que esto fuese lo peor, que no la hubiesen roto por dentro como habían hecho con Sauce.

Había prometido a Ojos Azules que llevaría de vuelta a la muchacha. No quería tener que devolverle un cadáver.

Una hora más tarde, después de que los comanches se hubieron detenido y acampado en un barranco, Cazador seguía sin poder determinar cuál era la gravedad de las heridas de Amy. Cada vez que intentaba tocarla, se volvía loca. Ahora él se sentaba a su lado, mientras ella permanecía acurrucada de lado, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos sobre la cabeza.

Cazador empezó a recordar aquella vez en que la muchacha había salido sola de la casa para enfrentarse a un ejército de guerreros, con un rifle más grande que ella sobre el hombro. Amy, la que había mordido y pateado cuando Antílope Veloz intentó sujetarla en el caballo. Tenía un corazón comanche. Los espíritus como el suyo eran difíciles de doblegar. Qué dolor debía de haber sufrido para verse reducida ahora de esta manera.

Cazador no quería asustarla de nuevo. Debía curarle las heridas, y rápido, pero algunas eran mucho más profundas que las de la carne. Para ello necesitaba dulzura. La de las manos de una mujer.

Pero no había ninguna mujer a kilómetros de distancia.

Cazador llamó a Hombre Viejo y le pidió a él y a los otros que se alejaran. No quería que Amy se sintiera más intimidada de lo que ya estaba. Después de unos minutos, cuando todo se hubo quedado en silencio alrededor de ellos, Cazador cruzó las piernas y se sentó a su lado.

Con toda la suavidad del mundo le rozó el hombro. Ella se encogió y empezó a llorar. Él dejó la mano allí, sabiendo que antes o después tendría que aceptarla, ya que necesitaba averiguar el alcance de sus heridas. Sus gemidos le recordaron a Sauce, y le hicieron recordar cosas que creía olvidadas. Lo que recordaba con mayor intensidad de aquella lejana noche era el terror de su mujer moribunda. Sauce se había abrazado a él, asustada de la oscuridad que les rodeaba, y cada vez que alguien se acercaba entraba en estado de pánico.

Amy no tenía a nadie a quien abrazarse. Podía casi oler su miedo. Necesitaba que la abrazaran. Y no había nadie más. Salvo Cazador.

—Aye-mee —susurró.

Ella esquivó su caricia. Cazador le pasó la mano por la espalda y después otra vez por el hombro. Le pareció ver sangre fresca en su falda deshecha. La tocó para asegurarse. Al sentir que sus dedos se humedecían, se le puso la piel de gallina.

—¿Aye-mee? Estás herida. Este comanche tiene que cuidarte. No te hará daño. Es

una promesa que te hago.

Le cogió la falda y trató de levantársela. Ella volvió a gritar y a defenderse con sus pequeños puños. Cazador se apartó y levantó la mano. Ella arañó el suelo para poner distancia entre ellos y después se inclinó sobre sus rodillas apretándose la barriga con las manos.

—¡No me toques! ¡No me toques!

Cazador mantuvo la mano levantada, tratando de no asustarla más de lo que ya estaba.

—Tienes muchas heridas —le dijo en voz baja—. Este comanche es tu amigo. Te ayudaré.

Amy sollozó. Levantó la cabeza y clavó sus ojos azules en él, unos ojos amoratados e hinchados de tanto llorar. Podía ver lo mucho que ella necesitaba creerle. Torció la boca.

—¿Amigo?

Cazador empezó a bajar los brazos. Ella se estremeció y se tapó la cara con las manos, como si tuviera miedo de que fuera a golpearla.

—Ay, Aye-mee, no tengas miedo. Te llevaré con Loh-rhett-ah, ¿de acuerdo? Está bien.

—¡Mientes! Loretta está en casa. Ella no pudo mandarte. Intentas engañarme.

—Este comanche no miente. Loh-rhett-ah te espera en mi poblado. Vino a mí porque sabía que este comanche podía encontrarte. —Cazador buscó en su memoria algo que pudiese convencer a Amy de que decía la verdad—. Vino con una *cartera* negra en la que Ojos Azules llevaba sus volantes.

—¿Una cartera? —Un destello de esperanza iluminó los ojos de Amy—. ¿Su cartera negra? ¿La que le dio mi madre?

Cazador asintió.

—*Huh*, sí, una cartera negra. Su vestido era azul, con pequeñas serpientes y flores rosas. Demasiada *wannup*, ¿eh? Muchas faldas blancas y pololos debajo.

—Su vestido de calicó azul —susurró Amy.

—¿Ah, sí? Caa-li-coo. Mis ojos no pudieron ver esto si ella no vino a mí. Es seguro que es así.

—Entonces, ¿por qué te detienes aquí? ¿Por qué no me llevas con ella?

—Estás muy herida.

Tensa y lista para saltar, lo miró mientras ponía las manos sobre sus rodillas.

—¿Verás en mí? ¿Dicen mis ojos mentiras?

Ella lo miró fijamente. Cazador trató de no moverse, de no respirar.

—¿Por qué iba Loretta a pedirte que me buscaras? —Se pasó una mano temblorosa por la frente—. Eres un indio.

Esa era una pregunta a la que Cazador no podía responder a ciencia cierta. Muy lentamente, con mucho cuidado, le puso una mano en la parte superior del hombro.

—Ella ha visto a mi Mirlo, una niña pequeña. Tu Loh-rhett-ah sabe que este

comanche entiende el dolor en su corazón porque su Aye-mee se ha perdido. Confió en este comanche para buscarte, para luchar la gran lucha que te traería de vuelta a ella.

—¿Tienes una niña pequeña? ¿De verdad te ha mandado Loretta?

Tenía una expresión tan desconcertada que Cazador estuvo a punto de sonreír.

—Estoy aquí, ¿verdad? He andado un gran camino. Si este comanche quisiera engañarte, te engañaría cerca de mi poblado.

Sus ojos se oscurecieron por un momento, y después se iluminaron. Pudo ver que empezaba a creerle. El sonido de unos pasos atrajo la atención de los dos. Cazador miró hacia atrás y vio que Hombre Viejo se acercaba. Amy emitió un grito de angustia.

—¡Haz que se vaya! —se retorció—. ¡Haz que se vaya!

Hombre Viejo se detuvo a medio camino. Llevaba una cantimplora en la mano.

—Trae agua, ¿verdad?

Su cara palideció.

—No... no. ¡Haz que se vaya! ¡No... no quiero verle!

Cazador empezó a levantarse, con la intención de ir y coger la cantimplora. En el momento en que Amy vio que se movía, empezó a llorar y a atacarle.

—¡No! ¡No me dejes aquí con él! ¡Por favor, no!

La reacción cogió por sorpresa a Cazador, que casi pierde el equilibrio al sentir que un cuerpo pequeño se colgaba de él. Ella le pasó los brazos por el cuello, quitándole la respiración. Su carne desnuda y cubierta de sudor se pegó a él como una lapa. Por un momento no supo cómo reaccionar. Entonces sintió el miedo que recorría el cuerpo de la muchacha y la rodeó instintivamente con los brazos. No era mucho más grande que Mirlo. A Cazador se le encogió el corazón al ver la desesperación con la que se abrazaba a él.

—No se lo permitas, por favor. No dejes que me haga daño.

—No, no. No le dejaré. Estás a salvo, Aye-mee. Estás a salvo. —Le pasó la mano por la espalda, con cuidado de no tocarle los moratones.

Ella se puso mustia y empezó a llorar. Cazador la acunó en su regazo y ella no se opuso. Pensó que quizás estaba demasiado aterrorizada. Sus ojos se clavaron en los de él, grandes y salvajes, y tenía la cara tan pálida que parecía haberse quedado sin sangre.

—Ay, Aye-mee —susurró.

—No dejes que me haga daño, por favor, no dejes que me haga daño. Seré buena, ¡de verdad! Haré lo que me dices. No dejes que me haga daño.

—Nadie va a hacerte daño. Es una promesa que te hago. Nadie. —Con cuidado, con mucho cuidado, Cazador la apretó contra su pecho—. *Toquet*, pequeña. No tengas miedo. Todo está bien.

La rodeó con sus brazos y ella tembló. Consciente de que Hombre Viejo los estaba mirando, Cazador hundió la cabeza en ella y empezó a susurrar, acunándola,

como hubiese hecho con Mirlo. Al principio se puso rígida. Pero cuando vio que él seguía en la misma posición, empezó otra vez a sollozar y Cazador supo que había ganado la batalla.

Se la puso en los brazos para que pudiera descansar la cabeza en su hombro con más comodidad. Sin dejar de acunarla, le acarició el pelo y siguió susurrándole. No estaba seguro de qué era lo que tenía que decir, si tenía que hablar en *tosi tivo* o en comanche. Las palabras no importaban. El mensaje estaba en su voz y en sus manos.

Sin saber muy bien cuándo sucedió, hubo un momento en el que ella se giró hacia él y le rodeó el cuello con sus delgados brazos. Con la cara hundida en la amplitud de su cuello, se abandonó al llanto. La violencia de sus sollozos le atravesaba la piel. Cazador hizo un movimiento hacia Hombre Viejo para que dejara la cantimplora sobre el caballo. Cuando Amy oyó los pasos se agitó y se abrazó a Cazador con más fuerza.

—¡No dejes que me lleven! ¡Por favor, no!

—No pasa nada. No van a llevarte, ¿de acuerdo? Estoy aquí. —Le pasó la mano por el pelo—. Estoy aquí, Aye-mee. Soy grande y malo como el búfalo, ¿verdad que sí? Estás segura conmigo.

Hombre Viejo se fue tan rápido como había venido. Cazador solo podía imaginar lo que los demás debían de estar pensando. Que había perdido su corazón comanche. Que había olvidado cómo había muerto su mujer. Que era *boisa*. En ese momento, nada de eso le importaba. Cerró los ojos, consciente solo de la niña que tenía en los brazos, del gran regalo que acababa de hacerle al depositar su confianza en él.

Cazador no podía estar seguro de cuánto tiempo había pasado. El sol estaba bajo en el horizonte, listo para el anochecer. Él seguía allí sentado, meciendo a Amy. De vez en cuando, cuando abría los ojos, veía el contraste entre sus brazos oscuros y la blancura de los de la niña, el brillo de su pelo. Una ojos azules. Ya no parecía importarle en absoluto.

La rapidez del anochecer obligó por fin a Cazador a enderezarse. Debía cuidar de Amy mientras aún hubiese luz.

—Aye-mee —dijo suavemente—, estás sangrando. Tengo que ver tus heridas. Loh-rhett-ah se enfadará mucho si no cuida bien de ti.

Ella se puso tensa.

—Tengo un corte en la pierna.

—Veré ese corte, ¿de acuerdo?

—No... no quiero que lo hagas.

—Debo hacerlo. Confiarás en este comanche. Un poco, ¿verdad?

Ella empezó a temblar de nuevo.

—¡No! No dejaré que nadie vuelva nunca a mirar, nunca.

Cazador se quedó callado un momento, pensando.

—Te daré mi cuchillo. Si te hago daño, podrás matarme.

La sugerencia hizo que la niña levantara la cabeza. Lo miró con unos ojos azules

llenos de incredulidad.

—No lo harás.

Cazador sacó el cuchillo de la funda y le puso la empuñadura en la mano. Ella miró absorta la hoja curvada. Después, bastante a regañadientes, aceptó con voz temblorosa.

—Está bien, te dejaré, pero solo si lo haces rápido.

Entonces la sentó en la tierra, frente a él. Ella se incorporó apoyándose en un codo y sostuvo el cuchillo en la mano, lista para atacar. Conteniendo una sonrisa, se encontró con su mirada asustada y le tocó el muslo izquierdo.

—¿Aquí?

Ella asintió. Cazador podía sentir sus temblores y sabía lo mucho que le costaba dejar que él le levantase la falda. La raja que tenía en el lateral del muslo era profunda y seguía sangrando. Cazador supo por la línea limpia de la herida que había sido hecha con un cuchillo. La rabia le invadía. Aun así, se sintió más tranquilo al ver que sanaría pronto. Con la mano puesta en la pierna, levantó los ojos hacia ella.

—¿Sangras de dentro?

Su cara se sonrojó, y se mordió el labio. Cazador hubiese dado todos los caballos que tenía por tener una mujer en esos momentos allí.

—Tienes que decirme la verdad, ¿de acuerdo?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Voy a morir, ¿verdad?

Cazador se sintió como si un caballo le hubiese dado una coz en las entrañas. Volvió a verse años atrás, y recordó el último día de la vida de su esposa.

—Esa sangre de dentro, ¿es mucha?

Ella sacudió la cabeza, con la cara contraída.

—Al principio sí, ahora solo es un poco. ¿Voy a morir?

Lentamente, la tensión de sus hombros fue cediendo.

—*Ka*, no. —La soltó y le bajó el vestido—. No morirás. —Sus conocimientos de la lengua *tosi* eran insuficientes—. Es de esa forma, ¿no? Un poco de sangre.

Empezó a levantarse.

—¡No! ¡Por favor, no me dejes!

—Solo voy a por agua y tela para limpiar y cubrir la herida. —Él inclinó la cabeza hacia el caballo—. Ya lo verás.

Ella consideró la distancia, y después asintió.

Cazador dejó que se quedase con el cuchillo mientras limpiaba el corte del muslo. Parecía más tranquila ahora que sabía que podía defenderse. A Cazador no le preocupaba demasiado que ella pudiera atacarle, e incluso si lo hacía, sabía que podría detenerla antes de que le hiciese demasiado daño.

Cuando terminó de limpiar y vendarle la pierna, le dio una de sus camisas de ante para que se cubriese. Ella la cogió agradecida, pero estaba demasiado débil como para pasársela por la cabeza ella sola. Se resistía también a devolver el cuchillo. Él

contuvo otra vez la sonrisa y sugirió que cambiase el cuchillo de una mano a otra mientras él metía sus pequeños brazos por las mangas de la camisa.

Después de vestirla, le hizo un lecho bajo un arbusto de mezquite, y se sentó junto a ella. Amy buscó su mano. Cazador le rodeó los dedos con los suyos. Bajó los ojos hacia ella y pensó en Loretta.

Después de un rato, Amy consiguió conciliar el sueño. Con miedo a que pudiera cortarse con el arma que aún sostenía en el regazo, Cazador cogió la funda que tenía en su cinturón y metió con mucho cuidado en ella la hoja del cuchillo.

Se aseguró de que dormía profundamente antes de dejarla. Sin hacer ruido, cogió su caballo y se lo llevó a cierta distancia antes de hacerlo parar y revisar el equipo que llevaba. Abrió unas alforjas, sacó el cuchillo de repuesto y ató la funda a su cinturón. A continuación, encordó su arco y revisó el filo de la hoja de su hacha para asegurarse de que estaba afilada.

Hombre Viejo emergió de entre las sombras.

—¿Qué estás haciendo?

Cazador siguió preparándose para la batalla, sin responder.

Hombre Viejo echó una mirada a la chica y se acarició la barbilla.

—¿Vas a volver? Es peligroso, un hombre solo contra todo un grupo.

Cazador sacó todo el equipaje que le sobraba de las alforjas.

—Mejor que una niña pequeña contra todos ellos.

—¿Tu brazo fuerte es de ella?

—Es el camino que debo recorrer. —Cazador apretó la mandíbula, evitando la mirada de Hombre Viejo. Los dos sabían las implicaciones de esa afirmación. Cazador deseaba poder explicárselo, pero sus razones no estaban del todo claras, ni siquiera para él—. Santos le ha robado el honor. Alguien debe volver y reclamarlo.

—Iré contigo.

—No. Si caigo, debes llevar a la niña a Guerrero y a Loretta por mí.

Hombre Viejo suspiró, después asintió.

—Eso está hecho, amigo.

Con esto, Hombre Viejo se fue trotando en busca de los otros hombres. Cazador oyó voces y pasos agitados. Su cara esbozó una sonrisa al ver que varios de sus amigos estaban ya montados para ir con él. Sin preguntas, sin amargas acusaciones. Si quería luchar por una pelo amarillo, ellos seguirían a su lado.

Cerdo se acercó a él tirando tan enérgicamente de las riendas de su pinto que el caballo empezó a moverse en un medio círculo.

—Así que vamos a luchar, ¿no?

—Yo voy.

—Entonces vamos contigo. —Cerdo fijó la mirada en el bulto que se acurrucaba bajo el arbusto—. Tú harías lo mismo por nosotros.

Cazador montó en el caballo.

—¿Estáis seguros de que queréis venir? Lo entenderé si os quedáis.

—Yo estoy contigo. ¿Planeas dejar a alguno de ellos con vida?

—Este comanche tendrá con ellos la misma consideración que ellos tuvieron con la niña. —Los labios de Cazador se cerraron—. Ninguna.

Amy seguía durmiendo cuando Cazador volvió tres horas más tarde con la cabellera ensangrentada de Santos colgada de la brida del pura sangre. Había reclamado su honor... con la venganza.

Capítulo 17

La luz del fuego danzaba dentro de la tienda y emitía rayos dorados por la habitación. Loretta estaba sentada en la sombra, trenzándose en silencio los cabellos con la cartera abierta junto a ella. Cuando hubo terminado de arreglarse el cabello, apoyó la espalda contra la pared de piel de la tienda y fijó la vista en el grupo de indios que se sentaban con las piernas cruzadas cerca del fuego. Estaban entretenidos jugando a algún tipo de juego de mesa en el que había una pieza de cuero suave con las esquinas pintadas. Cada persona tenía una piedra asignada que se diferenciaba por la forma en que estaba pintada.

Loretta no pudo concentrarse lo suficiente en el juego como para comprender las reglas. Solo tenía ojos para Búfalo Rojo. Se había unido a la familia de Guerrero para pasar la velada y mostraba su lado más amable y alegre, un lado que a Loretta le resultaba difícil de creer. Niña Pony, la sobrina huérfana de Guerrero de dos años, trepaba encima de Búfalo Rojo agarrándose a sus trenzas y apretándole el cuello por detrás hasta hacer que su cara se pusiera roja. Cuando él no le hacía caso, ella le hacía cosquillas. El guerrero toleraba sus travesuras, y sus manos siempre se movían con dulzura cuando trataba de quitarle las manos de su pelo. Loretta no podía creer lo que veía.

Cuando Doncella de la Hierba Alta cogió los dados, Búfalo Rojo le dijo algo, y ella emitió un extraño chillido, dándole un codazo en las costillas. Búfalo Rojo se rio y le cogió las trenzas, haciéndole un nudo con ellas por debajo de la barbilla. Ella levantó sus hermosos ojos y tiró los dados, después de agitarlos bien con una floritura. Búfalo Rojo se inclinó para ver lo que había sacado, después gruñó y se golpeó la frente con la palma de la mano. Guerrero echó atrás la cabeza y rugió riéndose. Tortuga, que con cinco años ya podía jugar, hizo un mohín.

El juego terminó y Doncella de la Hierba Alta parecía haber vencido por mucho a los hombres. Se deshizo las trenzas y dejó caer el pelo sobre sus hombros, con una expresión de suficiencia en la cara. A Loretta, este gesto le recordó a Amy, pero en realidad, esos días, todo le recordaba a ella. Al observar a esta familia, las únicas diferencias que podía advertir entre ellos y los blancos era su forma de vestir y el idioma. En realidad, hasta parecían más felices y contentos.

Búfalo Rojo levantó los ojos. Cuando su mirada se encontró con la de Loretta, dejó de sonreír. Bajó la mirada hacia la cartera, con la atención puesta en la peineta de diamantes que brillaba a la luz del fuego. Él se quedó con la mirada fija en el objeto un momento, después apartó la cara, pero no antes de que ella viera el odio reflejado en sus ojos. Loretta cerró la cartera, determinada a ignorarle. Cazador volvería pronto con Amy.

La sombra distorsionada de Doncella bailó sobre las paredes al levantarse del

círculo y rebuscar entre los utensilios de cocina. Después volvió al fuego y puso un gran caldero suspendido en las llamas. Tortuga no la dejaba ni a sol ni a sombra, la cara iluminada por la emoción. Primero tiró una cucharada de grasa en el recipiente, después sacó algo de una talega y lo metió en el caldero, y por último lo cerró con la tapadera. Pasados unos minutos, Loretta escuchó el ruido familiar de las palomitas.

Amy adoraba las palomitas. Los recuerdos eran dolorosos: sentada en la mesa, los labios manchados de mantequilla derretida, el sonido musical de su risa... Loretta apartó la cara y entrecerró los ojos para evitar las lágrimas. ¡Cómo no iba a estar contento Tortuga! A todos los niños les encantaban las palomitas. Muy pronto empezó a notar el olor. Cómo hubiese deseado que Amy estuviese allí.

Guerrero le hizo señas.

—Loh-rhett-ah, ven, ¿eh?

Loretta miró incómoda a Búfalo Rojo. Para su sorpresa, se acercó a Doncella de la Hierba Alta para hacerle sitio. Mirlo atravesó corriendo la habitación y cogió a Loretta de la mano.

—¡Keemah! —gritó.

Loretta se levantó y dejó que la niña la condujera al círculo. Ella miró a Búfalo Rojo. Él le devolvió la mirada y sonrió. Tenía el extraño presentimiento de que lo hacía solo por respeto a Guerrero y a Doncella de la Hierba Alta. Tenía que haber un motivo oculto para este repentino cambio de actitud. ¡Ay, Dios! ¿Esperaba que Guerrero los dejase a solas en algún momento?

—Este comanche no va a comerte —dijo—. Tranquila.

No estaba segura de qué era lo que podía esperar de su cambio de humor. Loretta se colocó la falda y se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. Con Guerrero a su lado, se sentía bastante segura. Estos últimos cinco días le había demostrado que era un hombre amable y de buen carácter. Doncella de la Hierba Alta, con sus modales dulces y tranquilos, era la que llevaba los pantalones en casa. Loretta sabía que nadie podría hacerle daño con Guerrero al lado.

Cuando las palomitas dejaron de saltar, Doncella quitó la cacerola del fuego y la puso en el centro del círculo. Abrió la tapa y el maravilloso olor lo impregnó todo. Después de que todos se sirvieran, Loretta cogió tímidamente un puñado, tratando de no pensar en Amy y sentirse tan desgraciada. Búfalo Rojo gruñó y hundió las manos en la cacerola, llenando de palomitas el cuenco que formaba con las palmas. Al minuto siguiente, dejó caer la montaña de palomitas sobre el regazo de Loretta.

—¡Por Dios!, no... —Loretta estuvo a punto de decir que no podía comer tantas, pero se tragó las palabras y esbozó una sonrisa. Esta gente no conocía a Amy. No podía esperar que entendiesen la tristeza que sentía, o que les importase, incluso—. Gracias.

Mirlo cogió una palomita del montón que tenía Loretta en la falda, y todo el mundo se rio. Para no quedarse atrás, Niña Pony, que siempre estaba moviéndose, gateó hacia ella e hizo lo mismo.

—¿Ves? Es bueno que tengas tantas —dijo Búfalo Rojo.

Su voz sonó tan amable que Loretta levantó los ojos. Tenía la cara tan deformada que le resultaba difícil leer su expresión. ¿Era el brillo que veía en sus ojos solo el reflejo del fuego? Un escalofrío de desconfianza le subió por la espalda. Apartó los ojos. Por muy amable que pareciera, nunca podría confiar en él.

Antílope Veloz asomó la cabeza por la puerta y llamó a Tortuga por su nombre. Al oler las palomitas entró, con una sonrisa dibujada en su hermoso rostro. Loretta se inclinó a un lado al ver que él trataba de coger un puñado del extraordinario manjar. Aunque Cazador le había asegurado que el brazo fuerte de Antílope Veloz estaba a su servicio, Loretta no había visto lo suficiente al muchacho esos días como para sentirse cómoda con él.

El joven indio parecía más mexicano que comanche, y Loretta se preguntó si no sería también mestizo, como Cazador. Sus facciones eran casi demasiado perfectas para un hombre: nariz majestuosa y recta, ojos marrones grandes y cristalinos y unos labios finamente dibujados que formaban un arco perfecto. Tampoco es que le importara su procedencia. Fueran cuáles fueran sus orígenes, era un miembro aceptado y bien integrado en el poblado. Le echó unos quince años, tal vez dieciséis. Sin embargo se comportaba como un hombre, con una musculatura bien definida y un porte orgulloso. Loretta pensó que debía de ser tan brutal como cualquier otro en la batalla.

Llevándose otro puñado de palomitas a la boca, Antílope Veloz dijo algo a Tortuga y le guiñó un ojo. Sin pedir permiso a sus padres, el hijo pequeño de Guerrero se puso en pie de un salto y siguió al chico mayor fuera de la tienda. Loretta los siguió con la mirada, preguntándose dónde podrían ir tan tarde. Guerrero y Doncella de la Hierba Alta no parecían preocupados. Loretta empezaba a saber que los niños comanches tenían mucha más libertad que los blancos, que podían ir y venir como les apeteciera. Aún no había visto que alguno de ellos fuera castigado o recibiera siquiera una regañina.

Mirlo quitó el sitio a Tortuga junto a su padre, acurrucándose a su lado y pidiéndole arrumacos. Guerrero sonrió y le puso algunas palomitas en la boca. Ella se las tragó como un pavo, mordisqueándole los dedos. Niña Pony, que siempre trataba de acaparar la atención frente a la hermana mayor, chilló y salió disparada hacia donde estaban ellos. Cuando correteaba por detrás de Loretta, tropezó.

Búfalo Rojo trató de coger a la pequeña, pero no llegó a tiempo. Ella perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el fuego. Sus gritos atravesaron el aire.

—¡Dios mío! —Con las piernas enredadas en el vestido, Loretta fue incapaz de moverse para ayudar a la pequeña.

Guerrero trató de soltarse de su otra hija. Doncella se puso en pie, pero estaba en el lugar más lejano del círculo. Búfalo Rojo estaba más cerca y fue más rápido. Cogió a la niña de las llamas, echó un vistazo a las quemaduras y se giró hacia la puerta, sosteniéndola en brazos ante él mientras corría. Loretta, incapaz de entender lo que

gritaba, solo pudo preguntarse adónde la estaba llevando.

Guerrero y Doncella de la Hierba Alta corrieron detrás de Búfalo Rojo y Mirlo salió disparada detrás de todos ellos. Para cuando Loretta quiso librarse de las faldas y levantarse, se encontró ya sola en la tienda. Podía oír los gritos de Niña Pony a su espalda, cada vez más débiles. Ella no era sino una extraña. Temblando, fijó la vista en el fuego. Pobre Niña Pony. Loretta se sentía culpable. Aplastó la tela de su pesado vestido con rabia, recordando la forma cariñosa en la que Cazador había acariciado a la niña, cómo sus ojos se llenaban de dulzura cuando la miraban.

Había palomitas desparramadas por todo el suelo. Sin dejar de temblar, se agachó para recogerlas y tirarlas al fuego. Tardó varios minutos en tener el suelo limpio.

Esta era la primera vez que se encontraba sola en el poblado. Aquellos tres primeros días, Cazador había estado siempre a su lado, y estos últimos cinco días, había sido Doncella de la Hierba Alta la que había permanecido con ella. Loretta se hundió poniéndose en cuclillas y se quedó absorta mirando las llamas. Quería fijarse en los ruidos que provenían del exterior. Los otros vecinos que habían escuchado las voces de la niña hablaban aquí y allá, y se podía oír un sonido de preocupación en sus palabras.

Loretta cerró los ojos. Rezó para que la niña estuviera bien.

La piel de la puerta crujió como si alguien hubiese entrado. Loretta no se atrevía a mirar. ¿Se había dado cuenta alguien de que estaba sola? ¿Venían a atormentarla? ¿A matarla?

—Guerrero y Doncella volverán pronto. Deben enfriar el fuego de las quemaduras de Niña Pony en el río. Cuando terminen, la llevarán a Mujer Medicina para que le aplique un ungüento sanador. Guerrero me envía para que cuide de ti. Antílope Veloz estará fuera esta noche con Tortuga.

Loretta levantó la cabeza y vio que Búfalo Rojo se acercaba a ella, con los pantalones y los mocasines mojados. Podía hacerse una idea de él corriendo hacia el río con Niña Pony, sujetándola con manos suaves y tratando de tranquilizarla con su voz más cariñosa. Se le hizo un nudo en la garganta. Le preocupaba saber que empezaba a verle no como el cretino que era, sino como una persona amada y capaz de amar. Un hombre con dos caras, una humana y la otra monstruosa.

Él se agachó al otro lado del fuego, recorriéndola de arriba abajo con la mirada. Una sonrisa de burla apareció en su cara.

—No tengas miedo, no tienes que tenerlo, ¿eh?

Loretta se cogió la falda con el puño.

—Pensé que me odiabas. ¿Por qué este cambio tan repentino?

Sonrió aún más.

—No he cambiado. Mi odio arde —señaló hacia las llamas— como el fuego. Mi corazón está contento, ¿sí? Eres la mujer de mi primo. Fue el trato con él. ¿A cambio de tu hermana? —Levantó una ceja, observándola como un niño cruel que ha tirado un insecto en un puchero de agua hirviendo. Tenía el incómodo presentimiento de

que estaba contento de poder disfrutar de ese momento a solas con ella, que lo había estado esperando como un gato espera al ratón, para atacar—. La canción habrá terminado pronto.

Una semilla del maíz que Loretta había tirado al fuego eligió ese momento para saltar. Lo inesperado del ruido le hizo dar un brinco. La boca desfigurada de Búfalo Rojo se contrajo.

Loretta estaba asustada. Sabía que era eso lo que intentaba, ponerla nerviosa. ¿Por qué iba a permitirle que la acosara?

—Te refieres a la canción de Cazador, ¿verdad?

Búfalo Rojo pareció sorprendido.

—¿Te ha dicho las palabras?

—No. ¿Cuáles son las palabras?

Sus ojos brillaron, y esta vez ella supo que no tenía nada que ver con el resplandor del fuego, sino con el demonio que tenía dentro.

—Conocerás las palabras... muy pronto —su expresión era como de suficiencia—, cuando mi primo vuelva. Está claro que no eres muy lista, Pelo Amarillo. Pero eso es bueno, la canción se cumplirá.

—¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros, sin contestar.

—Dímelo —insistió ella.

—Ya lo verás. —Sonrió, como si estuviera riéndose de una broma que solo él conocía. Clavó los ojos en el fuego por unos segundos—. ¿No te dije cómo encontrarle cuando te llevó a tus paredes de madera? ¿No dejó marcas en el suelo, para que todos los que pasasen supiesen que su mujer vivía allí?

—Sí, ¿y qué?

Él la miró, como si esperase que lo que acababa de decir le doliese. Cuando ella se quedó mirándole sin decir nada, él soltó una carcajada.

—¿No te dejó uno de sus mejores caballos? ¿No te dio su medallón para marcarte como su mujer?

Loretta sintió un escalofrío subiéndole por la espalda.

—Sí.

—Y poco después de que se marchara, los comancheros llegaron, ¿verdad?

—Sí, ¿qué me quieres decir con eso?

Búfalo Rojo sonrió.

—Que no eres muy lista. Él envió a Santos para que te encontrara. Las palabras de la canción dicen que tú «debes» volver a él. Cazador hizo que este camino te fuera más fácil. Y ahora, mujer estúpida, te has entregado a él a cambio. Eres suya. Cuando vuelva, la canción se habrá cumplido.

Todas las piezas encajaban con una claridad espeluznante. Loretta lo miró fijamente, con el pulso a cien por hora.

—No... Mientes.

Otra semilla de maíz saltó en el fuego. Búfalo Rojo movió los restos carbonizados y los devolvió a las llamas con sumo cuidado.

—Tenía que ser así. Robaron a tu hermana para traerte a él, ¿no es así? Su medallón te marcó, para que su amigo, Santos, no robase a la mujer equivocada. Tres cabelleras doradas. Santos te conoció por la piedra que mi primo te dio.

—No. —Aunque lo negase, todo parecía tener sentido—. Él no haría algo tan despreciable. ¡No a una niña!

—¿Los comancheros visitan tus paredes de madera muy a menudo?

—No, nunca. —Loretta se mojó los labios, con la lengua seca y pegajosa—. Pero no es tan raro que estén por la zona.

Él le clavó los ojos.

—Cazador te deja, y, por primera vez, ¿ellos vienen? Se llevan a la niña. Y su pelo amarillo vuelve con él, bastante rápido.

—¡Mientes!

—La canción debe cumplirse. Cuando él vuelva con la niña, te pedirá lo que convinisteis. Tú vendrás a él, como se dijo en su canción hace mucho tiempo. Tú hiciste un pacto con él, te diste a cambio de la niña. Cuando vuelva, irá al fuego central y anunciará su matrimonio contigo. Después... —Búfalo Rojo sonrió y movió la mano a lo largo de la laringe—. *Suvate*, todo se ha cumplido.

A Loretta se le encogió el estómago.

—No.

Él se encogió de hombros otra vez, como si estuviese de acuerdo.

—Ah, sí, jugará contigo un poco antes. —Inclinándose hacia ella, para que la luz del fuego iluminase su cara desfigurada, le lanzó una mirada lasciva y dijo—: Y yo también. Muchos de nosotros, ¿eh? Será muy divertido, Pelo Amarillo. ¿Crees que él sería tan amable con otra mujer blanca? —dio un bufido y se puso de pie—. Eres tonta. ¿Una Ojos Blancos? Escupimos en ellas. Le pones enfermo. Tu gente mató a su mujer, a su hijo aún no nacido. ¿Te ha llevado a sus pieles de búfalo? No, Pelo Amarillo. Para tener placer con alguien como tú, debe esperar y hacerlo a su manera.

Como si su proximidad contaminase el aire que respiraba, Búfalo Rojo dejó el fuego y se sentó en el jergón. Sacó el cuchillo y se puso a revisar la hoja con el dedo pulgar. Después, con la mirada fija en los pechos de Loretta, se pasó la punta por el suyo propio.

—Pronto, ¿eh? Muy pronto.

Loretta tenía ganas de vomitar. No podía dejar de mirar el camino que hacía con el cuchillo, imaginándose en su cuerpo.

—Comparte mis palabras con Guerrero. Él te dirá que he dicho la verdad. Observa a mi primo cuando vuelva. Irá al fuego central y dirá las palabras para hacerte su esposa. Observa. Verás. Búfalo Rojo no dice mentiras.

Un temor repentino y helador invadió a Loretta. Cazador creía que su canción tenía que cumplirse, y que ella era parte de la canción. ¿La había manipulado como a

una marioneta, haciéndole danzar con las palabras para que la profecía se cumpliera? ¿Los blancos habían matado a su esposa? Quizás él estaba tan consumido por el odio como ella, y detestaba a todos los que tenían la piel blanca, como ella detestaba a los comanches.

Gotas de sudor cayeron por su frente. «Conoceré la canción que tu corazón canta.» Le había creído. Le había tomado cariño y había pensado que era su amigo. Su amigo. Él lo había entendido así. Y lo había fomentado. «No habrá guerra entre nosotros. Te saludaré y me iré cabalgando.» ¿Podía ser tan falso? ¿Tan despiadado?

Recordó el poste con las cabelleras, cómo su madre había intentado quitarlas de la tienda, junto con las otras evidencias de sus correrías. Dios mío, todos participaban de la misma mentira, todos ellos, incluso Doncella de la Hierba Alta.

Loretta apretó los dientes, y se encaró a la mirada diabólica de Búfalo Rojo. Los recuerdos de Cazador flotaban en su mente. El ronco susurro de su voz, la caricia amable de sus manos, su sonrisa llena de indulgencia. ¿Podía un hombre fingir todo eso? No, no debía creer a Búfalo Rojo, no podía. Cazador se merecía más que eso.

Esperaría y rezaría. Si Búfalo Rojo no mentía, si Cazador estaba de verdad manipulando los hechos para que volviese con él, entonces ella y Amy valían tanto como la muerte.

Al amanecer, Amy abrió los ojos aterrorizada. Estaban todos rodeándola. Las mañanas y las noches, cuando hacía frío, siempre eran los momentos peores. Ellos vendrían pronto, un hombre, quizá dos, seguidos por un flujo continuo de ellos... hasta que el sol estuviese alto en el cielo.

Pidió estar muerta antes de que todo volviera a empezar de nuevo.

Como hacía cada mañana al despertar, Amy se estiró contra las cuerdas que la ataban al carro. Al darse cuenta de que ya no había cuerdas, se quedó sin saber qué hacer. ¿No estaba atada a la rueda del carro? ¿Estaba tumbada sobre pieles suaves, cubierta con una piel de búfalo? Sus dedos se cerraron instintivamente alrededor de la empuñadura del cuchillo, y entonces recordó lo que había pasado el día anterior.

Cazador, el comanche.

Su madre decía que era un animal sin corazón. Quizá lo fuese. Pero al menos él no le había hecho eso todavía. Amy miró a su alrededor. Su caballo pastaba cerca de allí, pero Cazador no estaba. Su garganta emitió un sollozo, y después otro, y otro. ¿Dónde se había metido? ¿La había abandonado? En cuanto esos otros indios se diesen cuenta de que estaba sola...

Una mano grande y cálida salió de ningún lugar y le tocó el pelo. Ella se puso tensa, y se tragó los sollozos, con miedo a moverse. Un hombre. ¿Pero quién? ¿Le habían visto los otros indios? Dobló el cuello y descubrió que Cazador dormía junto a ella, con la cabeza a solo unos centímetros de la suya, sus pies señalando al lado opuesto al que señalaban los de ella.

—*Ka taikay, ka taikay* —le susurró medio dormido—. *Toquet, ma-tao-yo.*

Amy no entendía las palabras. Solo sabía que la calmaban de una manera indescriptible, como le calmaba el peso de su mano sobre la cabeza. Una mano poderosa y fuerte, y al mismo tiempo cariñosa. No estaba sola. Había pasado toda la noche con ella y no le había puesto la mano encima.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Amy hundió los talones y se giró en su dirección. Al acercarle la cabeza, él levantó sus oscuras pestañas y trató de mirarla. La tenía tan cerca que apenas tuvo que abrir los ojos para verla. Se echó un poco hacia atrás y parpadeó.

Amy contuvo la respiración. Tenía miedo, y al mismo tiempo, no lo tenía. Su hombro era imponente, su pecho oscuro era el doble de grande que el de ella, quizá más grande aún, y sus músculos bien definidos hacían que sus propios pechos parecieran diminutos en comparación. Él podía matarla si quería. Torcerle el cuello como una rama seca.

Pero también podía protegerla.

Cuando hubo dado de comer y de beber a Amy, Cazador empezó a prepararse para partir, y la primera tarea de la lista fue esconder la cabellera de Santos para que la niña no pudiera verla y se asustase. Después de asegurar la alforja a la cincha del caballo, escondió la cabellera y se movió para ir a coger otra cosa. Entonces se golpeó con algo. Al girarse para ver lo que era, descubrió que ese algo era Amy. Sus grandes ojos brillaban hacia él, de un azul tan intenso y tan llenos de miedo que tuvo que contener un gruñido de irritación. Rodeándola para no pisarla, se agachó a recoger su bolsa de viaje. Al incorporarse, le rozó el hombro con el codo. Ya de vuelta al caballo, ella seguía pegada a él, como si estuviera atada a él por una cuerda invisible.

Cazador amarró la bolsa a su caballo y después se giró hacia ella. Era evidente que estaba aterrorizada de que pudiera abandonarla. Él sabía lo que los otros hombres pensarían si la trataba con demasiados miramientos. Pero no le importaba. Si creían que su intención era tomar a Loretta como esposa, que esta niña era su nueva hermana por el matrimonio, la tratarían con más consideración durante el viaje, y Amy necesitaba toda la consideración del mundo en esos momentos.

Resignado, Cazador levantó el brazo para que ella pudiera acercarse más. Sintió cómo sus pequeños dedos se agarraban a su cinturón, como si temiese que fuera a escaparse. Cazador sonrió al rodearle los hombros con el brazo.

—Debes tener cuidado con ese cuchillo —le dijo con suavidad—. Tiene una hoja muy afilada, y te cortarás si lo sacas de la funda.

Ella agarró el arma con más fuerza. Cazador la miró un momento y después sacó una tira de cuero de sus bolsas. Arrodillándose ante ella, extendió la mano para que le diera el cuchillo, sin dejar de mirarla.

—Por ahora, ¿eh?

Incapaz de renunciar a su único medio de defensa, Amy lo miró fijamente. Cazador esperó pacientemente. Cuando por fin se lo entregó, él pasó la tira de cuero por el agujero de la funda y después se la ató a la cintura para que el arma colgara cómodamente sobre su cadera. Amy le recompensó con una sonrisa. Y él pensó que era más que suficiente.

Capítulo 18

Alguien estaba cocinando una cazuela de ciruelas secas. El olor dulzón llenaba el aire del anochecer y tentaba a Loretta. Doncella de la Hierba Alta levantó las cortinas laterales de la tienda para dejar que la brisa refrescase el interior, lo que permitió a Loretta ver a sus vecinos. Era curioso como, si cerraba los ojos, podía muy bien imaginar que se encontraba rodeada de blancos. Se reían. Los niños gritaban. A lo lejos pudo oír a un hombre gritando a su mujer, igual que hacía tío Henry en casa, excepto porque la mujer le gritaba también. Tía Rachel nunca se atrevía.

Doncella, que estaba ocupada con la costura, levantó los ojos y sonrió. Con un brillo calmado en la mirada, levantó la blusa de ante que estaba haciendo y la movió hacia Loretta para que pudiera admirar el estilo. Al mirarla, Loretta pensó en lo imposible que parecía que esta mujer pudiera estar involucrada en un complot, y si ella no sabía nada, es porque probablemente no existía. Y esta era una de las razones por las que Loretta había decidido no emitir ningún juicio hasta que Cazador volviese.

Como Búfalo Rojo había predicho, Guerrero confirmó su historia. Sí, Cazador había dado a Loretta un buen caballo y le había enseñado a seguir sus pasos para que pudiera «volver» con él, como estaba dicho en la canción. Sí, le había dado su medallón para que todos supieran que era su mujer. Loretta no había pedido a Guerrero más información ni le había dicho cuál era el propósito de sus preguntas. Si Cazador era culpable de traición, necesitaría el elemento sorpresa para escapar de allí.

Si Cazador era culpable. Siete días habían pasado desde que Búfalo Rojo le revelase toda esa información sobre él, y cada vez le parecía más difícil de creer. Si el secuestro de Amy y su consiguiente rescate habían sido planeados, Cazador habría vuelto mucho antes. Si estaba costándole tanto tiempo regresar, era porque había tenido dificultades: en encontrar a Santos, en llevarse a Amy de allí. Había llegado a un punto en el que solo podía rezar para que Amy estuviese aún viva.

Obligándose a no pensar más en el destino de Amy y centrándose en el traje que Doncella estaba confeccionando, Loretta comentó:

—Es muy bonito, de verdad que es muy bonito.

La blusa era bonita, con mangas raglán de flecos hasta el codo y un cuello en forma de uve, ribeteado con un intrincado bordado. Era la última moda, si las excitadas explicaciones de Doncella querían decir eso.

Loretta se inclinó para tocar la blusa.

—Eres una excelente costurera.

—*Huh, huh.* —Doncella de la Hierba Alta se mordió el labio superior para ocultar una sonrisa de complacencia. Loretta sabía que «*huh*» significaba «sí», y por eso supo que Doncella había entendido que le gustaba, aunque no pudiera comunicárselo

bien—. *Ein mah-heepicut* —añadió Doncella con timidez.

Loretta había oído estas palabras antes, pero no podía recordar cuándo o qué significaban. Cogió un puñado de cuentas del saco de abalorios de Doncella y empezó a ordenarlas sobre el jergón de pieles según los colores: rojas, azules, verdes, negras. Doncella de la Hierba Alta murmuró algo y asintió agradecida. Loretta se sentía feliz de poder hacer algo útil. Cuando tenía las manos ocupadas le resultaba más fácil dejar de pensar en Amy.

Un grito del exterior llamó la atención de Doncella. Con un movimiento de cabeza, puso la costura a un lado y se puso de rodillas. Después de escuchar un momento, empezó a farfullar y a gesticular con las manos. Loretta miró hacia fuera y vio que la gente corría por el camino que llevaba al final del poblado. *Habbe Esa*. Cuando oyó el nombre, el miedo, la esperanza y algo que no sabía muy bien como definir la invadió. Cazador había vuelto.

Loretta se cogió la falda para no tropezar y se puso de pie. No se atrevía a dejar la tienda, no sin la protección de Guerrero. Amy. ¿La habría encontrado Cazador? Los pies de Loretta se movieron sin control y la llevaron a la entrada de la tienda. Doncella de la Hierba Alta se apresuró al exterior y se puso de puntillas para tratar de ver lo que ocurría por encima de las cabezas que se agrupaban delante de ella. Se rio con fuerza y asintió a Loretta. Pronunció alto y claro las palabras «yo-oh-hobt pa-pi». ¡Pelo Amarillo! Loretta se olvidó de lo que podría pasarle ahí fuera y salió corriendo de la tienda. Doncella de la Hierba Alta la cogió y la obligó a quedarse con ella.

—¡Ka, no!

Muerta de impaciencia, Loretta trató de ver algo entre el grupo de jinetes que se acercaba. Entonces alcanzó a ver una cabeza rubia. Era todo lo que necesitaba. Se soltó de Doncella y corrió por el camino, uniéndose a la riada de personas que se agolpaban en esa dirección. Amy. Se abrió paso entre dos mujeres.

Estaba tan emocionada, que no se dio cuenta de que Antílope Veloz caminaba junto a ella. Al momento siguiente vislumbró un caballo negro que se abría paso entre la multitud y una voz familiar y profunda que le dijo:

—¿Ojos Azules?

Cazador se quedó sin respiración al ver que Loretta se giraba al oír su voz. Por un instante se olvidó de que tenía a la niña abrazada al cuello y solo pudo pensar en la hermosa mujer que le esperaba allí de pie, rodeada de un grupo de indios hostiles, en medio de una nube de polvo. Sus ojos brillaban como el azul intenso de la parte baja de una llama, y sus pestañas oscuras parecían alcanzar la línea color miel de sus cejas. Tenía la trenza medio deshecha y unos mechones dorados le caían sobre los hombros. Era tan hermosa que apenas podía creer que de verdad fuera a hacerla suya. Incluso con aquel voluminoso vestido que llevaba, cubierta de la cabeza a los pies, podía adivinar las líneas femeninas de su cuerpo, la redondez de sus pechos, la hendidura de su cintura, el vuelo de sus caderas.

Cazador se había sentido orgulloso de pocas posesiones en su vida. Por supuesto,

se había sentido orgulloso de su primer arco y de su primera pluma de reconocimiento. Y desde luego se había sentido muy orgulloso de su primer caballo de guerra, *Humo*. Pero el sentimiento que le invadía ahora sobrepasaba con creces todo lo demás. Esta mujer dorada se había unido a él por una promesa hecha a Dios, a él y solo a él, para siempre, sin horizonte. El deseo, caliente y urgente, le quemaba al pensar en la noche que le esperaba. El pensamiento de tenerla en sus pieles de búfalo, de poder amarla como había soñado tantas veces, hacía que el rescate de Amy le pareciese un juego de niños.

La mirada de Loretta recayó en la niña que sostenía. Corriendo hacia ella con los brazos abiertos gritó:

—¡Amy, ay, Amy! ¡Te ha encontrado! ¡Gracias a Dios!

Cazador no estaba del todo seguro de qué era lo que había esperado de Loretta cuando le devolviese la niña. Gratitude, seguramente. Había cabalgado día y noche durante doce días. Había arriesgado su vida. Había cuidado de su hermana. ¿Y ahora ella le ignoraba como si no estuviera allí? Su Dios no había tenido que luchar a muerte con Santos. Cazador, sí.

Cazador sabía que no estaba bien pensar así, pero se alegró cuando Amy se abrazó a su cintura y escondió la cara en el hueco de su hombro. Al menos así Loretta sabría quién la había traído hasta allí. Cazador miró a la multitud de gente que los rodeaba.

—Teme por su cabellera, Ojos Azules.

Loretta puso una mano en la pierna de Amy.

—Cariño, soy yo, Loretta.

Amy levantó los ojos, vio a los indios y se encogió contra Cazador, escondiendo otra vez la cara.

—Amy, cariño... —La voz de Loretta se quebró—. ¿Qué le ocurre?

Cazador sintió una punzada de culpabilidad. Recordando cómo había sido Amy antes de que Santos la secuestrase, podía imaginar la conmoción que Loretta debía de estar sintiendo. Él se había llegado a acostumbrar al miedo de la niña, y después de conocer la terrible experiencia por la que había pasado, podía comprenderlo. Pero Loretta no la había visto atada a la rueda del carro, indefensa contra todos esos cretinos que habían abusado de ella.

—Su corazón yace sobre la tierra. —Cazador rodeó la mano de Loretta con la suya y puso al paso a su caballo, arrastrándola con él hacia la tienda. Había olvidado lo pequeña que era su mano, la fragilidad de sus huesos y la suavidad de su piel. Se le encogió el estómago al pensar en lo que le esperaba. Ningún guerrero de los que conocía tenía una mujer como esta.

—Está bien, Ojos Azules. Está asustada.

Cuando llegaron a la tienda, Cazador se deshizo de los brazos de Amy para poder bajarla del caballo. Loretta la cogió por el codo, acariciando y alisando el cabello de la niña.

Amy volvió a abrazarse al cuello de Cazador.

—¡No me dejes! —suplicó temblando.

Cazador llevó a Amy dentro de la tienda y la puso sobre la cama. Ella se agarró a él y se negó a dejarle ir. Cazador asintió por fin y tuvo que sentarse. La niña se acurrucó en su regazo, apretándose contra él como si quisiese fundirse con él y ser absorbida, como el sebo a la piel. Loretta se quedó a un lado, frotándose las manos.

Cazador sabía que debía ir directamente al fuego central. Era costumbre que los guerreros hiciesen público las hazañas después de un viaje. Sus amigos debían de estar esperando, ansiosos por contar sus correrías y fanfarronear ante sus mujeres del coraje mostrado. Esa noche, obtendría la recompensa a su valor en los brazos del amor. Cuando más excitantes fueran sus hazañas, más ardiente sería el amor.

Sí, debían de estar ansiosos por empezar a hablar de lo que habían hecho, de dar a sus mujeres el botín que habían sacado de los carromatos de Santos y mostrarles los nuevos rifles. Dado que Cazador había sido el jefe del viaje, su presencia era obligada.

Pero, por mucho que fuera a ser la primera noche de Loretta en su tienda, Amy le necesitaba. Por un tiempo al menos.

—*Toquet* —le susurró, abrazando a la niña con fuerza—. Esta es mi tienda, *Ayemee*. Nadie te hará daño aquí.

Loretta se tragó las lágrimas. Al ver al indio, se sintió avergonzada por haber sospechado que pudiese tener algo que ver con el secuestro de la niña. La forma en la que Amy se abrazaba a él lo decía todo.

Mirando a Cazador, Loretta vio cosas en él que antes le habían pasado desapercibidas. O quizás era que ahora lo miraba con otros ojos. La amplitud de sus hombros, los músculos dibujados al abrazar a Amy... Habían dejado de parecerle peligrosos. Sus grandes manos, capaces de una fuerza brutal, eran también capaces de acariciar a Amy con amorosa dulzura. Incluso su voz parecía distinta, baja y sedosa, con unos susurros que trascendían la barrera del lenguaje, una mezcla de *tosi* y *comanche* que parecía tranquilizar a Amy, calmarla, algo que parecía no poder hacer Loretta. Hombre y niña, fortaleza y fragilidad, piel oscura y piel blanca.

Loretta se sentía como flotando. Era como si una calidez enorme se extendiese por su pecho. Trató de recordar, con algo de culpabilidad, cómo se había sentido cuando Cazador le había puesto la mano en su espalda de esa forma, en su pelo. No era el momento de pensar en eso. Amy era lo único que importaba ahora, pero Loretta no podía evitarlo. Cazador. Su odiado captor se había convertido en su héroe, y el cambio de sentimientos la abrumaba. Cazador, el legendario asesino. ¿Dónde había ido a parar? ¿Había existido alguna vez?

—*Loh-rhett-ah* está aquí, ¿la has visto? —Cazador extendió la mano en busca de la mano de Loretta y la atrajo para que se acercara a la cama—. Su corazón yace por la tierra, y ha llorado mucho por ti. Verás dentro de ella, ¿sí?

Cazador unió la mano de Loretta a la de Amy. Ese contacto era todo lo que

necesitaba. Amy se separó de él y se tiró en los brazos de Loretta, llorando y temblando. Loretta se pegó a ella, meciéndola a un lado y a otro.

—¡Estás aquí, Loretta! ¡Eres tú de verdad! ¡Pensé que no volvería a verte nunca más!

—Ah, claro que sí, Amy. Estoy aquí, estoy aquí.

—Ellos me hicieron cosas horribles —lloró Amy—. ¡Horribles!

Cazador se levantó lentamente de la cama. Había llegado el momento de la conversación femenina, y había dejado de ser necesario allí.

Al ver que estaba a punto de marcharse, Loretta consiguió soltar un brazo y extenderlo para tocarle el hombro. Sus ojos se encontraron. Cazador se detuvo a medio camino y le tocó la mejilla con la mano. Una vez más Loretta se sintió extrañamente desorientada. Quería abrazarse a él, sentir la fuerte calidez de sus brazos rodeándola, oírle decir que todo estaría bien, sentirse segura, como solo él podía hacerle sentir. Quería todas esas cosas con una intensidad que le dolía, y tener consciencia de ello le asustó. ¿Qué le estaba pasando?

Cazador vio el brillo de cariño en los ojos de Loretta y fue toda la gratitud que necesitaba. Salió de la tienda un poco más alto que cuando había entrado.

Loretta se hundió en la cama para consolar a Amy y escuchar con horror la descripción de los trágicos acontecimientos. La brutalidad de lo que oyó la puso enferma. Le invadió el odio. Quería matar a Santos con sus propias manos.

—Cuando Cazador llegó allí, ¿hubo una lucha terrible? —preguntó Loretta con voz ronca.

Débilmente, Amy le contestó.

—No. Llegó caminando al campamento de Santos y me montó en su caballo.

El estómago le dio un vuelco. Mojándose los labios, se volvió para examinar el poste de las cabelleras de Cazador. Las implicaciones de lo que Amy acababa de decir eran muy serias.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué se limitó a entrar allí caminando? ¿Con armas, no?

—No. Sin armas. Me puso en el caballo, habló un minuto con Santos y luego nos fuimos cabalgando.

A Loretta empezaron a zumbarle los oídos. Era como si la conmoción le hubiese anestesiado por completo las emociones, como si la hubiese vaciado.

—Amy... esto es muy importante. ¿Parecía como si Santos y Cazador fueran buenos amigos?

—Santos dijo eso. «Soy tu buen amigo, el Lobo», eso es lo que dijo. —Amy emitió un sollozo—. ¿Sabes qué, Loretta? Quería que los comanches los matasen. De verdad que lo quería. Esperaba que Cazador le cortase la cabellera, allí, frente a mí. Soy una mala persona, ¿verdad?

—Ah, no, cariño, eso no es malo. Ese hombre debería pagar por lo que te ha hecho.

—¿Crees que Dios me perdonará por desear su muerte?

—Estoy segura de que lo hará. —Loretta apoyó la cara sobre el pelo de la pequeña—. Ay, cariño, no debes torturarte de esa manera. Es perfectamente natural que odies a Santos. Si yo puedo entenderlo, ¿no crees que Dios lo entenderá también?

Después de varios minutos, Amy se relajó en los brazos de Loretta y cerró los ojos agotada. Loretta le acarició el pelo, susurrando todas esas cosas que se dicen para tranquilizar a alguien, pero que ella estaba segura de que no eran ciertas. Todo no estaba bien. Ella y Amy estaban en peligro y Loretta tenía que encontrar la forma de salir de allí. Un temblor horrible le golpeó los miembros y empezó a castañear los dientes.

Los minutos pasaron. La mente de Loretta era un torbellino. «Soy tu buen amigo, el Lobo.» Por Dios, ¿qué debía hacer? ¿Escapar? Y si escapaban, ¿dónde irían?

Estos pensamientos se vieron interrumpidos por unas voces de hombres en el exterior. Tumbando a Amy en la cama, Loretta se acercó a la entrada de la tienda y levantó la cortinilla para mirar fuera. A cierta distancia, una multitud se había reunido en torno al fuego crepitante. Cazador, montado en su caballo negro, con el cuerpo resplandeciente a la luz de las llamas como si fuera una estatua de bronce, se entregaba a la más interesante de las oratorias, con el brazo levantado por encima de la cabeza y el puño cerrado. Cogió un puñado de su pelo e hizo un movimiento rápido sobre su cabeza con la otra. Era evidente que estaba hablando de cortar la cabellera a alguien. La multitud rugió encantada.

Los nombres de Loh-rhett-ah y Aye-mee flotaron con la brisa. Todos se giraron para mirar hacia la tienda de Cazador. Volvieron a animar. Loretta sabía que no gritaban porque fuera una mujer hermosa.

Volviendo a cerrar la piel que hacía las veces de cortina, se abrazó a la cintura. Tenía el pulso acelerado. En lo único que podía pensar era en las advertencias de Búfalo Rojo. Una parte de ella quería gritar que no era cierto, pero la otra parte la conducía a un estado de miedo irracional.

Se agarró la falda con los puños y recordó el juramento que había hecho de quedarse con él, de ser su mujer, su esclava. Ella no era de las que rompía promesas tan fácilmente. Sintió debilidad en las piernas. Dios, ¿por qué se quedaba allí plantada, preocupándose por las promesas hechas a un hombre que le había mentado desde el principio? No podía permitirse esperar para saber después que la había engañado. Tenía que pensar en Amy.

—¡Amy! —Loretta corrió por la tienda—. ¡Cariño, despierta!

Amy abrió los ojos. Se incorporó inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

Loretta la cogió del brazo y tiró para sacarla de la cama.

—¡Tenemos que salir de aquí!

El poco color que Amy había recuperado en la cara desapareció.

—¿Por qué? No quiero irme sin Cazador. ¡Los comanches están ahí fuera! Cientos.

Loretta no quería asustar a Amy. La pobre chica ya había sufrido bastante.

—Confía en mí, amor. Tenemos que irnos.

Demasiado nerviosa para pensar en comida o agua para el camino, cogió a Amy de la mano y prácticamente tiró de ella hacia la puerta. Echando un vistazo al exterior para asegurarse de que nadie de los del fuego las veía, Loretta se escurrió por debajo de la cortina, obligando a Amy a seguirla. Tan rápido como pudo, rodeó el tipi para que se interpusiera entre ellas y la vista de los demás.

—Creo que ese indio nos ha visto —gimió Amy, nerviosa.

Loretta miró a su alrededor con desesperación y vio que Búfalo Rojo caminaba hacia el fuego central. Si las había visto, no pareció decir nada.

—Tenemos que llegar a los caballos. Está bastante lejos, Amy. ¿Podrás hacerlo?

Amy se balanceó un poco y asintió. Loretta empezó a caminar, tirando de Amy con una mano y con la otra sujetándose la falda para no caer. Después de lo que pareció una eternidad, llegaron al borde del poblado. Loretta dio las gracias a Dios con una oración. Amy empezó a caminar más despacio. Loretta miró hacia atrás para ver si estaba bien. La niña tenía la cara pálida.

—¿Cariño, estás bien?

Amy se balanceó y estuvo a punto de caer.

—Es solo que me siento rara.

Al momento se cayó hacia delante. Loretta pudo sujetarla por los pelos. Con una fuerza que nunca pensó tener, consiguió mantener a Amy en pie. Había perdido la consciencia. Desesperada, Loretta tuvo que cogerla en brazos. Se agachó y le puso el estómago sobre el hombro. Después trató de ponerse en pie. Las piernas le temblaban del peso. Consiguió ponerse recta, recuperar el equilibrio y caminar dando tumbos en dirección a los caballos.

Unos cien metros más allá, Loretta se tropezó con la falda y cayó de rodillas. Amy cayó rodando al suelo. Loretta necesitó toda la fuerza del mundo para levantar a Amy otra vez y ponérsela al hombro. Avanzó con paso incierto, sin dejar de rezar. Tenía que conseguir llegar a los caballos. Tenía que hacerlo. Antes de que Cazador se diese cuenta de que se había ido.

En el momento en que Cazador vio a Búfalo Rojo caminar hacia él, supo que algo había pasado con Loretta. Ninguna otra cosa podría hacerle parecer tan engreído. A mitad de su relato, Cazador se calló y miró hacia la tienda, con el pecho contraído de temor. Búfalo Rojo se acercó a él, sonriendo.

—Tu mujer trata de huir —gruñó Búfalo Rojo—. Te ha mentado, ¿eh? Ha ocurrido justo como dije que sucedería. Nunca podrá ser uno de los nuestros. ¡Nunca! Es una *easop*, una mentirosa, y no se puede confiar en ella. ¡Se ha reído de ti, primo!

La multitud empezó a cuchichear. Cazador apretó las piernas contra el caballo y cogió las riendas.

—¿En qué dirección ha ido?

—Hacia los caballos. ¿Dónde si no? ¿A cuál de ellos matará esta vez?

Cazador azuzó los flancos de su montura y se mordió un rugido de rabia. ¡Se lo había prometido ante su Dios! ¿Es que no había nada sagrado para los ojos blancos? Mientras se alejaba del poblado, Cazador oyó otro caballo que corría tras él. Miró hacia atrás y vio a Antílope Veloz cabalgando en su alazán.

Unos segundos más tarde Cazador vio a Loretta. Llevaba cogida a Amy, doblada por el peso, casi incapaz de levantar los pies. Mantuvo las riendas de su caballo y trató de controlar sus emociones. Rabia, sí, pero también dolor, un dolor que le penetraba tan dentro que apenas podía soportarlo. Le había utilizado y ahora trataba de escapar, olvidando todas las promesas que le había hecho. Desde el principio había planeado dejarle tan pronto como él le trajese a la muchacha. Cazador podía tolerar muchas cosas, pero no que le tomaran por estúpido.

Antílope Veloz se puso junto a él.

—¿Cazador, qué vas a hacer?

—¡La enseñaré a no mentir!

Antílope Veloz observó a la pelo amarillo que luchaba por cargar con la niña en hombros. Unos segundos después perdía el equilibrio y caía al suelo. Con la mirada fija en Cazador, Antílope levantó una ceja. Cazador mantuvo la rienda corta sobre el caballo, con la mirada fija en la mujer. El joven suspiró. Ese brillo en los ojos de su amigo no presagiaba nada bueno. La mujer luchaba por levantar otra vez a la muchacha. Y una vez más, le cayó al suelo. Entonces, por fin, consiguió ponérsela al hombro. Caminó unos pocos pasos hacia delante antes de que le fallaran las piernas y volviese a tocar el suelo.

Antílope Veloz se echó hacia delante en el caballo, con la vista puesta en la muchacha, recordando la valentía que había demostrado cuando se enfrentó a él aquella lejana mañana en su casa de madera. Le invadieron unas ganas profundas de protegerla.

—*Ai-ee* —exclamó—. Será mejor que la detengamos, Cazador. Si tu mujer vuelve a tirar al suelo a la que se llama Aye-mee, podría resultar herida.

Cazador corrió al galope. Antílope Veloz nunca había visto a Cazador azuzar a su caballo de esa manera, nunca.

Mientras cabalgaban detrás de las dos pelo amarillo, Loretta desenfundó el cuchillo que tenía Amy. Cazador sonrió a Antílope Veloz.

—¿Estás listo para la lucha?

Antílope Veloz miró al cielo.

—Si no se lo clava ella antes.

Cazador bajó del caballo y caminó hacia su mujer. Ella se puso entre él y Amy, con el cuchillo en alto, temblando con tanta fuerza que se sorprendió de que no se le cayera el cuchillo de las manos. Él siguió avanzando, cada vez más furioso.

—¡Quédate ahí, Cazador! ¡Te lo digo de verdad! ¡Ya ha pasado suficiente! No

dejaré que vuelvas a hacerle daño, ¿me has oído?

La rabia de Cazador se multiplicó. ¿Después de todo lo que había hecho, se atrevía a acusarle de hacer daño a Amy? Caminó más despacio. Había esperado que le desafiase. En vez de eso vio que Loretta temblaba, con tanto miedo que apenas podía mantenerse en pie. Se detuvo y la observó. Por muy furioso que estuviese, no era ciego. No tenía ni idea de por qué intentaba escapar, pero fuera cual fuera la razón, la mujer estaba tan asustada que no se podía razonar con ella.

—Ojos Azules...

—No me llames así. Mi nombre es Loretta. No puedes engañarme más con tus nombrecitos y tus maneras amables. Sé la verdad.

Cazador se quedó pensando un momento.

—Me dirás esa verdad, ¿eh?

Las lágrimas llenaron sus ojos.

—¡Detente! Detente, ¿me oyes? Lo sé, Cazador. Lo sé todo, por qué me enseñaste el camino para volver a ti, por qué me dejaste un caballo y el medallón. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? —Él la miró fijamente, y ella enarboló el cuchillo—. ¡No lo hagas! Te mataré, ¡lo haré! —Tragó saliva, fijándose en Antílope Veloz, y después volviendo a mirar a Cazador—. ¡Dijiste que eras mi amigo! Y, que Dios me ayude, ¡yo te creí!

Cazador extendió una mano.

—No des manotazos al aire, Ojos Azules. La hoja es larga. Vas a cortarte.

—A ti voy a cortarte, ¡miserable!

Cazador se cruzó de brazos y la miró sorprendido.

—Te traje a la niña. ¿No está bien eso?

—¿Te fue difícil encontrarla? —gritó ella—. ¿Dónde acordaste con Santos para encontraros? —Torció la cara—. Dejaste que violaran a una niña de doce años. ¡Doce años, Cazador!

Cazador miró primero el cuchillo y después a ella. Alguien le había estado contando mentiras, y tenía una ligera idea de quién podía haber sido.

—Santos está muerto.

—¡Mientes!

—No miento. Este comanche lo mató.

—Amy dice que la cogiste y saliste de allí a caballo. Que Santos te llamó su buen amigo.

—Esas fueron sus palabras, no las mías. Yo volví después, cuando Aye-mee dormía. Ella no lo sabe, ¿eh? La cabellera está en mis alforjas.

Él se acercó a ella, atento al más mínimo movimiento. Ella levantó más el cuchillo.

—¡Atrás! —gritó.

—Voy a acercarme. Elige bien el objetivo, Ojos Azules, y mete la hoja hasta dentro. Solo tienes una oportunidad. —Cuando estuvo a solo un brazo de distancia,

arremetió contra él con el cuchillo fijo en el pecho. Cazador esquivó el golpe, tragándose una ira fría que le paralizaba la mente. ¿De verdad intentaba matarle? Por muy asustada que estuviese, le costaba aceptar que podía hacer algo así, y no podía creer lo mucho que este pensamiento le dolía. Le quitó el arma de la mano y se la tiró a Antílope Veloz. Quería sacudir a Loretta hasta que le rechinasen los dientes. Después de todo lo que había hecho, ¿cómo se atrevía a comportarse así?

—Lleva a Aye-mee a la tienda de mi madre, Antílope Veloz.

Loretta trató de apartarse de él, rodeando a la inconsciente Amy con los brazos para que él no la tocara.

—¡No! Aléjate de ella. Se queda conmigo.

—No esta noche —gruñó Cazador—. Tienes una promesa que cumplir, ¿lo recuerdas?

Ella se encogió al sentir la mano que él le tendía.

—Al diablo con nuestra promesa, ¡animal! Moriré antes de dejar que me pongas tus sucias manos encima.

—Entonces canta tu canción de muerte.

Con esto, cogió a Loretta de la muñeca y tiró para ponerla en pie. Después la arrastró detrás de él hasta el caballo.

Capítulo 19

*E*n lo único en lo que podía pensar Loretta de vuelta a la tienda era en estar con Amy. Trató de escaparse de Cazador y tirarse del caballo, pero pronto descubrió que luchar con él era inútil. Él guiaba el caballo con las piernas, lo que le dejaba los brazos libres para sostenerla, con un brazo alrededor de su cintura y el otro cogiéndole las muñecas para que no le golpeará.

Cuando llegaron a la tienda y Cazador la bajó del caballo, Loretta supo que la batalla estaba perdida. Aun así clavó los talones en el suelo y trató de retrasar la entrada en la tienda lo máximo posible. Sin embargo, a su lado, su fuerza era tan minúscula como la de los restos de un naufragio flotando sobre las olas. La situación de Amy pasó a un segundo plano. Si Loretta entraba en esa tienda, puede que nunca volviese a salir, y entonces las dos, Amy y ella, estarían perdidas.

A su espalda Loretta podía oír voces que se acercaban. ¿Iba esa gente a seguir a Cazador dentro? No pudo contener el llanto al ver que Cazador levantaba la cortinilla de la entrada con tanta facilidad como si se tratara de una niña traviesa que se retorció para librarse de su brazo.

Nunca antes le había visto tan enfadado, ni siquiera la noche en la que había herido a su caballo. Sabía que era porque le había atacado con el cuchillo. ¿Pero qué otra opción tenía? ¿Iba a quedarse allí de pie y aceptar sin rechistar el macabro destino que él le tenía reservado?

El interior de la tienda estaba oscuro y las sombras en las esquinas resultaban perturbadoras. Cazador caminó hacia la cama, con unas zancadas tan grandes que atravesó la distancia que los separaba de ella en un abrir y cerrar de ojos. Loretta estaba aterrada, pensando que iba a violarla, o tal vez algo peor. Se giró en sus brazos para provocar un ataque frontal, y lo único que consiguió fue hacer que cayesen los dos sobre las pieles.

Él la cubrió con el pecho, impidiendo que pudiera moverse de cintura para arriba. Y antes de intentar darle una patada, él le inmovilizó las piernas con los muslos. Tampoco le dio opción a golpearle la cara porque pronto le cogió ambas manos por la muñeca. La tenía tumbada debajo de él, y la presión en el pecho le impedía respirar. Él ni siquiera tenía la respiración entrecortada. Loretta se revolvió, tratando de encontrar algo de fuerza sin conseguirlo.

Los segundos pasaban llenos de tensión. Loretta veía frente a ella un rostro oscuro, duro e implacable, con las facciones dibujadas en duro relieve entre las sombras. No podía salvarse a sí misma, y no podría salvar a Amy.

Él no decía nada, no hacía nada. Se limitaba a mirarla, con los labios apretados. Cuanto más levantaba ella los ojos hacia él, más grande y más amenazador le parecía, y más miedo sentía. Entonces comprendió que no podía continuar en esa agonía por

más tiempo, y gritó:

—¿A qué esperas? ¡Hazlo! ¡Hazlo de una vez, maldita sea!

Él le agarró las muñecas con más fuerza. Con una lentitud agónica, le rasgó el corpiño del vestido. Loretta se quedó sin respiración al ver que el brazo se le ponía tenso. Sus miradas se encontraron. Trataba de quitarle el vestido. Podía verlo en sus ojos. Esto y más. No tendría piedad de ella esta vez. Y ella tampoco le suplicaría. Al menos no para ella.

—Confiaba en ti —gritó Loretta—. Confiaba en ti.

El dolor que oyó en su voz hizo que la rabia que sentía se desvaneciera como si nunca hubiese estado allí. La miró. Recordó las acusaciones que le había hecho un momento antes y estuvo seguro de que Búfalo Rojo le había estado llenando la cabeza de mentiras. Al mirar abajo, se dio cuenta de lo cerca que estaba de actuar como el animal que ella le acusaba de ser.

—Ojos Azules, me dirás ahora esa gran verdad que sabes. ¡*Namiso*, ahora!

—Ya no pienso jugar más a tus juegos. Se ha acabado, ¿me oyes?

—Se acabará cuando yo lo diga. —Loretta nunca había oído un veneno así en su voz. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por calmarse, suavizando la fuerza que imprimía a sus muñecas y aflojando algo el peso que ponía sobre ella. Se sintió aliviada al ver que él la soltaba—. No te haré más daño. Me hablarás.

No estaba segura de estar oyendo bien. Sonaba tan sincero. Solo con gran dificultad recordó lo que Amy le había dicho sobre su rescate. Cerró los ojos.

—Ah, Cazador, ¿por qué has hecho algo así? ¿Cómo puede ser tan profundo tu odio? Tiene doce años.

—Mi primo, Búfalo Rojo, ¿te ha dicho palabras falsas? Si es así, me lo dirás.

—¡Cómo si no supieras lo que me ha dicho!

—No cumples tu promesa y tratas de escapar, ¡eso es lo único que sé! ¡Vienes a mí con un cuchillo, eso es lo que sé! ¡Me haces parecer un tonto, eso es lo que sé!

—¡Ah, sí, tú eres el hombre cuyas palabras se las lleva el viento, siempre susurrándole! ¡El hombre que nunca miente! ¡Te vi ahí fuera en el fuego! ¿Crees que soy estúpida?

Apretando los dientes, dijo.

—¿Por qué no has cumplido tu promesa?

—¿Por qué habría de hacerlo? Ella es solo una niña, Cazador. ¡Eres un animal! Tía Rachel tenía razón. ¡Soy una estúpida!

Hizo un sonido como si le estuvieran estrangulando y se quitó de encima, soltándola para cubrirse los ojos con un brazo. Loretta se puso tensa, lanzando una mirada esperanzadora hacia la puerta. Aunque pudiera salir de allí, las oportunidades que tenía de salvar a Amy eran escasas.

Con un gruñido tenso y contenido, le dijo:

—No me pongas a prueba tratando de escapar, Ojos Azules. Ten por seguro que te pegaré.

Después de un momento, respiró sonoramente y se puso de lado, doblando un brazo bajo la cabeza, con unos ojos azules tan oscuros que parecían negros en la débil luz.

—Repetirás las palabras que te dijo Búfalo Rojo. No puedo luchar contra un enemigo que esconde la cara.

Al oír su voz, tan sedosa y cercana, pensó en todos esos recuerdos amargos y dulces que tenía sobre él. Le dieron ganas de llorar.

—Me hiciste pensar que eras mi amigo.

Cazador estudió su delicado perfil, y terminó centrándose en la carnosidad de sus labios. Podía advertir el dolor de la traición en su voz, pero él también se sentía traicionado.

—¿Acaso no te traje a la niña?

Los tendones de su garganta se aflojaron, y en su voz afloró un tono sarcástico.

—¿Te resultó muy difícil encontrarla?

—¡Conocía el camino que Santos seguiría! Lo he hecho muchas veces para comerciar.

Ella cerró los puños.

—Os conocéis bien, ¿eh? ¡Sois muy amigos!

—*Ka*, no. Yo no le he llamado amigo.

—Él sí te llamó amigo. Amy lo oyó. Dice que cabalgaste directo al campamento, sin armas, sin lucha, y que la sacaste de allí. ¿Cuánto pagaste a Santos para que la secuestrara, Cazador? ¿Veinte caballos? ¿Cincuenta? ¿O lo hizo solo por la diversión de tenerla allí unos cuantos días... para entretenerse él y sus amigos?

La pregunta se quedó entre ellos, horrible y distorsionante, un insulto para él y algo que rompía el corazón de ella. Cazador volvió a sentir rabia en la garganta. Tragó saliva.

—No le pagué nada.

—¿Niegas que tu canción dice que una pelo amarillo debe venir a ti? ¡Me llevaste a casa y me enseñaste cómo volver a ti! —Levantó la voz, que se volvió estridente—. ¡Me diste un buen caballo para cabalgar! ¿Niegas eso?

Cazador se sentía confundido.

—¿Estás enfadada porque te enseñé el camino y te hice regalos?

Al fin giró la cabeza a un lado, los ojos llenos de lágrimas de desprecio.

—¿Como tu medallón? «Llévalo siempre», me dijiste. ¡Pero no era para recordarte! Era para marcarme, para que el miserable de tu amigo Santos no secuestrase a la pelo amarillo equivocada. Sabías cuánto amaba a Amy. Me golpeaste allí donde más me dolía, sabiendo que haría cualquier cosa para salvarla. Confié en ti. Hablaste de canciones en nuestro corazón y de que nos recordaríamos siempre. Y yo...

Su voz se quebró y se hizo un gemido. Por un momento él pensó que iba a golpearle, de lo profundo que parecía su dolor, pero entonces su rostro se arrugó y el

deseo de lucha desapareció. Parecía tan abandonada, tan asustada, que todo lo que él deseaba era abrazarla y curarle las heridas.

—Creí en ti, Cazador. ¿Sabes lo difícil que fue eso para mí? ¿Después de lo que los comanches hicieron a mis padres? Traicioné su memoria al confiar en ti. Di la espalda a todo.

El corazón de Cazador se encogió al notar la intensidad del dolor que había en su voz. Dos grandes lágrimas resbalaron por sus mejillas mojándole la cara como trazos de plata que le llegaron a la barbilla. Él le pasó la mano por la nube de pelo y la atrajo hacia sí, sin hacer caso de su resistencia, apoyándole la cabeza en la curva de su cuello. Ella se puso rígida contra él, sin parar de temblar. Él bajó la cabeza y supo que las últimas huellas de su enfado habían desaparecido.

Cazador siempre había sabido que su primo era listo, pero solo ahora se dio cuenta de en qué grado lo era. Búfalo Rojo había utilizado las medias verdades, lo que hacía que su mentira cobrara más fuerza. Ahora entendía que ella le hubiese atacado con un cuchillo. ¿No hubiese hecho él lo mismo para salvar a Niña Pony o a Mirlo? La única diferencia entre él y esta frágil mujer es que él tenía más fuerza para entrar en batalla. Una fuerza que había estado a punto de utilizar contra ella, justo lo que ella había temido siempre.

—Ah, Ojos Azules. —Su voz, amortiguada contra el cuello de ella, se quebró de emoción—. No te he mentado. Mi corazón canta solo cosas buenas. Te digo la verdad.

—¿Te vi junto al fuego!

¿Volvían a hablar del fuego? Cazador trató de pensar en qué era lo que ella creía haber visto.

—Estaba junto al fuego, sí. ¿Es eso malo?

—¿Estabas anunciando nuestro matrimonio y prometiendo a tu gente que nos cortarías la cabellera a mí y a Amy! Exactamente lo que Búfalo Rojo me dijo que harías. ¿Te he visto!

No pudo evitar sonreír, imaginando cómo debía de haberle parecido a ella.

—Ka, no. Les conté lo que ocurrió en la batalla con Santos, Ojos Azules.

—¿Pero ellos aplaudían!

—Porque luché y reclamé el honor de tu Aye-mee. Aplaudieron mi valentía, ¿me oyes? Y mi victoria. No se habló de matrimonio. Tú eres una Ojos Blancos.

—¿Reclamaste el honor de Amy? —Se quedó helada—. Pero ella dijo que tú visitaste a Santos y luego os fuisteis sin más. ¿Que no hubo lucha!

—Santos tenía mucho miedo, ¿eh? Había ofendido a un bravo guerrero de los quohadie. Temía por su vida cuando me vio. Llamó a este comanche su buen amigo para acallar mi ira. Después de cuidar de Aye-mee y de hacer que durmiera, cabalgué otra vez al campamento de Santos. Él no la hará llorar más.

Se apartó de él para poder examinarle la cara. Sabía que no era consciente de cómo las caderas le estaban presionando, ni del efecto que esta cercanía le producía.

—¿Entonces fue todo mentira? ¿Nada de esto es verdad?

Él trazó la frágil cordillera de sus vértebras a través de la tela de su vestido.

—Búfalo Rojo tiene una amargura muy grande. Hace muchos *taum*, los casacas azules vinieron a nuestro poblado cuando la mayoría de nuestros guerreros estaban fuera de cacería. La mujer de Búfalo Rojo y su hijo pequeño fueron...

Cazador sintió un dolor en la garganta. Las memorias que él tenía de ese mismo día eran casi demasiado difíciles de soportar, y hablar de ellas no era fácil.

—Dispararon a su mujer. A su hijo lo pisotearon, no una sino varias veces. El corazón de Búfalo Rojo yace sobre la tierra. Después de ese día, hace la guerra, ¿sí?

—¡Pero yo no soy una casaca azul!

—Su odio es ciego, Ojos Azules. En una de sus muchas incursiones, Búfalo Rojo fue capturado. Los ojos blancos querían saber dónde estaba su poblado y le metieron la cara en una olla hirviendo para hacerle hablar.

—Dios mío. —Loretta tuvo ganas de vomitar—. Su rostro... ¿por eso tiene esas cicatrices?

—Se mantuvo leal a su gente. Los *tosi tivo* estaban determinados a hacerle hablar. Cuando escapó y volvió con nosotros, era tan feo como es ahora. Tan feo que ninguna mujer quiso volver a mirarle. No habrá otra mujer para él, no habrá un segundo hijo. Se quedará solo para siempre, y busca consuelo haciendo la gran guerra.

—¿Pero por qué la ha tomado conmigo? Yo no le he hecho nada, nada.

Cazador se giró para tumbarse de espaldas y la llevó con él. Le encantaba sentir su cuerpo esbelto contra él. Recorriéndole el pelo con la mano, le sostuvo la cara a solo unos centímetros de la suya, para poder verle los ojos. Le gustaba ver compasión y piedad en ellos. Era tan dorada por dentro como por fuera. Después de todo lo que Búfalo Rojo le había hecho, le sorprendía que aún pudiera sentir compasión por él.

—Soy el mejor amigo de Búfalo Rojo, desde que éramos pequeños, su querido primo, como tu Amy es para ti. Teme que tú te lleves a este comanche lejos de él, que mi corazón se vuelva contra él y le deje a un lado. Un hombre feo, solo para siempre, sin nadie más que le cuide. ¿Entiendes? No puede controlar su odio.

—Pero yo... —Abrió los dedos sobre el pecho de él, impulsándose con la palma de la mano para separarse de él. Cazador apretó el brazo con el que le rodeaba la cintura. Se preguntó si estaría percatándose de su excitación. Entonces notó cómo su corazón se aceleraba y tuvo la respuesta que esperaba. Trató de contener una sonrisa. Si supiese lo fácil que le resultaba ver lo que estaba pensando. Era como las piedras en el fondo de un lago cristalino—. ¿Por qué cree que yo puedo llevarte lejos? Yo soy la víctima aquí, la que ha dejado a su familia.

—¿Eso te entristece?

—¡Claro que sí!

—No debes de estar triste. Este comanche te traerá a tu familia muchas veces.

—¿Aquí? No, Cazador, nunca vendrán a verme aquí.

—Entonces te llevaré a tus paredes de madera. No quiero que haya tristeza en tu corazón.

Él sintió como cedía algo de su rigidez y supo que había dicho las palabras adecuadas.

—Ah, Cazador, quiero creerte. No te imaginas cuánto.

Se dobló, como si fuera a ponerla a un lado y levantarse.

—Te traeré la cabellera de Santos y la plata de sus pantalones.

Loretta abrió los ojos, palideciendo.

—Por Dios, no. No quiero ver su cabellera.

—¿Me crees? —Él buscó su mirada, con una expresión solemne, aunque la expresión horrorizada de ella se lo ponía difícil—. La cabellera está en mis alforjas. Es una prueba, ¿sí?

—No... no necesito verla. —Ya no había tensión en su cuerpo—. Te creo. ¿Por qué ibas a mentirme? —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Qué ganarías con ello?

—¿Tus pololos? —observó su reacción y supo el momento en el que ella se dio cuenta de que estaba bromeando—. Dijiste que podía robarlos, ¿sí?

—Si no recuerdo mal, decidimos que los robarías cuando yo no estuviese dentro de ellos.

Él pasó los nudillos por el contorno sombreado de su mandíbula. Ella movió la cabeza para hacer que la mejilla le tocara la palma, y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Ah, Cazador, tenía que haber confiado en ti. Lo siento mucho. Después de todo lo que has hecho por nosotras, ¿cómo podrás perdonarme?

—Está olvidado —murmuró—. Sin tristeza, ¿eh? Solo alegría. Tu Aye-mee es tuya, así que también es mía. Es algo muy simple, ¿sí?

A pesar de la débil luz, pudo ver que se le suavizaban las facciones y que los temblorosos labios dibujaban una sonrisa. Sin embargo, seguía sin estar cómoda a su lado. Si hacía un movimiento brusco sabía que ella volvería a ponerse nerviosa. Aun así, la sonrisa le dio algo de valor.

Recorrió con la mano la curva de su espalda y después le quitó el brazo de la cintura, divertido al ver cómo ella se apartaba de él y trataba de bajarse la falda para que sus pololos no quedasen al descubierto. Tanta timidez le desconcertaba. Recordaba la forma en la que su cuerpo brillaba a la luz del fuego, con una piel tan pálida como los rayos de la luna y la punta de sus pechos tan delicada como las flores del cactus. ¿Cómo podía tanta belleza avergonzarla?

Cuando por fin ella se quedó quieta, el silencio se hizo incómodo. Por el rabillo del ojo, Cazador la vio morderse el labio, preocupada, sus pequeños dientes blancos hundiéndose en la suave carne rosada. Al recordar cómo le supieron esos labios al contacto con los suyos, el deseo le encogió las entrañas, y le hizo recordar los planes que había hecho para esa noche, planes que ahora el viento se había llevado. La deseaba, sí, pero no quería forzarla a nada.

—Supongo que... —Loretta se calló. Se agarró nerviosa el vestido y después pasó los dedos por la línea de botones de su corpiño. Miró a su alrededor nerviosa,

sin dejar de morderse el labio—. Esto... no me he olvidado de las promesas que te hice.

—Eso está bien. —Cazador la observó divertido.

—Una promesa es una promesa, incluso aunque se haga bajo circunstancias especiales. Tú has cumplido tu parte. —Parecía incapaz de mantenerle la mirada—. Estoy segura de que esperas que yo cumpla mi parte. —Un rubor oscuro le subió por el cuello—. Esto, imagino que llevaste a Amy con tu madre para que nosotros pudiéramos... pudiéramos...

Parecía tan incómoda que Cazador se apiadó de ella.

—Ah, sí, teníamos un trato, ¿verdad? —Se obligó a bostezar con gran ostentación—. Mi corazón siente pena por tener que decir esto, Ojos Azules, pero estoy muy cansado después del viaje, ¿eh?

El brillo de alivio que vio en los ojos de Loretta fue tan evidente que le dieron ganas de reír.

—¡Ah, claro, desde luego! —exclamó avergonzada—. Has cabalgado mucho. Debes de estar agotado.

Él volvió a bostezar y dio una palmada en la piel que había a su lado.

—Te tumbará junto a mí.

—¿Y qué pasa con Amy?

—Tu Aye-mee está con mi madre, ¿sí? La mujer que es fuerte como el búfalo. Está a salvo. No te preocuparás de ella hasta que el sol muestre su cara. —La voz se le puso ronca—. *Keemah*, ven.

—Me... me gustaría ir a ver cómo está. Se desmayó, Cazador. Quiero saber que está bien. No descansaré hasta que lo sepa.

—Si no estuviese bien, mi madre vendría. Mi madre tiene buena medicina, ¿de acuerdo? Y es muy amable. Confiarás. —Estiró el brazo y observó el revoltijo de emociones que recorría su cara mientras miraba el lugar que él le ofrecía. Había dormido antes con él, muchas veces, pero esta noche era diferente. No había nada que le impidiese coger lo que él quería. Ella incluso se había negado el derecho a resistirse. Lo que ella parecía no entender era que nunca había habido nada que le detuviese—. *Keemah*.

Cuando por fin ella se tumbó a su lado, Cazador experimentó un sentimiento que no había sentido nunca antes. Iba más allá de la satisfacción, más allá de la alegría. Tener esa cabeza rubia en el hombro le hacía sentir que todo estaba bien, que los espíritus habían abierto ese hueco en su hombro mucho tiempo atrás, y que él había estado esperando toda su vida para que ella lo ocupase. La rodeó con el brazo y le puso la mano en la espalda.

—Es bueno, ¿eh?

Ella le colocó la mano en el pecho. Con un tono dudoso, contestó.

—Sí, es bueno.

Después siguió otro silencio. Él midió los latidos de su corazón que resonaban en

su mano, contento de que por fin no parecieran una bandada frenética de pájaros enjaulados. Con la mirada fija en el techo cónico, Cazador deseó sentir el cansancio que había pretendido tener. Pero no llegaba. Se sintió aliviado de que ella rompiera el silencio.

—Cazador, ¿qué quisiste decir con lo de que no habías hablado de matrimonio porque yo era una ojos blancos?

Él colocó los labios en lo alto de su cabeza, disfrutando del olor a flores que aún emanaba de su pelo. Nunca volvería a oler la primavera sin pensar en ella.

—Mi primera mujer será una de mi propia sangre. —Sintió como ella se ponía tensa, y trató de suavizar la situación—. Tú puedes ser mi segunda esposa, ¿eh? ¿O la tercera?

Para su sorpresa, ella se incorporó, temblando otra vez, aunque esta vez de rabia. Levantó la cabeza orgullosa y se apartó de él.

—¿Estás enfadada?

Ella le respondió con un silencio helador.

—¿Ojos Azules, cuáles son las palabras equivocadas que he dicho?

—¿Que qué has dicho?

Cazador arrugó el entrecejo.

—¿No te gustaría casarte conmigo? Es mejor ser mi esposa que mi esclava, ¿verdad?

—¡Nunca seré un segundo plato, nunca!

Cazador la estudió, tratando de averiguar por qué había cambiado de conversación y había pasado del matrimonio a la comida.

—¡Cómo te atreves! —gritó—. De todo lo que... eres un arrogante... ¡Ah, no importa! ¡Pero entiende lo que voy a decirte! Entre mi gente, un hombre solo tiene una mujer, solo una, y no mira a ninguna otra, ni piensa en ninguna otra, ni toca a ninguna otra hasta que la muerte los separa. ¡No me casaría contigo aunque te pusieras de rodillas y me lo suplicas!

Cazador se levantó lentamente, sintiéndose un poco asustado por su enfado y tratando de descubrir qué era lo que podía haberlo producido. ¿Llegaría alguna vez a entenderla?

Ella se inclinó hacia él, con los ojos azules ardiendo.

—Y aunque me casara contigo, un anuncio hecho en el fuego central no sería un matrimonio según mis libros. —Le golpeó el pecho—. ¡Debo hacer mis votos delante de un cura! Y además, cuando elija un marido, no será un comanche. No te elegiría a ti ni como primer marido, ni como segundo, ni como marido en absoluto. Para mí, no eres más que un bruto que trata a las mujeres como si fueran ganado.

Con toda la calma del mundo, Cazador sentenció:

—Eres mi mujer. No te casarás con nadie más.

—Bien, si crees que voy a casarme contigo, ¡será mejor que empieces a olvidarte! Nunca lo haré, ¿me oyes?

Con esto, se abrazó a sí misma y lo miró fijamente. Cazador suspiró y se tumbó de espaldas, mirando al techo. Los minutos pasaron. Cuando por fin sintió que ella se giraba al otro lado de la cama, tan lejos de él como era posible, sonrió. Ninguna mujer podía enfadarse tanto por otra mujer a menos que estuviese celosa. Y una mujer no se pondría tan celosa a menos que estuviese enamorada. Quizá él no fuese el único que estaba pensando en otras cosas allí.

Por la mañana Cazador se despertó y encontró a sus ojos azules enrollada junto a él. La única parte de su cuerpo que sobresalía de las pieles era la punta de su nariz y una madeja de pelo dorado. Tenía una mano puesta bajo su espalda y la otra se insinuaba entre sus muslos. Se sintió tentado a despertarla, solo para ver la cara que ponía al darse cuenta de cómo lo tenía abrazado.

En vez de eso, se deslizó fuera de la cama y se peinó con los dedos antes de salir de la tienda. Su madre debía de estar ya despierta, y estaba ansioso por saber cómo había pasado la noche Amy. De camino, vio a Antílope Veloz y a Estrella Brillante, la hermana de su esposa muerta, que estaba de visita en la entrada de la tienda de su madre. Estrella Brillante llevaba un plato de corteza en las manos, lo que supuso sería un regalo para su madre. Las razones de que Antílope Veloz estuviese allí eran más difíciles de explicar.

Cuando Cazador se acercó, Estrella Brillante bajó sus largas pestañas y se sonrojó.

—Buenos días, Cazador. Te he echado de menos.

Cazador le puso la mano en el pelo y forzó una sonrisa. Estos últimos meses se había sentido muy incómodo con la proximidad de Estrella Brillante. Los hombres comanches solían casarse con las hermanas, y dada su relación con Sauce Junto al Río, Estrella Brillante esperaba de él que mantuviera la costumbre. Era una chica encantadora y de buen carácter. Cualquier hombre la hubiese encontrado idónea para el matrimonio. Pero, por alguna razón que no podía comprender, Cazador había estado evitándola, sin estar muy seguro de sus sentimientos. ¿Quería a Estrella Brillante como primera esposa?

Podía ver la tensión en el ambiente. Mirando la cara perfecta de Estrella Brillante trató de imaginar cómo sería tenerla bajo sus pieles de búfalo, tocarla como un hombre toca a una mujer. La imagen no acababa de tomar forma. En su lugar, veía a una mujer rubia, de ojos azules, con la piel tan pálida como los rayos de luna. Parpadeó y contestó sin prestarle mucha atención.

—Y yo te he echado de menos, Estrella Brillante.

Antílope Veloz cogió a Cazador del brazo antes de que entrara a la tienda de su madre.

—Cazador, acerca de la pequeña pelo amarillo...

—Sí, ¿qué pasa con ella?

Antílope Veloz miró incómodo a Estrella Brillante, y se armó de valor.

—Me gustaría arreglarlo contigo, para tomarla como esposa. No ahora mismo, por supuesto. Cuando sea más mayor. —El joven guerrero irguió los hombros—. Pagaré una buena dote, cincuenta caballos y diez mantas.

Cazador sonrió. Después de un año de correrías, Antílope Veloz solo tenía diez caballos. ¿Cuántos caballos pensaba robar?

—Antílope Veloz, ni siquiera creo que a ella le gustes.

—Tú tampoco gustas demasiado a tu pelo amarillo.

En eso tenía razón. Cazador se frotó la barbilla, percatándose del canto de un gorrión cercano y del sonido de las hojas de un hibisco al ser agitadas por la brisa. Qué sonido tan relajante. Tenía ya suficientes problemas como para que Antílope Veloz viniera a añadirle uno más.

—¿Podemos discutir esto en otro momento?

—¡No! Quiero decir... bueno, he oído a otros guerreros hablar. No soy el único que la quiere. Si espero, puede que tú aceptes la oferta de otro. Ella es muy buena, ¿verdad?

Cazador se preguntó si estaban hablando de la misma niña esmirriada. Después se centró en Antílope Veloz, que era solo unos años mayor que Amy. Supuso que un hombre joven debía encontrar la belleza juguetona de Amy atractiva.

—Veo tu preocupación. Pero olvidas una cosa, Antílope Veloz. Resulta que tú has demostrado ser un amigo leal para mí. No aceptaré la oferta de ningún otro. ¿Te tranquiliza eso?

Antílope Veloz siguió agarrado al brazo de Cazador.

—¿Puedo visitarla?

—No lo sé. Ha pasado por una experiencia horrible. Tal vez tener a un joven rondándola no sea la mejor idea.

—Hombre Viejo me dijo lo que le había ocurrido. Pero alguien debe ayudarle a caminar hacia el sol, ¿verdad?

Una vez más, Cazador tuvo que reconocer que el chico tenía razón. A Amy le quedaba un camino difícil que recorrer, y tal vez le fuese más fácil hacerlo con un buen amigo al lado, un joven que le enseñara a confiar otra vez.

—¿Cuidarás bien de ella?

Antílope Veloz sonrió.

—La protegeré con mi vida. Tu madre dice que ella estará lo suficientemente fuerte como para dar un paseo mañana. ¿Puedo acompañarla?

Cazador puso su pesada mano en el hombro del muchacho.

—No querrá ir. ¿Te has dado cuenta de eso?

Antílope Veloz asintió.

—Puedo hacer que ella se acostumbre a mí.

—Es una luchadora.

—Y yo la doblo en tamaño.

Cazador casi deseó poder seguir este camino. Podía ser interesante. Pero Antílope Veloz no sabía que a veces la fuerza era inútil cuando había que tratar con mujeres asustadas.

—Ven a mi tienda mañana por la noche.

Antílope Veloz sonrió.

—Creo que deberíamos cambiarle el nombre. ¿Aye-mee? Suena como el balido de una oveja. La Dorada, ese es un buen nombre para ella.

Sin contestar, Cazador apartó la cortinilla de la entrada y entró en la tienda de su madre. Mujer de Muchos Vestidos estaba arrodillada junto al fuego, removiendo una cazuela de avena. Levantó los ojos y sonrió. Amy estaba acurrucada en la cama, y sus ojos grandes seguían hablando de miedo. Cazador se dio cuenta de que su madre había encontrado para la niña una muda de ante y unos mocasines, algo que le agradó mucho. Cuando Amy vio a Cazador, se levantó y se puso de rodillas.

Él cruzó la habitación y se agachó junto a ella. Seguía estando un poco pálida, y se preguntó si su madre no se habría precipitado al decir a Antílope Veloz que podría salir a dar un paseo al día siguiente. Su madre había cepillado el pelo de la pequeña en una nube dorada que caía por sus hombros. Con razón Antílope Veloz quería llamarla La Dorada.

—¿Estás bien? —preguntó Cazador en la lengua de los *tosi*.

—Estoy mejor. —Miró con preocupación hacia la puerta—. ¿Ese horrible chico sigue ahí fuera?

Él esperaba que le preguntase por Loretta.

—¿Antílope Veloz?

—¿Ese es su nombre? No me gusta.

—Ah, ya entiendo. —Cazador apretó los labios—. ¿Por alguna razón?

—Simplemente no me gusta. —Se estremeció de una manera bastante altiva y arrugó la nariz—. Me mira de una forma rara.

Cazador supuso que Antílope Veloz había estado rondándola, no mirándola, pero creyó poco prudente decirle esto a Amy.

—¿Mi madre te trata bien?

—¿Ella es tu madre? —Amy miró a Mujer de Muchos Vestidos—. Es muy amable. Aunque no entiende nada de lo que digo. Tú hablas tan bien nuestro idioma... ¿Por qué ella no lo habla?

—No lo necesita.

Amy consideró esta respuesta un momento, y después preguntó.

—¿Dónde está Loretta?

Cazador empezó a darse cuenta de que Amy no parecía recordar la discusión que había tenido con Loretta la noche anterior.

—Duerme en mi tienda.

—¿Por qué estoy yo aquí? Quiero estar contigo, Cazador. Y con Loretta. Por favor.

—Podrás venir mañana a mi tienda. —Cazador miró la cazuela de avena cocida —. Mi madre prepara algo de comida para ti. Y medicina. Ella hará que recuperes la fuerza. Traeré a Loh-rhett-ah para que te vea. Es una promesa que te hago.

Amy le cogió del brazo.

—¿Harás que ese chico se vaya?

Cazador le quitó los dedos del brazo y se levantó.

—Antílope Veloz es un buen amigo mío. Es bueno que esté ahí fuera. No te hará daño.

Volviéndose hacia su madre, Cazador cambió con rapidez a su propio idioma y la inundó a preguntas. Su madre le dijo que aunque Amy estaba débil, una alimentación adecuada y un buen descanso serían suficientes para que se recuperase. Había dejado por completo de sangrar. Y el corte de la pierna curaba bien.

Cazador explicó que volvería con Loretta en breve, y después dejó la tienda. Al salir abrió la cortinilla para Estrella Brillante, que había esperado respetuosamente fuera a que él terminara, antes de entrar. Antílope Veloz estaba a solo unos centímetros de la entrada, con el cuello estirado para ver por debajo del brazo de Cazador. Cazador cerró la cortinilla de piel.

—Antílope Veloz, deja de espiarla. La estás incomodando.

—Es muy dorada, ¿verdad?

Cazador tenía el extraño presentimiento de que el muchacho no había oído ni una palabra de lo que decía.

—Está muy asustada. De ti. Quiere que te vayas, y no la culpo. Babeas como un lobo rabioso.

El hoyuelo que tenía en la mejilla se hizo más pronunciado.

—Eso es una buena señal, ¿verdad? Que se haya fijado en mí.

Cazador se alejó de allí moviendo la cabeza. Encontró a Loretta despierta cuando entró en su tienda. Estaba sentada en la cama, pasándose los dedos por la enredada melena. Al verle, apartó la cara, aún enfadada a juzgar por el brillo en sus ojos.

Al principio Cazador trató de ignorar las miradas de Loretta. Después de desayunar unos frutos secos y algo de pan blanco de su madre, la llevó a visitar a Amy. A continuación, Cazador recuperó la cartera que Loretta había dejado en la tienda de Doncella y la acompañó hasta el río. En lugar de bañarse, que la hubiese obligado a quitarse la ropa delante de él, Loretta se lavó el pelo y se frotó la cara. De vuelta a la tienda, se negó a mirarle y no respondió a ninguna de sus preguntas.

Al ver que este comportamiento silencioso y arisco se prolongaba después de la comida, la paciencia de Cazador saltó por los aires. Estaban sentados en la tienda, sobre las pieles de búfalo. Ella a un lado de la habitación y él al otro. El silencio era asfixiante.

—Puedes hacer la guerra con tus ojos durante una luna y no ganar ninguna batalla. Me he cansado de tu enfado, Ojos Azules.

Ella levantó su pequeña nariz y se negó a mirarle. Se le había secado el pelo y se

le había formado una madeja salvaje de rizos que le cubrían la cabeza como el oro. Frustrado, Cazador apretó los dientes. No sabía si ella se había dado cuenta o no, pero lo cierto es que ya no le tenía miedo como antes. Una mujer asustada no hubiese sido tan testaruda.

—Me dirás esa ira que te quema, ¿eh?

—¡Como si no lo supieses!

Él pegó los codos contra sus rodillas dobladas. Mujeres. Nunca había podido entenderlas. Si estaba aún enfadada porque había hablado de tomar otras esposas, ¿por qué no se lo decía? Tampoco es que estuviese pensando en casarse con nadie hoy mismo.

—Ojos Azules, tú eres mi mujer, ¿de acuerdo? Este comanche quiere que tu corazón brille como el sol.

Ella le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Puede que sea tu mujer, ¡pero eso no significa que me guste! Además, ¿por qué te preocupas por mí? Con tantas mujeres, seré una más del montón. No sabrás si estoy contenta o no. Y en realidad, tampoco te importa. —Dos motas de color encendieron sus mejillas—. Y por mí está bien.

Los dos se quedaron en silencio un momento.

—¿Cuándo llevarás a Amy a casa? —preguntó de repente.

—Su padre se esconde detrás de sus paredes de madera y deja que los comancheros se la lleven. Ella se queda con este comanche.

—¡No estarás insinuando que quieres mantenerla aquí! Su madre se volverá loca de preocupación.

—Eso es muy triste, ¿sí?

—¡Lo prometiste!

—Prometí traerla contigo. Y lo he hecho.

—¡Ella no es un caballo, Cazador! ¡No puedes dejarla aquí!

Levantó una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Quién va a venir a buscarla?

—Eres insoportable. Eres un arrogante, un terco...

Cazador bufó y se puso en pie. De repente la tienda parecía demasiado pequeña para los dos. Iría a visitar a su padre, donde las mujeres mostrasen el debido respeto.

Muchos Caballos estaba haciendo los últimos retoques al arco que había hecho cuando Cazador entró en el tipi. Poniendo el arma a un lado, clavó unos ojos llenos de suspicacia en su hijo mayor y frunció los labios.

—Parece como si hubieses estado comiendo del pastel de ciruelas de La Que Tiembla y te hubieses tragado un hueso.

Cazador no estaba de humor para bromas.

—Mi mujer me pone de los nervios. —Se sentó con las piernas cruzadas, cogió el atizador de hierro que había junto a él y empezó a empujar las brasas y las cenizas del fuego de su padre—. ¡Uno para el otro, sin horizonte, eso es lo que ella quiere!

Imagínatela llevando una casa, curtiendo el cuero, cosiendo, cocinando, cogiendo leña, todo ella sola. ¿Y si se pone enferma mientras estoy fuera? ¿Quién cuidaría de ella? ¿Quién le hará compañía? De la forma en la que ella piensa, cuando yo esté fuera mucho tiempo, ni siquiera podrá ir a donde Guerrero a buscar compañía.

—¿Querías que lo hiciera?

Cazador dio un gran empujón a las cenizas, levantando una gran polvareda que hizo que Muchos Caballos tosiese. Lo cierto era que no podía soportar la idea de que Loretta estuviese con otro hombre.

—Ahora mismo, la daría al primer hombre que fuera lo suficientemente estúpido como para aceptarla.

Muchos Caballos guardó silencio.

—Todos mis hijos serían... —Cazador levantó los ojos—. ¿Me imaginas rodeado de ojos blancos?

—Ah, ese es el problema. Que ella sea una ojos blancos. —Muchos Caballos asintió y, con voz burlona, dijo—: No te culpo. Ningún hombre podría estar orgulloso de un hijo que tenga sangre blanca. Será débil y cobarde, una vergüenza para cualquiera que lo reclame como propio.

Cazador se quedó helado y levantó los ojos. La sangre blanca en sus venas era una verdad tabú entre él y su padre. Nunca antes Muchos Caballos había hablado de ello.

Muchos Caballos se sorbió la nariz y se frotó la ceniza que le quedaba en la cara.

—Por supuesto, hay algunas excepciones. Supongo que un hombre puede criar a un niño mestizo y enseñarle a ser uno con los espíritus. Aunque supone mucho trabajo.

La tirantez en los hombros de Cazador cedió.

—¿Puse a prueba tu paciencia, padre?

Muchos Caballos pareció considerar la pregunta.

—Estuve a punto de perder la paciencia la vez que me disparaste en el muslo con tu primer arco. No hubiese sido tan malo si hubiese estado frente a ti.

Cazador se rio.

—No lo estabas cuando tiré la flecha. Si no recuerdo mal, me giré para preguntarte algo.

—Y nunca pude responderte. Siempre agradecí a los dioses que me llegases solo hasta las rodillas. Si hubieses sido más alto, tus hermanos y hermanas nunca hubiesen nacido. —Volvió a sorberse la nariz y después sonrió—. Si lo pienso, creo que Guerrero fue incluso más peligroso con su primer rifle. ¿Recuerdas aquella vez en la que disparó sin querer a mi tienda e hizo un agujero en la olla de tu madre? Estaba cocinando conejo. El agua cayó al fuego y todo se llenó de humo. Casi muero asfixiado tratando de sacar a todo el mundo de allí.

Cazador echó atrás la cabeza y se rio a carcajadas.

—Te recuerdo sacando el conejo de la olla y diciendo a Guerrero que había sido

un tiro certero, justo en el corazón. A excepción, claro está, de que lo había destripado. También le dijiste que la próxima vez debía practicar solo con objetivos que estuvieran vivos.

—Hablando de los huesos de las ciruelas, ¿recuerdas el primer intento de tu hermana? Tu abuelo se partió el último diente que le quedaba tratando de comerlo.

—Y se tragó el diente, el hueso y todo lo demás, para que ella no se sintiese avergonzada ante Caballo Gris, que había venido a cortejarla. —Cazador se puso la mano en el estómago y suspiró—. Me alegro de haber venido, padre. Siempre consigues alegrar mi corazón.

Muchos Caballos se pasó la lengua por los dientes y asintió comprensivo.

—Estoy orgulloso de todos mis hijos —dijo con voz ronca—. Y de ti, más que de ningún otro. Es extraño, hijo, pero cuando un hombre coge a un recién nacido en brazos y lo reclama como suyo, se convierte en hijo de su corazón. La sangre no importa. Tampoco el color de sus ojos. Cuando diste tus primeros pasos, lo hiciste en dirección a mis manos. Esto es lo importante. Ojos blancos o comanche, tú eres mi hijo. Hubiese matado a cualquiera que hubiese dicho lo contrario.

Cazador no pudo contener las lágrimas.

—¿Qué estás diciendo, padre?

—Digo que debes andar el camino de tu corazón. Viniste aquí enfadado porque tu pelo amarillo estaba enfadada, ¿no es así? Si la amas, será lo mismo cuando esté triste o cuando esté feliz. ¿Has visto alguna vez el lugar en el que un arroyo vierte sus aguas en un río? Los dos se convierten en uno. Se ríen sobre las piedras juntos, se doblan en los cañones juntos, se hunden en las cascadas juntos. Es lo mismo cuando un hombre y una mujer se aman. No siempre es agradable, pero cuando sucede, un hombre tiene poco que decir. Las mujeres, como los arroyos, pueden ser suaves un minuto y hacer sentir a un hombre como si estuviese nadando en aguas peligrosas al siguiente.

Cazador se inclinó sobre las rodillas, enarbolando el atizador ante las narices de su padre.

—No la entiendo. La trato con amabilidad, y aun así todavía tiembla de miedo ante la posibilidad de hacerse una conmigo. Intento hacerla feliz y en vez de eso se enfada.

Muchos Caballos levantó una ceja.

—El miedo no es como la capa de polvo de las hojas que puede quitarse con una ligera lluvia. Dale tiempo. Primero, hazte su amigo. Después, conviértete en su amante. En cuanto a lo de hacer feliz a una mujer, algunas veces tendrás éxito y otras no conseguirás nada. Así son las cosas.

Cazador respiró profundamente y dejó escapar un pesado suspiro.

—Tampoco es que yo tenga pensado coger a otra mujer. Es solo que...

—¿Que eres muy terco?

Cazador se rio.

—Un poco, ¿sí?

Muchos Caballos se encogió de hombros.

—Uno para el otro no es malo para el hombre. Yo estoy muy contento de tener solo una cuerda de tiro en mi tienda. ¿Te imaginas qué agotador sería tener tres o cuatro mujeres?

—Mi madre ha sido suficiente para ti, pero ella es una mujer muy especial.

Muchos Caballos sonrió.

—Es una mujer celosa. Y yo no soy estúpido. No quería vivir en un nido de avispas toda mi vida. —Se encogió de hombros—. Me gustan las cosas tal como están. Así tengo menos lenguas afiladas detrás de mí. Menos bocas que alimentar. Y solo una mujer a la que intentar entender. Le traje esclavas para que le ayudasen con las tareas domésticas.

—Mi pelo amarillo no cree en los esclavos.

—Tampoco cree en lo de tener muchas mujeres. Dile que elija: o mujeres o esclavas. A ver qué elige. —Muchos Caballos agitó la mano para limpiar el aire de cenizas—. Debes recordar también que la pelo amarillo te dará muchos más hijos que una mujer comanche. Ten cuidado o te verás con más niños de los que puedes alimentar. Nunca he visto a una mujer blanca que no fuese fértil.

Una sonrisa se fue dibujando en la cara de Cazador.

—Le dirás esto, ¿eh? Hasta ahora no parece mostrar el debido entusiasmo.

—Lo hará. Dale tiempo. Ten paciencia. La recompensa bien valdrá la espera.

Cazador apartó el atizador y se levantó.

—Pensaré en tus palabras.

—Suenas como un hombre cuyos ojos van en diferentes direcciones. ¿Qué mujer del poblado te atrae?

—Ninguna.

—Un terco, como me imaginaba. Tenía la esperanza de que algún día madurarías. Veo que nunca lo harás.

—Tengo el brazo más fuerte de mi círculo de tiendas. Sus pucheros no pueden dominarme. Si esto es ser terco, entonces está claro que lo soy.

Muchos Caballos levantó los ojos.

—¿Crees que mi brazo no es el más fuerte?

—Creo que deberías luchar con hombres en el campo de batalla, hijo, donde tengas la oportunidad de ganar. Eso es lo que creo. Pero ¿cuándo me has hecho caso? —Cogió el arco que estaba haciendo—. Supongo que debes aprender las lecciones que te da la vida por tus propios medios.

Cazador prefirió ignorar las últimas palabras de su padre.

—Es un arco muy pequeño. ¿Para quién es?

—Para Tortuga —contestó Muchos Caballos con una sonrisa de niño travieso—. A mi edad, hay pocos placeres en la vida. Es hora de que vea a mi nieto aprender a disparar. Mis amigos y yo estamos haciendo apuestas. He apostado dos caballos a que

disparará a Guerrero en el muslo. Hombre Viejo piensa que será en la cadera.
¿Quieres apostar?

La sonrisa de Cazador se volvió irónica.

—No creo. Si no recuerdo mal, dije a Guerrero que enseñaría a Tortuga a disparar.

Muchos Caballos asintió, después movió el entrecejo.

—Así que es tu muslo el que me estoy apostando, ¿eh? Vaya. A lo largo del día, trae a tu pelo amarillo para que me conozca.

—¿Por qué?

—Tal vez quiera apostar con nosotros.

—¿Mi pelo amarillo?

Muchos Caballos sonrió.

—Si Tortuga apunta un poco más alto, piensa en todo el dolor que le estará ahorrando.

Cazador hizo un ruido de disgusto y dejó la tienda.

Capítulo 20

*P*aciencia. Durante los cinco días siguientes, Cazador estuvo tan escurridizo como la pelusa del diente de león que se lleva el viento. No solo vivía con una, sino con dos pelo amarillo enfadadas. Loretta, porque él se negaba a llevar a Amy a casa y porque había mencionado que existía la posibilidad de que se casara con más de una mujer. Amy, porque se le obligaba a estar en compañía de Antílope Veloz. Aun así, Cazador seguía en sus trece y mantenía la situación con implacable determinación, tratando de ignorar las miradas a las que se veía sometido cada vez que ponía un pie en su propia casa.

A la quinta noche, su perseverancia se vio recompensada con una sonrisa de Amy después de que Antílope Veloz la acompañara a casa después de su paseo diario. Traía las mejillas coloradas y se puso a contar a Loretta con todo lujo de detalles acerca del tiempo pasado con Antílope Veloz, sobre la cierva y los dos cervatillos que habían estado observando, sobre las flores que Antílope Veloz había cogido para ella, el canto de los pájaros y el lenguaje de los signos que le estaba enseñando, los trucos que le hacía. Era evidente que Antílope Veloz estaba haciendo progresos con Amy. La niña empezaba a curarse.

Los ánimos de Cazador, que ya estaban bastante bajos, se desplomaron. Era bastante deprimente que un chico inexperto tuviese más suerte con una mujer que un hombre hecho y derecho como él. Le molestaba sobre todo porque Cazador sabía que había pagado de sobra, no una sino dos veces, por el derecho de tener a Loretta, que podía ejercer ese derecho cuando quisiera, pero que sin embargo no se atrevía a ejercerlo cuando veía las sombras que llenaban sus ojos. Recordando el consejo de su padre, lo único que podía hacer era reírse de sí mismo. Tal y como estaban las cosas, si tenía que convertirse en amigo de su mujer antes que en su amante, puede que nunca consiguieran pasar al segundo estadio de la relación.

Cuanto más descontento se sentía Cazador con la situación, más fruncía el ceño. Y cuanto más fruncía el ceño, más incómoda se sentía Loretta en su presencia. Lo peor era que Cazador no podía culparla. Su acuerdo pesaba sobre ellos como una nube gris, y la promesa acordada los mantenía tan unidos como separados. Cazador sabía que ella temía el momento en el que él le pediría que estuvieran juntos. Cada día que pasaba, la idea parecía asustarla más. Cazador era lo suficientemente sensible como para darse cuenta de que esperar pacientemente a que ella quisiera no estaba sirviendo de nada y, sin embargo, tampoco podía obligarla.

Aunque ella nunca había hablado de la muerte de sus padres, Cazador había participado en bastantes incursiones como para saber lo horrible que debía de haber sido para ella. Solo esto hubiese sido suficiente como para hacerle odiar a los comanches de por vida. Y también a los hombres, sea cual fuese su raza. Por si esto

fuera poco, los otros hombres a los que había conocido también habían sido unos brutos: su incestuoso tío, Santos y sus camaradas, y le gustase admitirlo o no, el mismo Cazador. Cuando trataba de mirar al mundo de la manera en la que ella debía de verlo, se le encogía el corazón. ¿Qué tenía en su experiencia que le pudiera redimir?

Las noches eran lo peor. Quería que Loretta estuviese a su lado con tanta intensidad que le dolía, no solo para satisfacer su deseo, sino simplemente para abrazarla. Para él era maravilloso poder tenerla al lado, un sentimiento que con toda seguridad ella no compartía. Ella se inventaba todo tipo de excusas para no tener que dormir con él. Temía, estaba seguro de ello, que fuera algo más que dormir lo que él tenía en mente. Cada noche se entretenía hasta el infinito en la tienda, inventando todo tipo de tareas hasta que él se apiadaba de ella y se hacía el dormido. Cuando por fin se sentía a salvo, se tumbaba cerca de Amy, dejando a Cazador a unos cuantos pasos de distancia, completamente despierto y frustrado porque quería tenerla al lado.

La sexta mañana Cazador llegó a la inquietante conclusión de que nunca se había sentido tan miserable. Mientras masticaba un trozo de venado asado, examinó el interior de la tienda, tratando de imaginarla como había sido una vez... sin pelos amarillos que le molestasen. La imagen solitaria que apareció en su mente le quitó el aliento. Cazador se dio cuenta de que prefería ser un miserable con Loretta que vivir en el vacío sin ella. Este descubrimiento le aclaró la mente y le hizo ponerse en acción. Sabía que debía tomar medidas para asegurarse de que no le dejase nunca.

Cazador encontró a Guerrero en el río, enseñando a Niña Pony a nadar. Se sentó bajo un árbol de hibisco y apoyó la espalda en el tronco, dejando descansar la cabeza en la rodilla.

—Guerrero, tengo que hacer un pequeño viaje —empezó—. ¿Vigilarás a mi mujer y a su hermana mientras estoy fuera?

Distraído por la pregunta, Guerrero se olvidó de vigilar a su hija y se dio la vuelta.

—¿Otro viaje? Pero si acabas de volver.

Cazador miró a Niña Pony, alarmado. Poniéndose en pie, gritó:

—¡Guerrero! ¡Se está hundiendo!

Guerrero agarró a la niña por el pelo y tiró de ella hacia arriba. Sacudiendo la cabeza, se movió hacia la orilla.

—No sé. Quizás es demasiado pequeña. Doncella insistió en que no lo era, pero no recuerdo que me costase tanto enseñar a los otros dos.

—Yo enseñé a Tortuga, y Doncella enseñó a Mirlo —le recordó Cazador.

Guerrero se agachó junto a la chica que gemía y tosía, y trató de tranquilizarla dándole palmadas en la espalda. Cazador agradeció a los Grandes que las quemaduras de Niña Pony hubiesen sanado.

—Quizá sea ese el problema, ¿no crees? —bromeó Guerrero—. Que yo soy un mal profesor. Cazador, ¿por qué no la enseñas tú?

—Me voy de viaje.

—Ah, sí, tu viaje. ¿Dónde vas?

Cazador ignoró la pregunta. Una cosa era rendirse a una mujer, y otra bien distinta era admitirlo ante su hermano.

—Le enseñaré cuando vuelva. Hacemos un cambio, ¿vale?

Guerrero lo miró aliviado.

—Eso suena a un trato justo. Con mucho gusto vigilaré a tu mujer si puedo librarme de esta tarea que Doncella me ha encomendado. Al paso que voy, tendré que cambiarle el nombre a la niña por el de Piedra del Río. Te aseguro que se hunde como ellas.

Cazador se acercó a ellos y levantó a Niña Pony en el aire por encima de su cabeza, con una amplia sonrisa.

—¿Piedra del Río? No, me gusta Niña Pony. Vamos a enseñarte a nadar, ¿de acuerdo, comadreja?

A aquella altura, Niña Pony olvidó por qué estaba llorando y explotó en carcajadas. Cazador se puso el pequeño cuerpo mojado bajo el brazo y caminó junto a su hermano de vuelta a casa.

—Estaré fuera unos cuantos días. ¿Crees que podrás mantener a Búfalo Rojo lejos de mi tienda durante ese tiempo?

—Después de las historias que contó cuando estuviste fuera la última vez, Doncella lo mantendrá alejado. Parece haberse encariñado bastante con tu Loh-rhett-ah. Está incluso haciéndole una blusa y unos mocasines.

—¿En serio? —La idea de ver a Loretta vestida de ante le agradó—. Dale las gracias en mi nombre, ¿lo harás?

—Dáselas tú. Yo no estoy demasiado contento con ello. ¡Por eso es por lo que tengo que enseñar yo a Niña Pony a nadar! Doncella está ocupada cosiendo.

—No puedo decírselo. Me voy.

—¿Ahora mismo?

Al llegar a los alrededores del poblado, Cazador puso a Niña Pony en el suelo y le dio una palmadita en la espalda de despedida.

—Sí, ahora mismo. Tengo que encontrar a unos cuantos hombres para que vengan conmigo. Llevaré a Loh-rhett-ah y a Aye-mee a tu tienda antes de irme.

Cazador no dio a Loretta ninguna explicación de su repentina partida. Un día estaba allí y al siguiente se había ido. Loretta y Amy se quedaron con Doncella de la Hierba Alta. Amy estaba adquiriendo bastante vocabulario comanche gracias a Antílope Veloz, lo que resultó de gran utilidad, y antes de que Loretta se diese cuenta, se vio aprendiendo también algunas palabras. Doncella parecía encantada de poder enseñarle, no solo el idioma, sino las costumbres de su pueblo: nunca dejar que su sombra cayese sobre el fuego de la cocina, nunca decir los nombres de los muertos,

nunca ir a la derecha cuando se hacía una entrada formal en la tienda de alguien. Loretta absorbió las nuevas costumbres, contenta de aprender todo lo que pudiese.

El cuarto día, ya tarde, Muchos Caballos visitó la tienda de Doncella. Al principio, Loretta se sintió incómoda, pues sabía que el padre de Cazador venía en realidad a ponerla a prueba. Pero muy pronto el sentido del humor de Muchos Caballos despejó todas sus dudas y se vio primero sonriendo y después riéndose a carcajadas con sus ocurrencias. Amy también estaba encantada. Muchos Caballos les contó un sinfín de historias de Cazador cuando era pequeño. Al final de la velada, Loretta tuvo que admitir que el hombre le gustaba. Y lo que era aún más importante, se dio cuenta de que la sintonía era mutua. Por absurdo que le pareciese, se sintió sumamente complacida de contar con su aprobación.

Cuando se fue le puso una mano arrugada en la frente. Como si fuese un hombre sagrado la bendijo, y le deseó buenas noches, dirigiéndose a ella como «su hija». El título cogió completamente desprevenida a Loretta. Cuando miró hacia arriba, Muchos Caballos la obsequió con una sonrisa de comprensión. Salió de allí antes de que ella pudiera recuperar la compostura.

Al anochecer del octavo día de ausencia de Cazador, Loretta oyó un sonido lejano como de aullidos y un ruido de caballos que se acercaban. Levantó la mirada de la cocina de Doncella y casi al instante vio a Cazador, que cabalgaba varios caballos por delante de los demás, guiando a lo que parecía ser un cura a lomos de una mula. Loretta se puso de puntillas, el ceño fruncido. No era posible que estuviese viendo lo que creía estar viendo. ¿Qué cura en su sano juicio visitaría un poblado comanche?

Al mirar a su alrededor, vio la cara de asombro dibujada en los vecinos de Doncella. Después miró a Guerrero, que estaba reclinado no muy lejos de allí, vigilándola. Se había puesto de pie al oír a los hombres. Le dirigió una mirada sorprendida y arqueó la ceja.

—¿Mi hermano trae a un Vestido Negro?

Era un cura. Loretta estiró el cuello para ver mejor. Cazador cabalgó directamente hacia el fuego central, que había sido preparado con antelación para la noche, y bajó al cura de la mula. Después de ladrar algo al pobre hombre, se dio media vuelta y vino directamente a la tienda de Doncella, con el andar determinado y la mandíbula apretada. Loretta respiró profundamente. De repente, y sin poder creérselo, supo por qué Cazador había traído un cura al poblado.

Las zancadas se hicieron más lentas conforme se iba acercando a ella, y los músculos de sus muslos se marcaban contra el ante de los pantalones. Loretta se puso tensa al ver la mirada de desafío que traía en los ojos. Levantando la barbilla, esperó a que él se acercara, con la mirada fija en sus anchos hombros y resistiendo las ganas de salir corriendo. Esas largas y poderosas piernas que tenía la cogerían al instante.

—Te he traído a un Vestido Negro —dijo secamente y señaló con la mirada hacia el cura—. Él dirá palabras a tu Dios sobre nosotros, ¿eh?

Con esto, Cazador la cogió firmemente del brazo y tiró de ella hacia el fuego

central, sin dejar que ella le marcara el paso, por mucho que Loretta intentase ir más despacio.

—¡No me casaré contigo! —gritó con desesperación.

Él le lanzó una mirada llena de arrogancia.

—Serás mi mujer, pequeña. A mi manera o a la tuya, pero será así.

Cazador se detuvo delante del cura. Loretta miró al pobre hombre, que temblaba con tanta fuerza que estaba a punto de dejar caer la Biblia. Lo cierto es que en ese momento le preocupaba demasiado su propio destino como para preocuparse por el de los demás.

—Padre —trató de mantener un tono tranquilo y razonable—, ¿podría explicar a este pagano que un matrimonio no puede celebrarse sin el consentimiento de la mujer?

El cura abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Miró horrorizado a Cazador, y su cara se volvió blanca.

—Mi joven muchacha, quizá sería mejor que procediéramos. Este hombre parece extrañamente convencido y yo, la verdad, no soporto la idea de contradecirle.

Cazador se dio la vuelta para mirarla y observó su reacción con la ceja levantada. Después cerró los ojos en señal de desafío y Loretta levantó la barbilla y se inclinó hacia él.

—¿Qué le has hecho a este pobre hombre? ¡Está aterrorizado! ¿Es que no tienes vergüenza?

Cazador hubiese podido recordarle que había habido un tiempo en el que ella estaba igual de asustada, pero prefirió no desviarse del tema. Lo que le importaba era casarse, no medir sus lenguas. Lanzó una mirada de convicción al Vestido Negro.

—Diga sus palabras, anciano.

El cura se mojó los labios y miró con temor a la multitud de salvajes que los rodeaba. Quizá fuese el contraste del vestido negro con la piel pálida, pero Loretta pensó que estaba perdiendo el color a una velocidad alarmante. De hecho, parecía como si fuera a desmayarse.

—¡Diga las palabras de Dios, anciano! —volvió a gruñir Cazador.

—No te atrevas a intimidarle —dijo entre dientes Loretta—. ¡Es un hombre de Dios, Cazador! No se gruñe a un hombre de Dios.

—Está bien, muchacha, no se preocupe. —El cura, con la cara llena de sudor, hizo ademán de abrir su Biblia—. Padre misericordioso —murmuró, como si rezase para que le liberaran. Tosiendo, empezó a mover las páginas de la Biblia, girándose levemente para que la luz del fuego iluminase las páginas—. Pido que me disculpen. Normalmente no necesito utilizar el libro... —Tosió otra vez y apartó con la mano el humo—. Por alguna razón, las palabras han desaparecido de mi mente. Ah, sí, aquí están.

Furiosa, Loretta tiró del brazo para librarse del apretón de Cazador.

—Padre, no tiene nada que temer, se lo aseguro.

Cazador reclamó su brazo con una fuerza que la hizo girarse furiosa. Él dobló la cabeza y susurró.

—Ojos Azules, no pongas a prueba mi paciencia. Te golpearé fuerte como el viento.

—¡Golpea, entonces! —trató de soltarse de él—. Me haces daño.

—Te pegaré. Y entonces sabrás lo que es hacer daño. ¡Ahora, guarda silencio!

Los ojos de Loretta ardían de furia.

—No voy a casarme contigo. ¡Pégame si quieres! Vamos.

Cazador la miró de una manera que la hubiese aterrorizado un mes antes.

—Loh-rhett-ah, guardarás silencio y dejarás que diga las palabras de Dios.

—Él puede decir las palabras de Dios hasta que los copos de nieve se derritan... —se cayó y enrojeció—. Yo soy la que tiene que decir las palabras, Cazador, y no las diré. ¿Lo entiendes?

—Mi querida niña —intercedió el cura—, no suele ser común que uno de estos — lanzó una mirada de respeto a Cazador— caballeros se ofrezca a hacer de una cautiva una mujer honorable. ¿No le parece que sería inteligente aceptar?

—No necesito matrimonio, padre. Aún tengo mi honor.

Cazador la puso a un lado y, con una voz uniforme e inquietante dijo:

—Tu honor se irá pronto con el viento, Ojos Azules. Hiciste una promesa a Dios. ¡Eres mi mujer! ¡Ahora digo que serás mi esposa!

Loretta se mojó los labios, tratando de mantenerle la mirada y no flaquear.

—Te he traído a un Vestido Negro, ¿no es así? Para que sea un matrimonio en tu corazón. Si tú no dices las palabras de tu Dios para que se cumpla, puedes estar segura de que me casaré contigo a mi manera. —Formó con la mano un gran arco—. Tu honor volará con el viento. *Suvate*, todo se ha cumplido. Elige.

Loretta enronqueció de frustración.

—Pero yo no quiero casarme contigo. Si lo hago, ¡será para siempre! ¿No lo entiendes?

—Para siempre es demasiado bueno.

—No, es demasiado malo. ¡Nunca podré dejarte!

Cazador levantó las manos.

—No hay Vestido Negro, no hay matrimonio para tu Dios. Estaré contento de casarme a mi manera. —Con un brillo de determinación en los ojos, se dio la vuelta hacia la multitud, levantó los brazos y gritó algo. Después, se encogió de hombros—. Ya está. *Suvate*, todo se ha cumplido. He dicho mis palabras. Estamos casados. —Cogiéndola del brazo, gruñó—. *Keemah*, vamos, mujer.

Loretta hundió los talones en el suelo.

—¡No! ¡Espera!

Él la miró, visiblemente enfadado.

—¿Dirás las palabras de Dios?

Loretta no creía tener otra opción. Al menos de esta forma su matrimonio sería

bendecido por un cura y ella no viviría con Cazador en pecado.

—Sí. Diré las palabras. —Mirándole de reojo, dijo—: ¿Puedo tener un momento con el cura?

—¿Para qué?

—Para preguntarle algo.

El apretón de Cazador se hizo más flojo.

—*Namiso*, rápido.

Loretta tapó con la mano la oreja del cura y le susurró algo con rapidez. Después dio un paso hacia atrás y se puso junto a Cazador. El cura consideró lo que ella le había dicho y después asintió. Un momento después bendecía a la joven pareja e iniciaba la ceremonia. Las palabras se agolpaban en la mente de Loretta, sin sentido alguno. Respondió ausente cuando así se le pedía. Después vino el turno de Cazador. El cura le preguntó lo habitual y añadió al final:

—Renunciando a las demás, ¿tomarás una y solo una mujer por esposa, para siempre sin horizonte?

Cazador miró a Loretta con suspicacia. Durante unos segundos se quedó sin responder, y ella contuvo el aliento, con la mirada fija él. Después, con solemne sinceridad, inclinó la cabeza y respondió.

—Lo he dicho.

El cura, algo confuso por lo inusual de una respuesta que solía ser el «Sí, quiero», se quedó callado un momento, pareció considerar la alternativa, asintió y dio por concluida la ceremonia. Loretta y Cazador estaban casados, según las creencias de los dos. Cazador pidió a sus amigos que devolvieran al cura a su misión, diciéndoles que pediría sus cabezas si el hombre no llegaba sano y salvo. Después, envió a Amy a la tienda de su madre. Cuando todos hubieron partido, se giró hacia Loretta, con una ceja arqueada y una chispa de burla en sus ojos color azul índigo.

—¿Una esposa y solo una esposa, para siempre sin horizonte?

Loretta apartó la cara, con las mejillas coloradas. Agarrándose las manos, se balanceó adelante y atrás, mordiéndose el labio.

—Te lo dije, Cazador, me niego a ser segundo plato de nadie.

Él sonrió, una sonrisa peligrosa que le puso los nervios de punta. La miró de arriba abajo y la condujo agarrada del brazo hasta la tienda.

—Ahora mostrarás a este comanche lo buen primer plato que eres, ¿sí?

—Yo... —Se le secó la boca mientras se dejaba conducir por él, agarrada del brazo—. No querrás decir ahora, ¿verdad? —Tenía la mirada puesta en la entrada de la tienda—. Ni siquiera es de noche todavía. La gente todavía está despierta. No has comido. No he encendido el fuego. No podemos...

Él levantó la cortinilla de la entrada y la condujo al interior.

—Ojos Azules, no tengo hambre de comida —dijo con voz ronca—, pero haré el fuego si lo deseas.

Cualquier retraso, fuera del tipo que fuera, le parecía bien.

—Ah, sí, hace bastante frío, ¿no crees? —Era una noche particularmente bochornosa, de las que hacían que la ropa se pegara al cuerpo, pero eso apenas parecía importar ahora—. Sí, un fuego será maravilloso.

La dejó de pie sola, en medio de las sombras, y fue a coger algo de leña que después colocó en el lugar del fuego. Poco después unas llamas doradas iluminaban la habitación, y la luz danzaba y parpadeaba sobre las paredes de cuero. Agachado junto al fuego, Cazador echó la cabeza atrás y le dedicó una mirada perezosa, los ojos puestos en su vestido y las cejas levantadas en silencioso interrogatorio.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó con suavidad.

Loretta apretó las manos contra la cintura.

—Pues la verdad es que tengo hambre. ¡Estoy hambrienta! ¿Tú no? ¿Qué te gustaría comer? —Echó una mirada frenética a las cazuelas de cocina que había detrás de él—. Apuesto a que un estofado te abrirá el apetito, ¿verdad? Después de viajar tanto y comer solo carne desecada, debes de tener ganas de algo caliente. Sí, un estofado será perfecto.

Cazador torció la boca.

—Ojos Azules, un guiso nos llevaría muchísimo tiempo.

Toda la noche, con un poco de suerte.

—Ah, no tanto. No me importa, ¡de verdad! —Hizo un gran círculo para evitarlo e ir hacia las cazuelas—. Hago un estofado estupendo, de verdad. Estoy segura de que Doncella tendrá algunas patatas y cebollas para prestarme. Podrías...

Loretta dio un brinco al sentir el roce de su mano en el hombro. Se dio la vuelta para mirarle, con una gran cazuela en medio, y su mano blanca apoyada en el asa.

—Ojos Azules, no quiero estofado —susurró Cazador, la voz llena de ternura—. Si tienes hambre, podemos comer unas bayas y unos frutos secos, ¿te apetece?

Loretta se tragó una bocanada de aire. Frutos secos era mejor que lo otro. Quizá, si comía una nuez cada vez...

—Está bien, frutos secos.

Cazador extendió una piel de búfalo junto al fuego mientras ella quitaba la cazuela y sacaba una talega de frutos secos del almacén de alimentos. Arrodillándose junto a él, Loretta se puso a masticar sonoramente, con la vista puesta en las llamas, consciente de que en cada bocado que tomaba, Cazador estaba observándola. Cuando cogió el cuarto puñado, él le rodeó la cintura con los dedos.

—Ya es suficiente —dijo con voz queda—. Te pondrás mala del estómago si sigues comiendo.

Loretta ya estaba mala del estómago. Tragó saliva, sintiéndose miserable, y trató de evitar su mirada. Cuando sus ojos se encontraron, ella sintió como si la tierra se abriera. No había lugar a dudas en su mirada. El momento que tanto había temido había llegado.

Ella sabía que antes o después ocurriría, desde luego. Pero había esperado que fuese después, mucho después. A cambio del rescate de Amy, ella había prometido

entregarse a él. Era una especie de milagro que hubiese esperado todo este tiempo para reclamar lo que le correspondía. Era incluso más increíble que le hubiese traído a un cura para que les casara. Debería sentirse aliviada, incluso contenta de que su unión estuviese bendecida, pero lo cierto es que ella no se sentía casada. Todo lo que sentía era miedo, un miedo puro, negro e irracional. Por desgracia para ella, no llegaba a la noche de bodas sin saber lo que pasaría, como debería ser para toda recién casada. Ella sabía lo que le esperaba y lo horrible, doloroso y degradante que sería. Incluso tía Rachel lo odiaba. Lo había dejado entrever bastantes veces, y aunque no lo hubiese hecho, Loretta había oído llorar a su tía lo suficiente para saber que la penetración dolía. Y sería infinitamente peor con un salvaje que pensaba que las mujeres podían ser compradas y vendidas como si fueran equipaje de sobra.

Frotándose las manos en la falda, Loretta miró con aire fúnebre el fuego. Luz. Por Dios bendito, ¿por qué había tenido que pedir que hiciera fuego? Él podría verla ahora, lo que hacía que el acto de desvestirse delante de él fuera aún más horrible.

Tenía la piel de gallina. Él la miraba fijamente, esperando como un hombre que espera a que se le sirva la cena. Y era incluso más terrible, el sentirse como su cena. Un centenar de pensamientos pasaron por su cabeza, y de ellos el más poderoso era el de salir corriendo lejos de él. Pero su sentido del honor se lo impedía. Se lo había prometido, y una promesa era una promesa. Tenía que cumplir con su palabra. Pasaría por esto con la cabeza alta. Tenía que hacerlo.

Con manos temblorosas, Loretta acarició la larga línea de botones de su vestido. Con cada movimiento de dedos, sus mejillas se sonrojaban más. La luz del fuego dejaba pocas sombras, haciendo que el interior de la tienda pareciese estar a plena luz del día. Trató de buscar consuelo en el hecho de que él la había visto ya desnuda la noche en la que había tenido fiebre. Pero eso fue hace siglos y no le aliviaba mucho el bochorno que sentía al ir bajándose las mangas del vestido.

Si al menos fuera un hombre blanco. Podría al menos sofocar el fuego. O quizá tener un ataque de conciencia y darse cuenta de la barbarie que suponía forzar a una joven virtuosa al matrimonio. Pero él no era blanco, y la conciencia no formaba parte de su vocabulario. Él era su dueño. Ahora estaban casados, incluso para su gente. Para siempre.

Este pensamiento la horrorizó mientras se bajaba el vestido hasta las caderas y permanecía de pie al otro lado de la tienda. Tendría que pasar por este desagradable ritual no solo una vez, sino miles de veces. Ahora hubiese deseado no haberle hecho prometer que solo tomaría una esposa. El matrimonio múltiple podía tener sus beneficios. Con varias esposas él podría olvidarse de ella y no preocuparse nunca más de lo que hacía o dejaba de hacer...

Al observar a Loretta, Cazador tuvo que contener una carcajada. Parecía un ratoncillo asustado a punto de ser comido por el gran halcón. Sus ojos azules parecían exageradamente enormes y brillaban de miedo. El sonrojo teñía de rosa su blanco cuello, tan rosa como... Detuvo la mirada en su combinación. A través de la fina

muselina, podía ver las cumbres sombreadas de sus pezones. Se le encogió el estómago de deseo. Eran como flores de cactus. Como rayos de luna. Quizás era acertado que se sintiera como un ser indefenso a punto de ser devorado. Él se moría por poseerla, por chupar sus pechos, mordisquear el tentador camino de sus muslos, por encontrar los lugares más sensibles de su cuerpo y acariciarlos con su lengua hasta que su pasión se abriera en todo su esplendor.

Cuando la vio allí de pie, cada vez más nerviosa, luchando por quitarse el fajín que sujetaba su combinación, Cazador no pudo sino sentir una ternura infinita. Por mucho miedo que le diese, estaba dispuesta a cumplir la promesa que le hizo y entregarse a él. Se le cerró la garganta, y le pareció que no iba a poder respirar. Recordó a Sauce Junto al Río, recordó la primera vez que estuvieron juntos y lo amablemente que la había conducido por los caminos del amor. Este recuerdo le avergonzó. Había pasado mucho tiempo desde que no estaba con una mujer, demasiado si era capaz de disfrutar con tan dolorosa timidez como la que tenía ahora ante sí.

Poniéndose en pie, Cazador removió el fuego para que las llamas se redujeran un poco y cubrieran la habitación de sombras. Después se volvió para mirar a su esposa, forzándose a mantener los dedos sobre sus propias caderas, en una postura deliberadamente relajada.

—Ojos Azules, ven aquí —le susurró con suavidad.

Ella levantó la cabeza como si fuera un cervatillo asustado, los ojos grandes y cautelosos. A Cazador se le encogió el corazón. De una zancada recorrió la distancia que los separaba. Cogiéndola por la barbilla, le echó la cabeza hacia atrás y le pasó el pulgar por los temblorosos labios.

—Yo... —le tembló la voz y no pudo continuar. Tragó y trató de hablar otra vez—. Lo siento, Cazador. Sé que lo prometí. Es solo que... estoy un poco nerviosa.

Cazador inclinó la cabeza y descansó ligeramente la frente contra la de ella, apartándole las manos para poder soltar la cinta rosada que rodeaba su pequeña cintura. Sin mirar desató la combinación y la dejó caer en un montón a sus pies.

—No hay nada que temer —susurró—, nada.

Se quedó sin respiración al desatar el primer nudo que cerraba su combinación. Desató los otros con la misma rapidez y pasó los dedos por sus hombros, apartando la muselina y bajándosela por los brazos. La vergüenza la cubrió, caliente y palpitante, cuando el aire de la noche tocó sus pechos desnudos. Cerró los ojos, deseando morir allí mismo. Un segundo después volvió a abrirlos, aterrorizada de lo que él pudiera hacer mientras ella no le veía.

Aflojándole el cinturón de los pololos, se arrodilló ante ella, bajándole los pantalones y quitándole los zapatos mientras se deshacía de la ropa que aún la cubría. Se echó hacia atrás para verla y fue su turno para quedarse sin respiración. Lo que vio superaba con creces lo que recordaba. Por un momento no pudo apartar los ojos de ella, fascinado por la blancura brillante de su piel, sus delicadas curvas, escondidas

durante tanto tiempo bajo ese petulante calicó y las múltiples capas de muselina. Sujetándola por la cintura la atrajo hacia sí, temblando al sentir la punta de sus pequeños pechos sobre la carne de sus costillas. A la débil luz del fuego, pudo ver las lágrimas que mojaban sus pálidas mejillas. Él inclinó la cabeza para recoger el líquido salado con la punta de la lengua.

—Ah, Ojos Azules, *ka taikay, ka taikay*, no llores. ¿Alguna vez mi mano te ha provocado dolor?

—No —susurró ella.

Determinado a concluir aquello que había empezado, Cazador cubrió su esbelto cuerpo con sus brazos y la llevó cogida hasta la cama. Poniéndola con delicadeza sobre las pieles, se tumbó junto a ella y la atrajo a su lado. Su miembro tembló con impaciencia bajo los pantalones. Esperaba que ella se resistiera, y quizá si lo hubiese hecho, él habría continuado, pues su único pensamiento era consumir el matrimonio, quitarle el miedo y aliviar el deseo que sentía en las entrañas. Pero en vez de luchar, ella le rodeó el cuello con los brazos y se abrazó a él, tan rígida y asustada que parecía iba a quebrarse, con los miembros de su cuerpo temblando de manera incontrolada.

Entre lágrimas le dijo:

—Cazador... ¿podrías hacer una cosa por mí? Algo muy pequeño, ¿por favor?

Él le puso la mano en el pecho y sintió el latido salvaje de su corazón.

—¿Qué cosa, Ojos Azules?

—¿Podrías terminar con esto rápidamente? ¿Por favor? No te lo volveré a pedir, te lo prometo. Solo por esta vez, ¿de acuerdo?

Cazador escondió una sonrisa entre su pelo y cerró los ojos, apretando los brazos alrededor de ella. La voz de su padre le susurró: «El miedo no es como el polvo sobre las hojas que puede ser lavado con una ligera lluvia». Esas palabras le vinieron a la cabeza al tiempo que una docena de recuerdos que creía olvidados. Por un instante todo volvió atrás en el tiempo y Cazador se vio agarrado de la mano de Sauce Junto al Río, corriendo por una pradera de margaritas rojas, el sonido de sus risas envolviéndolo todo, y en sus ojos un brillo de amor del que bebían uno del otro. Recordó tantas cosas en ese instante: el amor, sí, pero sobre todo la amistad que les unía, la sinceridad, la locura, la risa. Ah, sí, la risa... Él y su pequeña ojos azules se habían reído juntos tan pocas veces que Cazador tenía dificultad por recordar cuándo lo habían hecho. De repente supo que sin la risa, su amor no llegaría muy lejos. Sobre todo para ella.

En una voz que expresaba tanta frustración como tierna diversión, Cazador dijo:

—Me deseas tanto que quieres que lo haga rápido, ¿verdad?

Loretta se puso rígida e inclinó la cabeza para mirarle. Él le devolvió la mirada con una sonrisa perezosa, tratando de no pensar en los pezones que rozaban su piel, en el tormento que suponía sentir sus caderas sobre su cuerpo. Soltando una mano, limpió con cuidado las lágrimas que mojaban sus mejillas.

Riéndose entre dientes, suspiró y dijo:

—Ojos Azules, tenemos muchas noches para estar el uno con el otro. Para siempre, ¿sí? Hasta que muramos y nos pudramos.

—Hasta que la muerte nos separe —le corrigió.

—Ah, sí, hasta que la muerte nos separe. —Se encogió de hombros—. Mucho tiempo, ¿verdad? Si provocho tanto miedo en tu corazón que debemos hacerlo rápido, es más sabio esperar. Me basta con dormir a tu lado y poder poner una mano sobre ti.

Su expresión pasó de la desconfianza a la incredulidad.

—¿Y no hacer nada?

Cazador estaba de acuerdo con ella. Era la idea más *boisa* que había tenido nunca. Nunca antes había deseado tanto a una mujer.

—¿Te gustaría hacer algo? Dilo y lo haremos. —Con la esperanza de que se sintiera menos avergonzada por su desnudez, cubrió a los dos con una manta y aflojó el brazo con el que la tenía abrazada, dejándole algo de espacio para que se sintiera cómoda—. Cuéntame una historia, ¿de acuerdo? Sobre mi Loh-rhett-ah cuando era pequeña como Mirlo.

Ella lo miró fijamente, incapaz de creer que de verdad quisiera que le contase una historia. Él forzó un bostezo, y a juzgar por la expresión de la cara de Loretta, supo que no había resultado muy convincente.

—No tienes sueño —le acusó.

—*Ka*, no —admitió—. Te he mentado, ¿sí? Para que te relajes. Mi corazón yace sobre la tierra cuando tienes miedo. Tenemos que estar contentos, ¿de acuerdo? Cuéntame una historia.

—Cazador, estoy desnuda —se quejó.

Él levantó una ceja.

—¿Necesitas estar vestida para contar una historia?

—No, supongo que... bueno, me ayudaría a pensar.

Él suspiró y se puso de lado, cogiéndola y haciendo que se recostase en la curva de su brazo. Al ponerle la cabeza sobre el hombro, hizo un valiente intento de ignorar el sentimiento intenso que su piel sedosa provocaba contra la suya y dijo:

—Este comanche lleva pantalones. Yo te contaré la historia.

Y con esto, Cazador empezó a hablar, sonriendo de vez en cuando al comprobar que no era el único que tenía problemas en concentrarse en la historia. Con un susurro ronco, le recitó la profecía. Cuando hubo terminado, Loretta se incorporó en el hueco de su brazo.

—¿Esa es tu canción?

—*Huh*, sí.

—¡Pero si es preciosa!

Por primera vez, se dio cuenta de que a él también le gustaba.

—Desde que soy un niño he odiado estas palabras. —Enrolló un mechón de su cabello entre los dedos, sonriendo—. Y he odiado a la mujer de pelo de miel que un

día robaría mi corazón. Deseaba matarte, ¿entiendes?

—Pero yo no soy la mujer de tu canción.

—Ah, sí. Tú eres la mujer.

—La canción dice que tu pueblo me llamará La Pequeña Sabia. ¡Y no es así! Nunca lo harán. Yo no soy muy sabia que digamos.

—Sucederá —le aseguró—. Debe ser así. Todo sucederá así.

Ella vio que sus ojos se ensombrecían.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan triste?

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Mi canción dice que un día dejaré a mi gente. Yo soy un comanche. Sin ellos, no soy nada, Ojos Azules.

Loretta miró hacia el fuego, con la mirada perdida en el juego de sombras y luces que formaban las llamas.

—Solo es una leyenda, Cazador. Una estúpida leyenda. ¿Odio que se lleva el viento? ¡Altos lugares y grandes cañones de sangre! ¿Nuevas mañanas y nuevas naciones? —Volvió la cara hacia él—. Mírame a los ojos. ¿Ves un nuevo día con nuevos comienzos?

Él buscó su mirada, y después, con una voz ronca que le atravesó el corazón, susurró:

—Sí. —La palabra quedó suspendida entre ellos hasta que el eco de ella se quedó grabado en su mente para siempre.

Fue entonces cuando Loretta lo supo. Se había enamorado de ella. Levantó los ojos y vio su rostro oscuro, tan cercano al suyo que respiraban el mismo aire, y su corazón se rompió un poco, por él, y por ella misma. Ella nunca podría corresponderle. Un barranco de odio y amargura los separaba. En esto, al menos, la profecía no se engañaba.

—Ah, Cazador, no me mires de ese modo.

Con un movimiento imperceptible, levantó el codo por encima de ella, mostrando la amplitud de su pecho de bronce, eclipsando con sus hombros la luz, de modo que solo el rostro de ella se iluminase.

—Me has robado el corazón.

—No —susurró ella incómoda—. ¡No digas eso, ni siquiera lo pienses! ¿No lo entiendes? Nunca podré corresponderte, Cazador. —Se le aceleró el pulso—. Me aterroriza...

Él le tapó la boca con un dedo, y sus ojos se llenaron de ternura.

—¿... Acostarte conmigo? No estoy ciego, Ojos Azules. Tu corazón yace sobre la tierra por tus recuerdos. Pasarán. Vendrás a mí. Querrás que te toque. Será así. Los dioses lo han dicho.

Ella apartó la cara.

—Me acostaré contigo porque te lo he prometido y porque hice un voto ante Dios y ante un cura. Pero nunca porque quiera hacerlo, nunca. —Estaba a punto de llorar

—. Ah, Dios, ¿qué estoy haciendo aquí? No quiero hacerte daño, Cazador, de verdad que no.

Él se tumbó junto a ella y la atrajo sobre el hueco de su brazo, recostándole la cabeza sobre su hombro.

—*Ka taikay*. Calla, Ojos Azules. No llores. Todo irá bien.

—¿Cómo puede ir bien? Estoy atrapada aquí. Nunca podré irme. He hecho promesas que no estoy segura de poder cumplir. Tengo miedo, Cazador, de ti y de tu gente, incluso de mí misma. ¿Cómo puede ir bien?

—Irá bien. Mi gente te aceptará. Ahora eres una de ellos, la mujer de un guerrero. En su momento, querrás estar junto a mí. Tu miedo desaparecerá, ya verás. Hasta entonces, este comanche esperará, ¿de acuerdo?

—¿Esperar? —susurró—. ¿Quieres decir que no... —se calló y levantó los ojos hacia él—... me obligarás?

A Cazador se le hizo un nudo en la garganta.

—No te lo prometo. Espero ahora, ¿no es así? Veremos adónde nos llevan nuestros mocasines.

Para tranquilizarla, empezó a contarle historias sobre su niñez, sobre su primer arco, sin mencionar la parte en la que había disparado a su padre, sobre su primera pelea, sobre su primera cacería. Había llegado a la historia de su sueño cuando notó que su cuerpo se relajaba y su respiración se hacía más acompasada. Guardó silencio. Él miró al techo oscuro, lleno de una ansiedad que no podía ser saciada. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiese seguir a sus ojos azules en los brazos del sueño. Mucho tiempo.

Cuando Loretta se despertó a la mañana siguiente, Cazador y su ropa habían desaparecido. En su lugar vio una falda y una blusa de ante y un hermoso par de mocasines. Loretta desdobló la camisa con manos temblorosas, reconociendo el trabajo de Doncella en los bordados. «*Ein mah-heepicut*», había susurrado Doncella. Ahora Loretta sabía que esas palabras significaban «es para ti». Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando estaba levantando la falda, Cazador entró en la tienda, y ella se metió corriendo debajo de las mantas. Con una sonrisa llena de picardía, dijo:

—Doncella te ha mandado esa ropa. La próxima vez, no estarás envuelta en toda esa *wannup*, ¿eh? Nos llevará mucho menos tiempo no hacer nada.

Se giró y salió de la tienda antes de que Loretta entendiese la broma. Le llevó incluso más tiempo sonreír. Había una promesa bajo esas palabras. «La próxima vez, les llevaría menos tiempo no hacer nada.» Con el corazón algo más aliviado, Loretta saltó de la cama y se puso la hermosa ropa que Doncella había hecho para ella. Era de su talla.

Pasó la mano por la suave piel que cubría su pecho y se sonrojó. Era casi como estar desnuda. El faldón de la blusa apenas le llegaba a la cintura, y caía con una curva recta desde la línea del pecho, amplio y suelto. Sabiendo de la inclinación de

Cazador por meter la mano por debajo de su ropa, no pudo imaginarse llevando algo así con él rondándola. Y la falda no era mucho mejor, cubriéndole solo hasta las rodillas, con flecos en la parte baja. Sin ropa interior, ¡sin una puntada! Era escandaloso.

Se le hizo un nudo en la garganta al mirar el favorecedor corte de la falda, el hermoso bordado de los mocasines. ¡Doncella había trabajado tanto! Loretta sabía que heriría profundamente sus sentimientos si no se ponía esta ropa. Y era incapaz de desilusionarla de esa manera.

Pensó en su madre, en cómo se hubiese sentido si su hija vistiese como una comanche. La imagen le hizo comprender que le gustase o no, no se trataba solo de que fuera una comanche, casada con el infame Cazador, sino de que tuviese que hacer lo que él quisiera, cuando quisiera y hasta que muriera y se pudriera.

Capítulo 21

Los días siguientes, la vida en el poblado se convirtió en una rutina que Loretta empezó a encontrar, si no agradable, al menos sí soportable. Hasta el momento, Cazador seguía sin ejercer sus derechos conyugales. Búfalo Rojo, para alivio suyo, se fue a una cacería con un grupo de amigos, y como Cazador había prometido, Loretta vio que podía ir y venir por el poblado sin problemas.

Desde que su matrimonio con Cazador se había hecho oficial ante el fuego central, la actitud de los vecinos hacia ella había cambiado. Todos parecían dejar lo que estaban haciendo para ayudarla a sobrellevar mejor su nuevo papel como mujer de un guerrero comanche. Con la ayuda de Doncella de la Hierba Alta y la madre de Cazador, Loretta iba poco a poco aprendiendo el idioma comanche, lo que le abría una línea de comunicación con las otras mujeres y le permitía hacer amigos. La Que Temblaba, una anciana que vivía varias tiendas más allá de Cazador, se llevó a Loretta aparte una tarde para mostrarle cómo hacer *pemmican*, un plato principal en la dieta de los comanches, y que consistía en una mezcla de carne triturada, grasa y frutos secos. Por desagradable que pudiera parecerle, Loretta tuvo también que ayudar a las mujeres a raspar y curar la piel de un gran búfalo muerto, y ahora se encontraba haciendo su primer par de mocasines de un viejo trozo de piel que Doncella le había dado.

La actividad rutinaria del día a día afianzaba el sentimiento de pertenencia al poblado de Loretta. La habían ya incluido en la rutina nocturna del baño femenino en el río. Era tranquilizador mirar a su alrededor y reconocer las caras de las que estaban a su lado, sonreír y recibir una sonrisa a cambio.

Otro cambio que alegraba a Loretta era la recuperación visible de Amy. Apenas podía creer lo rápido que Amy parecía estar recuperando su antigua alegría y pronto se dio cuenta de que Antílope Veloz tenía mucho que ver con ello. Era evidente que el joven guerrero adoraba a Amy y pasaba horas enteras recorriendo el río con ella, forjando una amistad que devolvía el color a las mejillas de la muchacha.

Cazador, al contrario que Loretta, consideraba este período como un tiempo de prueba. Mientras Antílope Veloz hacía grandes progresos con Amy, él no veía que nada cambiase entre Loretta y él. Ella seguía tratando de evitar dormir con él, y elegía compartir la cama con Amy, que además era mucho más incómoda. Por si esto fuera poco, estaba la campaña de Estrella Brillante por atraer su atención.

Era como si cada vez que se girase, Estrella Brillante estuviese allí, parpadeando y moviendo sus hermosas pestañas, un juego evidente de cortejo que Cazador sabía que no podría pasar desapercibido a su esposa por mucho tiempo. Cazador no quería avergonzar a Estrella Brillante rechazándola. Al mismo tiempo, no quería que Loretta creyese que él estaba provocando a la chica. Ya tenía bastantes problemas en los que

pensar.

Cuando trataba de encontrar la mejor manera de desanimar a Estrella Brillante, la joven intensificó su ataque hasta que, como Cazador había temido, Loretta se dio cuenta de lo que pasaba. Y cuando lo hizo, fue él quien pagó las consecuencias.

—¿Quién es esa chica? —le preguntó una noche.

—¿Qué chica? —Cazador sintió un calor que le subía por el cuello y evitó mirar el centelleo azulado que emitían los ojos de su mujer.

—Esa chica, la que parece tener algo en el ojo.

Cazador trató de agradar a Loretta dedicando una mirada de aburrimiento a Estrella Brillante.

—Es la hermana de mi mujer muerta. —Volvió a inclinarse sobre la punta de lanza que estaba afilando—. Se llama Estrella Brillante.

—No parece muy brillante. ¿Es un tic que tiene, o es que siempre guiña el ojo de esa manera?

Cazador dejó escapar una especie de risa.

—Pone ojos, ¿sí?

—¿A ti?

Él entrecerró los párpados y levantó la ceja.

—¿Crees que te pone ojos a ti?

Loretta se puso rígida.

—¿Te parece divertido? ¿No se ha dado cuenta de que estás casado...? —La furia en sus ojos se hizo más intensa—. Ah, claro, qué torpeza la mía. Olvidé que vosotros podéis tener una manada entera de mujeres.

Cazador suspiró y puso a un lado la lanza.

—Este comanche no desea una manada de esposas. Con una ya tiene bastantes problemas.

—¿Quieres decir que te hago la vida insostenible? Si es así, ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por qué no te casaste con ella?

Cazador reconocía los celos en cuanto los veía. Todo lo demás había fallado. Tal vez había que utilizar nuevas tácticas.

—Podría haberlo hecho. Estrella Brillante cree que sería un buen marido, ¿sí?

—Puede tenerte.

Esa no era exactamente la respuesta que Cazador había esperado.

—Tú me tienes, el uno para el otro, para siempre hasta que muramos y nos pudramos. Ese fue tu deseo.

Ella carraspeó un momento, tratando de decir algo.

—¡Me obligaste a esta farsa de matrimonio!

Él volvió a encogerse de hombros.

—Y tú no quieres a tu hombre. Es algo muy triste. —Movié la mano hacia Estrella Brillante, que seguía moviendo las pestañas—. Ella quiere lo que tú no quieres. ¿Y aun así te enfadas? Es *boisa*, Ojos Azules.

Loretta se puso de pie de un salto, con las manos en jarras.

—Suenan como si te hubiesen estafado, pobre hombre. Bien, pues deja que te diga algo.

—Aquí estoy.

Levantó la barbilla con orgullo.

—Mientras pongas los ojos en otras mujeres, esta mujer no entrará en tus pieles de búfalo por mucho que te pongas de rodillas y le supliques. ¿Te queda claro? —Movi6 el brazo hacia Estrella Brillante—. ¡Puedes tenerla a ella! ¡Puedes tener a todas las mujeres de este poblado! Tú mismo. Pero no podrás tenerme a mí también, ¡de eso puedes estar seguro!

Con esto, Loretta se dio la vuelta y corri6 hacia la tienda. Cazador se sent6 all6 un momento, escuchando los sonidos sordos que provenían de dentro. Estaba llorando. Con un gruñido, cogió la punta de flecha que había estado afilando y la tir6 en un arbusto cercano.

Estrella Brillante parecía afligida cuando Cazador se puso en pie y se gir6 hacia ella. Por su expresi6n, imagin6 que había oído llorar a Loretta. Camin6 hacia ella con lentitud. Aunque le hiciese daño, tenía que decirle que no iba a casarse con ella. Los sentimientos de Loretta eran más importantes ahora.

—¿No gusto a tu Loh-rhett-ah? —pregunt6 vacilante.

Cazador cogió a la muchacha por los hombros.

—No eres tú, hermana pequeña. Es una ojos blancos, ¿sí? La idea de dos mujeres en mi tienda le pone furiosa. —Cazador le acarici6 la barbilla—. Eres encantadora, Estrella Brillante, y me honras, pero ahora estoy casado con una pelo amarillo, debo andar un nuevo camino, ¿sí? Mi Loh-rhett-ah nunca te aceptaría. Si su corazón está triste, el mío también lo está.

Estrella Brillante dej6 de mover las pestañas y volvi6 a ser la de siempre.

—¿De verdad crees que soy encantadora, Cazador?

Cazador junt6 su frente con la de ella y la rode6 con el brazo. Su voz era cálida.

—Eres preciosa. Tu rostro me hace pensar en mi mujer que muri6.

Estrella Brillante se sonroj6.

—Me dices esas palabras para alegrar mi corazón. Nunca podr6 ser tan bonita como mi hermana.

—Sois como dos gotas de agua.

—¿De verdad lo crees?

—Deberías ver cómo te miran los hombres.

Estrella Brillante se apart6 para poder mirarlo mejor.

—¿Incluso Búfalo Rojo?

Cazador examin6 el interior de sus ojos oscuros.

—¿Te gusta mi primo?

Ella se mordió el labio.

—No te molesta, ¿verdad? Nunca te he deshonrado mirándole. Solo pregunto

porque, bueno, como tú no me quieres, no pensé que tú...

—¡Estrella Brillante, no! No estoy enfadado. —Aliviado, Cazador se rio y se puso las manos en la cadera—. Búfalo Rojo es un hombre solitario. Me haría muy feliz que encontrase una esposa. —La examinó a conciencia—. ¡Qué pícara! Nunca sospeché que te interesase Búfalo Rojo.

Se le suavizó la cara.

—No es guapo, lo sé. ¡Pero es un hombre valiente y fuerte! Y siempre es amable. ¿Te has fijado alguna vez en lo amable que es con los niños? Sería un buen marido, creo, si... —Una nube de incertidumbre ensombreció su sonrisa—. Si se fijara en mí. Ni siquiera creo que me haya visto.

—Créeme, te ha visto, Estrella Brillante. Creo que simplemente está pretendiendo que no te ve porque está seguro de que tú no te fijarás en él.

—Pero si es maravilloso. ¿Por qué piensa eso?

—Por sus cicatrices —suspiró Cazador—. ¿Quieres que hable con él? ¿Cuándo vuelva de la cacería?

—¡No! Pensará que soy muy directa.

Cazador levantó la mano.

—No le diré que hemos hablado. Le diré solo que creo que estás interesada en él. Si no lo hago, seguirá pasando de lado ante ti, y tendrás nieve en tu pelo antes de que él sepa lo que sientes.

Ella se relajó y sonrió.

—Bueno... —Puso la mirada fija en la tienda—. Cazador, creo que es mejor que te deje, ¿sí? Para que puedas hacer las paces con tu esposa.

Con una mueca, Cazador contestó.

—Su corazón yace sobre la tierra.

—¿Por mí? Hablaré con ella.

—No creo que sea seguro —dijo irónicamente.

Enfadada no era exactamente la palabra que describía el estado de Loretta. No solo estaba furiosa, sino también dolida. Eso le aterrorizaba. No estaba enamorada. No lo estaba. Así que, ¿qué le importaba si Cazador quería tener una docena de mujeres? ¿Qué diferencia suponía para ella? No le importaba en absoluto. ¡No le importaba! Porque ella no le quería. Así que, ¿por qué llorar?

El dolor se le agolpaba en la garganta. Cogió una sartén y trató de centrar sus pensamientos en la cena y en lo que tenía que hacer, pero seguía viendo a Cazador en su mente. Imaginaba sus ojos oscuros llenos de risa, su boca dibujando esa sonrisa que le encogía el corazón, su mano cálida cogiendo la suya. Moriría si le veía hacer todo eso con otra. ¿Qué le pasaba? ¿Cuándo se había convertido en alguien tan importante para ella?

¡No era justo! Él se había colado en su corazón, había hecho que le importara. ¡Y

ahora estaba allí fuera tonteando con esa estúpida! Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Si era así como se sentía una cuando estaba enamorada, no quería formar parte de ello. Se sentía como un trapo mojado al que alguien estuviese escurriendo. Y lo peor era que tenía miedo de salir de allí y hacer algo al respecto. Si lo hacía, sería como admitir que le importaba. Y en cuanto él se diese cuenta de ello, esperaría una prueba. Miró la cama y se le hizo un nudo en el estómago. Las imágenes del pasado le atormentaban. Dio un golpe a la cazuela. No podía hacerlo, simplemente, no podía...

Cuando vio entrar a Cazador, Loretta se limpió las lágrimas y empezó a hacer ruido con las cazuelas, con tanta fuerza que le pitaron los oídos. Por muy perverso que fuera, prefería mostrar enfado antes que dejarle ver lo dolida que estaba. Era demasiado orgullosa como para mostrarle sus verdaderos sentimientos.

—Ojos Azules, tenemos que hablar —dijo él con suavidad, deteniéndose a bajar la cortinilla de la entrada.

—Vete a hablar con Estrella Brillante —le espetó, incluso aunque esta era la última cosa que quería que él hiciera.

—Hablaré contigo. —Se movió lentamente hacia ella—. Le he dicho a Estrella Brillante que no me casaré con nadie más, ¿sí?

Deseaba lanzarse a sus brazos y llorar, quería que él le dijese que todo estaba bien, como siempre hacía cuando se sentía mal. En vez de eso, se volvió contra él.

—¿Y supongo que dejaste que se compadeciera de ti por haber hecho semejante trato? Pobre Cazador, ¡atrapado con una sola mujer! —Trató de mirarle pero no pudo encontrar sus ojos—. He estado pensando mientras estabas ahí fuera coqueteando con ella. Y he decidido que una docena de esposas a mi alrededor me conviene. ¡Tienes razón! Es *boisa* sentirme como me siento... —Se calló y tragó saliva, sin mirarlo de frente—. No he sido una esposa para ti... —Su voz se quebró en un gemido—. Y tengo miedo de no poder serlo nunca.

A Cazador se le encogió el corazón al sentir el dolor que escondían sus palabras. No había sido su intención hacerle daño, solo había pretendido obligarla a enfrentar sus sentimientos. ¿Por qué hiciese lo que hiciese siempre lo hacía mal? Sentado en el borde de la cama, se inclinó para abrazarse las rodillas con los brazos.

—Ojos Azules, en su momento serás una buena esposa para mí —dijo con seriedad.

—No, no lo seré. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Ah, Cazador, ¿qué es lo que me pasa?

Al mirar con detenimiento su pequeña cara, Cazador se dio cuenta de dos cosas: de que no quería que fuese como las demás, y de que, para bien o para mal, tendría que hacer que esta dolorosa espera terminase, por el bien de los dos. Por una vez, su padre no tenía razón.

—Ojos Azules... —Cazador suspiró y entrelazó los dedos con los de ella, con los nudillos hacia fuera, concentrándose para decir las palabras adecuadas—. ¿Puedes

hablarme para que este comanche pueda ver en tu interior?

—Tengo miedo.

—Ah, sí, miedo —estudió los mocasines bordados que llevaba— porque soy comanche.

Ella entrecerró los párpados.

—No es por eso, ya no. ¡Eso es solo una excusa!

Con mucho cuidado le preguntó.

—Entonces, ¿qué es lo que entristece tu corazón?

Se mordió el labio superior y echó la cabeza atrás para mirar al hueco que hacía de chimenea. Después de varios segundos, se sorbió la nariz y dijo:

—Eres un hombre.

La vio tan desamparada que tuvo que contener una sonrisa. Iba a empezar a hablar, pero cambió de idea. Aclarándose la garganta, miró primero a su temblorosa boca y después a sus nerviosas manos. Tenía que descubrir de qué forma podía apartar sus miedos. La paciencia no había funcionado.

Loretta volvió a cerrar los ojos y emitió un sonido ahogado, dándole la espalda.

—Cásate con Estrella Brillante. Es lo mejor. No puedo pretender que esperes para siempre a que... —Se dio otro golpe en las mejillas y respiró hondo—. Ella es muy bonita. No serías normal si no te gustase. Y está claro que ella te quiere. ¿Por qué vas a permanecer ligado a mí?

Él se puso de pie y lentamente se acercó a ella por detrás. Al notar que le agarraba los hombros, dio un respingo.

—No quiero casarme con Estrella Brillante. Tú eres la esposa que quiero. Una esposa, para siempre.

—¿No has oído lo que te he dicho? No puedo ser una esposa para ti. Yo... —Se estremeció, y se abrazó la cintura—. Soy una cobarde, Cazador. ¡Por si no te has dado cuenta todavía! Y no voy a cambiar. Pensé que podría, ¡pero cada vez es peor! Me gustaría ser más como Amy. Después de todo lo que ha pasado, aún...

—Tú no eres Aye-mee. —La interrumpió con dulzura—. Ella es una niña, y mi brazo fuerte la protege. Cuando pasen muchos *taum*, se casará y tendrá que enfrentarse a sus recuerdos, ¿sí? Pero hoy se escapa de ellos. Tú no puedes seguir escapando, ¿lo entiendes? Los años han pasado y lo que te pasó sigue a tu lado.

Cazador apoyó la espalda de Loretta sobre su pecho y bajó la cabeza para notar su pelo contra su cara.

—Ojos Azules... —Pasó los labios por una de sus trenzas hasta encontrar la dulce curva de su cuello—. Hazme una pintura con tus recuerdos, ¿sí? Para que pueda ver qué es lo que temes.

—¿Qué iba a conseguir con eso?

—El miedo es un enemigo fuerte. Yo estaré a tu lado.

Ella suspiró.

—Cazador, es a ti a quien temo.

Soltándole los hombros, la rodeó con sus brazos y le puso las manos bajo el pecho. Sonrió al ver que le cogía las muñecas para asegurarse de que no movía las manos por sitios demasiado íntimos.

—¿Te doy miedo porque soy un hombre?

—No tiene gracia.

—No me río. Es triste, sí, que tu marido sea un hombre. Es una cosa horrible.

Ella le regaló una sonrisa vacilante, mirándole por encima del hombro.

—No es porque seas un hombre, exactamente. Es lo que ocurre entre nosotros porque eres un hombre.

—Todo cosas buenas. —Sintió que se ponía tensa—. Pequeña, tienes que confiar, ¿me oyes? No miento. Lo que ocurre entre nosotros es muy bueno.

—Intento creerte, de verdad. Y entonces recuerdo cosas.

—Hazme una pintura con tus recuerdos, ¿de acuerdo?

—No puedo.

Cazador la abrazó con más fuerza.

—¿Es un recuerdo de tu madre?

—Sí —admitió—. Mi madre y lo que los comanches le hicieron. Esos recuerdos me atormentan y me dan mucho miedo. Empiezo a preguntarme cómo sería, sabes, entre nosotros dos. Y entonces empiezo a preguntarme cuándo pasará. Y la primera cosa que pienso es en la noche. Y me aterroriza pensar que esta noche será la noche. Puedo sentir cómo me miras. Y tengo miedo de que te enfades porque me voy a dormir con Amy.

—Y yo he explotado como el viento, ¿eh? ¿Furioso porque no duermes conmigo?

—No. Pero sé que tienes derecho a estarlo.

—Así que esperas que me enfade y eso no ocurre. —Le dio la vuelta en sus brazos y le levantó la barbilla para poder mirarle a los ojos—. ¿Y el miedo crece, hasta que es grande como el búfalo?

—Sí —admitió ella, con un hilo de voz.

Cazador suspiró y apoyó la mejilla contra la parte alta de su cabeza.

—Ah, pequeña, he sido muy tonto. Tenemos que hablar, ¿sí? Lo que yo quería era hacer que tu miedo fuera pequeño, no grande. Que fuéramos buenos amigos, no enemigos.

—Ah, Cazador, desearía que pudiéramos ser otra vez amigos. ¿Recuerdas nuestro viaje de vuelta a mi casa de madera? Algunas veces... pienso en esos días, y... —Se calló e hizo un mohín—. Me sentía tan unida a ti entonces, y me dio tanta pena decirte adiós.

—¿Y ahora tu corazón no canta amistad por mí?

—Eres mi marido.

—Yo quiero ser tu amigo. —Se inclinó para verle la cara—. ¿No puedo ser ambas cosas? Me has robado el corazón, Ojos Azules.

—Ah, Cazador...

—¿Serás mi amiga otra vez? —preguntó con voz ronca—. Nos reiremos juntos, ¿sí? Y te tumarás a mi lado cuando durmamos, porque mi mano es la mano de un buen amigo.

—Me gustaría que fuésemos amigos otra vez... de verdad.

—Entonces lo seremos. —Le mordisqueó la oreja.

—Pero Cazador, ¿no lo ves? Estamos casados.

—Ah, sí, estamos casados. —Cazador trató de hacer un círculo alrededor de esa palabra, tratando de imaginar qué era lo que significaba para ella—. Y buenos amigos, ¿sí? Confía. Por última vez, ¿mi mano te ha causado alguna vez dolor?

—No —susurró ella con voz ronca.

—¿Te he pegado?

—No. —Ella se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos—. Ah, Cazador, ¿qué debes pensar de mí...?

—Creo que tienes mucho miedo en tu interior.

—Sin motivo. Nunca has sido cruel conmigo, nunca, y sin embargo... —Se estremeció. Rápidamente, le dijo las veces que había oído a tía Rachel llorar por la noche—. Me digo que no será así contigo, que Henry es malo como el demonio y que por eso ella llora, pero... —Se calló y tragó saliva—. ¿Y si no es así? ¿Y si es tan horrible como parece?

Al mirarle a los ojos, Cazador se vio una vez más sonriendo. Pensó en decirle que muchas mujeres gemían cuando sus maridos hacían el amor con ellas, pero decidió que era mejor no decirlo. Le puso la mano en la espalda, deseando poder tocarle la piel en lugar de la tela de la camisa. Controló el impulso con miedo a romper el momento de confianza que parecía haberse creado entre ellos.

—No más miedo, ¿eh? Si me enfado, te traeré la cuchara de mi madre.

Ella se sorbió los efluvios y rio.

—Se necesitaría una buena cuchara.

Con un movimiento suave, la cogió en brazos y la llevó a la cama, haciendo como si no se diese cuenta de la expresión de sorpresa o la forma impulsiva en la que tiraba de la falda hacia abajo. Él se sentó con la espalda apoyada en uno de los postes retorcidos de la cama, moviéndola para que se pusiera sobre su regazo, con los hombros recostados contra el hueco de su brazo. Mirándole a los ojos, jugueteó con un rizo que le caía por la sien, maravillado por la forma en la que se enrollaba en su dedo.

—Ojos Azules, tienes que hacerme una pintura de lo que pasó el día que murió tu madre.

Uno de los músculos de sus ojos se movió y le tembló la boca.

—No puedo hablar de eso. No puedo, Cazador. Por favor, no me lo pidas.

—Mi corazón también está triste de recuerdos —le susurró roncamente—. Vamos a hacer un trato. Haré una pintura de mis recuerdos, ¿sí? Y tú harás una de los tuyos para mí.

—Mis recuerdos son horribles.

Cazador tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla sobre el poste. Compartir sus recuerdos tampoco iba a resultarle fácil. Contrajo el pecho mientras trató de retroceder varios años, hasta llegar a aquella lejana noche en la que había jurado que mataría a esta mujer que ahora tenía en sus brazos. El dolor le traspasó como un rayo, pero se apagó rápido. Sus recuerdos de Sauce Junto al Río eran hermosos y dulces. Siempre los conservaría. Pero ya no podían destruirle.

Con un susurro ronco, Cazador empezó una historia que no había contado a nadie antes sin saber, una vez la hubo empezado, si sería capaz de terminarla. Aun así, las palabras salían de su boca, rudas y feas, dibujando las imágenes de la carnicería que tuvo lugar ese día, de la muerte lenta de su esposa. Cuando terminó, la tienda se quedó sumida en un inquietante silencio, y la mujer que tenía en brazos extrañamente quieta.

Por fin se revolvió y clavó sus ojos azules en él.

—Cazador, la amabas mucho, ¿verdad?

Él puso un dedo en su mejilla.

—Ese amor es de ayer.

Loretta giró la cara contra su pecho, inhalando el olor de su piel, amando la mezcla de piel, humo y aceite que una vez había encontrado tan desagradable. Cazador. ¿Cuándo se había convertido en alguien tan importante para ella? Casi podía verle, sosteniendo a su mujer muerta, un poco como la sostenía a ella ahora, los hombros caídos del dolor. Lo sentía por él, y por la joven a la que habían tan pronto arrebatado la vida esos salvajes hombres blancos. Sin preguntar, Loretta supo que Cazador había perseguido a los violadores de su mujer y había vengado su muerte. La historia que tía Rachel había oído era probablemente cierta. El collar de su esposa, el hombre que la había profanado y matado a su hijo. Sí, Loretta podía ver a Cazador lleno de odio. No podía culparle.

—¿Harás el intercambio? —susurró él.

Loretta se quedó sin respiración y tragó saliva. Por muy horribles que fueran los recuerdos de Cazador, los suyos eran mucho peores. La perseguirían siempre si no conseguía purgarlas. Lo sabía. Pero hablar de ellos le resultaba imposible.

—No puedo. Tantos hombres, hombres comanches, como tú. Cuando pienso en ello no puedo respirar.

—No son comanches como yo. —Él volvió a colocarse contra el poste—. ¿Debo culparte por lo que un ojos azules hizo a mi mujer muerta?

—No, pero...

—Yo no levanté mi mano contra tu madre, pequeña. No me tengas odio, ¿eh? Odia a los hombres que la mataron, pero no a este comanche.

—Ah, Cazador, no te odio.

—Entonces, ¿me harás una pintura?

—No sé por dónde empezar.

—Viste venir a los comanches, ¿sí? ¿Eran muchos? ¿Tenías miedo? ¿Había sol? ¿Estaba oscuro? Me lo dirás. Un poco, ¿sí?

Los recuerdos golpearon la cabeza de Loretta con una claridad cegadora. Se puso rígida, los oídos se le llenaron de ecos del pasado. Con voz vacilante, empezó a hablar. Había un rugido en sus sienes que hacía que su voz pareciera distante. Al principio no estuvo segura de si estaba en realidad diciendo las palabras que tenía en la cabeza. Entonces vio la mueca en la boca de Cazador y supo que estaba por fin hablando.

Él le puso el brazo sobre los hombros. Con una de sus grandes manos le sujetó los dos, apretándole los dedos, frotándoselos como si quisiera apartar su miedo. Consiguió traspasarle su fortaleza, reconfortarla, calentarla. Era como si pudiese enfrentarse a cualquier cosa con él al lado. A cualquier cosa... incluso a sus pesadillas.

El corazón de Cazador se encogió al escucharla. Trató de verla como había sido entonces e imaginó que debía de ser muy parecida a Amy, una niña frágil, helada de horror, testigo de lo inenarrable. Se encontró deseando poder volver atrás en el tiempo hasta ese día, poder estar allí con ella en el sótano, para que pudiese esconder su rostro en el hueco de su hombro, cubrir sus oídos y evitar que los gritos la atormentaran. Como esto era imposible, la apretó más aún contra él, haciendo lo único que sabía hacer para facilitarle el relato.

Los comanches no solo habían violado a Rebecca Simpson, sino que habían invadido su cuerpo con objetos punzantes, descargando con ella su odio por todos los de su raza, mutilándola según sus creencias religiosas, para que no pudiera dejar este mundo y entrar en el mundo de los muertos. Cazador lo había sospechado, lo sabía, pero oír la historia de sus labios lo sacó de su propia piel, lo despojó de su sentimiento comanche y lo convirtió en un niño blanco mirando el mundo a través de una cortina de horror. En esos minutos en que Rebecca Simpson se hizo real para Cazador, dejó de ser una pelo amarillo sin cara, y se convirtió en la madre de su mujer, en alguien a quien Cazador hubiese amado. Su gente la había matado, no solo de manera despiadada, sino lenta y dramáticamente.

Cazador solo podía maravillarse de que Loretta hubiese llegado a confiar en él tanto como lo hacía, lo suficiente como para dejar que la abrazara de la forma en la que lo hacía ahora, lo suficiente como para venir a pedirle ayuda cuando Santos se llevó a Amy. ¿Cómo no iban a haberle aterrorizado las mentiras de Búfalo Rojo? ¿O cómo no iba a temblar cada vez que pensaba en tener que acostarse con un comanche?

—Antes de morir, pidió a Dios que los perdonase —gimió Loretta con voz entrecortada—. Era tan buena, Cazador. No puedo recordar una sola vez en la que fuese cruel... con nadie. No se merecía morir de aquella manera.

—No.

—¡Y se merecía mucho más de mí! Me quedé allí escondida, Cazador. Ella gritó

y gritó pidiendo ayuda. Y yo no hice nada, ¡nada!

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Cazador. La cubrió con sus hombros.

—Tú eras una niña.

—¡Una cobarde, fui una cobarde! —Sollozó, casi como en un eructo. Deslizó los brazos alrededor del cuello de Cazador y hundió el rostro contra su garganta—. ¡Esto es lo que no consigo olvidar! Estar allí abajo escondida, oyendo sus gritos. Ah, ¿por qué no hice nada?

—Habrías muerto, Ojos Azules. Los comanches te habrían matado... con la misma lentitud, ¿eh? ¿Una niña pequeña contra aquellos guerreros? No hubieses podido hacer nada.

—¡Hubiese podido morir con dignidad!

—No con dignidad... sino con gran dolor. Tú no eres una cobarde.

—¡Ah, sí, claro que lo soy! ¡Mírame! Me aterra dejar que tú, mi marido, me toque. Tú has sido tan bueno conmigo y con Amy. ¡Debería haber podido superar estos sentimientos! ¡Y no lo he hecho! ¡Ni siquiera sé por qué me quieres!

Una sonrisa de tristeza se dibujó en la boca de Cazador al recordar cómo había salido sola a enfrentarse a cientos de comanches, una pequeña mujer contra un ejército.

—Haces que sonrío en mi interior, por eso te quiero. En la manera en la que un hombre quiere a su esposa. —Le puso una mano en la espalda para relajar la tensión que notaba en sus músculos—. ¿Confiarás en este comanche? ¿Como hiciste cuando cabalgaste en círculo hasta mí? Una última vez, ¿confiarás? No te dolerá más allá del dolor de la virginidad... y no te avergonzarás. Es una promesa que te hago, para siempre.

Su respiración se aceleró.

—Cazador, tengo miedo.

—No hay nada que temer. Confiarás y yo haré que ese miedo desaparezca, ¿sí?

Loretta se estremeció.

—¿Te he mentado alguna vez?

—No, nunca.

—Entonces confiarás... ¿por última vez?

—¿Qué harás si te digo que no?

Cazador rezó para que no fuera así.

—Te comeré y me limpiaré los dientes con tus huesos.

Ella se rio, una risa nerviosa, insegura y llena de lágrimas.

—¿O me pegarás?

—Ah, sí. Te pegaré seguro. —Le puso los labios en la sien, sintiendo su pulso, midiendo el miedo que sentía. Cazador se puso tenso esperando su respuesta—. Ojos Azules, ¿me dirás que sí?

—¿Esta noche? ¿Ahora?

—Sí, esta noche. Antes de que este momento entre los dos pase.

Loretta se incorporó en silencio, observando a Cazador que la movió de su regazo y la puso tumbada junto a él. Ella siguió cada uno de sus movimientos, que parecían destinados a hacerle volar. Las manos de Cazador temblaron al deshacerle las trenzas e introducir los dedos en la madeja dorada que era su pelo, peinándoselo para que cayesen en una nube brillante sobre sus hombros. Después le rodeó la cara con las manos e inclinó la cabeza hacia ella, lentamente. Estaba ansioso por hacer dentro de ella una canción de felicidad. A su manera, él estaba tan asustado por sus recuerdos como ella.

Al acercarle los labios, Loretta se puso tensa. El momento había llegado, no había vuelta atrás. Solo unos centímetros separaban sus bocas, seda con seda, la misma respiración, las pestañas moviéndose y rozándose entre ellas. Loretta quería gritar al descubrir que sus sentidos empezaban a estar fuera de control. Sintió que se le contraía el vientre, que su interior temblaba de deseo. Apartó la cara, temblando al notar que la boca de él le atravesaba la mejilla y le alcanzaba la oreja.

—¿Cazador? —Le agarró los hombros en busca de apoyo, clavándole las uñas en la carne—. ¿Cazador?

—Estoy aquí. Tranquila. —Le puso la mano en el hueco del cuello y la obligó a mirarle—. Tranquila.

Loretta creyó que las piernas se le hacían agua. Al ver que la boca de él volvía a reclamarla, su mente dibujó cientos de posibilidades, todas igual de inquietantes. Entonces la fuerza de las sensaciones borró todo lo demás. Solo existía Cazador, sólido, cálido y dulce. Cazador que la sostenía en sus brazos fuertes, Cazador cubriéndole el cuerpo.

Incluso en su inexperiencia, Loretta sintió que los besos eran algo nuevo para él, que estaba dándoselos solo para agradarla. Pero después de unos cuantos mordiscos de exploración, pareció dominar la técnica y reclamar su boca con una intensidad aplastante, empujando con la lengua hasta lo más profundo, imprimiendo un ritmo tan antiguo como el tiempo. Loretta se inclinó hacia él, acariciándole el pelo, olvidando por un momento todos sus miedos. Él le pasó un brazo por la parte de abajo y la levantó para atraerla junto a él. Podía sentir los latidos de su corazón. ¿O eran los suyos? No importaba. Lo único que importaba era que parecían recorrerle el cuerpo.

Cuando por fin se apartó para coger aire, tenía los ojos oscuros llenos de ternura. Sonrió con lentitud, deslizándola entre los muslos, dejando que los pies de Loretta tocaran el suelo. Con una lentitud infinita cogió los bordes de la blusa, apartó con suavidad el ante y le rozó los pechos. Loretta buceó en los ojos de él, preparándose.

—Tengo miedo —le dijo nerviosa.

—Yo tengo más miedo que tú —murmuró él.

—¿Tú? Pero ¿por qué habrías...?

—Porque tú eres la luz del sol. Porque me haces cantar una canción de felicidad en mi interior. Tengo mucho miedo de que me dejes. —Le quitó la blusa por la

cabeza y la puso a un lado. Sonriendo, le acarició el pelo, después se levantó para colocarse encima de ella, cubriéndole los pechos desnudos. Le pasó las manos por los brazos hasta encontrar el cinturón que le sostenía la falda. Se la desató rápidamente —. *Nei com-mar pe ein.*

Ella se agarró la falda.

—¿Qué significa eso?

—Te quiero.

—Ah, Cazador.

Le soltó la falda y dejó que cayera. Después se arrodilló ante ella, con cuidado de no mirar su cuerpo mientras le desataba los mocasines. Le puso la mano por debajo de la rodilla, y le dobló la pierna para quitarle el pie del zapato. Antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, hundió la cabeza entre sus muslos. Ella se tapó con las manos el triángulo de pelo dorado que separaba sus piernas.

—Cazador, no hagas eso.

Sonriendo, le quitó el otro mocasín, robándole otro sorbo del muslo. Esta vez le agarró una pierna de manera que tuviera que sostenerse en un solo pie mientras él trazaba con los labios el camino que le separaba de sus manos blancas.

Ella se tambaleó y trató de recuperar el equilibrio.

—¿Qué estás...? ¡Cazador, no!

Él mordisqueó ausente la punta de sus dedos, ofreciéndole los hombros para que recuperase el equilibrio. Ella emitió un chillido de consternación y se tambaleó de nuevo. El peso que soportaba en la pierna hacía casi imposible que pudiera mantenerse en pie. De manera instintiva, se agarró a los hombros de él para no caer, exponiendo por primera vez el lugar que él buscaba con tanto anhelo. Y Cazador, con la puntería certera que da la experiencia, entró en casa.

Agarrándole el pelo con los puños, Loretta gritó y se echó hacia atrás sobre la cama. Al momento siguiente se vio clavada en ella por noventa quilos de bronceados músculos. Sus pezones traspasaron la cortina de su pelo y se clavaron en el pecho de él cuando este se levantó para ponerse sobre ella. Tenía el corazón paralizado. Lo miró fijamente y él la sonrió como si acabara de hacer una travesura.

—Cazador, no vuelvas a hacerlo. Es... vergonzoso.

—No es vergonzoso —susurró él, inclinándose para besarle el cuello, recorriéndole los brazos con la punta de los dedos hasta hacer que su piel ardiera—. Dulce Ojos Azules. *Pen-nande*, miel. Confía en este comanche.

Recorrió con la boca la cuerda que sostenía el medallón y continuó hasta el pecho. Loretta podía sentir el roce de su pelo. Le hacía cosquillas y le provocaba un cúmulo de sensaciones que nunca antes había experimentado. Se cubrió los pechos con las manos y él, al encontrar semejante barrera, los rodeó, con unos labios tan suaves como una pluma y tan ligeros como las alas de una mariposa. Por fin alcanzó un lugar descubierto, un lugar en sus pechos al que ni los dedos ni las manos habían podido llegar.

—Confía en este comanche, pequeña.

Ella movió rápidamente las manos para impedir que siguiera explorándola y él cambió de táctica con la misma rapidez, besándole la zona que sus manos acababan de abandonar. Loretta se sintió como si estuvieran prendiendo fuego a su piel, como si le estuvieran arrebatando el aliento. Sabía lo que él quería y esto la horrorizaba. Se cubrió los pechos aún con más determinación, consciente solo a medias del dolor que estaba infligiéndose a sí misma con los dedos, más pendiente de las sensaciones que le provocaban sus caricias, las libertades que sabía se estaba tomando con ella.

Este juego de evasivas continuó hasta que, para consternación de Loretta, ella apartó la mano lo suficiente como para que él descubriera la punta rosada de su pecho desnudo. Una boca hambrienta se agarró a él con decisión, caliente y húmeda, y el movimiento de su lengua le provocó una oleada de sacudidas por todo el cuerpo. Se quedó sin aire y se puso rígida.

Instintivamente trató de apartarle, pero se dio cuenta de que era demasiado fuerte para deshacerse de él. Tardó poco en experimentar el delicioso empuje de su lengua y en olvidar así cualquier pensamiento racional. En vez de apartarlo, lo que hizo fue atraerlo, arqueando el cuerpo contra la sólida pared que constituía su pecho comanche. Con su brazo le rodeó la cintura y la atrajo aún más cerca, con la mano extendida sobre sus nalgas. La familiaridad de esta mano y el calor extraño que notó sobre su piel hizo que volviera a la realidad. Bajó los ojos y vio algo que siempre había creído impensable: a un hombre succionándole el pecho, su cuerpo blanco pegado al pecho bronceado de él.

—¿Qué estás haciendo? ...los blancos no hacen cosas así. Estoy segura de que no lo hacen. ¡Para! ¡Por favor!

Alarmado por su tono, Cazador levantó la cabeza y la miró a los ojos. La última cosa que quería era asustarla. Los *tosi tivo* tenían extrañas costumbres, especialmente en lo relativo al cuerpo de las mujeres. Llegados a este punto, no estaba preocupado en cómo hacerle el amor, sino en hacérselo.

—Dime cómo lo quieres, y lo haré.

Pareció confundida.

—¿El qué?

—Dime cómo hacerlo.

Se puso colorada. Se mordió el labio, mirándole a los ojos.

—No sé cómo. Es solo que, bueno, hay ciertas cosas que estoy segura que una mujer decente no... —Tenía las pupilas encendidas, y los ojos se le oscurecieron—. Termina y ya está.

¿Que terminase? Cazador la miró unos segundos. Entonces, un brillo divertido saltó en sus ojos.

—Ojos Azules, si no sabes cómo se hace a la manera *tosi tivo*, entonces lo haremos a la manera comanche.

—Bueno... sí, supongo. Es solo que... ¿Cazador? —Él bajó la cabeza y condujo

sus labios hasta el otro pecho, mordisqueándolo y apartándole los dedos—. ¿Ca... cazador?

—Tranquila —susurró—. Todo está bien. —Hundió la lengua en uno de sus pechos, buscando la parte más sensitiva, la que guardaba con tanto ahínco. Cuando encontró lo que buscaba, ella se puso rígida. Él pasó una y otra vez. Su garganta dejó escapar un grito. No podía pensar cuando él le hacía esto.

—Es mío —susurró él entre jadeos—. Dámelo. No hay dolor, pequeña. Confía en mí.

Y como si hubieran adquirido voluntad propia, los dedos de Loretta se abrieron. A través de ellos surgió la redondez rosada de su pezón, como una cresta dispuesta a encontrarse con él. Cazador lo sujetó suavemente con los dientes y se ocupó de él hasta que ella empezó a temblar y a gemir. Sus dudas desaparecieron. Fuera cuales fuesen sus costumbres, su cuerpo, aunque fuera el más maravilloso que hubiese visto nunca, respondía como todos los demás.

Sin dudar más, Cazador se metió en la boca la aureola de su pecho y tiró de ella hasta que vio que se hinchaba contra su lengua. Sonriendo, levantó la cabeza y sopló suavemente. Cuando las terminaciones nerviosas de esta parte tan sensible del cuerpo respondieron a la bocanada de aire fresco y su carne se puso firme, volvió una vez más a metérselo en la boca, tirando del pezón con los dientes. Repitió el mismo movimiento hasta que vio asomar la mirada de placer en sus ojos y vio cómo empezaba a revolverse contra él.

Loretta se giró hacia él, perdida en un halo incontenible de deseo. Con una urgencia febril, y sin estar muy segura de qué era lo que le pasaba, le puso las manos en el bulto musculoso de sus hombros, tirando de él para que se acercara, necesitando su proximidad más que nada en el mundo. Cazador. El miedo había desaparecido, y en su lugar había aparecido un calor rabioso en la parte baja de su vientre. Un calor que se expandía por todo su cuerpo y hacía temblar cada una de sus terminaciones nerviosas. Cazador. Mareada, todo le dio vueltas... y su única sujeción parecía él, él era el único capaz de levantarla una y otra vez en olas sucesivas de sensaciones.

Con cuidado, dulcemente, Cazador le puso la mano debajo del estómago, en el triángulo dorado en el que descansan sus muslos. Su abdomen vibró al sentir unos dedos que se hundían en el centro de su feminidad. Ella dio un brinco y se puso tensa. Trató de sentarse, pero él se puso sobre ella a horcajadas y la obligó a pegar la espalda a las pieles, introduciendo su dedo en el estrecho pasaje. Cazador creyó que iba a morir de deseo.

—*Toquet, mah-tao-yo*. —Reclamó sus labios para acallar cualquier protesta y se deleitó con el gusto dulzón de su aliento, con la manera en que habría las piernas para él, incluso aunque tuviese miedo de hacerlo. Deslizó la boca hasta alcanzarle la oreja, y le susurró para tranquilizarla. Le temblaba la sien. Dejó de ser consciente de lo que le decía, si era en *tosi* o en *comanche*, pero ella parecía tranquilizarse no ya con las palabras, sino con el tono de su voz. Cazador se sintió abrumado por tanta ternura.

Loretta, su sol. Era tan dorada como los rayos, y tocase donde tocase, ella le quemaba con su luz.

Imprimiéndole un ritmo continuo a la mano, Cazador se adentró en ella. Loretta empezó a respirar a un ritmo rápido y entrecortado. Entonces, él sintió un espasmo en el estrecho pasaje del músculo y recibió la espuma caliente que empezó a brotar de su interior. Su propia respiración se hizo más intensa. Le cubrió los labios con la boca. Con los ojos cerrados y el rostro brillante, Loretta gimió suavemente en su boca al notar por primera vez el calor de la pasión.

Cazador se echó hacia atrás para mirarla, y deseó poder abandonarse él también en el deseo. Pero no podía. No esta vez. Quería que su primera experiencia fuera lo menos dolorosa posible, tan placentera como pudiera conseguir, una entrega total. Cuando terminase con ella, no tendría nada que temer.

Cambiando el peso a un codo y a la rodilla, metió una pierna entre las de ella y se movió lentamente hacia abajo, sin dejar de besarla un momento, tratando de mantener sus sentidos despiertos para que su mente no pudiera pensar en el miedo que tenía. Él ya estaba asustado por los dos. Le abrió los muslos con los hombros y bajó los labios... cada vez más abajo, hasta ese dulce lugar codiciado por tanto tiempo.

Ella gritó y se resistió cuando la lengua alcanzó su objetivo. Sin dejarse disuadir, Cazador le cogió las muñecas para que no pudiera oponerle resistencia alguna. Encontró el espacio vulnerable de carne que buscaba y lo cogió, sin prestar atención a sus protestas, utilizando el peso de su cuerpo para inmovilizarle las caderas contra las pieles. Sabía muy bien lo que quería, y fue a por ello con determinación, hasta obtener un gemido ronco de ella, hasta ver que su espalda se arqueaba de placer, y su cuerpo se retorció ante cada movimiento de la lengua. De su lengua, por fin.

Cazador levantó la cara para mirarla y se quedó fascinado al contemplar el rubor de sus mejillas y el aturdimiento de sus ojos azules. Se bajó los pantalones con rapidez y se quitó la talega de medicina que tenía colgada al cuello. Después se colocó sobre ella, la cogió de las caderas y tiró de ella hacia él. Con cuidado y con una lentitud que le estaba matando, empujó ligeramente sobre ella. Como temía, el pasaje era estrecho, tan estrecho que estuvo a punto de echarse atrás. Se le apretó el estómago, y el miedo le recorrió la espalda en forma de temblor. No había forma posible de que pudiera ahorrarle el dolor de la primera vez. Era una mujer de constitución pequeña, estrecha de caderas. Y él era un hombre grande. El sudor le cayó por la frente.

Ella estaba tan preparada como podía estarlo. Si no la tomaba ahora, no lo haría nunca. Apretando la mandíbula, Cazador la penetró un poco más, odiándose a sí mismo porque a pesar de saber lo difícil que sería para ella, solo podía pensar en aliviar el deseo que sentía. Loretta abrió los ojos al sentir el dolor, y el color desapareció de sus labios. Ahí estaba, la barrera de la feminidad. Y Cazador dudó un instante. Después se abandonó con un empujón suave, y sintió el líquido caliente que lo envolvía.

Loretta gritó, un grito roto y tembloroso que le partió en dos. Intentó salir de allí, pero él la cubrió rápidamente con su cuerpo y la encerró entre sus brazos.

—*Toquet*, no pasa nada, pequeña. Ha terminado, ¿eh?

Ella jadeó, moviendo la cabeza.

—¡Duele!

—Pasará —le aseguró con voz ronca—, pasará. Es una promesa que te hago.

Se puso rígida cuando él empezó a moverse dentro de ella. Su pequeño rostro se contrajo. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Cazador al ver que ella se abrazaba a su cuello incluso aunque era él el que le hacía daño. Le había pedido que confiara en él por última vez, y lo estaba haciendo. ¿Qué pasaría si el dolor no pasaba como le había prometido? Nunca volvería a dejar que se acercase a ella.

Sin embargo, pronto respiró aliviado al notar que su cuerpo se relajaba. Con cuidado eligió el momento de entrar aún más dentro de ella. Solo cuando Cazador la oyó emitir un grito de placer se permitió buscarlo también para sí mismo.

Volvieron lentamente a la realidad, con los miembros adormecidos, los latidos del corazón irregulares y los cuerpos cubiertos de sudor. Cazador colocó la cabeza de Loretta sobre su hombro, para que no se fuera. En su boca tenía dibujada una media sonrisa. Sabía que esta primera vez se alejaba mucho de lo que podría llegar a ser, de lo que sería la segunda vez. Los dos habían estado muy tensos, por no mencionar el dolor que le había causado. Su sonrisa se hizo más grande. Esta pequeña mujer llenaba los huecos vacíos de su interior, le hacía sentirse completo otra vez.

Con la mirada puesta en las sombras que rodeaban la tienda, Loretta escuchaba el pulso entrecortado de Cazador. Se sentía como si no tuviera huesos, exhausta. Le ardieron las mejillas al recordar las cosas que él le había hecho y la manera indecente en la que ella le había respondido. Se sentía avergonzada.

Como si él sintiese su angustia, deslizó una mano por su cadera y la subió hasta sus costillas.

—Mi corazón está lleno de un gran amor por ti —susurró.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Loretta. Ella no podía poner nombre a la emoción que las provocaba, y tampoco quería hacerlo. Entonces, como si fueran proyectiles de un cañón, las palabras salieron disparadas de su boca.

—Ah, Cazador, yo también te quiero.

En el momento en que lo dijo, supo que era cierto. Lo amaba como nunca había amado a nadie antes, con una intensidad que le dolía. Cazador, el fiero guerrero, el punto culminante de sus pesadillas, se había convertido en la persona más importante de su vida.

Capítulo 22

Loretta no supo que se había quedado dormida hasta que no se despertó con la deliciosa calidez de los labios de Cazador en su cuello. Abrió los ojos lentamente y comprobó que él estaba a su lado. Un rayo de luna se colaba por el agujero para el humo de la tienda y resplandecía en los anchos hombros que la cubrían. Un pecho sólido, cálido y sedoso, la tenía prendida contra las suaves pieles. Un brazo duro y maravilloso la rodeaba y su gran muñeca le presionaba la espina dorsal. Tenía unos dedos largos extendidos por la parte de atrás de sus hombros. Dejó caer la cabeza para encontrarse con la boca que la reclamaba.

—Hola, *hites* —susurró ella.

—Hola —le murmuró él en la oreja, despertándole hermosos deseos por la espalda.

Fue despertar y tomar conciencia de la desnudez de su cuerpo a la luz de la luna. Se miró y se sintió avergonzada de dormir con él así. Su cuerpo se tensó, pero el roce de sus labios en el cuello fue suficiente para robarle la voluntad de moverse. Aunque tampoco hubiese podido hacerlo si hubiese querido. Había una urgencia en la forma en la que él la abrazaba que... su cuerpo estaba tan duro que... Movié las caderas hacia ella, y entonces no tuvo ninguna duda de que él la quería, otra vez.

—Cazador... ¿qué pasa con Amy? Fuera está oscuro.

—Cerré la piel. Se irá con mi madre. —Tenía la voz ronca, vibrante. Le pasó la mano desde la espalda hasta las nalgas y tiró firmemente de ella para que se pegara a él. Su excitación le atravesó el abdomen, y Loretta se estremeció. Él se echó hacia atrás y la miró, con un brillo plateado en los ojos—. ¿Te duele?

Loretta sabía que se había esforzado mucho en ser amable con ella antes, pero aun así le dolía. Era normal que le doliese, estaba segura de ello, y probablemente desaparecería en uno o dos días.

—Estoy bien.

Él le puso la mano en el vientre, probándola con los dedos y mirándole a los ojos en busca de lo que estos le decían.

—Ah, Ojos Azules, creo que mientes.

Tanta amabilidad y preocupación la conmovían.

—No es tan malo, de verdad. Si quieres... —El rubor le subió a las mejillas al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir.

Cazador apretó los labios en una sonrisa llena de comprensión.

—Este comanche lo quiere mucho, pero esperará.

La frase quedó apuntalada con un ruido de caballos en el exterior. Cazador se apoyó en un codo y movió la cabeza para escuchar. Un momento después oyeron la voz de Búfalo Rojo.

—¡Primo! Traigo un regalo de bodas para tu pelo amarillo.

Cazador sonrió incrédulo y al verlo, Loretta se dio cuenta de lo mucho que significaba para él que ella y Búfalo Rojo fueran amigos.

Se deslizó fuera de la cama y cogió los pantalones para ponérselos. A la luz de la luna, las aristas de sus miembros parecían esculpidos en plata, el contorno de su cuerpo dibujado contra las sombras. Tapándose con una piel, Loretta se sentó y pretendió no mirarle. Pero lo hizo y lo que vio le quitó la respiración. Quizá bello no fuera la mejor palabra para un hombre, pero era la única que se le ocurrió en esos momentos.

Al mirar, tomó consciencia por primera vez de la forma masculina, del suave juego de músculos en movimiento, de la sutil gracia de su fuerza. Sus nalgas y sus muslos eran pura fibra. Al girarse, pudo vislumbrar la forma de su miembro, orgulloso, duro y potente, sobresaliendo de un nido de vello rizado. Se le cerró la garganta y en lo más profundo sintió cosas que apenas podía creer, cosas como deseo, ternura, excitación... y orgullo. Se sentía orgullosa de que un hombre como él la amase y la desease. Apenas podía creerlo. Podía tener a cualquier chica del poblado, a alguien ágil y morena de ojos oscuros, podía elegir entre una docena de mujeres como él, pero en vez de eso, la había elegido a ella, una delgaducha y pálida chica de granja.

Cazador se ató los pantalones a la cintura con un nudo de varias vueltas y extendió una mano hacia ella. Por un instante, Loretta volvió a aquella primera tarde, cuando él le había pedido que pusiera la mano sobre la suya. Entonces había tenido un miedo atroz, un miedo que había desaparecido ya por completo. Su brazo era su escudo, justo como él le había prometido.

—Ven, mujer. Mi primo trae un regalo, ¿eh?

—Cazador, ¡estoy sin vestir!

Riéndose, cogió una piel de búfalo y se la puso por los hombros. Después de envolverla en la piel, la sacó de la cama y la condujo a la puerta, desatando la cortinilla para ponerla a un lado.

Búfalo Rojo le esperaba en su montura junto al trípode. Se inclinó sobre el cuello del caballo y dejó ver unos dientes blancos y azules que contrastaban con su piel oscura, su melena color ébano al viento de la noche.

—Un regalo para ti, Pelo Amarillo. Para cantar la canción de mi corazón por tu boda con mi primo.

Loretta bajó los ojos al paquete envuelto en piel que le entregó. Apretándose la piel de búfalo al cuello, dio un paso adelante.

—Gracias, Búfalo Rojo.

Al extender la mano para coger el regalo, Loretta vio un brillo en los ojos de Búfalo Rojo. Aunque trató de convencerse a sí misma de que solo era el reflejo de la luna, no pudo evitar sentirse incómoda. Cerró los dedos sobre el paquete y se dirigió hacia la tienda para unirse con su marido, que estaba en la entrada. Cazador dijo algo

a Búfalo Rojo en comanche y después llevó a Loretta dentro, cerrando la cortinilla.

—Lo mirarás, ¿eh?

Loretta forzó una sonrisa y cruzó la habitación para ponerse bajo los rayos de luna que entraban por el hueco del centro. Dudaba que Búfalo Rojo le hubiese traído nada bonito, pero pretendió sentirse excitada para agradar a Cazador. A través de la piel, pudo notar que lo que había en el interior era blando. ¿Algún tipo de ropa? Era demasiado pequeño para ser una prenda de vestir. ¿Lazos para el pelo, quizá? Después de desatar el cordel, Loretta desdobló la envoltura y levantó el contenido con el pulgar y el dedo índice. Con el pulgar notó una superficie húmeda y pegajosa, y con el otro algo grueso y blando. Unos mechones sedosos le rozaron los dedos. En la sombra, le llevó un momento identificar lo que sostenía. Era una cabellera.

Loretta bajó los ojos. El pulso comenzó a martillarle la cabeza y el mundo se movió de forma incontrolable alrededor suyo. El pelo era largo, de un color muy parecido al suyo. Se balanceó, horrorizada. La humedad pegajosa era sangre, sangre fresca. La cabellera se deslizó por sus paralizados dedos y cayó botando al suelo.

—¿Qué es? —preguntó Cazador.

Él se acercó para ver la forma que había a sus pies. Loretta se sentía a punto de desmayarse. Intentó hablar y no pudo. Cazador se puso de rodillas y cogió la cabellera. Emitió un gruñido bajo de rabia. Antes de que ella pudiera detenerle, se puso en pie y dejó la tienda, gritando el nombre de Búfalo Rojo.

Loretta se quedó allí, con el estómago contraído y el sudor mojándole el pecho. Oyó gritar otra vez a Cazador, esta vez a más distancia. Búfalo Rojo estaba loco, loco de odio. Si Cazador se enfrentaba a él, las consecuencias eran impredecibles.

Búfalo Rojo y sus amigos estaban reunidos junto al fuego central. A la luz de las llamas, Cazador pudo ver las cabelleras que colgaban de sus monturas. Oyó a Boñiga de Coyote alardear de las cabezas que habían cortado durante los asaltos. La rabia le nubló la vista. Tirando la cabellera que llevaba al fuego, caminó hasta Búfalo Rojo, le agarró por el hombro y le hizo darse la vuelta.

Búfalo Rojo sonrió con suficiencia.

—¿A tu mujer no le ha gustado el regalo? ¿Le he hecho un gran honor, no es así?

A Cazador se le atragantaron las palabras. Los dos sabían que la intención de la cabellera no era honrar a Loretta sino asustarla y provocarle rechazo. Que Búfalo Rojo se atreviese a disfrazar su mezquindad y pretendiese hacerle creer que el regalo iba con buenas intenciones era un insulto a la inteligencia de Cazador y a su amistad.

Cazador le pegó un puñetazo en la boca. Búfalo Rojo se tambaleó, inclinándose hacia atrás sobre el fuego. Cazador le cogió del brazo, se hizo a un lado y volvió a golpearle. Búfalo Rojo cayó de espaldas, sacudiendo la cabeza y pestañeando.

Con las piernas abiertas y los puños cerrados, Cazador lo miró fijamente.

—No vuelvas nunca más a hacer daño a mi esposa, Búfalo Rojo. Si lo haces,

puedes estar seguro de que te mataré.

Búfalo Rojo se limpió la sangre que le caía de la comisura del labio, los ojos ardientes de rabia.

—Yo estoy ya muerto para ti. Desde que encontraste a la pelo amarillo, todos estamos muertos para ti. ¡La eliges a ella en vez de a mí!

—¡Y tú eliges tu amargura en vez de a mí!

Fabricante de Flechas rodeó el fuego y tocó a Cazador por el hombro.

—Búfalo Rojo no quería hacer ningún daño. Ella es tu mujer, ¿sí? ¡Una del pueblo! Debería sentirse honrada de que Búfalo Rojo le presentase una cabellera. Una mujer comanche lo estaría.

Cazador apartó la mano de Fabricante de Flechas de su hombro.

—Mi mujer no es comanche. Presentarse ante ella con una cabellera de pelo amarillo es una crueldad, y los dos lo sabéis.

Búfalo Rojo se incorporó.

—¿Te he oído bien? ¿Tú mujer no es comanche? Pero, primo, ¿cómo puede ser posible? Ella es tu esposa, aceptada ahora como una del pueblo. ¿Quieres decir que su lealtad sigue aún con la tierra *tosi tivo*? ¿Que nuestra gente no es la suya?

Cazador apretó los dientes, tratando de controlarse. Después de un momento, contestó:

—No he venido aquí a jugar con las palabras, Búfalo Rojo.

—¡Porque no tienes palabras para defenderla!

—¿Tengo que defender a mi mujer frente a ti? ¿Mi primo, un hombre que fue una vez como un hermano para mí? Cuando te miro, solo veo a un extraño. —Cazador movió el brazo hacia los caballos—. ¿A cuántos *tosi tivo* habéis matado? ¿Discutisteis lo de hacer la guerra en el Consejo? ¡No! ¡No puedes ver más allá de tu odio! ¿Qué le pasará a nuestra gente cuando los *tosi tivo* decidan vengarse? ¡Morirán! ¡A centenares! ¡Los demás tenemos derecho a elegir! A decidir si queremos hacer la guerra o buscar la paz. Los hombres como tú estáis negándonos a los demás nuestro derecho a decidir. ¡No luchas la gran guerra por el bien de nuestra gente, luchas por Búfalo Rojo!

Búfalo Rojo se puso en pie.

—¡Los *tosi tivo* nos atacaron! No tuvimos otra opción que defendernos. Pregunta a Fabricante de Flechas y a Boñiga de Coyote, ellos te lo dirán.

Cazador retorció el labio.

—¡Los *tosi tivo* tenían mujeres con ellos! ¡No hubiesen atacado a un grupo de veinte guerreros!

Búfalo Rojo entornó los ojos.

—Yo no soy un amante de los ojos blancos, como alguien que conozco. ¡Mírate! ¡Te enfadas porque un guerrero ha presentado a tu mujer una cabellera! Utilizas tus puños como una niña. Ella te está haciendo débil. Si fueras un hombre, lucharías como un hombre... a muerte.

Conteniéndose las ganas de aplastarle la cara, Cazador abrió las manos.

—Eres mi primo. Mi corazón siente un gran amor por ti. Pero no tanto como para dejarte que hagas llorar a mi mujer. ¡Aléjate de ella! Si no lo haces, te retaré a muerte.

—¡Estás renunciando a todo lo que eres! —gritó Búfalo Rojo—. ¿Y para qué? ¿Por una mujer que te volverá la espalda? ¿Me llamas ciego? Ódiame si quieres, primo. Mátame. Prefiero morir que quedarme a tu lado y ver cómo destrozas tu vida.

Cazador dio la espalda a los gritos enardecidos de su primo y se adentró en la oscuridad.

Una hora más tarde permanecía tumbado junto a Loretta, mirando el fuego que hacía dibujos sobre las paredes de la tienda. Las palabras de Búfalo Rojo le hacían daño. Si Loretta tuviese que elegir, ¿renunciaría a su gente por él? Sabía que estaba despierta por el sonido de su respiración, pero aun así se asustó al oírle hablar.

—Cazador, ¿qué ocurre? Espero que no sigas aún preocupado por lo de la cabellera. Me ha molestado, pero ya pasó.

Él se giró para mirarla. Había sombras en sus ojos, y estaba tan pálida como la muerte.

—Mientes, Ojos Azules. Muchos de los tuyos han muerto a manos de mi primo, y sus espíritus gimen y te llaman.

—No fuiste tú quien los mató. Eso es lo que cuenta. —El pecho de Cazador se contrajo. Un día él tendría que ir a luchar de nuevo... para matar a ojos blancos. Era inevitable. ¿Cómo se sentiría cuando llegase el momento?—. Tú eres una comanche ahora, ¿sí? —dijo él esperanzado—. Una de los nuestros.

Una mezcla de emociones indefinibles recorrió su rostro.

—Estoy casada con un comanche. Le amo. Pero yo nunca seré una comanche.

Cazador examinó sus facciones, las que una vez le resultaron tan repulsivas y ahora le eran tan queridas. Recorrió con el dedo la frágil línea de su nariz y después trazó una línea por sus pómulos, palpando los huesecillos que formaban su rostro. Él solo quería protegerla.

—Eres parte de mí, parte de los míos. No puedes tener un pie en la tierra comanche y otro en la de los *tosi tivo*.

—Mis dos pies están aquí, Cazador, pero parte de mi corazón está en la casa de madera. Por mucho que te quiera, eso nunca cambiará. Tú también eres parte de mí. ¿Significa eso que eres parte de los *tosi tivo*?

En ese momento, Cazador sintió un miedo innombrable. Se sintió como varios veranos atrás cuando se vio atrapado en una riada, arrastrado por las aguas descontroladas del río. La lucha del comanche por sobrevivir era así, avanzando siempre, y arrastrando a todo aquel que se encontrase por el camino. Los hombres como Búfalo Rojo alimentaban esta furia.

—Tengo miedo —susurró Cazador—. Por mi gente y por ti. Búfalo Rojo no se fue de cacería. Se fue a hacer una incursión. No reunió al Consejo. Muchos de nosotros creemos que mantener la paz con los *tosi tivo* es la única manera de

sobrevivir. Pero los hombres como Búfalo Rojo cogen esa oportunidad de sembrar la paz y la arrojan al viento. Los *tosi tivo* devolverán el ataque, ¿lo entiendes? Y muchos de los míos morirán. En este poblado o en otro. —Le puso una mano en el pelo, cepillándole los mechones con el pulgar—. Si atacan, tendré que cabalgar con los otros para vengarme.

Loretta tragó saliva.

—Y matar a mi gente, quieres decir.

—¿Eso hará que me mires con odio?

Loretta era un pozo de emociones. Búfalo Rojo había hecho mucho daño. Si los blancos atacaban, no podría culparles. Entonces, ¿cómo podía culpar a Cazador si él hacía lo mismo? De repente se encontró en la nada envidiable posición de ver y comprender a las dos partes. Y lo que era más difícil aún, simpatizaba con ambas. ¿Sería menos horrible si los blancos hacían daño a Mirlo que si los comanches hacían daño a Amy?

—Ah, Cazador, ¿si yo cabalgase a este poblado con los *tosi tivo* y matase a tu gente, cómo te sentirías?

Se le endureció la cara.

—¿Matarías a mi madre? ¿A Guerrero o a Doncella? ¿A los niños?

—No. Y tú no podrías hacer daño a tía Rachel ni a Amy ni a tío Henry. Esa no es la cuestión, ¿verdad?

—Este comanche no puede cambiarse la cara.

—Y yo no puedo cambiar la mía.

Trazó el hueco de su cuello, y su boca dibujó una sonrisa triste.

—Me gusta tu cara, Ojos Azules. Está grabada en mi corazón.

—Estamos atrapados en el medio, ¿verdad, Cazador? Desde el principio, sabíamos que pasaría de este modo.

—No haré la guerra contra los indefensos —le susurró con voz tosca—. Ni a las mujeres ni a los niños. ¿Está bien así?

Aún con timidez, le tocó con el dedo el labio superior.

—¿Podrías levantar el cuchillo contra un hombre con ojos azules y no pensar en mí, Cazador?

Hizo un sonido de dolor y tiró de ella con brusquedad para rodearla con los brazos y tocar su pelo con los labios. Ninguno de ellos habló. No había nada que decir. Buscaron consuelo en lo único que tenían, la calidez del uno con el otro.

Al día siguiente Cazador y Loretta escaparon de la tensión que Búfalo Rojo había sembrado en el poblado llevándose a Amy y a Antílope Veloz a jugar junto al río. Antílope Veloz sacó el tema del asalto solo una vez. Cazador le informó de que ya se hablaba bastante de ello en el poblado, y de que nadie sabía a ciencia cierta si Búfalo Rojo había instigado el ataque. Por tanto, no tenía sentido pasar el día preocupándose

de ello.

Loretta estaba contenta de que el tema fuese tabú. Por primera vez en semanas se sentía tranquila. Las preguntas que le atormentaron la noche anterior seguían en algún rincón de su mente, a la espera. Pero por ahora había elegido olvidarlas y tratar de disfrutar de la compañía de Cazador.

A lo largo del día, le reveló una parte de él que no conocía y que le pareció encantadora: la del niño travieso. Tan pronto se comportaba como el perfecto amante, deslizándole los dedos por el escote del vestido o bajo los brazos mientras andaban, que se convertía en un granuja, encandilándola y amenazándola con tirarla al agua o saliendo de entre los arbustos para asustarla, con la misma ferocidad que un oso.

A Loretta se le aceleraba el pulso con todos estos excesos. Sabía que Cazador solo estaba jugando, pero era demasiado convincente cuando se hacía pasar por un salvaje. Bajo su amable apariencia se escondía un lado oscuro, y en estos momentos era cuando mejor se podía vislumbrar. Aunque se había convertido en su amigo y amante, era también la encarnación de todo lo que ella había temido durante los últimos siete años. Hacer el amor con él no había borrado por completo este recuerdo. Algunas veces se preguntaba si el pasado estaría persiguiéndola toda la vida.

Cazador desapareció una vez, y volvió a los pocos minutos con un ramo de flores. Cuando Antílope Veloz y Amy no miraban, tiraba de Loretta para besarla detrás de los matorrales. Varias veces, cuando empezaba a anochecer, le puso la mano en el estómago levantando una ceja inquisidora. Loretta se sonrojaba, consciente de lo que le estaba preguntando. Se sentía aún dolorida tras haber hecho el amor, pero no tanto como la noche anterior. ¿Pero cómo podía hacérselo saber? Las mujeres no hablaban de esas cosas, ni siquiera con sus maridos.

Al anochecer, de vuelta a casa, los cuatro se detuvieron a medio camino para sentarse en la orilla bajo un grupo de hibiscos. Loretta se abrazó las rodillas dobladas, mirando el reflejo de las hojas y de la luz mortecina del sol sobre el agua. Solo escuchaba a medias lo que decían Amy y Antílope Veloz. Cazador se apretó junto a ella, sujetándose la cabeza con una mano, sin dejar de mirarla ni un momento. Ella era consciente de su mirada, y cuando empezó a ponerse nerviosa, se la devolvió. Lo que vio fueron unos ojos abrasados de pasión.

Sonriendo, Cazador cogió un puñado de hierba y rozó con ella su brazo hasta llegarle a la axila. A continuación, se centró en una de sus piernas, trazando un círculo alrededor de la parte alta de los mocasines, rozándole la curva de la pantorrilla, la parte trasera del muslo, bajo la falda. A Loretta se le encogió el estómago y unos escalofríos maravillosos le recorrieron la espalda. Se le erizó el pelo de la nuca.

La intención de Cazador era hacerle recordar todo lo que le había hecho la noche anterior, algo que un hombre blanco no hubiese hecho nunca, no en compañía de otros. Pero él se había criado como un salvaje, al aire libre con otros niños y niñas, cubierto solo con un poco de tela. A ella, sin embargo, la habían ahogado con reglas

de propiedad, capa sobre capa de muselina. Para él, hacer el amor era tan natural como comer cuando se tiene hambre o beber para satisfacer la sed. No sentía vergüenza, ni timidez, ni concebía el concepto del secretismo. «Lo que quiero, lo cojo. Es algo muy simple.» No era simple, sin embargo. Al menos no para ella.

A Cazador le divertía observar a Loretta. Cuando le dirigía una mirada lasciva, él notaba que sus pupilas se dilataban hasta que el iris se volvía casi negro. Las mejillas se le ponían de color carmín, y un rubor rosado coloreaba su esbelto cuello. Cazador se preguntó si tendría el resto del cuerpo igual de rosado y deseó estar a solas con ella para descubrirlo. Lo haría pronto. Esta noche encendería fuego para que ella no pudiera esconderse en las sombras, y él podría conocer cada palmo de su cuerpo, poco a poco.

Tanta timidez le excitaba. Imaginaba el momento en el que ella vendría a él sin reservas, pero quería antes saborear también esta fase de la relación en la que todavía las cosas se hacían poco a poco. Como ahora, cuando podía jugar con una brizna de hierba y observar las emociones que se dibujaban en su rostro, imaginar el momento en el que podría reclamar lo que ella guardaba con tanto celo.

—Deberíamos volver —dijo ella con suavidad—. Va a hacerse de noche. Y estoy cansada.

Con la energía que da la juventud, Antílope Veloz y Amy se levantaron al instante, dispuestos a volver. Cuando Loretta se puso en pie, Cazador la sujetó por el tobillo.

—Nosotros volveremos un poco más tarde —dijo con voz ronca.

Antílope Veloz sonrió, comprendiendo, y cogió a Amy de la mano para dejarles solos. Loretta les siguió con la mirada, cada vez más ruborizada. Cuando miró a Cazador, tenía los ojos muy abiertos, cautelosos.

—¿Por qué no nos vamos ahora?

—Ya lo sabes. —Le apretó el tobillo y la obligó a acercarse, rodando para tumbarse de espaldas y tener una vista mejor. Sabía que ella desconocía lo insinuante que podía ser una falda que llegase hasta las rodillas cuando un hombre miraba desde abajo, y consiguió que su cara no le delatara para que no lo adivinara.

—Ven aquí, pequeña.

—Quiero volver.

Él deseó que se quedara allí discutiendo durante un tiempo.

—Obedece a tu esposo.

Ella arrugó la nariz.

—Estamos a plena luz del día.

—*Keemah*, ven.

Cansado de tener que conformarse con mirar pudiendo tocar, Cazador movió la cabeza y dejó que ella descubriera la mirada lasciva que guardaban sus ojos. Fue recompensado con la irresistible visión de unos muslos cremosos y esbeltos. Ella jadeó y se puso de rodillas, como si alguien le hubiese dado un golpe en la parte de

atrás de las piernas.

Tirándose de la falda, gritó.

—¿Es que no tienes vergüenza?

Le contestó con una sonrisa. Cogiéndole la muñeca, tiró de ella.

—No tengo vergüenza. Eres mi mujer.

Loretta perdió el equilibrio y cayó sobre su pecho. Revolviéndose, pero también complacida, dijo:

—Hay un lugar y un momento para cada cosa, y no es precisamente ahora.

—¿No? —Le metió la mano por la blusa—. Yo digo que es muy buen momento.

Ella se contrajo al notar unos dedos que recorrían sus costillas.

—Me haces cosquillas.

Sin avisar, rodó con ella y se puso encima. Le besó ligeramente los labios mientras cambiaba la mano de sus costillas a sus pechos. El pequeño montículo de carne se ajustaba perfectamente al hueco de su mano, y el pezón se erguía orgulloso al roce de su piel. Se le sonrojaron las mejillas. Incapaz de resistirlo, Cazador le levantó la blusa y se apartó para ver lo que tenía enfrente, inmovilizándole las piernas con sus muslos. No se había equivocado. Cuando se ruborizaba, se ponía rosa por todo el cuerpo.

—¡Cazador! —Trató de cubrirse otra vez con la blusa—. ¡Alguien podría venir!

—Nadie va a venir.

Fascinado, tocó la punta rosada de su pezón con sus dedos oscuros. Se ponía duro y expectante, exigía toda la atención... atención que él estaba dispuesto a darle. Hundiendo la cabeza, chupó con la punta de la lengua la montaña rosa, y después cogió la cresta con los dientes.

Ella gimió y le agarró el pelo con los puños.

—¿Cazador?

—¿Sí? —Se pasó al otro pecho—. ¿Qué quieres, pequeña?

Se quedó sin respiración al notar unos dientes que se cerraban sobre ella.

—Quiero irme.

Con la determinación que daba la experiencia, Cazador siguió atormentándola hasta que las puntas de sus pezones se hincharon, moradas y calientes, contra su lengua.

—Cazador, por favor... —gimió y lo atrajo hacia ella, arqueando las caderas contra él—. Cazador...

Él la complació y se metió el pezón en la boca. Ella gritó al notar el tirón, y él glorificó el sonido, sabiendo que podía hacer que se rindiera a él. Después de ocuparse de los dos pechos, empezó a besarle en los labios, pero ella le agarró fuerte del pelo y le obligó a volver a los pezones, arqueándose, ansiosa por recibir su boca. Con una carcajada de placer, Cazador respondió a la silenciosa prerrogativa y saboreó la dulzura de su cuerpo. Después la besó en los labios.

Loretta abrió los ojos y miró a su marido comanche con deseo. Poco a poco se le

fue calmando el pulso y recuperando el sentido. Una sonrisa cargada de ternura abría la boca de Cazador.

—Mi corazón se entristece por tener que decir estas palabras, Ojos Azules, pero alguien podría venir. Mi mujer que no tiene vergüenza debe esperar, ¿verdad?

Ella buscó a tientas la camisa para arreglársela. Cazador se echó hacia atrás para dejar que se sentara, y sus ojos centellearon con picardía. Ella se colocó la ropa, aún ruborizada. Cazador la cogió de la mano y la puso en pie, deseando haber estado un poco más lejos del poblado para poder terminar lo que había empezado. Pero no quería arriesgarse a que les vieran.

—Iremos a mi tienda, ¿sí? Te haré feliz allí, donde nadie puede vernos.

Ella le pellizcó el hombro.

—¡Lo has hecho a propósito!

Él se rio y le pasó el brazo por los hombros para atraerla hacia sí mientras caminaban. Cuando estuvieron junto al poblado, Loretta se apartó. Se sentía culpable. Cazador echó atrás la cabeza para reírse. Para vengarse de él, cogió un puñado de guijarros y empezó a tirárselos. Tenía muy mala puntería, pero Cazador los hubiese esquivado de todas formas... Cuando hubo terminado con todos, él se volvió hacia ella y la alcanzó antes de darle tiempo a coger otro puñado.

Loretta chilló y salió corriendo. No pudo llegar muy lejos. Cazador tenía las piernas demasiado largas. La levantó y la cogió en brazos, pasándole un brazo por debajo de las rodillas. Ella le golpeó la espalda, jugando. Del mismo modo, él le metió la mano libre por debajo de la falda y le pellizcó las nalgas.

Después de todo, decidió Cazador, había sido un gran día.

Búfalo Rojo estaba sentado fuera de la tienda de Cazador cuando llegaron. Cazador puso a Loretta en el suelo pero sin retirar un brazo protector sobre sus hombros. Redujeron el paso, y Cazador fijó la vista en su primo. Él miró para otro lado.

—Cazador, necesito hablar contigo —dijo en voz baja—. ¿Puedes venir a mi tienda?

Cazador dijo a Loretta que volvería en un momento. Después acompañó a su primo sin decir una palabra. Búfalo Rojo tenía el fuego encendido dentro de su tienda. Los dos hombres entraron por la izquierda e hicieron un círculo completo antes de sentarse con las piernas cruzadas junto a las llamas. Abrazándose las rodillas, Cazador hundió los hombros y observó a su primo. Búfalo Rojo no ofreció a Cazador la pipa de la paz, por lo que no pudieron fumar juntos como hermanos. Por mucho que Cazador odiase el tabaco, le hubiese gustado que su primo tuviera ese gesto con él.

Búfalo Rojo tiró otro trozo de leña al fuego y después se quedó mirando fijamente las llamas. Tenía el labio ligeramente amoratado en el sitio en el que Cazador le había

golpeado. Pasó aún un rato hasta que dijo algo.

—Mi corazón yace sobre la tierra —dijo suavemente—. No quiero que haya malos sentimientos entre nosotros.

Cazador apretó la mandíbula y fijó la vista en el círculo de humo.

—Me cuesta creerlo. No es la primera vez que me engañas. Tú pusiste la serpiente en su cama, ¿verdad?

Lentamente, Búfalo Rojo asintió.

—No volveré a hacerle daño de nuevo. La amas, ¿verdad? Más que a tu pueblo, más que a ninguna otra cosa.

Cazador cerró los ojos un momento. La misma pregunta parecía perseguirle, una y otra vez.

—La amo, sí. ¿Pero más que a mi pueblo? Yo soy mi pueblo. ¿Debe el amor entre un hombre y una mujer matar a los otros amores?

—Si tuvieses que elegir, la elegirías a ella. Si ella tuviese que elegir, ¿cuál crees que sería su elección?

El rostro de Cazador se contrajo.

—¿Por qué es eso tan importante? Nunca la obligaré a elegir.

—Tal vez no esté en tus manos. Ella es tu enemigo, ¡Cazador! ¡Su gente nos está matando! ¡Abre los ojos y ve la verdad! Al final, ¡te destruirá! Terminará por obligarte a dar la espalda a todo lo que eres, dejará tu corazón inerte y te abandonará.

—¿Para esto me has hecho venir? —bufó Cazador—. Si es así, me voy.

—¡No! —Búfalo Rojo alargó el brazo para coger el de Cazador a través del fuego—. No te vayas, primo. Lo siento. Olvida lo que he dicho.

—Tus palabras me cortan en dos. Nunca podré olvidarlas.

Búfalo Rojo se pasó una mano por la frente y suspiró.

—Lo siento. La aceptaré como tu esposa, Cazador. De verdad que lo haré.

—Tus palabras son poco profundas, como un río en época de sequía. Muéstrame tu dolor. Así puede que te crea.

Búfalo Rojo se puso en pie.

—Te lo mostraré. Mira lo que tengo aquí. Un regalo, ¿sí? Para tu mujer. Un regalo como ningún otro.

Sacó algo brillante de una alforja y se lo puso en la palma de la mano, acercándose a Cazador.

—Luz de luna sobre el agua, primo. Una peineta para tu esposa *tosí*.

Cautivado por el brillo de las piedras preciosas, Cazador levantó la peineta y la giró para verla a la luz del fuego. Por un instante imaginó la expresión en la cara de Loretta si le diese algo tan delicado. Después apartó el pensamiento de su mente.

—Se lo quitaste a una de las mujeres que has matado. Ella escupiría sobre ello.

—¡No! Fue un intercambio con los comancheros.

Cazador se sintió algo más animado. Quería con todas sus fuerzas poder regalar a Loretta cosas bonitas, cosas que fuesen valiosas para una mujer blanca. Sabía que su

mundo era muy diferente al de él. Una peineta como esa la consolaría.

—¿Cuánto?

—¡Es un regalo!

—Ah, no. Solo el marido de una mujer debería darle algo tan hermoso.

—Te costará una manta —dijo Búfalo Rojo encogiéndose de hombros.

Cazador gruñó.

—Dos caballos, no menos.

—Uno. No aceptaré más. —Búfalo Rojo se rio—. Esto lo hacemos sin que se entere nadie, ¿eh? Somos buenos comerciantes.

Fascinado por la belleza de las piedras, Cazador levantó los ojos.

—Vale mucho más.

—La pena que me causa el haber hecho daño a tu mujer hace que estemos en paz.

Cazador sonrió y cerró los dedos alrededor de la peineta. Estaba tan ansioso por dárselo a su esposa que se levantó.

—Te traeré el caballo ahora mismo.

—Mañana es suficiente.

Cazador puso una mano en el hombro de su primo. Mirándole a los ojos, dijo:

—Mi corazón está contento, Búfalo Rojo. El sol no brilla igual cuando tú no estás a mi lado.

La sonrisa de Búfalo Rojo se desvaneció.

—Nunca te he abandonado, Cazador. Somos hermanos. Si parece que te vuelvo la espalda, no es por falta de amor.

—Eso es pasado. —La voz de Cazador temblaba de emoción—. Ahora caminas un nuevo camino, ¿no es así?

Búfalo Rojo sonrió y le dio un empujón amistoso.

—Ve a casa con tu pelo amarillo.

Cazador dudó en la puerta.

—Hay algo que he querido decirte desde hace un tiempo. Estrella Brillante quiere que la mires.

—¿Estrella Brillante? —Una expresión incrédula cruzó la cara marcada de Búfalo Rojo—. ¿Me quiere? Tú hablas *boisa*, primo.

—Es así. Si te interesa, será mejor que la reclames antes de que algún otro lo haga. Es encantadora.

—Sí —dijo Búfalo Rojo, un poco ausente—. ¿Estás hablando de la hermana de tu mujer?

Cazador se rio.

—Es demasiado tímida para acercarse a ti, pero sus ojos te siguen cuando tú no miras.

Cazador encontró a Loretta acurrucada en su lado de la cama cuando él entró en

la tienda. No pudo evitar sentirse desilusionado. Si estaba dormida, tendría que esperar a mañana para darle el regalo. Estaba impaciente. Quería agradecerle ahora.

—¿Ojos Azules?

Ella se incorporó sobre un codo y lo miró adormilada.

—¿Por qué tienes esa sonrisa tan grande?

Cazador escondía la peineta detrás de la espalda. Se sentó en el borde de la cama y se volvió hacia ella para que no pudiera verlo.

—Te traigo un regalo de bodas.

La curiosidad la despertó por completo. Se sentó y trató de ver lo que tenía en la mano.

—¿Qué es?

—Algo muy fino. Algo tan brillante como mi mujer dorada.

Ella se inclinó a un lado.

—¡Cazadooor! ¿Qué es?

Lentamente, sacó la mano. Loretta no dijo nada al principio. Después le miró inquisitiva.

—¿Es una broma? ¿Qué haces metiendo la mano en mis cosas?

La sonrisa de Cazador pareció congelarse y sus ojos se movieron hacia donde estaba la cartera negra de Loretta. A Loretta se le endureció la garganta. Ella también se volvió para mirar la bolsa. Un miedo helado le atravesó la espalda. Bajó de la cama y cruzó la habitación. Se le aceleró el pulso al estirar la mano para coger la cartera. El broche se abrió entre sus temblorosos dedos y al mirar dentro vio la peineta de diamantes de su madre.

Fue como si el tiempo se hubiese detenido. Allí suspendida, Loretta asimiló lentamente el hecho de que, siete años después de la muerte de Rebecca Simpson, la pareja perdida de su peineta había aparecido en manos de Cazador. Por un instante, la conclusión más obvia le dio en la cara: Cazador había sido el hombre que había cortado la cabellera a su madre. Pero muy pronto pensó con claridad. No podía ser Cazador. Había llegado a conocerle lo suficiente como para saber que él no lo había hecho. Aun así, el dolor la atravesó, un dolor que la hería en lo más profundo. Las piernas le fallaron y tuvo que caer de rodillas, incapaz de hablar, de levantar la cabeza. Por el rabillo del ojo vio a Cazador que se levantaba de la cama, la peineta caída en el suelo, olvidada.

Como un hombre que se acerca a la guillotina caminó hacia ella. Lo oyó tomar aire cuando se acercó a mirar lo que había en el interior de la cartera negra.

—Pertenece a mi madre —lloró—. Llevaba las dos peinetas puestas el día que murió. Esta la encontré cerca de donde ella yacía. La otra se la llevó el comanche que la mató.

—No. —La palabra salió de su garganta como un susurro atormentado.

Loretta se puso una mano en la boca para ahogar el grito que luchaba por salir de su garganta. Cazador se hundió de rodillas junto a ella.

—No. —Volvió a decir, esta vez con más convicción—. Yo no... El día en que ella murió, yo no... —Su voz se quebró, y vio que le cubría con los dedos sus puños blancos—. Ojos Azules, no te he mentado.

Dejando caer la mano, luchó por un poco de aire, tragándose los sollozos, intentando hablar. Se giró para mirarle, con lágrimas en los ojos.

—Te lo ha dado Búfalo Rojo, ¿verdad?

Cazador la miró fijamente, sin contestar.

—¿Verdad?

—*Huh*, sí —admitió por fin, resistiéndose a creerlo—. Se lo cambió a unos comancheros.

—Es mentira. —Loretta apretó los ojos. Cazador, el hombre al que amaba, su marido, era el primo del asesino de su madre. Todo encajaba ahora, el odio que Búfalo Rojo le tenía, sus continuos esfuerzos por deshacerse de ella. Los recuerdos giraron en su mente, recuerdos de su madre, del ágil y esbelto joven indio que le había cortado la cabellera. Búfalo Rojo. Con la cara desfigurada, Loretta no había podido reconocerlo—. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

En ese instante, el matrimonio de Loretta se convirtió en su mayor pesadilla. Al menos treinta hombres habían participado en aquel asalto. Todos eran de este poblado, seguramente. Hombre Viejo, Cerdo, Fabricante de Flechas, Boñiga de Coyote, Guerrero, el padre de Cazador, cualquiera de ellos podía haber estado allí. Tal vez incluso su marido. Unos rostros borrosos volvieron a estar frente a ella, provenientes del pasado. No quería creer que Cazador hubiese estado allí ese día, ¿pero cómo podía estar segura? ¿En cuántos ataques a los *tosi tivo* había participado él? Un centenar, ¿tal vez en mil? ¿Podía incluso recordar una pequeña y polvorienta granja y a la mujer que habían asesinado allí?

Fijó la vista en el poste de las cabelleras. Ninguna de ellas tenía el pelo largo, lo que probaba que solo hacía la guerra contra los hombres. Esto no significaba que no hubiese estado presente cuando se atacaba a las mujeres, solo que él no había participado. ¿Estaba la cabellera de su padre en su colección? Loretta clavó los ojos horrorizada en una madeja de pelo castaño, después en otra...

—Ojos Azules... —Quiso tocarle el hombro.

Loretta se apartó de él.

—No, Cazador. Por favor, no. —Miró al suelo con los ojos cubiertos de lágrimas y vio una mata de hierba que resistía en medio de la arena que formaba el suelo de la tienda. El odio entre ella y el pueblo de Cazador era como esa hierba, capaz de sobrevivir a todo. Sintió un vacío innombrable en su interior.

—Búfalo Rojo me dijo que compró la peineta. Debe de ser así, ¿sí?

—Con lo grande que es Texas, sería bastante coincidencia, ¿no crees?

Cazador no estaba seguro de lo que significaba coincidencia, pero entendió lo que quería decir. Por primera vez en su vida estuvo tentado a mentir, a decir cualquier cosa que pudiera convencerla de que se equivocaba. La costumbre de toda una vida lo

detuvo. Sin su honor no era nada.

—Búfalo Rojo estuvo en ese ataque, Cazador. Tú lo sabes. Yo lo sé, y él también. Por eso me odia tanto.

Para probarlo, metió la mano en la cartera y sacó el retrato de su madre. Se lo dio a Cazador, observando su expresión.

—Es mi madre.

—Dos gotas de agua —susurró.

Cazador miró el parecido, y recordó aquel primer día en el que Loretta salió de su casa y se acercó a ellos en el jardín, con el pelo dorado brillando al sol, los ojos centelleantes en su pequeño rostro. Casi inmediatamente, Búfalo Rojo había empezado a pedir a Cazador que la matara, que pusiera fin a su vida. Le cayó el sudor por la cara. Cuando Loretta había delirado la primera noche que la tuvieron cautiva, había revelado en sus gritos que había visto la muerte de su madre. Desde entonces, el odio de Búfalo Rojo por ella se había intensificado. Debió de temer que algo pudiera hacerle recordar, la manera en la que caminaba, el sonido de su voz, y que antes o después lo reconocería como el asesino de su madre y lo revelaría a los demás.

Con una voz que parecía provenir de lo más profundo de su estómago, Loretta dijo:

—Búfalo Rojo tuvo que saber que yo estaba relacionada con ella en el momento en que me vio. No soy tan guapa como ella, pero el parecido no puede pasar desapercibido.

Cazador levantó la cabeza. ¿Que no era guapa? Se moría por trazar con el dedo la exquisitez de sus facciones, de atraerla a sus brazos y abrazarla para siempre, de no dejarla marchar nunca. Pero se le estaba escapando, podía verlo con sus propios ojos. Cogió la foto por el marco y el miedo que sintió no se parecía a ninguno que hubiese podido sentir antes. «¿Búfalo Rojo, los hombres de su poblado?» Si algo así era cierto, y Cazador sabía que lo era, podía perder de nuevo a la mujer que amaba, tan seguro como había perdido a Sauce Junto al Río, de forma igualmente irrevocable. Una mujer podía pasar por alto muchas cosas cuando amaba a un hombre, pero nunca nada así. Este pensamiento le aterraba.

Loretta respiró hondo y expulsó el aire lentamente. Pasándose la mano por la frente, dijo:

—Esta es la forma que tiene Búfalo Rojo de vengarse por haberle pegado ayer. Después de todo lo que ha hecho para evitarlo, tú le has dado la espalda de todas formas. Ya no tiene nada que perder. —Se rio con una risa casi histérica—. Desde el principio ha intentado separarnos. —Se le encogió el cuerpo—. Por fin lo ha conseguido.

—No. —Le agarró la barbilla y la obligó a mirarle—. Eres mi mujer, para siempre. Dijimos las palabras de Dios. *Suvate*, todo se ha cumplido. No puedes volverte atrás.

Soltándola, devolvió la foto a la cartera, colocándola en el compartimento de lino con extremo cuidado, como si su delicadeza pudiera de algún modo deshacer los errores que se habían cometido.

—¡Los hombres de este poblado mataron a mis padres, Cazador! ¿No entiendes lo que eso significa? —Las palabras se rompían en la garganta de Loretta, cada sílaba abría más y más la fosa que los separaba—. No puedo quedarme aquí sabiendo algo así. ¡No puedo! Y si me amas, no me pedirás que lo haga.

—¡Eres mi mujer! —Movió la mano en dirección a la puerta—. Lo he dicho ante mi gente. Debes andar siempre mis pasos. Es la costumbre. Una mujer no deja a su marido. Está prohibido.

Loretta levantó la barbilla.

—¡Según tus costumbres!

—Mis costumbres son las tuyas. Mi gente es tu gente. ¡Soy tu marido!

El eco de los gritos de su madre golpeaba las paredes de su mente. Aunque viviese cien años, nunca podría olvidarlos.

—¿Significa eso que mis costumbres son también las tuyas? —Se enfrentó a su mirada con una intensidad sobrecogedora—. ¿Vengarás a mis padres?

La cara se le puso pálida.

—¿Y matar a mi primo?

—¡Y todos los que estuvieron allí! Esa es tu costumbre, ¿no? ¿Vengar a tu gente? Eso es lo que dijiste anoche. Si tu gente es mi gente, entonces mi gente es la tuya.

La mirada que vio en la cara de Cazador la asustó. Loretta lo miró fijamente, sin apenas poder asimilar lo que acababa de decir.

—Cazador... —Lo cogió del brazo—. ¡No quería decir eso!

Él escapó de su brazo y se levantó.

—No quería decir eso. —Volvió a gritar—. Sería como partirte el corazón. ¿Crees que quiero eso? Ya ha habido suficientes muertes.

Alarmados por los gritos de Loretta, Amy y Antílope Veloz entraron en la tienda. Los ojos azules de Amy, preocupados, miraron primero a Loretta y después a Cazador.

—¿Qué ocurre?

Sin dejar de temblar, Loretta extendió una mano en dirección a la cama.

—La peineta perdida de mamá.

Amy cruzó la habitación. Después de mirar la pieza de diamantes un momento, se giró con una expresión desconcertada y miró a Cazador.

—¿Tú? —susurró. Después, como si fuera un animal salvaje, dejó escapar un grito ronco y se lanzó violentamente sobre él, pegándole y arañándole—. ¡Eres un carnicero! ¡Un carnicero asesino!

Cazador cogió a Amy por las muñecas y la rodeó con rapidez con el brazo, atrayéndola hacia él. Antílope Veloz dio un paso hacia ellos, sin saber muy bien si debía proteger a Amy o mantenerse leal a Cazador.

—¡Mataste a su madre! ¡Mataste a su madre! Ella llevaba esa peineta el día que murió. —Amy se revolvió, luchando por soltarse—. ¡Cortaste la cabellera a mi tía Rebecca! Solo así se explica que puedas tener su peineta. ¡Suéltame! ¡Quítame tus sucias manos de encima!

Las acusaciones de Amy golpearon a Cazador como si le hubiesen tirado una roca en el pecho. Poco le consolaba que Loretta no hubiese reaccionado así. Volviéndose hacia Antílope Veloz, gritó:

—¡Llévatela con mi madre!

Antílope Veloz cogió a Amy por el brazo y tiró de ella para sacarla de la tienda. Sus gritos fueron disminuyendo poco a poco. Cazador se giró para mirar a su esposa. Se abrazaba la cintura, con una mirada oscura y triste en los ojos.

Con un gruñido de rabia, Cazador se dio la vuelta y salió de la tienda, con la mente puesta en la tienda de Búfalo Rojo. Guerrero vino corriendo hacia él.

—Cazador, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que tu Aye-mee está gritando?

Sin dejar de andar, Cazador le explicó.

—Lo mataré por esto. Sea mi primo o no, lo mataré.

Guerrero le cogió del brazo y le obligó a detenerse.

—¡Se ha ido, Cazador! Hace solo unos minutos... con todos sus amigos.

—¿Se ha ido? ¿Por qué no me lo has dicho?

—¡No lo sabía! —Guerrero levantó las manos—. ¿Cómo iba a saberlo, Cazador? Va y viene todo el tiempo.

Por un instante, Cazador consideró la posibilidad de seguirle, pero entonces la imagen de la cara blanca de Loretta cruzó su mente. No podía dejarla así de enfadada. Respiró hondo y emprendió el camino de vuelta a su tienda.

—¿Cómo se lo está tomando tu mujer? —preguntó Guerrero.

—Tiene el corazón en la tierra.

Guerrero suspiró.

—Esto es malo, Cazador, muy malo. ¿Su madre? ¿Su padre? Nunca podrá perdonarte por esto.

Cazador aumentó el paso, cada vez más preocupado por haber dejado sola a Loretta.

—No tiene otra opción. Hemos dicho las palabras, ¿no es así? Es mi mujer.

—¡Pero Búfalo Rojo mató a sus padres!

—Aún sigue siendo mi mujer.

Capítulo 23

Loretta estaba empaquetando sus cosas cuando Cazador entró en la tienda. Se quedó de pie en las sombras un momento, observándola. La luz del fuego caía sobre ella, iluminando su pelo dorado, parpadeando en el ante que cubría sus hombros caídos. Estaba llorando. Ese sonido le partía en dos.

—¿Ojos Azules?

El susurro le hizo girar la cabeza. Se puso en pie de un salto, con los ojos atormentados y los labios pálidos.

—Me voy, Cazador.

Cazador salió de las sombras, enfermo al pensar que podía perderla.

—Yo no estaba en tu casa de madera ese día, Ojos Azules. Lo he dicho. —Se detuvo junto al fuego, por miedo a atosigarla—. Es una promesa de Dios que te hago.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos. Le dolía la garganta y tenía la boca seca.

—Ah, Cazador, ¿no ves que eso no cambia nada? —Hizo un gesto hacia el poste de cabelleras—. Desde el principio sabíamos que nunca podría funcionar entre nosotros. De alguna forma, durante unos días maravillosos, conseguimos olvidarlo. Eres un comanche. Yo soy una *tosi tivo*. Pertenece a mundos diferentes.

—Mírame y dime que no me amas —le pidió con voz ronca.

—Todo el amor del mundo no podría cambiar esto.

—¡Dime las palabras!

—No puedo. Porque te amo, ¿no lo ves? Lo que debo hacer no tiene nada que ver con lo que existe entre los dos.

—Mi corazón solo canta cosas buenas... —Se le quebró la voz, y tragó saliva—. Pensé que la peineta te haría muy feliz.

—Lo sé. —Loretta se limpió las mejillas y trató de contener las lágrimas—. No estoy culpándote. No es culpa tuya, Cazador, ni mía, ni siquiera de Búfalo Rojo. ¿No lo entiendes? Esta locura empezó mucho antes de que nosotros hubiéramos nacido, y continuará después de que hayamos muerto todos. Algunas cosas, no importa lo dulces y maravillosas que sean, no pueden ser.

Él dio un paso vacilante hacia ella.

—Tus ojos dicen que me culpas. Tu corazón susurra que estaba allí ese día.

Ella le miró fijamente un momento, después inclinó la cabeza asintiendo a regañadientes.

—Está bien, ¿quieres saber la verdad? Creo que podrías haber estado allí. ¿Cómo puedes estar tan seguro? Búfalo Rojo es tu primo. ¿Cuántos ataques habéis hecho juntos? ¿Docenas?

—Hemos cabalgado juntos muchas veces.

—¿Y ha matado a mujeres en esos ataques?

—Hace muchos *taum*. Soy un hombre ahora y sigo el camino que mi padre siguió antes que yo. No hago la guerra contra los indefensos. Los hombres que cabalgan conmigo luchan a mi manera.

—Hace muchos *taum*. ¿Cuántos *taum*, Cazador? ¿Siete? ¿Recordarías una polvorienta granja?

—¡Este comanche no estaba allí! —rugió.

—¿Lo dirías si fuera así?

—¡No miento!

—Está bien, tú no estabas allí. ¡Pero no estamos hablando de ti! ¡Estamos hablando de Búfalo Rojo! —Su voz se convirtió en un gemido agudo—. Y del hecho de que tú vives y cabalgas con los asesinos de mi madre. Que estuvieras allí o no, no cambia nada. Los hombres de este poblado mataron a mis padres y no puedo soportar seguir aquí. Imagina cómo me sentiría. Levantarme por la mañana y decir buenos días a alguno de los hombres que torturó a mi madre hasta la muerte. No puedo hacerlo, ni siquiera por ti.

Pasándose la mano por el pelo, Cazador cambió el peso de su cuerpo a un solo pie, la cadera hacia fuera y una rodilla doblada.

—Mi corazón yace en la tierra por tus lágrimas, ¿lo sabes? Pero no puedo ir hacia atrás y deshacer los muchos errores del pasado. Tu madre y tu padre están muertos. *Suvate*, todo se ha cumplido.

Loretta se abrazó, con la mirada fija en él.

—¿*Suvate*? La muerte de mi padre tal vez. Fue rápida, al menos, pero la de mi madre... —Inclinó la cabeza, guardando silencio. Cuando por fin levantó los ojos, las lágrimas brillaron sobre sus mejillas—. Tienes razón. Se ha cumplido. Todo. Al menos, claro está, que quieras venirte conmigo. Podemos irnos lejos. Solos tú y yo, Cazador. ¿Harías eso por mí? Podríamos estar juntos. Podríamos olvidar, si lo intentamos.

—Soy un comanche. Sin mi gente, no soy nada.

—Y yo soy una *tosi tivo*. Si me quedo aquí con los asesinos de mis padres, no seré nada.

—Eres mi mujer. Somos uno, para siempre sin horizonte.

—Ah, Cazador, no es tan fácil. Me voy a ir —susurró con voz temblorosa—. No podrás vigilarme cada segundo.

—Está prohibido que una mujer deje a su marido.

—También lo está nuestro amor.

A Cazador se le encogió el estómago. No podía culparla por querer irse. Ah, sí, claro que la entendía. Incluso estaba de acuerdo con ella, pero no tanto como para estar dispuesto a perderla. Ahora mismo estaba demasiado nerviosa. Después, cuando se calmase, vería las cosas de manera diferente. Necesitaba tiempo para pensar, para decidir qué hacer, para arreglar las cosas entre ellos. La amaba demasiado como para dejar que se fuera. Demasiado. Con la esperanza de desanimarla, le gruñó.

—Si te vas, este comanche te seguirá. Cualquiera que intente alejarte de mí morirá. Piensa en esto. Pagué un buen precio. Eres mi mujer. Lo que es mío, lo mantengo.

—¡No lo harías! —le dijo con un gemido—. ¿A mi familia, Cazador?

La incredulidad que cruzó su rostro estuvo a punto de hacer que Cazador se retractase de su amenaza, pero sabía que si lo hacía, ella saldría corriendo a la primera oportunidad. Si ella temía por sus seres queridos, estaría menos dispuesta a hacer una locura.

Loretta entrecerró los ojos, duros y vidriosos. Levantando la barbilla, lo miró con desdén.

—Claro que lo harías, ¿verdad? Lo único que te importa es conservar lo que te pertenece. En este caso, a mí. ¡Lo que compraste y por lo que pagaste, tu mujer *tosi*! Que no es mucho mejor que un caballo.

—Eres mía. He derramado mi semilla en ti. Aléjate de mí, y te pegaré hasta que llores y gimas. Es una promesa que te hago.

—¿Sabes cuál ha sido mi problema, Cazador? Que he visto solo lo que quería ver. —Dirigió el brazo hacia el poste de cabelleras otra vez—. Siempre he tenido la prueba delante de mis narices, pero te justifiqué y te vi de la forma en la que quería verte. De alguna forma, me decía a mí misma que te importaba, no como una posesión, sino como una persona. Y al hacerlo me olvidé de algo más importante; de que eres un comanche y siempre lo serás. ¡Un salvaje asesino! Tía Rachel tenía razón.

Cazador cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama, observándola.

—Si crees que me voy a acostar contigo ahora, estás loco —le aclaró, con voz trémula.

—Estoy seguro de que soy un comanche loco —contestó—. Te acostarás junto a mí. Esta noche y siempre. No puedes huir. Si lo haces, la muerte cabalgará junto a ti, vayas donde vayas.

La luz de la luna bañaba el interior de la tienda. Loretta no estaba segura de si Cazador dormía. Llevaba acostada junto a él una eternidad... esperando. La respiración de Amy se había hecho profunda y continua. Si Loretta no se movía pronto, sería demasiado tarde.

Giró la cabeza y examinó el perfil oscuro de Cazador, consciente de la longitud del cuerpo caliente que yacía junto a ella. Por un momento una ternura paralizante la invadió. Apartó esa sensación lo más rápidamente que pudo. El amor era en realidad ciego, como le gustaba decir a tía Rachel. Y Loretta se había convertido en la más ciega de todas.

En su mundo, Cazador era un hombre bueno y honesto, pero no era ni podría ser nunca su marido. La amenaza de matar a todos los que la ayudasen, incluida su

familia, era una prueba de ello. Se sentía un poco como una estúpida, por ver solo su bondad, que era considerable, e ignorar esas cosas que ella tanto aborrecía. Y no eran detalles pequeños, cosas que pudiesen superar juntos. Sabía desde el principio que Cazador tenía ese otro lado, él nunca había mentido en esto, pero de algún modo ella no había querido verlo.

Loretta se deslizó hasta el borde de la cama y se puso en pie. Girándose, contuvo el aliento, inmóvil, con la vista puesta en su marido. Él no se movió. Caminó un paso hacia atrás, después dudó, en parte esperando a que él se despertara y la sujetase. Si no hubiese dicho en serio lo de pegarla si se escapaba, no habría hecho una promesa. Entre su gente, la deserción era un pecado cardinal, con la misma consideración que el adulterio. A una comanche adúltera le cortaban la nariz. Un pensamiento que no le agradaba en absoluto. Mejor que ser apedreada hasta la muerte, pero igual de horrible.

Al ver que Cazador no se movía, Loretta se alejó unos pasos más, temblando. Amy dormía solo a unos metros de allí, pero le pareció un kilómetro, un kilómetro largo y peligroso. Cuando por fin llegó hasta ella, le puso una mano en la boca. Amy se revolvió y abrió los ojos, grandes como platos y brillantes como zafiros a la luz de la luna. Loretta le puso un dedo en la boca para indicarle que guardara silencio, y le hizo un gesto para que se levantara y saliese de la tienda. Amy se incorporó, mirando asustada por encima del hombro y en dirección a donde Cazador dormía.

Loretta se arrastró hasta las alforjas de Cazador, tanteando en la oscuridad para hacerse con la cantimplora y las reservas de comida. Cogió dos bolsas, una de frutos secos y otra de carne seca. Después, cogió la cartera negra.

La abrió y sacó unos pololos limpios y bien doblados. Los puso junto a Cazador, con lágrimas en los ojos. Tantos recuerdos. Le producían una gran tristeza. Cazador, saludándola a media noche, con los pololos al viento. Cazador, poniéndoselos en la nariz y oliendo el perfume de flores, los ojos siempre burlones. Un día, cuando dejase atrás la amargura, podría tal vez mirar estos pololos y sonreír cuando pensase en ella. Rezó para que así fuera. Estaba segura de que terminaría por perdonarla.

Ella y Amy salieron al exterior. Con la mirada fija en las tiendas, Loretta se encaminó hacia los árboles, temiendo que alguien pudiese verlas y dar la voz de alarma. Ahora que había dado el primer paso, no había vuelta atrás. Llevarse una paliza no estaba precisamente en su lista de preferencias, sobre todo si la paliza se la daba un hombre con la fortaleza de Cazador. Cuando creyó que se habían alejado lo suficiente, redujo el paso.

—Nos estamos escapando, ¿no? —gimió Amy—. Y todo por ese cretino de Búfalo Rojo. Antílope Veloz me ha contado lo que pasó. ¡No puedes culpar a Cazador por lo que su primo hizo!

Loretta, que tenía los nervios a flor de piel, se giró y protestó.

—No es solo por Búfalo Rojo. Dios mío, Amy, ¿no te das cuenta de lo que todo esto significa? ¡Los hombres de este poblado mataron a mis padres! ¡Debió de haber

treinta guerreros allí ese día! Y nosotras vivimos con ellos, somos amigas de ellos. Por el amor de Dios, no puedo soportar estar aquí ni un minuto más.

Amy se rodeó la cintura con las manos y levantó la barbilla.

—No pienso irme sin hablar con Antílope Veloz antes.

—No harás nada de eso.

—No tengo otra opción. Él y yo nos hemos prometido cosas. No pienso irme sin decirle por qué y adónde voy. Cuando sepa que me he ido, se volverá loco.

—Harás lo que yo te diga y cuando te lo diga, jovencita. ¿Qué tipo de promesas?

—Promesas de matrimonio, y no pienso moverme de aquí hasta que no hable con él.

A Loretta le dio un brinco el estómago y se sintió como si fuera a caerse de rodillas.

—¿Amy, has perdido la cabeza? ¡Solo tienes doce años!

—¡Edad suficiente! —La luz de la luna se reflejó en su cara, mostrando su angustia—. ¿Qué me espera en casa, Loretta? Vergüenza, eso es lo que me espera; por algo que no es culpa mía. ¡Estoy perdida! Aquí, con la gente de Antílope Veloz, ese tipo de cosas no importan. Cazador vengó mi honor, y ya está. Antílope Veloz me ama, y yo le amo a él. ¡Es el mejor amigo que he tenido nunca!

—Es un comanche, eso es lo que es. ¡Y no te consentiré que te cases con él! —Loretta estaba asustada. Amy había sufrido demasiado. Amar a Antílope Veloz solo le traería más dolor. Era demasiado joven para darse cuenta de eso ahora, pero un día agradecería que Loretta la hubiese alejado de allí—. Con un desastre de matrimonio en la familia tenemos bastante. Y en cuanto a lo de que estás perdida, eso es una tontería. ¿Te sientes perdida?

—¡No! ¡Pero solo porque la gente de aquí no me hace sentir así! En casa será diferente. Las mujeres murmurarán a mis espaldas. ¡No querrán que me sienten en la iglesia! Me marginarán, y tú lo sabes.

—Entonces nos iremos a vivir a otro sitio, solas tú y yo, a Galveston, quizá, donde nadie nos conozca. Nadie dice que tengamos que quedarnos aquí.

Con esto, Loretta dio la cartera a Amy y la cogió del brazo, tirando de ella mientras hacía un círculo para llegar al lugar donde pastaban los caballos.

—Estás como una cabra, si crees que puedes escapar así de tu marido comanche. ¿Tienes idea de lo que te hará cuando te pille?

—Me pegará, supongo, y es por eso por lo que no pienso dejar que me coja.

—Te pegará sí, delante de todo el mundo. El que escapes es una deshonra para él. ¡Se enfadará tanto que te cortará la nariz! Él no es un tipo blanco, Loretta Jane. ¡Nadie abandona a un comanche! Cazador se volverá tan loco que partirá el cuero duro con los dientes.

—Cállate, Amelia Rose, o tendré que darte unos buenos azotes.

—¡No eres lo suficientemente grande para hacerlo!

—¿Qué te apuestas? —la retó Loretta con voz temblorosa.

Amy exclamó.

—Estás asustada, ¿verdad?

—Hasta los huesos.

—¿Entonces por qué le dejas?

—Porque tengo que hacerlo. ¡Tengo que hacerlo! Ahora sigue andando. Soy la mayor. Sé mejor que tú lo que nos conviene a las dos.

Amy hizo lo que le decía, aunque sin estar muy convencida. Con cada paso describía el desgraciado destino que aguardaba a Loretta cuando Cazador la encontrase.

—¡No me cortará la nariz!

—¡Claro que lo hará!

—¡No lo hará! —Loretta dio un salto para cruzar un charco de agua y se giró para ayudar a su prima—. Ahora deja de intentar asustarme.

—Deberías estar asustada. ¡Él es un comanche, Loretta! Cuando una mujer comanche avergüenza a un hombre, hay ciertas cosas que se espera que él haga. Tiene que hacerlo, para limpiar su honor.

—Agradece a Dios que yo no sea una mujer comanche, ¿de acuerdo? —Loretta instó a Amy para que siguiera andando, tropezando con ella.

—Loretta Jane, ¿no estarás pensando en robar los caballos, verdad?

—¿Quieres andar?

—Cazador va a freírnos vivas. —Cuando vio que Loretta se quedaba en silencio, Amy se acercó a ella—. Ah, Loretta... no fue Cazador quien lo hizo. No creo que pienses que él estuvo allí.

Loretta se pasó el lado exterior de la mano por la frente.

—No estoy tan segura de que no estuviese. Y nunca lo estaré. Ni siquiera creo que Cazador esté seguro. —Miró a su prima a los ojos—. ¿Puedes tú estar segura, Amy? ¿Puedes?

Amy se giró ligeramente, para mirar al río. Loretta estaba segura de que la chica pensaba en Antílope Veloz y en las horas que habían pasado allí abajo. Se levantó una ligera brisa que hizo susurrar a los hibiscos.

—No, no puedo asegurarlo. Existe la posibilidad de que estuviera. Búfalo Rojo es su primo. Como tú y yo. Hicieron muchas cosas juntos. Supongo que existe la posibilidad de que Cazador estuviese allí.

—Si hubiesen sido tus padres, y supieses que Antílope Veloz podía haber tomado parte en sus asesinatos, ¿te quedarías aquí? Dime la verdad.

Amy cerró los ojos con fuerza, temblando.

—No, no podría quedarme. Lo siento, Loretta. No debería haberte atormentado como lo he hecho.

Loretta lanzó una mirada inquieta por encima del hombro de la muchacha. Cazador podía despertarse en cualquier momento y cuando lo hiciera vendría directamente a los caballos.

—Vámonos. Ya habrá tiempo para hablar más tarde.

Amy se puso en marcha, con un paso más ligero ahora que estaba convencida de lo que hacían. Cuando llegaron a los pastos, a Loretta se le cayó el alma a los pies. Las siluetas de los caballos eran imposibles de identificar entre las sombras. ¿Dónde estaba *Amigo*?

Lo llamó por su nombre. Un relincho pareció provenir de la izquierda.

—¡Hay uno negro! —gritó Amy.

Loretta se puso de puntillas para ver mejor. Por la manera en la que el caballo le miraba, supo que era *Amigo*. Se abrió paso entre el grupo de caballos para llegar a donde estaba *Amigo*. Después de tomarse un tiempo para saludarle de la forma en la que Cazador le había enseñado, lo agarró por la brida y lo condujo fuera de la manada. Girándose, cogió un tordo de pelo lacio para Amy. Tenía la oreja izquierda caída, lo que significaba que era un caballo manso.

Después de atarse los sacos de comida a la cintura, Loretta montó y pidió a Amy que hiciera lo mismo. Después se irguió sobre *Amigo* y contempló a la manada de caballos.

—Tenemos que espantarlos —dijo Loretta.

—¿Tenemos que qué? ¡Hay cientos!

—Si Cazador puede correr hasta aquí y montar, caerá sobre nosotras como moscas a la miel, y antes de que nos hayamos alejado un kilómetro. —La imagen del cuerpo musculoso de Cazador cabalgando en armonía con su caballo se le vino a la mente—. ¡Ya sabes lo bien que cabalga!

—¡Pero podrían pisotearnos!

O ser cogidas con las manos en la masa. Era imposible saber lo lejos que podrían oírse las voces si empezaban a relinchar a los caballos. No podían evitarlo, tampoco. Armándose de valor, Loretta dio un alarido y llevó a *Amigo* al centro de la manada, moviendo las manos y dando palmadas a los caballos en la grupa. Les llevó un rato, pero los animales terminaron por salir espantados, rompiendo sus ataduras y corriendo en todas direcciones en la oscuridad. Loretta y Amy persiguieron a los valientes que parecían no inmutarse. Al fin, ni un solo caballo estuvo a la vista. Loretta esperaba que corriesen una buena distancia. No era mucho, pero al menos detendría un tiempo a Cazador.

Amy cabalgó en línea con Loretta, con la mirada fija en el poblado.

—Estoy segura de que nos han oído. Todos los indios de este poblado se van a volver locos cuando averigüen lo que hemos hecho.

Estas palabras le hicieron pensar en un Cazador enfurecido como nunca. Loretta se agarró a la crin de *Amigo*.

—Vamos. Cabalguemos. Tenemos que ganarles ventaja.

El viaje a casa resultó ser mucho más sencillo que el primer viaje al poblado

comanche. Esta vez sabía mejor cómo encontrar agua, por lo que no tenía que detenerse a hacer expediciones campestres en busca de manantiales. El primer día, ella y Amy mantuvieron la vista atrás, aterradas de que los comanches pudieran aparecer en cualquier momento. El segundo día, las dos pudieron relajarse un poco. En el tercero, Amy estaba convencida de que Cazador se había dado por vencido.

—Debe de estar feliz por haberse librado de ti —bromeó Amy—. Ellos pueden cubrir el doble de distancia que nosotras hacemos en un día. ¿Por qué si no iban a tardar tanto?

Loretta no se hacía ilusiones. Cazador las seguiría, hasta el fin del mundo si hacía falta.

—Quizá sea la Providencia. Limítate a agradecer a Dios que aún no nos haya dado caza.

—Si dijo que mataría a todo aquel que nos ayudase, ¿adónde iremos?

Amy había hecho esta pregunta una docena de veces.

—Al fuerte Belknap. La patrulla fronteriza tiene allí su centro. Ni siquiera Cazador puede hacerse con un fuerte.

—¿Y qué pasará si los de la patrulla no están allí? ¿Y si se han ido al meridiano noventa y ocho?

—Entonces tendremos problemas. Tendremos que ir a casa, reunir algunos víveres y salir de allí.

—¿Adónde?

—A donde sea, hasta que encontremos un lugar seguro. Quizás a Jacksboro. Quizás a otro fuerte. Necesito un mapa, eso es lo que necesito.

Amy contempló la infinita extensión de terreno llano que había ante ellas.

—¿Un mapa? Loretta Jane, tengo la impresión de que este es un hueso demasiado duro de roer para ti.

—Estaremos bien. Confía en mí. Llegué al poblado de Cazador, ¿no?

—¡Porque Cazador te enseñó el camino!

—Bueno, pues de ahora en adelante tendré que guiarme por mi nariz.

—Utilízala mientras puedas.

Loretta entornó los ojos.

—¿Te importaría intentar ser un poco más optimista? Todo saldrá bien. Sé que es así.

Sin embargo, tenía una bola de sequedad en la garganta. Rezó para que todo saliese bien.

La madre de Cazador estaba de pie junto a él, frotándose las manos, mientras reunía las pertenencias de su hijo antes de partir.

—*Tua* mía, estás demasiado enfadado. Tengo miedo de lo que pueda pasarle a tu mujer cuando la encuentres.

Cazador se puso tenso y caminó más allá de su madre para llegar a su caballo.

—Me ha deshonrado.

—Ella no conoce nuestras costumbres. ¿Es un deshonor entre su gente dejar al marido?

Cazador acomodó las bolsas en la parte de atrás del caballo y las ató con cinchas.

—Es una deshonra aquí.

—¿Cazador, puedes estarte quieto y hablar conmigo?

—No, tú hablas el idioma de las mujeres. ¿Por qué mi padre no está aquí? Te diré por qué. Sabe que ella espantó a los caballos de todos los hombres del poblado, dejándonos indefensos frente a un ataque. Sabe que se marchó sin permiso. ¡Sabe que me ha deshonrado! Él está sentado en su tienda y dice que es bueno que la encuentre y la castigue por ello.

—Está sentado en su tienda porque sus rodillas están viejas y le duelen. Ve y habla con él.

—No tengo tiempo. Debo cabalgar rápido para alcanzar a mi mujer. —Cazador trató de entrar en la tienda, pero su madre le impedía el paso. Suspiró y se llevó las manos a la cintura—. *Pie*, estás poniendo a prueba mi paciencia. Estoy harto, ¿me oyes? Y muy enfadado.

—Se han encontrado todos los caballos, y no ha pasado nada.

—¡Hemos tardado dos días en hacerlo! ¡A *pie*! ¡Es algo que nunca olvidarán! ¿Y te parece que no ha pasado nada? Sea cual sea el castigo que elija, mi mujer se lo tendrá bien merecido, y aún será poco. Dime una mujer que conozcas que haya abandonado a su marido. Una sola, *pia*, y se me pasará el enfado.

Mujer de Muchos Vestidos sacudió la cabeza.

—Las mujeres comanche son diferentes. Tu Loh-rhett-ah tiene motivos para estar enfadada. Y tiene motivos para huir. Eso lo entiendes. Mientras cabalgues detrás de ella, piensa en mis palabras. Si tú supieses que el hombre de sus paredes de madera ha violado a tu esposa embarazada, ¿vivirías con él?

Cazador se abrió paso hasta la tienda, sin contestar.

—Mírame, Cazador. ¡Respóndeme! ¿Por amor a Loh-rhett-ah, podrías vivir con el asesino de tu esposa muerta?

—¡Es suficiente! —Cazador apartó a su madre, demasiado confuso como para darse cuenta de que su madre estuvo a punto de caer—. ¡Vete con tu marido, anciana. Enrédale a él con tu lengua!

Tres días después, los peores temores de Amy se materializaron: no había tropas en el fuerte Belknap. Loretta sabía que pondrían en peligro a las familias que vivían allí si se quedaban. Su conciencia no le permitía quedarse. Ella y Amy no tuvieron otra opción que volver a casa.

Los Steinbach, una pareja que vivía en la prisión militar, invitaron a las dos chicas

a compartir su comida dominical antes de que se marcharan. A pesar del hambre mortal que tenían, Loretta declinó la oferta.

—Será mejor que sigamos camino. Por si vienen siguiéndonos. Por favor, no se preocupen. Estaremos bien —les aseguró mientras ella y Amy montaban. Hubiese querido sonar más valiente de lo que se sentía. El señor Steinbach la trató como si fuera una heroína. Les quedaban aún unas buenas seis horas de dura cabalgata, y Loretta estaba ansiosa por empezar. Sentía que Cazador estaba cada vez más cerca, y este sentimiento la aterrorizaba—. Adiós, señor Steinbach.

Loretta echó un vistazo al jardín polvoriento donde los pequeños de los Steinbach jugaban al pañuelo por detrás. No podía poner en peligro sus vidas.

La granja parecía extrañamente desierta cuando Loretta y Amy alcanzaron el alto. Las chicas sujetaron las riendas de los caballos y miraron a la casa. A pesar de la sequedad, el campo de maíz prosperaba. Loretta pudo ver uno de los cerdos retozando en el corral. Todo parecía normal, excepto porque estaba anocheciendo y debería de haber salido humo de la chimenea.

—Está bien, la señora Steinbach dijo que era domingo —apuntó Amy—. Quizá madre y padre fueron donde los Bartlett para el servicio religioso. No veo el carro.

Loretta asintió. Era domingo. Esa palabra se quedó colgando en el aire, extraña, después de tanto tiempo con los comanches. El baño nocturno de los sábados. La ropa de domingo. Las lecturas de la Biblia por la tarde. Parecía que habían pasado siglos de todo eso. Estiró los hombros, tan cansada que quería dejarse caer del caballo. Sabía que Amy estaba igual de cansada.

—Quizás es simplemente que han salido. —Dirigió una mirada burlona al atuendo indio de Amy—. Si tía Rachel nos ve vestidas así, se va a poner echa una fiera.

Amy se miró los mocasines, aún húmedos tras haber cruzado el río.

—Me gusta vestir así. Es mucho mejor que llevar todos esos volantes y muselinas que dan tanto calor.

Loretta azuzó a *Amigo*, echándose hacia atrás para equilibrar el peso al bajar la cuesta. Se sentía rara pasando la puerta de la granja vestida como una comanche. Después de atar a *Amigo* al poste de la entrada, Loretta subió los escalones y cruzó el porche hasta la puerta. Levantando el pestillo, entró al interior. Lo primero que percibió fue el olor a pan de maíz recién hecho, otra prueba de que hoy había habido servicio dominical. Tía Rachel solo cocinaba pan la víspera del domingo. Amy pasó a Loretta rozándole el hombro y se fue derecha a la olla del hogar.

Cogió un pedazo de pan con los dedos y le dio un muerdo bastante poco adecuado para una señorita. Después se giró con los mofletes llenos.

—¡Diablos, esto está buenísimo! Estoy tan cansada de carne seca y almendras que podría atiborrarme. ¿Quieres?

—Más tarde. No podemos detenernos. Cojamos algo de comida y vayámonos.

—¿Sin ver a mamá?

—No hay tiempo.

—No pienso irme sin ver a mi madre. ¡No es a mí a quien persigue Cazador!

—¡Te hará picadillo igual! Tiene unas ideas extrañas sobre la familia de la mujer con la que se casa. Según él, ahora le perteneces. No cree que tío Henry pueda cuidar de ti como es debido.

—Y está en lo cierto. Padre no cuida de nadie excepto de sí mismo.

Loretta cogió un rifle de la vitrina y se puso a trastear en el cajón de los cartuchos.

—Empaqueta el pan para el viaje, Amy. Después sal a la fresquera y coge todo lo que veas: carne seca, maíz, frutos secos. ¡Date prisa! Si nos retrasamos, Cazador puede aparecer en cualquier momento.

Menos de una hora después, las chicas estaban casi listas para partir. Amy acababa de salir a ensillar el caballo, y Loretta estaba a punto de unirse, cuando Amy entró en la casa, cerrando la puerta detrás de ella.

—¡Que Dios nos coja confesados, Cazador está aquí!

A Loretta le dio un brinco el corazón.

—¡Dios mío, tranca la puerta, Amy!

Loretta cogió la cama y la quitó de encima de la trampilla. Amy vino a ayudarla corriendo, con la cara desencajada por el miedo.

—¿Te han visto? —gritó Loretta.

—No creo. ¡Pero nuestros caballos están ahí fuera! ¡Lo sabrán, Loretta Jane! ¿Qué demonios vamos a hacer?

—¡Escondernos! —Loretta abrió la trampilla y pidió a Amy que bajara las escaleras. Ella cogió el rifle y miró preocupada a la cama para asegurarse de que estaba recta y las mantas no estaban desordenadas. Cualquier detalle que pareciera extraño serviría a Cazador para saber que se había movido la cama. En cuanto hiciese esa deducción, no le llevaría mucho tiempo pensar en una trampilla en el suelo. Ya no creía que los comanches fueran estúpidos, y Cazador menos que los demás.

Corriendo detrás de Amy, Loretta cogió la trampilla y la cerró detrás de ella. Una oscuridad húmeda y asfixiante la envolvió. Bajó a tientas los escalones que le quedaban. Unos rayos de luz escasos atravesaban las juntas de las maderas del suelo e iluminaban el rostro pálido de Amy. El lugar era muy pequeño, de apenas un metro cuadrado, lo suficientemente profundo como para ponerse de pie. Loretta instó a Amy a que se pusiera en una esquina y se quedó de pie junto a ella, con el rifle en alto.

El estruendo de los caballos se grabó en la mente de Loretta. Sintió a Amy temblar junto a ella. La voz de Cazador sonó alto y fuerte, rugiendo algo en

comanche. Al momento siguiente gritó.

—¡Ojos Blancos, mándame a mi mujer!

Loretta dio un brinco. El enfado que oyó en su voz le puso los nervios de punta. Después se hizo el silencio, un silencio largo y desafiante. Podía imaginarse a Cazador mirando las cubiertas de cuero de las ventanas delanteras, y la expresión en su rostro al descubrir que no había nadie allí.

La madera crujió. Loretta miró a su alrededor. Alguien había entrado en el porche. Hubo otro crujido, y después otro. Le ardían los ojos. Paralizada por el miedo, esperó. Un instante después la puerta se abrió y oyó el toque suave de unos mocasines en el suelo de la cabaña. Podía sentir la cercanía de Cazador en cada poro de su piel. Apretándose contra Amy, fijó la vista en la trampilla. «Por favor, Dios, no dejes que se de cuenta de las maderas diferentes.»

Un silencio asfixiante empezó a pitarle en los oídos. Contuvo la respiración y supo que Amy hacía lo mismo. Entonces Amy sollozó. Fue solo un susurro, pero pareció tan alto como un cañonazo. Todo empezó a crujir allí arriba. Una tabla, y una sombra que se coló por las juntas del suelo. Loretta puso el dedo en el gatillo, temblando, con la piel cubierta de sudor. La trampilla se levantó unos milímetros...

Amy gimió y contuvo un grito. Sin saber muy bien por qué lado abriría la puerta Cazador, Loretta esperó a ver el dedo de su mocasín, después dirigió el cañón del rifle hacia él. La puerta rechinó al abrirse de par en par. La luz la cegó un momento. Cazador las miraba amenazante, con la expresión llena de rabia.

—¡Fuera! —chasqueó los dedos y se golpeó el hombro con el pulgar, echándose atrás para que ellas pudieran salir—. ¡*Namiso*, ahora!

Amy se apresuró a obedecer. Loretta utilizó todo su peso para mantenerla en la esquina.

—Vete de aquí, Cazador. No voy a irme contigo.

Él puso un pie en el último escalón. Preguntándose si estaba de verdad haciendo algo así, Loretta le apuntó con el arma.

—¡No lo intentes! Márchate, por favor. ¡No quiero hacerte daño!

Dio un paso más, imponente, con una expresión de ira en los ojos.

—¡Está cargada! ¡No me pongas a prueba, Cazador! ¡No voy a volver!

Para desgracia de Loretta, él se atrevió a dar otro paso. Ella se preparó y trató de mover el dedo tembloroso del gatillo. Se imaginó el sonido del disparo ensordeciendo sus oídos. Lo vio tambaleándose y cayendo por las escaleras, con el pecho abierto y lleno de sangre. Sus ojos color índigo mirándola, inmóviles. Los recuerdos de sus padres aparecieron en su mente, pero también otros recuerdos, los de Cazador, en un centenar de momentos diferentes, como su amigo, su amante, como su protector. Odiaba lo que era, las cosas que era capaz de hacer. Pero lo amaba también. Y que Dios la ayudase, pero no era capaz de matarle. Él lo sabía. Lo leyó en sus ojos. Bajó los escalones que le quedaban y aulló a Amy que estaba detrás de ella.

—Ve con Antílope Veloz —ordenó.

—Cazador... —Amy lo cogió del brazo—. ¡Tienes que entenderlo! ¡Era su madre! ¡Su madre y su padre! ¿Cómo te sentirías?

—¡Ve con Antílope Veloz! —gruñó.

Con un sollozo, Amy corrió escaleras arriba y salió de la casa, llamando a Antílope Veloz. Con un rencor lento y deliberado, Cazador le quitó el arma de las manos y la tiró al suelo. Entonces, sin decir una palabra, se la puso al hombro y subió las escaleras con ella cogida.

—¡Cazador, por el amor de Dios, no hagas esto! —Lo cogió del cinturón, recordando aquellas otras veces en las que la había llevado de esa manera—. ¡Maldito seas! ¡No volveré allí, no lo haré!

Él cruzó la habitación a grandes zancadas, haciendo como si no la oyese. Furiosa, Loretta le golpeó la parte trasera de los muslos. Él siguió andando. El suelo se tambaleaba y todo empezó a nublarse. Lo siguiente que supo fue que él la ponía sobre el caballo y se montaba a su espalda. Otros dos indios cogieron los caballos en los que Loretta y Amy habían escapado. *Amigo* relinchó al sentir que un extraño lo tocaba, pero una palabra suave de Cazador lo calmó al instante.

Cazador dio la vuelta al caballo y Loretta se dio cuenta de que era cierto que se proponía llevarla al poblado. Sus deseos no contaban en absoluto. Él la obligaría a vivir entre los asesinos de sus padres, a mirarles a la cara cada día de por vida, a partir el pan con ellos, a ser educada con ellos, a aceptarlos. Ese pensamiento la hizo reaccionar.

—¡No! —gritó, girándose para atacarle—. ¡No volveré contigo, no lo haré!

Cogiéndola por el pelo, la sacudió violentamente. Loretta se quedó paralizada por el dolor. La simple brutalidad de este acto hizo que Loretta lo mirase sin poder creérselo. Él la miró con un destello en los ojos.

Con una voz llena de veneno, dijo.

—Este comanche parará y te dará una paliza si le das problemas, ¿entendido?

—¡No lo harás!

—Soy un comanche, ¿sí? Un *mo-cho-rook*, uno cruel. ¿De esto es de lo que escapabas? ¿De una fiera, de un hombre que te pega? ¿O que quizá te entregará a sus amigos? Eso estaría bien, ¿eh? ¡Si pudiera encontrar a un hombre tan estúpido como para que se quedara contigo!

Le soltó el pelo y le rodeó la cintura con el brazo. Guardó silencio, haciendo avanzar al caballo a un trote desacompasado. La mano que le sujetaba la cadera era pesada, la pinza de sus dedos incómoda, pero no cruel. Loretta se apoyó en él y cerró los ojos.

—¿Por qué no puedes entender que todo se ha acabado entre nosotros, que no puedo quedarme en ese poblado contigo? —dijo—. Incluso aunque tú no tengas nada que ver con la muerte de mis padres, la gente del pueblo sí. ¡No puedo olvidar eso! ¡Y no puedo perdonarlo!

—A este comanche no le importa nada la canción de tu corazón —protestó con

una voz aún venenosa—. Me perteneces, ¡para siempre! Te he metido mi semilla. Un comanche no deja a su mujer.

Estas fueron las últimas palabras que se intercambiaron. Los kilómetros pasaron rápido, las noches largas, hasta que Loretta se dejó vencer por el agotamiento y cayó en un profundo sueño. Horas más tarde se despertó con el apretón de la mano de Cazador en el brazo, que la bajaba bruscamente del caballo. Sin saber muy bien dónde estaba, se cayó como un saco a sus pies, y después caminó a gatas para tratar de librarse de él. Sin embargo, él tiraba de ella con una mano y agarraba una piel de búfalo y una estaca con la otra.

Después de unos segundos, la dejó caer por su propio peso, extendió la piel en el suelo y cogió una roca cercana. Loretta lo vio a la luz de la luna mientras empezaba a clavar una a una las estacas. Sabía que intentaba atarla a ellas con las piernas y los brazos abiertos, pero una parte de su ser se negaba a creerlo. Solo estaba intentando asustarla, intimidarla para que obedeciera.

—¿Por qué hemos acampado tan lejos de los otros? —preguntó, tratando de mantener un tono calmado. Había un fuego encendido a cierta distancia, y podía oír el sonido mortecino de los otros hablando.

—Tu Aye-mee no debe ver —contestó con un tono de voz monótono.

—¿Ver qué? —preguntó ella temblando.

—Los juegos a los que vamos a jugar —dijo él en voz baja.

Él levantó los ojos de la estaca que estaba poniendo en el suelo. Loretta apreció el destello asesino en sus ojos y salió corriendo. Antes de poder dar dos pasos, él estaba sobre ella. Cogiéndola por la muñeca, tiró de ella hacia la piel. Después, con una rapidez inesperada, la obligó a tumbarse boca arriba y se puso a horcajadas sobre ella, inmovilizándole los muslos con el peso de su cuerpo mientras le aseguraba los brazos. Con la misma rapidez le ató los pies.

Loretta lo miró fijamente, como si así pudiera convencerse de que solo quería asustarla. Se había escapado, y ahora él quería enseñarle la lección. En cuanto reivindicase lo que era suyo, volvería a ser el mismo Cazador amable y dulce que ella conocía.

Siguió diciéndose esto hasta que vio que él se ponía en cuclillas junto a ella y le rompía la blusa para dejar al descubierto sus pechos. Empezó a jadear al notar sus dedos en la punta de sus pezones. La luz de la luna jugaba con su rostro, y dejaba al descubierto la ira que guardaba en su corazón.

—Ah, sí, así debe ser, ¿eh? ¿Una bestia y su mujer? —El rostro se le contrajo en una mueca de disgusto al retorcer la sensible piel de sus pechos entre el dedo índice y el pulgar. El estómago de Loretta tembló al recibir las sensaciones—. Cazador, ¿el que viola y tortura? Ese soy yo. —Abandonando los pechos, se echó hacia atrás y le rasgó la falda—. Esto está muy bien, Ojos Azules. El animal que hay dentro de mí te quiere atada.

Con esto, se tendió junto a ella. Incluso en su confusión, pudo oír a lo lejos las

palabras que iba diciendo. Lo miró a los ojos y supo lo mucho que le había dolido su huida.

Apoyándose en un codo, le puso la mano en el abdomen y bajó la cabeza para rozarle la sien con los labios. Loretta sintió una convulsión en el vientre con las primeras caricias. Unos dedos recorrieron el camino hacia sus pechos, haciéndole cosquillas y despertándole un mundo lleno de sensaciones.

—Seré cruel, ¿sí? Y te haré llorar ríos de lágrimas mientras juego contigo. Será bueno, muy bueno.

Le tocó la boca con los labios, jugando con ella. Le cogió el pecho con el hueco de la mano. La silueta de su cuerpo se dibujaba a la luz de la luna como una sombra negra, los hombros como una pared amenazadora y su pelo largo, como una cortina de seda.

¿Sueño o pesadilla?

Él siguió susurrando, diciéndole cosas terribles, crueles, tentándola con lo que aún estaba por venir, materializando sus peores sueños. Pero sus caricias eran las de un amante, tan dulces y mágicas, tan pacientes y cuidadosas, como la última vez que habían estado juntos. Sabía que la había atado solo para demostrarle que por muy adversas que fueran las circunstancias, por muy enfadado que estuviese, nunca podría hacerle daño.

—Ah, Cazador, lo siento —dijo sin poder reprimir un sollozo—. No era mi intención hacerte tanto daño. Nunca quise hacerte daño.

—¿Me partes el corazón y crees que no va a dolerme? —Le dio un mordisco en el lóbulo de la oreja y jugueteó con ella un momento, haciendo que le temblase todo el cuerpo—. ¿Escupes en todo lo que soy y crees que no va a dolerme? ¿Me abandonas, me deshonras, y crees que no va a dolerme?

La ronca emoción que percibió en su voz la hizo llorar.

—Nunca fue mi intención deshonrarte...

Loretta deseaba abrazarle, pero al intentar mover los brazos recordó que los tenía atados. Él reclamó sus labios, calientes y exigentes, aunque también extrañamente cariñosos.

Lo que siguió fue muy hermoso. Incapaz de permanecer pasiva, Loretta le respondió con una espiral de pasión tan asombrosa como inquietante. Hubo un momento en el que Cazador cortó las tiras de cuero que ataban sus muñecas y sus tobillos, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Él era como un fuego dentro de ella, como brasas que parpadean convirtiéndose en llamas bajas, que crecen rápidamente y se convierten en un infierno. No hubo miedo. Ni dolor. Solo una unión dulce y amarga, una unión que ella nunca hubiese podido imaginar como posible.

Después Cazador la rodeó dulcemente con los brazos y le recordó las promesas que le había hecho, la de que nunca experimentaría brutalidad o vergüenza entre sus brazos, sino amor.

—¿Cómo no puedes oír la canción que mi corazón canta, Ojos Azules?

Loretta sabía que estaba refiriéndose a algo mucho más grande que al puro acto de hacer el amor. El llanto se agolpó en su pecho, después le subió a la garganta y ganó fuerza hasta que no pudo contenerlo más y escapó, seco y tosco.

—Ah, Cazador, tienes que entender. Solo piensas en ti y en tus derechos. ¿Pero qué pasa con los míos?

Cazador le puso la cabeza sobre su hombro y la rodeó con los brazos. Ella dejó que sus lágrimas cálidas mojaran la piel de él y resbalaran, frías y húmedas por su brazo. Con los ojos cerrados, Cazador recordó cada una de sus palabras, los susurros como tormento y las preguntas sin respuestas. ¿Solo pensaba en sí mismo? Sí. Porque no hacerlo significaría perderla. Mucho después de que su esposa cayera en un sueño profundo, él permaneció despierto, con la vista fija en la oscuridad, en busca de una solución.

Una solución que no existía...

Capítulo 24

Los días siguientes cablgaron en silencio. Solo Amy y Antílope Veloz parecían cómodos con la situación. Por las noches, Cazador acampaba lejos de los otros. Ahora, cuando empezaba a poner las estacas, Loretta no tenía miedo, sino una ansiedad por experimentar lo que venía a continuación. Se odiaba por esto, pero solo hasta que Cazador le robaba el sentido. Después, se olvidaba de todo excepto de estar entre sus brazos.

Pasado el momento de placer, Loretta no sentía sino una profunda resignación. Le parecía increíble poder responder de forma tan irracional a las caricias de Cazador. Él la amaba, pero en su opinión se trataba de un amor superficial y centrado en él mismo. Intentaba hacerla feliz, pero solo cuando sus deseos no entraban en contradicción con los de él. Si volvía a escaparse, él volvería a ir en su busca.

Una de esas noches, Loretta se puso a observarle el perfil, recordando aquella noche en la que le había entregado la peineta, en lo feliz que estaba por haber podido darle algo tan hermoso. ¿Una prueba de amor? Cada vez que pensaba en ello, le daban ganas de vomitar. No había futuro para ellos. No en ese poblado, y él nunca dejaría a su gente.

Cazador se giró hacia ella y le rodeó la cintura con el brazo. A la luz de la luna, sus ojos eran dos gotas negras.

—Ojos Azules, todo irá bien. Confía en este comanche.

—¿Cómo puede ser así, Cazador?

—Yo haré que sea así. —Le rozó el labio superior con el dedo.

Confiar. Su voz, su caricia suave... fundían su resistencia, la hacían sentirse cálida y líquida, sin voluntad. Cerró los ojos. Dentro de cuatro días, tal vez menos, estaría de vuelta en el poblado de Cazador.

—Cazador, ¿por qué me has atado esta noche otra vez? ¿Durante cuánto tiempo piensas seguir haciéndolo?

—Hasta que mi caricia se te quede grabada en el corazón.

—Ah, Cazador, ya está grabada en mi corazón. Cuando huí no lo hice por miedo.

—Me dijiste «hola, *hites*» con un rifle. No volverás a tener miedo. Ira, quizás odio, pero no miedo. —Trazó con el nudillo la línea de su cuello—. Me hiciste una pintura con tus recuerdos. Ahora, yo hago nuevos recuerdos, para que sean mucho mejores.

Perpleja, Loretta observó su rostro oscuro. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando de los recuerdos acerca de la muerte de su madre, de los comanches, las estacas, esos horribles minutos antes de su muerte. Estaba deliberadamente evocando estos recuerdos, para borrarlos y sustituirlos por unos llenos de amor. Cuando pensaba en estacas ahora, pensaba en las sensaciones que le recorrían la espalda, en

los dulces besos que le daba a la luz de la luna, en sus maravillosos brazos rodeándola.

Se puso a llorar.

—Gracias por los nuevos recuerdos, Cazador. Son muchísimo mejores.

Él le acercó la cara.

—Este comanche quiere que haya más recuerdos.

Ella respiró con fuerza.

—No puedo, ¿no lo ves? Decirte que sí es rendirme a todo lo que soy.

Él le cogió las muñecas con sus manos de hierro.

—Por esto también es por lo que te ato. —Se pegó a sus labios, encendiéndole todo el cuerpo—. ¿Harás la guerra mañana?

La pregunta la susurró en sus labios, con un aliento cálido y dulce. Le tocó la lengua con su lengua y el corazón de Loretta se elevó al notar el cuidado que ponía al hacerlo. Mañana. No parecía tan lejos para luchar. Esta noche no podía evitar amarle... una última vez.

«Nuevos recuerdos que fueran mucho mejores.» Cazador le proporcionó cientos de recuerdos nuevos en los días que siguieron. Para cuando llegaron al poblado, ella había aceptado algo muy importante. Sabía que no podía ser feliz viviendo allí, y se negaba a pretender que lo era, pero sabía también que no podía hacer cambiar de idea a Cazador. La mantendría a su lado, provocándole guerras de sensaciones y recuerdos, hasta que el pasado se convirtiese en un recuerdo borroso que solo la persiguiese en contadas ocasiones.

Una de estas ocasiones tuvo lugar unos días después de su regreso. Esa noche Búfalo Rojo y sus amigos volvieron al campamento con un grupo de guerreros de otra tribu. Cazador, que percibió el peligro, se dirigió al fuego central.

El rostro desfigurado de Búfalo Rojo se contrajo al ver a Cazador. Con un tono mordaz, dijo.

—Venimos a advertir del peligro. Un grupo de *tosi tivos* se ha unido y exigen el regreso de algunos rehenes capturados en los últimos ataques.

El suelo pareció desaparecer bajo los pies de Cazador.

—Entonces libera a los rehenes.

Búfalo Rojo bajó los ojos.

—No podemos.

—¿Están muertos? —Cazador dio un paso adelante—. Búfalo Rojo, dime que no tienes nada que ver con esto.

Búfalo Rojo agarró a Cazador por el brazo. Cazador pudo ver la culpa marcada en la cara de su primo. Búfalo Rojo intentó hablar, pero no pudo y dejó caer la mano. Cazador supo entonces que por fin había empezado a darse cuenta de la gravedad de las consecuencias que sus acciones podían acarrear.

Aunque Búfalo Rojo no le dijo nada más, Cazador se quedó junto al fuego, con la esperanza de recabar algo más de información. Todo lo que oyó fueron palabras de miedo. Si las cosas estaban tan mal como los hombres que acababan de llegar parecían creer, su pueblo tenía un serio problema. Los granjeros *tosi tivo* habían contratado a pistoleros del Este, de un lugar llamado Arkansas, para luchar hasta que los rehenes blancos fueran liberados.

Cuando los visitantes se marcharon, Búfalo Rojo y sus huéspedes se quedaron en la parte de detrás del poblado.

—¿Cazador? —llamó Búfalo Rojo.

Cazador se giró y esperó a que su primo le alcanzara.

—¿Qué preparas esta vez? ¿Tienes la cabellera de su madre? Eso sería un buen regalo.

Búfalo Rojo se puso blanco y miró a los árboles.

—He cometido un gran error. Derrama mi sangre si es tu deber, pero no me arranques de tu corazón, primo.

A Cazador se le hizo un nudo en la garganta. Al mirar a Búfalo Rojo no podía ver a un asesino, sino a un hombre que había arriesgado su vida por él en tantas ocasiones que los dos habían perdido la cuenta.

—Te arranqué de mi corazón la noche en que mi mujer lloró sobre el regalo de boda que yo le di.

Las lágrimas cubrieron los ojos de Búfalo Rojo.

—Haré las paces con ella, si me dices cómo.

Aunque Cazador temía la respuesta, necesitaba hacer la pregunta.

—Tú mataste a su madre y a su padre, ¿verdad? No más mentiras, Búfalo Rojo, solo la verdad.

La carne marcada de Búfalo Rojo se contrajo a la altura de sus mejillas.

—¡Sí, ellos no eran nada para mí, Cazador! Un *tosi tivo* y su pelo amarillo. ¡Yo no puedo ver el mañana! ¡Cómo podía saberlo!

Cazador cerró los puños, recordando la foto de Rebecca Simpson, con una cara tan parecida a la de Loretta.

—¿Hiciste todas esas cosas a su madre? ¿Fuiste tú? Esa no es la forma en la que nuestros padres caminan.

—Es la forma en la que muchos hombres caminan. Nunca les has vuelto la cara a ellos, Cazador. ¿Por qué me la vuelves a mí?

—Tú torturaste a la madre de mi esposa. Ellos no.

—¿Crees que cabalgaba solo?

Cazador se preparó.

—¿Quién más estaba allí?

—Ese es mi secreto. Ya he cometido demasiados errores. No te robaré también a tus amigos. ¿Importa eso? Si pudiéramos volver atrás en nuestros pasos, ¿crees que volveríamos a hacer esa incursión otra vez? Sabes que no lo haríamos.

—Tal vez sea así, pero eso no cambia nada. Mataste a la madre de mi mujer.

—¡Yo maté a una blanca de pelos de miel! Ella no era nada para mí. ¿He tocado a esa que se llama Aye-mee? Podía haberlo hecho. He tenido muchas ocasiones para hacerlo.

—¡Envenenaste el corazón de mi mujer contra mí! Incluso ahora quiere irse. ¿Por qué me diste esa peineta?

Búfalo Rojo empezó a temblar.

—Quería aceptarla. Estaba claro que tú sentías un gran amor por ella. Sabía que me darías la espalda si seguía causándote problemas. Cuando te fuiste a buscar a la niña, intenté tratarla con amabilidad, hacerme su amigo y esperaba que nunca llegase a reconocerme.

—¿Y después cambiaste de idea? ¿Por qué?

—¡La peineta! —Búfalo Rojo levantó las manos como si suplicara—. Estaba en el fuego de Guerrero, jugando con ellos. La miré y le dediqué la mejor de mis sonrisas. ¡Y entonces la vi! Encima de su bolsa negra, luz de luna sobre el agua, igual a la peineta que yo tenía. Supe entonces que un día se la pondría o se la enseñaría a alguien. Y cuando lo hiciese, alguien recordaría la peineta que yo había cogido en aquel ataque. Te habrías enterado de la verdad.

—¿Que habías matado a su madre?

—¡Sí! Sabía que si eso ocurría, ella te daría la espalda. Que te perdería. Estuvo mal, mentirte así, pero sabía que ella se iría si averiguaba que fueron los hombres de este poblado los que mataron a sus padres. —Búfalo Rojo cogió otra vez a Cazador del brazo—. Te di la peineta para que ella se fuese antes de que fuese demasiado tarde, antes de que la dejases embarazada. Te olvidarías de ella con el tiempo y me perdonarías. Mi esposa está muerta. Mi hijo está muerto. Mis padres están muertos. ¿Debo perder a otro en manos de los *tosi tivo*?

Cazador respiró hondo y espiró lentamente.

—Búfalo Rojo, cuando mi mujer te dé la mano de la amistad, serás bienvenido a mi tienda. Mientras tanto, camina un camino de tristeza. Es el que has elegido.

—Nunca elegí caminar lejos de ti, nunca.

Aunque necesitó de toda su fuerza de voluntad para hacerlo, Cazador quitó la mano de Búfalo Rojo de su brazo.

—Camina un nuevo camino. Toma una mujer. No tienes que estar solo si no quieres. —Con un ligero movimiento de cabeza, Cazador dirigió la mirada de Búfalo Rojo hacia la mujer que permanecía al otro lado del fuego, avivando las llamas. Cuando ella levantó los ojos y vio que Búfalo Rojo la miraba, enrojeció y se sintió tan cohibida que dejó caer la leña que llevaba en los brazos.

—¿Estrella Brillante? —susurró Búfalo Rojo.

Cazador se alejó caminando y dejó que Búfalo Rojo interpretase lo que quisiese.

De vuelta a la tienda, mandó a Amy a buscar a Antílope Veloz y sentó a Loretta junto al fuego para hablar con ella. Primero le dio las malas noticias que Búfalo Rojo y los otros habían traído. Después, con mucho cuidado, sacó el tema de Búfalo Rojo y sus deseos de hacer las paces. Loretta le volvió la cara.

—¿Cómo te atreves siquiera a preguntármelo? ¿Cómo te atreves?

Cazador le cogió de la barbilla para que lo mirara.

—Búfalo Rojo ha tenido una vida muy dura, pequeña. Está partido, como un árbol tumbado por el viento. Su mujer, su hijo, sus padres, todos murieron a manos de los *tosi tivo*. Tú has llorado, él ha llorado. Las lágrimas deben acabarse. ¿No hay perdón en tu corazón?

—Pides algo imposible —le quitó la mano de su cara—. Estoy aquí porque me obligas a estarlo. Estoy siendo educada con tu gente porque me obligas a serlo. Búfalo Rojo es otra cosa. Si se acerca a esta tienda, lo mataré.

Cazador la miró a los ojos, sin decir nada.

El dolor que vio en sus ojos indicó a Loretta lo mucho que lo hería con estas palabras, lo mucho que amaba a Búfalo Rojo y que siempre lo amaría, por mucho mal que hubiese hecho. ¿Pero perdonarle? El mero pensamiento le parecía inconcebible.

Cogiéndose las manos, Loretta se apretó con ellas la cintura.

—¿Me amas, Cazador? ¿Me amas de verdad?

—Mi amor por ti es grande.

—Entonces sácame de aquí —le susurró con pasión—. Es la única forma de que tengamos un futuro juntos. La única forma. Por favor, ¿pensarás en ello? Si me amas, si de verdad me amas, no me torturarás de esta forma.

Las palabras de la profecía volvían a golpearle. Levantó una mano para acariciar el pelo a Loretta, dejándose llevar por la fascinación que le producía hundirse en el azul de su mirada. Como la canción predijo, ella había dividido su corazón comanche. Solo unos momentos antes le había vuelto la espalda a su amigo de toda la vida. Ahora le pedía que volviese la espalda a su gente.

—Ojos Azules, no puedo irme.

Las lágrimas nublaron los ojos de Loretta.

—Te amo Cazador, pero los gritos de mi madre me llaman. Nunca me veré libre de ellos, no si me quedo aquí. Una mañana te despertarás y ya no estaré aquí. Y me aseguraré de que esta vez no puedas encontrarme nunca. —Él empezó a hablar, pero ella le hizo callar, tocándole los labios con la boca—. No. Tus amenazas vacías no me mantendrán aquí. No me pegarás. —Movié la mano y se la puso en su mejilla—. ¿Crees que no sé ya esto?

Él le puso la mano en la nuca y la atrajo hacia su pecho para hundirle la cara en el hueco de su hombro.

—No es costumbre que un comanche pegue a su mujer —carraspeó—, como

tampoco es costumbre dejar que se vaya.

Ella giró la cara para tocarle el cuello con los labios.

—Haz un recuerdo hermoso conmigo, Cazador —le susurró con voz ronca—. Uno más.

Apretándola por la cintura, Cazador se tumbó con ella sobre las pieles. Nunca antes había tomado ella la iniciativa. Le tembló la mano al recorrer su espalda. «Haz un recuerdo hermoso conmigo, Cazador.» Mientras bajaba la cabeza para besarla, se preguntó por qué estas palabras le habían sonado a despedida. «Uno más.»

Loretta se despertó poco después del amanecer, sola en un nido de pieles. Tenía el vago recuerdo de Cazador llevándola a la cama después de hacerle el amor por última vez. Se incorporó, cubriéndose el pecho con la piel de búfalo. Su ropa la esperaba cuidadosamente doblada a los pies de la cama, con los lazos para hacerse las trenzas. A Cazador le fascinaba su pelo rubio, y nunca le había hecho el amor sin deshacerle primero las trenzas. Una sonrisa triste se dibujó en su boca. Cazador, el típico indio descuidado, doblándole la ropa a su mujer *tosi*. ¡Se había equivocado en tantas cosas!

Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas, con la mirada perdida en las sombras, atenta a los sonidos del poblado. Una mujer llamaba a su perro.

En algún lugar, lloraba un niño. Había un olor a carne asada que llenaba el aire. «Sonidos familiares, olores familiares, las voces de sus amigos.» ¿Cuándo se había convertido este poblado en su casa?

Loretta cerró los ojos y buscó desesperada algo en su interior que le devolviera su identidad y sus recuerdos. Pero la sociedad de los blancos había dejado de ser una realidad para ella. Cazador se había convertido en el eje de su mundo, Cazador y su gente. Amy yacía dormida en el jergón, a corta distancia de donde ella estaba. Loretta podía oír su respiración homogénea. «Amy, tía Rachel, casa.» ¿Podría volver a casa ahora y recuperar las riendas de su vida?

La respuesta no se hizo esperar mucho. La vida sin Cazador no sería vida. Y sin embargo, ver a Búfalo Rojo, día sí y día no, le resultaba inconcebible.

Apartando las pieles de búfalo, Loretta salió de la cama y se vistió rápidamente. La única forma de empezar el día era ignorar la existencia de Búfalo Rojo y concentrarse en Cazador. Había un fuego que hacer y un desayuno que preparar.

Después de verter agua del zurrón al lavamanos, Loretta se lavó la cara, se peinó y se recogió el pelo en una única trenza que le cayó por la espalda.

Fuera, la mañana traía un aire fresco y cargado de humedad. Los pájaros trinaban desde los árboles de hibiscos cercanos, creando una cacofonía de sonidos. Loretta se detuvo a la entrada de la tienda y bajó la mirada. Solo quedaban dos leños para el fuego. Tendría que ir a por más si quería mantener el fuego durante un tiempo.

Arrodillándose en la chimenea, desenterró los trozos de carbón de la noche anterior y colocó trozos de madera sobre ella, añadiendo paja como yesca. Se agachó

un poco más y sopló sobre el conjunto hasta que los trozos de carbón empezaron a enrojecer y prendieron en la paja. Después se levantó y colocó los leños sobre las parpadeantes llamas.

A su espalda, oyó un ruido metálico. Se dio la vuelta esperando encontrarse con su marido. En vez de eso se encontró directamente con la mirada negra de Búfalo Rojo. Por un instante, dejó de palparle el corazón. Lo miró de frente. Él le devolvió la mirada. Llevaba los brazos cargados de leña y había puesto un leño a sus pies. Lentamente se agachó y empezó a descargar el resto.

Al final Loretta pudo decir.

—¡Vete de aquí!

—Te traigo leña —contestó él en voz baja.

Hasta Loretta sabía que los guerreros no se ofrecían para traer leña. Era trabajo de mujeres. Búfalo Rojo se estaba humillando ante ella, tratando de hacer las paces. No le importaba.

—No quiero tu sucia leña. Cógela y vete.

Él siguió con su tarea como si no la hubiese oído. A Loretta se le agolpó la rabia en la garganta. Se puso de pie y caminó hacia él.

—¡He dicho que te vayas de aquí! ¡Llévate la maldita leña contigo!

Cuando ella quiso llegar hasta él, Búfalo Rojo ya había terminado de descargar la leña y se levantaba para marcharse. Era al menos una cabeza más bajo que Cazador, pero a su lado, Loretta parecía una enana. Ella se echó atrás, atónita, preguntándose si él sería capaz de oler su miedo. El indio inclinó la cabeza en señal de saludo y se alejó caminando.

—¡He dicho que te lleves la leña contigo! —le gritó—. ¡No la quiero! —Cogió un leño y se lo lanzó. Terminó en el suelo y rebotó, dándole en la pantorrilla. Él se detuvo y se giró, con la cara impasible mientras ella tiraba el resto de los leños en su dirección.

Sin decir nada, empezó a recogerlos. Para desconcierto de Loretta, volvió a la chimenea y empezó a colocarlos otra vez en una ordenada pila. Por el rabillo del ojo, Loretta vio que los vecinos empezaban a congregarse alrededor para ver lo que pasaba. Empezaron a arderle las mejillas. No podía creer que Búfalo Rojo estuviera humillándose de esa manera.

—No —dijo con rabia—. ¡Vete, Búfalo Rojo! ¡Vete!

Él levantó la cabeza. Las lágrimas rodaban por sus desfiguradas mejillas.

—Cazador me ha arrancado de su corazón.

—¡Me alegro! ¡Eres un animal!

Búfalo Rojo se estremeció como si le hubiese dado un puñetazo.

—Me ha prohibido entrar en su tienda hasta que me estreches tu mano de amiga.

—¡Nunca! —Horrorizada, dio un paso atrás—. Nunca, ¿me has oído?

Búfalo Rojo se levantó lentamente, limpiándose las manos en los pantalones.

—Es mi hermano, mi único hermano.

—¿Esperas que me compadezca de ti? ¿Cómo te atreves siquiera a acercarte? ¿Cómo te atreves...?

Se le quebró la voz. Dio media vuelta y se metió en la tienda. Sin ver a Amy, que estaba sentada en el jergón, Loretta se tiró en la cama. Con los puños cerrados, sofocó el llanto contra las pieles. El odio la oprimía, caliente, horrible y venenoso. Se estremeció. «¿Estrecharle la mano de amiga?» Jamás, no mientras viviese.

Cazador volvía de bañarse en el río y vio parte de la confrontación entre Loretta y Búfalo Rojo. Al recordar el ultimátum que Loretta le había dado la noche anterior, dio media vuelta y volvió al río, demasiado agitado como para enfrentarse a su esposa antes de pensar ciertas cosas.

Con paso lento y continuo, siguió el curso del río hasta estar lo suficientemente lejos del poblado como para poder descargar un poco la tensión que le oprimía. Se sentó bajo un hibisco y apoyó la espalda contra el tronco plateado, con la vista perdida en el agua. Dejó que su mente vagase junto a ella, hasta algún lugar lejano. La brisa era fresca y el cielo tenía un color grisáceo con rayas rosas. Inhaló el olor a hierba y tierra, unos olores familiares que le reconfortaban. Los pájaros parecían celebrar el nuevo día sobre su cabeza.

Deseó haber salido de caza con los otros esa mañana. El peligro, la tensión incesante de un búfalo acorralado, le hubiese aclarado la mente. Tenía que tomar una decisión sobre Loretta, y tenía que hacerlo pronto. Unos dedos crueles le estrujaban el corazón. ¿Su gente o Loretta? Los rostros de sus padres pasaron ante sus ojos. Después le siguieron otros: Mirlo, Niña Pony, Tortuga, Guerrero, Doncella de la Hierba Alta y Búfalo Rojo. Por mucho que los amase, había terminado por amar más a Loretta. ¿Cuándo le había ocurrido?

Había dicho una vez a Loretta que no sería nada sin su gente, y era cierto. Daría todo lo que tuviera por estar con ella. Aun así, ¿cómo podría vivir sin su pueblo? La profecía se había cumplido. Sin ella, no había mañanas. ¿Cómo podía un hombre vivir sin mañanas?

Suspiró y cerró los ojos. Desde el mismo momento en que ella había salido de la casa de madera, el camino que les esperaba había estado marcado, pero él había sido demasiado ciego para verlo. Una mujer *tosi* y un comanche, con unos pasados grabados en sangre y lágrimas, tenían pocas posibilidades de poder vivir felizmente entre cualquiera de las dos razas. Para ser uno, debían caminar solos, lejos de su gente.

¿Pero dónde? Cazador no tenía las respuestas. ¿Al oeste, como vaticinaba la profecía? Este pensamiento le asustaba. ¿En las grandes montañas? Él se había criado en los espacios abiertos, donde se podía ver el mañana, con el soplo del viento del norte. ¿Qué cazaría? ¿Y cómo? No sabría qué raíces ni qué frutos secos coger. No sabría cuáles son las plantas buenas para curar, ni las que son malas. ¿Se atrevería a

llevar a una mujer a una tierra desconocida, sin saber si sería capaz de alimentarla, de cuidar de ella, de protegerla? ¿Y si tenían un hijo? «El invierno, el tiempo en el que los niños lloran.» ¿Cómo podría mantenerse erguido como un hombre si dejaba morir de hambre a su familia?

Cazador abrió los ojos y se incorporó, pasándose los dedos por el pelo húmedo. Al mirar al cielo, buscó al dios de Loretta, a ese Padre Todopoderoso a quien ella agradecía la comida. Al principio le habían incomodado sus plegarias. Su dios no le traía la comida. Era su marido el que lo hacía. Loretta le había explicado que su dios le guiaba también a él para que pudiera cazar con éxito.

¿Estaba su dios allí en el cielo como ella creía? ¿Oía de verdad los susurros de los hombres, sus pensamientos? Cazador podía ver a sus propios dioses, a la Madre Tierra, a la Madre Luna, al Padre Sol, al viento que soplabla en las cuatro direcciones. Era fácil creer en lo que estaba a la vista. ¿Por qué el dios de Loretta se escondía? ¿Tan feo era? ¿Se escondía solo para los comanches? Loretta decía que él era el padre de todos, incluidos los indios.

Cazador se sintió en paz. Con tantos dioses, los suyos y los de ella, estaba claro que estarían bien protegidos. Con el cuerpo relajado, se rindió al destino. Los dioses los guiarían. El dios de Loretta guiaría sus pasos para cazar cuando los suyos le fallasen. Juntos, Loretta y él encontrarían un nuevo lugar donde los comanches y los *tosi tivo* pudiesen vivir como uno, un lugar donde Cazador pudiese cantar las canciones de sus antepasados y mantenerlos vivos.

Cazador se levantó y encaminó sus pasos de vuelta al poblado, con la decisión tomada y el corazón partido al darse cuenta de que la profecía había predicho este momento mucho tiempo atrás.

El estallido de un arma y un grito agudo hizo levantar a Loretta de la cama de un brinco. Girándose, clavó horrorizada los ojos en la entrada de la puerta, desconcertada por el tumulto de ruido, gritos, gente corriendo, disparos y voces de hombres blancos. ¡Un ataque! El miedo la sorprendió de tal modo que hubo un instante en que sus piernas no le respondieron. Entonces vio el camastro vacío de Amy. ¡Dios mío!

Se movió hacia la puerta, con la cabeza diciéndole que se diese prisa. Sin embargo, sus movimientos eran desesperadamente lentos. Correr, correr como pudiera, pasar entre los gritos y el hedor a muertos y encontrar a Cazador y a Amy. Abrió la cortinilla y salió al exterior, recorriendo con la vista una y otra tienda, incapaz de procesar lo que veía. Hombres blancos, humo, caballos a la carrera, ¡sangre!

—¡Cazador! ¡Amy!

Se balanceó hacia delante. Una mujer pasó por su lado corriendo. Gritaba el nombre de su hijo y golpeó a Loretta hasta hacerle perder el equilibrio.

—¡Amy! ¡Cazador! *Hah-ich-ka ein*, ¿dónde estáis?

La voz de Loretta se perdió en una confusión de ruido. Tropezó con algo y miró al suelo. Un niño pequeño yacía con las piernas abiertas a sus pies, el pecho bañado de rojo, los ojos marrones fijos en el cielo, listo para morir.

—¡Ay, dios mío!

Tropezando, Loretta se agarró la garganta, incapaz de apartar los ojos del muchacho. Cuatro años, tal vez menos, abatido por la bala de un hombre blanco. Se estremeció. Mirase donde mirase veía muerte, y le costaba creerlo. Los blancos no hacían cosas así. ¡No podían!

—Amy, ¿dónde estás? ¿*Hah-ich-ka ein*?

Loretta corrió por el camino que separaba las tiendas. Un caballo cargó contra ella, el brillo del metal en alto. Levantó un brazo y se apartó, convencida de que el sable iba a partirla en dos. Al ver que la hoja no llegaba, bajó el brazo. El hombre, más sucio que moreno, tenía el pelo largo y grasiento. Llevaba botas altas, cubiertas de polvo y puestas por fuera de unos pantalones morados brillantes. De una de las botas sobresalía la empuñadura de un cuchillo. Del cinturón le caían dos grandes revólveres. ¿Un matón de la frontera? Loretta había oído historias sobre ellos, pero si este era uno de ellos, estaba bastante lejos de su casa. Era más del tipo de escoria blanca que podía echar raíces en cualquier sitio. Le llamaron la atención sus delgadas y crueles facciones. El mundo a su alrededor giró como en un caleidoscopio de color.

—¡Una mujer blanca!

Loretta lo miró a los ojos, conmocionada por lo absurdo de la situación. Se dio media vuelta y corrió entre el tumulto de cuerpos amontonados, hombres, mujeres, niños... todos corriendo para salvar la vida. Había *tosi tivos* por todos lados, el ruido de sus armas era ensordecedor. Delante de Loretta, una joven india corría en zigzag aterrorizada, tratando de escapar del jinete que la perseguía con el sable en alto. A la espalda llevaba un niño sujeto con un pañuelo. El matón blandió la espada en un movimiento mortal, y la mujer cayó de cara al suelo. El hombre detuvo el caballo y lo hizo cabalgar en un círculo alrededor de su cuerpo, levantando la hoja ensangrentada para utilizarla en la siguiente víctima. Loretta gritó y gritó.

—¡No! ¡Al niño no! ¡Díos mío, no!

Extrañado por la voz, el hombre giró la cabeza y se quedó absorto al ver el pelo de Loretta. A juzgar por su expresión, se quedó estupefacto de ver a una mujer blanca. Dudó un momento. El suficiente para que Loretta se lanzara sobre el niño, rezando entre sollozos. El hombre levantó el sable y se quedó mirando a la mujer que desataba el pañuelo y cogía al niño en brazos. El niño agitó sus pequeños puños al aire. Loretta lo apretó contra su pecho y salió de allí corriendo.

«Escóndele.» Este pensamiento le sobrevino como una letanía. Miró entre las tiendas y después se dirigió al bosque. Los arbustos le pegaron en la cara. Pasó por ellos protegiendo al niño con los brazos. Al llegar a un árbol caído, se agachó en el hueco que había en el suelo detrás de él. Se aseguró después de que nadie los había

seguido. Puso al niño entre las hojas, cubriéndole con ellas y rezando para que sus gritos no guiasen a los blancos hasta allí.

No había tiempo de pensar nada más. Conducida por la desesperación, Loretta corrió de vuelta al poblado, mareada al ver tanto horror a su alrededor mientras buscaba a Amy y a Cazador. Por todos lados había cuerpos. Bordeó un tipi y se encaminó hacia la tienda de la madre de Cazador, con la esperanza de que Amy hubiese estado allí cuando el ataque comenzó. Mientras corría por el claro central vio a Muchos Caballos, el padre de Cazador, que corría en medio del barullo para agarrar a una niña que permanecía paralizada por el terror, de pie, llamando a sus padres a gritos.

Justo en el momento en el que Muchos Caballos cogía a la niña, se oyó el disparo certero de un rifle. Una mancha roja cubrió el pecho del hombre. Se tambaleó, llevándose la mano a la herida y mirando con ojos incrédulos la sangre que caía entre sus dedos. Después se desplomó en el suelo, con un brazo levantado hacia la niña, que había empezado a dar patadas al suelo, frenética. Su salvador estaba muerto y su asesino volvía a atacar, esta vez contra ella.

Loretta se lanzó en una carrera mortal para salvar a una niña indefensa. Su mente había dejado de asimilar lo que ocurría. Esto no podía ser real. Nada de esto podía serlo. Cazador, ¿dónde estaba Cazador? Loretta llegó hasta la niña y la cogió en brazos.

Era una matanza. Entumecida, incapaz de pensar, Loretta apretó a la niña que lloraba contra su pecho, recorriendo con la vista el lugar, tratando de localizar a Cazador entre los cuerpos, a Amy, a Doncella de la Hierba Alta y a sus hijos. Oyó un leve gemido y se dio cuenta de que el sonido salía de su propia garganta.

La Que Tiembla yacía ante su tienda, con una cuchara de madera en la mano, los ojos abiertos sin ver. Hombre Viejo, con un tiro en la espalda. Cerdo, que corría hacia Loretta, con la expresión desencajada y el pelo largo al viento.

—¡*Toniets!* —Rugió mientras estiraba el brazo hacia ella, la voz casi imperceptible entre el estruendo de las balas—. ¡*Toniets!* ¡*Namiso!*

¡Corre, rápido! ¡Ahora! Las palabras llegaban al cerebro de Loretta y se quedaban allí congeladas.

—¡Muchos Caballos! ¡Cerdo, no podemos dejarle!

—¡*Ein habbe we-ich-ket!* —rugió—. ¡Buscas la muerte! ¡*Toniets*, corre! ¿*Nah-ich-ka*, me oyes?

Tenía que encontrar a Amy y Cazador.

—Cerdo, ¿dónde está Cazador? ¿Está Amy con él? ¡No puedo encontrarlos! ¡No puedo encontrarlos!

—¡A los árboles! ¡Ella corrió a los árboles! —Cerdo estiró un brazo en la dirección en la que Amy había corrido—. ¡Ve! ¡*Namiso*, mujer! ¡Cazador no está aquí!

Con la niña aún en los brazos, Loretta salió disparada. ¡*Toniets*, corre rápido!

¡*Namiso*, ahora! Los dos idiomas danzaban en su cabeza, como un zumbido, mezclándose. Ya no sabía quién era. Solo sabía que debía huir de los horribles *tosi tivo* que querían matarla y matar a la niña que llevaba en brazos.

Antes de llegar a los árboles, Loretta se encontró con Amy. Temblaba y era como si los ojos fueran a salirse de las cuencas.

—Loretta, ¿dónde está Cazador? ¿Dónde está Cazador?

Dando gracias al cielo, Loretta agarró a Amy del brazo y tiró de ella para que se pusieran a cubierto.

—¡No lo sé! ¡No está aquí, no está aquí!

Al llegar a los árboles, Loretta buscó el tronco en el que había escondido al recién nacido. Al verlo, empujó a Amy hacia delante, sin hacer caso de las ramas que le arañaban la cara y el pelo. Amy saltó el tronco. Aliviada al oír que el niño seguía llorando bajo el follaje, Loretta se escondió también, con la pequeña llorando en sus brazos. Desde los árboles podía ver a otros menos afortunados que corrían hacia la muerte. Sus gritos se elevaban al cielo, agudos y estremecedores, y después eran eclipsados por el silencio. Muchos Caballos. A Loretta se le encogió el corazón.

—¡Loretta! ¡El niño! ¡Corre en la dirección equivocada!

Loretta se echó hacia delante para ver mejor. Más allá de los árboles, un niño corría cegado por el miedo, primero en una dirección y después en otra. Un jinete salió cabalgando desde unas tiendas cercanas. En cualquier momento se daría cuenta de la presencia del niño y lo mataría. Loretta se puso tensa. Dándole a Amy la niña pequeña, saltó el tronco y corrió agazapada entre la maleza. Al llegar al claro, cogió al pequeño de un brazo y lo condujo hasta los arbustos. Él se agarró al cuello de Loretta, llorando y sin parar de temblar.

—*Toquet, mah-tao-yo* —canturreó—. Todo está bien, pequeño. *Ka taikay*, no llores. Tranquilo, *toquet*.

Las palabras hicieron su magia. Loretta cerró los ojos, meciendo al niño, recordando los brazos cálidos y amorosos de Cazador alrededor de su cuerpo. Entonces, el sonido atronador de unos cascos a sus espaldas le hizo volver a la realidad. Se quedó mirando al jinete que había salido hacía unos momentos de entre las tiendas. Sujetaba a su caballo y se colocaba el rifle en el hombro. Loretta se esforzó por ver entre la maleza. Un indio corría hacia los árboles. ¡Búfalo Rojo! Por un instante Loretta se alegró. Se merecía morir, y ¿qué mejor forma de morir que hacerlo a manos de un *tosi tivo* asesino? Entonces vio el rostro de Cazador en su mente, los ojos cargados de tristeza por haberse negado a perdonar a su primo.

Poniendo al niño a un lado, Loretta se puso en pie de un salto. No había tiempo para pensar, tenía que actuar. Salió de los árboles y corrió hacia el hombre que montaba en el caballo, con el pulso a cien por hora. Cazador. Había perdido a su mujer y a su hijo, a su padre, y Dios sabe a cuánta gente más. ¿No había sufrido bastante? El amor por él le hizo correr más rápido, le fortaleció las piernas para llegar antes. Vio que el hombre blanco se quedaba quieto, apuntando, listo para apretar el

gatillo. Con un chillido, cubrió los últimos metros de un salto y se lanzó con todo el peso de su cuerpo contra el caballo. El animal se tambaleó y se movió a un lado, haciendo que su jinete perdiese el blanco. El rifle explotó inofensivo al aire.

Sorprendido por el disparo, Búfalo Rojo se giró y vio al hombre blanco que trataba de mantenerse en el caballo. Vio también a la mujer de pelo dorado que le pegaba en los muslos. El rifle titubeante del hombre blanco desvelaba el resto de la historia. Por un momento Búfalo Rojo se quedó clavado al suelo, con la mirada incrédula puesta en Loretta.

Al verle dudar, Loretta gritó.

—¡Corre, maldito imbécil! ¡Corre!

Búfalo Rojo salió disparado para ponerse a cubierto. Loretta se alejó del caballo a trompicones. El hombre blanco, un gigante pelirrojo de pantalones vaqueros y camisa de franela roja, dio la vuelta a su montura y cabalgó hacia ella. Loretta se giró y trató de esquivarle. Él la cogió del pelo, tirando hacia atrás de ella. Puso a un lado el rifle y se inclinó, levantándola y poniéndola sobre sus rodillas. La perilla de la silla se le clavó en el estómago y el olor mugriento de sus pantalones se le clavó en la garganta.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Una rubita india?

—¡Deja que me vaya!

—¿Era tu hombre ese al que casi disparo? ¿Por eso le has salvado la vida?

Loretta le dio un golpe en el muslo.

—¡Deja que me vaya!

Él se rio y le agarró la blusa con el puño, presionándole en la espina dorsal con los nudillos de la mano. Otro hombre llegó cabalgando hasta él.

—Mira, Chet, ¡mira lo que tenemos aquí!

Loretta vio los cascos de un alazán en medio de una nube de polvo. Al estar boca abajo, no podía ver la cara del otro matón, solo las botas y los pantalones llenos de sangre. Después oyó el grito de Amy pronunciando su nombre.

—¡Deja que se vaya! —gritó Amy—. ¡Deja que se vaya ahora mismo!

—¡Amy, no! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Loretta sintió que su captor azuzaba el caballo. Con el cuello torcido, trató de ver a Amy. Solo pudo verla muy de refilón. Corría hacia los árboles y un caballo se precipitaba sobre ella desde atrás. Después, todo lo que Loretta vio fue el suelo lleno de cuerpos girando a su alrededor. «Sangre y cuero. Cabellos negros como el ébano que brillaban azulados a la luz del sol. Recién nacidos, niños, mujeres.» No se habían parado ante nadie. Loretta oyó el grito de alguien y se dio cuenta de que era el suyo. Se agarró a la pierna de su captor y trató de incorporarse, atacándole con las únicas armas que tenía: los puños.

—¡Puta desagradecida!

Se echó hacia atrás en la silla y golpeó a Loretta en la mandíbula. La cabeza le dio vueltas y después, todo se hizo negro.

Preocupado aún por la decisión que había tomado de dejar a su pueblo, Cazador caminaba despacio, con los sentidos puestos en los sonidos y los olores familiares del mundo que le rodeaba. De repente, se oyó un estallido lejano que acalló el murmullo del agua. Se detuvo para oír mejor, sin saber muy bien al principio de dónde provenía el ruido. «Disparos de rifles. Proviene del poblado.» Le sobrevino el pánico. ¡Un ataque!

Culpándose por haberse alejado tanto, corrió por el bosque tan rápido como pudo, rozando apenas el suelo con los talones y buscando en cada zancada una bocanada de aire para sus pulmones. La mayoría de los guerreros estaban de cacería. Recuerdos de otros ataques inundaron su mente. ¡Loretta! Corrió más rápido. ¡Amy! No podía ocurrirle otra vez. No podía. Esta vez llegaría a tiempo. Tenía que hacerlo.

Cazador hizo un giro cerrado y se adentró en la maleza, saltando troncos y con la mirada fija en los palos de las tiendas que se elevaban al cielo. Los disparos habían cesado. Oyó el estruendo de los cascos en la distancia.

Ya más cerca del poblado, sus pasos se hicieron más lentos. Todo había acabado. Cazador se detuvo, incapaz de asimilar lo que veía. Los cuerpos cubrían el suelo como si fueran trozos de madera inservible. Vio las tiendas quemadas. El olor a cuero y carne le golpeaba la nariz. En algún lugar se oía el llanto de un recién nacido. El viento le trajo el ladrido frenético de un perro. Salvo esto, lo demás era silencio, un silencio amargo y mortal.

—¡Loh-rhett-ah! —Cazador pasó sobre el cuerpo de un niño, sin ser capaz de registrar lo que veía, horrorizado por el silencio—. ¡Loh-rhett-ah! ¿*Hah-ich-ka ein?* ¡Dime palabras!

Una mujer yacía espatarrada a unos cuantos metros de él, una mujer joven y esbelta, con sus trenzas negras envueltas en piel de armiño. Cazador gritó de rabia. Corrió hacia ella y se puso de rodillas a su lado. Al cogerla en brazos, la sangre le empapó el estómago y la parte baja de los brazos.

—¡Doncella! ¡Doncella!

Cazador le cogió la barbilla y le movió la cara hacia él. Sus hermosos ojos le miraron en silencio, sin verle.

Capítulo 25

No había un solo lugar del cuerpo de Loretta que no le doliese. Su captor seguía llevándola como un fardo sobre la silla, y la barriga la tenía ya amoratada, como si le hubiesen estado dando puñetazos. La sangre se le había bajado a la cabeza y le latía la sien. Las horas pasaron. Loretta seguía boca abajo, con la mano de un extraño sobre sus nalgas. Amy estaba cerca, de vez en cuando la oía llorar. Deseó poder estar con ella, consolarla, asegurarse de que estaba bien.

¡Cazador! Si estaba vivo, Loretta sabía que vendría a buscarla. Y tenía que estar vivo. No podría soportarlo si no era así. La vida sería inconcebible. Rezó como nunca había rezado antes en su vida, sin cesar, con todo su corazón... por un hombre al que había una vez odiado.

Imploró a Dios para que le diese otra oportunidad, la oportunidad de decirle que se quedaría junto a él y lo amaría, siempre sin horizonte. Si había muerto en el ataque sin saber esto, una parte de Loretta moriría también.

Cuando por fin el grupo de jinetes se detuvo para pasar la noche, Loretta colgaba del caballo como si fuera parte del equipaje. Cayó al suelo como un montón de carne sin vida, los brazos y las piernas entumecidos e inservibles. Tenía arena en los dientes. Entrecerró los ojos para escudriñar el crepúsculo. Cazador. Ay, Dios, ¿por qué no venía? Sabía que él era capaz de alcanzar a estos hombres. Debería de estar ya allí, a menos que estuviese muerto.

—¡Levanta, muñequita!

Loretta movió la cabeza para ver lo que la rodeaba. Recorrió con la mirada las altas botas llenas de polvo, los pantalones llenos de sangre, la barriga blanda y el ancho pecho, deteniéndose en la cara de barba pelirroja. Unos ojos verdes penetraron la penumbra para mirarla, con una expresión dura y amenazante. Al ver que no se movía, se agachó junto a ella y le cogió la barbilla con la mano, cerrándole los dedos de una forma cruel y dolorosa. Loretta retrocedió dos semanas atrás en el tiempo, cuando Cazador la había cogido de esa manera, con una determinación firme pero indolora. Entonces también había tenido miedo, pero no de la misma forma. Este hombre usaba su fuerza para intimidar, y sus ojos brillaban llenos de violencia. Estaba a solo un suspiro de ser violada.

—Eres una belleza, ¿eh? —murmuró con voz ronca—. Apuesto a que ese hombretón tuyo vendrá caliente a buscarte. Eso si no está muerto.

Su hedor a hombre se le pegó a la nariz. Odiaba la expresión contemplativa de su rostro. Si admitía que estaba casada con un comanche, la consideraría perdida y se aprovecharía de ella. Después sus hombres harían lo mismo con Amy. Se le hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo. Ella era una mujer adulta, casada con un hombre maravilloso que le había dado docenas de hermosos recuerdos. Por mucho

que le hiciesen estos animales, ella sobreviviría. Pero Amy tal vez no.

—No tengo a nadie que venga a buscarme, así que no tienes de qué preocuparte —contestó con voz inexpresiva—. Afortunadamente, tú y tus hombres llegasteis a tiempo.

Él se quedó observando las ropas indias que llevaba.

—Mientes, preciosidad, ¿qué ocurre? ¿Tienes miedo de que me vuelva demasiado cariñoso si descubro que has estado dando placer a los comanches?

Trató de mantener la calma y respondió.

—Eres un hombre listo. Os he oído hablar a ti y a tus hombres. Se os ha pagado para que rescatéis a cautivos, no para que abuséis de ellos. Toca a una de nosotras y será el error más grave de tu vida. No hemos estado dando placer a nadie. Y si nos desgraciáis, te garantizo que os colgarán por ello.

Era un hueso duro de roer. Recorrió con los dedos la tira de piel que le rodeaba el cuello y sacó el medallón de Cazador de debajo de la blusa. Lo estudió con detenimiento.

—A mí me parece que te acuestas con un jefe, cariño. —Sonrió y volvió a meterle el medallón debajo de la blusa, sin quitarle los ojos de encima. A Loretta se le puso la carne de gallina al sentir el roce de sus nudillos—. Un comanche no lleva el signo del lobo a menos que sea alguien importante. El lobo es sagrado para ellos, es su hermano. Ninguna mujer lleva un medallón como este a menos que su hombre la haya marcado con él.

—Ningún sucio indio me ha puesto las manos encima —protestó Loretta. Las palabras le escocieron en la garganta, haciéndole sentirse desleal con Cazador. ¿Qué pasaría si estaba ahí fuera escondido, escuchándola?—. Uno de los guerreros me puso el medallón antes de irse de cacería. Como parece que evita que los otros me toquen a mí o a mi prima pequeña, sigo llevándolo.

Él sonrió y clavó los talones.

—¿De dónde eres?

—De una granja al otro lado del Brazos.

—¿Cerca del fuerte Belknap?

—A unas pocas horas a caballo. —Loretta se incorporó y miró por encima del hombre, rezando para que Amy estuviese bien—. ¿Es allí donde vais a llevarnos?

—Eso creo. A menos que algo te pase en el camino. Eso sería una pena, ¿no crees? Pero claro, las mujeres muertas no cuentan historias.

—Ni tampoco dan recompensas por ellas. —Loretta habló con una valentía que estaba lejos de sentir—. No creo que tus hombres apreciaran hacer todo esto sin recibir nada a cambio, ¿no crees? Lo cierto es que se podrían poner muy irascibles por ello.

Él se mojó el labio superior, chupándose la barba con la punta de la lengua mientras la miraba de arriba abajo. Loretta esperaba que Cazador pudiese venir pronto. Los hombres como este no tenían escrúpulos, ni uno solo.

Como si hubiese caído en un pozo de tristeza, Cazador se deslizó hasta el bosque, siguiendo los sonidos que provenían de allí. Sintió un escalofrío. Después de escuchar a su madre y a Guerrero todas estas horas, la canción de luto de Búfalo Rojo no debería de haberle molestado, pero lo hizo. No solo el dolor, era sobre todo la agonía. Cazador llegó hasta un claro de luna, con el corazón encogido al escuchar los persistentes lamentos.

Encontró a Búfalo Rojo arrodillado junto al río, con la cabeza caída, dándose puñetazos en el pecho. Cazador se acercó a él lentamente, el pulso latiéndole en las sienes, irregular y ensordecedor. Nunca había visto a Búfalo Rojo de esa manera y no estaba seguro de tener la fuerza necesaria para consolarle. Él también estaba de luto. Cuando la realidad le alcanzó, cuando se permitió pensar en aquellos que había perdido, el dolor había estado a punto de partirle en dos.

Poniéndose de rodillas, Cazador puso una mano en la espalda convulsa de su primo.

—Búfalo Rojo, ¿cabalgarás conmigo?

Búfalo Rojo ahogó un sollozo.

—Si buscas venganza, Cazador, ¡empieza conmigo! Es culpa mía, todo es culpa mía. Tu padre, Doncella de la Hierba Alta, Hombre Viejo. —Se tapó los ojos con una mano y ahogó otro sollozo—. ¡Los niños! Han muerto por mi culpa. Trataste de prevenirme, y yo no te escuché. ¡Incluso se llevaron a tu mujer por mi culpa! No me merezco cabalgar con los hombres.

—¿Qué quieres decir? A mi Loh-rhett-ah se la llevaron porque es una mujer *tosi*, no por tu culpa.

—¡No! Ella salió corriendo de los árboles para parar a un *tosi tivo* que iba a dispararme. Él no la hubiese visto si no hubiese sido por mí.

Esta noticia alivió un poco el dolor que sentía en su corazón. Durante todo el día, mientras trataba de aceptar el dolor de su familia mutilada y enterraba a los incontables muertos, las dudas le habían atormentado. No pudo evitar preguntarse si ella se había ido por voluntad propia con los asesinos de sus padres.

Cazador abrió los brazos a Búfalo Rojo y le atrajo hacia sí.

—Búfalo Rojo, debes dejar a un lado esos sentimientos. Te necesito, primo, como nunca antes. ¿Vas a fallarme?

—No, tú no me necesitas. Soy como el veneno, Cazador. Todos aquellos a los que amo mueren. —Sacudió los hombros con una convulsión—. Todos.

—¿Y dejarás sin vengar esas muertes? Guerrero y yo no podemos hacerlo sin ti. ¿Quién nos cubrirá las espaldas? El momento de llorar ha terminado. Ahora debemos luchar. Por Doncella de la Hierba Alta. Por mi padre. Por todos los que se han ido. —Cazador respiró con furia—. Los sabios han convocado un Consejo. No podemos permanecer pasivos. Debemos echar a los blancos de aquí. Ahora es el momento, mientras están en guerra entre ellos. Sus soldados están lejos. No tienen defensa. El

pueblo debe atacar.

Búfalo Rojo dejó de llorar.

—Pero Cazador, esto es exactamente lo que tú temías que ocurriese. ¿Qué pasa con lo de sobrevivir en paz?

—Es demasiado tarde. —Cazador sintió un dolor en el centro del pecho—. Soy un soñador, Búfalo Rojo. La tierra es como un único hueso que se disputan dos perros hambrientos. Solo hay hueso para uno de ellos. La paz no se producirá nunca, nunca. Tú tenías razón y yo fui demasiado ciego para verlo.

—¿Pero tu mujer! Ella es una *tosi*. Hablas de echarlos de aquí. ¿Y ella?

Cazador empezó a hablar, pero no podía. Volvió a respirar hondo y lo trató de nuevo, con la voz contraída.

—La protegeré lo mejor que pueda. Los otros han accedido a no atacar sus paredes de madera. Hay ya un mensajero que ha salido para decir a las otras tribus lo del ataque de hoy y nuestra decisión de declarar la guerra. También dirá a los demás lo de mi mujer *tosi*.

—¿No vas a ir a buscarla? Ella es tu esposa. Su lugar está contigo.

—Un hombre no puede poseer a una mujer, primo. Solo puede... —Cazador se detuvo. En su mente se le apareció la imagen de Loretta—. ...Solo puede amarla. La sangre de los *tosi tivo* correrá a gran altura. Obligarla a quedarse con nosotros mientras matamos a su gente sería una tortura. Antes de que esto termine, mi nombre será una maldición en sus labios.

Búfalo Rojo se apartó y levantó su desfigurada cara hacia el cielo.

—La has perdido, ¿verdad? Lo siento, Cazador. Es culpa mía.

—No es solo culpa tuya. Esto habría pasado de una forma u otra, Búfalo Rojo. Tengo que asegurarme de que mi mujer llega segura a sus paredes de madera. Solo pediré a unos cuantos hombres que cabalguen conmigo. Guerrero necesita estar aquí estos días, con sus hijos. Yo debo seguir a los *tosi tivo*, asegurarme de que no hacen daño ni a ella ni a su Aye-mee. Si algo sale mal, tendremos que atacar. Necesito tu brazo fuerte. ¿Puedes dejar a un lado tu odio por ella y cabalgar conmigo?

Búfalo Rojo se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Me quieres a tu lado? ¿Después de todo lo que te he hecho?

Cazador le dio un apretón en el brazo.

—Tengo miedo de ir sin ti. Su vida depende de nosotros.

Búfalo Rojo irguió los hombros.

—Entonces estoy contigo.

Cazador asintió.

—Una vez más, hermano. ¿Sí?

Búfalo Rojo se puso en pie.

—Sí, hermano. —Estrechó la mano de Cazador y se encontró con su mirada, los ojos llenos de lágrimas—. No solo voy a ponerlo a un lado, voy a enterrarlo. Si tengo que hacerlo, moriré por ella.

Cazador trató de contener también las lágrimas.

—Ya he perdido a demasiados, primo. No hagas nada *boisa* para probar tu lealtad hacia mí. Protégela, sí. Pero cúbrete también la espalda.

¿Dónde estaba Cazador? Loretta se hacía esta misma pregunta una y otra vez... y los días seguían pasando. Mientras los mercenarios la escoltaban a ella y a Amy cada vez más cerca del fuerte Belknap, la inquietud de Loretta crecía. Cazador no estaba muerto. Sabía que no lo estaba. Algunas veces hubiese jurado que cabalgaba justo detrás de ellos, pero cuando se daba la vuelta, no veía nada. Otras veces sentía su mirada y levantaba los ojos convencida de que lo vería, montado en su caballo, a solo unos metros de distancia. Pero nunca estaba allí.

Para evitar las horribles pesadillas del ataque que empezaban a atormentar su sueño, Loretta se mantenía despierta por la noche junto a Amy, mirando al cielo estrellado. Por Amy, Loretta había sabido de la muerte de Doncella de la Hierba Alta, y lloraba por ella. Perder a Muchos Caballos ya había sido un golpe duro para ella, pero al menos él había tenido una vida larga y plena. Doncella de la Hierba Alta, con sus bellos ojos y su dulce sonrisa, no. Loretta rezó para que alcanzase el cielo, para que descansase en paz. Rezó también por Guerrero y sus hijos, para que Dios les diese fuerza para seguir sin ella.

Mientras rezaba agudizó el oído... necesitaba oír a Cazador, oír algún sonido que le indicase que estaba ahí fuera, porque sentía que estaba allí. Sabía, tan segura como si Cazador se lo hubiese dicho, que él estaba observándolas. Sabía que, siempre y cuando Amy y ella no sufrieran ningún daño a manos de los blancos, él se mantendría a corta distancia, observándolas sin ser visto.

La última noche su fe por Cazador fue recompensada. Cuando todo el mundo se situó para dormir, un coyote aulló en las cercanías. Su voz era como un lamento que le provocó un escalofrío en la espalda y le puso la carne de gallina. Se puso de lado, dándole la espalda al fuego para poder ver en la oscuridad. Una sombra se movió más allá de la luz que proyectaba el fuego. El coyote volvió a aullar.

Sintió una ola de calor por todo su cuerpo. De la forma más imperceptible que pudo, levantó dos dedos de la mano e hizo la señal de amistad. Si Cazador estaba ahí fuera, la vería y sabría la canción que cantaba su corazón.

Cazador sintió que se le clavaba una piedra en el estómago, pero apenas lo notó. Tumbado en el suelo, mantuvo la atención en el resplandor de la hoguera y en la pequeña mujer que yacía junto a las llamas, con la cara mirando en la dirección en la que él estaba. En su mente él estaba junto a ella, acariciándole la mejilla con la mano, susurrándole palabras de amor. Deseó ahora haberle enseñado cómo reconocer su llamada de animal para que supiera que estaba con ella, que llevaba allí seis días.

Cazador echó atrás la cabeza y volvió a aullar, dejando que el grito se propagase por el aire. Cuando bajó los ojos, vio que Loretta sonreía. Después levantó los dedos, con los ojos puestos en donde él estaba. Había reconocido su llamada. Quizá le había enseñado más de lo que creía. El dolor lo envolvió, un dolor agudo y tan hondo que no podía respirar. «El signo de la amistad.» En unos cuantos días su corazón no volvería a cantarle una canción de amistad nunca más.

Dos días más tarde, los mercenarios dejaron a Amy y a Loretta en el fuerte Belknap. Después de recibir una carta del señor Steinbach en la que se confirmaba que las chicas habían sido devueltas sanas y salvas, los rufianes se fueron al sur a pedir su recompensa. Al fin, Loretta y Amy, escoltadas por Steinbach, fueron capaces de hacer el último trecho del viaje hasta casa.

Cuando llegaron a la granja de los Masters, el viaje de Loretta y Amy se dio por concluido. Desmontaron de los caballos que les había dejado el señor Steinbach y se arrojaron en los brazos de tía Rachel que las recibió entre abrazos y besos. Rachel, demacrada y con ojeras por todo el dolor pasado, apenas podía quitar las manos de Amy y se negaba a dejar que la muchacha se alejara de su lado. Amy contestó con rodeos a las preguntas sobre su vivencia en el campamento de Santos, y Rachel tuvo que conformarse con que el tema se dejase para otro momento.

Aunque Loretta estaba contenta de ver a su tía, subió los peldaños de la casa con sentimientos encontrados, sin poder dejar de mirar atrás para ver si veía a Cazador. Él vendría a por ella ahora. Se sentía extrañamente impaciente. Tenía ganas de volver a casa, de volver al poblado, a su propia tienda, de volver a estar entre sus brazos. Esta pequeña granja había dejado de ser su casa. Su casa estaba con Cazador, fuera donde fuese, aunque significase tener que vivir con los asesinos de sus padres. Tal vez no lo olvidaría nunca, tal vez nunca lo perdonaría, pero no podía vivir la vida con la vista puesta en el pasado.

Tía Rachel y tío Henry pidieron al señor Steinbach, que había escoltado a las chicas hasta la granja, que cenase con ellos. Después de atender a los caballos, él aceptó con alegría. Aunque se sentía agotada del viaje, Loretta se lavó y ayudó a Rachel a servir la comida, sintiéndose desorientada en la cocina que una vez le resultó familiar. Las paredes y el techo bajo le parecían asfixiantes. Se moría por un poco de aire fresco y por la ventilación de la tienda de Cazador. En noches calurosas como esta, una podía levantar las cortinillas laterales y disfrutar de la brisa.

—Entonces, jovencitas, ¿cómo se siente al poder estar en casa de nuevo? —preguntó el señor Steinbach.

—Supongo que está bien —respondió solemnemente Amy—. Estoy bastante contenta de ver a mi madre.

Rachel se giró desde la chimenea.

—Amelia Rose, ¡eso ha sonado casi lúgubre! Muestra la debida gratitud. Esos

hombres tan valientes arriesgaron sus vidas por rescatarte, y el señor Steinbach ha hecho un largo camino para escoltarte a casa desde Belknap.

Loretta apretó los dientes y puso la bandeja de comida en la mesa con un poco más de fuerza de la que pretendía.

—Apreciamos la ayuda del señor Steinbach, tía Rachel, de verdad que sí, pero si esperas que alguna de nosotras dé las gracias a esos mercenarios, entonces tendrás que esperar ahí sentada. Esos valientes hombres no vinieron a rescatarnos. Vinieron a matar a los indios. Mujeres, niños, recién nacidos y ancianos. La mayoría de los guerreros estaban cazando y estoy segura de que los mercenarios lo sabían. Fueron allí a torturar a gente y eso es lo que hicieron.

El silencio que siguió a sus palabras se clavó en el aire como la tormenta. Henry miró atónito a Loretta. Rachel se puso los dedos en los labios. El señor Steinbach parecía incómodo.

Amy, que estaba sentada con los hombres en la mesa, contuvo las lágrimas.

—Mataron a Muchos Caballos, al padre de Cazador, madre. Y a la mujer de Guerrero, Doncella de la Hierba Alta. Ella hizo el traje que lleva Loretta. Eran nuestros amigos.

Henry se sonrojó.

—Espero que pueda perdonar a mis chicas, señor Steinbach. Han pasado una dura prueba. Volverán a ser como antes en unos días.

Steinbach se aclaró la garganta.

—No necesita disculparse. Puede que haya muchos que odien a los indios en Texas, pero no es mi caso. Nunca he visto a un grupo más vergonzoso que esos mercenarios de Arkansas. Parecen más matones de la frontera que otra cosa. Quien los contrató debía de estar loco.

—Los comanches se llevaron a sus parientes —protestó Henry—. ¿Ha visto alguna vez lo que hacen a una mujer blanca cuando la capturan? Si me pregunta, esos indios han tenido exactamente lo que se merecen.

El señor Steinbach levantó una ceja inquisidora.

—¿Ha visto alguna vez cómo algunos hombres blancos tratan a las indias?

—No somos nosotros los que hacemos que esos indios vendan a sus mujeres sin tener en cuenta nada más.

—Las casan —corrigió Steinbach—. Los indios no venden a sus mujeres, señor Masters. Aceptan un regalo de boda por ellas, que es completamente diferente. Los regalos se aceptan de buena voluntad, y la mujer es, según sus costumbres, tomada como una mujer honrada. Esperan que sea tratada como tal.

—¡Un regalo de boda! —Henry resopló—. Es lo mismo que venderlas. Son unos animales paganos, todos ellos lo son.

Steinbach sonrió.

—Quizá. Pero ellos dirán lo mismo de nosotros y la dote que una mujer trae al matrimonio. Como ellos lo ven, pagamos para deshacernos de nuestras hijas, que es

igual de pagano y no dice mucho de nuestras mujeres. —Tomó un pequeño sorbo de café y después se encogió de hombros—. Es evidente que tus chicas recibieron un buen trato por parte de la tribu de Cazador. Es una pena que esos buenos indios paguen por lo que hicieron los malos.

Amy dirigió una mirada rebelde a su padrastro, y después miró a su madre, que estaba colocando una cazuela de estofado en el fuego.

—No he terminado todavía. Cazador irá a buscar a esos mercenarios. Ya lo veréis. Morirán, no quedará ni uno. Y espero que Cazador se tome su tiempo para matarlos.

Rachel se santiguó con rapidez.

—No deberías decir algo así, Amy. Estoy segura de que no deseas un final así para nadie.

Amy se levantó de la banqueta.

—¡Lo deseé también para los comancheros! ¿Está eso mal?

—Eso es diferente.

—No, no lo es. Ellos me hicieron daño, y Cazador los mató. ¿Estás diciendo que no debería haberlo hecho?

—No. —A Rachel le tembló la mano al quitar la tapadera de la cazuela, los ojos fijos en Amy, la cara blanca—. Si Santos y sus hombres... —Se calló y tocó el hombro de su hija—. Amy, cariño. ¿Qué te...?

—¡Lo que me hicieron no importa! ¡Lo que importa es que Cazador vino y me salvó, madre! Y después luchó por mí. ¿Y dices que eso está mal?

Rachel le puso la mano en la cadera.

—No. Si Santos y sus hombres... si ellos... —Sus ojos se oscurecieron—. Deberían haber sido colgados. Aunque sé que no es mucho mejor que el que tu amigo Cazador los castigara por nosotros.

—¿Pero estaría mal que castigase a esos mercenarios?

Loretta dio un paso atrás.

—Amy, cariño, será mejor que dejemos esta conversación para después.

—¡No! ¡Quiero hablar de ello ahora!

El rostro de Rachel se había quedado blanco como la cal.

—¿A quién han hecho daño los mercenarios, Amy? Ellos están de nuestro lado.

—¿De nuestro lado? ¡Mataron a recién nacidos, madre! ¡Y a niños pequeños! ¿Estás diciendo que los niños indios no valen igual que nuestros niños?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿qué es lo que dices? —Las lágrimas se agolparon en sus ojos—. ¡Tú no estabas allí! ¡No lo sabes! ¡Pero yo sí! Vi lo que esos hombres hicieron. Vi sus caras mientras lo hacían. Espero que mueran. Espero que mueran de una forma lenta y horrible. —Apartó la cara—. Desearía estar de vuelta con Antílope Veloz, eso es lo que desearía.

Con esto, Amy salió corriendo hacia las escaleras del altillo. Su llanto resonó por toda la casa. Loretta se encontró siendo el centro de tres miradas acusadoras.

Mojándose el labio, dijo:

—Amy ha pasado una prueba muy dura. Necesitaremos un tiempo aún antes de que alguna de nosotras olvidemos, si es que alguna vez lo hacemos.

Rachel se volvió hacia las escaleras.

—No, tía Rachel, no. Déjala sola un rato. Hasta que se calme un poco.

—Pero ella me necesita, necesita hablar.

—Hablará contigo cuando esté lista —le dijo con amabilidad—. Necesita tiempo. Ella sabe que la quieres.

—Amy habla del bastardo de Cazador como si fuera uno de nosotros —bufó Henry.

Loretta se fue hacia la ventana y abrió el cuero que hacía de cortina para mirar en la penumbra. Agarró el alféizar con los dedos y clavó las uñas en la madera. Con la vista puesta en el cerro, recordó lo tierno que había sido Cazador con Amy cuando la trajo al poblado después de su terrible experiencia con Santos.

—Tío Henry, tú debes también saberlo. Ese bastardo al que tanto odias, es mi marido. —La madera se quebró entre los dedos de Loretta—. Me casé con él ante un sacerdote, y lo quiero. Aprendería mucho que no volvieras a hablar así de él en mi presencia.

Detrás de ella, la cocina se quedó tan en silencio que Loretta podía oír a los otros respirar. Rígida, esperó la reacción. No tardó mucho en llegar.

—¿Qué has dicho? —gritó Henry.

—Que Cazador es mi marido. —Repetir las palabras le dio coraje. Se dio la vuelta y dejó a sus espaldas la ventana para enfrentarse a su tío, que se había puesto de pie—. Estamos casados, y nuestra unión ha sido bendecida por la Iglesia.

—¿Te obligó?

—A diferencia de alguien que yo sé, Cazador nunca me ha forzado a hacer nada. —Se encontró con la mirada de Henry, consciente de que su significado no le había pasado desapercibido—. Nunca me ha maltratado, nunca me ha intimidado. Me siento orgullosa de ser su mujer. Cuando venga a buscarme, me iré con él.

—Jesús bendito, se ha vuelto loca —susurró Henry. Se hundió en la banqueta, como si fuera una nube de humo a la que acabasen de dejar sin aire—. ¿Que te irás con él? ¿Con los comanches? Rachel, haz que recupere el sentido. Nunca he oído nada igual.

Haciendo un gran esfuerzo por no seguir a Amy escaleras arriba, Rachel miró a su sobrina a los ojos y después suspiró.

—Supongo que si ella lo ama, Henry, nada de lo que pueda decir va a hacerle cambiar de idea. ¿Loretta? ¿Estás segura de esto?

—Sí, lo quiero con todo mi corazón.

—Te irás con él por encima de mi cadáver —bravuconeó Henry.

—Eso puede arreglarse —contestó Loretta en voz baja.

La cara de Henry se inflamó. Volvió a levantarse de la banqueta con los puños

cerrados y después recordó que tenían compañía. Pero incluso aunque el señor Steinbach no hubiese estado allí, Loretta no hubiese tenido miedo.

—¿Significa eso que no volveré a verte nunca? —preguntó Rachel con un hilo de voz.

Loretta dejó a un lado la posibilidad de que podrían irse a vivir a algún lugar remoto.

—Vendré a verte. Cazador prometió que me traería a menudo, y él nunca rompe una promesa.

—Por encima de mi cadáver... —Henry se mordió la lengua, el cuello hinchado de rabia—. Si cruzas esa puerta, Loretta Jane, nunca dejes que tu sombra vuelva a cruzarla. Ninguna mujer que se relacione con esos animales tiene el derecho de frecuentar a la gente de bien.

Loretta enderezó los hombros.

—Si es así como te sientes, entonces esperaré a mi marido fuera. —Y dándose la vuelta, se puso a andar hacia la puerta.

—Estás muy segura de ti misma, ¿eh? —ladró Henry—. Te lo digo en serio, jovencita. Sal por esa puerta y no serás bienvenida. ¿Y si él no viene?

—Vendrá.

Loretta abrió la puerta, salió al porche y cerró la puerta detrás de ella. Se sentó a esperar con la espalda apoyada en el pozo.

Una hora después, tía Rachel le trajo un cuenco con estofado. Loretta lo aceptó tratando de no mostrar su inquietud. Cazador debería de haber vuelto ya.

—Loretta Jane, si quieres volver a entrar, Henry dice que puedes. Todo lo que tienes que hacer es disculparte.

Loretta volvió a mirar en dirección al cerro. Cazador vendría.

—Gracias, tía Rachel, pero no. Ya he hecho mi elección. Además, él seguirá diciendo cosas de Cazador y prefiero estar aquí fuera antes que oírle.

—Lo amas de verdad, ¿eh? —Rachel se colocó la falda y se sentó, apoyando también la espalda en el pozo—. Cuéntame. Ayúdame a entenderlo.

Loretta sonrió.

—¿Por qué lo amo, quieres decir? —Su sonrisa se desvaneció, y suspiró—. Ah, tía Rachel, ¿cómo puede explicarse el amor? Cazador dice que proviene de un lugar secreto, y creo que tiene razón. Desde luego yo no traté de quererlo, ni siquiera de que llegara a gustarme. —Miró a Rachel un buen rato—. Odiaba a los comanches, más incluso que tío Henry, ¿recuerdas? Pero Cazador es un hombre bueno, un hombre maravilloso. ¿Qué más puedo decir? Si le hubieses visto cuidando de Amy después de... ¿Te lo ha contado ya Amy? ¿De lo que pasó con los comancheros?

—Las palabras no son necesarias. Soy su madre. Estaba ahí, en sus ojos. Tanto... odio, tanto miedo. No supe qué decirle, me cogió tan desprevenida. La violaron, ¿verdad? ¿Todo el grupo?

—Sí.

Rachel respiró hondo.

—¿Y Cazador los mató a todos?

—Hasta al último de ellos.

Cerrando los puños, Rachel apartó la cara un momento.

—Cada segundo que pasa me gusta más ese hombre.

—Cazador fue tan bueno con Amy. —La voz de Loretta se hizo más ronca conforme contaba la historia—. Amy nunca llegará a superarlo del todo. Supongo que lo que ocurrió la perseguirá siempre. Pero Cazador le devolvió su orgullo, tía Rachel.

—Lo sé. —Rachel miró a Loretta, angustiada—. ¿Quién es Antílope Veloz?

Al oír su nombre, Loretta sonrió y sintió una ola de calor por todo el cuerpo.

—El amigo especial de Amy.

—¿Especial?

—Su pretendiente. —Se aclaró la garganta, sin querer revelar demasiado—. Amy le tiene mucho cariño. Y él ha sido muy bueno con ella. Creo que es todo lo que debería decir. El resto debe contártelo Amy.

Rachel pareció aceptarlo.

—¿Es...? —Se calló y suspiró—. Dios, no puedo creer que esté preguntando esto, ¿es un joven respetable?

—Tan respetable como cualquier otro muchacho. Pero lo más importante, tía Rachel, es que a Antílope Veloz no le importa lo que los comancheros le hicieron a Amy, no de la forma en la que le importaría a un muchacho blanco. Le entristece que tuviera que pasar por algo así, desde luego, pero en su cabeza ella es aún casta y dulce, y maravillosa. Eso es muy importante para Amy, especialmente ahora, que está recuperándose. No deberías hablar mal de Antílope Veloz, ¿entiendes? Deja que las cosas sigan su curso. Los comanches creen que el pasado se lo lleva el viento. La experiencia de Amy se ha ido con él. Ella necesita creerlo así.

—Sí. —La boca de Rachel se torció, temblando—. No diré nada en contra de su Antílope Veloz. Dios sabe que necesita un amigo especial en estos momentos. —Echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Después de un rato, pareció volver de sus pensamientos y suspiró. Cogiendo la mano a Loretta, le preguntó—: ¿Crees que le gustaré a ese Cazador tuyo?

Loretta puso el cuenco a un lado y abrazó con fuerza a su tía.

—Ah, tía Rachel, te quiero. Me hace tan feliz tener tu bendición.

De repente, Rachel se puso rígida.

—Hablando del rey de Roma, aquí viene.

Loretta se puso de pie, llena de alegría, y corrió hacia la cancela de la finca. Arriba en el cerro pudo ver la figura de los jinetes silueteada contra el cielo oscuro. Los comanches acortaron riendas y formaron filas ordenadas. Loretta se detuvo. Incluso a esta distancia y con la escasa luz pudo ver que los hombres traían la cara pintada de guerra. Se le cayó el alma a los pies. ¿No pensaría Cazador que se había

marchado voluntariamente con los asesinos de su gente?

—Entra en casa, tía Rachel —dijo Loretta.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No estoy segura. Está enfadado.

—¡Entonces entra conmigo!

Loretta se tragó el miedo. Uno de los indios sobresalía entre los demás, con el pecho ancho y los hombros erguidos. Cazador. Fijó la vista en él. Un mes antes hubiese salido huyendo aterrorizada. Pero ya no volvería nunca a huir de él.

—Entra en casa, tía Rachel. Tranca la puerta. ¡Haz lo que digo!

Loretta empezó a caminar de nuevo, asustada, aunque no lo suficiente como para salir huyendo. Un grupo de comanches en pie de guerra era algo impresionante incluso para ella, pero el hombre al que amaba cabalgaba con ellos. Antes de llegar a la cancela, los guerreros avanzaron con los caballos. Sin embargo, en vez de atacar, como había temido que pudieran hacer, rodearon la propiedad a caballo, poniendo lanzas en la tierra a pocos metros de distancia. Una vez más, Cazador había venido a marcar su casa.

Casi al mismo tiempo de comprender esto, se dio cuenta también de que Cazador no marcaría la propiedad si pensase llevarla con él. Iba a dejarla. Echó a correr hacia él.

—¡Cazador! ¡Cazador, por favor...! —Llegó a la cancela y vio desesperada e impotente cómo los guerreros pasaban ante ella a toda velocidad, dejando una nube de polvo a su paso. No podía saber quién de ellos era Cazador—. ¡Cazador, al menos, habla conmigo!

Si la oyó, hizo como si no hubiese sido así. Unos momentos después, el grupo de guerreros desapareció detrás del cerro. Loretta se quedó allí de pie, mirándolos. ¿Iba Cazador a divorciarse de ella por el ataque de los *tosi tivo*?

Aunque se sentía muy dolida, era incapaz de sentir rencor. Era culpa suya si él la dejaba. La noche antes del ataque, había jurado que lo dejaría si él no se marchaba con ella. Había insistido para que eligiera entre ella y su pueblo. Eso era lo que había hecho. Su padre y otros muchos habían muerto. Su honor le pedía venganza.

Se puso la mano en el pecho, sobre el medallón que llevaba su marca. Echando atrás la cabeza, gritó su nombre, rezando para que la oyese y volviera. Esperó y rezó. Pero nunca volvió.

—¡Loretta! Vuelve a la finca —gritó Rachel.

Loretta se dio la vuelta, abrazándose la cintura, con el cuerpo ligeramente doblado para contener las lágrimas que la oprimían.

—¡Tía Rachel, me ha dejado, me ha dejado!

Rachel vino corriendo. Rodeándola con los brazos, gritó.

—Ay, cariño...

—¡Me abandona! —Una vez más Loretta echó la cabeza hacia atrás—. ¡Cazadooooooooor!

El grito se alejó con el viento, agudo y lastimero. De repente él reapareció en lo alto, una figura solitaria a caballo, una silueta negra en contraste con el cielo. Por un momento Loretta pensó que se lo estaba imaginando de lo mucho que había deseado que volviese. Entonces, levantó el brazo en un saludo silencioso, saludándola como un guerrero saludaría a otro. Honrándola. Loretta se soltó del abrazo de Rachel y caminó tambaleándose hacia él, bebiendo de su imagen. Quería estar junto a él. Tenía que hacerle entender esto. Él no tenía que elegir entre su gente y ella. Se había equivocado, y mucho.

—¡Cazador! ¡Llévame contigo! ¡Te quiero! —gritó—. ¡No pensaba lo que decía! ¡No lo pensaba!

Él se quedó allí, con el brazo en alto, durante unos segundos devastadores. Después le hizo dar la vuelta a su semental y desapareció. Con los ojos amoratados, Loretta siguió mirando hacia allí mucho tiempo después de verle desaparecer. Le había pedido que eligiera, y lo había perdido. Sus piernas parecieron ceder ante el peso de su cuerpo, le dolía tanto el pecho que no podía respirar.

—¡Caazadoooooor!

El viento rozó sus mejillas, cogió su nombre y lo alejó de ella. Se cruzó de brazos y sofocó el llanto, con la mirada fija en el cerro. Nunca volvería a mirar en esa dirección sin ver su figura dibujada en el horizonte.

El viento le trajo su nombre, en un grito apenas audible, pero igual de estremecedor, como el susurro de un alma perdida que busca consuelo. Él detuvo el caballo y se incorporó para captar el sonido en su totalidad, los dientes apretados, los ojos cerrados, la respiración contenida luchando por salir de su garganta. Cazador. Su mujer seguía llamándole. Cuando empezase a matar a su gente, ¿seguiría llamándole del mismo modo?

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no volver junto a ella. Le horrorizaba tener que hacerle daño de esta manera. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que luchar la gran lucha por su pueblo. No tenía alternativa. Mientras estuviese ahí fuera luchando, quería que Loretta estuviese en un lugar seguro. Después del ataque a su poblado, no le cabía ninguna duda de que estaría más segura entre su gente. No podía controlar a los *tosi tivo* y sus ataques, pero sí podía hacer que ninguno de los suyos atacase la casa de madera de Loretta.

Otro grito atravesó la noche. ¡Cazador! Abrió los ojos, escudriñando la nube de polvo que se extendía ante él. Su honor le esperaba, pero su corazón lo dejaba atrás. Al galope, se inclinó sobre el cuello de su caballo y dejó que el viento le diera en la cara y le devolviese la voz de su amada mientras corría con los otros guerreros.

Capítulo 26

*D*urante los días que siguieron, los comanches atacaron para vengar la muerte de los suyos. Llegaron noticias de que los mercenarios habían sido todos asesinados cuando se dirigían a otro poblado comanche. Las historias de Cazador que llegaron a la granja de los Masters eran horribles, algunas resultaban incluso sorprendentes. Por muy brutalmente que los indios estuviesen haciendo la guerra, Cazador seguía sin matar a mujeres y niños. Los ojos de Loretta se llenaron de lágrimas cuando una patrulla fronteriza del fuerte Belknap le dijo que en algún lugar a lo largo del río Rojo, Cazador había cabalgado hasta una mujer de pelo amarillo y la había saludado. Loretta sabía que Cazador esperaba que ella oyese de algún modo esta historia y comprendiese el mensaje que estaba enviándole.

Ella lo entendió, y lloró porque conocía el significado. Con cada ataque perpetrado por los indios, la fosa entre Cazador y ella se agrandaba.

Cuando el horror era insoportable, justificaba las acciones de los indios recordando cómo habían atacado antes su poblado. Recordaba a Muchos Caballos, un anciano frágil que murió cuando trataba de salvar a un niño. Pensaba en aquella india aterrada que corría para salvar su vida y la de su hijo, y que fue atravesada por detrás con el sable. Se dio cuenta ahora de que no había buenos ni malos, ni cosas que estuviesen bien o mal, solo gente luchando por sus vidas. Gente maravillosa, que vivía, y amaba, y reía.

Pensaba a menudo en Búfalo Rojo, aceptando finalmente lo que Cazador había tratado de explicarle tantas veces, que los hombres buenos a veces se veían impulsados a hacer cosas horribles. Búfalo Rojo había cometido actos imperdonables, pero por fin Loretta podía ahora mirar en lo profundo del hombre y tratar de entenderle. Agradecía a Dios haber podido salvar la vida de Búfalo Rojo, porque sabía que ahora él protegería a Cazador con la misma ferocidad con la que una vez había tratado de salvar a Cazador de su futuro al lado de una mujer *tosi*.

Casi dos meses después de que Cazador se despidiese de ella, Loretta fue una mañana al excusado que había fuera de la casa y se puso a vomitar violentamente. Se sintió tan débil que se sentó en el suelo de fuera, con la espalda apoyada en la pared del excusado. Tenía la cara empapada en sudor. Cerró los ojos, pensando que iba a desmayarse.

—Por el amor de Dios, Loretta Jane, ¿qué te ocurre?

Loretta abrió los ojos y vio a su tía que se acercaba. Trataba de elegir el mejor camino a través de la hierba, para no pincharse los pies descalzos. Llevaba puesto el camisón y la brisa de la mañana lo inflaba y le daba un aspecto voluminoso.

—Me encuentro mal. ¿Tienes algo de bergamota? Necesito uno de tus tés. Tengo el estómago fatal.

Rachel se puso en cuclillas y le puso la mano en la frente.

—No tienes fiebre. ¿Cuándo ha empezado?

Loretta frunció el ceño, pensativa.

—Esta mañana. Aunque ahora que lo pienso, me sentí también mareada hace unas cuantas mañanas.

Rachel arrugó el ceño, con la vista fija en Loretta.

—¿Vértigos?

—Ayer. Pensé que era por el calor.

—¿Desde cuándo no te viene el período?

Loretta echó atrás la cabeza, tratando de recordar.

—Creo que fue... —Abrió los ojos, y se puso la mano en el abdomen.

Rachel suspiró.

—Me temo que el té de bergamota no te ayudará. —Guardó silencio un momento—. Loretta Jane, normalmente no preguntaría esto a una mujer. ¿Quieres que vaya a buscarte algo de hierba lombriguera?

—¿Para qué?

Rachel puso la vista en el granero.

—En los primeros meses, unas cuantas dosis de esta hierba pueden librarte del problema.

¿Problema? Loretta se quedó mirando a su tía, tratando aún de asimilar el hecho de que estaba embarazada. No se sentía embarazada. Pero si lo estuviese, no se le ocurriría pensar en abortar.

—Tía Rachel, ¿pero cómo puedes siquiera preguntarme algo así?

—Que Dios me castigue con la muerte, pero tengo que hacerlo. No son buenas noticias, cariño. Ya sería malo si fuera un niño blanco, sin marido y eso. Pero ¿quedarse embarazada de un comanche sin estar casada? Eso es un desastre.

—¡Pero yo estoy casada! ¡Estoy casada con todas las de la ley!

—Cariño, no tienes anillo, ni papeles, ni testigos, ni siquiera un apellido. Y ningún hombre a tu lado. ¿Quién te creará?

—No me importa quién me crea. Yo lo sé. Eso es suficiente.

—Para ti, tal vez. ¿Pero cómo crees que se sentirá tu hijo creciendo como un bastardo?

Loretta se sintió como si le hubiesen dado un guantazo en la cara. Un bastardo. ¡Estas palabras tenían un sonido tan horrible! Se abrazó la cintura y un intenso instinto de protección la inundó de repente. El hijo de Cazador. Lo amaría con todo su corazón.

—Ah, tía Rachel. Un niño. Cazador no me ha dejado, después de todo.

Rachel dejó caer las manos.

—Dímelo cuando intentes alimentarlo en el invierno. Henry es tan cretino que probablemente me abandonará si dejo que te quedes aquí. Las tres solas no tendremos muchas posibilidades de sobrevivir.

—Entonces me iré.

—No harás tal cosa. He dicho que no será fácil, no que sea imposible. —Irguió los hombros y perdió la vista en la distancia por un momento. Cuando volvió a mirar a Loretta, había un brillo de determinación en sus ojos azules—. Al veros a ti y a mi hija, al ver cómo habéis sobrevivido a cosas que cualquier otra mujer no hubiese podido... —Se mojó los labios—. Esa fortaleza interior proviene de vuestros antepasados, de mí. Os he enseñado a permanecer de pie y a luchar. Os he criado como mujeres orgullosas. Y últimamente, me miro en el espejo y me pregunto dónde ha ido a parar la antigua Rachel.

—Ah, tía Rachel, solo has hecho lo que pensaste que sería mejor para mí y para Amy.

Rachel asintió.

—Sí. Pero llega un momento en que debemos cruzar la línea. —Suspiró y levantó los ojos, con una sonrisa tímida en los labios—. Si esa línea está entre un recién nacido y Henry, le daré una patada en su gordo trasero y lo mandaré a la casa de placer de Jacksboro, diciéndole que no vuelva de allí nunca más.

Sorprendida, y sin saber muy bien cómo debía reaccionar, Loretta dijo:

—¿Casa de placer?

—No creerás de verdad que va allí solo para conseguir tabaco y café o para traernos el anuario femenino, ¿verdad? —Rachel tocó a Loretta en el hombro—. No me mires con esa cara de pena. Me deja sola una vez casi todos los meses. Me parece una bendición del cielo.

Loretta echó atrás la cabeza y se rio con todas sus fuerzas.

—¿Tío Henry frecuenta una casa de placer? ¡Ay, tía Rachel, apuesto a que esas mujeres doblan su precio cada vez que lo ven aparecer!

—No lo dudes —dijo Rachel con aspecto sombrío—. Henry es todo menos un amante. He perdido demasiados años de mi vida agachando la cabeza ante él. No quiero hacerlo por más tiempo. Puedo arreglármelas sin un hombre. Ya lo verás. —Se puso en pie y le tendió una mano a Loretta para ayudarla—. Vamos, pequeña madre. Te prepararé algún remedio que te quite las náuseas.

—Ah, tía Rachel, ¿crees que es de verdad?

—Y tanto. Será mejor que empecemos a coser ropa nueva. Tengo algo de franela por ahí. Nos servirá bien.

Loretta sonrió, respiró hondo y se pasó la mano por la frente.

—¡Me siento tan feliz, tía Rachel!

—Disfrútalo al menos hasta que se lo diga a Henry.

—¿Tenemos que decírselo ahora mismo?

—Cariño, si vas a vomitar por la mañana antes de llegar al excusado, se va a enterar de todas formas. Será mejor que encendamos nosotros la mecha para estar prevenidas cuando llegue la explosión.

No era posible prepararse para las explosiones de Henry. Aunque Loretta estaba preparada, saltó igual con el primer gruñido.

—¿Que estás qué?

—Voy a tener familia.

Con un tirante arriba y otro abajo, la camisa desabrochada hasta la mitad y los pies descalzos, Henry estaba listo para coger un berrinche. Las manchas de la cara se le pusieron de un morado inquietante. Los ojos se le hincharon como canicas azules y gritó:

—¿Vas a tener un bastardo comanche?

—No es un bastardo. Conozco a su padre.

Henry cerró la boca como si fuera un pez. Llevándose un dedo a la nariz, bufó.

—Te diré lo que haré si tienes un mocoso indio. Lo colgaré por los pies y le sacudiré el cerebro, eso es lo que haré.

A Loretta se le hizo un nudo en el estómago. El miedo por su hijo le hizo dar un paso atrás.

—Calla, Henry.

La voz de Rachel sonó tan suave, tan tranquila, que por un momento ni Loretta ni Henry se giraron para mirarla. Entonces Loretta registró el ruido que había oído. Su tía estaba junto al estante de los rifles. Tenía una Spencer en las manos y con el cañón apuntaba al suelo, pero estaba lista, a juzgar por su postura, a apoyar la culata contra el hombro.

—¿Qué has dicho? —dijo Henry, rechinando los dientes.

—He dicho que te calles Henry. —La voz de Rachel seguía siendo suave, pero el brillo en sus ojos eran de una persona dispuesta a luchar hasta la muerte—. He aguantado tu mezquindad durante casi nueve años. Se acabó. Vas a disculparte ante Loretta Jane ahora mismo.

—¿O si no qué?

Rachel levantó una ceja, amenazándole.

—Si no, bueno, creo que eres demasiado grande para colgarte de los pies y golpearte el cerebro. Así que tendré que dispararte. Ahora discúlpate. No admitiré ese tipo de comentarios en mi casa.

—¿En tu casa?

—Eso he dicho.

Henry hizo muy buen trabajo tratando de parecer que estaba reflexionando. Con las manos en la cadera, dobló una rodilla y miró al rifle.

—Rachel, cariño, ahora mismo tienes un arma en las manos, pero muy pronto tendrás que dejarla y ponerte a cocinar. Y cuando lo hagas, voy a ponerte como un tomate ese culo gordo que tienes. Ahora te sugiero que seas tú la que se disculpe. Si consigues ser convincente, tal vez pueda llegar a olvidar que todo esto ha pasado.

Loretta pensó que la bravuconería podía funcionar. Tía Rachel nunca había pasado demasiado tiempo enfadada, y Loretta no creía que pudiera estarlo durante

más de diez minutos. En esta ocasión, sin embargo, su tía la sorprendió. En vez de disculparse, apretó la mandíbula y levantó la barbilla.

—Henry, si me tocas cuando esté cocinando, te rajaré de arriba abajo con el cuchillo de la carne. Estoy hasta las narices de ti.

—¡Dame el arma! —Henry se acercó a ella.

Rachel apuntó. La explosión cogió desprevenida a Loretta, que dio un brinco asustada. Henry saltó hacia atrás, levantando los pies del suelo todo lo que pudo.

—¡Dios Bendito, has estado a punto de dispararme en los pies, maldita estúpida!

—La próxima vez no fallaré.

Henry escupió al suelo, tan fuera de sí que parecía que iba a estallar.

—Rachel, te lo juro, pienso hacerte la vida imposible por esto.

—Tócala, tío Henry, y te golpearé la cabeza con un leño hasta que pierdas el sentido —intervino Loretta.

—Y si con eso no es suficiente, ¡yo me encargaré de terminar contigo! —gritó Amy desde las escaleras del altillo—. ¡Bien hecho, madre! ¡Dale al viejo sapo lo que se merece!

Rachel volvió a poner la Spencer en el estante.

—¿Y bien, Henry? Parece que somos tres contra uno. ¿Vas a disculparte con Loretta Jane o no? —Se encogió de hombros—. Supongo que también puedes largarte, si eso te apetece más. Pero si te quedas, tendrás que disculparte antes del desayuno.

Henry cerró los puños, temblando. Loretta se movió hacia la chimenea y cogió un trozo de leña, por si tuviera que necesitarla. Amy bajó las escaleras, lista para hacer lo mismo.

—Te juro que no sé qué es lo que le está pasando al mundo —gruñó Henry—. ¡Las mujeres rebelándose y tratando a los hombres como si se hubiesen vuelto locas! Podría acabar con vosotras tres y liarme un cigarrillo al mismo tiempo.

—Entonces sé un hombre y hazlo —le retó Amy—. Si no, di a Loretta que lo sientes, como te ha dicho mi madre.

Henry dudó, como si considerase las opciones que tenía, tal y como eran.

—¡Pues ni que hubiese ya hecho daño al niño! —gruñó—. Si Loretta Jane no tiene el cerebro para pensárselo mejor, entonces tendré que disculparme.

—Aceptadas —murmuró Loretta.

Henry se levantó el tirante izquierdo y se pasó la mano por el pelo, mirando el agujero que Rachel había hecho en la madera.

—¿Qué demonios vas a decir a la gente que nos ha pasado en el suelo, mujercita? Rachel sonrió.

—¡Cómo! Les diré lo rápido que te ocupaste de él y lo arreglaste, Henry. No podemos tener agujeros en el suelo, ¿no crees?

Ya tarde, esa misma noche, Loretta salió y se sentó en lo alto de la valla de madera, cerca de la cancela de entrada, agitando los pies al aire y mirando al cerro. Rachel había ganado el primer asalto con Henry, pero ella aún tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle al niño cuando naciese. Se le pasaba por la cabeza buscar a Cazador, ¿pero cómo? Podía estar en cualquier sitio, y el radio de terreno era grande. Eso, si había sobrevivido a los últimos ataques desde la última vez que tuvo noticias suyas. «Por favor, Dios, deja que Cazador viva. Tráemelo de vuelta.» El deseo de tenerlo cerca le dolía en el pecho.

Las lanzas, tumbadas como soldados borrachos en una noche de guardia, se alineaban por el perímetro de la propiedad, las plumas ondeando al viento y sus astas esbeltas negras a la luz de la luna. Henry había aprendido la lección después de la visita de los comancheros. Esta vez había dejado las lanzas donde estaban. Loretta se preguntó cuál de ellas sería la de Cazador. Si lo supiese, la cogería y la guardaría dentro de la casa. Un recuerdo para su hijo. Podría ser que el niño no tuviese nada más de su padre.

Con la cabeza hacia atrás, se quedó observando la luna. La Madre Luna, como la llamaba Cazador. El viento le acariciaba las mejillas. Loretta cerró los ojos, pensando en las cuatro direcciones. Bajo ella estaba la Madre Tierra. Por la mañana, el Padre Sol le mostraría su rostro por el este. ¿Dioses de un hombre primitivo? Loretta sonrió. Cazador adoraba las creaciones de Dios, los signos visibles de su grandeza. Un Dios con muchas caras, y cada una de las ellas miraba en una dirección.

¿Estaría Cazador allí fuera, mirando al cielo como ella? ¿Estaría rezando? «Por favor, Madre Tierra, haz que esté bien. Guíale en un gran círculo hacia mí.» En voz alta, susurró:

—Te quiero, Cazador. Te necesito. Tu hijo te necesita. —Deseó que sus palabras viajaran en el viento y le dijeran que lo amaba. Al día siguiente, cuando saliese el sol, rezaría para que la luz dorada le recordase a ella, a su mujer de cabellos dorados. «Vuelve a mí, Cazador.»

Bajando de la valla, Loretta hundió las rodillas en el suelo e hizo la señal de la cruz. Después empezó a rezar, a su Dios, a los de Cazador. Sintió una paz inmensa. Él encontraría la forma de llegar a ella.

Loretta estiró el hilo, revisó los bordes de la costura y después metió la aguja en otro trozo de tela. Podía sentir la suavidad de la franela bajo sus dedos. Se imaginó esa tela calentando a un cuerpo diminuto y sonrió. Pisando una vez más para que la mecedora siguiera moviéndose, alzó los ojos hacia su tía.

—¿Sabes? Debería empezar a pensar en el nombre. Debo estar ya de más de dos meses. El nombre es importante. Sobre todo para este niño.

—¿Por qué es especial para este niño? —preguntó Rachel, levantando la mirada del pan que estaba amasando—. Los nombres son importantes para todos.

Loretta suspiró.

—Bueno, teniendo a Cazador como padre, tengo que pensar en nombres que él aprobaría.

—Como llames a este niño Agua Corriente te desheredo.

Loretta se rio.

—No sé. Después de hacer el dobladillo a todos estos pañales, creo que Agua Corriente no le iría del todo mal.

Rachel levantó los ojos y sacudió la cabeza, con un aire de tristeza.

—A menos que el padre de este niño venga finalmente a recoger su equipaje, la criatura tendrá que crecer en la sociedad de los blancos. Ya es suficiente desgracia que no tenga padre, así que es obligatorio que tenga un nombre bonito y normal.

Amy dobló la página del libro de lecturas.

—Lo que necesitas es un bonito nombre blanco con un significado indio que le guste a Cazador.

Preocupada por el futuro de su hijo, Loretta trató de sonreír.

—¡Vaya, Amy, esa es una idea estupenda!

Rachel dejó la masa un momento y frunció el ceño.

—Soy bastante buena con los nombres. Dejad que piense en ello.

—Algo que llame la atención para un chico, mamá. —Amy se mordió el labio—. Ya sabes, como Gran Luchador. O Rey Sabio. Tienes que acordarte de cómo piensa Cazador. Ellos dan a los chicos grandes nombres.

—¿Antílope Veloz, por ejemplo? —sonrió Loretta.

—Le hace parecer que tenga una cola que mover, ¿verdad? —A Amy se le pronunciaron los hoyuelos de las mejillas—. Por supuesto, él odia el nombre de Amy, así que estamos iguales. Dice que suena como el balido de una oveja.

—En la manera en la que él lo pronuncia, desde luego que suena así.

—¿Y si llamamos al niño como su padre y su tío Guerrero juntos? —preguntó Rachel—. Chase Kelly. Chase significa Cazador y Kelly significa guerrero.

Loretta dejó descansar la costura en su regazo, con la mirada soñadora.

—Chase Kelly... Chase Kelly. Suena bien, ¿verdad?

—Estaría mejor con un apellido —comentó Rachel.

—¡Lobo! —gritó Amy—. Eso es lo más parecido a un apellido que podrás conseguir de Cazador.

—Chase Kelly Lobo. —Loretta saboreó el nombre un rato, acariciándolo con la lengua—. Me gusta. ¿Qué piensas, tía Rachel? Lobo como apellido no es tan extraño, ¿verdad?

—A mí me parece precioso. Y si Cazador viene algún día, no podrá quejarse demasiado. Cazador Guerrero es mucho mejor que Calzones Agujereados.

—¡Agua Corriente! —corrigió Loretta.

—Lo que sea —sonrió Rachel—. Si es niña, ¿qué te parece Nicole? Significa «mujer victoriosa para su pueblo».

—Ah, me gusta eso —susurró Loretta—. A Cazador le encantaría.

Rachel sonrió.

—Nicole Lobo. Si tiene los ojos de su padre, Indigo le iría perfecto. Nicole Indigo Lobo.

—No suena bien —protestó Amy—. ¡Indigo Nicole Lobo, eso me gusta más!

—Indigo Nicole. —Las lágrimas quemaron los ojos de Loretta. Una mujer victoriosa para su pueblo—. Sí, es bonito, para ambos mundos.

—Tu nombre tampoco está mal. Seguro que no sabes lo que significa. —Rachel dobló la masa y después la miró con una sonrisa burlona—. Lo elegimos tu madre y yo, sobre todo por el significado.

—Es una variación de Laura, ¿no? ¿Corona de laurel o algo así?

—Ese es el significado más conocido. Pero en el libro de nombres de tu madre, significaba otra cosa.

—¿Y bien? Suéltalo. —Loretta esperaba, sin quitar la vista de su tía—. ¿Qué significa? ¿Pecho plano y escuálida?

Rachel se echó atrás y rio.

—¿Pecho plano y escuálida? Loretta Jane, te juro que nadie podrá decir de ti que eres una prepotente. Significa «la pequeña sabia».

Loretta se quedó blanca como la pared y puso los pies en el suelo para detener la mecedora.

—¿Significa qué?

—La pequeña sabia —la sonrisa de Rachel se desvaneció—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué ocurre?

Loretta puso la costura a un lado y se puso de pie.

—Nada, tía Rachel. Na... nada. —Recorriendo la habitación con los ojos, Loretta se pasó la parte exterior de la muñeca por la frente, como si nada de lo que estaba pasando fuera real—. Yo, esto, creo que saldré a tomar un poco el aire.

Después de salir corriendo de la casa, Loretta cruzó a toda velocidad el jardín y se recostó contra la valla, su lugar favorito porque desde allí podía ver el cerro. «La pequeña sabia.» Aún un poco mareada por la impresión, puso la mirada perdida en la distancia, recordando la noche en la que Cazador le había recitado su canción. «Los antepasados la llamarán Pequeña Sabia...»

Escudriñó el cerro y por primera vez tuvo la certeza de que ella y Cazador estaban destinados a estar juntos. Trató de recordar todas las palabras de la canción. Lo consiguió a cachos. «Entre ellos se interpondrá un profundo barranco de sangre.» Y una vez había dicho que era una leyenda estúpida... Ahora pensaba de otro modo. Se habían cumplido demasiadas cosas de ella como para burlarse. Un barranco de sangre. Loretta cerró los puños. Cazador volvería con ella. No sabía cuándo, ni cómo, pero de repente estuvo segura de que la canción, que una vez había sido una

maldición para ella, se había convertido en su mayor esperanza.

El olor a heno quemado impregnó las fosas nasales de Cazador. Se movió lentamente hacia la maleza, con cuidado, con la piel de gallina y los sentidos alertas como siempre que la muerte caminaba a su lado. Un *tosi tivo* había salido corriendo del granero para esconderse allí. Cazador lo había visto. Podía encontrárselo en cualquier momento, con el cuchillo preparado. Deteniéndose, trató de controlar la respiración y escuchar, sujetando con fuerza el hacha en una mano.

Oyó el ruido de una rama al quebrarse. Cazador localizó el sonido y se dirigió hacia él. Vio un resplandor azul que sobresalía entre una mata de hierba amarilla. Con la barriga en el suelo, se deslizó hacia delante en silencio. De repente, el hombre blanco dio un salto y se puso el rifle en el hombro. Cazador rodó de forma instintiva. La carga terminó haciendo un agujero inofensivo en el suelo. Poniéndose en pie, Cazador se lanzó hacia él antes de que pudiera cargar una segunda vez o sacar el cuchillo.

El hombre gritó mientras caía hacia atrás por el peso de Cazador. Después de un breve forcejeo, el comanche ganó ventaja, se puso a horcajadas sobre el hombre y levantó el hacha. En el instante en el que estaba listo para bajar la hoja que habría de partir al hombre en dos, Cazador fijó la vista en el rostro de su enemigo, pálido de miedo, sus ojos como dos esferas azules gigantes.

«¿Podrías levantar tu hoja contra un hombre de ojos azules y no pensar en mí, Cazador?»

El cuerpo se le puso tenso. Miró a los ojos azules del hombre y trató de bloquear el eco de la voz de Loretta en su mente. El hombre blanco lo miró a su vez, con la garganta congestionada y la piel reluciente de sudor.

—¡Cazador, date prisa! ¡Debemos reunirnos con los otros!

La voz de Guerrero le devolvió a la realidad. Tensó el brazo y trató de bajar el hacha. Pero era como si una mano invisible le sujetase la muñeca. Oyó el sonido de los pies de Guerrero al pisar la maleza. La respiración de Cazador se hizo rápida e irregular. No podía mirar a este hombre a los ojos y matarlo. Era como volver la hoja contra sí mismo.

Cuando Guerrero apareció tras la alta hierba y vio a Cazador a horcajadas sobre el hombre blanco, se detuvo.

—¡Mátalo! ¡Rápido! Veo humo que viene de la otra granja. Han terminado allí. ¡Tenemos que encontrarnos con ellos y salir de aquí!

—No puedo —carraspeó Cazador.

—¿Qué?

La pregunta de Guerrero se quedó en el aire, como una acusación. Cazador se puso en pie, con la vista clavada en el *tosi tivo*. El hombre lo miró sin creer lo que le estaba pasando.

—*Mea-dro*, vamos —gruñó Cazador.

Guerrero no se movió, mirándole con desprecio. Cazador tragó saliva. No tenía palabras para explicarlo. No estaba seguro de que Guerrero pudiera entenderlo, incluso aunque las tuviera.

—¿Vas a dejarle vivo?

—¡Sí!

—¿Por qué?

Cazador rozó a su hermano al pasar y se puso a caminar deprisa.

—Sus ojos.

Cazador llegó al caballo antes que Guerrero. Después de montar, se giró y miró hacia la pequeña granja, donde sabía que se escondían una mujer y dos niños. Guerrero se dirigió hacia allí con su montura. Los dos hermanos se miraron, extraños por primera vez en sus vidas.

—Quizá sea porque estamos muy cerca de las paredes de madera de tu Loh-rhett-ah, ¿verdad?

—Quizá —contestó Cazador con voz apagada.

Él y Guerrero azuzaron a sus caballos para avanzar, cerrando filas con los otros guerreros que los habían ayudado a perpetrar el ataque. Búfalo Rojo se puso a su altura. Por encima de la arboleda pudieron ver la nube de humo negro que se elevaba al cielo. Durante varios días los hombres de Cazador habían cabalgado con otra tribu. Hoy los dos grupos se habían separado, los hombres de Cazador habían atacado allí y los otros la granja cercana. A juzgar por el humo, los otros guerreros habían prendido fuego a algo más que a los alrededores.

Al llegar al claro, después de salir de la arboleda que rodeaba el río, el grupo de Cazador detuvo a sus caballos. Habían quemado la casa y todo lo demás, lo que significaba que no habían dejado supervivientes. Cazador fijó la atención primero en el humo negro y después en la cúpula de los árboles que había más allá. La casa de Loretta estaba a solo a unos cuantos kilómetros río abajo.

Apesadumbrado, Cazador cabalgó con sus hombres por las casas arrasadas para cerrar filas con los otros indios. Conforme iban acercándose al jardín que rodeaba la propiedad, Cazador aminoró la marcha del caballo y fijó los ojos en los cuerpos inertes que yacían en el suelo. Entonces oyó un revuelo de calicó levantado por el viento y detuvo el caballo. La rabia le secó la garganta, y le produjo un escozor en la lengua. Empezó a temblar. Una mujer y dos niños pequeños. Cazador supo sin necesidad de acercarse más que no habían tenido una muerte rápida.

Loretta seguía pensando en las palabras de la profecía. Sentada en la valla, con las piernas colgando, miraba con atención los agujeros de sus zapatos. Eran viejos, un par que había guardado solo por si los necesitaba. Los buenos de caño alto estaban en el poblado de Cazador. Echaba de menos sus mocasines y el sentimiento de libertad

que su falda y su camisa de ante le daban. Ese tipo de ropa, sin embargo, provocaba miradas de asombro ahora que estaba entre los blancos. El sol de agosto le pegaba en la nuca, caliente e implacable. Sería mejor que volviese dentro. Con dos capas de muselina y el calicó por encima, una mujer podía torrarse en este calor si no se quedaba a la sombra. Además, tía Rachel estaría ya a punto de empezar a poner el pan al horno y necesitaría ayuda para empezar a preparar la cena.

Suspirando, Loretta echó atrás la cabeza. Durante varios segundos, estuvo tan absorta pensando en Cazador que no vio lo que tenía ante los ojos. Entonces fijó la vista en la nube de humo negro que flotaba en el cielo. Humo. Algo les había pasado a los Bartletts.

Se bajó de la valla de un salto y corrió hacia el granero.

—¡Tío Henry! ¡Tío Henry! Algo pasa en casa de los Bartletts. ¡Hay humo!

Henry salió corriendo del granero y se puso la mano en forma de visera para no deslumbrarse con el sol.

—¡Maldita sea! Parece como si la granja entera estuviese ardiendo.

Un temor frío y sofocante se instaló en el pecho de Loretta.

—¡Dios mío! —Se puso una mano en la barriga—. ¡No, Dios mío! ¡Los Bartletts no!

Henry rodeó el granero a la carrera para ensillar a *Ida*. Loretta le siguió para sujetar el potro mientras su tío le ponía la cincha de la silla y ajustaba los estribos.

—Ve a traerme la Sharps y una talega de cartuchos, Loretta Jane. Me reuniré contigo frente a la casa.

—¿No crees que deberías ir a buscar a Tom? Si son los indios, podrías meterte en problemas.

Él hizo un gesto hacia el perímetro exterior de la propiedad.

—Me llevaré una de esas condenadas lanzas. Esto me protegerá de los indios mejor que Tom.

Loretta dio media vuelta y corrió hacia la casa. Para cuando quiso terminar de contarle a tía Rachel lo del humo y hubo cogido la munición para Henry, su tío ya estaba afuera esperando. Las tres mujeres salieron al porche.

—Ten cuidado, Henry —recomendó Rachel.

—Por la cantidad de humo, diría que el ataque ha terminado.

Rachel lanzó una mirada asustada al cielo negro. Una mueca de resignación se dibujó en su pálido rostro.

—Si lo ves mal, vuelve a por nosotras. Necesitarás una mano para cavar.

Henry volvió dos horas después, con la cara llena de hollín y los ojos hundidos. Las mujeres salieron a reunirse con él. Él ató a *Ida* al poste del porche y subió la escalinata arrastrando los pies, con los hombros caídos. No tuvo que decir nada. Loretta bajó la cabeza. Los Bartlett. Todos. Si hubiese habido supervivientes, Henry

hubiese instado a Rachel para que fuera a atenderlos.

—Creo que será mejor que vaya a enganchar las mulas al carro —dijo Loretta con voz apagada.

—Te ayudaré. —Amy saltó desde el borde del porche y después se puso a esperar a Loretta. Cuando esta la alcanzó, se puso a caminar junto a ella—. Apuesto a que han sido los comanches.

—Pero no Cazador —puntualizó Loretta—. La señora Bartlett y los niños. Tío Henry no lo ha dicho, pero deben de estar muertos.

Amy suspiró.

—No, no ha sido Cazador.

El calor del mortecino fuego golpeó a Loretta en la cara, secándole los ojos hasta tener la sensación de que se le habían pegado las pestañas. El humo le picaba en la garganta. Una ráfaga de aire levantó la falda de calicó de la señora Bartlett, que revoloteó sobre las marcas azules de sus muslos. Violada y asesinada. El tiempo volvió atrás y por un momento Loretta se encontró junto a su madre otra vez. Entrecerró los ojos y se meció un poco. El jardín de los Bartlett se ondulaba como una tromba turbulenta de agua, elevándose, cayendo, rizándose. Loretta se apartó, tan mareada que tuvo que coger algo de aire y caminar un momento para no vomitar.

Después de marcar el jardín de los Bartletts con varias lanzas para no tener que temer otro ataque, tío Henry eligió enterrar a los muertos bajo un hibisco cercano. Amy le ayudó con la pala. Rachel y Loretta prepararon los cuerpos para darles debida sepultura. Cerrando los puños, Loretta se puso manos a la obra.

Afortunadamente, no podía pensar mientras ayudaba a Rachel a preparar lo necesario. La casa era una pila de escombros, por lo que no pudieron vestir a nadie de domingo, como hubiese sido lo apropiado. Loretta los cogió de los pies y Rachel de los brazos y entre las dos los levantaron como pudieron y los arrastraron hasta el árbol. Les llevaría horas cavar seis fosas. Unas horas largas e interminables.

Después de un turno con la pala, Loretta no pudo soportar las arcadas por más tiempo y salió corriendo para buscar privacidad en el lugar más lejano del jardín. Poniéndose de rodillas, apoyó las manos en el suelo y se puso a vomitar. El mareo era insoportable. Cuando las náuseas cesaron, se incorporó sobre sus talones y miró hacia delante con una sola pregunta en la cabeza. ¿Cómo podía alguien hacer algo así a otro ser humano?

Sintiéndose aún demasiado débil para cavar, Loretta se puso en pie y caminó, respirando profundamente con la esperanza de que esto le asentara el estómago. Entonces descubrió una marca de casco en el suelo que casi le hizo perder el equilibrio. Tenía forma de luna creciente.

Notó un pitido en los oídos. Solo un hombre podía haber montado el caballo que dejaba esa marca. Cazador había estado allí. Loretta se balanceó y extendió el brazo

en busca de soporte. Al no encontrarlo, la mano se agitó en el aire vacío.

—Madre está preocupada por ti y por el niño. ¿Estás bien?

La pregunta de Amy le hizo dar un respingo. Se giró y dio un paso hacia atrás, mirando aterrorizada la cara pálida de su prima.

—Amy, ¡ay, Dios! Cazador ha estado aquí.

—¡Ah, vamos! ¡No puede ser Cazador! ¡Es imposible!

Loretta señaló la huella deforme. Amy se agachó para examinarla. Si antes estaba pálida, ahora su piel tomó el color del marfil. Loretta apartó la cara para mirar el espectáculo desolador de la granja carbonizada que se alzaba ante ellas. «Cazador, no», pensó de forma inconexa. No el hombre que ella conocía, el padre de su hijo. No podía haber hecho algo así. No a la señora Bartlett y a las niñas.

—Quizá... —Amy se calló y se mojó los labios—... alguien ha robado su caballo. Sí, eso debe de ser, Loretta Jane. Alguien robó su caballo.

Loretta le agarró por la cintura.

—Nadie robaría el caballo de Cazador, al menos no un comanche. Debe de haber otra explicación. Las dos sabemos muy bien que Cazador no haría esto.

—Al menos, eso creíamos.

Loretta miró conmocionada a Amy.

—No podemos juzgarle de esta manera. Se merece un poco más de credibilidad.

Amy volvió a mirar la huella de caballo.

—Quizás estuvo aquí y las cosas se le fueron de las manos. Quizá fue incapaz de detenerlos. Antes de que se diese cuenta, la mujer ya estaba muerta.

Loretta asintió y se apartó. Le temblaba todo el cuerpo. A juzgar por lo que habían visto, la señora Bartlett y sus hijas no habían muerto tan rápidamente.

Con un sentimiento de irrealidad, Loretta se dirigió de vuelta al hibisco. Las tumbas no se cavarían solas. Al pasar por el lugar en el que la señora Bartlett yacía, se detuvo para inspeccionar el terreno y ver las huellas de mocasines que había alrededor. ¿Había estado allí Cazador? Con la pregunta, algo en su interior se quebró y murió.

Gracias a Dios, Tom Weaver había visto el humo y había acudido con otra pala para terminar de cavar las fosas. Cuando la familia Bartlett recibió sepultura, Tom cabalgó con la escopeta detrás del carro de los Masters de vuelta a su granja. Mientras los hombres guardaban en el establo a los animales, Rachel y Loretta sacaban pan y ponían la mesa. Sin embargo, nadie pareció tener apetito cuando por fin se sentaron a cenar.

Con expresión preocupada, Tom se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Pete Shaney y una pareja de vecinos vinieron a mi casa esta tarde cuando vieron el humo. Parece que todo el mundo de por aquí está haciendo el equipaje y marchándose a un lugar más cerca de Belknap. Se van por la mañana. Creen que será

más seguro si vamos un buen grupo.

Henry levantó las cejas.

—¿Abandonan la cosecha?

—Me parece que la cosecha no vale de nada a los muertos. —Tom se encogió de hombros—. Estas últimas semanas los indios se han vuelto locos. Me da la impresión de que están tratando de echar a los blancos de este territorio. Odio decir esto, pero con todos nuestros cuatro ejércitos luchando en el norte, los indios tienen las de ganar. Están atacando granjas hacia el este todo el tiempo. Nosotros estamos muy asolados aquí. Esto hace mucho más vulnerables a las familias. La patrulla fronteriza hace un buen trabajo, pero están bastante diezmados.

—¿Tú te vas? —preguntó Henry.

—Le dije a Shaney que estaba muy apegado aquí. Pero después de lo que le ha pasado hoy a los Bartlett, creo que tal vez irse no sea tan mala idea. Al menos hasta que esta maldita guerra se termine y tengamos algo de infantería para cabalgar como antaño y mantenerlos a raya. —Tom lanzó una mirada rápida a las mujeres—. Piénsalo bien, Henry. Sé que tienes esas lanzas ahí fuera para protegerte, pero francamente, estás confiando demasiado en ellas. Esos indios pueden jugártela en cualquier momento, como están haciéndolo con todos los demás.

Henry dejó la decisión a Rachel. Ella asintió con la cabeza, de forma casi imperceptible.

—¿Viajan juntos? —preguntó Henry.

—Sí. Podemos unirnos a ellos en el camino a Belknap.

Henry sopesó la decisión un momento. Mirando a Rachel, dijo:

—Será mejor que empieces a hacer el equipaje, mujer. Elige lo que vamos a llevarnos con cuidado. El carro no soportará demasiada carga.

A última hora de la noche, cuando todo el mundo estaba dormido, Loretta se arrodilló en su litera y miró por la ventana, recordando a Cazador, su risa, su dulzura, su valentía. Ya había pensado lo peor de él una vez y luego se había arrepentido por ello. Pero no esta vez. El hombre que ella conocía nunca participaría en el asesinato de tres mujeres.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se tumbó junto a Amy, con la vista fija en la luna. No pudo contener un sollozo. Tapándose la boca con la mano empezó a llorar. Por Cazador, por ella y por su hijo.

Capítulo 27

Tumbado de espaldas, con un brazo doblado detrás de la cabeza a modo de almohada, Cazador contemplaba la luna llena. Una luna comanche. Buena luz para matar. Sus pensamientos estaban en Loretta. Había una cosa que le daba vueltas en la cabeza: no podría volver a cabalgar contra los *tosi tivo*. Los hombres que iban con él no podrían volver a confiar en él. Él no podría volver a confiar en sí mismo.

Cada vez que Cazador cerraba los ojos, veía a esa mujer y a sus niñas en el suelo. Era un recuerdo que le perseguiría para siempre. Se había opuesto a perpetrar un ataque en esa zona, pero con más de cien hombres de dos tribus diferentes juntos, las protestas de un hombre servían de muy poco. ¡Había sido tan cerca de la casa de Loretta! Ella podría haber visto el humo. La gente masacrada serían seguramente sus amigos.

Respirando hondo, Cazador se obligó a cerrar los ojos, castigándose con las imágenes que rondaban su cabeza. ¿Supervivencia o locura? Él amaba a su pueblo, y rezaba para que sobrevivieran, pero para él la guerra había terminado.

Como la profecía había vaticinado, era un guerrero sin pueblo. Había un lugar en su interior ahora que no era comanche. ¿Cómo podía levantar su hoja contra los que eran como Loretta? Ella se había convertido en parte de él. Hoy, al mirar los ojos azules de ese hombre blanco, había intentado matarlo. «Ojos Azules, los ojos de Loretta.» Matarle hubiese supuesto algo más que matar a un enemigo. Hubiese sido como destrozarse una parte de sí mismo.

—¿Duermes? —le preguntó Guerrero.

Cazador se incorporó y miró a su hermano, al que envolvía una luz plateada.

—No, *tah-mah*, no duermo.

Guerrero extendió la piel de búfalo y se sentó a su lado, sujetándose las rodillas con los brazos. Con la vista puesta en la oscuridad, dijo:

—Ya no eres uno de nosotros.

Algo duro y frío le golpeó el estómago. ¿Tan evidentes eran sus desvelos?

—Yo quiero a mi pueblo, Guerrero.

—Lo sé. Pero ya no eres uno de nosotros. —Guerrero jugó con el fleco de su mocasín—. Tal vez eso no sea algo malo. Nuestro pueblo muy pronto se irá con el viento. —Suspiró y se quedó pensativo—. Son más que nosotros, Cazador. Aunque luchemos con todas nuestras fuerzas, nunca ganaremos. Cuando la guerra entre los *tosi tivo* termine, sus soldados volverán y volverán a reducirnos a las tierras húmedas. Cientos de nosotros morirán, hasta que solo unos pocos sobrevivan.

Cazador sabía que lo que Guerrero decía era cierto, pero admitirlo no era fácil.

—Por ahora, Guerrero, nuestro pueblo sobrevive.

—Por ahora. —Guerrero tragó saliva y bajó la mirada—. Te quiero mucho, *tah-*

mah. Si me dejas, mi corazón yacerá sobre la tierra. Pero ha llegado el momento de que cumplas la última parte de la profecía.

A Cazador se le secó la boca. Fijó la vista en las estrellas.

—Alguien debe preservar las costumbres de nuestro pueblo —carraspeó Guerrero—, alguien que cante nuestras canciones y enseñe nuestras costumbres. Si tú no lo haces, todo lo que somos se perderá. Debes ir a buscar a tu mujer y llevarla lejos, a las tierras del oeste, donde esta guerra no os alcance. —La voz de Guerrero tembló emocionada—. A un lugar nuevo, Cazador. Ya conoces las palabras de la canción.

—Guerrero, haces que parezca tan simple. Has visto lo que ha pasado cerca de su casa hoy. Ella me escupirá a la cara cuando me vea. —Cazador se puso un brazo sobre los ojos—. La dejé y cabalgué a la batalla contra su gente. ¿A cuántos hemos matado desde el ataque a nuestro poblado?

—No te dará la espalda.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y dices que debo cumplir con la última parte de la profecía? ¿Cómo? ¿Dónde está ese sitio elevado del que hablan los dioses? ¿Dónde está el barranco lleno de sangre? ¿Y cómo podré cruzar alguna vez una distancia tan grande para llevar a Loretta de la mano?

—Debes tener fe. El lugar elevado aparecerá, como aparecerá el gran barranco. —Echándose hacia delante, Guerrero dio un apretón a Cazador en el hombro—. Coraje, *tah-mah*. Tienes que tener coraje.

Cazador apretó los dientes.

—Me siento tan solo. No puedo mirar dentro de mí y encontrar mi cara, Guerrero. Levanté mi hacha para matar a ese hombre hoy, y no pude hacerlo. Nuestro padre ha muerto. Tu mujer está muerta. ¿Dónde está mi odio? Cuando trato de buscarlo, no lo encuentro. Solo un gran vacío y una tristeza tan profunda que me duelen hasta los huesos.

El apretón de Guerrero se hizo más fuerte.

—El odio se ha ido a un lugar muy lejano que no puedes encontrar, como dijo la profecía. Por eso creo que es hora de que sigas tu propio camino. Debes luchar la última gran lucha por tu pueblo, ¿sí? Y debes hacerlo solo. Yo tengo que quedarme. Por nuestra madre, por mis hijos. Tú eres nuestra esperanza, nuestra única esperanza.

—¿Lo llamas esperanza? Yo lo llamo salir corriendo.

—¡No! Cuando corremos, lo hacemos en busca de un lugar familiar y seguro. El invierno caerá pronto sobre nosotros. Tendrás que enfrentarte a lo desconocido y a grandes peligros cuando vayas al oeste. —Dándole un débil empujón, exclamó—: ¡Eres nuestra esperanza, Cazador! ¿Por qué no lo ves? Cuando el último comanche abandone su arma, cuando el último jefe diga que todo ha acabado, sabremos que no todo ha acabado. Sabremos que nuestro pueblo sobrevivirá... lejos de este lugar... que nuestras canciones se cantarán, que nuestras costumbres se respetarán. Sé que tienes miedo, pero el miedo nunca te ha detenido. No debes dejar que te detenga ahora.

—Iré donde los dioses me lleven —susurró Cazador—. Sabes que lo haré. Es solo que no puedo ver el camino que ellos quieren que siga. No hay nadie para guiarme.

—Verás el camino en su momento. Cuando vayas hacia el oeste lo sabrás, dentro de ti. Sabrás hacia dónde encaminar tus pasos. —La voz de Guerrero transmitía seguridad—. Me gustaría pedirte algo, *tah-mah*. Cabalga junto a mí por última vez en la batalla. Será el último recuerdo que tendremos el uno del otro, ¿lo harás?

Una vez más, Cazador recordó los ojos azules del blanco al que no había podido matar. «Las batallas se extenderán tras de ti sin horizonte.» ¿Cuándo terminarían? Pero su hermano se lo había pedido.

—Cabalgare contigo —susurró Cazador— por última vez.

Alisando el jergón de pieles, Guerrero se estiró de espaldas sobre él, tan cerca de Cazador que le rozó con el brazo. Después de un buen rato, dijo:

—¿Le hablarás a tus hijos de mí?

Cazador deseó poder llorar, pero las lágrimas se agolpaban en sus párpados, dolorosas y ardientes.

—Sí. ¿Y tú les hablarás de mí a los tuyos?

—Lo haré. —La voz de Guerrero se quebró—. Les contaré de ti y tu dorada y de la canción que os llevó al oeste. Ámala mucho, *tah-mah*. Los días de estar juntos son pocos.

—Sí. —Cazador sabía que Guerrero pensaba en Doncella de la Hierba Alta. Con una voz ronca, añadió—: Demasiado cortos.

A la mañana siguiente la familia Masters se unió a la caravana de granjeros que huía al fuerte Belknap. Como los carros estaban ya abarrotados de cosas, todas las personas en forma tenían que ir caminando, lo que dio a las mujeres la oportunidad de intercambiar sus historias de terror. Al parecer, todo el mundo temía por sus vidas.

Dos horas después, se le rompió una rueda al carro de los Shaney, y el grupo tuvo que pararse para que los hombres la arreglasen. Los granjeros pusieron sus carros formando un círculo y montaron un campamento provisional. Las mujeres empezaron inmediatamente a preparar la comida de mediodía. Loretta y Amy ayudaron trayendo combustible para los fuegos de cocinar.

—¡Por los clavos de Cristo! —gruñó Amy—. Bonita manera de pasar la mañana, cogiendo caca para el fuego. ¿Por qué nosotras?

—Porque no somos tan viejas como para caernos de culo ni tan jóvenes como para perdernos. —Loretta se agachó, cogió una boñiga seca y la puso en el saco. Después de la horrible experiencia de la noche anterior en casa de los Bartlett, Amy no había sonreído ni una vez. Loretta no podía evitar estar preocupada—. Nunca te quejabas en el poblado de Cazador.

—Eso era diferente. Una espera tener que recoger mierda de búfalo cuando se vive con los indios —suspiró—. Esto está tan plano como una mesa. ¿Quién iba a

perderse? Hemos andado un kilómetro y aún podemos ver nuestro carro.

—Hay un montículo más allá.

—Solo uno. Alguien podría caminar durante kilómetros y utilizarlo como marca del terreno.

Loretta encontró otra boñiga. Con la esperanza de arrancar una sonrisa a Amy, hizo una mueca y la ondeó ante las narices de la muchacha.

—¿Quieres que nos frotamos un poco el pelo con ella?

—¡Rayos, no!

Sin sonrisa. La pobre Amy no tenía muchos motivos para estar alegre estos días. Sin darse por rendida, Loretta dijo:

—Esto es lo que me dijiste tú una vez, ¿recuerdas? Que las mujeres comanches se frotaban el pelo con boñigas.

—Tal vez lo hacen. —Determinada a seguir con su mal humor, Amy frunció el ceño y cogió una boñiga, poniéndola junto a las demás en el saco—. Seguramente en invierno. No hemos estado allí en esa época del año. De todas formas, que les den a los indios. —Se mordió el labio superior, con expresión desconsolada—. ¿Cómo puedes estar contenta? Los Bartlett están fríos en sus tumbas. ¡Y lo hicieron los comanches! ¿Has oído lo que todo el mundo dice? Los llaman animales asesinos. ¡Y creo que tienen razón!

—¿Porque las huellas del caballo de Cazador estaban donde los Bartlett?

—¡Sí! —Amy levantó los ojos, que le brillaban con lágrimas de rabia—. Me engañó haciéndome creer que era alguien que no es. Lo odio.

Loretta suspiró.

—¿Te engañó, Amy? Cazador está luchando una guerra. En la guerra ocurren cosas horribles, cosas que están fuera de nuestro control. Si vas a condenar a Cazador, entonces te diré que se merece un juicio. Hagamos una lista con las evidencias que le culpan, ¿de acuerdo? —Loretta levantó el puño—. ¿Qué hizo Cazador cuando Santos te secuestró?

—Vino y me salvó.

Loretta subió el dedo pulgar.

—Esa es una evidencia. ¿Qué hizo después de sacarte de donde estaba Santos?

—Me cuidó —contestó Amy con un hilo de voz, los labios temblorosos—. ¡Ah, Loretta, ya sé lo bueno que es Cazador! No tienes que hacerme una lista.

—Eso me alivia, porque no estoy segura de tener dedos suficientes para enumerar sus virtudes. —Loretta sonrió y tocó el brazo de Amy—. No olvides todas esas cosas maravillosas que Cazador ha hecho, Amy, no por una huella de caballo. Cazador es tu amigo. Y ha sido muy buen amigo. Se merece tu confianza.

—¿Cómo puedes explicar esa huella de cascos?

Loretta sacudió la cabeza, sintiéndose de repente vieja y cansada.

—No necesito hacerlo. Pensé mucho sobre ello anoche. Sobre Cazador, sobre las cosas que sé de él. Hay un viejo dicho que dice que no debemos creer nada de lo que

oigamos y solo la mitad de lo que veamos. Creo que esa huella está en esa mitad de lo que no debo creer. Conozco a Cazador. Y tú también. Él no le habría hecho eso a la señora Bartlett. ¡Nunca!

—Me estás haciendo sentir muy culpable por dudar de él.

—Cazador no querría que te sintieras culpable. Así que no lo hagas. Límitate a tener fe en él.

Cuando se estiró para abrazar a Amy, Loretta oyó un grito. Miró hacia atrás al pequeño conjunto de carros y vio a una mujer que agitaba los brazos y se dirigía a ellas.

—Algo pasa.

Amy miró hacia allí, deslumbrada por el sol.

—¿Quieren las boñigas o no? Que mujer más extraña. Si cree que voy a correr todo el camino de vuelta hasta allí está muy equivocada. ¿Qué es lo que dice?

Loretta afinó el oído pero no pudo entender nada.

—Será mejor que volvamos. Quizás han arreglado ya el carro y están listos para...

Loretta se quedó helada, el final de la frase atragantado. Por el rabillo del ojo vio a los comanches, eran más de un centenar. Se obligó a mirar hacia allí. Montados a caballo, los guerreros formaban un grupo compacto, rodilla con rodilla, en tres largas filas.

—¡Ay, Dios mío, Amy corre!

Tirando el saco de boñigas al suelo, Loretta cogió a Amy por el brazo y cortó con sus pies la hierba rala que las separaba de los carros. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que se habían alejado. No había manera de que pudieran conseguirlo. De ningún modo. Las visiones de la granja de los Bartlett pasaron por su cabeza. Golpeó el suelo con los talones, haciendo que el impacto sacudiese sus piernas.

Amy tropezó con la falda y cayó de bruces sobre la hierba.

Loretta tiró de ella para levantarla, haciendo un esfuerzo por respirar.

—¡Date prisa, Amy! ¡Dios, date prisa!

Se oyó un disparo. El sonido fue tan fuerte que Loretta notó el estallido en los oídos. Amy se hundió en los talones, los ojos inmensos y la boca desencajada.

—¡Amy! ¡Vamos!

Sonó otro disparo, esta vez desde los carros. Los comanches respondieron con unos agudos gritos de guerra. La fila trasera se disgregó, abriéndose en un gran abanico para flanquear la formación por los extremos. Loretta se agarró del brazo de Amy, arrastrándola hacia delante. Los carros. Tenían que llegar a los carros. Ahí fuera estaban indefensas.

El turno de disparos que siguió, hizo que Loretta aligerara el paso. No estaba segura ya de la dirección de la que provenían los disparos. Solo sabía que se iba a producir un ataque indio a gran escala y que ella y Amy estaban entre dos fuegos.

«Por favor, Dios. Por favor, Dios.»

Se oían gritos por todos lados. El suelo empezó a vibrar a los pies de Loretta. Miró horrorizada por encima del hombro y vio a los caballos que cargaban contra ellas.

Justo en ese momento se le enredó la punta del calzado con una mata de hierba y se tambaleó, perdiendo la sujeción que tenía en Amy.

Tratando de mantener el equilibrio, Loretta gritó:

—¡Sigue corriendo! —Y Amy lo hizo. Con un pánico ciego. No hacia los carros, sino hacia los comanches. Loretta salió detrás de ella—. ¡Amy! ¡Vuelve! ¡Ellos no te conocen! ¡Vuelve!

Amy siguió corriendo en la dirección equivocada, como una gacela. Loretta se lanzó hacia ella, tratando de cogerla por el brazo. Sus dedos le tocaron la manga, pero se quedaron vacíos. Con la vista puesta en los indios, que avanzaban implacables, Loretta titubeó y se quedó atrás. ¡Antílope Veloz! Con razón Amy corría hacia los indios. Antílope Veloz cabalgaba en primera fila, y Amy debía de haberlo visto. En un momento de pánico, había corrido hacia alguien que sabía que podría protegerla.

Loretta se detuvo y se tapó la boca con las dos manos. Amy seguía corriendo hacia los comanches. ¿Y si Antílope Veloz no la veía? ¿Y si algún otro indio la veía y la mataba antes de que Antílope Veloz pudiera detenerla?

Cazador, que cabalgaba en el flanco izquierdo, observó un movimiento rápido y dirigió el rifle a varios puntos, reconociendo a la figura que corría hacia ellos. Pelo dorado y miel. Al instante le asaltó el miedo. Amy. En ese momento vio también a Loretta que corría tras ella. Con un movimiento brusco del caballo, Cazador salió disparado a través de la fila frontal. Interceptados sin previo aviso, los otros guerreros se vieron obligados a recoger riendas. Sus monturas se encabritaron y agitaron los cascos al aire. Los comanches que venían por detrás se vieron envueltos en el tumulto y trataron desesperadamente de controlar sus monturas.

Con la confusión, Amy perdió de vista a Antílope Veloz. Cambió de dirección y corrió hacia los carros, cubriendo una gran distancia antes de que Cazador pudiera manejar su caballo. El miedo se le atravesó en la garganta. Amy, con la falda hinchada por el viento y el pelo rubio haciendo de brillante objetivo, corría en línea recta a los carros. Y Loretta iba detrás. Entre las fuerzas enemigas. Los blancos, al ver a las mujeres, habían dejado de disparar, pero al echar un vistazo a los suyos, Cazador vio que un guerrero apuntaba contra ella.

—¡Ka, no! —Cazador hizo zigzaguear su caballo hacia la línea de fuego del hombre—. ¡No!

Con un puntapié furioso, embistió a todo galope y se adelantó varios metros a los guerreros, muchos de los cuales eran de otra tribu. No reconocerían a Amy ni a Loretta. Si Cazador no conseguía detener los disparos, su mujer y su hermana

pequeña morirían. Cuando estuvo seguro de que todos en la formación podían verle, giró el caballo y los miró de frente. Levantó el rifle por encima de su cabeza e hizo una señal para que dejaran de disparar.

Sin dejar de seguir a Amy, Loretta vio a Cazador en el momento en el que su caballo sobresalía frente a los otros. Se detuvo un momento a coger aire y miró por encima del hombro. Cazador, dando la espalda a los carros, su alta figura sobre el caballo, ondeaba el rifle por encima de su cabeza.

Como si se tratase de un sueño, dio media vuelta. La imagen de Cazador haciendo de objetivo se grabaría en el lienzo de su mente para el resto de su vida.

El terror eclipsó todos los sonidos. Solo la sangre zumbaba en sus oídos, el roce agónico de su respiración, y el nombre de Cazador, que se repetía en su cabeza como una letanía mientras salía corriendo hacia él. El tiempo se detuvo. Sintió como si caminase con dificultad a través de un río de fría melaza, las piernas agarrotadas, y los pies como dos bolas de plomo. Cazador. Como si estuviese atrapado en una campana de cristal, él surgió ante ella, una imagen reproducida al detalle por la luz del sol, pero imposible de alcanzar. Cazador. Los blancos de los carros lo matarían. Para ellos, no era una persona, era un animal. Aunque ella se encontraba aún a bastante distancia, Loretta se dirigió a él, gritando su nombre en silencio.

Cuando se produjo el disparo, ella se estiró como si la bala hubiese entrado en su propio cuerpo. El estallido resonó y resonó, alto y vibrante, materializando sus peores temores con una finalidad aplastante. Tenía que correr. Solo veía a Cazador, sobre el caballo un segundo, hermoso y orgulloso, y caído hacia delante al segundo siguiente, como si una mano malvada le hubiese golpeado la espalda. Se agarró al lateral del caballo. Y se cayó...

Habían disparado a Cazador. Loretta no podía pensar en nada más. Los otros comanches le parecieron borrosos. Cazador era su única realidad, y los dedos fríos de la muerte le rodeaban. Los momentos transcurridos en los últimos tres meses pasaron por su mente como en una obra de teatro. Su bravo captor, su leal amigo, su tierno amante. No podía perderlo así.

—¡Cazador! ¡No, por favor, Dios mío, él no!

Loretta llegó hasta él y se puso de rodillas, tratando de cogerlo en brazos. El peso de la muerte. No podía levantarlo. Había sangre por todos lados. Un gemido tortuoso salió de su garganta. ¡Cazador, no! Con la mano temblorosa, le tocó un lado de la mandíbula, llorando su nombre. «Este comanche no puede cambiar su cara.» Le tocó la cicatriz que atravesaba su cara, los labios inertes que tantas veces le habían susurrado para consolarla. Si él había grabado su cara en su corazón, ella tenía grabada la suya en el alma.

—¡No te mueras! Cazador, por favor, ¡no te mueras! ¡Te quiero! Cazador... —Un sollozo rasgó las palabras que le salían a borbotones de las entrañas—. Te... quiero. *Nah-ich-ka*, ¿me oyes? ¡Te quiero! No puedes morir y dejarme. ¡Por favor, no me dejes!

Como si su voz pudiese alcanzarle de algún modo, él se movió ligeramente y gimió. Loretta se llenó de esperanza. Con la atención puesta por primera vez en la herida, vio que la tenía en el hombro. «No es mortal si se para la hemorragia, si se le cuida bien.» Con la esperanza de este pensamiento, le asaltó un temor diferente. Mirando atemorizada a los carros, cubrió el cuerpo de Cazador con el suyo propio.

—¡No disparéis! —Su grito atravesó el aire—. ¡No disparéis, maldita sea! ¡No disparéis!

Se hizo el silencio en la llanura. Los blancos habían dejado ya de disparar, con miedo a disparar a los de su propia gente. Los comanches, incluso aquellos que no habían visto nunca a la mujer de pelo dorado de Cazador, sabían de ella y bajaron los rifles. Antílope Veloz bajó del caballo y salió corriendo. Guerrero, en el extremo derecho de la fila frontal, cabalgó hacia ellos también.

Los dos hombres no perdieron un segundo. Con delicadeza, apartaron a Loretta de su marido. Levantaron el cuerpo mortecino de Cazador y lo subieron al caballo. Loretta se puso en pie, observando, impotente, como Antílope Veloz guiaba el caballo de Cazador entre los otros y Guerrero corría de vuelta a su pinto.

—¡Guerrero! ¡No me dejes aquí! ¡Por favor, no me dejes aquí!

Antes de irse, Guerrero se dio la vuelta para mirarla, con unos ojos oscuros penetrantes y la mirada contraída. Después desapareció entre su gente. Los comanches se retiraron tan rápido como habían llegado.

Loretta, sacudida por el viento, se quedó sola de pie en la llanura, hasta que ya no pudo verlos más. Cuando ya no pudo oír el estruendo de los cascos, levantó las manos y se miró las manchas rojizas que manchaban su piel. La sangre de Cazador. El último sacrificio. Y lo había hecho sin dudar, lleno de amor hacia ella. El dolor de saber esto la hizo llorar hasta que ya no tuvo más lágrimas.

Esa noche después de la cena, Loretta se sentó junto al fuego con una taza de café arenoso en las manos. Utilizando como asiento un cubo colocado del revés, fijó la vista en las parpadeantes llamas. Las mujeres que se congregaban alrededor del fuego hablaban poco, algunas, pensó Loretta, seguían asustadas de que pudiera producirse otro ataque de los comanches, otras sin duda porque recelaban de su presencia y querían dejarle claro que se daban cuenta. La mujer de un comanche. Después del espectáculo que había dado esa mañana, todo el mundo lo sabía.

A Loretta le daba igual. Tenía un dolor en el pecho tan grande como una piedra. No sabía si Cazador vivía o no. Tal vez nunca lo supiese. Era su marido. Lo amaba. ¿Por qué estas mujeres no podían entenderlo? En vez de eso, actuaban como si fuera una especie de gusano en un saco de harina.

Quizá tuviesen razón. Ya no pertenecía a su mundo. Dudaba de que pudiese volver a encajar en ningún lugar otra vez, incluso entre los comanches. Los ojos de Guerrero. Nunca olvidaría cómo la había mirado antes de que se fuera. Ella no había

disparado el rifle, pero había sido el motivo de que Cazador cayera. Había visto la acusación escrita en el rostro de Guerrero.

Suspirando, Loretta movió la cabeza hacia atrás y observó las estrellas. Los granjeros, temiendo otro ataque, habían puesto los carros en círculo. Casi todo el mundo estaba aterrorizado por tener que pasar la noche allí. El carro de Shaney seguía sin estar arreglado. Loretta había intentado tranquilizarles sin éxito. Ella sabía que los comanches no volverían a atacar. ¡Como si Guerrero fuese a dejar que atacasen una caravana en la que viajaba la mujer de Cazador!

Se oyó el aullido de un coyote y el sonido puso los pelos de punta a Loretta. Afinó el oído, tratando de escuchar algo.

—Espero que eso sea lo que parece y no un indio —susurró la señora Cortwell.

—Parece un coyote —contestó la señora Spangler—. Mira allí, mira qué luna hay. Aunque claro, también es una buena luna para matar. Luna comanche, la llama mi marido.

El fuego crepitó, y la señora Shaney dio un respingo.

—¡Cielos, tengo los nervios a flor de piel!

El coyote volvió a aullar, y su llanto se perdió en el cielo, triste y solitario. Loretta se puso en pie. El corazón empezó a latirle más deprisa.

—¿Qué ocurre? —gritó la señora Spangler.

La señora Cortwell se puso la mano en la garganta.

—¡Ay, señor, son los indios! —Se puso de pie de un salto—. ¡Matthew! ¿Matthew Cortwell, dónde diablos te has metido? ¡Ahí afuera hay indios!

—¡No os harán daño! —dijo Loretta suavemente—. Quédese tranquila, señora Cortwell.

—¡Para ti es fácil decirlo, puta comanche!

Loretta se dio media vuelta y se alejó del fuego. Asustado por los gritos de la señora Cortwell, tío Henry salió del carro y la paró a medio camino.

—Ni lo pienses, Loretta Jane.

—Cazador está ahí fuera, tío Henry.

—Eso no lo sabes. ¿Quieres perder a tu familia, muchacha? —Le cogió el brazo—. Y no solo eso, piensa también en nosotros y en lo que dirán.

Otros hombres se congregaron alrededor. Loretta miró sus caras acusadoras y se sintió atrapada. Volvió a oír al coyote. Cazador.

—Voy a ir. Está ahí fuera llamándome, y voy a ir.

El señor Cortwell se acercó, con el ala del sombrero bajada, lo que oscurecía por completo su cara.

—Si vas, mujer, no vuelvas. Tienes que entenderlo así.

—¡Eso es! —accedió otro hombre—. No queremos a una maldita amante de los indios con nosotros. Ve con él, y por Dios, que sepas que no podrás cambiar después de idea.

Loretta miró primero a un hombre y después a otro. Ellos le devolvieron la

mirada con ojos llenos de odio. En ese instante supo que si pasaba el círculo de los carros, la decisión sería irrevocable. De repente, tuvo miedo. Más allá de la luz del fuego los comanches esperaban, posiblemente los mismos comanches que habían matado a la señora Bartlett. Una guerra. Esos hombres que la rodeaban eran iguales que ella y formaban parte de su mundo. Si les daba la espalda, estaría dando la espalda a todo lo que le era familiar y querido. Incluida su familia. Cazador la había dejado una vez. ¿Y si había venido ahora no a llevarla con él, sino a decirle que estaba en lo cierto?

Loretta, paralizada por la indecisión, tragó saliva y lanzó una mirada de temor a la oscuridad que se extendía más allá de los carros. Si no se reunía con él ahora, tal vez no tuviera la oportunidad de hacerlo nunca más. Iba a tener un hijo de él. Debía saberlo. Si ella iba a él, no la dejaría. No, si entendía que no podía volver con los suyos. Aun así, luchar por su gente era importante para él. Los blancos habían derramado demasiada sangre en su poblado.

«Confía.» Era más fácil decirlo que hacerlo. Por un momento, Loretta se debatió, incapaz de tomar una decisión. Chase Kelly Lobo. Indigo Nicole Lobo. Su hijo o hija tenía el derecho de conocer a su padre. Y perdería la oportunidad si no se armaba de valor. ¿Quería pasarse la vida mirándose en el espejo, como hacía tía Rachel, arrepintiéndose?

Loretta se soltó de tío Henry. Si iba a irse, tenía que darse prisa antes de que Cazador desistiese y se fuera. Se abrió paso entre los hombres e ignoró los insultos que empezaron a proferirle.

Amy apareció en la oscuridad. Por la expresión de su rostro, Loretta supo que había estado escuchando. Cambió el paso y se arrojó a los brazos de su prima con fuerza.

—Te quiero, Amelia Rose. No lo olvides nunca.

Amy empezó a mover los hombros al compás de sus sollozos.

—No lo haré. Te voy a echar de menos, Loretta. Muchísimo.

Loretta la estrechó con más fuerza.

—Tal vez un día volvamos a estar juntas. ¡Tienes que conocer a mi hijo!

—Quizá cuando Antílope Veloz venga a buscarme. —Amy se atragantó emocionada y se apartó un poco—. Se lo dirás, ¿verdad? ¿Que no he olvidado la promesa que le hice? ¿Que lo esperaré?

—Se lo diré.

—Será mejor que te vayas. —Amy le rozó la mejilla con la mano—. ¡Vamos! ¡Antes de que Cazador se vaya!

Loretta miró hacia el carro con una expresión de culpabilidad en los ojos.

—Dile a tía Rachel que...

—Lo sabe, pero se lo diré de todas formas.

Loretta tocó la mejilla de Amy con la mano, tratando de sonreír pero demasiado asustada para conseguirlo.

—Adiós.

—Adiós, Loretta Jane. ¡Adiós!

La palabra siguió a Loretta en la oscuridad. Adiós. Mientras dejaba atrás la caravana, se sintió más sola de lo que lo había estado jamás. La luz de la luna bañaba la llanura. Loretta hizo un círculo lento pero no vio a nadie. Si Cazador estaba ahí fuera, ¿por qué no se dejaba ver?

La llamada del coyote se elevó en el cielo una vez más. Loretta se giró hacia el sonido y corrió en dirección al cerro. Al subir la pendiente, Cazador salió de entre las sombras, alto y oscuro, con el pelo ondeando al viento. Llevaba la parte alta del pecho y el hombro cubierto de tiras de tela. Calicó y muselina.

Aminorando el paso, Loretta caminó un buen trecho hacia él, después se detuvo. ¿La quería como su mujer ahora? Habían pasado demasiadas cosas desde la última vez que se vieron. Demasiado dolor y demasiadas muertes. Tenía la cara escondida en las sombras y no podía ver nada de su expresión.

Cuando Loretta se detuvo a varios metros de él, el corazón de Cazador dejó de latir un momento y después se aceleró. Al verla surgir de las sombras, vio a una mujer *tosi* vestida con ropa *tosi*, la piel pálida y el pelo dorado iluminados por la luz de la luna comanche. Como había dicho la profecía, se pararon de pie en un lugar elevado, ella en la tierra de los *tosi tivo* y él, comanche hasta los huesos, en la tierra de sus antepasados. Una gran distancia les dividía, una distancia mucho más difícil de cruzar que los pocos metros que ahora había entre ellos.

Cazador se sentía impaciente por todas las cosas que quería decirle, pero ninguna de ellas parecía importar ahora. Se dio cuenta entonces de que el gran barranco lleno de sangre no era un lugar en la tierra sino en sus corazones. Había un dolor en los ojos de Loretta que le partía en dos. Sabía que era el mismo dolor que el suyo. Su padre, Doncella de la Hierba Alta, los padres de Loretta. Eran tantos los seres queridos que habían perdido...

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Cazador estaba débil por la pérdida de sangre. Tenía el hombro como si le hubiesen clavado un carbón ardiendo.

—Estoy bien. Has venido, ¿sí? Hay tantas cosas de las que tenemos que hablar...

—Vi la huella de tu buen amigo en la granja de los Bartlett —dijo con voz temblorosa—. Una mujer y dos niñas fueron asesinadas. Sé que estuviste allí.

Cazador cerró los ojos. Si pudiera cerrar la distancia entre ellos y abrazarla... Pero el miedo al rechazo le detenía.

—Pequeña, yo...

—¡No! —Levantó la mano—. No digas nada, Cazador. —Le tembló el brazo al bajarlo—. No quiero que me lo expliques, de verdad. No lo necesitas.

Claro que lo necesitaba. Cazador examinó la tierra, en busca de las palabras adecuadas. No las encontró.

—Fui a la granja después. Digo la verdad.

Levantando la vista hacia ella, Cazador trató de leer sus pensamientos. ¿Y si no le creía? Cuando trató de imaginar cómo sería la vida sin ella, solo vio vacío. Tenía que creerle.

Con un miedo que no había sentido jamás, extendió una mano hacia ella, con la palma abierta mirando hacia arriba. Por un momento interminable, ella se quedó mirando los dedos que le extendía; después, con un grito ahogado, corrió hacia él. Al darle la mano, Cazador atrapó su leve figura y la atrajo hacia él con el brazo sano y la abrazó hasta pensar que iba a romperle los huesos. «Flores de primavera, suave como la piel de un conejo, cálida como la luz del sol.» Reprimió un sollozo.

—Tu hombro. Vas a hacerte daño.

—No es nada. —No mentía. El dolor parecía muy distante ahora, como un halcón merodeando y volando en círculos. Más tarde descendería para romperle la carne, pero por ahora podía olvidarse de él. Cazador hundió la cara en la curva de su cuello, su lugar favorito. Había soñado tantas noches con esto, lo había deseado tanto... Las lágrimas llenaron sus ojos, y un temblor le atravesó el cuerpo—. Te quiero tanto, pequeña. Tanto.

—Yo también te quiero, Cazador. Pensé que iba a morir cuando me dejaste.

—¿Te irás de este lugar conmigo, seguirás mis pasos?

Un silencio contraído se creó entre ellos.

—Ah, sí, Cazador. Claro que sí.

—No hagas una promesa tan rápido. Debemos ir al oeste. Solos, Ojos Azules, dejando todo lo que somos atrás. A todos aquellos que amamos, a tu gente y a la mía.

Loretta le cogió la cara con las manos, temblando por la intensidad de las emociones.

—Cazador, tú eres mi gente. Te seguiré a donde sea.

—No conozco el camino. —Tenía la voz grave, y las palabras le salían a trompicones. Admitir su propia vulnerabilidad no le resultaba fácil. Pero no era momento de ser orgulloso. Si Loretta elegía seguirle, su vida estaría en peligro. Quería que lo supiese—. La canción dice que haremos una nueva nación, pero este comanche teme no poder alimentar ni siquiera a dos. Si caminas junto a mí, sigues a un hombre que está perdido.

Loretta le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla contra su pecho, inhalando el olor de su piel, amándolo. Puso los ojos en la luna gigantesca que brillaba sobre ellos. «La Madre Luna nos cuida.»

—No estás perdido, Cazador. Las palabras de tu canción te guiarán. Y cuando te falten, tus dioses te conducirán al lugar que estamos destinados a encontrar. Cantaremos las canciones de los antepasados a nuestros hijos. El comanche y la *tosi tivo* vivirán como uno para siempre. ¿No lo ves? Tú y yo somos el principio. —Arqueó la espalda para mirarlo a los ojos—. Cazador y su pelo amarillo, juntos como uno solo.

—¿Lo crees? —Cazador la examinó, bastante sorprendido—. ¿Las palabras de mi

canción están en tu corazón?

Sonriendo a través de las lágrimas, Loretta le dijo el significado de su nombre.

—Sí, lo creo. Creo en tus dioses. Creo en tu canción, pero, lo más importante, creo en ti. —Tocó con los dedos la cicatriz de su mejilla—. No tengo miedo de nada salvo de estar sin ti. Esta mañana, cuando pensé que te habían matado... Nunca había tenido tanto miedo. Nunca.

Búfalo Rojo salió de entre la oscuridad, guiando su caballo de guerra favorito. Loretta y Cazador, abrazados, se giraron para mirarle. Cuando Búfalo Rojo llegó junto a Loretta, le cogió la mano y le puso los dedos alrededor de la rienda del animal.

—¡Búfalo Rojo, no puedo aceptar tu caballo! —Ella sabía que este caballo era la posesión más valiosa del comanche, finamente domado, y su arma más poderosa cuando participaba en la batalla. Era un gran honor que se lo entregase, quizás el mayor honor que un guerrero podía hacer a nadie, pero ella no podía aceptarlo por conciencia.

—La buena esposa de mi primo comanche debe tener un buen caballo. Nunca llegaréis al oeste en uno de esos caballos percherones y mal entrenados de los *tosivo*.

Búfalo Rojo le extendió la mano. «En señal de amistad.» Ella había prometido una vez que nunca estrecharía su mano de amigo, nunca. Por un momento dudó. Después, el último nudo de odio de su interior se deshizo, y pudo darle la mano. Loretta sabía que su madre estaría satisfecha. Para Loretta y Cazador, la guerra entre su gente tenía que terminar. No había espacio para el pasado en sus corazones, no había espacio para la amargura.

Búfalo Rojo sonrió, inclinó la cabeza a Cazador y se giró para marcharse.

—Búfalo Rojo, ¿podrías dar un mensaje a Antílope Veloz de mi parte? Dile que Amy no ha olvidado su promesa, que le esperará.

Búfalo Rojo levantó la mano en señal de despedida.

—Se lo diré.

Después de que Búfalo Rojo desapareciera en la oscuridad, Cazador apretó la mano con la que recorría la cintura de Loretta. Bajó los ojos y elevó las cejas con una expresión tan inquisitiva como sorprendida. Colocándole la mano en el abdomen, susurró.

—¿Ojos Azules, qué es esto?

Loretta lo miró, los ojos aún humedecidos por las lágrimas.

—Nuestro hijo, Cazador.

Sus cálidos dedos se doblaron como si quisiera protegerla. Lentamente, su cara se iluminó con una sonrisa.

—Un hijo... —pronunció la palabra en un suspiro reverente.

—Nuestro hijo.

Loretta colocó su mano sobre la de él, tan llena de amor que sintió que iba a

derretirse. El futuro era incierto. El camino que les esperaba estaría lleno de peligros. Y estarían completamente solos. Dos personas contra un mundo hostil.

Pero nada de esto la asustaba. El suyo no era un amor ordinario y sabía que el curso de sus vidas tenía un propósito mayor que el de estar juntos.

Encontrarían el camino hacia el oeste, como estaba escrito. Sabía que lo harían. La nación comanche estaba condenada. No había forma de parar a los granjeros blancos en su camino hacia la tierra de los antepasados. Una raza entera de gente sería finalmente conquistada y destruida.

Ella y Cazador eran como semillas flotando en el viento. De algún modo, en algún lugar, encontrarían un lugar fértil donde poder echar raíces y hacerse fuertes. A través de ellos, los antepasados vivirían. Los dioses les habían enviado una señal para ayudarles a creer, para darles fe, y ella no tenía ya ninguna duda de que las palabras de la canción de Cazador se cumplirían.

Dentro de ella crecía un niño, que era tan *tosi tivo* como comanche, el hijo de un gran guerrero de ojos azul índigo y de su mujer de pelo como la miel. Un hijo que traería renovadas esperanzas para sus antepasados y para el futuro.

Agradecimientos

Al volver la vista atrás, todo escritor reconoce a aquellas personas que desempeñaron un papel fundamental en su carrera. En mi caso, siempre le estaré agradecida a mi madre, Eleanora Clark La May Son, escritora que me inculcó el amor por las palabras y las historias, y que siempre creyó en mí. Muy de cerca le sigue mi marido, Sid, quien me apoyó con un entusiasmo infinito cuando luchaba porque alguien publicase mis libros y cuando después tuve que consolidar mi carrera. Durante este tiempo, mis hijos, Sidney y John, sufrieron generosamente mis plazos de entrega, sin reprocharme nunca que mi trabajo se convirtiera en el centro de mi vida. Hasta hoy, me han animado y celebrado conmigo los éxitos. También ha sido fundamental en mi carrera mi editora, Ellen Edwards, que me ha apoyado y siempre ha respetado mi estilo literario, editando a ciegas mi trabajo y permitiéndome producir buenos libros con argumentos originales y memorables. Quiero también dar las gracias a mi agente, Steven Axelrod, piedra angular en mi profesión durante todos estos años. Por último, aunque no por ello menos importante, siempre estaré agradecida a mis maravillosos lectores, sin quienes mi viaje literario nunca hubiese sido posible.